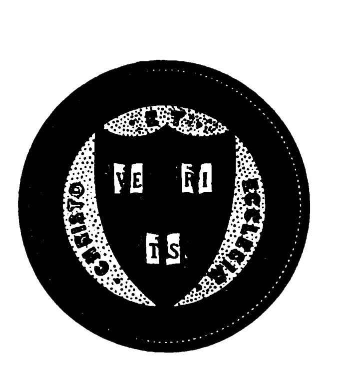
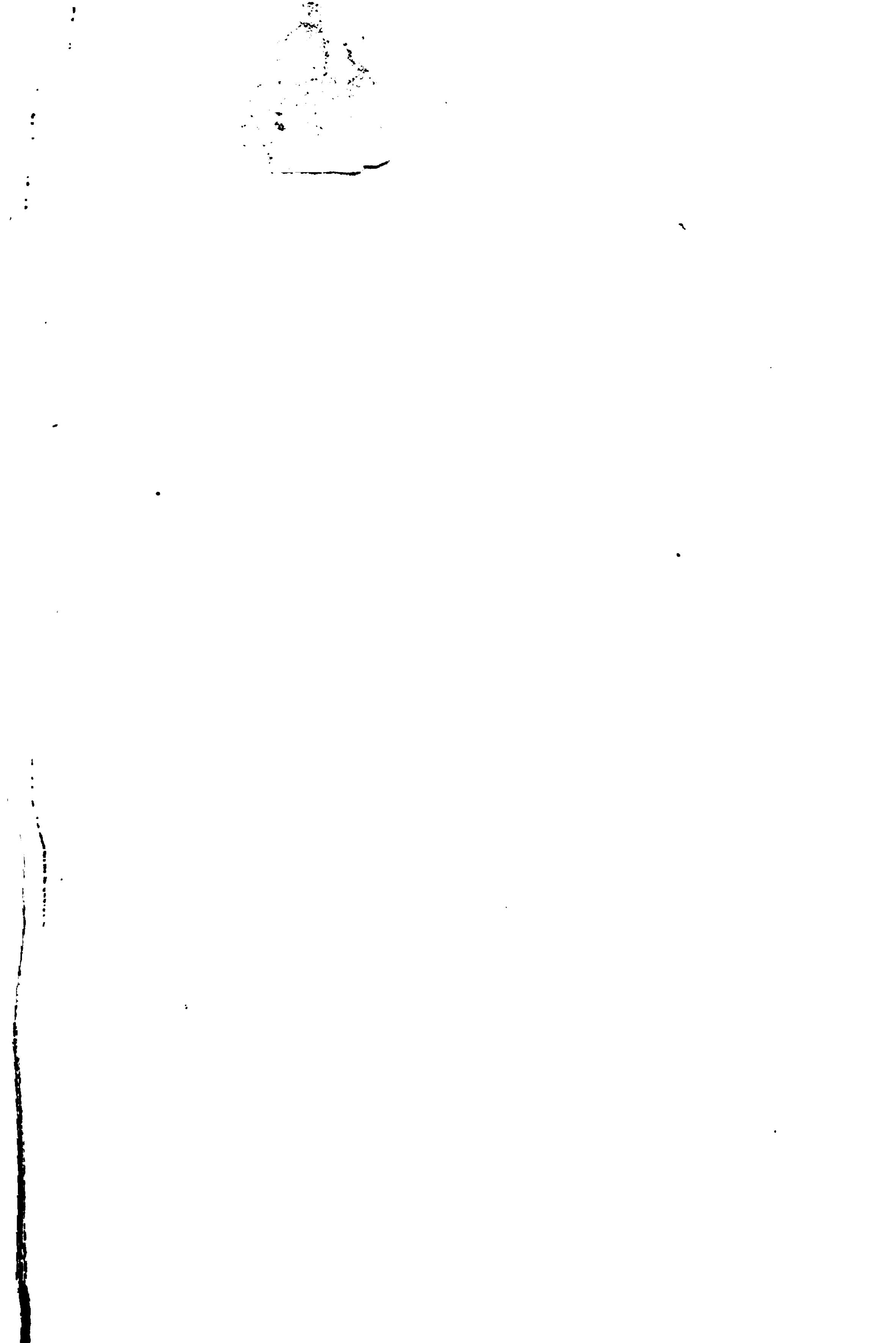

VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

OBRAS HISTÓRICAS

DEL

GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

VIDA Y ESCRITOS DE JOSÉ RIVERA INDARTE. — *Valparaíso*, 1845. — *Buenos Aires* 1853.

HISTORIA DE BELGRANO Y DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA (4.ª edición definitiva, corregida y aumentada). — *París*, 1887, 3 vols.

ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA. Belgrano y Güemes. — *Buenos Aires*, 1864.

CUESTIÓN DE SAN JUAN (reseña histórica). — *Buenos Aires*, 1869.

CARTA (crítico-histórica) sobre literatura americana. — *Buenos Aires*, 1877.

EL CRUCERO DE LA ARGENTINA (episodio histórico). — *Valparaiso*, 1860.

INFORME histórico sobre los antecedentes y la reforma de la Constitución Argentina. — *Buenos Aires*, 1860.

CARTAS HISTÓRICO-POLÉMICAS sobre triple alianza y la Guerra del Paraguay. — *Buenos Aires*, 1871.

CUESTIÓN PUERTO DE BUENOS AIRES (con datos histórico-geográficos sobre sus antecedentes). — *Buenos Aires*, 1870.

LA INMIGRACIÓN ESPONTÁNEA EN LA REPÚBLICA ARGENTINA (y su historia en América). *Buenos Aires*, 1870.

CONTRA-MEMORÁNDUM histórico-diplomático sobre las cuestiones de límites entre la República Argentina y la del Paraguay. — *Buenos Aires*, 1874.

ARENGAS desde 1849 hasta 1874. (Páginas orales de historia). — *Buenos Aires*, 1875.

RUINAS DE TIAHUANACO (tiempos pre-históricos americanos). Premiado en el Congreso Geográfico de Venecia en 1881. — *Buenos Aires*, 1875.

OLLANTAY. Estudios crítico-históricos sobre el drama Quechua y la poesía precolombiana. — *Buenos Aires*, 1881.

CUENTAS HISTÓRICAS DEL GRAN CAPITÁN (en el Centenario de San Martín). — *Buenos Aires*, 1878.

LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN (juicio histórico). — *Buenos Aires*, 1880.

EL PRIMER LIBRO IMPRESO EN AMÉRICA (investigaciones histórico-bibliográficas). — *Buenos Aires*, 1873.

EL PINO Y EL COMBATE DE SAN LORENZO (en los funerales de San Martín). — *Buenos Aires*, 1880.

COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de la « Historia de Belgrano ». — *Buenos Aires*, 1881.

NUEVAS COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de la « Historia Argentina. » *Buenos Aires*, 1882.

COMPROBACIONES HISTÓRICAS á propósito de algunos puntos de historia argentina, según nuevos documentos. — *Buenos Aires*, 1882, 2 vols.

RICORDI DELL' ASSEDIO DE MONTEVIDEO, 1843-1851 (publicado en español con el título de « Un Episodio Troyano »). — *Firenza*, 1882.

EPISODIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA (fragmentos; en preparación la obra completa). — *Buenos Aires*, 1860-1879.

HISTORIA DE SAN MARTÍN y de la Emancipación Sud-Americana. Según nuevos documentos. — *Buenos Aires*, 1887, 3 vols.



GENERAL SAN MARTIN

Reproduccion del retrato litográfico hecho en Bruselas en 1828 con presencia del original





HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser,
y si no no serás nada.
(*Máxima de San Martin.*)

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA

TOMO SEGUNDO



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

1889

ESTA SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA

Es propiedad del editor

FÉLIX LAJOUANE

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUD-AMERICANA

CAPÍTULO XIV

CHACABUCO

AÑO 1817

Situación del ejército argentino después del paso de los Andes. — Reconcentración de las columnas invasoras en el punto estratégico de Chacabuco. — Descripción de la cuesta de Chacabuco. - Plan de batalla de San Martín. — Errores de Marcó. — Los realistas se reconcentran en Chacabuco. — Marcha de avance del ejército argentino. — Movimiento del ala izquierda argentina. — Disposiciones defensivas de los realistas. — Primeras peripecias de la batalla. — Movimiento del ala derecha. — Batalla de Chacabuco. — Juicios acerca de ella. — Su importancia histórica y política. — Sus consecuencias inmediatas. — Tres almas intrépidas. — Establecimiento del gobierno nacional de Chile. — San Martín y Marcó. — Humoradas de vencedor. — La corona cívica del vencedor de Chacabuco. — Nuevos planes militares. — La Logia de Lautaro. — Origen de la biblioteca de Santiago de Chile. — Chacabuco primera etapa continental.

I

Situado el grueso del ejército en San Felipe el día 8 de febrero, y dueño de las dos cabezas de su puente, al mismo tiempo que la división de Las Heras se posesionaba de Santa Rosa, el valle de Putaendo quedaba cubierto y dominado todo el de Aconcagua, concurriendo simultáneamente ambas columnas al punto estratégico de Chacabuco, ocupado ya por las avanzadas, donde debía operarse su reconcentración ge-

neral para emprender operaciones decisivas. (Véase el plano, lámina núm. 1). Al iniciar este movimiento convergente, San Martín pidió á sus agentes secretos de Santiago noticias circunstanciadas de la situación del enemigo, y despachaba á su baqueano de confianza, Justo Estay, campesino chileno dotado de sagacidad y golpe de vista, con el objeto de observar sus movimientos, recomendándole regresar antes del tercer día. El 9 la columna principal que había invadido por el camino de los Patos, pasó al sud del río Aconcagua, por el puente de San Felipe, según queda explicado (1). El 10, todo el ejército invasor estaba reunido al pie de la cuesta de Chacabuco. Del otro lado estaba el campo destinado á ser memorable en los fastos americanos.

En los días 10 y 11, los ingenieros Arcos y Álvarez Condarco se ocuparon con arreglo á las instrucciones del general en levantar un croquis de la serranía, protegidos por guerrillas de infantería y caballería, que á cargo de oficiales expertos y conducidos por buenos guías del país, practicaron un reconocimiento prolijo de sus quebradas y de los caminos que conducían á la cumbre. El día 11 regresó Estay con las contestaciones de los agentes secretos, que trasmitían las órdenes reservadas expedidas por Marcó, copiadas en su misma secretaría. El astuto mensajero había visitado los cuarteles de los realistas en la capital, y disfrazado de roto pudo contar uno por uno el día 9, al pasar el puente de Santiago sobre el Mapocho, los soldados en marcha hacia Chacabuco. En posesión de estos conocimientos, San Martín convocó una junta de generales y jefes de cuerpo, con el objeto de acordar el plan de la próxima batalla (2). Una breve descripción del terreno dará su clave.

---

(1) Véase cap. XII, § XI.
(2) Informe verbal del general Las Heras. Véase Espejo, « Paso de los Andes », pág. 577, y Barros Arana, « Historia de la Independencia de Chile », tomo III, pág. 413.

La serranía de Chacabuco, sobre la cual estaba calcado el plan, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprende de los macizos contiguos de Uspallata y de Tupungato de la gran cordillera en dirección al oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1,280 metros de elevación. En su promedio está situada la cuesta, que se desenvuelve en suaves planos inclinados por la parte del norte en una extensión de seis kilómetros, siendo más largo y más áspero el descenso por la parte sud. Como á cinco kilómetros antes de llegar á la cumbre, el camino se bifurca en dos senderos, que forman ángulo agudo. El de la izquierda, que es el más corto y más recto, pero más pendiente, conduce á la llamada « Cuesta vieja » — que era entonces el camino real, y hoy es de herradura, — y que desde aquel día se denominó « Quebrada de los cuyanos ». El otro, situado más al oeste, conduce á la « Cuesta nueva », que es actualmente el camino carretero, y que en aquella época era poco conocido. Ambos caminos desembocaban en el llano opuesto de Chacabuco con intervalo como de 2,500 metros. Desde su mayor altura, coronada de bosquecillos de quillay (3), árbol siempre verde, que á la distancia semejan grupos de laureles, se domina un vasto y pintoresco panorama. Á su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del este de Chacabuco, y se prolonga como 12 kilómetros hacia el sud en dirección á Santiago hasta el portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el oriente, se levanta la gran cordillera con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato, en cuyo fondo iluminado, al nacer y ponerse el sol, se funden con rico colorido todas las medias tintas transparentes del iris, desde el rosicler encendido de

(3) *Quillaja*, Molina, « Hist. Nat. de Chile » — *Smegmadermos*, Ruiz y Pavón, « Gen. plant. Flora peruana y chilena ». — Gay, « Hist. fís. de Chile », y Philippi, « Botánica ».

la aurora hasta el verde pálido del ocaso, bajo uno de los cielos más bellos del mundo. Al occidente, negras y agrestes, se prolongan las montañas achatadas que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima.

Con el croquis de los ingenieros por delante, San Martín abrió la junta de guerra (11 de febrero) comunicando las noticias trasmitidas por su espías y agentes, y expuso, que aun cuando según sus cálculos había pensado dar la batalla el día 14, los conocimientos adquiridos lo decidían á librarla en el siguiente día, sin esperar el resto de su artillería, á fin de aprovecharse de la división de las fuerzas enemigas y no darles tiempo á reconcentrarse en Chacabuco, donde debían ser infaliblemente batidas. En seguida desenvolvió su plan, tan sencillo como seguro, que consistía, á la manera del paso de los Andes, pero con proyecciones tácticas más precisas, en la marcha paralela y convergente de dos columnas que debían atacar simultáneamente por el frente y el flanco la posición ocupada por el ejército realista, cortando á la vez su única retirada (4).

Con arreglo al plan acordado, el ejército se dividió en dos cuerpos, que maniobrarían siguiendo los dos caminos indica-

(4) Véase el plano adjunto de la batalla de Chacabuco, que hemos formado sobre la base de un croquis levantado por el ingeniero chileno don Alberto Llona, con presencia del plano de Pissis, combinando estos elementos con nuestro reconocimiento personal del campo de batalla en 1883 y de los dos caminos estratégicos que conducen á él, en que se coordinan dentro de sus líneas las posiciones y movimientos de ambos ejércitos en los preliminares y diversas peripecias de la acción, según los documentos históricos y los informes verbales de los principales jefes y oficiales que fueron actores en la batalla. Según el parte oficial de Chacabuco, adjuntóse á él un plano topográfico del terreno donde se manifestaban los movimientos que ejecutó el ejército argentino y la posición que tomó el enemigo; pero este plano no existe en el archivo general, y parece se ha perdido, lo que nos ha obligado á rehacerlo, señalando en él los tres momentos de la batalla con la precisión y claridad posibles.

dos. El de la derecha, dirigido por Soler, se compuso de los batallones núm. 1 y 11, dos compañías de granaderos y cazadores del núm. 7.° y 8.° á cargo del comandante Anacleto Martínez y mayor Lucio Mansilla, el escuadrón Escolta de Necochea y el 4.° de granaderos del comandante Manuel Escalada, con siete piezas de montaña, sumando un total de 2,100 hombres. La izquierda, fuerte como de 1,500 hombres á las órdenes de O'Higgins, formóse con el grueso de los batallones 7.° y 8.°, los escuadrones 1.°, 2.° y 3.° de granaderos y dos piezas de montaña.

La misión encomendada á la columna de la izquierda, era descender por el camino de la Cuesta vieja, amagar el frente del enemigo, sin comprometer acción formal, mientras la de la derecha ocupaba el plano y caía sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, concurriendo entonces simultáneamente ambas sobre la posición atacada. La batalla estaba seguramente ganada de antemano según esta combinación.

II

La avanzada del ejército realista cerraba la cumbre y el paso del camino de la Cuesta vieja, situada en posiciones ventajosas, que bien defendidas podían detener la marcha de un ejército; pero había descuidado la vigilancia del camino de la Cuesta nueva por su izquierda sin sospechar el ataque que le iba por esa parte. El coronel Atero, al evacuar el valle de Aconcagua, después del combate de las Coimas, se había replegado con sus restos por el camino de la Cuesta y situádose con ellos en Chacabuco (7 de febrero), desde donde dió parte de sus derrotas á Marcó con aires de triunfador y pidiendo protección.

El presidente de Chile, desalentado con la noticia de la pérdida de Aconcagua, que recibió el 8, despachó órdenes en

todas direcciones con el objeto de concentrar sus fuerzas diseminadas, pero sin trazarse ningún plan de operaciones. Lo único que se le ocurrió fué expedir un bando, ofreciendo á sus soldados veinte pesos por cada muerto y doce por cada prisionero enemigo que hiciesen. En seguida dirigió una proclama á sus tropas desmoralizadas por la noticia de la invasión y de los recientes reveses, diciéndoles : « Corred al » campo y sostened la gloria que os animó antes. Si mi pre» sencia es necesaria no la excusaré, y con mi persona susti» tuiré la falta del guerrero que gloriosamente acabe ». Al mismo tiempo de publicar estos ridículos documentos, escribía secretamente al gobernador de Valparaíso, remitiéndole su equipaje, « para que en caso desgraciado, que no lo espero, » á pesar de la maldita sublevación del reino, agregaba, me » haga el favor de embarcarlo, procurando salvarlo á toda » costa, para que esta canalla no se divierta á costa de Mar» có » (5). En su aturdimiento, y reconociéndose incapaz de ponerse al frente de sus tropas en campaña, había olvidado nombrar un general en jefe del ejército, y sólo dos días después, en la tarde del 10 de febrero, encomendó este cargo al brigadier Rafael Maroto (tan equívocamente famoso después del convenio de Vergara), á la sazón jefe del feroz regimiento de Talavera, dándole orden de acudir presurosamente al punto amenazado, sin más instrucciones.

El instinto hubiese aconsejado á cualquier otro director de la guerra menos inepto, ganar tiempo para la reconcentración de sus fuerzas, efectuar ésta á la mayor distancia posible del enemigo y en el centro de sus recursos, y de este modo acortar las marchas de sus divisiones esparcidas, poniendo de su parte mayores probabilidades de resistencia, ya que no de

(5) Estos documentos publicados en su tiempo, han sido citados por todos los historiadores. La carta fué interceptada después de la batalla de Chacabuco.

triunfo. Lejos de esto, brindó á su adversario todas las ventajas al salir á su encuentro con menos de la mitad de sus fuerzas, ahorrándole las marchas que él doblaba en el avance, y esto mismo sin plan y sin esperanza siquiera de poder contrarrestar la invasión. El resultado habría sido el mismo, porque el plan del paso de los Andes había decidido de un golpe el éxito de la campaña; pero al menos la partida se hubiera jugado en condiciones menos desventajosas para las armas realistas. Así es que, cuando el brigadier Maroto llegó al campamento de Chacabuco, sólo encontró reunidos allí, además del Talavera, el batallón veterano de Chiloe, tres destacamentos de infantería de Concepción, Valdivia y Voluntarios de Chiloe traídos por el intrépido Elorreaga, que desde Coquimbo había acudido á buscar su sepulcro, y los escuadrones de carabineros de Abascal, Dragones de Penco y restos de la caballería de Atero mandados por Quintanilla, con cinco piezas de artillería servidas por 120 artilleros, únicas que en el momento del peligro pudieron moverse. Todas estas fuerzas apenas alcanzaban á 2,000 hombres, de los cuales 1,400 á 1,500 de infantería y 400 á 500 de caballería. Aunque eran las mejores tropas con que contaba el ejército realista, mandadas por sus mejores jefes, estaban destinadas ¡fatalmente á la derrota, así por las hábiles combinaciones del general argentino, cuanto por su debilidad numérica, su desánimo y la situación peligrosa en que se hallaban colocadas.

El brigadier Maroto llegó á Chacabuco el día 11, antes de ponerse el sol, y estableció su cuartel general en las casas de la hacienda. Sin conocimiento del terreno, de las tropas que iba á mandar ni de las posiciones y fuerzas del enemigo, se adelantó á practicar un reconocimiento de la cuesta, en cuya cumbre estaba situada su vanguardia, reforzando esta posición con las mejores compañías del Talavera y un grueso destacamento de caballería, con instrucciones de mantenerla hasta

perder la mitad de su gente. El plan de Maroto era ocupar con todo su ejército la cumbre en la mañana del 12 y esperar allí la batalla, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de la posición. Al mismo tiempo pidió refuerzos á Marcó, esperando contar con dos días más para prepararse convenientemente, los mismos que San Martín le había ganado ya.

Tal era la respectiva situación de los beligerantes á las 12 de la noche, en la víspera de la batalla de Chacabuco.

III

La noche era de luna. Al mismo tiempo que la vanguardia realista se acordonaba sobre la cumbre de la Cuesta Vieja, el ejército argentino formaba al pie de ella en el orden de batalla prescripto. (Véase el plano.) Repartiéronse las municiones á razón de 70 cartuchos por hombre; los soldados abandonaron sus mochilas para marchar al combate con más desembarazo, y á las 2 de la mañana del 12 empezó á ascender la montaña en columna sucesiva. Al llegar á la bifurcación de los dos caminos antes indicados, la división de Soler tomó el de la derecha, precedida por el batallón de cazadores, y la de O'Higgins el de la izquierda (rumbo sud ambas) siguiendo el general en jefe á retaguardia de ellas con su estado mayor y la bandera de los Andes custodiada por el resto del batallón de artillería, cuyos cañones de batalla no habían llegado aún. Ya no era San Martín el sableador de Arjonilla ó de Baylén y San Lorenzo; ganaba las batallas en su almohada, fijando de antemano el día y el sitio preciso, y precisamente en ese mismo día estaba aquejado de un ataque reumático-nervioso que apenas le permitía mantenerse á caballo. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía.

La división de Soler se internó silenciosamente en los tor-

tuosos desfiladeros de la derecha, cubierta por una larga cerrillada. La división de la izquierda trepó la cuesta formada en columna. Una guerrilla del núm. 8, con su correspondiente reserva, cubría su flanco izquierdo por un sendero paralelo separado por una quebrada, con el doble objeto de llamar la atención y reconocer la posición enemiga á la vez que precaverse de un ataque de flanco. Un piquete de caballería exploraba los rodeos del camino á fin de levantar las emboscadas en los recodos y descubrir si se habían construido fortificaciones. La guerrilla flanqueadora se posesionó de unas breñas inmediatas á la cumbre y rompió el fuego, que fué contestado por otra guerrilla que salió á su encuentro; pero apenas habían cambiado algunos tiros cuando inopinadamente apareció la cabeza de la columna de O'Higgins dando vuelta un recodo á tiro de fusil, tocando los tambores á la carga. La vanguardia realista, que no esperaba el ataque, y que había visto la columna de la derecha argentina asomar por su flanco izquierdo al término de la cerrillada que hasta entonces la enmascaraba, y que á la vez se veía acometida por el flanco y la retaguardia, abandonó precipitadamente la posición sin pretender hacer resistencia. La cumbre fué coronada por los atacantes con las primeras luces del alba al son de músicas militares, y desde su altura pudieron divisar la vanguardia que se retiraba en formación cuesta abajo, y al pie de ella al ejército enemigo formado en la planicie de Chacabuco. El primer obstáculo estaba vencido, y la batalla se daría punto por punto, con algunas variantes, según las previsiones de San Martín.

El general realista, contando disponer de dos días más y recibir en este intervalo mayores refuerzos, se había movido en la madrugada de ese día de las casas de Chacabuco y establecido su línea á cinco kilómetros hacia el Este al pie de la Cuesta vieja. La marcha anticipada del ejército argentino y lo rápido y bien combinado del ataque no le dieron tiempo

ni para ocupar la cumbre como lo había proyectado, ni para proteger siquiera su vanguardia que descendía en fuga, perseguida por la caballería argentina. Las disposiciones que tomó en tan crítico momento fueron acertadas, cooperando eficazmente á ellas el valeroso Elorreaga, que según la tradición, fué el verdadero general en jefe. Tendió su línea de batalla plegada á la falda de los cerros opuestos á la serranía de Chacabuco, extendiéndose por su perfil que se elevaba como una plataforma sobre el llano, protegida en parte por tapiales y cercos de espinos, de manera de cubrir la bajada de la Cuesta vieja y dominar con sus fuegos el lecho de un estero como de 400 metros de ancho, por donde corría un arroyuelo que descendía de un profundo barranco del este. Apoyó su derecha en este barranco, que era invulnerable, donde estableció dos piezas de artillería que batían diagonalmente la boca de la quebrada de los Cuyanos, por donde debía asomar el ala izquierda argentina, y su izquierda en un mamelón escarpado que coronó de infantería. Entre estos dos extremos formó sus batallones en columnas cerradas, intercalando entre ellas sus tres piezas restantes. La caballería fué colocada á retaguardia sobre el flanco izquierdo, y parte de ella en guerrillas para proteger la retirada de la vanguardia. (Véase el plano.) En esta actitud esperó pasivamente pero con firmeza el ataque, no obstante el desaliento visible de su tropa de que él mismo participaba, aun antes de sospechar el movimiento de la columna que debía tomarlo por el flanco izquierdo y la espalda, cerrándole la retirada del valle. Eran como las 9 de la mañana cuando la vanguardia realista, en fuga, pero no deshecha, alcanzó la planicie.

Al tiempo de coronar la cumbre el ala izquierda argentina, los tres escuadrones de granaderos mandados por el coronel Zapiola tomaron la vanguardia y picaron la retirada de los realistas, sosteniendo un fuerte tiroteo; pero lo escabroso del terreno no permitía á la caballería maniobrar con ventaja, y

su avance hubo de ser lento, de manera que sólo pudo llegar á la boca de la quebrada á eso de las 10 de la mañana cuando la división de O'Higgins se hallaba todavía á media cuesta. La boca de esta quebrada, que da acceso á la parte más estrecha del valle de Chacabuco, se desenvuelve en un suave plano inclinado al tocar el llano, y está flanqueada por un elevado cerro al este y por un morro destacado al oeste, que desde entonces se llamó de « Las tórtolas cuyanas ». Si los enemigos hubiesen ocupado esta fuerte posición, habrían dificultado la marcha de O'Higgins; pero el avance de los granaderos no les dió tiempo para ello, aunque lo intentaron. En un principio destacaron una guerrilla sobre el morro del oeste ó de las Tórtolas, que puede contornearse por barrancos que son como caminos cubiertos; pero fué contenida por una compañía dispersa en tiradores, mientras un escuadrón impedía el aproche del cerro del este y los dos escuadrones restantes ocupaban el espacio intermedio (6). En ese momento las dos piezas situadas sobre la derecha realista, rompieron un vivo fuego á bala, y el coronel Zapiola, considerando inútil exponer su tropa á descubierto, tomó una posición más segura á retaguardia. Eran las 11 de la mañana. En ese momento llega el ala izquierda con O'Higgins á su cabeza, ocupa á paso de trote la boca de la quebrada y despliega en línea de masas sus batallones dejando en reserva los granaderos plegados en columna. Este fué el preliminar de la batalla. (Véase el plano.)

---

(6) « Exposición de los oficiales de granaderos, etc., sobre las operaciones de su regimiento en la acción de Chacabuco. » Hoja suelta imp. de 2 pp. La firman José Melián, Nicasio Ramallo, Gregorio V. Millán, por los capitanes; Carlos Bounes, por los tenientes, y por los alféreces, Isidoro Suárez. — Apuntes sobre la batalla de Chacabuco, del general don Rufino Guido. M. S. (Arch. San Martín, vol. XII.)

IV

O'Higgins, al ver retirarse la vanguardia realista perseguida por los granaderos, pidió autorización para esforzar la persecución á fin de impedir se reorganizase al pie de la cuesta, y el general se la dió, pero recomendóle que no empeñase la acción, pues su papel era meramente concurrente y sólo debía comprometerla cuando la columna de Soler hubiese ejecutado el movimiento decisivo que le estaba asignado. O'Higgins era un héroe en el combate, pero carecía de las cualidades del general y de la sangre fría de un jefe divisionario, estando además animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose (7); así es que, arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió á sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza.

Apenas la columna de infantería argentina hubo pisado el último plano de la Cuesta vieja, desplegó su línea sobre la boca de la quebrada, según queda explicado. En seguida se adelantó hasta el llano buscando campo para desplegar, y tra-

---

(7) En una carta de O'Higgins á don Juan Egaña, escrita trece años después (20 de julio de 1830) dice : « Yo he sido acusado de temerario » por haberme arrojado á atacar con 700 bayonetas más de tres tantos » de este número en los altos de Chacabuco, pero los que hacen esta » acusación son incapaces de juzgar mis motivos y sentimientos en » aquella ocasión. Ellos ignoraban el juramento que hice durante 36 ho- » ras de combate en Rancagua; ellos no sabían los clamores y ruegos » que diariamente ofrecía á los cielos desde aquel día aciago hasta el 12 » de febrero de 1817; ellos no eran sensibles á los abrasadores senti- » mientos que me consumían. » Véase Vicuña Mackenna, « Ost. de O'Higgins », p. 258 (nota).

bóse inmediatamente un combate de fuegos de posición á posición dentro del tiro de fusil, que se prolongó por más de una hora. Á las primeras descargas cayó muerto Elorreaga (8) que mandaba el ala derecha del ejército realista y que constituía su nervio, experimentando por su parte algunas pérdidas los argentinos. La acción estaba parcialmente empeñada, y el ataque concurrente se convertía en principal, pero sin prometer un resultado inmediato. La situación era crítica, pues si la retirada tenía sus peligros, el avance era temerario, y cuando menos inútil aun triunfando, pues según el plan combinado, los realistas estaban irremisiblemente perdidos desde que habían aceptado la batalla dentro de un recinto sin retirada. Si el general español hubiese tenido iniciativa, habría podido llevar en aquel momento un ataque ventajoso; pero se limitó á amagar débilmente los flancos de su contrario con guerrillas que fueron rechazadas, sosteniendo pasivamente el fuego de fusil y de cañón. Por su parte O'Higgins, con sus instintos heroicos, y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de Soler con quien estaba enemistado (9), ordenó el avance repitiendo las históricas proclamas del Roble y de Rancagua: « ¡ Soldados ! ¡ Vivir con

(8) Barros Arana en su « Hist. de la Indep. » dice que cayeron muertos al mismo tiempo Elorreaga y Marqueli, que sostenía el ala izquierda. Vicuña Mackenna dice que la muerte del primero acaeció en los últimos momentos de la batalla, confundiéndolo con Marqueli que mandaba el ala izquierda, como se verá más adelante.

(9) Según apuntes manuscritos de O'Higgins, que Vicuña Mackenna extracta en su « Ostracismo », pág. 261, después de la batalla « llamó su atención un bizarro jinete con el caballo cubierto de espuma, haciéndole señas con la espada para que se detuviera. Era el brigadier Soler que venía en su demanda, y sin saludarle, púsose á apostrofarle de *temerario é insubordinado y de haber comprometido del modo más culpable el éxito de la batalla.* » O'Higgins, dice él mismo en sus apuntes, le contestó con frialdad, « que no era el momento de entrar en polémicas ». Á consecuencia de esto, hubo de concertarse un duelo entre ambos, pero San Martín lo cortó, enviando un mes después á Soler á Buenos Aires con un pretexto honroso.

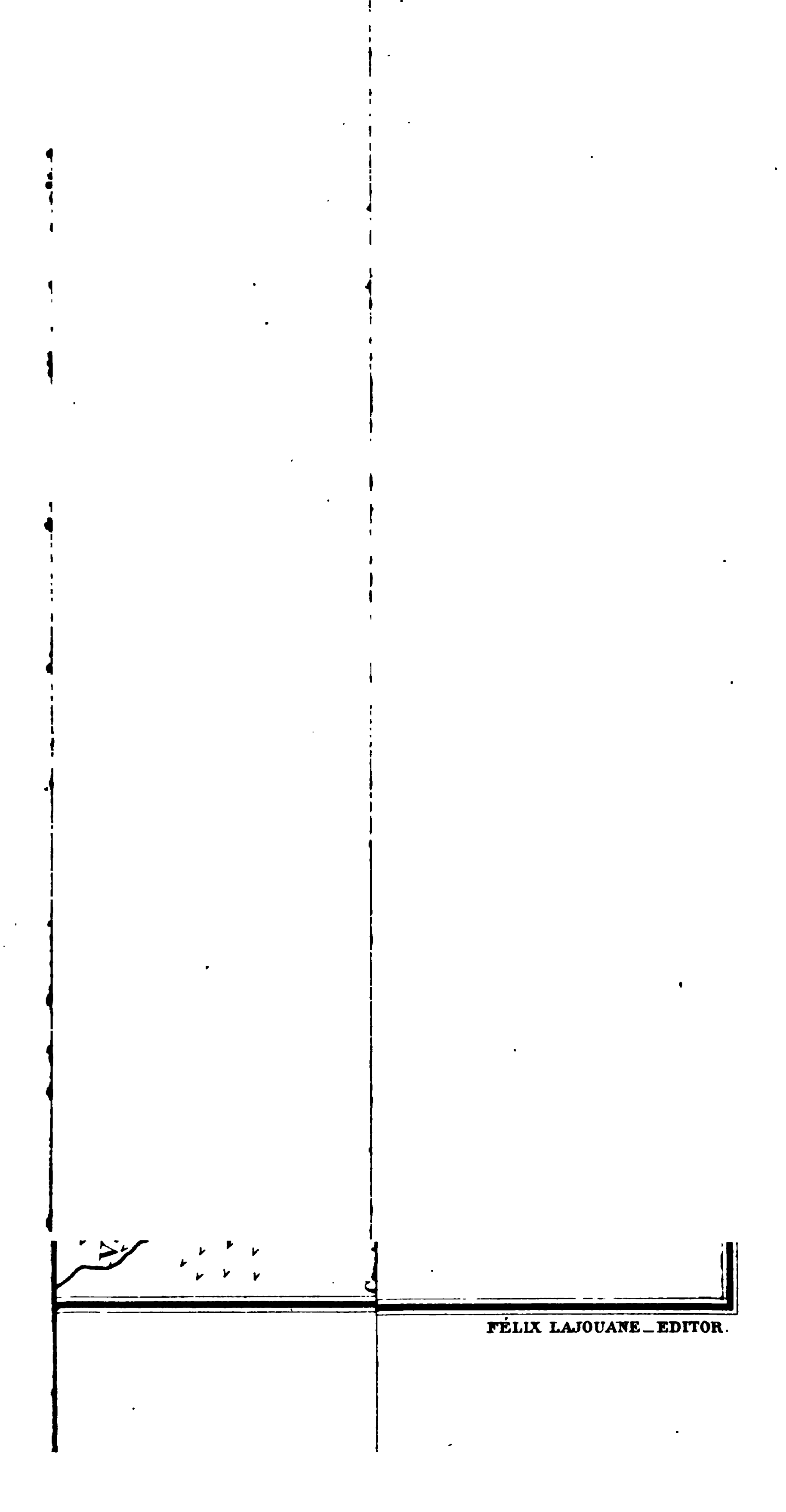
honor ó morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas á la carga! » Los tambores dieron la señal con el toque estremecedor de calacuerda, y lanzóse á paso acelerado en columnas de ataque con 900 bayonetas (10), de los batallones 7.° y 8.° mandados por Conde y Cramer contra 1,500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería, ordenando á Zapiola que con los granaderos procurase penetrar por su derecha sobre la posición enemiga.

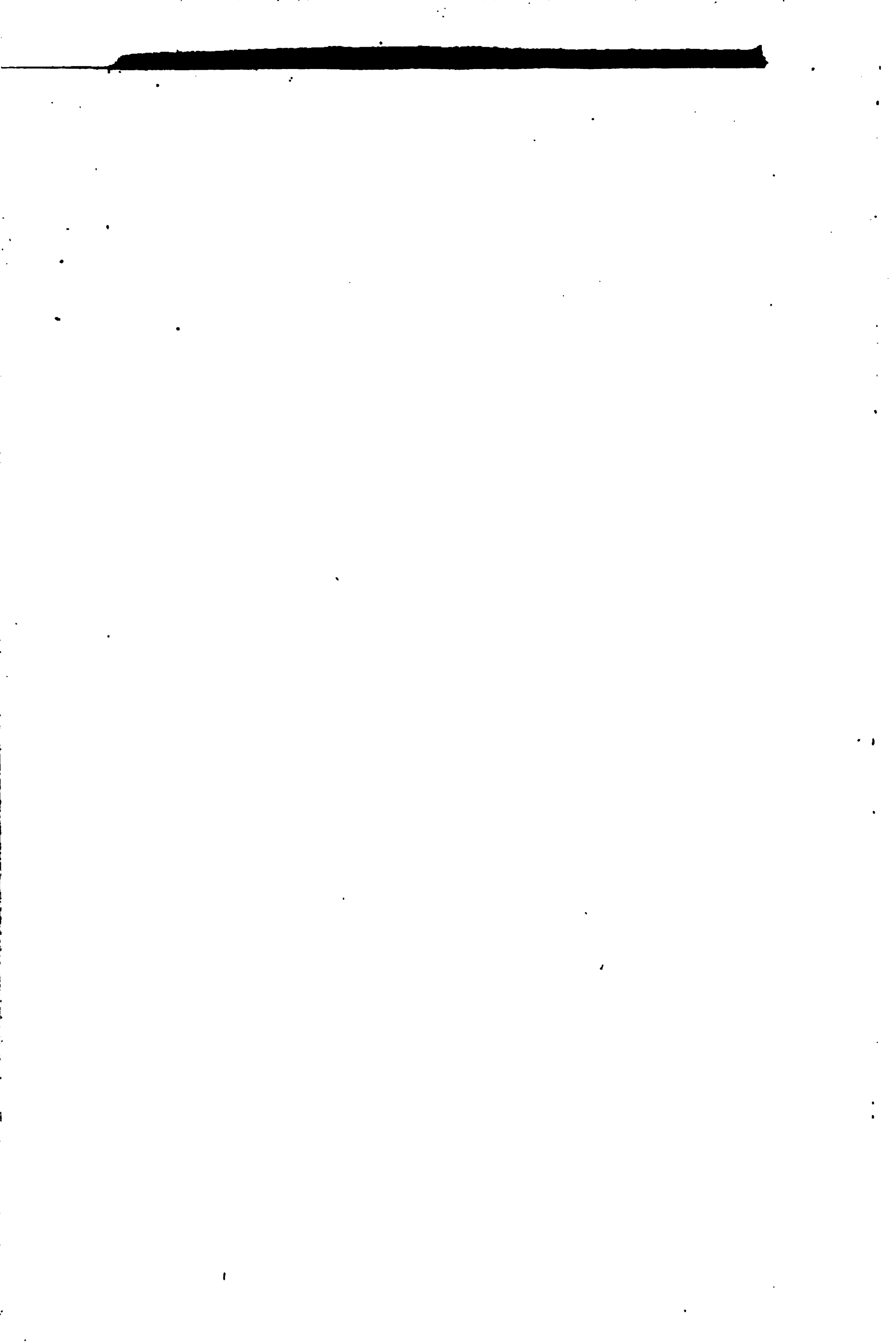
Los batallones argentinos marcharon valerosamente á la carga sin disparar un tiro, inflamados por las palabras y el ejemplo del general; pero antes de llegar á la falda de los cerros que ocupaban los enemigos, encontráronse con el obstáculo del arroyo que baja del barranco en que éstos apoyaban su derecha, á la vez que las piezas situadas en este punto los tomaban por el flanco y la fusilería los quemaba dentro de la zona peligrosa del punto en blanco por el frente. Á pesar de esto, hicieron tenaces esfuerzos para arrebatar la posición; pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca en que estaban acordonados los realistas, hubieron de retroceder en desorden á su primera posición de la boca de la quebrada en que se rehicieron fuera del alcance de los fuegos (11). Por su

---

(10) O'Higgins en la carta cit. en nota ant. dice : « 700 bayonetas », á la vez que exagera la fuerza enemiga « en tres tanto de este número », cuando apenas era el doble. Según Espejo, « Paso de los Andes », p. 579, la columna al mando de O'Higgins ascendía á 1,500 hombres. Los tres escuadrones de granaderos que lo acompañaban no pasaban de 500, pues la fuerza total del regimiento era de poco más de 700, y dos de sus escuadrones estaban en el ala derecha, de manera que la infantería constaba de 1,000 bayonetas por lo menos. Esto se comprueba con el estado de fuerza del ejército de los Andes antes de pasar la cordillera (4 de enero de 1817) que original existe en el Archivo General; según el cual los batallones núm. 7 y 8 constaban cada uno de ellos de 769 plazas, que suman 1,466 de tropa. Rebajando 250 de las dos compañías que iban con la columna de Soler y las bajas durante la campaña, siempre resultarán más de mil infantes, que por un cálculo bajo hemos estimado en 900 en el texto. (Arch. San Martín, vol. II.) M. S.

(11) El parte oficial de San Martín, no hace mención de este rechazo,


FÉLIX LAJOUANE_EDITOR.



parte los granaderos habían intentado en vano penetrar por entre el flanco izquierdo del centro enemigo y el mamelón en que apoyaba este costado, que era un verdadero castillo, y volvieron en orden á situarse tras el morro de las « Tórtolas cuyanas ». (Véase el plano.)

San Martín, contando llevar la victoria en el bolsillo y á la espera del desenvolvimiento de su plan, que no sólo se la aseguraba, sino que le prometía la rendición del enemigo, llegó á temer por la suerte de la división de O'Higgins al verla imprudentemente comprometida contra sus órdenes, y extendiendo el brazo hacia la Cuesta nueva, en la actitud en que lo representa su estatua ecuestre, gritó á su ayudante de campo Álvarez Condarco : « Corra usted, y diga al general Soler, que

---

que cubre con la carga final de la victoria. Los historiadores chilenos, á excepción del P. Guzmán, Gay y Sanfuentes la mencionan expresamente. Amunátegui, en la « Reconq. Esp. » p. 180, dice : « La infantería de los » republicanos dió repetidas cargas á la bayoneta con O'Higgins á su ca- » beza; pero no pudo á pesar de su ímpetu desbaratar las líneas enemi- » gas. » — Barros Arana, en su « Hist. de Indep. de Chile », t. III, p. 419 dice : « Reunió O'Higgins los batallones 7 y 8, los formó en columnas cerra- » das, y á su cabeza cargó á la bayoneta; pero todos los esfuerzos no » bastaron á romper la línea enemiga. » Según Vicuña Mackenna en su « Ostrac. de O'Higgins », p. 258, escrita con los documentos del mismo O'Higgins, « éste, de su cuenta y riesgo, con un denuedo igual á su res- » ponsabilidad y faltando abiertamente al plan acordado de la batalla, » colocóse al frente de sus cuerpos de infantería, que apenas contaban » 700 plazas, se adelantó con sus columnas por el camino real hasta » pasar una acequia, ó más bien grieta, del terreno, en cuya operación » los cañones enemigos jugando ya sobre sus columnas, las pusieron » durante un momento en un crítico desorden. » — El general Espejo, historiador y testigo personal, dice en « Paso de los Andes », p. 583 : « O'Higgins, dominado por un entusiasta ardimiento, con los batallones » de su división en columna cerrada, emprendió una carga á la bayoneta » sobre la línea enemiga, esfuerzo que por desgracia no logró el feliz » resultado que se propuso. El general Maroto había formado sus » tropas, colocando su infantería al perfil del barranco de un arroyito » que descendía de la alta sierra. Contra este obstáculo no previsto por » O'Higgins, se estrelló el esfuerzo del núm. 7 y 8, que tuvieron que re- » troceder en confusión á rehacerse lejos del alcance de las piezas del » enemigo. »

» cargue lo más pronto posible sobre el flanco del enemigo». —En seguida, lanzó su caballo cuesta abajo con toda la celeridad que permitía lo escabroso del terreno, y llegó á la boca de la quebrada en circunstancias en que O'Higgins se había adelantado otra vez sobre el llano con el propósito de renovar el combate, y ya no podía retroceder. Era la una y media del día. Á esa hora notóse que la línea enemiga vacilaba, y que algo extraordinario pasaba en sus filas. Era que la vanguardia del ala derecha argentina, cuyo movimiento no había alcanzado Maroto, desembocaba al valle de Chacabuco y avanzaba á paso de trote y al galope sobre la izquierda de la posición. El momento decisivo había llegado.

V

Lanzadas de nuevo las columnas de O'Higgins al ataque, San Martín ordenó á los tres escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Melián, Manuel Medina y mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola á su cabeza, dieran una carga á fondo hasta chocar con la caballería realista situada á la izquierda de la retaguardia enemiga. El escuadrón de Medina, pasando atrevidamente por un claro de la línea de infantería en marcha, cayó sobre la izquierda del centro enemigo acuchillando á sus artilleros sobre sus cañones, mientras Zapiola con los otros dos penetraba por su costado derecho, al mismo tiempo que el batallón 7.° y 8.° encabezados por O'Higgins tomaban á la bayoneta la posición. Los fuegos del mamelón se habían apagado, y la infantería realista formaba cuadro en el centro de su campo. Simultáneamente el coronel Alvarado, que con el batallón núm. 1.° llevaba la vanguardia del ala derecha argentina, desprendía dos compañías al mando del capitán Lucio Salvadores, y teniente Zorrilla que se apoderaban

del mamelón, matando á Marqueli que lo sostenía (12). Necochea con el escuadrón Escolta, sostenido por el 4.° de granaderos de Escalada, penetraba por la retaguardia y arrollaba á la caballería realista por la izquierda á la vez que Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo.

Todas las fuerzas vencedoras convergieron sobre el cuadro, que en menos de un cuarto de hora fué hecho pedazos, retirándose sus últimos restos dispersos á la hacienda de Chacabuco por entre los cerros de su espalda. Allí encontraron cortada su retirada por la división de Soler que ya ocupaba el valle, y pretendieron hacer resistencia parapetados tras las tapias de la viña y del olivar contiguo, pero fueron rendidos á discreción. (Véase el plano). Los que buscaron su salvación huyendo por el estero y en la prolongación del valle hacia el sud, fueron exterminados en la persecución, quedando el camino sembrado de muertos desde Chacabuco hasta cerca del portezuelo de Colina. Los sables afilados de los granaderos hicieron estragos : en el campo de batalla encontróse un cráneo dividido en dos partes y el cañón de un fusil tronchado como una vara de sauce (13).

Los trofeos de esta jornada, fueron : 500 muertos, 600 prisioneros, su mayor parte de infantería ; la artillería, un estandarte y dos banderas ; el armamento y parque de los vencidos y la restauración de la revolución chilena. Las pérdidas de

---

(12) El general Alvarado, que mandaba en ese día el batallón núm. 1.°, vanguardia de Soler, de que formaban parte las compañías de Salvadores, dice en su « Memoria Histórica Biográfica » : — « Corrientes si- » guiendo el descenso de la sierra, á cuyo extremo se levantaba un » pico, que ocupado por los españoles flanqueaba la derecha de nuestra » línea. Sobre esa fuerza cargó el batallón Cazadores, y la deshizo en » pocos instantes, muriendo el coronel Marqueli que la mandaba. » M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(13) En la sacristía de la capilla de la hacienda de Chacabuco se conserva una calavera recogida del campo de batalla con el cráneo hendido por el sable de los granaderos.

los argentinos fueron : 12 muertos y 120 heridos ; lo que demuestra numéricamente, que si el plan de San Martín se hubiese ejecutado punto por punto, como pudo y debió hacerse, la batalla habría terminado por una rendición del enemigo, sin la inútil aunque escasa efusión de sangre que causó la temeridad de O'Higgins, quien sin embargo fué el héroe del día, como combatiente (14). El general vencedor al dar cuenta de esta victoria compendiaba su memorable empresa en estos

---

(14) Las pérdidas de los argentinos se descomponen del modo siguiente : 2 oficiales y 10 individuos de tropa muertos, y 120 heridos, de los cuales 12 oficiales. Los dos únicos oficiales muertos, fueron los capitanes de granaderos Manuel Hidalgo y Juan de Dios González (que murió á consecuencia de las heridas), cuyos nombres fueron dados á los dos castillos del cerro de Santa Lucía, en Santiago, mandados levantar por Marcó para dominar la capital de Chile. Según el general Espejo, en el « Paso de los Andes », pág. 534, refiriéndose á documentos oficiales y datos de testigos presenciales, las pérdidas de los argentinos ascendieron á 2 oficiales y 130 individuos de tropa muertos y 174 heridos, de los cuales 12 oficiales. Nosotros nos guiamos por el estado firmado por Zapiola y visado por San Martín, de 22 de febrero de 1817, cuyo encabezamiento es como sigue : « Exto. de los Andes. Estado de los muertos y heridos en la acción de Chacabuco el 12 de febrero de 1817 », cuyo original existe en el Archivo general, Leg. « Secretaría de Guerra, Exto. de los Andes. — Guerra. » Nos inclinamos á creer que el general Espejo tomó el total de muertos y heridos de tropa (que son 130) por el de muertos, dando sólo cuatro oficiales heridos, cuando fueron doce. — De todos modos la proporción de las respectivas pérdidas demuestra numéricamente lo establecido en el texto. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.) — Para mayor comprobación de este punto, citaremos la lista nominal de muertos durante toda la campaña de Chacabuco, firmada por Zapiola el 24 de abril de 1817, que original existe en el Arch. general, y da : 2 capitanes, 2 sargentos, 1 cabo y 10 soldados, total 15 muertos, todos ellos pertenecientes al batallón núm. 8 y á Granaderos á caballo. Los oficiales argentinos. Los heridos fueron : capitán Félix Olazábal y teniente Pedro José Rico, del 8.º; subteniente José María Prieto, del 11, capitán Luis Pereyra, tenientes Pedro Noalles, Eugenio Necochea y Manuel Olazábal y alféreces Félix Bogado y José María Villanueva, de Granaderos á caballo. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.) y Doc. del archivo general en Leg. « Estado Mar. de los Andes, 1817. » M. S. — Como se ve, es la gran victoria menos costosa que se haya dado en el mundo, á la vez que la más desastrosa para los vencidos, quienes dejaron en el campo más de la mitad de su fuerza total.

concisos términos : « Al ejército de los Andes queda la glo» ria de decir : EN VEINTICUATRO DÍAS HEMOS HECHO LA CAMPAÑA, » PASAMOS LAS CORDILLERAS MÁS ELEVADAS DEL GLOBO, CONCLUIMOS » CON LOS TIRANOS Y DIMOS LA LIBERTAD Á CHILE » (15).

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo á un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fué una sorpresa á la luz del día en que nada se libró al acaso. El hecho de batir á una fuerza menor con otra mayor, — que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad, — fué la consecuencia necesaria de los ardides y movimientos calculados que la precedieron, dando á ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de san-

---

(15) Para narrar la batalla de Chacabuco, hemos tenido presente los documentos y testimonios siguientes : 1.° Parte detallado de la batalla por San Martín de 22 de febrero de 1817, inserto en « Gaz. Est. » de 11 de marzo del mismo; 2.° Legajo del archivo general. « Secretaría de guerra », etc., cit. en la nota anterior. M. S. S.: — 3.° Apuntes del general don Rufino Guido, sobre Chacabuco. M. S.: — 4.° Memoria del coronel D. José Melián : — 5.° « Memoria histórica biográfica » del general Rudecindo Alvarado. M. S.: — 6.° « Exposición de los oficiales de granaderos » cit.: — 7.° Remitido sobre Chacabuco, publicado en el núm. 83 de 17 de abril de 1817 en *El Censor* de Buenos Aires : — 8.° « Contestación del general Soler á la carta inserta en el núm. 83 de *El Censor* (pliego suelto). Informes verbales de los actores en la batalla, á saber: generales, Las Heras, Soler, Enrique Martínez, Félix Olazábal, Zapiola, Mansilla, Manuel Escalada, Espejo y O'Brien ; coroneles, Manuel Olazábal, Melián, P. R. de la Plaza, Pedro José Díaz y Pedro José Rico, é ingenieros del ejército de los Andes Arcos y Álvarez Condarco. — Hemos tenido presente los historiadores chilenos y argentinos Guzmán, Gay, Sanfuentes, Amunátegui, Barros Arana y Espejo, conformándonos con la versión de estos últimos en los puntos que estaban de acuerdo con nuestros documentos.

gre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden — que en algo se le parece, — tiene la originalidad de un plan que se adapta á un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, á la manera de un problema geométrico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado — como se ha visto, — una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sud-americana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental á la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro el estrecho recinto del Perú, donde debía ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó á la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y dióle expansión, sin lo cual habría tal vez sido sofocada en su cuna. Fué la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virrey del Perú, Pezuela, confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó á retrogradar en América y su poder á ser conmovido en sus fundamentos. « La desgracia que padecie-

» ron nuestras armas en Chacabuco, poniendo el reino de » Chile á discreción de los invasores de Buenos Aires, tras» tornó enteramente el estado de las cosas, fué el principio de » restablecimiento para los disidentes, y la causa nacional re» trogradó á grande distancia, proporcionando á los disiden» tes puertos cómodos donde aprestar fuerzas marítimas para » dominar el Pacífico. Cambióse el teatro de la guerra : los » enemigos trasladaron los elementos de su poder á Chile, » donde con más facilidad y á menos costa podían combatir » al nuestro en sus fundamentos » (16).

Un historiador español, general que á la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. « La fácil pérdida del » reino de Chile fué un suceso de inmensa trascendencia para » las armas españolas » (17).

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del rey. Fueron las del argentino Barañao, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán después de San Carlos. Barañao había acudido á marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado á fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho sin duda la victoria más

---

(16) « Manifiesto en que el virrey del Perú, D. Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando, etc. » p. 22 y 93.

(17) Camba, « Memorias para la historia de las armas españolas en el » Perú, » t. I, p. 267.

costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su cuerpo uno de los más decididos; pero al llegar al portezuelo de Colina, tuvo la noticia de la derrota. Propuso á Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles, que podrían alcanzar á 800 hombres, y tomando otros tantos infantes á la grupa, marchar sobre el campo de batalla y caer en la noche de sorpresa sobre los vencedores desprevenidos (18). Marcó contaba en Santiago, además de los húsares, con el grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloe y Chillán y 250 artilleros con 16 piezas, pero incapaz de hacer ni dejar hacer, después de pusilánimes trepidaciones, sólo pensó al fin en la fuga, evacuando en desorden la capital que dejó entregada al saqueo del populacho. En cuanto á Ordóñez y Sánchez, pronto los veremos reaccionar en el sud de Chile manteniendo la campaña con tesón y fortuna varia.

San Martín, que por prudencia ó cansancio de su tropa se había reconcentrado sobre la hacienda de Chacabuco en la noche del 12, tomando precauciones contra una sorpresa, al tener noticia de estos sucesos en la madrugada del 13, dispuso que el ejército continuara su marcha, haciendo adelantar á Necochea con su escuadrón para garantir el orden en la capital. El 14 hizo su entrada triunfal el ejército vencedor en la ciudad redimida, sustrayéndose modestamente el general libertador á las ovaciones populares. Como lo ha dicho un

---

(18) Hemos oído discutir personalmente este punto hipotético ó uchrónico al mismo Barañao con el general Las Heras, que compatriotas, y adversarios en su juventud durante la guerra de la Independencia, fueron íntimos amigos en su ancianidad. Barañao sostenía treinta años después (en 1849) que habría obtenido un completo éxito en su empresa, y Las Heras admitía la posibilidad remota, pues en la embriaguez de la victoria lo que menos se esperaban era un ataque, aun cuando no estuvieran del todo desprevenidos contra tal eventualidad. Era una aventura desesperada, que no pasó de una ocurrencia personal, y que para ejecutarla requería cabeza y corazón en los directores y nervio en los soldados, que es lo que precisamente faltaba.

historiador chileno con este motivo : « Ocupado en realizar » sus vastos planes, miraba en menos esas fútiles manifes- » taciones que á nada conducen, y aun en esos mismos mo- » mentos, pensaba sólo en los recursos que debía proporcio- » narle la victoria para llevar adelante la grandiosa obra á » que estaba empeñado. » El día antes 13 de febrero de 1817 Yapeyú, la aldea en que naciera San Martín, era reducida á cenizas por una invasión esclavizadora (19).

Al apearse del caballo cubierto aún con el polvo del combate, su primer pensamiento fué por los pueblos cuyanos que le habían proporcionado los medios de realizar su empresa, y escribió al cabildo de Mendoza : « Gloríese la admirable » Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrificios. Todo » Chile es ya nuestro. » Á los cabildos de San Juan y San Luis, les decía : « Las armas victoriosas del Exto. de la » Patria ocupan ya el reino de Chile, rompiendo la fatal » barrera que antes los separaba de sus hermanos y vecinos » los habitantes de Cuyo. Me apresuro á felicitar á V. S. y » á ese benemérito pueblo, manifestándole la expresión más » tierna de mi gratitud á su patriotismo y constantes esfuer- » zos, que sin duda fué el móvil más poderoso que contri- » buyó á la formación del Exto. de los Andes » (20). Al día siguiente expidió un bando convocando una asamblea de notables á fin de que designasen tres electores por cada una de las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo para que éstos nombraran al jefe supremo del Estado.

Reunida la asamblea en número de 100, bajo la presidencia del gobernador don Francisco Ruiz Tagle, elegido interina-

---

(19) Barros Arana, « Hist. de la Indep. de Chile, » t. III, p. 429.

(20) Of. de San Martín de 14 de febrero en Santiago de Chile, cuyo original se conserva en el archivo de Mendoza. El borrador de este oficio existe en su archivo, vol XII, M. S. — Dos ofs. de San Martín de la misma fecha (14 de febrero). (Arch. San Martín, vol. XII. M. S.)

mente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó, los concurrentes protestaron contra el proceder indicado por San Martín y declararon por aclamación que « la voluntad unánime era nombrar á don José de San Martín gobernador » de Chile con omnímoda facultad », y así lo hicieron constar en el acta que se levantó — y todos firmaron ante escribano público (21). El general, como el hombre antiguo de Plutarco, rehusó el premio y sólo aceptó una hoja de laurel sagrado para su patria. Fiel á sus instrucciones y á su plan político, negóse á aceptar el mando que se le ofrecía, y convocó por intermedio del cabildo una nueva asamblea popular á que concurrieron 210 vecinos notables. El auditor del ejército de los Andes, Dr. Bernardo Vera, reiteró públicamente la renuncia de San Martín, y fué aclamado en el acto el general O'Higgins director supremo del estado de Chile, declarando Vera, que la elección era del agrado del general. El nuevo director nombró por ministro del interior á don Miguel Zañartu, carácter entero y decidido partidario de la alianza chileno-argentina, y en el departamento de guerra y marina al teniente coronel don José Ignacio Zenteno, secretario de San Martín. Su primer acto de gobierno fué dirigirse al pueblo declarando solemnemente : « Nuestros » amigos, los hijos de las provincias del Río de la Plata, de » esa nación que ha proclamado su independencia como el » fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de » recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos. La con- » dición de Chile ha cambiado de semblante por la grande » obra de un momento, en que se disputan la preferencia, el » desinterés, mérito de los libertadores y la admiración del » triunfo. ¿ Cuál deberá ser nuestra gratitud á este sacrificio

---

(21) Acta del Cabildo abierto en Santiago de Chile el 18 de febrero de 1817, h. imp. en fol. Este documento falta en las colecciones de leyes y decretos de Chile.

» imponderable y preparado por los últimos esfuerzos de los » pueblos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla depo» sitando vuestra dirección en el héroe. Si las circunstancias » que le impedían aceptar hubieran podido conciliarse con » vuestros deseos, yo me atrevería á jurar la libertad per» manente de Chile » (22). — Al dirigirse á las naciones extranjeras, anunciando su elevación al mando bajo los auspicios de la reconquista, les decía : « Ha sido restaurado » el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias » Unidas del Río de la Plata bajo las órdenes del General » San Martín. Elevado por la voluntad del pueblo á la supre» ma dirección del Estado, anuncia al mundo un nuevo asilo » en estos países á la industria, á la amistad y á los ciuda» danos todos del globo. La sabiduría y recursos de la nación » Argentina limítrofe, decidida por nuestra emancipación, » da lugar á un porvenir próspero y feliz con estas re» giones » (23).

Como atributo cómico de su corona de triunfador, fuéle presentado á San Martín entre los trofeos, al Thersites de la campaña, el presidente y capitán general de Chile por el rey, don Francisco Casimiro Marcó del Pont, á quien veremos más adelante figurar cómicamente en una tragedia. Al evacuar la capital, sus tropas se le dispersaron, y una parte de ellas se embarcó despavorida en el puerto de Valparaíso con el general Maroto á su cabeza, dejando más de la mitad en tierra. Marcó, tan afeminado en la derrota como soberbio en el poder, no tuvo alientos ni aun para huir, y separándose furtivamente con su comitiva de sus compañeros de desgracia, por esquivar la fatiga de una marcha rápida, no alcanzó á embarcarse á tiempo, y fué hecho prisionero.

---

(22) Proclama del director O'Higgins de 17 de febrero de 1817. (Gac. de B. A. de 8 de marzo del mismo.)

(23) « Vindicación histórica. » Papeles del B. Gral. Guido, p. 28.

Llevado á presencia del vencedor (22 de febrero) éste lo recibió de pie, y extendiéndole la mano derecha, le dijo con semblante risueño : « ¡ Oh, señor general ! ¡ Venga esa blanca mano ! » En seguida lo introdujo á su gabinete de trabajo y conferenció á solas con él por cerca de dos horas, despidiéndolo cortésmente. Esta fué toda su venganza contra el que le había quemado por mano de verdugo sus comunicaciones, ahorcado á sus agentes y puesto á talla su cabeza (24).

Tan sólo se permitió una venganza humorística. Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó. — « San » Martín ! ¡ Su nombre es una blasfemia ! había exclamado » desde el púlpito sagrado. No le llaméis San Martín, sino » Martín, como á Martín Lutero, el peor y más detestable de

(24) En *La Lira Argentina*, p. 241, en nota á una de sus composiciones poéticas, se lee : « En un oficio dirigido por Marcó á San Martín, le decía : « *Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. S. que es negra.* » No existen tales palabras en ningún oficio de Marcó al general de los Andes, si bien parece que las pronunció al firmar el que le dirigió con motivo de la notificación de la declaratoria de la independencia argentina, según nos informó el ingeniero Álvarez Condarco, que fué el conductor, como se ha relatado antes. Los señores Amunátegui, en su « Reconq. Esp. » pág. 189, describen una escena grotesca é indigna del carácter formal y discreto de San Martín. Según ellos, el general recibió al prisionero sentado y le hizo una acogida glacial, midiéndolo de pies á cabeza, y que en seguida, cuando éste pretendió rendirle su espadín, le contestó con desdén que le conservase, pues no lo necesitaba para nada, alargándole al mismo tiempo el bando que ponía á precio su cabeza, y que continuó largo rato en divertirse con su turbación haciéndole cargos y reconvenciones.

El general Espejo, que fué testigo presencial de la entrevista, y cuya palabra merece fe como tal y por su seriedad, relata la escena en los términos del texto, refutando la versión de los señores Amunátegui con su testimonio autorizado con argumentos sin réplica. El director Pueyrredón, al felicitar á San Martín por la victoria de Chacabuco, le escribía confidencialmente el 25 de febrero de 1817 : « Celebro que con tan» tas mañas por su parte se haya ensartado el señor Marcó. Si por » accidente cae en nuestro poder, trátelo V. como un caballero, y mán» demelo aquí sin demora, para enseñarle yo también, que lo somos » más que él. » (Arch. San Martín, vol. XI.) M. S.

» los herejes ». Llamado á su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó : « ¡ Cómo !
» Usted me ha comparado á Lutero, quitándome el *San*!
» ¿Cómo se llama usted? —Zapata, señor general, respondió
» el fraile humildemente. — Pues desde hoy le quito el *Za*
» en castigo, y lo fusilo si alguien le da su antiguo apellido ».
— Al salir á la calle un correligionario le llamó por su nombre. El fraile aterrado le tapó la boca y prorrumpió en voz baja : — « No! no soy el padre Zapata, sino el padre Pata! Me
» va en ello la vida! »

Alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que había poco que guardar, vivió modestamente, sin permitirse más lujo que una mesa de estado, y en la cual se presentaba únicamente á los postres. Según su costumbre, comía en la cocina. Como á la sazón no tenía ropa, mandó componer el capotón de campaña con que había pasado la cordillera, forrar de nuevo con hule su maltratado falucho y dar vuelta al paño de su casaca (25). Un español realista que por acaso vió la casaca en casa del sastre, queriendo congraciarse, llevó una pieza de rico paño de San Fernando para que le hiciese una nueva. Sabedor de la ocurrencia, San Martín mandó construir con el paño ocho fracs, imponiendo al oficioso español, que durante una semana se pusiese uno cada día, con la obligación de pasar por su palacio y hacer una cortesía al enfrentar su ventana. ¡Humoradas de vencedor!

Sólo un escarmiento se hizo. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago, y que había oprimido bárbaramente á la población, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido á juicio, condenado á muerte y ejecutado en la plaza pública. Fué justicia.

---

(25) Véase « Cuentas del Gran Capitán » por B. Mitre, pág. 5 y sig.

VII

La corona cívica del vencedor de Chacabuco brindada por la gratitud del pueblo chileno redimido, fué tejida por el entusiasmo del pueblo argentino. Los poetas de la época, le dedicaron sus cantos, y Esteban Luca, el más inspirado de ellos, que debía celebrar sus futuras proezas, exclamaba al entonar el himno del triunfo :

¡Oh patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron.
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.
Del arduo excelso asiento
De los nevados Andes, hoy la fama,
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
Á vuestros héroes : su eco resonante
Va desde el mar del sur al mar atlante (26).

El director supremo de las Provincias Unidas lo saludaba efusivamente : « ¡ Gloria al restaurador de Chile! La fortuna » ha favorecido sus heroicos esfuerzos, y la América nunca » olvidará la valiente empresa de V., sobre Chile venciendo » á la naturaleza en sus más grandes dificultades. V. venció » y yo me glorío con V., y lo abrazo con toda la ternura de » mi alma reconocida á sus servicios. Esta es la expresión » de un hermano: la del director supremo será de otra calidad. » Ayer ha sido un día de locura para este pueblo. La noticia

(26) « Lira Argentina », pág. 136.

» llegó á las 9 de la mañana. Eran las 12 de la noche y aun » se oía el ruido de vivas estruendosos en toda la ciudad. La » fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva » triple » (27).

El gobierno le expidió los despachos de brigadier general, el más alto grado de la milicia, manifestándole: « Si los triun- » fos de un general virtuoso después de una penosa cam- » paña, sosteniendo los derechos sagrados del hombre, » pueden de alguna manera compensarse, éste consiste es- » pecialmente en el amor y gratitud de los conciudadanos. » V. E. ha recibido ya como premio el júbilo y la admiración » de todos los pueblos. Resta ahora al gobierno condecorarlo » con aquellas distinciones que la patria reserva á sus mejo- » res hijos ». San Martín los rehusó por dos veces consecuti- vas, consecuente á la promesa hecha: « Me considero sobra- » damente recompensado con haber merecido la aprobación » por el servicio que he hecho: es el único premio capaz de » satisfacer el corazón de un hombre, que no aspira á otra » cosa. Antes de ahora tengo empeñada solemnemente mi » palabra de no admitir grado ni empleo alguno militar ni » político: por lo mismo espero que V. E. no comprometerá » mi honor para con los pueblos, y que no atribuirá á amor » propio mi devolución del despacho; cierto de que, en el » empleo á que me ha elevado, sacrificaré gustoso mi exis- » tencia en obsequio de la patria » (28).

Las banderas tomadas en Chacabuco, fueron colgadas en los balcones de la casa consistorial (9 de marzo) formando un trofeo, en cuyo centro se veía al retrato de San Martín coro-

(27) Carta de Pueyrredón de 25 de febrero de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL.) M. S.

(28) Ofi. del gobierno adjuntando el despacho de 3 de marzo de 1817. Contestación de San Martín devolviéndolo, de 17 de marzo, é insistencia del mismo en 6 de julio de 1817. (Docs. del Arch. general y Arch. San Martín, vol. II, M. S. S.)

nado de laureles por la fama. Por primera vez dispensaba la república esta distinción á un general vencedor.

El congreso argentino dió un voto en su honor, declarando por el órgano de su presidente : « que todas las corporaciones » del estado habían manifestado su reconocimiento al ilustre » vencedor de Chacabuco, y que la representación nacional » no podía echarse de menos en este impulso general del » entusiasmo público, que había mudado el semblante de la » patria » (29). Fuéle decretado un escudo especial, con la leyenda en la orla : LA PATRIA EN CHACABUCO : — y en su centro : AL VENCEDOR DE LOS ANDES Y LIBERTADOR DE CHILE. Al ejército vencedor á sus órdenes, se acordaron distinciones honoríficas, votándose medallas de premio « por sus virtudes militares que habían aumentado las glorias de la patria » (30).

Todas las municipalidades de la república le dirigieron sus felicitaciones. El general Belgrano mandó erigir una pirámide

---

(29) Sesiones de 17 de junio y 1.º de julio de 1816 en el « Redactor del Congreso Nacional », núms. 21 y 22.

(30) Decreto de 15 de abril de 1817, en Reg. Nac., t. I, p. 114. Este decreto, además del escudo especial, acordó medallas de oro y plata para los jefes y oficiales y un escudo de paño para la tropa; pero posteriormente se acuñaron de oro, plata y cobre de módulo uniforme para todas las clases. Por esta causa los modelos de las medallas de premio de Chacabuco son dos, una ovalada grande, y otra en forma de romboide más pequeña según puede verse en el plano adjunto de la batalla. De las primeras, que fueron las hechas en consecuencia del citado decreto, sólo existen ejemplares de oro y plata : las segundas fueron las que se distribuyeron, y era la que usaba San Martín; aunque en un grabado que lo representa á caballo, y que fué hecho en Buenos Aires por Núñez Ibarra en 1817, lleva la ovalada, juntamente con el escudo especial. El general San Martín, con acuerdo de una junta de oficiales, ofreció la medalla de Chacabuco á los que con más empeño habían cooperado á su empresa : al director Pueyrredón y á don Tomás Guido. El director rehusó diciendo : « El premio es sólo para los que concurrieron á la empresa en el campo de batalla. » — Guido declinó el honor modestamente, declarando que sólo había sido un ejecutor de las órdenes del gobierno. (Doc. del Arch. Gral. M.S.S.)

conmemorativa de su victoria en el campo de batalla de Tucumán, diciéndole : « Los pueblos y ejército de mi mando, » llenos de júbilo ven en V. E. al libertador de Chile, y le » dan las gracias por el beneficio que deben á sus nobles es- » fuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que á sus com- » pañeros de armas, que han sabido seguir sus huellas para » cubrir de gloria las armas de la nación, sacando de la opre- » sión á sus hermanos, y afirmar para siempre la independen- » cia de la América del Sud » (31). Á su hija María Mercedes, se le acordó una pensión vitalicia de 600 pesos anuales, trasmisibles á su posteridad, que el general aplicó á la educación de la agraciada, que sería la Antígona de su vejez en el ostracismo (32).

Desdeñando la ostentación del poder, por cálculo, por deber ó por virtud, y estimando estas manifestaciones de la admiración y gratitud pública en lo que valían, el vencedor de Chacabuco había visto realizarse su plan político con la misma exactitud que su plan de campaña, y dueño de Chile, exigía más hombres, más armas y más dinero para llevar adelante los grandes designios incubados en Mendoza. Al efecto, se reservó el mando militar de conformidad á las instrucciones que lo gobernaban, y nombrado general en jefe de Chile, asumió el puesto de generalísimo del Ejército Unido, como se llamó desde entonces el ejército argentino y el chileno aliados.

« Chile, había dicho él un año antes (el 29 de febrero de » 1816), por su población, índole de sus habitantes, riquezas » y posición geográfica, es el pueblo que regido por una ma-

(31) Ofi. de Belgrano de 26 de febrero de 1817. (Arch. San Martín, vol. XII, M. S.)

(32) Decreto de 5 de marzo de 1817. — Fuéle ofrecido además un sable de honor y un par de pistolas fabricado en el Parque. Ofi. del gobierno de 18 de marzo de 1817 y contestación de San Martín de 3 de abril del mismo. (Doc. del Arch. general, M. S. S.)

» no diestra, está llamado á fijar la suerte de la revolución » de la América del Sud; y siendo además litoral marítimo, » debe abrirse el camino del Pacífico para buscar al enemigo » por él. Lograda esta grande empresa, el Perú es li- » bre » (33). La mano diestra presagiada, habíase apoderado de las fuerzas vivas del país rescatado, y después de disciplinarlas militarmente, proponíase lanzarlas al mar para continuar la empresa libertadora, con arreglo á las previsiones de su genio.

El 10 de marzo de 1817, antes de cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el director Pueyrredón escribía al general : « ¡ Qué bella ocasión para irnos sobre Lima! » (34) En el mismo día por una singular coincidencia, que revela conformidad de propósitos, el vencedor de Chacabuco hacía su habitual almuerzo de pie en la cocina de su palacio, cuando repentinamente gritó : «O'Brien! » — Así se llamaba su fiel edecán Juan O'Brien (después general), voluntario irlandés al servicio de la república. — « O'Brien, dijo con voz impe- » rativa, marchamos para Buenos Aires. En lo montado, » ¿me entiende? » (35) Este grito dado desde una cocina, significaba : — Argentinos y chilenos! Á Lima! que sería en adelante su *delenda Carthago*. En la proclama de despedida. que en tal ocasión dirigió á sus soldados, vibraba reconcentrado este mismo grito : « Vuestro bien y el de la Amé-

(33) Of. reservado de San Martín al gobierno de 29 de febrero de 1816 (un año cabal día por día) cit. en el cap. « Idea del paso de los Andes », (nota 39, M.S.) Con fecha 1.° de abril de 1817 solicitó permiso de su gobierno para aceptar el nombramiento de general en jefe del ejército de Chile hecho por el director O'Higgins, y el de las Provincias Unidas se lo dió calificándolo de « nuevo servicio consagrado á la felicidad de la patria. » (Docs. del Arch. general, leg. Secret. de guerra, 1817, M. S. S.)

(34) Carta de Pueyrredón á San Martín de 10 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S.)

(35) Vicuña Mackenna, « Relaciones históricas. »

» rica me obligan á separarme de vosotros por muy pocos » días ».

El general había concertado con el gobierno de Chile los medios de crear una escuadra que dominara el mar Pacífico, y con la idea en su cabeza tenía ya en su cartera el dinero que debía darle la victoria final. Tal era el motivo que impulsaba al Aníbal americano á repasar los Andes, para concertar con el gobierno argentino los medios de llevar adelante el pensamiento emancipador á que había consagrado su vida, y al que las alas de la victoria daban vuelo. Antes de ausentarse dejó establecido en Chile el consejo supremo de la misteriosa Logia de Lautaro, compuesto mitad argentinos y mitad chilenos, que á la manera de un consejo aulico secreto gobernase al gobierno en el orden político. O'Higgins, mientras tanto, quedaría al frente de las armas, mandando al ejército unido. De ese modo quedaba montada la máquina político-militar con su armazón pública y sus resortes ocultos (36).

Noticioso el cabildo de Santiago de su partida, ofreciéle la suma de diez mil pesos en onzas de oro para gastos de viaje, y en camino ya, contestó que la dejaba en depósito y dispondría inmediatamente de ella. Días después oficiaba á la misma corporación rehusando la dádiva, pero aplicábala « á » un establecimiento que hiciese honor á Chile : la creación » de una biblioteca pública que perpetuara la memoria de la » municipalidad ». Y agregaba : « La ilustración y fomento » de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la » abundancia y hace felices á los pueblos : yo deseo que todos » se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia » de los hombres libres » (37).

---

(36) Véase Vicuña Mackenna, « Ost. de O'Higgins », pág. 269-279.

(37) Ofi. de San Martín á la municipalidad de Santiago, 17 de marzo de 1817, en la « Gac. del sup. gob. de Chile » 1817, núm. 5. Véanse los demás documentos relativos á esta donación y creación, en Juan M. Gutiérrez : « El Gral. San Martín », p. 141 y sig.

Al cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el general vencedor atravesaba el campo de la acción, y al pasar frente á un montón de tierra recientemente removido, exclamó: — « Pobres negros! » — Allí estaban enterrados los muertos de Chacabuco, pertenecientes en su mayor parte al batallón núm 8, compuesto de libertos de Cuyo. Aquel montón de tierra marcaba la primera etapa de la gran campaña continental del libertador del sud : la segunda sería el Pacífico, que iba á preparar : la tercera Lima, señalada de antemano : y la cuarta, el Ecuador presentida y comprendida en sus planes (38).

---

(38) Los cadáveres de Chacabuco fueron cremados con excepción de los indicados en el texto.

CAPITULO XV

PRIMERA CAMPAÑA DEL SUD DE CHILE. — BATALLA DEL GAVILÁN. ASALTO DE TALCAHUANO

AÑO 1817

Errores de San Martín después de Chacabuco. — Aparición del general español Ordóñez. — Reacción realista en el sud de Chile. — Expedición patriota al sud. — Retardo de Las Heras. — Acusaciones á Las Heras y sus descargos. — Nueva expedición al sud. — Avance de Las Heras. — Combate de Curapaligüe. — Las Heras ocupa Concepción. — Situación apurada en que se encuentra. — Descripción de los alrededores de Concepción. — Batalla del Gavilán. — O'Higgins toma la dirección de la campaña del sud. — Ocupación de la línea de frontera de Arauco. — Combate de Carampangue. — Guerra Araucana. — Cerco de Talcahuano. — Reconocimiento sobre sus fortificaciones. — Guerrillas realistas. — Paralización de operaciones en el sud. — Continuación de la guerra de Arauco. — La plaza de Talcahuano. — Descripción de la península de Talcahuano y sus fortificaciones. — El general Brayer. — El ingeniero D'Albe. — Se estrecha el sitio de Talcahuano. — Planes de asalto y examen de ellos. — Movimientos preliminares. — Asalto de Talcahuano y sus resultados. — Crítica del asalto.

I

San Martín cometió tres errores después de Chacabuco : dos de mero detalle, pero uno trascendental, que tuvo una influencia funesta para la ulterioridad de sus operaciones Á causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente, y vióse obligado á dar cuatro nuevas batallas para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su grande empresa.

La reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de febrero, limitándose á la persecución de los dispersos por la caballería, sin extenderla al menos hasta el portezuelo de Colina, es un exceso de prudencia, que sólo se explicaría por el cansancio de sus tropas, y puede justificarse como precaución contra un ataque nocturno, que en efecto pensó llevarle el enemigo, que contaba con fuerzas suficientes para ello, cuando él estaba recargado con una gran masa de prisioneros. El no haber perseguido á los fugitivos despavoridos, por el camino de Valparaíso, en vez de acudir á la capital evacuada cuando la presencia de un par de escuadrones hubiera podido completar el triunfo, fué otro grave error, salvándose por esta omisión 1,600 hombres de buena tropa que pasaron al Perú, y que más adelante hubo de encontrar á su frente. Pero el error capital fué no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del sud de Chile, antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar; y lo agrava la circunstancia de haber previsto él mismo tal eventualidad, cuando en su plan ofensivo de campaña (de 15 junio 1816) decía « que debía cargarse al » grueso del enemigo hasta deshacerlo en la primera acción, » para huir al gravísimo inconveniente de demorar la gue- » rra ». Este error tiene sus atenuaciones de hecho, que los sucesos que se relatarán en este capítulo pondrán de manifiesto; pero quedará siempre subsistente en un general tan experto y prudente el serio cargo de haber dado por terminada la guerra de un solo golpe, sin poner los medios indicados para ello, y no prever la reacción realista del sud. El sud era entonces el nervio militar de Chile : allí estaba su población más aguerrida, donde la causa del rey contaba con partidarios decididos y caudillos de prestigio, ofreciendo además el país posiciones fuertísimas por la naturaleza, que permitían hacer una resistencia eficaz y prolongar indefinidamente la guerra. Agréguese á esto, que allí tenía por base la plaza

fortificada de Valdivia y el archipiélago de Chiloe á la espalda, y que el virrey del Perú, dueño del mar, podía auxiliar la reacción realista con refuerzos de hombres y recursos, y llevar por esa parte una cuarta invasión, como en efecto sucedió. El vencedor de Chacabuco, mirando lejos, perdió tal vez de vista por el momento lo que tenía más cercano.

Precisamente en ese momento hacía su aparición en el teatro de la guerra americana un contendor digno de San Martín, que por algún tiempo al menos pondría á raya su fortuna, y contrarrestaría sus planes aprovechándose de su descuido. Como lo hemos indicado antes, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la causa del Rey en Chile después de la derrota de Chacabuco, que fueron Barañao, Sánchez y el coronel Ordóñez. Conocemos ya á Sánchez, que en circunstancias análogas supo contrarrestar con fortaleza los progresos de la revolución chilena y mantener el sud por las armas realistas con las tropas del país. En cuanto á Ordóñez, cuyo genio guerrero y temple heroico de alma iban á revelarse, era hasta entonces un oficial oscuro que no había tenido ocasión de distinguirse. Ordóñez y San Martín habían combatido juntos bajo el pendón real en la Península contra la invasión napoleónica, y por una singular coincidencia histórica, ambos habían representado análogo papel en los levantamientos populares de Cádiz y Valencia, figurando como actores en las dos catástrofes que las señalaron. El mismo día 29 de mayo de 1808, en que San Martín al frente de una partida de soldados, protegía contra el pueblo sublevado al capitán general de Andalucía, el marqués del Socorro, sacrificado por el populacho á pesar de sus esfuerzos, el subteniente José Ordóñez al frente de un destacamento de guardias Walonas, protegía la entrada del barón de Albalet en medio de los gritos de la plebe sublevada, y por un encadenamiento fatal de circunstancias lo entregaba al puñal de

sus asesinos (1). Como San Martín en Bailén, Ordóñez había sido recomendado por su brillante comportación en la batalla de Tudela. Al terminar la guerra de la Península, era coronel, y con este grado pasó á América en 1815, nombrado gobernador intendente de Concepción. En este puesto le encontró la batalla de Chacabuco.

No contaba Ordóñez á la sazón con ninguna clase de tropas veteranas : todas las que guarnecían la provincia se habían trasladadò al norte del Maule, pero no trepidó en levantar del polvo de la derrota el estandarte abatido del rey y ponerse al frente de la reacción del sud. Eficazmente ayudado por el famoso general Sánchez que mandaba en Chillán, convocó las milicias provinciales, reunió los dispersos del norte del Maule, guarneció la línea de frontera de Arauco, se fortificó en la península de Talcahuano protegido por su marina, acopió allí víveres y elementos de movilidad, esparciendo sus guerrillas por todo el país desde el Bio-Bio hasta el Maule. En esta actitud decidida esperó el ataque de los vencedores, que se hizo esperar por cerca de dos meses, dándole tiempo para organizar una regular división de 1,000 hombres, de las tres armas, reforzada luego por los 1,000 embarcados en Valparaíso, que el virrey del Perú mandó regresar desde Lima al teatro de la guerra.

II

Después de la feliz campaña de Freyre por los pasos del Planchón y del Portillo y al través de la cordillera de Colchagua, seguida por su ocupación de la ciudad de Talca, según

(1) Véase Toreno, « Hist. del levant., guerra y revol. de España », lib. III, p. 122 y 135-136.

se relató antes, este oficial, tan intrépido como de poca cabeza para dirigir operaciones complicadas en una comarca revolucionada, limitóse con arreglo á sus instrucciones á cubrir la línea del Maule, interceptando las comunicaciones entre la capital y el sud. Aun cuando hubiese asegurado en sus partes que podía reunir un ejército de dos mil hombres, en realidad su división engrosada con las partidas de Neyra y de los agentes de San Martín, Juan Pablo Ramírez y Antonio Merino, no pasaba de 600 (2) constituyendo el único núcleo sólido de su columna los 100 veteranos argentinos con que había salido de Mendoza, y á la sazón pedía ser reforzado para entrar en operaciones ofensivas. El Dr. Manuel Rodríguez, más inteligente que él, en vez de fijar su atención en el sud en previsión de la próxima victoria, dirigióse al norte así que las fuerzas destacadas por Marcó se replegaron al centro, y atraído por la capital, cruzó el Cachapoal y se entretuvo en posesionarse de San Fernando, abandonado por el enemigo, debilitando la columna de Freyre. Desde este momento Rodríguez se eclipsa como guerrillero, para volver después á reaparecer en un momento solemne en su doble carácter de politiquero y hombre de acción desordenada y fogosa.

La diversión de las guerrillas de Rodríguez contribuyó eficazmente á distraer una parte de las fuerzas de tropas veteranas de Marcó hacia el Sud, cooperando así al plan de invasión de San Martín; pero por la inoportunidad de las empresas aventureras unas veces y por los desórdenes y falta de plan metódico otras, había agotado los recursos del país en-

(2) Nota de Las Heras á San Martín, de 4 de Marzo de 1817 refiriéndose al estado de la fuerza de Freyre en 26 de febrero del mismo, en que dice: « La fuerza de su mando en Talca consta de 600 hombres » armados de fusil, exclusive algunas pequeñas partidas. » (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.)

tre el Maule y el Maipo, especialmente en elementos de movilidad, cuando su misión era precisamente reunir caballadas en ese territorio para aprovechar la victoria extendiendo inmediatamente el dominio de las armas reconquistadoras hasta el Bio-Bio antes que el enemigo reaccionase. San Martín había previsto esto seis meses antes desde Mendoza (octubre 2 de 1816), y esto era una de las atenuaciones de su error al no impulsar con actividad la campaña final del sud. En efecto, en una de sus cartas antes citadas, calculada en doble sentido, para reprochar á Rodríguez su precipitación á la vez que para que cayeran en manos de Marcó engañándole respecto del punto hacia donde dirigía su invasión, recomendábale : « con- » traerse principalmente á reunir 1,000 caballos á inmediacio- » nes de Quechereguas y hacer una gran recogida de gana- » dos bajo promesa de ser abonados á los dueños dinero con- » tante, y mantener los primeros en pequeñas tropillas en los » potreros y quebradas de la cordillera hasta su llegada. » En carta posterior, de 21 de diciembre (1816) le decía : « Las » fuerzas que han salido al sud bajo el mando de Sánchez, » tal vez nos van á costar mucha sangre, que hubiéramos » ahorrado sin estos alborotos intempestivos. Ahora ¿cómo » se reune la caballada de que tanto necesitamos? » (3).

Freyre, por su lado no había adquirido el dominio de sus elementos, que por otra parte carecían de cohesión y los desórdenes que cometía la partida del valeroso salteador Neyra, nervio á la vez que deshonra de las guerrillas, le obligaron á imponer la última pena á este caudillo. En cuanto á las partidas de Ramírez y Merino, obraban por su cuenta sin sujetarse á ningún plan. Mientras tanto, la insurrección espontánea habíase extendido al sud del Maule, á medida que Ordó-

(3) Cartas de San Martín á Manuel Rodríguez (a. Chancaca), de 2 de octubre y 21 de diciembre de 1816, cit. en el cap. « La guerra de Zapa ». (Arch. San Martín, vol. VII, M. S. autóg.)

ñez y Sánchez se reconcentraban hacia Concepción. Merino, en su impaciencia, cruzó el Maule con su partida, fuerte como de 200 hombres, y adelantó una vanguardia de 70 hombres hasta el Parral, que fué batida (el 6 de marzo) por un destacamento de infantería y caballería enemiga salido de San Carlos. Al tener noticia de este pequeño contraste, Freyre cruzó el río al frente de 300 á 400 hombres y se adelantó hasta Longaví (13 de marzo), obligando á las partidas realistas á replegarse hacia el Bio-Bio. Quince días antes, y reforzada la columna de Freyre con la caballería patriota, esta operación habría probablemente contenido la reacción del Sud.

Tal era el estado de las operaciones militares en el Sud, un mes después de la batalla de Chacabuco.

III

No había escapado á la previsión de San Martín la necesidad de expedicionar inmediatamente sobre el Sud, y á los pocos días de ocupado Santiago, dispuso que una división de las tres armas marchase en esa dirección, haciéndola preceder de una intimación; pero sea que obstáculos reales obstaran á su pronta marcha ó que no la considerase tan imperiosa, el hecho es que no le imprimió el debido impulso á fin de que á todo trance avanzase hasta completar la total reconquista del país. El director Pueyrredón, dando todo por terminado de antemano, le decía confidencialmente : « De su última carta » (18 de febrero) deduzco, que sólo Concepción quedaba para » el rey con su guarnición de 500 hombres. Es imposible que » intenten resistir; yo estoy cierto que á la intimación que » V. les hizo se habrán rendido ya á discreción » (4). Pero

(4) Carta de Pueyrredón á San Martín de 8 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S.)

comprendiendo á la vez la importancia de tal operación, le escribía oficialmente, recomendándole « la más pronta ocu- » pación de la provincia de Concepción por ser del mayor in- » terés para las operaciones ulteriores del ejército de los An- » des » (5). Desgraciadamente, cuando estas comunicaciones llegaron á Chile, ya el general estaba en viaje para Buenos Aires, sin prever que la realización de los planes de largo alcance que lo llevaban á la capital del Plata, iba á ser retardada por los obstáculos que encontrarían en un peñón aislado del territorio del Sud de Chile.

El mando de la columna expedicionaria fué confiado al coronel Las Heras, indicado como conocedor del terreno y por sus aventajadas dotes militares; quien lo aceptó de mala gana (6), y por esto tal vez no correspondió en un principio á las fundadas esperanzas en él depositadas. La fuerza se componía del batallón núm. 11 y un escuadrón de granaderos á caballo, con cuatro cañones de batalla y dos obuses, formando un total como de 1,000 hombres. Las instrucciones le prevenían, reunirse á la división de Freyre tomando el mando en jefe, y perseguir tenazmente al enemigo, pero sin empeñar acciones parciales de cuyo éxito no estuviese seguro. El 10 de febrero salió esta columna de Santiago, y á los veinte días aun no estaba reconcentrada en Talca á poco más de 400 kilómetros de su punto de partida. Á esa fecha ya Freyre estaba del otro lado del Maule. Inmediatamente ordenó que el escua-

(5) Ofi. del gob. á San Martín de 3 de marzo de 1817. (Doc. del Arch. general, leg. « Exto. de los Andes, 1817 », M. S.)

(6) En carta de Las Heras á San Martín de 2 de marzo de 1817, le exponía el mal estado de su salud y le recordaba la licencia que antes le había concedido para pasar á curarse á los baños de Cauquenes, y agregaba: « Marcho á pesar de todo al lleno de las órdenes de V. E. en » cuanto me sea posible, pero espero que luego que las armas que » mando se posesionen enteramente de la provincia de Concepción, V. » E. me conceda mi separación del N.° 11 y la licencia pedida. » (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, núm. 1, M. S.)

drón de granaderos se adelantase á reforzarlo, mientras el comandante Merino con su partida seguía por los caminos de la costa. El 4 de marzo Las Heras atravesó á su vez el Maule, y se incorporó á la vanguardia de Freyre á orillas del Diguillín; pero su marcha fué tan lenta, que dió lugar á que el enemigo tomase la preponderancia.

Hay retardos históricos, y el de Las Heras en esta ocasión es uno de ellos; por lo tanto merece ser examinado á la luz de los documentos. Algunos historiadores le han hecho severos cargos por ello y otros lo han tratado con benevolencia pasándolo por alto; pero así las acusaciones oficiales como los descargos á que ha dado lugar han permanecido hasta el presente inéditos. Él ha dicho en defensa suya, que antes de emprender su marcha le hizo presente al general en jefe la conveniencia de que toda su columna la verificase á caballo, y que no obstante esto hubo de emprenderla con la infantería á pie, y que en su tránsito, si bien se proporcionó el número suficiente de cabalgaduras, careció absolutamente de monturas. Esto decía á los cinco días de su salida de Santiago (7). Cuarenta días después, cuando se encontraba sobre el enemigo rehecho, comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, convocó una junta de guerra de sus principales jefes, en que hizo constar la considerable deserción que había experimentado su batallón en la marcha, la fatiga de su tropa que la retardaba, la escasez de víveres, municiones y numerario, la debilidad relativa de su columna, en virtud de lo cual había solicitado por dos veces ser reforzado para poder atacar con éxito la plaza de Talcahuano, donde el enemigo estaba fortificado (8).

Mientras tanto, el director O'Higgins le formaba su pro-

---

(7) Ofi. de Las Heras á San Martín de febrero 23 de 1817. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.)

(8) Acta 4 de abril 1817. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII. M. S.)

ceso á retaguardia. « Cuando ya no debía haber una sombra » de enemigo, decía, se halla éste rehecho y atrincherado en » Talcahuano, con fuerzas de más de mil hombres. Hé aquí » el resultado de la criminal indolencia del jefe de nuestras » divisiones del sud. En este apuro he resuelto salir yo mismo » á darle movimiento. Si no yerran mis cálculos, todo va á » ser concluído en veinte días » (9). Á mediados de abril se puso en campaña al frente del batallón núm. 7 y un escuadrón de granaderos con dos piezas de artillería, que sumaban un total de 800 hombres. Empero, su marcha fué tan lenta como la de Las Heras : veinte días después aun no había llegado á Concepción con sus refuerzos, cuando de ellos podía depender la victoria ó la derrota de la expedición del sud. Las actas de descargo y los oficios acusadores iban por un lado, mientras las operaciones militares se desenvolvían por otro. El coronel Las Heras, en virtud de los informes de O'Higgins, era sometido á juicio por el gobierno argentino para responder de su conducta (10), al mismo tiempo que él contestaba triunfalmente á todos los cargos, dando dos nuevas victorias á las armas de la revolución americana, mientras llegaba el momento de salvarla una vez más en el día de su mayor conflicto.

---

(9) Ofi. de O'Higgins á San Martín de 9 de abril de 1817. Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.

(10) Ofi. del gob. á San Martín de 25 de abril de 1817, mandando procesar á Las Heras. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII,) M. S. — Ofi. de San Martín al gobierno de 1.° de junio de 1817, pidiéndole suspender el juicio de Las Heras, por « hallarse frente al enemigo y probablemente » próxima una acción decisiva. » (Doc. del Arch. general, leg. « Exto. de los Andes, 1817. » M. S.)

IV

Después de celebrada su junta y salvada su responsabilidad moral, Las Heras resolvió marchar decidiadmente sobre el enemigo, y el 4 de abril acampaba en la hacienda de Curapaligüe á 26 kilómetros de Concepción. Desde este momento el hombre reacciona y el héroe empieza á mostrarse.

El infatigable general Ordóñez, seguía con atención sus movimientos y se preparaba á darle un golpe en su marcha de avance. Convencido de que no podía mantener la campaña con ventaja, habíase reconcentrado en la península de Talcahuano, fortificándose en ella, pero sin renunciar á emprender operaciones ofensivas antes de encerrarse dentro de sus últimas trincheras. En consecuencia, sabedor de que Las Heras se hallaba á su inmediación, preparó todo para llevarle una sorpresa. En la noche del mismo día, salió de Talcahuano al frente de 600 infantes y 109 jinetes con dos cañones ligeros, y á la una y media de la mañana cayó inopinadamente sobre las avanzadas de Curapaligüe. Pero el jefe argentino lo esperaba bien prevenido.

Las avanzadas argentinas dieron la señal de alarma, y rompieron el fuego sin desamparar sus puestos. Situándose sobre la línea que ocupaban, amagaron los flancos del enemigo, y se replegaron por derecha é izquierda sobre sus retenes. Cuando Ordóñez avanzó, encontró á la división de Las Heras formada sobre una cerrillada con sus dos costados bien cubiertos por las casas de la hacienda y el molino de Curapaligüe, que dió su nombre á la acción. Trabóse un reñido combate que se prolongó hasta una hora antes de amanecer, en que todos las embestidas de Ordóñez fueron victo-

riosamente rechazadas. Á esa hora, el jefe español hubo de desistir de su intento y emprender la retirada, que muy luego se convirtió en fuga, abandonando en el campo y en su trayecto diez muertos, siete heridos, sus dos cañones y diez prisioneros. Los patriotas sólo tuvieron por su parte cuatro muertos y siete heridos. En el mismo día ocupó Las Heras la ciudad de Concepción (11).

La situación de la división patriota llegó á ser peligrosa. Establecida en una ciudad abierta, en presencia de un enemigo que contaba con igual fuerza, que tenía fortificadas sus posiciones inexpugnables, y era dueño de la mar; encerrada en un punto donde no tenía más línea de comunicación que la margen derecha del Bio-Bio, cuya izquierda dominaban los realistas, ni más retirada que un camino inseguro por entre las montañas, que podía ser interceptado, su actitud de ofensiva aparente hubo de reducirse á una defensiva real (12). Así lo comprendió Las Heras, dándose cuenta de su situación con tanta prudencia como arrojo había demostrado en su último avance, y en consecuencia tomó sus disposiciones. Para comprender bien éstas, así como las operaciones subsiguientes, se hace necesario dar una rápida ojeada sobre el terreno.

La antigua ciudad de Penco, situada sobre el ángulo sudeste de la bahía de Talcahuano, fué destruída por un terremoto en 1751, y sus habitantes se trasladaron á la margen derecha del Bio-Bio, como á quince kilómetros de su embocadura en el mar, dándole el nombre de Concepción. Desde entonces

---

(11) Informe verbal del general Las Heras. — Parte del mismo de 5 de abril de 1817, inserto en la « Gaz. del Gob. de Chile », núm. 8.

(12) La división de Las Heras, según estado, M. S. cit. por B. Arana, constaba el 10 de abril de las siguientes fuerzas : batallón núm. 11 con 583 hombres; Granaderos, 223; piquete del núm. 1.°, 78; id. del núm. 7.°, 59; id. del núm. 8.°, 49; Dragones, 106; Compañía de San Fernando, 130; Artillería, 62: total, 1,290 hombres.

su puerto es Talcahuano, cuya península hállase situada entre la bahía de este nombre y el mencionado Bio-Bio, que sólo es navegable para embarcaciones menores. El espacio intermedio de lo que propiamente puede llamarse la península de Talcahuano y las ruinas del antiguo Penco, — donde á la sazón existía un fuerte, — es un terreno anegadizo y pantanoso que con el nombre de vegas ocupa casi toda su superficie. Sobre estas vegas se levantan algunas cerrilladas ó colinas alternadas con médanos, de los que los principales para nuestro objeto son : el cerro de Chepe, á medio tiro de cañón de la moderna Concepción, y el cerro de Gavilán situado al noroeste de sus suburbios, fronterizo al de Chepe. En el cerro del Gavilán fué donde se situó Las Heras con su división.

En esta posición cubría la ciudad, dominaba los caminos de Penco viejo y de Talcahuano, y á la vez mantenía en respeto al enemigo. En previsión de un ataque, estableció sobre el Gavilán un pequeño reducto artillado con un cañón y un obús á cargo del comandante Francisco Díaz, que batía un arenal que se extiende al sud y al este de Concepción; y á su izquierda, una batería de tres piezas de campaña y un obús, mandada por el capitán Juan Apóstol Martínez, que dominaba con sus fuegos la cerrillada de Chepe. Entre estos dos puntos tendió su línea mirando al oeste, destacó sobre su derecha algunos piquetes y colocó en reserva su caballería á retaguardia (13).

---

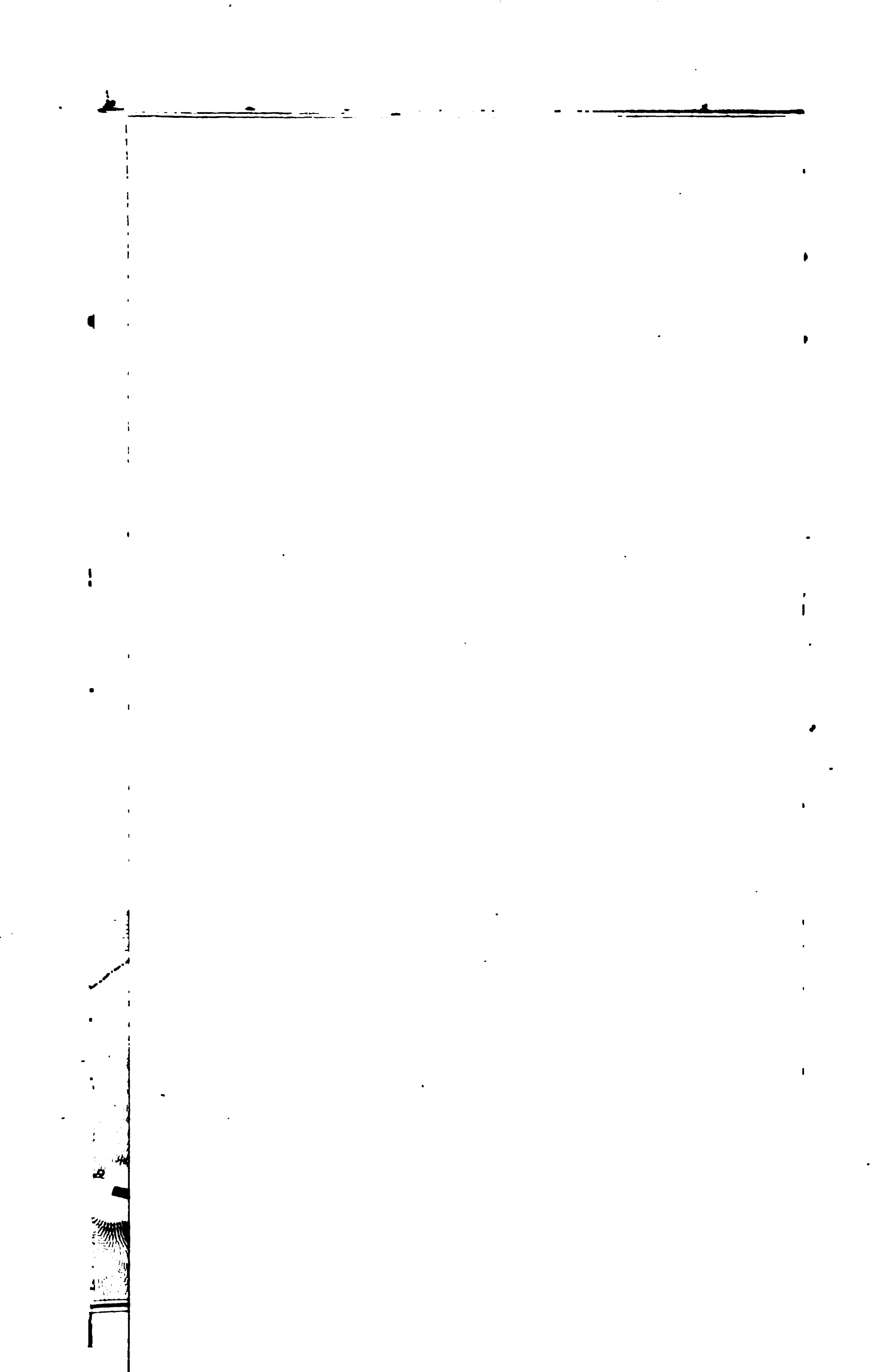
(13) Véase el plano adjunto de la batalla del Gavilán. Este plano es formado sobre la base de un croquis original encontrado entre los papeles del general Las Heras, y un plano topográfico del ingeniero del ejército de los Andes Alberto d'Albe, coordinado con los documentos históricos.

V

En esta disposición se hallaba la división patriota el 1.° de mayo, cuando se avistaron en el horizonte cuatro buques con bandera española. Eran los trasportes que desde el Perú conducían los 1,600 hombres escapados en Valparaíso al desastre de Chacabuco. Con este refuerzo, Ordóñez se consideró en aptitud de tomar nuevamente la ofensiva. Sabedor de que O'Higgins se hallaba en Chillán y marchaba en protección de Las Heras, resolvió anticipar el ataque. Las Heras instruído por sus espías de los planes del enemigo, escribía el 4 de mayo á O'Higgins : « Al alba espero ser atacado. Si V. E. » no acelera su marcha á toda costa en auxilio de esta di- » visión, pudiera tener resultado funesto para el país. » Llenado este deber, no fió sino en sí mismo, y esperó resuelto el ataque con el firme propósito de tomar oportunamente la ofensiva.

Ordóñez por su parte, dictaba en el mismo día 4 sus providencias, contando obtener un triunfo fácil. Su plan era atacar á Las Heras por ambos flancos y por la retaguardia. Al efecto, dividió sus fuerzas de salida en dos cuerpos, compuesto uno de ellos de 400 hombres de infantería y caballería con dos cañones, á órdenes del coronel Antonio Morgado, y el segundo bajo su inmediato mando, compuesto de dos batallones de infantería con 550 hombres, 220 jinetes y 4 piezas volantes (14). La columna de Morgado debía marchar por el camino de Penco viejo para atacar la posición del Gavilán por

(14) Es la fuerza que confiesa el mismo Ordóñez en su parte al virrey del Perú, de 6 de mayo de 1817, inserto en la « Gazeta del gob. de Lima », de 2 de julio del mismo año.



el pie de las cerrilladas de Chepe, sosteniendo la segunda carga la 4.ª compañía del núm. 11 al mando del capitán Román Dehesa. Á este tiempo se desmontaron las cuatro piezas de la batería de la izquierda del Gavilán, pero el jefe las hizo reemplazar con las dos de la derecha, y el fuego continuó sin interrupción.

Una hora después de comprometido el ataque de Chepe sobre el Gavilán, la columna de Morgado había iniciado el suyo por el camino de Penco, rompiendo el fuego á tiro de fusil con sus dos cañones sobre la derecha de Las Heras. El comandante Freyre, que mandaba este costado, salió á su encuentro con sus piquetes de infantería del núm. 7.° y 8.°, desplegados en tiradores y un escuadrón de Dragones en reserva, los que sostenidos por dos compañías del núm. 11 á órdenes del capitán Nicolás Arriola, atacaron á Morgado á la bayoneta y le arrebataron sus piezas, derrotándolo completamente. Esto sucedía á las 9 de la mañana cuando el combate por el lado opuesto se mantenía aún. Un amago de carga de los granaderos por la retaguardia, sostenido por las dos compañías destacadas del núm. 11 antes mencionadas, bastó para obligar á los enemigos á replegarse á su posición de Chepe. Á las 10 de la mañana la victoria estaba decidida por los independientes. Los realistas se pusieron en retirada vivamente perseguidos por los granaderos de Medina y las compañías del núm. 11, cuya dirección tomó el mayor Enrique Martínez, arrebatando los primeros un cañón (15). Á este tiempo

(15) Además del testimonio del general Las Heras y su parte oficial, hemos tenido presente los informes del general Juan Apóstol Martínez y coronel Román Dehesa, actores en la acción y á la sazón capitanes. Los partes de Ordóñez y Morgado fueron publicados en la « Gazeta de Lima » de la época, y B. Arana los confronta con el de Las Heras. — Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. 2, p. 324-325, confiesa la derrota, y hace el debido honor á Las Heras, insinuando que Morgado no concurrió oportunamente al ataque combinado por Ordóñez.

llegaban al campo de batalla dos compañías del núm. 7.° mandadas por el mayor Cirilo Correa desprendidas de la columna de O'Higgins, que tendéindose en tiradores sobre la playa rechazaron el último ataque de las fuerzas fronterizas sobre el Bio-Bio y concurrieron á la persecución. La primera campaña del sud de Chile estaba salvada (16).

Los trofeos de esta brillante jornada fueron 3 cañones con sus cureñas y municiones, 200 fusiles, 28,000 cartuchos, 80 prisioneros y 192 muertos que el enemigo dejó en el campo (17). La pérdida de los patriotas sólo fué de 6 muertos y 62 heridos. En medio de estos gloriosos despojos recibió Las Heras el abrazo de felicitación de O'Higgins, que fué al mismo tiempo el de la franca reconciliación por parte del general. Retirando sus anteriores acusaciones, conformóse en borrarlas con palabras que hacen honor á ambos : « La opinión de » V. E. (ofició á San Martín), de suspender el juicio á que por » orden suprema se llama al coronel don Juan Gregorio Las » Heras, para que responda de su conducta por el tiempo que » á sus órdenes estuvo esta parte del ejército, no sólo es razo- » nable y política por los fundamentos que da V. E. en su » contestación al gobierno de Buenos Aires, sino que acaso » es justa, si atendemos á la virtuosa comportación que ha » desplegado » (18).

---

(16) Además de los oficiales patriotas nombrados, se distinguieron en esta acción, los tenientes Agustín López y Manuel Castro y subteniente Domingo Reaño, los tres del núm. 11. Fueron heridos el capitán Santiago Díaz, los tenientes José Videla Castillo, Pedro Ramos y N. Luarte, y contuso el capitán Juan José Torres.

(17) Ordóñez, en su parte oficial antes citado, confiesa una pérdida de 128 heridos, 58 muertos y 16 prisioneros. Nos guiamos por la relación oficial de Las Heras, cuyo total de muertos equivale al de muertos y heridos que se da Ordóñez, y cuya verdad nos fué confirmada por el mismo Las Heras, treinta años después.

(18) Ofi. de O'Higgins á San Martín de junio 27 de 1817. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.)

VI

El general O'Higgins tomó la dirección de la guerra del sud, y estableció el bloqueo parcial de Talcahuano por la parte terrestre desde las posiciones de la Concepción; pero para formalizarlo y como preliminar de operaciones más decisivas, propúsose aislar al enemigo en la península, cortando sus comunicaciones y privarle de recursos. Dueño Ordóñez del mar y de la navegación menor en la embocadura del Bio-Bio, mantenía francas sus comunicaciones con la línea de fuertes de Arauco, que á la vez que lo proveían de víveres, hostilizaban por un flanco á los patriotas, haciendo insegura su situación. La conquista de esta línea era una operación indicada, y fué encomendada al comandante Freyre, á cuyas órdenes puso una división volante de 300 hombres, compuesta de un escuadrón de granaderos á caballo y los piquetes 7.° y 8.° de infantería (argentinos), juntamente con el escuadrón de Dragones y un destacamento de Guardias Nacionales de Chile.

La expedición de Arauco se inició por un golpe atrevido y feliz. Una partida de 60 hombres de infantería chilena al mando del capitán José Cienfuegos, desprendida de la columna de Freyre, atravesó el Bio-Bio el 12 de mayo y atacó la fortaleza del Nacimiento, centro de la línea de fuertes de Arauco. Esta plaza hállase situada en la confluencia del Bio-Bio y el Vergara, defendida á sus flancos por las encarpadas barrancas de estos dos ríos y á su frente por hondas cortaduras que dificultan su acceso; pero carece de agua, y en esto se basaba el éxito del plan de ataque. Los defensores se sostuvieron con firmeza dentro de sus muros durante un día y una noche, haciendo jugar tres piezas de artillería que mantuvieron un vivo fuego de fusilería; pero encerrados en su

recinto por una trinchera que sobre su entrada mandó abrir Cienfuegos, y acosados por la sed, hubieron de capitular. Este triunfo dió por resultado la posesión inmediata de los fuertes de Santa Juana y San Pedro al poniente de Nacimiento, con lo cual quedó conquistada la línea de Arauco hasta frente á Concepción; pero quedaba todavía la mayor dificultad por vencer.

La llave de la línea fronteriza, era la plaza de Arauco, situada en su extremidad occidental sobre el Pacífico. Puerto de mar y depósito general de artículos de guerra, por allí había efectuado Gainza la segunda invasión al territorio chileno en 1814, y era el punto por donde la plaza de Talcahuano se comunicaba por agua con el territorio araucano proveyéndose de víveres y otros recursos. Defendida por la cordillera de Nahuelbuta y por el río Carampangue que se desprende de ella, era una fortaleza respetable por la naturaleza y por el arte, más difícil de expugnar que la de Nacimiento. Freyre recibió orden de tomarla á todo trance. En consecuencia, atravesó á su vez el Bio-Bio, y reunido á la partida de Cienfuegos, marchó resueltamente sobre Arauco á la cabeza de 360 hombres, ocupando en su tránsito el fuerte del Colcura sobre la costa. El 26 de mayo se hallaba á orillas del Carampangue.

La guarnición, fuerte de más de 200 hombres, salió á disputarle el paso del río, estableciéndose sólidamente en su margen izquierda con infantería y artillería. Un copioso aguacero que cerró todos los vados, vino á aumentar las dificultades á vencer. Freyre sin arredrarse, dispuso al anochecer, que una parte de su tropa llamase la atención por el frente, río por medio, mientras él con el resto se dirigía corriente abajo con la resolución de atacar al enemigo en sus posiciones por el flanco. Puesto á la cabeza de 50 de los invencibles granaderos á caballo mandados por el mayor Lino Ramírez de Arellano, cada jinete con un infante del núm. 7.° á la grupa,

atravesó á nado el río bajo los fuegos de los realistas, y cayó impetuosamente sobre su izquierda, al mismo tiempo que la reserva sostenía su ataque desde la margen derecha. El combate fué reñido y la victoria completa, dejando los derrotados en el campo treinta muertos, quince heridos y 40 prisioneros. Al día siguente (27 de mayo) Freyre entró triunfante á la plaza de Arauco, y se apoderó de once piezas de artillería y de todos los pertrechos de guerra allí depositados, con la sola pérdida de 14 hombres ahogados en el Carampangue y un herido en el combate (19).

Un oscuro jefe de milicias de la frontera llamado Juan Bautista Díaz, reunió los dispersos realistas de Carampangue, y alistando bajo su bandera á los indios comarcanos consiguió organizar una banda como de 500 hombres de chuza. El capitán Cienfuegos, que había quedado á cargo de la plaza de Arauco, salió á su encuentro al frente de 150 hombres, y fué completamente batido, quedando en el campo cubierto de heridas. La fortaleza de Arauco volvió á ser ocupada por los realistas (3 de junio). Freyre se puso entonces nuevamente en campaña con su división y volvió á reconquistar la fortaleza de Arauco, batiendo á Díaz sobre el mismo Carampangue donde se había éste atrincherado (17 de julio). Desde entonces la plaza de Talcahuano quedó completamente aislada por la parte de tierra y privada de los auxilios que recibía del territorio araucano.

Para completar el bloqueo terrestre de Talcahuano y asegurar el flanco del ejército sitiador en Concepción, O'Higgins comisionó al coronel Andres Alcázar, con encargo de pacificar las tribus araucanas á fin de obtener una alianza nega-

---

(19) Distinguiéronse además en esta acción, los capitanes Juan Apóstol Martínez, José Cienfuegos, José María Boile y Manuel Rencoret. En premio de esta hazaña decretóse un escudo bordado de realce sobre paño azul, y entre palma y laurel la siguiente leyenda: LA PATRIA Á LOS VENCEDORES DE CARAMPANGUE — AÑO DE 1817.

tiva, y este jefe, que se había criado en la frontera, desempeñó cumplidamente su comisión, convocando á los indios á un solemne parlamento y celebró con ellos tratados bajo la base de la neutralidad, que fué observado con la intermitencia propia del carácter pérfido y voluble de estos salvajes.

VII

Durante las operaciones de Arauco, las hostilidades sobre Talcahuano se habían limitado á una línea avanzada de observación sobre la península y á meras escaramuzas en que la ventaja estuvo siempre de parte de los patriotas. En una ocasión (7 de junio) los sitiados hicieron salir un destacamento con el objeto de recoger algún ganado; pero vigorosamente atacado por 80 granaderos al mando del capitán Juan Lavalle con el teniente Victoriano Corvalán, fué completamente derrotado con pérdida de su arreo, dejando en el campo varios muertos. En otra ocasión (2 de julio), el coronel Las Heras con dos escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Manuel Escalada y por Medina y los Dragones de Chile por Freyre, cayó al amanecer sobre las avanzadas de la plaza con el objeto de practicar un reconocimiento. La operación dió por resultado la sorpresa de una de las guardias realistas, que fué acuchillada sobre los mismos fosos, mientras el ingeniero Antonio Arcos, rodilla en tierra, levantaba bajo el fuego de la plaza el plano de sus fortificaciones (20).

Aun cuando las copiosas lluvias del invierno del sud de

(20) Informes de los generales Las Heras y Escalada. — Conversación con el ingeniero Arcos. — Ofi. de O'Higgins á San Martín de junio 7 y julio 2 de 1817. (Docs. del Arch. general, M. S. S.)

Chile habían comenzado, inundando el terreno que media entre Concepción y Talcahuano, é impedían estrechar el sitio, O'Higgins no renunciaba á la idea de llevar un ataque á las fortificaciones enemigas, convencido de que, mientras no fuesen expugnadas, la guerra se prolongaría indefinidamente. Al efecto, había engrosado considerablemente sus fuerzas, organizando cuerpos chilenos de nueva creación y armado algunas lanchas cañoneras en el Bio-Bio para contrarrestar las españolas. Practicado el reconocimiento del 2 de julio, de que se ha dado noticia, resolvió tentar un golpe formal sobre la plaza. Con tal propósito dividió su ejército en dos cuerpos: uno á cargo del coronel Las Heras y otro al del coronel Conde. El 22 de julio, ambas divisiones acamparon á tiro de cañón de la plaza sobre el cerro de los Perales (véase plano de Talcahuano núm. 10), desde cuyo punto se descubrían todas las fortificaciones del enemigo, y en vista de ellas se improvisó el plan de ataque que debía verificarse al día siguiente, el cual parece no haber sido bien estudiado á juzgar por los documentos que hemos tenido á la vista y las operaciones parciales que en consecuencia se emprendieron. Redujéronse éstas á establecer una batería de dos obuses á cargo del mayor chileno José Manuel Borgoño, en la punta noroeste de Perales, y bombardear desde allí la plaza durante la noche con poco éxito. El 23 continuó el bombardeo, pero habiéndose desmontado los obuses, fueron reemplazados con dos piezas de á cuatro, con el objeto de desalojar cinco botes españoles que penetraron por una laguna del costado izquierdo del enemigo á fin de hostilizar el flanco derecho de los patriotas. Las siete baterías del recinto exterior de la plaza rompieron el fuego á la vez, sin causar daño alguno, por cuanto las tropas sitiadoras habíanse situado en las pendientes del sud de Perales, perfectamente cubiertas. Bajo la protección de sus cañones, intentaron los sitiados una salida parcial de caballería, que fué rechazada por un escuadrón de granaderos

mandados por Escalada con el sostén de una compañía del núm. 11 á cargo del capitán Bernardo Videla, llevando la persecución, bajo la metralla, hasta las inmediaciones del foso. Las lanchas de los patriotas, que debían concurrir al ataque, aun no habían llegado. En la noche sobrevino un copioso aguacero, que inundó el campo é inutilizó las municiones de fusil. Necesario fué desistir del ataque, y el 24 el ejército sitiador emprendió su retirada (21). Desde entonces, las operaciones del sitio quedaron paralizadas.

El infatigable Ordóñez, en la imposibilidad de acometer nuevas empresas después de los tres sucesivos contrastes sufridos, promovió una guerra de partidarios á retaguardia del ejército sitiador. Simultáneamente aparecieron en el interior algunas guerrillas encabezadas por oficiales salidos de Talcahuano, cuyo centro de operaciones eran las montañas de Chillán. Estas partidas, batidas unas veces, escapando otras á la persecución que se les hacía, y reorganizadas constantemente, extendieron sus correrías desde el Maule hasta Arauco, inquietando las comunicaciones de los patriotas y obligaron á éstos á desprender gruesos destacamentos. Á esto se redujo la guerra del sud en los últimos meses del invierno de 1817. Talcahuano era el dardo roto clavado en el pie del vencedor de Chacabuco, y la prolongación indefinida de la guerra en el sud de Chile, la consecuencia de su error después de la victoria ó de la demora de la expedición de Las Heras, gloriosamente reparada por el triunfo del Gavilán.

---

(21) Ofi. de O'Higgins á San Martín de 19, 22 y 26 de julio de 1817. Ofi. de San Martín al gobierno de 9 de setiembre del mismo año, adjuntando el plano de la tentativa de ataque. (M. S. S. del Arch. general.) El plano que hemos tenido á la vista, es hecho por el ingeniero del ejército de los Andes D'Albe, y existe original en el Arch. general de Buenos Aires.

VIII

Las lluvias del rigoroso invierno de 1817 paralizaron las operaciones de sitio sobre Talcahuano. Mientras tanto, continuáronse con tenacidad por los realistas, y con fortuna varia por ambas partes, las hostilidades en la inmediata frontera araucana. Aun cuando las peripecias y combates parciales de esta pequeña guerra sean un accesorio en el cuadro general de la historia, sin embargo, su conjunto le da su perspectiva, ensanchan sus horizontes y hacen comprender mejor por el contraste los acontecimientos de mayor magnitud con que se combinaron.

Después de la retoma de la plaza de Arauco y de Colcura por Freyre, y la ocupación ulterior de los fuertes al sud del Bio-Bio por Alcázar, el primero se replegó al cuartel general, dejando débilmente guarnecido el punto, y el segundo estableció su centro en Nacimiento. Estrechado Ordóñez en el recinto estéril de Talcahuano y privado de los recursos que por esa vía se proporcionaba, decidió volver á recuperar las posiciones perdidas, principalmente las de la costa del mar. Al efecto, desprendió por agua una expedición con el objeto de acopiar víveres y caballos, á la vez de dar un núcleo más consistente á sus partidarios dispersos en las inmediaciones, la cual desembarcó en la playa del Tubul, río que desagua en la bahía de Arauco, donde estableció su campamento. Noticioso de su presencia el capitán Agustín López que mandaba la plaza, salió al encuentro con su caballería (12 de setiembre), y dispersó á los invasores, que dejaron en el campo 30 muertos. Pero rehechos y reforzados éstos, atacaron atrevidamente la fortaleza (16 de setiembre), obligando á su débil guarnición á reconcentrarse en su recinto, la que habría sido

rendida sin el eficaz auxilio que le llevó el comandante del batallón núm. 3 de Chile, Ramón Boedo, que se hallaba en Colcura al frente de una compañía de 115 hombres. El valiente é infatigable Freyre, fué desprendido por tercera vez al sud del Bio-Bio con su columna volante de argentinos y chilenos, en protección de la línea amagada. El 27 de setiembre cayó en la noche de sorpresa sobre los realistas, acampados en la margen derecha del Tubul con 130 fusileros y muchedumbre de indígenas á caballo, y los destrozó completamente, causándoles grandes pérdidas y tomándoles un cañón.

Los restos de las partidas realistas, sin desmayar por estos contrastes, en que perdieron como 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, se reforzaron nuevamente, y recostándose sobre la línea del Bio-Bio, se apoderaron del fuerte de Santa Juana. En seguida atacaron el fuerte de Nacimiento, defendido personalmente por Alcázar, quien sostuvo la posición hasta ser oportunamente protegido por un destacamento salido de Chillán, que obligó á los realistas á levantar el cerco y retirarse á los fuertes de frontera de la falda de la cordillera, hasta donde fueron perseguidos por nuevas tropas movidas al efecto. Pero el tenaz Ordóñez, comprendiendo la importancia de estas hostilidades, que distraían la atención de los patriotas, debilitándolos, desprendió una nueva expedición, de una partida de tropa con varios oficiales escogidos, á fin de que las continuasen con más método. Con estos elementos formóse una columna bastante respetable, que consiguió batir un grueso destacamento de 80 fusileros y 66 lanceros que imprudentemente salió en su busca, matándole 20 hombres y tomándole una pieza de artillería. Obtenidas estas ventajas, atacaron nuevamente el fuerte de Nacimiento (16 de noviembre), pero fueron rechazados y perseguidos en su retirada por Alcázar. Casi simultáneamente con estos sucesos (27 de octubre), reaparecían las montoneras de Chillán acaudilladas por Pincheira en número como de 200 hombres,

las que fueron otra vez batidas, con pérdida de 40 muertos y 60 prisioneros.

Así quedó nuevamente despejado el flanco y asegurada la retaguardia del ejército patriota establecido en Concepción, y Ordóñez más estrechado en Talcahuano. Era en la posición de Talcahuano donde estaba la solución del problema de la campaña del sud.

Si se toma un mapa general de Chile y se examina la configuración de sus costas, vése desprenderse de ellas una montaña en dirección de sud á norte, que tiene los contornos de un tosco pedernal de flecha primitiva no desvastado, y que forma parte de su cordillera marítima sumergida. Son los altos llamados de Tumbes, extremidad occidental de la península de Talcahuano. Esta península que cierra por el sudoeste la bahía de Concepción, y comprende la de San Vicente en su costado sud, es un macizo de ásperos cerros boscosos que se levanta exabrupto, y está ligado al continente por una garganta de tierras bajas y anegadizas, conocidas con el nombre de vegas, de poco más de dos kilómetros de ancho. Esta era la línea de defensa adoptada por Ordóñez, en el punto donde terminan los cerros por el oriente y comienzan las vegas que se desenvuelven á su pie. Fronterizo á esta línea y en medio de las vegas, se levanta aislado un cerro prolongado de este á oeste, que lleva el nombre de « Alto de los Perales », cuya puntilla occidental se encuentra á tiro de cañón de la mencionada línea. (Véase el plano núm. 10.)

La plaza de Talcahuano estaba guarnecida por 1,700 hombres, y artillada con 70 cañones de calibre de 24 abajo, que servían 250 artilleros y marineros. Las fortificaciones consistían, en una primera línea continua que seguía el perfil de los cerros, desde la bahía de Concepción hasta la de San Vicente, con escarpas naturales peinadas, fosos, cortaduras, palizadas, pozos de lobo, trincheras y siete baterías á barbeta cubiertas por el bosque, que barrían con sus fuegos cruzados

todas las tierras bajas. En su extremo izquierdo se destaca un morro, dividido en su promedio por una depresión del terreno, con un flanco escarpado que se hunde en las aguas de la bahía y cuya cabeza oriental está aislada por una caleta ó pequeña ensenada que con ella comunica, y en la que desaguan dos riachos de las vegas. Los fuegos de esta posición defendían el acceso del portón y puente levadizo situado á su pie, y flanqueaban toda la línea de fortificaciones de norte á sud. En la parte más culminante del macizo de Tumbes, se eleva el « Cerro del Centinela » donde estaba establecido un reducto á la manera de una ciudadela, y un escalón más abajo de la montaña, en el punto llamado « Cerro del Cura » otro reducto y una batería, que dominaban el frente y el flanco de la posición y lanzaban sus proyectiles por encima de la primera línea. Completaban este sistema de defensa dos castillos sobre la playa de la gran bahía, sostenidos por la fragata « Venganza » de 44, el bergantín « Potrillo » de 18, con cinco chalupas cañoneras dentro de la caleta á la cabeza del Morro, y una lancha con una pieza de á 18 situada en la bahía de San Vicente. (Véase el plano núm. 10.)

Por esta descripción, vése que la península de Talcahuano era posición fuerte por la naturaleza y por el arte, y que el dueño de ella, siéndolo á la vez de la mar, podía sostenerse en su recinto montañoso con ventaja y con pocas fuerzas, tener á todo el sud de Chile en jaque, amenazando constantemente la inmediata ciudad de Concepción que está á dos horas de marcha militar, y conservar siempre una puerta abierta para invadir el territorio por esa parte. La importancia de este punto había sido revelada por el ingeniero Mackenna desde 1810, y O'Higgins le llamaba el « Gibraltar de Chile » nombre que con propiedad le cuadra (22). Esta circunstan-

(22) « Plan de defensa » del brigadier Mackenna, inserto en la « Mem. hist. » del P. Martínez, p. 259.

cia agrava la falta de los generales patriotas al dar tiempo al enemigo para fortificarse en él, y revela entre las grandes cualidades que desplegó Ordóñez, su largo golpe de vista militar y su prudencia á la par que su fortaleza. Talcahuano contrarrestaba con un puñado de hombres los efectos de la batalla de Chacabuco, y debía mantener á raya por espacio de tres años los progresos de las armas argentino-chilenas.

IX

Durante la estación del invierno, O'Higgins había aumentado su ejército con cuerpos chilenos de nueva creación, y á mediados de octubre (1817), su fuerza total pasaba de 3,700 hombres, lo suficiente apenas para tentar un asalto franco sobre las posiciones de Talcahuano. En los primeros días de la primavera (8 de octubre), había recibido un contingente de otro género, que debía ejercer una influencia funesta en la prosecución de las operaciones del sitio de Talcahuano. Entre los oficiales franceses traídos por Carrera, de Estados Unidos, contábanse dos, uno de ellos ilustre por sus antecedentes históricos, y el otro de un mérito sólido, los cuales debían intervenir activamente en las operaciones que se preparaban.

Era uno de estos oficiales el general Miguel Brayer, que venía precedido de una gran reputación militar como teniente general de Napoleón, á quien éste tuvo presente en su testamento. Habíase distinguido en las primeras guerras de la república francesa, alcanzando el grado de coronél por su notable comportación en Hohenlinden á las órdenes de Moreau. En la batalla de Austerlitz, obligó á capitular á una división de 8,000 rusos comprometida en un desfiladero. En las campañas de Prusia, y en la guerra de España ejecutó proezas que le granjearon la admiración de sus compañeros de ar-

mas. En 1813, en la batalla de Silesia, se batió marchando con muletas por consecuencia de una herida recibida en Albuera, donde se batiera sin saberlo en el hemisferio opuesto con San Martín. Fué entonces, cuando ejecutó la hazaña de restablecer y pasar un puente con sólo su brigada bajo los fuegos del enemigo, al que hizo retrogradar y hacer rendir sus armas. La derrota de Waterloo, le encontró al frente de una división de 20,000 hombres y fué uno de los que se presentaron al emperador vencido, para pedirle que recomenzase la guerra. El cautivo de Santa Helena, recordando este momento, decía en la época á que hemos llegado: « Debí montar á caballo cuando la división de Brayer se me presentó en Malmaison, y hacerme conducir por ella al centro del ejército. » Perseguido después de los cien días, escapó á la triste suerte de Ney y Labedoyère emigrando á los Estados Unidos, donde le había encontrado Carrera.

No obstante estos prestigiosos antecedentes, fué recibido con frialdad por sus nuevos compañeros de armas. Sus primeras manifestaciones que no habían sido discretas, y su mal disimulada arrogancia en el campamento no le captaron las simpatías ni la confianza de los jefes ni de la tropa (23). En la primera entrevista con el director Pueyrredón, había manifestado la poca importancia que daba á la posición de Talcahuano y su desprecio por las tropas españolas. En su conferencia con San Martín en Chile, — á quien sin duda miraba de arriba-abajo, — fué impertinente: llególe á preguntar cuál era su plan para tomar la plaza; el general de los Andes lo puso en su lugar, contestándole, que eso era lo que él tenía que preguntarle. Sea que careciese del fuego sagrado, lejos

(23) En carta de O'Higgins á San Martín, de 1.° de octubre de 1817, le dice: « Brayer está aquí. Lo que he observado en él, viene bien con lo que V. me dice. Su presencia no ha sido muy agradable á la generalidad de oficiales por su clase de extranjero; pero él sabe disimular, y ello al fin calmará ». (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)

del astro que le comunicara en otro tiempo su ardor; sea que se alistase bajo las banderas independientes de la América más por espíritu aventurero que por convicción, y que infatuado por sus glorias, mirase en menos á los combatientes de una y otra parte, el hecho es que Brayer, inició su nueva carrera bajo malos auspicios, y mostró después que si había sido un heroe, carecía de cabeza y de carácter (24).

Junto con Brayer, llegó otro oficial modesto, aunque no oscuro, destinado á prestar meritorios servicios á la causa americana, dejando su nombre inscripto en los documentos gráficos que marcan con trazos científicos las campañas de San Martín en Chile. Llamábase Alberto Bacler d'Albe, capitán de ingenieros, que tenía á la sazón veintiocho años de edad. Hijo de un mariscal de campo de la república francesa, poseía extensos conocimientos matemáticos, tenía mucha experiencia de la guerra, y era hombre de buen consejo en materias militares. Había hecho las campañas de Austria y de Zelandia, de Rusia, de España, de Alemania, de Bélgica y de Francia, desde 1809 á 1815, asistiendo á Waterloo, y como jefe del gabinete topográfico del ejército del mariscal Soult, ilustró su nombre con distinguidos servicios profesionales.

Con la llegada de Brayer y D'Albe, las operaciones del ejército sitiador empezaron á formalizarse. Hasta entonces todo se había reducido á un bloqueo desde las posiciones de Concepción, con avanzadas sobre las vegas, y escaramuzas ó golpes de mano en que los sitiadores llevaron siempre la ventaja,

---

(24) Brayer desempeñó primeramente el cargo de Jefe del Estado mayor del Ejército Unido en Santiago, bajo el inmediato mando de San Martín. Este lo recomendó en consecuencia al gobierno argentino con fecha 23 de junio de 1817, como « acreedor al grado de coronel mayor en que estaba dado á reconocer. » En 24 de julio del mismo año se le expidieron los despachos de este grado por la República Argentina. (Docs. del Arch. general, leg. « Exto. de los Andes, 1817 » M. S. S.)

distinguiéndose en primera línea, Freyre (chileno) y Escalada (argentino). Aun continuaban las lluvias, que en la región del sud de Chile se prolongan hasta muy entrada la primavera, y por lo tanto el terreno intermedio inundado entre Concepción y Talcahuano, no permitía tomar posiciones de circunvalación sobre la península. Al día siguiente del arribo de Brayer (10 de setiembre), dispuso O'Higgins que Freyre acompañado por Escalada á la cabeza de cien granaderos á caballo, atacase una guardia enemiga que acostumbraba avanzar hasta los altos de Perales, emboscándose al efecto en los médanos de la costa de San Vicente, que se hallaba bajo los fuegos de la plaza. La niebla de la mañana, frecuente en esta estación, favoreció la empresa. De cincuenta hombres que salieron de las trincheras, no volvió á entrar uno solo, quedando todos ellos muertos ó prisioneros. En la mañana del 25 de octubre una gruesa partida de caballería enemiga hizo una salida repentina de la plaza. El comandante Escalada á la cabeza de dos escuadrones de granaderos, la atacó y acuchilló hasta el pie de sus palizadas, con sólo la pérdida de dos caballos, haciéndoles doce muertos y varios heridos.

Á mediados de noviembre quedó decidido el asalto de Talcahuano.

El 24 de noviembre pasó O'Higgins una solemne revista á todo el ejército recientemente uniformado, formando en línea los batallones argentinos 7.° y 11.° á órdenes de Las Heras y Conde, y dos escuadrones de granaderos á las de Escalada, juntamente con los batallones núm. 1.° y 3.° de Chile mandados por don Juan de Dios Rivera y comandante Ramón Boedo, con el escuadrón Cazadores escolta con Freyre á su cabeza, y una brigada de artilleros chilenos á cargo del mayor José Manuel Borgoño. Estas fuerzas en número de 3,700 hombres antes indicado, se situaron en la extremidad norte de los altos de Perales casi á tiro de cañón de á 24 de la plaza. El sitio, preliminar del asalto, estaba establecido.

Por esta vez se procedió con arreglo á un plan fijo, basado sobre los planes del terreno levantados por los ingenieros Arcos y D'Albe, después de largas y detenidas deliberaciones (25).

X

Dos caminos se presentaban para apoderarse á viva fuerza de la posición de Talcahuano. El uno, atacarla por su derecha que era la más débil, en combinación con las lanchas cañoneras de los patriotas que descendían desde Concepción el Bio-Bio, dominando la bahía de San Vicente, para en seguida asaltar las baterías de esa parte, posesionarse de los reductos del Centinela y del Cura, y quedar de este modo dueños del punto. El otro, asaltar las fortificaciones por su izquierda, — que era la más fuerte — posesionarse del morro y de la playa adyacente del recinto, cortando la retirada á la guarnición, é interceptar la comunicación con los buques de guerra. Fué éste el que se adoptó. Consultado San Martín sobre el particular, señaló, en vista del plano de Arcos, con la penetración de Bonaparte en Tolón, cuál era el punto que daría el dominio de la plaza; pero desgraciadamente opinó que tal vez sería preferible tentarlo por otro, y contestó : « La posición de Talcahuano es formidable : la llave de toda » ella es el reducto del Centinela; pero el ataque de éste por » 300 hombres es sumamente aventurado, bien sea anticipán- » dose, ó bien si es rechazado el que debe ejecutarse de frente » sobre la línea; en todo caso más bien preferiría el ataque » por el reducto núm. 1.° (el Morro), y en caso de suceso

(25) El plano original Ms, de D'Albe, se ha conservado y forma parte de nuestra colección cartográfica. Lo damos bajo el número 10, para inteligencia de las operaciones del sitio y del asalto.

» marchar sobre el pueblo, pues de este modo quedaba flan-
» queada su línea, y sin tener como subsistir; pero hay mu-
» cha diferencia en calcular sobre un plano por exacto que sea
» á observar sobre el terreno » (26). O'Higgins, con el instinto que le daba el conocimiento del terreno, se inclinaba al ataque por la derecha, y el Centinela; pero deferente á las opiniones de Brayer, convino en que se llevase por el extremo opuesto (27). Por su parte, San Martín libró la decisión á O' Higgins, oscilando entre la esperanza y la duda. « Veo su
» disposición para atacar Talcahuano. Creo que los resultados
» serán felices. Si no lo son tendremos paciencia. Al cabo,
» jamás puede pasar la tentiva de una pequeña pérdida y
» nunca una derrota, que es lo que podría desesperarnos.
» Con nuestra caballería estamos en aptitud de replegarnos
» tranquilamente en caso de revés á nuestra posición sin ser
» incomodados. En fin, V. es dueño absoluto de hacer lo que
» quiera ». Pero días después agregaba con desconfianza respecto del éxito : « Veo por su relación que la línea enemi-
» ga presenta inconvenientes respetables, y que su ataque
» nos puede costar mucha sangre. Si V. calculase que el éxito
» no sea feliz, no hay más arbitrio que esperar nos lleguen
» los buques. Usted está á la vista y dispondrá lo que quiera
» y le parezca » (28).

En cuanto á Brayer, con sus ideas preconcebidas, miraba con desprecio las fortificaciones y las tropas enemigas, y sostenía que el ataque debía llevarse á todo trance por la izquierda. No le faltaban razones en que apoyar esta opinión, aunque de un orden más bien impresionista que rigurosa-

---

(26) Carta de San Martín á O'Higgins de 5 de junio de 1817. V. Vicuña Mackenna, « Rel. Hist. »

(27) Carta de O'Higgins á San Martín, de 11 de diciembre de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.)

(28) Cartas de San Martín á O'Higgins de 21 de julio y 26 de agosto de 1817. Vicuña Mackenna, « Rel. Hist. »

mente militar. Según él, la posición del morro era la llave del costado izquierdo de la línea y de su entrada, y una vez dueños de ella los patriotas, podían dominar toda la playa de la gran bahía, asestar sus cañones sobre las dos naves de guerra españolas, impedir que las tropas realistas se embarcaran y de este modo rendirlas á discreción, obteniendo de un golpe todas las ventajas de la victoria, lo que no se conseguiría si se llevase el ataque por su derecha, que les dejaba franca la retirada. Este plan radicalmente malo, aun como golpe de mano, se fundaba sobre un triple error de apreciación científica y de hecho, cual era suponer : que la primera línea de defensa constituía la tuerza de la posición; considerar que el morro era su llave, cuando era un simple reducto destacado, útil para la defensa pero no para el ataque, pues estaba dominado por los fuegos de los reductos de las alturas, y por último, en no prever el obstáculo, que aislando el ataque del morro, inutilizaba toda la combinación. Todo esto quedará explicado más claramente en adelante al relatar la operación y hacer su crítica.

Las opiniones estaban divididas respecto del plan que en definitiva debía adoptarse. O'Higgins consultó reservadamente á sus jefes, y la mayor parte se inclinaba como él, al ataque por la derecha de la línea. Entre ellos contábase Las Heras ; pero cuando le fué comunicado en junta de guerra el plan redactado por Brayer, y vió que la mayoría, bajo la presión moral de la gran autoridad de su autor, estaba dispuesta á aceptarlo, á la vez que á él se le asignaba el puesto de mayor peligro, movido por un sentimiento de orgullo nacional, declaró que también lo aceptaba, asegurando que con sus tropas tomaría el morro. De este modo prevaleció el plan de Brayer (29).

---

(29) Conversación con el general Las Heras en 1850.

El plan de Brayer, reducido á la composición de las tres columnas de asalto y á algunas prevenciones muy someras, sin previsiones ni instrucciones tácticas siquiera, consistía en dos ataques simultáneos : uno formal por la izquierda de la línea, y otro falso por la derecha y centro. El primero, tenía el morro por objetivo inmediato, y una vez tomado, los asaltantes debían posesionarse del rastrillo por la espalda y tender el puente levadizo, para que penetrara á la playa la caballería, y en seguida, apoderarse del reducto del Cerro del Cura, que era el objetivo ulterior y el punto de reunión señalado. El segundo, debía limitarse á simples amagos, y permanecer á la espectativa sin misión determinada. Los artilleros marcharían al asalto sin piezas, para servir las que se tomasen en las baterías del morro y del Cura. Las lanchas cañoneras del Bio-Bio apoyarían el ataque falso, para llamar más la atención, y cooperar según el caso. Así quedó convenido, y todo empezó á prepararse con actividad para la próxima batalla (30).

XI

El ejército sitiador se estableció en el alto de Perales (25 de noviembre) situando los puestos avanzados dentro de tiro de

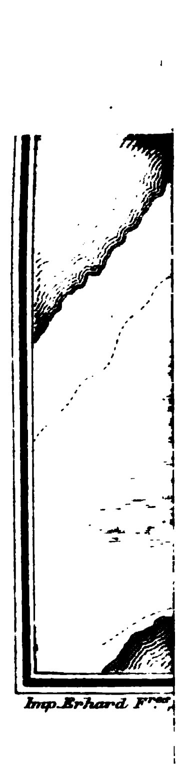
---

(30) Todos los historiadores que han escrito sobre el asalto de Talcahuano, dando por sentado que el plan fué redactado por Brayer, se refieren á él en términos generales, pero ninguno de ellos parece haber conocido su texto, ó al menos no lo han explotado. El resumen que de él hacemos, es con presencia del documento que existe en el Arch. Gral. M. S. (Véase Apéndice núm. 19. — En el primer parte de O'Higgins sobre este suceso, de fecha del mismo día, publicado en el núm. 53 de la « Gazeta de Buenos Aires » de 10 de enero de 1818, se hace mención del plan, que dice acompañarse. En el decreto marginal que es de 2 de enero de 1818, se dice: « Enterado, y publíquese el parte, más nó el » plan de ataque. » — *Rúbrica del Director— Irigoyen.*) (Doc. del Arch. Gral., cit. M. S.)

cañón de á 24 del enemigo, que inmediatamente rompió el fuego sobre ellos. El bergantín « Potrillo » salió de la bahía de Concepción con algunas chalupas y lanchas artilladas, y ocupando la de San Vicente, empezó á cañonear el flanco izquierdo de los patriotas. Esta hostilidad fué contrarrestada por una batería de campaña abrigada por los médanos de la costa, que obligó al bergantín enemigo á abandonar el puerto. Al mismo tiempo las cañoneras patriotas atacaban las de los realistas, forzándolas á colocarse bajo el amparo de sus baterías. Después de estos saludos de hierro, fué hecha á la plaza por escrito la intimación de rendirse. Ordóñez redoblando el fuego de las baterías y reductos, contestó verbalmente, que « Se defendería hasta la muerte .» Desde entonces sólo se esperó el momento favorable para dar el asalto.

El viento norte, que había empezado á soplar los primeros días de diciembre, arreció el día 5, de manera de hacer imposible la salida de la escuadra española del puerto. Esta circunstancia favorecía el plan de Brayer, y quedó resuelto que el asalto se llevase en la madrugada del 6. El ejército fué dividido en tres brigadas. La primera al mando de Las Heras, componíanla las 4 compañías de cazadores (argentinos y chilenos) á órdenes del mayor Jorge Beauchef, distinguido oficial francés de Napoleón venido con Carrera; el batallón argentino núm. 11 y núm. 3 de Chile á cargo de su comandante Boedo. La segunda brigada la mandaba el coronel Pedro Conde y componíanla las compañías de granaderos de los batallones argentinos y chilenos á órdenes del mayor Cirilo Correa; el batallón argentino núm. 7 y el núm. 1.° de Nacionales de Chile. La tercera la formaban los escuadrones 3.° y 4.° de granaderos á caballo y los cazadores Escolta, dirigidos por Freyre.

La hora señalada para marchar al ataque eran las dos de la mañana; pero sólo tres cuartos de hora después pudo ini-


Imp. Erhard F^res

ciar su movimiento la división de Las Heras precedida por las compañías de cazadores, con el núm. 11 y los pelotones de artilleros en reserva, y 40 zapadores con herramientas para abrir camino por entre las estacadas. Por su izquierda se movía la caballería, llevando cada jinete un mazo de fagina al hombro. Las instrucciones le prevenían atacar el centro del morro, ocupar sus baterías al grito de ¡Viva la Patria! salvar la cortadura intermedia, franquear el rastrillo á la caballería, y repitiendo el mismo grito de ¡Viva la Patria! posesionarse del Cerro del Cura. Al primer grito que indicaría que el puente levadizo estaba echado, Freyre penetraría por él con su caballería á todo galope acuchillando lo que encontrase por delante, y se reconcentraría en seguida al mismo Cerro del Cura. En cuanto á la columna de la izquierda, su papel se limitaba á desprender simultáneamente dos compañías sobre el centro de la línea y otras dos sobre las trincheras de San Vicente, empeñando fuegos para simular un doble ataque, simultáneamente con el verdadero de la derecha, y mantener á cubierto la reserva. Cinco lanchas cañoneras á cargo del comandante Jorge Manning, salidas de Concepción, debían concurrir al falso ataque de la izquierda, descendiendo el Bio-Bio. En este orden, formóse el ejército á las 2 de la mañana del día 6, y poco antes de las 3 rompió su marcha en silencio, bajo el cañoneo que las baterías enemigas acostumbraban hacer durante la noche por precaución.

La primera señal de alarma fué dada á la plaza por un centinela perdido de caballería que disparó su carabina. La guarnición realista acudió á sus puestos y se apercibió á la defensa, rompiendo el fuego todas las baterías desde uno á otro extremo de la línea. El mayor Beauchef, que iba al frente de la columna de la derecha, se dirigió á paso de carrera sobre el morro. Al llegar á su pie, fué recibido por una descarga de 200 fusiles que le postraron como veinte hombres entre muertos y heridos. Hubo un momento de vacilación en

la tropa, pero el intrépido Beauchef, lanzándose al foso lleno de agua, ordenó que le siguieran, y el capitán Bernardo Videla (argentino), haciendo lo mismo, arrastró tras sí á la compañía de cazadores del núm. 11 que llevaba la cabeza. Los dos valerosos oficiales treparon en hombros de sus soldados la muralla natural de siete metros de altura formada por la pendiente acantilada del morro, y ayudados por ellos consiguieron aportillar con sus propias manos la estacada que lo coronaba. Cuando se disponían á penetrar en el recinto fortificado, una descarga dirigida sobre el mismo portillo, derribó muerto al capitán Videla, y destrozó el brazo á Beauchef, quien, sin embargo, se mantuvo firme por algunos momentos en la brecha, hasta perder el sentido. En ese momento, acude Las Heras á paso de trote á la cabeza del núm. 11, sostenido por el núm. 3 de Chile, con los zapadores de D'Albe; aplica las escalas de asalto, trepa la muralla, rompe la estacada, se posesiona del morro, bayonetea la mayor parte de la guarnición, pone en fuga á otra, obliga al resto á precipitarse al mar, y cumpliendo su palabra y sus instrucciones lanza desde lo alto de la batería por la boca de sus valientes soldados el grito de ¡*Viva la Patria*!

El fuego cesó por algunos momentos. La noche era oscura, y sólo se oía á lo lejos el rumor del desorden en los altos de Tumbes, y los gritos de los marineros en las embarcaciones de la bahía, al recoger los fugitivos que se arrojaban al agua. Poco después, oyóse el estampido del cañón en las aguas de la bahía de San Vicente : era Manning, que con sus lanchas atacaba y tomaba al abordaje la cañonera enemiga situada en aquel punto, pasando á degüello su tripulación, y aseguraba aquel flanco. Los defensores de las baterías inmediatas las abandonaron, refugiándose en lo alto de los cerros; pero como la costa es de dificilísimo acceso por ese punto, y además la flotilla patriota no iba prevenida para un desembarco, esta operación aislada, que sólo en combinación con

un ataque formal por la derecha podía dar algún resultado, no tuvo más consecuencia. Simultáneamente rompióse el fuego por el centro y la izquierda. Era la columna de Conde, que excediendo sus instrucciones espectantes, procuraba convertir el falso ataque en verdadero. Salvando los pozos de lobo de los aproches por esa parte, había llegado hasta el pie de las escarpas y asaltado las palizadas. Los defensores, prevenidos, lo recibieron con un nutrido fuego de fusilería y de cañón, y los chilenos-argentinos fueron rechazados, cayendo gravemente herido el mayor Correa. Aun así quedó demostrado, que si el ataque principal hubiese sido llevado vigorosamente por ese punto, habría sido forzada la línea con menos trabajo que por el morro, quedando abierto el camino que conducía á los reductos del Centinela y del Cura y tomada la primera línea por la espalda.

Mientras tanto, Las Heras dueño del morro, se hallaba en la imposibilidad de posesionarse del rastrillo por el interior ni de dirigirse al cerro del Cura, que eran los objetivos señalados por sus instrucciones. Los fugitivos, al replegarse á su reserva, atravesaron una cortadura natural abierta en la depresión del terreno que hemos señalado antes (Véase el plano núm. 10), ahondada á pico, y alzando el puente levadizo por medio del cual la cabeza del morro se comunicaba con su prolongación dentro de las trincheras, dejaron aislado á Las Heras en la posición conquistada. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los asaltantes para vencer ese obstáculo en medio de la oscuridad y en un terreno que les era desconocido. Los realistas, sostenidos por una batería de troneras á la espalda de la cortadura, se sostuvieron con firmeza, y todo se redujo desde entonces á un combate de fusilería de barranco á barranco.

El ataque estaba malogrado por la izquierda de la línea y rechazado por el centro, aunque parcialmente triunfante en el morro y en la bahía de San Vicente.

XII

En esta situación peligrosa encontraron á Las Heras las primeras luces del alba. Así que empezaron á disiparse las sombras de la noche, procuró atravesar el obstáculo que lo había detenido, pero al intentarlo, cayó muerto el comandante Boedo, al frente de sus soldados (31). Al mismo tiempo que la batería de la cortadura barría con su metralla la meseta del morro, los reductos del Centinela y del Cura á la par de la fragata « Venganza » y las lanchas cañoneras del puerto hacían converger sus balas sobre ella. Los defensores, vueltos de su sorpresa, se daban cuenta de la situación, y Ordóñez acudía con su reserva al único punto amenazado. Los fuegos de los altos de Tumbes de la bahía y de la batería de la cortadura, diezmaban las filas patriotas, cayendo muerto el teniente Leonardo García del núm. 11, y cubiertos de heridas, el capitán Félix Villota, los tenientes Manuel Allende, Francisco Borcosque, Manuel Laprida, Ramón Lista, José Benito Sosa y los subtenientes Antonio Alemparte y Dionisio Villarreal (32). Las Heras, en medio de aquella mortandad, sostenía impávido la posición conquistada, empeñado en llevar adelante su difícil y ya imposible empresa. No había recibido por otra parte or-

---

(31) El momento de la muerte de Boedo no ha sido bien determinado por los historiadores chilenos. En una carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817 : — « Lloraré siempre la pérdida de Boedo. Murió como un héroe exhortando su tropa al asalto. » (Arch. San Martín, vol. XLI. M.S.)

(32) Fueron heridos además el mayor Ramón Guerrero, el capitán Juan Contreras, los tenientes Manuel Castro y Daniel Carson, y los subtenientes Vicente Zañartu, Santiago Flores y Domingo Correa.

den de retirada, y su deber era sostenerse hasta triunfar ó morir (33).

El general O'Higgins acompañado de Brayer observaba las peripecias del combate desde la puntilla de los altos de Perales, dentro del tiro de cañón del enemigo, viendo caer muertos á su lado á sus ayudantes Luis Flores y Juan de Dios Molina. Brayer pudo entonces ver á costa de un sangriento sacrificio, lo que antes no había visto: la cabeza del morro era un reducto destacado, dominado por las altas baterías y flanqueado por la marina, útil para la defensa de que formaba sistema, pero desventajoso para el atacante que lo ocupara, no siendo ni si siquiera llave del portón que defendía. En cuanto á O'Higgins, convencido de que la división de Las Heras se sacrificaba estérilmente, dió al fin la orden de retirada. Esta operación, era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fría, se mostró á la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner á salvo sus últimos heridos, clavó los cañones de que se había apoderado, y conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías altas y bajas de la línea de fortificación (34).

El ejército patriota sufrió una pérdida de 150 muertos y

---

(33) Se ha dicho por algunos historiadores que las instrucciones de Las Heras le prevenían ocupar el morro y mantenerse en él: las instrucciones que hoy se publican por primera vez, le prevenían seguir adelante y ocupar el cerro del Cura; pero no se había tomado en cuenta el obstáculo de la cortadura que aislaba el morro de las fortificaciones, una vez retirado el puente levadizo que lo ponía en comunicación con ellas.

(34) El mismo general enemigo da testimonio de este hecho. « Al cabo » de cuatro horas de un obstinado fuego por una y otra parte, comenzó » á salir el enemigo en retirada por el mismo punto por donde entró, y » en la formación de columna por compañías. » (Parte de Ordóñez en la línea de Talcahuano el 7 de diciembre de 1817, inserto en la « Gaceta del gobierno de Lima », de 30 del mismo.)

280 heridos (35); pero por un fenómeno psicológico que suele repetirse, su moral en vez de destemplarse por el rechazo, se remontó, mientras que el enemigo quedó aterrado, y no se vió desde ese día desprenderse un solo hombre de sus trincheras, reconcentrando por el contrario todas sus partidas volantes de Arauco. La generalidad, orgullosa del denuedo de las tropas, en una operación de guerra tan arriesgada como nueva para ellas, atribuía su malogro á las malas disposiciones de Brayer, y pedía con entusiasmo intentar inmediatamente un segundo asalto. De este mismo espíritu participaba O'Higgins; pero aleccionado por la experiencia, dudaba si la posesión de la plaza daría los resultados que se buscaban. « La línea de Talcahuano, decía, es muy fuerte: sin un » grande sacrificio no puede ser penetrada. Resta saber si » sería ó no una victoria para el enemigo el que le sacrificásemos la mitad de nuestra fuerza, aunque adquiriéramos » el puesto. Después de semejante pérdida, podrían embarcar mucha parte de su marina y tropa, que fácilmente » mudaría de posición, que nos fuese más perjudicial; tal » considero la costa de Arauco » (36). En consecuencia se resolvió á mantener el sitio, estableciendo contrabaterías pa-

---

(35) Tomamos este dato de una carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817, once días después del asalto, que por su calidad de confidencial merece entera fe, cuando en el parte oficial que se publicó, sólo daba 80 muertos y 150 heridos. En ella dice : « Nos cuesta » el ataque del seis, cerca de ciento cincuenta muertos y doscientos » ochenta heridos, incluso los oficiales. » (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)—Barros Arana, en su « Hist. de la Indep. de Chile », da 326 muertos « fuera de un gran número de heridos », cuando como se ve, eran los muertos y heridos los que sumaban esa cantidad.—Vicuña Mackenna, en sus anotaciones á la « Memoria de Sanfuentes », supone « una baja de 600 hombres entre muertos y heridos. » Faltan documentos para establecer la pérdida de los realistas, que fué menor, pero bastante considerable. — Torrente, « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 329, dice que consistió en 140 hombres.

(36) Carta de O'Higgins á San Martín de 17 de diciembre de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)

ra bombardear la plaza, sin renunciar del todo á la esperanza, deplorando no haber seguido sus propias inspiraciones. « Si el ataque se hubiese llevado, son sus palabras, como » he opinado desde un principio, no hubiera fallado ; pero » para otra ocasión será seguro que me dirigiré por lo que la » sana razón dicta con conocimiento de nuestras tropas y el » de nuestros enemigos, y no atenderé persuaciones en con- » trario » (37).

Como hemos dicho antes, el plan adoptado para el asalto, era además de deficiente, radicalmente malo. Estaba errado en uno de sus principales detalles, cual era no tomar en cuenta el obstáculo de la cortadura, según se ha visto. Reposaba sobre el error fundamental de considerar como llave del costado izquierdo de la línea, la posición de la cabeza del morro, que como el hecho lo demostró, era un simple reducto aislado, dominado por los fuegos de las altas baterías y flanqueado por los de la marina, y por lo tanto desventajoso para el ataque, aunque útil para la defensa. Otro error de apreciación en el que lo formuló, fué, suponer que la fuerza de la posición consistía principalmente en la primera línea que cerraba la península y seguía el perfil de los cerros, que forzada en un punto se hacía insostenible, cuando ella estaba en los altos reductos y baterías del Cura y del Centinela, especialmente éste, que era respecto de Talcahuano, lo que el fuerte « Aiguillette » en Toulón, cuando con ojo certero Napoleón dijo: « Aquí está Toulón ». En el reducto del Centinela estaba Talcahuano, y una vez tomado, todo quedaba dominado. Este resultado sólo podía alcanzarse atacando por la derecha de la línea ; pero todo se sacrificó al anhelo de apoderarse de los buques españoles surtos en la bahía, en mira de cortar la retirada de los defensores de los altos de

(37) Carta de O'Higgins á San Martín de 11 de diciembre de 1817, cit. en nota anterior. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)

Tumbes, sin considerar que, aun ocupada la posición del Cura, como se proyectaba, ella era insostenible bajo los fuegos del Centinela, y de no ocupar aquélla, era insostenible la situación de los asaltantes en la playa, aun consiguiendo franquear el rastrillo (38).

Con este contraste, que puso término á las operaciones ofensivas de la primera campaña del sud, coincidió el anuncio de una nueva expedición contra Chile, preparada en el Perú, y que precisamente en el mismo día del asalto se embarcaba en el puerto del Callao, con destino á Talcahuano. De ella nos ocuparemos á su tiempo.

---

(38) Para relatar el asalto de Talcahuano, hemos tenido á la vista los documentos siguientes : — 1.º Parte oficial de O'Higgins de 10 de diciembre de 1817, inserto en la « Extraordinaria de Chile » de 19 del mismo; — 2.º Parte oficial de Ordóñez al virrey del Perú, de 7 de diciembre de 1817, inserto en la « Gaceta del gobierno de Lima », de 30 del mismo; — 3.º Docs. ofis. del Arch. general en los legajos : « Secretaría de Guerra, Exto. de los Andes », y « Estado Mayor de los Andes », año 1817, M.S.; — 4.º Correspondencia confidencial de O'Higgins á San Martín, (Arch. San Martín, vol. XLI, M.S.); — 5.º Informes verbales de los siguientes actores en el asalto : generales Las Heras, José María de la Cruz y Manuel Escalada, coronel Ramón Lista y capitán Antonio Alemparte. La relación que de este hecho hace Barros Arana en su « Hist. de la Indep. de Chile », nos ha sido de mucha utilidad, por cuanto se funda en documentos inéditos y en informes verbales de varios actores en él, habiéndola ampliado por una parte y separádonos de ella en los puntos que no se conformaban con nuestros datos.

CAPÍTULO XVI

LA ALIANZA ARGENTINO-CHILENA

AÑO 1817

Carácter de la alianza Argentino-Chilena. — Correspondencia de San Martín con O'Higgins y Pueyrredón. — Llegada de San Martín á Buenos Aires. — Luz y sombra. — Objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires. — Acuerdos secretos para la formación de una escuadra en el Pacífico. — Misión á Estados-Unidos para procurarse un armamento naval. — Tercer encuentro de San Martín y Carrera. — Trabajos de Carrera en Estados Unidos para expedicionar á Chile. — La víctima propiciatoria de la alianza argentino-chilena. — Regreso de San Martín á Chile. — Entrada triunfal. — Misión de Alvarez Condarco á Inglaterra. — Una sombra histórica. — Cuentas de San Martín. — Liquidación de cuentas de la alianza argentino-chilena. — Organización del gobierno de Chile en el sentido de la alianza. — Su modificación según el espíritu nacional chileno. — Rivalidades y manifestaciones internacionales de gratitud. — La diplomacia de la alianza. — O'Higgins, Pueyrredón y Guido. — La situación de fuerza de Chile. — Conspiración abortada de los Carrera. — Modificación en el gobierno de Chile. — O'Higgins y los Carrera. — Creación del Ejército Unido y su constitución. — La diplomacia del generalísimo del Ejército Unido. — La alianza social. — Método de vida de San Martín en Chile. — Su estado moral. — Misión americana de la alianza argentino-chilena.

I

La alianza argentino-chilena, sellada con la sangre de sus soldados en el asalto de Talcahuano, es el hecho más fecundo y de mayor magnitud de la época en la lucha por la emancipación americana, sea que se considere del punto de

vista de sus grandes objetivos ó se la juzgue en presencia de sus resultados. Hecho múltiple, abstracto en cierto modo, envuelto en los grandes acontecimientos que la prepararon ó fueron su consecuencia, su importancia ha podido escapar á la penetración de los historiadores, que, ó no se han dado cuenta de su eficiencia, ó han confundido los efectos con las causas, sin dominarla en su conjunto. Esta alianza, la primera celebrada en el nuevo mundo entre naciones independientes, tuvo de notable, que no fué el producto de ninguna combinación artificial; en que obedecía á las tendencias naturales de ambos pueblos consultando sus recíprocos intereses; en que se desenvolvió según un plan de intervención y de política internacional, cuyo fin era la emancipación de toda la América del Sud, y se impuso militar y políticamente como una ley histórica desde las márgenes del Plata y el cabo de Hornos hasta la línea del Ecuador, al libertar pueblos y fundar repúblicas para entregar á los libertados sus propios destinos, determinando la regla y la norma según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro, en obediencia á su espontaneidad. Jamás dos naciones aliadas ejecutaron con más unidad de acción cosas más grandes con relación á sus recursos, con más beneficio y gloria duradera para ellas mismas y para las naciones que experimentaron su poderosa y saludable influencia. Sin la intervención argentino-chilena, la lucha de la independencia cambia de faz, y su triunfo se compromete ó se retarda indefinidamente. Ella es la que da la clave para explicar el movimiento progresivo de la revolución sud-americana.

Esta alianza que nació espontáneamente en los primeros días de la revolución por el instinto de la común defensa y la identidad de propósitos, se diseñó desde un principio con proyecciones americanas, si bien más platónicas que prácticas, y consolidóse por el mutuo auxilio que ambos países se prestaron, combatiendo unidos bajo sus banderas independien-

tes, por la defensa de sus respectivos territorios desde 1811 á 1814. La caída de Chile, en vez de romperla, la estrechó más, convirtiendo por una gravitación natural en unión de pueblos lo que antes había sido una liga de hecho de dos revoluciones embrionarias. Entonces se comprendió, que era una condición de vida internacional para los dos países limítrofes, divididos y unidos por los Andes, y una necesidad para su acción conjunta en los destinos americanos. Chile dominado por las armas realistas, no podía libertarse por sí mismo, á causa del agotamiento de sus fuerzas revolucionarias, no obstante la energía de sus habitantes ; la revolución argentina, derrotada en sus empresas militares, más allá de sus fronteras, habría quedado aislada, cuando todo el resto de la América sucumbía; sin camino militar en que dilatarse para herir al enemigo en el centro de su poder, y con uno de sus flancos vulnerables constantemente amenazado. Esto importaba el dominio de las costas y las aguas del Pacífico por las naves y los ejércitos realistas desde Méjico hasta Valdivia y Chiloe, y en el territorio del Alto Perú, en circunstancias que tenían el del mar Atlántico, con excepción del Río de la Plata, y era el centro de su poder el Bajo Perú, que irradiaba su acción al sud y al norte del continente. Por eso había dicho San Martín con la penetración del genio, que « Chile era la ciudadela de la América del Sud », y que de su posesión dependía la expansión y el triunfo de las armas revolucionarias con bandera redentora. De aquí la imperiosa necesidad de reconquistar á Chile y el propósito deliberado de celebrar una alianya ofensiva y defensiva sobre principios más amplios, que á la vez que asegurase la base de operaciones marítimas y terrestres de la revolución, le permitiera extenderse por todo el continente americano.

El paso de los Andes y la victoria de Chacabuco consagraron gloriosamente esa alianza, que desde entonces tuvo por único objetivo la emancipación de toda la América del Sud

por las armas y por la unificación de un sistema político, considerando el continente como el vasto teatro de la guerra ofensiva sin fronteras, que había estado reducido á los límites territoriales de las colonias insurreccionadas. De aquí surgió la idea de un ejército combinado, el dominio ulterior de las aguas del mar Pacífico y la empresa libertadora al Bajo Perú, que era el plan preconcebido de San Martín.

Esta es una de las grandes faces de la alianza argentino-chilena; pero para ser bien comprendida y darse cuenta de su naturaleza indisoluble y de los elementos componentes, debe estudiarse bajo el doble aspecto de sus relaciones internacionales con respecto á la América y de las conexiones políticas de gobierno á gobierno. Su carácter en la primera época, desde 1811 á 1814, fué puramente político dentro del círculo de los intereses solidarios de ambos países así para la paz como para la guerra, y sus proyecciones continentales no pasaron de vagos proyectos de confederación continental, que ni forma diplomática tuvieron siquiera. Después de Chacabuco, asume en toda su plenitud el doble carácter de alianza internacional con respecto á la América y de alianza política de país á país, con los dobles y recíprocos deberes que comportaba en el orden interno y externo.

Al lanzarse la República Argentina á la empresa de la reconquista de Chile, obedeció á tres tendencias de que se dió perfecta cuenta; la defensa propia como móvil; el dominio del Pacífico como medio, la emancipación de la América del Sud como fin. San Martín era el alma de la alianza, que le infundía su espíritu; O'Higgins el vínculo internacional, que la garantía por parte de Chile; el ejército de los Andes, su nervio y su musculatura, y la logia de Lautaro su mecanismo secreto.

La organización de esta alianza y los medios de hacerle producir los resultados previstos, mancomunando por mar y por tierra los esfuerzos y los recursos de los dos pueblos y go-

biernos aliados, á fin de desempeñar su misión libertadora, tales fueron los objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires un mes después de la batalla de Chacabuco, una vez fundado con arreglo á su plan el gobierno nacional del país reconquistado.

II

San Martín repasó los Andes que había atravesado un mes antes con un ejército, sin más séquito que su edecán O'Brien y el baqueano Estay. Su rumbo era aparentemente hacia Buenos Aires, pero como se ha dicho, iba en realidad buscando el camino de Lima, aunque le diera la espalda. Á mediados de marzo estaba en su querida Mendoza, donde fué recibido con el entusiasmo afectuoso de un pueblo libertado y libertador á la vez. Al poner de nuevo el pie en el estribo para continuar su marcha (19 de marzo), sustrayéndose á los festejos de que era objeto, recibió una carta de Pueyrredón en que le anunciaba que la guerra con los portugueses que ocupaban la Banda Oriental, era inminente, y necesitaba para emprenderla que desde Chile lo auxiliara con armas y dinero; pero al mismo tiempo le decía: « Dentro de pocos días estarán » aquí cinco buques armados que venían con Carrera para » su empresa, éstos quedan á mi disposición, y saldrán á » recibir órdenes de V. en Valparaíso, sobre lo que le im- » pondré después con más tiempo. Carrera con sus hermanos » no irá á Chile por más que hagan ». Y agregaba por conclusión: « No puede V. separarse del mando de ese ejército. » ¿Qué empresa, qué operación quiere V. que se confíe á » otras manos? Ya sea para sostener á ese ejército y á » ese país en respeto, ya para llevarlo á nuevas glorias » que se presentan indicadas, no hay otro hombre que » San Martín. Sacrifiquémonos hasta que no haya más que

» hacer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha co-
» locado en aptitud de salvarlo, y todo promete que lo he-
» mos de conseguir. Aliento, amigo mío, y aprovechemos la
» fortuna en su hora feliz. Mi corazón me dice que V. tiene
» que dar más glorias al país » (1). En carta que le llegaba al mismo tiempo, el director como respondiendo á la idea que lo llevaba á Buenos Aires, decíale : « ¡Qué bella ocasión
» para irnos sobre Lima! Desgraciadamente no hay marina
» que proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de
» mucho saldrán de aquí cinco buques americanos de los que
» están en esta bahía » (2).

El general no paró mientes en la inminencia de una guerra con los portugueses : era una hipótesis que no entraba en sus planes y que eliminaba como un obstáculo, desde que el mismo director persistía en la empresa de Chile y no desistía de las operaciones ulteriores que eran su complemento necesario. En realidad, tal guerra no pasaba de una veleidad pasajera de Pueyrredón, que en esos momentos negociaba un tratado pacífico con la corte de Portugal en Rio Janeiro. La invasión portuguesa á la Banda Oriental, realizada en cierto modo con el consentimiento tácito y la connivencia pasiva del gobierno argentino, había tenido lugar en 1816, siete meses antes de verificarse la expedición á Chile, y no era racional admitir ni la posibilidad de sostener dos guerras á la vez (3). Así, sólo fijó su atención en los conceptos que respondían á sus planes, y con aquella letra, que, como se ha dicho pintorescamente y con propiedad, echaba á puñados sobre el

(1) Cartas de Pueyrredón á San Martín de 25 de febrero y 3 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M.S.S.)

(2) Carta de Pueyrredón á San Martín de 10 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL, M.S. cit.)

(3) Véase nuestra « Historia de Belgrano » y « Comprobaciones históricas », en que se insertan los documentos que con estos puntos históricos se relacionan.

papel, escribió á su compañero O'Higgins, sin cuidarse de la ortografía ni del tipo : « Boy á ber si puedo llegar antes que » salgan los Buques que trajo Carrera, y si son buenos, los » tendrá Vd. en esa dentro de dos meses. Según me escri» ben de Bs. As. están empeñados en la cosa de Lima. Creo » inebitable la Guerra con los portugueses, beré si á mi lle» gada puedo hacer (para evitarlo) algo sobre esto » (4). En los últimos días de marzo estaba en Buenos Aires. El gobierno le había preparado una recepción triunfal, ordenándole se detuviera en San José de Flores; pero declinó el honor, entrando de incógnito en las primeras horas de la mañana : venía á trabajar por la independencia de la América y no á recibir ovaciones. Los periódicos de la época apenas hacen incidentalmente mención de su llegada, tal fué la modesta oscuridad en que se encerró.

Ocho días después volvía á escribir O'Higgins : « Todo va » completamente: (*sic*) la gran dificultad es la del armamento » de los buques, no por imposibilidad en los Estados Unidos, » y sí por no fiar los grandes intereses que se necesitan para » ellos en manos poco seguras; pero quedará acordado el » punto del modo más firme. He concluído un trato por » 3,000 fusiles y otros artículos muy necesarios para el ejér» cito. Dentro de cuatro días me pongo en marcha. Pueyrre» dón está al corriente de todo y no dude de que daremos *el* » *golpe á Lima* » (5).

Quince días después de su llegada, San Martín estaba pronto á emprender su viaje de regreso á Chile, una vez llenados los objetos que lo trajeron á Buenos Aires « en bien de la América », según sus palabras. ¿En qué había empleado este

---

(4) Carta de San Martín á O'Higgins de 19 de marzo de 1817. En Vicuña Mackenna, « Relaciones históricas. »

(5) Carta de San Martin á O'Higgins de 8 de abril de 1817, en Vicuña Mackenna, « Rel. hist. »

tiempo? Hé aquí un punto sobre el cual se encuentran muy pocos rastros en los archivos públicos, y respecto del que los historiadores dan escasísimas noticias, lo que se explica por la naturaleza reservada del negociado. Tratábase de crear, de común acuerdo, una escuadra y un ejército para asegurar la independencia de Chile al mismo tiempo que llevarla al Perú, respondiendo á los fines de la alianza argentino-chilena, y por lo tanto, el más absoluto sigilo era condición de éxito del proyecto. Empero, se han salvado algunos documentos que permiten llenar esta página oscura, y que una carta del mismo San Martín en que desenvuelve en términos generales su pensamiento hará comprender mejor : « Nada debemos reparar en lo que se ha hecho, decía en ella, sino adelantar al » ejército unido sus empresas. El destino está indicado y las » circunstancias favorecen; el país lo exige para su libertad y » la fortuna está en su buen cuarto de hora. Es preciso, pues, » aprovecharnos llevando nuestras armas al corazón del Perú. » Esto supuesto, se hace necesario combinar los términos y » preparar el éxito de la empresa. Lo primero es mover el » ejército con seguridad, y no puede hacerse sin una fuerza » naval que domine el mar Pacífico. Considero suficiente el » número de cinco corbetas, y nada menos, bien equipadas » y artilladas; pero falta plata. Vea, pues, si de ese Estado » (Chile) pueden sacarse trescientos mil pesos. Hemos graduado que esto será suficiente para el armamento y tripulaciones. La expedición deberá estar en esos puertos para » octubre ó noviembre, y no hay tiempo que perder. En caso » de no tener efecto este proyecto, yo no expondré nunca » al ejército á ser desbaratado por dos ó tres buques de » guerra que pondrá Lima en precaución de este mal, » que es el mayor que puede venirle á su existencia » (6).

---

(6) Carta de San Martín (sin dirección), de 22 de abril de 1817 desde Buenos Aires. Vicuña Mackenna, « Rel. Hist. », M. S. autóg.

III

Este era el gran proyecto que traía á San Martín á Buenos Aires. Para formalizar los acuerdos que debían ponerlo en vías de ejecución, habíase munido de una plenipotencia del gobierno chileno. Era como general del Ejército Unido, y por lo tanto como representante de la alianza y agente de su propia idea, que se presentaba ante el gobierno argentino. El gobierno de Chile contribuía desde luego con 200 mil pesos, prometiendo 100 mil más para completar el armamento naval proyectado. Las Provincias Unidas, escasas á la sazón de dinero, concurrirían con su crédito, poniendo ambos gobiernos de consuno manos á la obra á fin de realizar la expedición al Perú.

En medio de los festejos de que era objeto, que « apenas » le dejaban resollar » según sus palabras, el vencedor de Chacabuco no perdía su tiempo, y reservadamente entabló su negociación con Pueyrredón desde los primeros días de abril. Todos los arreglos se hicieron tan sigilosamente, que sólo tenían conocimiento de ellos el director y San Martín, y los que debían intervenir en el armamento naval, actuando como secretario el general Matías Irigoyen, á la sazón Ministro de la Guerra.

Para no llamar la atención, los acuerdos de gobierno en que se trató del asunto, celebráronse en la casa particular de don Manuel Hermenegildo Aguirre, que fué el agente designado para ir á los Estados Unidos á efectuar la compra de los buques en compañía de don Gregorio Gómez, llevando los 200 mil pesos que con tal objeto se remitían de Chile, y cartas de crédito del gobierno argentino para cubrir el exceso de los gastos con calidad de reem-

bolso. Sobre estas bases celebróse el acuerdo internacional (7).

En tal ocasión, la fatalidad volvió á colocar frente á frente por tercera vez al restaurador de Chile y al dictador en cuyas manos se había perdido su revolución. Después de su destierro de Cuyo (V. cap. VIII) y de las diversas tentativas hechas en Buenos Aires para emprender la reconquista de su

---

(7) En los papeles del archivo secreto del gobierno han quedado algunos testimonios de esta negociación, pero por más pesquisas que hemos hecho no nos ha sido posible encontrar el acuerdo que se firmó entre ambos gobiernos, sin embargo de hacerse especial mención de él en otros documentos de su referencia. En comunicación del gobierno argentino dirigida al Director de Chile y transcrita á San Martín, le dice: « que en » precaución de la inteligencia que pudiera darse al artículo 1.º *del con-* » *venio celebrado*, en el caso de no ser asequible el apresto de las fraga- » tas (eran cuatro según otras referencias), y en consideración de la ne- » cesidad de dominar el mar Pacífico para las operaciones ulteriores, » con una fuerza que no pueda ser contrariada por el enemigo, proceda » al armamento de seis corbetas de 25 á 30 cañones ó carronadas. » Además, se declaraba que « en el caso de ser destronada la tiranía de » Lima como resultado de la comisión de Aguirre, se le suministrarían » por una vez por los Estados de Sud América (Provincias Unidas y » Chile) diez mil pesos por vía de regalo. » Las instrucciones dadas á Aguirre por el ministro de guerra argentino, llevan la fecha de 30 de abril de 1817, encomendándole el armamento de seis corbetas en el caso de no ser posible el de las fragatas designadas en el convenio. — Según nota de 28 de abril, en la noche del 26 del mismo se celebró un acuerdo privado de gobierno en casa de Aguirre. Con fecha 30 de abril nombróse don Gregorio Gómez como adjunto á la comisión. Con fecha 17 de mayo, el gobierno argentino decía á San Martín: « En la posibi- » lidad de que los 200 mil pesos que el comisionado D. M. Aguirre lleva » á Norte América, no serán suficientes á realizar el armamento naval » de que va encargado, y que en tal caso habrá de asirse al crédito de » este gobierno para proporcionarse algunos empréstitos ó emplear los » que con anticipación y otros fines había dispuesto y contaba con ellos » este gobierno en aquel destino, he tenido á bien se encargue á V. E. » de obtener la obligación del gobierno de Chile al abono de toda suma » que el comisionado reciba ó invierta en dicho esencialísimo objeto, » con más sus réditos que comprendan hasta su reintegro, pues así es » justo según *lo convenido*, y conforme á los intereses de ambos Esta- » dos. » (Docs. del Arch. general. Leg. « Reservados », carpeta: « Pa- » peles relativos á la comisión de Aguirre y Gómez, 1817-1818. » M. S. S.)

país, don José Miguel Carrerra, movido por la ambición y el patriotismo, reunió 20,000 pesos entre su familia, y encargando á sus parciales que esperaran su vuelta, dirigióse á los Estados Unidos (noviembre de 1815) en busca de reçursos para realizar su soñada empresa. La fortuna adversa pareció sonreirle por un momento. Encontróse allí con su antiguo amigo Poinset y con el famoso comodoro Porter, quien durante su estación naval en el Pacífico en 1812 á 1814, se había apasionado por la causa de la independencia sud-americana, y manifestóse dispuesto á propiciarlo cerca de su gobierno. Presentado por éste al presidente Madison y á su ministro Monroe en Washington, fué bien recibido por ellos; aunque desde luego pudo convencerse, que no debía contar con una eficaz protección por parte del gobierno norte-americano, pues no obstante sus simpatías en favor de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, su política era la de estricta neutralidad en su lucha con la madre patria. Carrera no desesperó, y trasladóse á New-York, donde se puso en relación con varios capitalistas cuya confianza supo captarse con sus promesas y sus maneras insinuantes, pero sin conseguir su objeto, que era levantar entre ellos un empréstito. En estos trabajos preliminares consumió los 20,000 pesos que había llevado.

Los Estados Unidos, eran entonces el mercado militar de todos los revolucionarios sud-americanos, adonde acudían en busca de empréstitos, armas, buques y otros auxilios para sus proyectadas expediciones, á trueque de promesas que se cumplirían en caso de éxito. Entre los especuladores sobre estas bases aleatorias, contábase la casa de Darcy y Didier, que de tiempo atrás proveía de armas á las Provincias Unidas, la que acogió favorablemente el proyecto de Carrera, mediante un contrato, por el cual se comprometió á equiparle dos buques armados en guerra adelantando los capitales; pero con la condición de ser mandados por oficiales que

representasen la compañía, hasta tanto el gobierno de Chile restaurado no hubiese cubierto los gastos de mantención y salarios del viaje y el doble del valor de las embarcaciones. Fueron éstas la corbeta « Clifton » y el bergantín « Savage ». Dos buques más, el bergantín « Regent » y la escuna « Devei », equipados por los mismos armadores, debían reunirse más tarde á la escuadrilla de Carrera, así como la fragata « General Scott » que con igual destino preparó la casa Hugo y Tom de Nueva-York. Carrera, que hasta entonces había mostrado mucha moderación, con violencia de su carácter, ante la perspectiva de contar con estos elementos de guerra, dió rienda suelta á sus instintos jactanciosos, exclamando : « Mi » expedición desafía al mundo entero, y es debido á mis úni- » cas cualidades, constancia, actividad y buena intención » (8). El 3 de diciembre (1816) embarcóse en la « Clifton » y dió la vela desde Baltimore, acompañado de un numeroso grupo de oficiales voluntarios de varias nacionalidades, — principalmente emigrados franceses, — que habían decidido ayudarle en su empresa, algunos de los cuales veremos figurar más tarde en la guerra sud-americana.

La empresa de Carrera, bien que por la preparación de sus elementos en tierra extraña haga honor á su actividad y constancia, era simplemente una aventura mal concebida, que no tenía más base que la importancia que atribuía á su propia persona, y que debía dar necesariamente los resultados más desastrosos, sobre todo, dirigida por él. Su plan era tocar en Buenos Aires, incorporar á su expedición los emigrados chilenos que quisiesen acompañarle, y con 500 á 600 hombres, doblar el cabo de Hornos, dirigirse á las costas de Chile y promover la revolución en el país, en la confianza de que á su sólo nombre se reunirían millares de soldados bajo

(8) Carta á su hermano de 6 de noviembre de 1816, en Vicuña Mackenna « Ost. de Carrera », p. 82.

su bandera, sin contar que cinco mil veteranos lo esperaban allí. Era por otro camino y en condiciones más novelescas, la repetición de la descabellada aventura sobre Coquimbo en 1815. Su cabeza no podía dar más teóricamente, y en la práctica había dado mucho menos.

La « Clifton » arribó á Buenos Aires el 9 de febrero, y allí supo Carrera, que San Martín había atravesado los Andes á la cabeza de un ejército poderoso con el objeto de reconquistar á Chile, defraudándolo así una vez más de su intento. Pocos días después llegaba la noticia de la victoria de Chacabuco. El destino de Carrera estaba roto para siempre. Sus servicios eran inconciliables con los propósitos de la política argentino-chilena, y tenía necesariamente que ser eliminado como un obstáculo, sacrificándolo en holocausto á los intereses solidarios de ambos países. Debió comprenderlo así al ver su tierra gobernada por el partido que le era adverso y bajo la influencia poderosa del general que lo había desarmado y perseguido en Mendoza después de su caída, contrariando después sus planes. Sin embargo, se presentó al Director Pueyrredón para felicitarle por el triunfo de las armas independientes (9) y posteriormente dirigióse á él en nota oficial, solicitando su cooperación á fin de llevar adelante su campaña naval proyectada, con el objeto de dominar el mar Pacífico (10). Cuando tal ofrecimiento hacía, no contaba sino con un solo buque, la « Clifton », y éste mismo no dependía de él sino á condición de que el gobierno argentino lo auxiliara; pero aún cuando hubiese tenido á sus órdenes toda la escuadrilla preparada en los Estados Unidos, tal empresa, además de inconsistente, habría sido, no una expedición contra

(9) Carta de Pueyrredón á San Martín de 25 de febrero de 1817. (Arch. San Martín vol. XL. M. S.)

(10) Of. de Carrera á Pueyrredón de 17 de abril de 1817, cit. por B. Arana en « Indep. de Chile » t. IV, p. 114.

el enemigo, sino contra las Provincias Unidas, para llevar la desorganización al país que habían reconquistado á costa de tantos esfuerzos al través de los Andes. El Director Pueyrredón le notificó, que no entraba en sus planes tal operación, y que estaba resuelto á no dejar salir de Buenos Aires ni á él ni sus parciales, y que esta era su última palabra.

Mientras tanto, el gobierno argentino negociaba con el capitán de la « Clifton », la cesión de su buque, y como los armadores mantenían relaciones comerciales con él, y Carrera no podía llenar sus compromisos para con la tripulación, la expedición de éste no tenía ni base naval. En estas circunstancias llegó á Buenos Aires el bergantín « Savage », cuyo capitán parece se entendió con Carrera, á fin de evadirse del puerto de Buenos Aires y dar la vela de su propia cuenta en la oscuridad de la noche con destinò á las costas de Chile. El capitán de la « Clifton » se negó á entrar en este proyecto. Denunciada la tentativa al gobierno por uno de los aventureros franceses que habían acompañado á Carrera desde los Estados Unidos, éste fué aprisionado (19 de marzo) como conspirador.

Hacía quince días que José Miguel Carrera se hallaba encerrado en un calabozo del antiguo cuartel de granaderos á caballo en el Retiro, cuando un día (12 de abril) un personaje grave y severo, ante el cual se inclinaban todos con profundo respeto, entró por sus puertas. Era el general San Martín. Tendióle la mano, que el preso no recibió; pero sin darse por ofendido de este afectado desdén, le manifestó, que se condolía de su suerte, y que era el primero en reconocer los servicios distinguidos que había prestado á su país, asegurándole que su arresto, era una medida puramente política. Le renovó el ofrecimiento hecho por el Director Pueyrredón de enviarlo á los Estados Unidos en calidad de ministro diplomático de las Provincias Unidas, agregando que, aun cuando su presencia en Chile podría ser motivo de agitaciones perjudiciales

á la causa de la independencia, por su parte no veía inconveniente en ello, por cuanto así O'Higgins como él estaban resueltos á reprimir con mano firme toda tentativa contra el orden allí establecido. El arrogante caudillo chileno, que no comprendía que la independencia de su patria pudiera realizarse sin él en el poder, desechó los favores que se le brindaban, y repuso, que ningún hombre racional después de la amenaza que se le hacía se entregaría á discreción de un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia. Era una formal declaración de guerra, dictada por el odio ó el despecho. El poderoso vencedor, sin darse tampoco por entendido de esta pueril provocación, repitió los ofrecimientos amistosos, y después de pedirle que meditara bien su última resolución, se retiró grave y severo como había entrado (11). Esta entrevista, tiene algo de dramático, si se evocan los antecedentes de los dos personajes y se piensa, que el fin de uno de ellos sería el patíbulo á que lo empujaba su destino. Bien que el acto se preste á diversas interpretaciones, la intención de San Martín, aun como resultado de un frío cálculo político, era sin duda benévola. Enemigo de toda violencia inútil, quería separar buenamente un obstáculo á sus planes, empero estuviese decidido á suprimirlo. Fué ésta la tercera y última vez en que estos dos hombres se encontraron en la vida, pero no la última en que sus opuestos hados adversos se chocaron. Carrera era la víctima propiciatoria predestinada de la alianza argentino-chilena.

Consecuente mientras tanto con sus ofrecimientos, San Martín empeñó su valimiento para que el Director Pueyrredón intercediese ante el gobierno chileno en favor de su

---

(11) En el extracto de esta conferencia, seguimos la versión del mismo Carrera en su « Manifiesto á los pueblos de Chile », p. 30, combinándola con Barros Arana en su « Hist. de la Indep. », t. IV, p. 119, que la complementa, sin alterar su fondo ni su forma.

desarmado adversario. Pueyrredón se dirigió en tal sentido á O'Higgins en términos muy honrosos para Carrera: — « Existe en esta capital don José Miguel Carrera, perteneciente á ese Estado, con sus hermanos don José y don Luis, y á todos, por razones políticas he indicado la necesidad de no pasar á esos pueblos, con lo que se han conformado. El primero ha hecho recomendables servicios á su patria en los Estados Unidos, donde ha negociado una expedición naval con destino á la reconquista de ese reino, y hubiera llenado sus fines con probabilidad en el caso de que nuestras fuerzas no se hubiesen anticipado. En la actualidad puede aún ser útil á ese Estado, y á la causa general, y se ha desprendido generosamente de toda intervención en ella, poniendo á disposición de este gobierno todos sus derechos. Sean cuales fueran los motivos de disgusto que se hayan ofrecido en el curso de la revolución, no puede negarse el mérito de su constante resolución por la libertad, á que él muy principalmente ha consagrado grandes esfuerzos, teniendo una parte no pequeña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese Estado es distinguido, y el honor patrio se interesa en que no se vean desvalidos ». Y acababa indicando, que consideraba acreedor á don José Miguel á una pensión de 3,000 pesos anuales cuando menos, y una proporcionada á sus hermanos, porque, decía: « La delicadeza del Director de Chile está interesada en esta medida, que no podrá menos de ser bien aceptada por la opinión de los pueblos, haciéndole conocer que se había puesto término á las antiguas discordias, preparando los caminos de una dichosa reconciliación » (12). San Martín apoyó eficazmente esta inter-

(12) Of. del Director Pueyrredón al Director O'Higgins de 8 de marzo de 1818. M. S. auténtico, autorizado en copia con la firma de Zenteno, ministro de O'Higgins. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

cepción, que O'Higgins recibió de mal talante, haciendo explosión su odio concentrado contra los Carrera, en dos extensas notas de una misma fecha. « La sagaz ambición de » los Carreras — decía en la primera nota, — ha llegado á » abrirse un patrocinio en el gobierno de las Provincias Uni- » das, sorprendido por la astucia y tramoya de unos hombres » que deben ser proscriptos como perversos, que ocupados de » la dilapidación y tiranía doméstica, entregaron á Chile á la » rabia ferina de los españoles. Estos habitantes los detestan, » y blasfemarían de su suerte y la conducta del gobierno si » presintieran que había disposición á protegerlos ». Y después de hacer en términos vehementes el proceso histórico de los Carrera, concluía : « El honor de Chile antes se empe- » ña en un castigo, antes que considerarles atributos de que » son indignos ». Empero, en honor de la mediación, se prestaba á que se les acordara una módica pensión para no abandonarlos á la indigencia (13). En la otra nota al mismo San Martín, era más explícito : — « ¿Se dota con tres mil » pesos anuales á don José Miguel Carrera, y en proporción » á sus hermanos? Pues entonces se autoriza el crimen en » tanto que se premia al delincuente. ¿Tememos acaso á » los Carrera ó se espera algo de ellos? Uno y otro extremo » es indigno de la suprema autoridad. Es implicancia deste- » rrarlos y enriquecerlos : pena y galardón se contrarían mu- » tuamente. No tengo yo poder para desangrar á la nación » en favor de sus enemigos » (14).

Después de esta tentativa conciliatoria, San Martín repasó los Andes para continuar trabajando en la consolidación de la

---

(13) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

(14) Nota de O'Higgins á San Martín, de 25 de marzo de 1818 (misma fecha de la anterior), M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6.)

independencia de Chile y por la emancipación de la América. Carrera fugó de su prisión y se asiló en Montevideo á la sombra de la bandera portuguesa, para continuar conspirando por despecho ó por venganza bajo la bandera de la anarquía y de la barbarie, contra la República Argentina y la situación de su patria, que eran la última esperanza de la revolución sud-americana. El gobierno argentino, lo mismo que San Martín, si bien lo consideraban un obstáculo á su política y sus planes, y como tal querían eliminarlo ó neutralizarlo, le eran personalmente benévolos, como se ha visto, y se disponían á ponerlo en libertad. Aun antes de que Carrera fugase de su prisión, le había remitido tres pasaportes para él y sus dos hermanos á fin de que pudieran dirigirse libremente á los Estados Unidos (15). Su destino era otro; ser las víctimas de la fatalidad.

IV

El 11 de mayo San Martín estaba de regreso en Chile. En sesenta días había atravesado dos veces los Andes y galopado cinco mil kilómetros por rumbos opuestos buscando el camino de Lima en medio de las sombras del más impenetrable misterio, y volvía al punto de partida que de antemano se había fijado. Pero esta vez no le fué posible sustraerse á las demostraciones de gratitud del pueblo libertado. Durante tres días los puestos avanzados de la ciudad de Santiago eran vigilados por los ciudadanos que querían tributarle sus honores, y partidas á caballo con banderas celestes y blancas, recorrían los caminos. En el portezuelo de la cor-

(15) Docs. del Arch. Gral. en legajo: « Correspondencia con el Supremo Director de Chile, 1817. » M.S.

dillera de Colina, — la puerta por donde había entrado victorioso al valle del Mapocho después de Chacabuco, — fué recibido por los magistrados municipales y por el pueblo, y continuó su marcha en coche descubierto pasando por arcos de triunfo coronados por las banderas unidas de Chile y de la República Argentina, bajo una lluvia de flores y perfumes, en medio de atronadoras aclamaciones.

Las tropas tendidas en carrera desde el puente del Mapocho hasta el palacio de los obispos, le hacían los honores. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada. En el momento en que se encendían los fuegos artificiales, llegó del sud la noticia de la victoria del Gavilán alcanzada por Las Heras. El pueblo reunido en la plaza mayor estalló en un inmenso aplauso, dando vivas al libertador de Chile (16). Era la segunda ovación popular tributada espontáneamente por el pueblo chileno, cual no la habían merecido jamás los potentados de la colonia: la primera según se recordará, fué dispensada al tribuno Martínez Rozas, precursor de la alianza argentino-chilena, y la segunda á San Martín: y los dos, fueron argentinos.

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heroico del libertador. En el mismo día de la ovación, despachaba á Londres á su ingeniero y ayudante de campo Álvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos á fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Álvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, á que está ligado un misterio, que se ha señalado como un

(16) « Gac. del sup. gob. de Chile », núm. 12, del 14 de mayo de 1817, « Extraordinaria » de 15 del mismo.

punto negro en la vida de San Martín y de O'Higgins, y que sin disminuir la grandeza americana del primero como guerrero y libertador, deprimiría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colocada en aquella ocasión en Londres por cuenta de O'Higgins y San Martín, que según algunas referencias sería de 25,000 pesos, y según interpretación á que se presta, podría alcanzar á 100,000 pesos. Los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente, quien consultado por el depositario sobre si debían destruirse ó no, opinó que debían conservarse, porque la historia, en presencia de los documentos que la forman, no debe á los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sino la verdad, para que se presenten á la posteridad tales como fueron, dejando á ella pronunciar el fallo definitivo. Pero antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo (17).

---

(17) San Martín, en carta á O'Higgins de 11 de mayo de 1827, le decía : « Nuestro Álvarez ha marchado á Buenos Aires para desde allí se» guir á Londres con la comisión que acordamos, y estoy seguro la des» empeñará con la honradez que le es propia ». — Álvarez Condarco, en carta á San Martín desde Londres, de fch. 22 de noviembre de 1817, le dice lo siguiente : « Me será preciso quebrantar uno de los » artículos de su instrucción para darle una idea de los medios de » que me he valido para aumentar nominalmente el monto de los » fondos que se me confiaron, ó á lo menos hacerlos servir como dobles » ó triples de lo que ellos eran realmente. V. sabe bien que se me entre» garon *veinticinco mil pesos* pertenecientes al gobierno de Chile, que con » *tres mil* de V. y *mil quinientos* más hacían *veintinueve mil quinientos*. » Ahora, pues, mis operaciones han sido del modo siguiente : Yo eché » la voz de que eran más de *cien mil*, con ánimo de mover la codicia de

Sea cual fuere el monto de la cantidad de que por cuenta pública ó privada fuese portador Álvarez Condarco, — que en resumidas cuentas aparece no pasó de 29,500 pesos, —

» los comerciantes. Efectivamente, empezaron á presentarse casas de » comercio á querer tratar conmigo. Convencido al fin que no había » otra mejor que la de Mr. Cllice, celebré con ella el primer contrato » por el navío « Cumberland », garantizándole por mi parte su cumpli» miento por el gobierno de Chile, pasando á dicha casa mis fondos, » sin dar á entender que no quedaban más. Como luego de cumplido ó » ratificado este contrato por el gobierno, debían volver los fondos á » mi poder, no me fué difícil negociar con Mr. Neile, quien estaba per» suadido que sería aprobado dicho contrato, el adelantarme la misma » cantidad ». — El doctor Antonio Álvarez Jonte, que se hallaba á la sazón en Londres negociando la venida de Lord Cochrane á América, hace mención de la negociación de Álvarez Condarco con respecto al buque en cuestión, en carta de 13 de enero de 1818 : « Dentro de doce » días sale para Valparaíso el navío *Cumberland* de 60, contratado sin » desembolso efectivo en 160 mil pesos, bien equipado como para un » viaje á la India y sale con 40 cañones ». — Según esto, la cantidad de que fué portador Álvarez Condarco, serían poco más de 25,000 pesos, que sonaron como si fueran 100 mil. — Un historiador chileno hace por repetidas veces alusión á esta misión, con reticencias que equivalen á una semi-revelación, y esto es lo que nos ha movido á levantar una punta del misterioso velo, que en su lugar y á su tiempo será descorrido del todo. — En sus « Relac. Históricas », en el artículo titulado « San Martín después de Chacabuco », dice Vicuña Mackenna : — « La misión » secreta del ingeniero José Antonio Álvarez Condarco, probablemente » no será conocida jamás ». — En el artículo « El General San Martín después de Maipo » dice el mismo autor : — « El general de los Andes » á su llegada á Santiago ocupóse del viaje de Álvarez Condarco á In» glaterra, llevando caudales para comprar buques. Esta misión tiene » un punto negro en la vida de los caudillos de la revolución de Chile; » pero no ha llegado todavía la época de su ventilación pública : la his» toria no tiene ni puede tener quitas para sus grandes hombres; pero » ¿no le es lícito otorgar esperas? » — Por último en su « Miscelánea », t. II, p. 214 : « Al pisar las playas de Inglaterra en 1824, San Martín se » encontró frente á frente con la miseria. En sus días de prosperidad y á » la par con O'Higgins, había sabido depararse un asilo que cubriese la » vejez de dos soldados. Pero una infidelidad criminal privó á uno y otro » de esos recursos en la hora misma en que iban á necesitarlos... Permí» tasenos arrancar aquí una página á estas revelaciones, porque ella » pertenece con mejor derecho á una posteridad remota. Esa página » está empero escrita ». — Cuando escribimos nuestras « Cuentas del gran Capitán », no conocíamos los documentos que con este incidente se relacionan.

San Martín la cubrió con usura, no sólo con sus grandes servicios, sino también con dineros que legítimamente le pertenecían, y á que renunció con desinterés sin que en ningún tiempo haya sido puesta en duda su pureza como administrador íntegro y severo de los caudales públicos confiados á sus manos.

El Cabildo de Santiago (que antes le había ofrecido diez mil pesos en oro, que él rehusó y aplicó á la fundación de una biblioteca pública), « en mérito de los empeños con que » á costa de sacrificios el general José San Martín había re- » cuperado la libertad de Chile y en muestra de gratitud para » que le sirviese de recreo en medio de sus fatigas », insistió en hacerle donación de una chacra en los alrededores de la capital (18). Él aceptó el presente, pero con la condición de que se destinase la tercera parte de sus productos « al fomento » del hospital de mujeres de la ciudad y á la dotación de un » vacunador que libertase al municipio de los estragos de la » viruela » (19).

El Estado de Chile le había designado seis mil pesos anuales de sueldo como general en jefe de los ejércitos, que él se negó á admitir. El director delegado le declaró que no estaba en sus facultades « aceptar su virtuosa renuncia por cuanto » el sueldo acordado emanaba de orden suprema, que había » previsto el caso de sus resistencias, teniendo en vista sus » necesidades personales y el decoro de su empleo, y los ex- » tranjeros no verían acaso en su frugalidad las virtudes de » Esparta, cuanto su pobreza » (20). Él se sometió al fin á

(18) « Escritura de donación y perpetua propiedad del Cabildo de Santiago de Chile de conformidad con el Supremo Director otorgada á favor del Ecxmo. Sr. D. José de San Martín » de fecha 11 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. LXVII, M.S.)

(19) Ofi. de San Martín aceptando y agradeciendo la donación de la chacra de 19 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. LXVII, M.S.)

(20) Ofis. del director delegado de Chile á San Martín de 26 de junio de 1817 y enero 8 de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLVII, M. S.)

esta compulsión después de reiterar por tres veces su renuncia, pero no dispuso personalmente de sus sueldos, y aplicó la asignación á generosas dádivas pecuniarias por mano del tesorero general. Al finalizar el primer año ordenó al comisario de guerra de Chile : « Desde hoy quedan suspendidos los » sueldos que me pertenecen como general en jefe de este Es- » tado » (21).

Una rica bajilla de plata le fué ofrecida en la misma ocasión. Son dignas de la historia las palabras con que la devolvió : « Á mi regreso de Buenos Aires encontré que la genero- » sidad del gobierno de Chile había puesto á mi disposición » una bajilla completa de plata. No estamos en tiempo de » tanto lujo. El Estado se halla en necesidades, y es preciso » que todos contribuyamos á remediarlas. Por lo tanto, doy » orden que con ésta se ponga á disposición de V. E. dicha » bajilla, como así mismo el sueldo que se me tiene señala- » do por este Estado, con advertencia de que, del que he to- » mado daré á V. E. una noticia reservada de los fines en » que ha sido empleado. Admita V. E. esta pequeña oblación, » como hija de los sentimientos que me animan por el bien, » prosperidad é independencia del estado de Chile, suplicán- » dole muy encarecidamente tenga á bien el reservarla al » público » (22).

Aceptó la hospitalidad que le brindó el país reconquistado, y en el curso del año de 1817, el vencedor de Chacabuco invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, ser-

---

(21) Borrador de ofi. de San Martín al comisario de guerra de Chile. Sin embargo, la contaduría continuó ajustándole los sueldos, y según cuentas del tesorero general de Chile, que lo era don Rafael Correa de Sáa, en enero de 1819 se le devengaban por ellos 11,750 pesos, de los cuales había aplicado á los objetos indicados en el texto la cantidad de 6,250, quedando á su favor un saldo de 5,500 pesos. (Arch. San Martín, vol. XLVII, M. S.)

(22) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile de junio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLVII. M.S.)

vidumbre, mesa de estado, caballos, coches, frailes, limosnas, monjes, ropas, muebles, bajilla, luces, forraje, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de *tres mil trescientos treinta y siete pesos seis y un cuartillo reales*, según cuenta que llevaba su capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, que administraba los fondos. De esta cantidad, *cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y medio reales*, fueron oblados por el gobierno de Chile; *cuatrocientos* por la comisaría del ejército de los Andes, y los *dos mil cuatrocientos setenta y seis pesos* restantes, de su propio peculio (23).

Como prenda de alianza militar, y sin necesidad de tratado previo ó posterior, las dos naciones canjearon un armamento contra un auxilio pecuniario de guerra : el gobierno chileno remitió indirectamente 40,000 pesos provenientes de su tesoro para atender á las necesidades del ejército del Alto Perú (24), y el gobierno argentino los retribuyó regalando al de Chile 1,000 fusiles nuevos de buena calidad para armar su ejército de nueva creación (25). El sostén del ejército de

---

(23) « Cuenta y razón de la entrada y gastos, que han corrido por mano del capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, en el palacio del general en jefe, desde el día que entró á esta capital (Santiago de Chile) que fué el 14 de febrero de 1817 ». (Arch. San Martín, vol. XLVII, M.S.)—Véase nuestro opúsculo « Cuentas del Gran Capitán. »

(24) Ofi. del gobierno argentino á San Martín de 1.° de abril de 1817, para que de la caja de comisaría del ejército de los Andes de Chile, se remita al del Alto Perú el auxilio de los 40,000 pesos para atender sus necesidades. Ofi. de contestación de San Martín de 16 de mayo de 1817, avisando remitir directamente de los fondos de la comisaría de su ejército los 40,000 pesos pedidos, á cargo del teniente de granaderos Miguel Cajaravilla con una escolta. (Docs. del Arch. general, leg. « Exto. de los Andes, 1817. » M. S. S.)

(25) Ofi. del director Pueyrredón al de Chile ofreciéndole 1,000 fusiles nuevos, de 21 de abril de 1817. (Doc. del Arch. en leg. « Corresp. ofi. con el Sr. director de Chile, 1817. » M. S.) — Ofi. del director delegado de Chile de 1.° de junio de 1817, agradeciendo la oferta del gobierno argentino de mil fusiles de buena calidad. (Docs. del Arch. general, leg. « Exto. de los Andes » M. S.)—Véase Barros Arana, « Hist. de la Indep. » t. IV, p. 86.

los Andes así como el reemplazo de los muertos, quedó á cargo de Chile, en retribución del que le prestaba asegurando su situación política durante su permanencia en el territorio.

De este modo quedó saldada la cuenta pecuniaria de la alianza argentino-chilena, sin que el país reconquistado y libertado por las armas argentinas tuviera entonces ni después que desembolsar un solo real más por los gastos impendidos por las Provincias Unidas en su empresa libertadora. Así se cumplieron fiel y generosamente las protestas hechas por el gobierno argentino en las memorables instrucciones que dió á San Martín al tiempo de pasar los Andes : « La » consolidación de la independencia de América y la gloria » de las Provincias Unidas del Sud, son los únicos móvi- » les á que debe atribuirse el impulso de la campaña sobre » Chile » (26).

V

Un mes después del viaje de San Martín á Buenos Aires, experimentó el gobierno de Chile una modificación de mera forma, que dió origen á desagradables incidentes entre los dos países aliados. Al tiempo de marchar O'Higgins á tomar la dirección de la campaña del sud (abril de 1817), nombró en calidad de delegado suyo al coronel don Hilarión de la Quintana, argentino, pariente político y edecán de San Martín, que no tenía más títulos que éstos para ocupar tan espectable puesto. Esto importaba depositar el supremo poder oficial en manos de la influencia argentina, bajo la dirección secreta

(26) Art. 10 de las « Instrucciones » dadas á San Martín. — Véase cap. XV y VII de este libro.

de la logia lautarina, y principalmente en las de su representante, que pesaba sobre la situación con todo el peso de sus armas (27). Este nombramiento lastimaba la susceptibilidad nacional del pueblo, contrariando la política argentina y aun la regla de conducta política que se había trazado el mismo San Martín. Pero O'Higgins, lealmente adicto á la alianza argentina y apasionado como San Martín de la idea de expedicionar al Perú, quería que la dirección de los negocios públicos fuese confiada á persona que, obrando de perfecto acuerdo con el general en jefe, mantuviese la indispensable unidad gubernativa en lo militar y lo político. Quintana era el hombre. Aunque de carácter fosfórico y farfantón, que contrastaba con la índole pacata de los chilenos, era en el fondo modesto y probo, que sin ambición política se prestaba á representar con sanas intenciones su papel de gobernante de paja. Por lo mismo, su misión se hacía más difícil, pues además del descontento público que su presencia en el gobierno producía, fomentaba el espíritu de rivalidad entre chilenos y argentinos, que desde los primeros días de la restauración se había hecho sentir. Al mes cabal (12 de mayo), de la batalla de Chacabuco, publicóse en la « Gaceta del gobierno » un escrito en que se hacía referencia á palabras vertidas por algunos chilenos en tiendas y cafés públicos, vociferando: *nada debe Chile al ejército de los Andes, porque se ha salvado por el esfuerzo de sus propios hijos*. El comentario escrito por el Dr. Vera Pintado, argentino, que redactaba el periódico oficial, agravó esta especie. « Cuando contra la evidencia del » hecho, decía, quieren deprimir el mérito de los restaurado-

(27) Vicuña Mackenna en su « Ost. de O'Higgins » p. 296, asevera como un hecho, que el nombramiento de Quintana fué « hecho por la logia », pero no exhibe la prueba. Es posible sin embargo, pues aun cuando la designación del delegado competía al Director, atribución de que usó por sí, refirió alguna vez la designación del sustituto al consejo directivo de la Logia de Lautaro, según se verá después.

» res, é introducir el perverso fuego del provincialismo, la » discordia civil y el celo de localidad, no hay otra medida » que adapte á estos díscolos, sino el dogal y los fusiles que » se emplearon dignamente en ese monstruo de ingratitud ». El Cabildo protestó contra las expresiones atribuídas á sus ciudadanos, declarando que « Chile estaba convencido del » beneficio que debía á sus libertadores », y el gobierno ordenó que así se publicase oficialmente « para satisfacción de los » generosos defensores de la libertad chilena » (28). Para borrar la impresión de ese incidente, que era un síntoma, al decretar la creación de una academia militar, dispúsose pocos días después (28 de marzo), que « se reservasen doce plazas de cadete para otros tantos hijos de la benemérita provincia de Cuyo, como demostración de interés por el bien de estos pueblos, cuyos inconcebibles sacrificios por la restauración de Chile, sólo son comparables á sí mismos ». El decreto iba encabezado con estas palabras : « Protesta Chile gratitud » eterna á sus heroicos restauradores los ilustres pueblos del » Río de la Plata, y no comprendería el gobierno este senti- » miento, si al dar sus primeros pasos de beneficencia públi- » ca, no lo hiciese refluir en favor de ellos » (29). Á pesar de estas protestas y manifestaciones oficiales, que eran profundamente sinceras en O'Higgins, el espíritu de emulación existía latente. La gratitud internacional pesa siempre á los pueblos, y era natural que por espíritu de altivez nacional, — tan desarrollado en los chilenos como en los argentinos, — de descontento contra el orden político restaurado, ó de escozor por el beneficio mismo recibido, se manifestase con jactancia

---

(28) « Gaceta del Sup. Gob. » núm 3 de 12 de marzo de 1817, y « Extraordinaria » de 17 del mismo.

(29) « Gaceta del Sup. Gob. » núm. 2 de abril de 1817. En el oficio en que se comunicó al gobierno de Cuyo este decreto, se puso « ilustres redentores » en vez de « ilustres restauradores. » (Arch. de Mendoza, documentos, M.S.)

en unos, con desahogos indignos en algunos y con protestas más ó menos silenciosas en la gran mayoría, cuando se les hacía sentir el peso, imponiéndoles un extranjero sin títulos al frente del gobierno á la vez que nuevos sacrificios de sangre y dinero.

Tal era la situación al regreso de San Martín de Buenos Aires. Quintana que la comprendía, indicó á O'Higgins la conveniencia de que el general se encargase personalmente del mando, sin explorar su voluntad. El director propietario pensaba del mismo modo, y escribióle manifestando « que él daría al gobierno todo el vigor y las fuerzas que las circunstancias requerían », al mismo tiempo que él le protestaba « no se le pase por la imaginación delegar en mí, en la inteligencia de que no admito ». El general comprendía que no era ese su puesto, y aun cuando se reservaba la dirección de los negocios públicos en el sentido de sus futuros planes, alcanzaba con su penetrante sagacidad, que para la realización de sus designios, era necesario propiciarse la opinión chilena, y por lo tanto no aprobaba el proceder de O'Higgins, y así se lo declaró : « Mis compromisos públicos y la imposibilidad de faltar á ellos, me hacen imposible poder admitir la dirección que me confía, y por el bien del país, así como por la opinión pública, nombre Vd. á otro que á Quintana, pues el país se resiente de que no sea un chileno el que lo mande. Yo no quiero mezclarme en nada político » (30).

La administración de Quintana fué empero laboriosa y honrada, con tendencia á independizar el país. Su medida más señalada en este sentido, fué decretar (el 9 de junio de 1817) la acuñación de la moneda nacional con los emblemas de su soberanía y las inscripciones que le servían de

---

(30) Véase Vicuña Mackenna « Ost. de O'Higgins », pág. 296, y Barros Arana « Hist. de la Indep. » t. IV, p. 80, en que se citan y extractan los documentos comprobantes de este incidente.

elocuente comentario : — « LIBERTAD, UNIÓN Y FUERZA — » CHILE INDEPENDIENTE ». Selláronse 4,000 pesos con el nuevo cuño, de los que 2,000 se destinaron á las provincias Unidas, 1,000 al general San Martín y 1,000 al general Belgrano, que fueron distribuídos en los ejércitos argentinos, no como moneda, sino como medallas conmemorativas de la libertad y la independencia de un pueblo hermano.

Otra medida de diverso carácter y con tendencias complejas, fué dictada por el director O'Higgins desde su cuartel general de Concepción, creando una Legión de Mérito, á imitación de la Legión de Honor de Napoleón y sobre las bases de la orden de Cincinati en los Estados Unidos en la época de Washington, con el objeto de consagrar la memoria del año VII de la libertad de Chile y premiar los servicios militares y civiles prestados ó que se prestasen á ella. Esta institución que tenía un carácter aristocrático, aun cuando no incluía el principio hereditario entre los favores á los dignatarios de la orden, les reconocía prerrogativas personales que los sustraían al fuero común, y tanto por esto, como por la poca discreción con que se distribuyeron las gracias, no fué bien acogida por la opinión pública, y el gobierno argentino sólo se prestó á conceder el uso de las insignias á sus conciudadanos con condiciones que las reducían á meras condecoraciones honoríficas sin los privilegios de su constitución (31). Esta creación, simpática á San Martín, respondía á sus preocupaciones monárquicas, á la vez que á la idea de inocular un espíritu de particularismo militar en el ejército, que á la sazón organizaba sobre nuevas bases, adaptándolo á sus fines, de manera de constituir un conjunto poseído de un sentimiento americano y sustraído en cierto modo

---

(31) Véase « Recop. de los doc. expedidos sobre la instit. y reglam. de la Legión de Mérito », foll. imp. en Chile en 1817 y « Redactor del Congreso Nacional de las P. U. » 1817.

á las influencias internas de los países cuyas banderas llevaba. En el curso de los sucesos se pondrá más de manifiesto esta tendencia compleja, que debía repetirse más adelante en el Perú.

VI

Un hecho notable se liga á la época de la administración de Quintana. Tal fué la renovación de las relaciones diplomáticas entre los dos países aliados, cuyos antecedentes hemos historiado antes (V. cap. VI y VII). Para desempeñar esta delicada misión con la denominación de Diputado, designóse á don Tomás Guido, el colaborador de la reconquista de Chile. La elección no podía ser más acertada, así por sus antecedentes y cualidades, como por poseer la plena confianza de San Martín, á quien debía servir al mismo tiempo de auxiliar en sus trabajos. Las instrucciones le prevenían « que el principal objeto de su misión debía ser estrechar las relaciones y vínculos de Chile con las Provincias Unidas, haciendo valer los deberes de la fraternidad, de identidad de causa y de gratitud, á fin de ser provechoso á ambos Estados; procurando en su conducta política cimentar la confianza de los habitantes y del gobierno cerca del cual iba acreditado, extinguiendo el espíritu de rivalidad suscitado siniestramente por injuriosas sospechas, y establecer los principios y leyes que debían observar ambos países en lo relativo al comercio recíproco y con los extranjeros, sobre la base de la reciprocidad y mutua conveniencia » (32). Bajo estos auspicios, su recepción oficial (17 de mayo

(32) « Inst. que debe observar don Tomás Guido en el ejercicio de la diputación cerca del Sr. Director del Estado de Chile. » (Doc. del Arch. general, leg. « El Diputado del Gobierno en Chile, 1817. » M. S.)

de 1817), fué un acontecimiento. El diario oficial la señaló como la inauguración de una era « que estrecharía la unión con la nación enérgica á quien los pueblos de Chile debían su libertad y con quien se prometían una liga más fuerte que la de los Aquivos con Atenas » (33). La alocución del enviado argentino respondía á estas nobles aspiraciones. « Los pueblos de Chile, dijo, se presentan ante el mundo sin la dependencia servil á que la mano usurpadora de los españoles alcanzó á sujetarlos. Una confianza recíproca, una amistad sincera, la libertad del comercio y los sacrifios que exija la salvación común, son los primeros eslabones de la cadena que ha de vincular á ambos Estados, para concurrir á la gloria de fijar sus principios y su espíritu, á fin de socorrer la independencia de la América ».

Uno de los resultados inmediatos que produjo esta misión, fué uniformar las relaciones exteriores de los dos Estados para con la Europa. Al efecto, el gobierno de Chile acreditó en Europa en calidad de agente diplomático, á su ministro Irisarri, y le dió instrucciones reservadas « para que guarde la más íntima relación y armonía con el » diputado de las Provincias Unidas acreditado en Londres, » en París, ó en cualquier otra corte de Europa, meditando » y combinando únicamente cuanto haya de proponerse ó » suscribirse en orden á Chile ». Es de notarse, que estas instrucciones se expedían en circunstancias en que Rivadavia, representante diplomático argentino en Europa, era munido de nuevos y más amplios poderes (setiembre de 1817) para tratar, aun sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, « cuanto pudiese convenir á la » felicidad y al honor de los pueblos del Río de la Plata, sin

---

(33) « Gac. del Sup. Gob. de Chile » núm. 13, de 1817, donde se registra también la alocución de Guido que se extracta más adelante.

» más condición que la de esperar la ratificación de cualquier » pacto que llegase á formalizarse y de no alterar la base » de la independencia » (34).

En el orden de la política interna la acción del diplomático argentino fué más bien nociva que benéfica. Acusado de un argentinismo exagerado que hería el sentimiento nacional, fué envuelto en la prevención que rodeaba al delegado, exacerbándose el espíritu de rivalidad que sus instrucciones le encomendaban mitigar. Como ejercía ascendiente sobre Quintana y todos los actos de éste siniestramente interpretados, se atribuían á sugestiones suyas, el descontento público contra la administración que se consideraba impuesta, se agravó, complicándose más tarde con una desinteligencia entre él y el director O'Higgins.

Éste, no obstante su empeño por mantener la armonía de la alianza, consideróse herido en su dignidad y ajado en su autoridad, por los procederes atribuídos á Guido. « Este joven, decía en carta á San Martín, ha puesto » término á mi paciencia. Como no he accedido á varias » medidas que él privadamente me ha propuesto, se ha » declarado mi enemigo capital y ha procurado desacreditarme con el público de todos modos, ya haciendo entender que el gobierno de Chile depende del de Buenos Aires, » ya vociferando que no soy yo el hombre que conviene á este » gobierno en las actuales circunstancias. Nada hay más común que el que yo pendo de la voluntad de Guido, y él es » objeto de la murmuración pública. Vd. conoce á Chile y podrá inferir el espíritu que engendrará en estas gentes el ascendiente que Guido ha querido tomar. Nos ha puesto á to-

(34) Las instrucciones de Irizarri fueron comunicadas por Guido al gobierno argentino en nota de 20 de diciembre de 1817, « escribiendo el artículo 10 según la clave *por su gravedad.* » (Docs. del Arch. general, leg. « El Diputado de Chile, 1817. » M. S.)

» dos en el precipicio. Su permanencia de Diputado ya no es » conciliable con mi empleo de Director » (35).

El director O'Higgins, exigió confidencialmente de Pueyrredón la destitución de Guido, quien se apresuró á decretarla en homenaje de los intereses de la alianza, haciendo intervenir á la Logia Lautarina, de Buenos Aires, tal fué la importancia que dió á la desinteligencia. «Me mortifica el descon» suelo, decía el Director Pueyrredón á O'Higgins, que la » comportación de un hombre mandado por mí, cuyos proce» deres parece que son trascendentales á mi persona, haya » dado origen á una división entre los amigos de Chile y los » nuestros. Es la mayor fatalidad que pudiera sobrevenirnos; » y así es preciso á costa de todo sacrificio atajarla, sofocarla, » destruirla enteramente, sustituyendo los sentimientos de la » más pura amistad y unión. Los desvíos de un individuo ja» más deben alterar la armonía de una familia escogida » para hacer la felicidad de la patria. Cuanto se dice por nos» otros en esta ocasión en el papel de la Logia, son mis » sentimientos y mis protestas. Quedo esperanzado de ver » desaparecer para siempre hasta la memoria de pasiones » que causarían infaliblemente la ruina de los dos Estados, » que hoy deben únicamente su libertad á la unión y el va» lor » (36). Merced á la prudente interposición de San Mar-

---

(35) Cartas reservadas de O'Higgins á San Martín de 15 y 22 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.S. autóg.)—Aun cuando los incidentes á que se refieren estas cartas son posteriores á la separación de Quintana del gobierno, como ellos fueron consecuencia de la influencia que se atribuía á Guido sobre el director delegado, hemos antepuesto el orden cronológico á fin de arreglarlos al orden lógico de los acontecimientos en cuanto se relacionan con la acción de la diplomacia argentina en Chile. Luego se verá que la separación de Quintana fué una sugestión de Guido, entrando mejor en el espíritu de sus instrucciones. En el capítulo XIX, se darán más amplios detalles sobre este incidente.

(36) Carta de Pueyrredón á O'Higgins de 6 de agosto de 1818, en Vicuña Mackenna, «Ost. de O'Higgins», p. 298. — «Comprobaciones históricas» por B. Mitre, 2.ª parte, ps. 237-242, donde se insertan otros do-

tín, esta discordia fué cortada, dándose la debida satisfacción á O'Higgins, aun cuando la soldadura no fué por el momento muy sólida. Con tal motivo escribía Pueyrredón á San Martín: « Celebro la terminación de los disgustos de Chile; pero » me parece no descubrir en la reconciliación toda la sinceri- » dad que debe tener para que sea permanente » (37).

Antes que este incidente tuviera lugar, habíase separado del gobierno el coronel Quintana, por efecto de las mismas causas que dieron origen á los celos entre argentinos y chilenos y á la desinteligencia, entre O'Higgins y Guido, que no fué sino una de sus consecuencias accidentales, complicándose con un suceso que puso en conmoción á los dos pueblos y gobiernos aliados, y cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de importantes acontecimientos ulteriores relacionados con el asunto de este capítulo.

VII

La restauración de la revolución de Chile por los armas argentinas, dió por resultado necesario la preponderancia de uno de los dos partidos en ella que se había dividido. Los libertadores, al reconocer su independencia y fundar su

---

cumentos que con este incidente se relacionan, respecto del cual los historiadores chilenos hablan en términos generales, sin precisar sus causas, por no haber conocido todos los documentos que lo explican.

(37) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 16 de setiembre de 1818. Arch. San Martín, vol. XL. M. S. — La carta de O'Higgins á San Martín, de 27 de agosto de 1818 á que se refiere la anterior, y en que se hace mención de la interposición de la Logia, contiene este notable párrafo : « En mi última dije á V. había transado con G. (*Guido*) nuestras dife- » rencias. Ahora con los antecedentes y cartas de Buenos Aires, revisa- » do todo en O-O (consejo supremo de la Logia), se acordó por el bien » de la paz se cortaran dichas diferencias. Yo admití gustoso la re-

gobierno nacional, le impusieron por condición un régimen de fuerza y una dictadura, postergando indefinidamente la época de su organización constitucional. La emigración chilena que se había dividido en dos bandos, contaba con representantes en el país restaurado, y el gobierno de O'Higgins sostenido por las bayonetas argentinas, tenía contra sí no sólo á sus antiguos adversarios, sino también la opinión de una parte considerable de los chilenos á quienes pesaba el predominio extranjero, que á la vez que exigía nuevos sacrificios para llevar adelante otras empresas, imponía un gobernante extraño, sometido á influencias extrañas, lastimando su orgullo nacional. Estos eran los sentimientos que explotaban los excluidos del poder por la alianza argentino-chilena, y contra la cual reaccionaban, con Carrera por jefe y la autonomía nacional por bandera, encubriéndose bajo ella una ambición personal y egoísta que conspiraba contra el bien de Chile y la emancipación de la América. El gobierno argentino, que sostenía con sus armas y su influencia el nuevo orden político de Chile, cuyo territorio era el campamento de su ejército en marcha hacia el Perú, hacía la policía política del aliado en el suyo, y perseguía á sus enemigos como si lo fueran suyos.

Ya se ha relatado cómo el gobierno optó entre los dos partidos al decidirse á la empresa de la reconquista y bajo qué bases, y cómo apartó á Carrera de toda intervención en los negocios chilenos, desarmándolo, á la vez que interponía su valimiento á fin de que su país le acordara una representación digna y una posición decorosa en el exterior. Pero el soberbio cau-

» conciliación, sellando este negocio con un olvido eterno. Para ello
» escribo ahora á Pueyrredón por extraordinario, á fin que tranquilice
» su espíritu, como V. deberá quedar sin recelo de que vuelva á alterarse
» la buena armonía entre los amigos. » (Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.)

dillo chileno, no se resignaba con nada que no fuese la recuperación de su antiguo poder y la derrota de sus adversarios á uno y otro lado de los Andes. Así hemos visto antes, que mientras San Martín regresaba á Chile, para trabajar por la independencia de Chile y la América, Carrera fugaba de su prisión para continuar conspirando ó por despecho ó por venganza. Sus parciales lo sostenían en estos propósitos, y un genio familiar, que era su Ejeria, encendía sus ambiciones siendo la instigadora y el principal agente de sus planes. Era ésta doña Javiera Carrera de Valdés, hermana del trino que constituía la cabeza del partido proscripto, cuyo retrato hemos bosquejado antes, pintándola como una matrona de belleza atractiva, de espíritu varonil, y hábil en intrigas, que con pasiones domésticas y aspiraciones políticas, comunicaba el fuego de su alma á sus tres hermanos, á cuya elevación se había consagrado, y á quienes fatalmente empujaba al sacrificio.

En la casa de doña Javiera en Buenos Aires reuníanse diariamente los parciales de Carrera, los que, en combinación con los de Chile que fomentaban sus esperanzas, concertaron un plan de conspiración, que debía dar por resultado según ellos la restauración de su poderío, y que fué el origen de su trágica perdición. El plan, consistía en dirigirse á Chile por tierra varios de los conjurados para explorar el terreno, que debían ser inmediatamente seguidos por los dos hermanos Luis y Juan José; y esperar allí ocultos á su hermano José Miguel, á la sazón refugiado en Montevideo, quien se trasladaría por mar á las costas de la Patria en la fragata *General Scott,* que como queda dicho, formaba parte de la escuadrilla organizada en Estados Unidos, y era el buque fantasma de la imaginaria empresa (38). Pensaban que no

---

(38) La fragata « General Scott », que debió en efecto formar parte de la escuadrilla de Carrera, fué vendida por los armadores al gobierno español, para perseguir los corsarios sud-americanos.

tenían sino presentarse en su país para ser aclamados por él y disponer de sus destinos. Lo único que les inquietaba, era la resistencia que podría oponerles el ejército argentino de ocupación ; pero iban resueltos á batirse con él hasta expulsarlo de la tierra, desterrar á O'Higgins como un traidor, juzgar militarmente á San Martín como un criminal y pasar por las armas á todos los que les hicieran resistencia. Plan novelesco de mujer, mezcla de ambiciones insanas y codicias de mando, aspiraciones afectuosas, sueños fantásticos, odios ciegos incubados en la desgracia y combinaciones de aventuras sin pies ni cabeza que caracterizaban los planes políticos y militares de su héroe, era un proyecto absurdo y criminal, que realizado en parte ó en el todo, habría producido por la segunda vez la pérdida de Chile, y que ni el delirio del patriotismo cohonestaba siquiera.

La primera partida de los conjurados, que era la vanguardia de la proyectada insurrección carrerina, atravesó la cordillera sin ser sentida (julio de 1817), y esperaron ocultos la llegada de los jefes que debían dar la señal. Á ella siguió Luis Carrera (julio de 1817), disfrazado de peón, quien en su tránsito á Cuyo violó la valija del correo, y al llegar á Mendoza fué preso por el gobernador Luzuriaga y sometido á juicio. En pos de él siguió Juan José (agosto de 1817), bajo nombre supuesto, quien tuvo la fatalidad de que antes de llegar á San Luis, en medio de una violenta tempestad de agua y granizo, el postillón que le acompañaba, niño de dieciséis años, muriese á su lado durante la noche, en la soledad de la pampa, sin más testigo que él; lo que dió origen á que se le imputase su muerte. Detenido en San Luis, por el teniente gobernador Dupuy prevenido por Luzuriaga, que tenía ya los hilos de la conspiración con la captura de don Luis, fué remitido á Mendoza, donde pasó á ocupar la cárcel en compañía de su hermano.

Mientras tanto, en los primeros días de julio había sido

igualmente aprehendida la pequeña vanguardia de los conjurados en la hacienda de San Miguel, propiedad del padre de los Carrera, sin darse mayor importancia á este hecho. Pero un mes después (7 de agosto 1817), llegaron á Santiago los avisos de Luzuriaga, y en el acto se divulgó el rumor de haberse descubierto una conspiración carrerina. Fueron presos varios ciudadanos partidarios de Carrera, entre ellos el famoso doctor Manuel Rodríguez, á los cuales se formó causa, que se vinculó con la que el gobernador de Cuyo instruía en Mendoza (39). Esta conspiración, fué, como se ha dicho, el sueño de una mujer, que tuvo trágicas consecuencias, según se verá después.

En medio de estas alarmas, la posición del delegado Quintana llegó á hacerse imposible. Envuelto por el torbellino de las encontradas pasiones políticas internas, unos decían que la conspiración era fraguada por el gobierno, y otros que las prisiones era un acto de despotismo de que culpaban á la influencia argentina que se acarreaba la odiosidad. La separación de Quintana, que era un anhelo suyo, se imponía como una conveniencia pública, y fué sustituído por decisión de la Logia, por una junta de tres miembros, que muy luego reemplazó otro director delegado hijo del país (40). De este

(39) Todo esto consta en el « Proceso criminal seguido contra los Carrera y cómplices por delito de alta traición », y ha sido relatado con pormenores por todos los historiadores chilenos y argentinos en diversas ocasiones y con opuestas tendencias, pero uniformes en cuanto al fondo de los hechos. Nuestro objeto no es hacer una crónica de este episodio, sino establecer un antecedente histórico, que se liga á otros acontecimientos ulteriores de importancia. — Para mayores detalles, puede consultarse : — Amunátegui, « Dictadura de O'Higgins », t. IV, p. 123 y sig. — Vicuña Mackenna, « Ostracismo de los Carreras », p. 116 y sig. — Todos los demás no hacen sino copiarlos.

(40) Refiriéndonos antes al nombramiento de Quintana (nota 23 de este cap.), que Vicuña Mackenna atribuye á la Logia, dijimos que no exhibía la prueba de tal carta. Por esta vez, podemos presentar la nuestra. En carta de O'Higgins á San Martín de 22 de setiembre de 1817, le dice

modo se dió satisfacción á la susceptibilidad nacional, siguiendo los prudentes consejos de San Martín de que los chilenos fueran gobernados por chilenos, y se removió una piedra de escándalo en que podía tropezar la alianza.

El enviado diplomático argentino, al dar cuenta de esta modificación del gobierno, lo hizo en términos juiciosos, que contrastan con las inculpaciones hechas por O'Higgins, y suministran datos interesantes para las relaciones de los dos gobiernos y pueblos aliados en aquella época, con honor para la política argentina. « Incitados algunos díscolos, dice, por » los emigrados chilenos en esas provincias, para promover » celos entre los naturales de uno y otro Estado, habían prin» cipiado há más de tres meses á sembrar especies que aviva» ban la desconfianza contra las armas argentinas, y aparen» tando amor santo por la independencia del reino, se inspi» raban temores que fácilmente siente la multitud de todo » pueblo y de que se aprovechan los malvados. Continuaba » un rumor sordo, fundada la sustancia de las quejas en el » origen del director delegado don Hilarión de la Quintana, » encareciendo la degradación del país por la tolerancia de un » argentino á la cabeza de la magistratura suprema. Creí po» lítico entonces avivar en el director delegado los deseos de » dejar el mando. El punto á que habían subido los celos por » una parte, y por otra la odiosidad que había recaído en el » gobierno por las providencias fuertes que se vió precisado á » tomar contra los cómplices de la conspiración, y por fin, el » influjo que se suponía del general en jefe del ejército en cada » una de las medidas gubernativas, exigían medios capaces de » neutralizar las sugestiones de los perversos, y restablecer en » el pueblo la confianza que de otro modo podría perderse. Era

« Está muy buena la Junta Delegada en el arreglo y orden que se intenta » de los H: : (Logia) y la prisión del malvado Juan José Carrera ». Arch. San Martín, vol. XLI. M. S.)

» necesario que el poder ejecutivo que le sucediese apareciera
» todo del interés de los nacionales, sin apariencia de rela-
» ciones con las autoridades de esas provincias, y en ap-
» titud de decidir con absoluta independencia en sus opera-
» ciones públicas. Me persuado que este acontecimiento con-
» tribuirá á consolidar la opinión, y que removido el princi-
» pal instrumento de los díscolos, la marcha de la revolución
» será menos penosa en este reino, la tranquilidad pública
» quedará más segura y estables las relaciones de unidad de
» ambos Estados » (41).

Otro era el lenguaje de O'Higgins con relación á la política interna y á los que hacían oposición á su gobierno. Su alma nativamente generosa, la que se ha dicho, estaba amasada con más cera que acero, iba endureciéndose en la lucha con el ejercicio de un mando absoluto, que no tenía más correctivo ni más contrapeso que la autoridad de San Martín y de los acuerdos tenebrosos de la Logia de Lautaro. Las pasiones políticas se habían enconado, y confundidas con las exigencias del orden de fuerza que representaba, lo llevaban á ser tirante con las manifestaciones de la opinión é implacable con sus adversarios, especialmente con los Carrera. Hé aquí cómo se expresaba respecto del descontento público : « Me
» es muy sensible que los díscolos hayan podido exasperar al
» amigo Quintana. Ese pueblo requiere *palo de ciego :* es
» muy revolucionario; pero luego que siente el *chicote,* no
» hay quien chiste » (42). Refiriéndose á la abortada conspiración, sus palabras son una sentencia de muerte : « Nada
» extraño lo de los Carreras; siempre han sido lo mismo, y

(41) Nota de Guido al gob. argentino de 10 de setiembre de 1817. (Doc. del Arch. gral., leg. « El Diputado de Chile. 1817 ». M.S.)

(42) Carta de O'Higgins á San Martín, de 27 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI.) M.S. autóg. subrayadas en el original las palabras *palo de ciego* y *chicote.*

» sólo variarán con la muerte : mientras no la reciban fluc-
» tuará el país en incesantes convulsiones, porque es siem-
» pre mayor el número de los malos, que el de los buenos.
» Si la suerte hasta ahora nos favorece con descubrir sus
» negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en
» otra ocasión se canse la fortuna, y no quede á los alcances
» del gobierno apagar el fuego ni menos prender á los malva-
» dos. Un ejemplar castigo y pronto, es el único remedio que
» puede cortar tan grave mal. Desaparezcan de entre nos-
» otros los tres inicuos Carreras, júzgueseles y mueran, pues
» lo merecen más que los mayores enemigos de la América.
» Arrójense sus secuaces á países que no sean como nosotros
» tan dignos de ser libres » (43).

VIII

La alianza argentina, ajustada dentro de las líneas de un plan de campaña continental, tenía á la par de sus exigencias en el orden político, más latas proyecciones internacionales. Chile para ella era un campamento y base de las operaciones que debían desenvolverse en el resto de la América de Sud. La unificación de su poder militar formando una estrecha liga guerrera ofensiva y defensiva, á fin de consolidar su respectiva situación interna y llevar adelante la empresa emancipadora que le daba un gran significado americano, era por lo tanto, su complemento necesario, y la organización de un ejército nacional una condición esencial de la alianza. Si Chile había necesitado del auxilio argentino para libertarse, sólo las armas de las dos naciones coaligadas podían libertar á la

(43) Carta de O'Higgins á San Martín, de 9 de setiembre de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLI, M.S. cit.)

América. Esto era un punto previsto en los planes militares de San Martín y en las instrucciones políticas del gobierno argentino al tiempo de emprender la reconquista. (Véase cap. VI, § V y cap. XIV, § VII). La organización de los cuadros de Chile, ideada por San Martín en Mendoza año y medio antes (abril de 1818), llevaba en germen según un plan preconcebido, como la semilla del roble araucano, el tipo del árbol indígena, la configuración del futuro ejército chileno, que debía crecer en la tierra nativa : bastaba para ello llenar los cuadros con los contingentes de los naturales y darles su bandera. Las instrucciones del gobierno, al autorizar la formación de cuerpos chilenos y prevenir que las bajas del ejército de los Andes se reemplazarían con reclutas del país, quedando á su cargo su subsistencia, proveía á la unidad de mando que debía retener el general argentino. De este modo los dos ejércitos formarían un solo ejército aliado.

« Chile, había dicho San Martín (cap. XI y VI), es el centro de esta parte de América, y su restauración va á fijar la base de nuestro ser político. El Perú cederá á su influjo, y quedará libre el continente. La base del ejército de Chile completará esta obra interesante » (44). Con arreglo á esta idea, una de las primeras medidas del director O'Higgins, fué la organización del ejército nacional y el nombramiento de San Martín como su general en jefe, respondiendo así al fin militar de la alianza. Desde entonces el general argentino asumió el carácter de generalísimo de los aliados. El ejército de Chile tomó el nombre de su nacionalidad y enarboló su bandera, y el de los Andes con la suya conservó su denominación histórica, formando ambos lo que se llamó Ejército Unido de los Andes y de Chile, cuyos destinos serían solidarios y sus glorias comunes. Fué esta una verdadera creación,

(44) Plan de organización de los cuadros de Chile en Mendoza el 25 de abril de 1816, cit. en el cap. XI, nota 35. (Arch. San Martín. M. S).

que aunque compuesta de elementos diversos, formó un todo compacto, con su constitución propia, animado por el mismo espíritu y con los mismos ideales guerreros, producto de las inspiraciones que le dieron vida : fué un nuevo ejército libertador sud-americano, poseído de la pasión de la independencia. Máquina de guerra y organismo articulado á la vez, era una condensación de fuerzas complejas para producir resultados eficientes de antemano calculados. Al efecto, la mano del artífice que combinaba estos elementos, al mismo tiempo que remontaba el ejército de los Andes con voluntarios del país, y el de Chile lo formaba con contingentes de naturales, interpolaba en sus filas los jefes y oficiales de ambas nacionalidades para sustraer la masa á la atracción de las influencias locales, y de este modo el conjunto adquiría la homogeneidad y el espíritu patriótico que conservó hasta cumplir su misión redentora (45).

En poco tiempo se organizó un ejército chileno de las tres armas, uniformado en su táctica y disciplina con el de los Andes, cuya fuerza llegó á equilibrar, compitiendo con él en solidez por las aptitudes de los naturales para la guerra. Antes de cumplirse seis meses, el Ejército Unido contaba bajo sus banderas con más de 8,000 soldados, y al terminar el año de 1817, alcanzaba su efectivo á más de 9,000 hombres de pelea, correspondiendo próximamente la mitad á cada uno. El

(45) Véase lo que decía Pueyrredón á San Martín sobre colocación de oficiales argentinos en el ejército chileno : « No me parece conveniente » que V. separe de ese ejército los oficiales que haya de confianza para » formar el ejército de Chile ; pero es muy importante que coloquemos » en él personas que sostengan en todo tiempo á O'Higgins contra sus » paisanos. Para esto he pedido una nota de los oficiales sueltos que haya » aquí más escogidos y dignos por sus costumbres y educación, y caminarán muy pronto con otros varios de los franceses y americanos que » vinieron con Carrera. Entretanto llegan éstos puede V. colocar en comisión algunos de su ejército que no sean de suma falta. » Carta de 10 de marzo de 1817. (Arch. San Martín, vol. XL. M. S.)

ejército de los Andes constaba de 4 fuertes batallones de veteranos, dos gruesos regimientos de caballería y una brigada de artillería: el de Chile, de seis batallones de línea y guardia nacional, y varios escuadrones con sus correspondientes cuerpos de artillería. Su maestranza y parque eran comunes, dividiéndose su administración económica en dos comisarías. Un numeroso tren volante y 14,000 fusiles en almacenes, completaban su armamento. En cuanto á las armas constitutivas, su proporcionalidad era de 1,200 artilleros por 7,000 infantes y 1,400 de caballería (46). Así la alianza argentino-chilena había dado por resultado la formación de una potencia sud-americana, que al equilibrar el poder de España en sus colonias, iba á superarlo atacando por mar y por tierra. Y es de notarse la coincidencia, que al mismo tiempo se preparaba á su ejemplo otro liga de guerra al norte del Ecuador, que

---

(46) Hé aquí la denominación de los cuerpos de ambos ejércitos, que debe tenerse presente para la mejor inteligencia de las operaciones militares que siguieron, así como de la fuerza parcial y general de uno y otro, el 1.° de diciembre 1817, computando únicamente la tropa.

Ejército de los Andes	Tropa	*Ejército de Chile*	Tropa
Artillería	468	Batallón N.° 1	591
Batallón N.° 1 de cazadores.	839	» » 2	736
» » 7	742	» » 3 de Arauco	605
» » 8	799	» » 1 de cazadores.	533
» » 11	735	» » 2 naci'ls del sud	300
Granaderos á caballo	866	Infantes de la patria	523
(*) Cazadores á caballo	342	Academia militar	160
		Artillería	705
Suma	4,791	Compañía de plaza	100
		Escolta del Director	119
		Lanceros	41
		Suma	4,413

(*) Cuerpo de nueva creación sobre la base de la Escolta de San Martín.

Ó sea un total de 9,204 hombres de tropa, que incluyendo 479 jefes y oficiales, resultan 9,683 hombres de general á tambor, según los estados originales de fuerza que existen en el Arch. San Martín. vol. LI. M. S. y en Arch. general, leg. « Exto. de los Andes, 1817 », M. S.S.

por efecto de la atracción debía converger al centro, dando al fin por resultados las dos coaliciones extremas la emancipación total del continente meridional.

El primer uso que el generalísimo del Ejército Unido hizo de su representación externa, fué dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros, en términos honrosos para él y su adversario. « En Lima se hallan algunos confina- » dos por la disidencia de opiniones. Si V. E. tiene á bien » regresen al seno de sus afligidas familias, estoy pronto á » remitir á V. E. los que se hallen en Chile y en las Provin- » cias Unidas en igual caso. Estoy seguro que la filantropía » de V. E. suavizará en cuanto esté á su alcance los horro- » res de la actual guerra. Yo ofrezco á V. E. hacerlo así, y » ambos tendremos el placer de hacer algún bien á nuestros » semejantes. Nuestras afecciones particulares nada tienen » que ver con nuestra representación pública, y ya que el » destino fatal nos hace enemigos sin conocernos, lo seré » sólo en la batalla » (47). Como buen zurcidor diplomático que no daba puntada sin nudo, bajo este noble lenguaje, — sin duda traducía sus no desmentidos sentimientos humanos, — ocultábanse otros propósitos políticos y militares de mayor alcance. Utilizar la buena voluntad del comodoro Bowlers, á la sazón jefe de la estación británica en el Pacífico, — admirador suyo y muy simpático á la revolución, — era el más ostensible, iniciando la negociación bajo los auspicios de la Inglaterra. Era el segundo presentarse ante la América como beligerante al frente de un ejército poderoso, publicando la guerra continental. El objeto más recóndito, era enviar un agente sagaz que con el carácter de parlamentario iniciase

---

(47) Carta de San Martín al virrey Pezuela, de 30 de octubre de 1817, borrador autógrafo de puño y letra de San Martín. (Arch. San Martín, vol XLIII. M. S.)

una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura expedición al Perú, como ya lo había hecho antes de emprender la reconquista de Chile. Á su tiempo se dirá el resultado de este nuevo trabajo con que el generalísimo del Ejército Unido inauguraba su política militar.

IX

Bajo los auspicios de la alianza político-militar, íbase operando por la acción de factores intrínsecos y secundarios de uno y otro pueblo, una evolución espontánea, que á la manera de una corriente oculta hacía su trabajo. Era la elaboración lenta y gradual de la alianza social, determinante de otros fenómenos que el tiempo pondrá en evidencia. Estos dos pueblos, tan análogos por su temple viril y sus nativos instintos democráticos, como desemejantes por su índole y su genialidad, se confundían en los puntos de contacto por atracciones y gravitaciones naturales, obedeciendo á sus tendencias nativas bajo la ley de sus futuros y comunes destinos (48). Y debe atribuirse á esta causa latente y lejana la consistencia de su movimiento revolucionario, así como el hecho de que, cuando las instituciones libres han naufragado en casi toda la América por los abusos y vicios de gobernantes y gobernados, estos dos pueblos gemelos antes y después, en medio de sus desvíos y vicisitudes, hayan salvado el crédito de la república en el hemisferio sud, y sean su grande esperanza como lo fueron en los tiempos heroicos en que la fundaron por sus armas coligadas.

Los dos pueblos se respetaban y se estimaban sin amarse,

---

(48) Véase el desarrollo de este tópico, en el cap. VI, § I.

y se complementaban en el orden étnico y social así como en el político y militar, sin perder su originalidad, supliendo la deficiencia de sus respectivos órganos de acción ó exaltando su energía por el estímulo en la tarea solidaria. El contacto de un grupo selecto de uno de los dos pueblos y la cooperación activa y pasiva de la masa del otro, determinaba una mayor suma de fuerzas que obraban como agentes superiores y se imponían á las voluntades á despecho de ellas mismas. La brillante oficialidad del ejército de los Andes, que llevaba en sí la rica savia de la juventud argentina, llena de petulancia y de gracia, se infiltraba en la sociedad chilena, y á la par de modificar un tanto la grave reserva de sus hermanos de ultra-cordillera, sostenía con honor el pendón de la galantería ante el bello sexo, con el prestigio de los frescos laureles que la coronaban. Muchos de ellos, vencidos esta vez por la belleza y el encanto de las mujeres chilenas, constituyeron su hogar en la tierra libertada, creando así un nuevo vínculo entre los dos pueblos. Entre ellos, el vencedor del Gavilán se unió á la histórica familia de los 800 (los Larrain), y hasta el mismo diplomático argentino ligó su nombre á otro nombre histórico de Chile (Spano), estableciéndose una corriente de afectos domésticos internacionales que se ha prolongado. Esta no es sino una de las faces parciales de la evolución que hemos indicado, y á que las manifestaciones externas de la vida cooperativa concurrían en otro sentido, creando sentimientos y estableciendo contactos de confraternidad y solidaridad.

San Martín, eslabón de acero de la liga guerrera, era también el vínculo de esta alianza social que se operaba espontáneamente. Su salón era el centro donde se reunía lo más selecto de la sociedad chilena y argentina de Santiago. La tradición ha perpetuado en Chile á la par de el de sus glorias, el recuerdo de las « tertulias de San Martín », con que él pagaba la hospitalidad que recibía. « Estas tertulias, dice un

historiador chileno, tenían un carácter culto, patriótico y significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemente, antes de romper el primer baile, todos los asistentes se agrupaban en un gran círculo, cogidos de las manos los caballeros y las damas, y al son de la música de los cuerpos militares, se cantaba en coro la canción argentina como un homenaje á la patria y á la bandera bajo la cual Chile había sido redimido. En seguida, casi siempre presidido por San Martín, se rompía el primer minué de honor, y la tertulia se prolongaba grata y festiva hasta las altas horas de la noche » (49). Otro cronista, chileno también, completa el cuadro : « Franco, desenvuelto y elegante en sus maneras, San Martín, en la flor de su vida, (39 años) reinaba en los salones y era la figura más visible y presente en todas partes, como lo era en los campamentos. En esas reuniones de San Martín, se leían y comentaban los partes del ejército del sud, las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se mantenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, enemigo del lujo, siguiendo su tendencia á disciplinarlo todo, suplicaba con frecuencia á las personas que honraban sus salones, se presentasen con la mayor sencillez. Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza santuaria, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó : « Vd. se admira del lujo con que me presento porque ya se había acostumbrado á la pobreza de las mendozinas » (50). Y era la pobreza de las mendozinas

(49) Vicuña Mackenna, « Relaciones históricas », que cita en comprobación el testimonio de su propia madre, que llevaba el apellido histórico de Mackenna.

(50) Ignacio Zenteno, hijo del secretario de San Martín, á la sazón ministro, quien como Vicuña Mackenna recogió estas anécdotas de boca

la que principalmente había contribuído á la libertad y riqueza de Chile! También se jugaba la malilla, y algunas noches la caja del cuartel general costeaba las pérdidas de las señoras, habiendo pasado las deudas de este género á la posteridad inscriptas en las cuentas del gran capitán. Y como un tributo á la popularidad, á veces los valses y las contradanzas se alternaban con bailes nacionales con acompañamiento de guitarra tocada por un hombre del pueblo, y el capellán que llevaba la contabilidad del general, apuntaba: « Por *dos pesos* que se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche que se bailó alegre » (51). ¡Felices tiempos en que las alegrías de los poderosos sólo costaban dos pesos!

En medio de estas alegrías, la vida del general de los Andes, era austera y dura como la de un lacedemonio, que también llevaba bajo su uniforme de soldado un zorro escondido que le desgarraba las carnes, sin hacer un gesto de dolor. Se ha dicho de él que era sibarita, glotón y borracho. La cuenta de gastos privados llevada por mano ajena, y el testimonio unánime de sus contemporáneos, prueban que « no amaba los placeres, ni el vino, ni el deleite de las pasiones misteriosas, aunque gustaba de las alegrías ajenas, y comprendía que el fausto, la cordialidad social de los banquetes y saraos son medios sencillos de gobernar á los hombres ». Á las 4 de la mañana se levantaba de su catre-cofre de campaña y lustraba él mismo sus botas á la vez que preparaba su café militar. En seguida arreglaba sus apuntes, y á las 5 recibía á su secretario, obligado á presentarse puntualmente á esa hora. Hasta las 10 se ocupaba en los detalles de la administración militar,

---

de su madre. — El viajero inglés Haigh, en sus « Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú », p. 133, también habla de estas tertulias, donde fué presentado á San Martín, y que de paso perfila su retrato.

(51) Cuentas de San Martín, etc. cit. (Arch. San Martín, vol. XLVII, M. S.) — Véase « Cuentas del Gran Capitán » por B. Mitre.

distribuyendo por sus manos hasta las costuras de uniformes como lo hacía en Mendoza. Después de media hora de reposo recibía al jefe del estado mayor. Luego daba audiencia pública, oyendo con paciencia á las mujeres, y con especial indulgencia á los simples soldados. Su desayuno era muy ligero. Á la una del día hacía su única comida, en la cocina, en soldadesca conversación con su negro cocinero, eligiendo dos platos, que rociaba con un par de copas de vino de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, preferido siempre por los hombres de trabajo, que no tienen tiempo que perder en la digestión, por contener en menor volumen mayor poder de nutrición. Era el momento de su cuarto de hora, que algunos aprovechaban para solicitar gracias. A las cuatro de la tarde se servía su mesa de estado á sus expensas, — en la que se invertían *diez pesos* diarios, — la que era presidida por don Tomás Guido, su confidente y su compañero de habitación. Él concurría á los postres á tomar el café, en cuya ocasión se entregaba á expansiones de camarada, amenizando la conversación con chistes y anécdotas que sazonaba con la sal andaluza de sus recuerdos de Cádiz. Por la tarde recibía visitas ó hacía ejercicio, paseando por la alameda ó los tajamares de la ciudad. Al anochecer volvía á la labor del bufete, y se imponía de la correspondencia del día. Á las 10 de la noche, á la hora del silencio militar, se echaba en su catre de campaña para dormir artificialmente, y volver á recomenzar la misma tarea al día siguiente. Como por los dolores neurálgicos y reumáticos que lo aquejaban le era difícil conciliar el sueño, abusaba del opio en forma de morfina, droga que su médico el doctor Zapata le propinaba con exceso (52). Esto y el cigarro negro, era su grande y su pequeño vicio; pero así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él

---

(52) General T. Guido « Primer combate de la marina chilena », en la « Rev. de B. Aires » número 12 de 1864.

mismo picaba su tabaco, y aún se conserva como un recuerde sus austeras costumbres la tabla y el cuchillo con que lo hacía.

El estado moral de San Martín en aquella época, es una página digna de la historia psicológica de los grandes hombres. Antes de cumplir los cuarenta años y al ir á culminar el meridiano de su gloria, era presa del hastío de la vida, que según la escuela pesimista á que por instinto se anticipaba, marca el más alto nivel del hombre moral, cuando se comprende, que después de cumplida la tarea, la vida no merece la pena de ser vivida dos veces. Por este tiempo (julio de 1817), se sintió próximo á morir, y así lo creyeron los amigos que lo rodeaban y los facultativos que lo asistían. Así lo comunicó Guido al gobierno argentino, adjuntando el informe del cirujano Zapata. Los vómitos de sangre se habían repetido. « La complicación de negocios, dice Guido, que ha car-
» gado sobre el General redobla sus trabajos, y aniquiladas
» las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por
» instantes el peligro de una vida tan apreciable » (53). En tales momentos, trazó con mano firme una renuncia, en cierto modo póstuma, porque sólo después de sus días fué conocida : — « El beneficio de mi patria será el último deseo que
» me acompañe al Sepulcro; por esta razón debo de preve-
» nir que el estado de mi salud me tiene expuesto á una pró-
» xima muerte, y que, en este caso podrían resultar males
» incalculables á la causa si no se previene con anticipación,
» nombrando al que debe sustituirme » (54). Fué entonces cuando el general Antonio González Balcarce, el ven-

(53) Doc. reservados del Arch. gral. M.S. Se han publicado en « Papeles del General Guido, » p. 25 y sig.

(54) Doc. autógrafo de puño y letra de San Martín, con la ortografía del texto, que se conserva en el Arch. gral. Fué publicado por primera vez en nuestras « Comp. Hist., » 2.ª parte, p. 265. Véase Apéndice.

cedor de Suipacha, fué á compartir con San Martín las tareas del mando en jefe, como segundo del Ejército Unido.

Las confidencias de esta época revelan una profunda tristeza mezclada á grandes esperanzas, que se explica por su aislamiento moral en el gran papel histórico que desempeñaba en el drama de la revolución. El gran hombre de guerra, admirado en el Plata y aceptado como una necesidad en Chile, nunca fué amado ni verdaderamente popular, en uno ni otro país : no existía entre él y ellos esa corriente de simpatías cuyas vibraciones ponen en comunicación las almas. Amaba á la República Argentina como su patria y á Chile como colectividad, pero sólo se sentía felíz en el punto medio que había sido el vínculo de su alianza, — en Mendoza, — pero estaba divorciado de su política interna y de las pasiones tumultuosas de los partidos contemporáneos. Era americano ante todo, sin dejar de ser argentino. Lastimado por unos y otros, llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estoicamente, que á veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solitaria, que no tenía afecciones íntimas, y estaba condenado á no tener ni hogar. No tenía, ni tuvo jamás en su patria más amigo que Pueyrredón, ni más amistad calurosa que la de Belgrano. En Chile no tuvo más amigo que O'Higgins. Don Tomas Guido, su confidente y su colaborador, intervenía en su vida más bien como complemento de su acción que como elemento moral incorporado á su ser. Su único confidente íntimo era Godoy Cruz, en quien depositaba sus sentimientos. Este aislamiento moral en medio de su gloria, que constituía una poderosa influencia, pero que no era un poder público ejércido directamente, explica su alejamiento de las cosas del gobierno político, y su consagración exclusiva á la causa de la independencia americana, su gran pasión, que puede llamarse una misión en todo el rigor de la palabra, y que lo llevó á americanizar la revolución argentina.

Sin exagerar el carácter moral de San Martín, puede decirse de él, que como genio concreto, según lo hemos definido, la actividad de su mente se revelaba al exterior por sus acciones, mientras sus pensamientos y sus sentimientos íntimos circulaban silenciosamente en el interior como una corriente subterránea. Sin más vinculaciones con los dos pueblos que las de sus grandes designios, sus juicios de los hombres y las cosas que le rodeaban, en aquel momento psicológico en que se consideraba próximo á la muerte, reflejan este estado morboso-psicológico : — « Mi salud sigue en malísimo estado » — escribía á su confidente íntimo; — conozco el remedio : » es la tranquilidad; pero mi extraordinaria situación me » hace víctima desgraciada de las circunstancias. No hay filosofía para verse caminar al sepulcro, y con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo. Me hago violencia en » habitar este país : en medio de sus bellezas encantadoras, » todo me repugna en él: los hombres en especial son de un » carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene » un disgusto continuado que corroe mi triste existencia. Dos » meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza » me volverían la vida » (55).

(55) Carta de San Martín á Godoy Cruz, de 22 de julio de 1817. (Arch. San Martín, vol. XLII, M. S.)

CAPITULO XVII

CANCHARRAYADA

AÑO 1817-1818

Contraste de los años 1817 y 1818. — Prospecto histórico. — Situacion política, económica y militar de Chile. — D. Luis de la Cruz, director. — Estado de la guerra continental. — Pezuela reemplaza á Abascal en el virreinato del Perú. — El general La Serna toma el mando del ejército del Alto Perú. — Planes militares del virrey del Perú antes de Chacabuco. — El virrey del Perú prepara una nueva expedición contra Chile. — San Martin tiene noticia anticipada de este plan. — Misión ostensible y secreta del mayor Torres al Perú. — Zarpa la expedicion realista del Callao. — Plan de invasion de Pezuela. — Retirada del ejército del sud. — Declaratoria de la independencia chilena. — Plan de campaña de San Martin. — Forma un nuevo ejército al norte. — Reconcentracion del Ejército Unido. — Maniobras preliminares de ambos ejércitos. — Crítica de ellas. — Se avistan los dos ejércitos en Talca. — Teatro de las operaciones. — Sorpresa de Cancharrayada. — Dispersión del Ejército Unido. — Famosa retirada de Las Heras. — Efectos de la derrota de Cancharrayada en la capital. — Dictadura de 48 horas de Rodriguez y su papel histórico. — O'Higgins reasume el mando. — San Martin reacciona contra la derrota. — Recepción triunfal de la columna de Las Heras. — Reorganizacion del Ejército Unido. — Expectativa.

I

El año 1817 habiase inaugurado con una victoria, que dió la señal de guerra ofensiva sud-americana, terminando con una derrota de las armas que detenian sus progresos. El año 1818, debia, á la inversa, inaugurarse con una derrota y terminar con una victoria más grande aún, que decidiria de

sus destinos. La revolución de Chile adquiriría con ella su consistencia definitiva, su independencia quedaría asegurada para siempre, la alianza argentino-chilena afirmada y la base de operaciones de su campaña continental consolidada por mar y por tierra. Desde este momento todas las fuerzas de la insurrección sud-americana convergirán de los extremos hacia el centro, reaccionando contra el poder colonial de la España; lo estrecharán en su último baluarte, el Perú, donde reunidos sus esfuerzos, combinarán sus operaciones para asestarle el golpe final, dándose allí la mano los dos grandes libertadores del sud y del norte : San Martín y Bolívar.

Para comprender mejor el enlace lógico y cronológico de estos acontecimientos se hace necesario darse cuenta de la situación interna de Chile, por ser el eslabón que une la revolución argentina americanizada con la revolución de toda la América meridional insurreccionada en pro de su independencia, desde Méjico hasta Patagones y Arauco.

En la época á que hemos llegado, Chile era una colectividad orgánica, sin formas definidas todavía, pero que poseía en sí todos los elementos de una nacionalidad original y vigorosa : cohesión genial dentro de su constitución geográfica; patriotismo indígena, energía nativa de raza y tendencias pronunciadas de independencia, en medio de una democracia embrionaria combinada con una aristocracia territorial y política. La masa que la constituía, impenetrable hasta entonces á la acción externa por razón de su aislamiento geográfico y su excéntrica organización social, habíase conmovido por el impulso de los acontecimientos, y disciplinada como fuerza activa, decidióse por la causa de la independencia obedeciendo á sus instintos, y por este solo hecho formaba una agrupación coherente, animada de una pasión é impulsada por su propio resorte. Convertido su territorio en teatro de la guerra por su emancipación y en base de operaciones de una campa-

ña continental, su organismo político asumía la forma más elemental, cual es la de un pueblo revolucionado, convertido en ejército, con una clase política dirigente, y una dictadura político-militar á que todos se subordinaban sin violencia y que no tenía más apoyo que las bayonetas nacionales y aliadas. Era una situación de fuerza, como lo hemos explicado antes, pero era á la vez un conjunto coherente de fuerzas activas que gravitaban naturalmente en el sentido de sus atracciones.

El roce revolucionario y la presión niveladora del despotismo extraño, desgastó los particularismos provinciales y las desigualdades que en un principio obstaron á la unificación nacional; las comunes desgracias y los esfuerzos solidarios persiguiendo un propósito general, crearon un nuevo espíritu público. La desaparición de los gobiernos personales de cuartel ó de familia, de ficciones municipales ó de localidad, y el establecimiento de una autoridad nacional moderada y fuerte, daban al poder público consistencia y equilibrio. El orden administrativo, las reformas graduales tendentes á implantar un nuevo orden de cosas ó modificar el semblante de las antiguas, á la par del progreso de las ideas políticas, imprimían á esta situación un carácter, señalándole ideales que unos divisaban al través de sus instintos y otros alcanzaban con su razón. En tal estado de cosas, la independencia era un hecho y la república una consecuencia necesaria, á que sólo faltaba revestirse de formas legales; pero como para declarar la primera y perfeccionar la otra debía ser consultada la voluntad nacional, y lo provisorio y lo discrecional imperaban como constitución de hecho con el asentimiento general, sin resistencia de parte de los que obedecían por su propia voluntad, esta era una cuestión de forma y de circunstancias. Los tristes recuerdos de los ensayos parlamentarios de 1810 á 1814, que tan funestos resultados habían dado, alejaban á todos de la convocatoria inmediata de un congreso. Por otra

parte, era condición tácita de la alianza argentino-chilena no hacer tal convocatoria hasta la terminación de la guerra en el territorio reconquistado, á fin de que la autoridad ejecutiva obrase con toda la amplitud de facultades para mantener la unidad revolucionaria y la eficiencia de la acción militar. Así es que, uniformada la opinión de los que mandaban y subordinados buenamente los que obedecían, la situación política era compacta, y todo concurría á dar consistencia á la revolución y temple á las armas de combate.

No faltaban, empero, resistencias morales y materiales á este régimen de fuerza, impuesto por las circunstancias y mantenido por el instinto de conservación de la gran mayoría del país. Aún cuando la decisión por la causa de la independencia fuese cuasi unánime, la causa del rey contaba con partidarios en el sud, como lo demostraba la resistencia popular de Arauco y las montoneras entre el Bio-Bio y el Maule. Las aspiraciones á un orden de cosas más regular, satisfechas hasta cierto punto en las clases ilustradas, pugnaban sordamente contra el régimen imperante que sólo aceptaban como una necesidad y una transición, pero no como sistema de gobierno permanente. No así muchos de los que mandaban, que bien avenidos con sus posiciones oficiales, pretendían perpetuarse, vinculando á ellos intereses sórdidos ó egoístas. El mismo director O'Higgins, no obstante su moderación y la elevación de su patriotismo, no estaba exento de esta debilidad, introduciendo así desde muy temprano en su gobierno anormal, un principio de descomposición prematura que debía acabar con él. Además, los dos partidos en que se dividió la revolución chilena desde los primeros días, no habían desaparecido, y aun cuando sólo estaban representados en las clases dirigentes, no faltaba al partido carrerino caído y perseguido, cierta opinión nacional que le daba su razón de ser, ni tampoco carecía de caudillos audaces y prestigiosos que pudieran mover la masa popular en su favor, al menos para

perturbar el orden público interno. Sin el apoyo de la alianza argentina, y sin la intervención eficaz del ejército de los Andes, que ocupaba militarmente el país, y con sus bayonetas sostenía la autoridad establecida sobre la base de un partido predominante, y sobre todo, sin la influencia decisiva y moderadora de San Martín, la lucha intestina se hubiera renovado. Esto mismo, contribuía á crear otro género de resistencias á la situación, sublevando pasiones y sentimientos que son naturales en todos los pueblos libertados é intervenidos. La deuda de gratitud reconocida, pesaba á unos, y lo que por otros se consideraba una imposición de la influencia extraña levantaba protestas, que no por ser secretas dejaban de influir en la opinión, y de este modo, los sacrificios de sangre y de dinero que la alianza argentina imponía al pueblo, se atribuían á ella exclusivamente. En honor de la verdad histórica debe decirse, sin embargo, que á pesar de todo esto, el país estaba apasionado por la gran idea de llevar la bandera de la revolución más allá de sus fronteras, reaccionando contra la tendencia de reconcentrarla en ellas, pero el espíritu de quietismo habría predominado al fin, sin la decisión de O'Higgins, que puso toda su alma y todo cuanto podía y valía para cooperar á los planes continentales de San Martín, como se verá después.

En medio de los males y trastornos que son consiguientes al estado de guerra, la condición del pueblo había mejorado, y si sufría pesadas cargas, las sobrellevaba en beneficio propio, brindando sus servicios personales ó concurriendo con donativos voluntarios al sostén de la causa revolucionaria. Las contribuciones, los empréstitos forzosos, los auxilios bélicos, no eran menores que en tiempo de la dominación española, pero se exigían en nombre del interés público, y como á la vez la fuente de la riqueza se acrecentaba por un sistema de hacienda mejor entendido, el sentimiento cívico por una parte y la mayor prosperidad por otra, alimentaban esta corriente en-

tre los ingresos privados y los ingresos públicos. Las rentas fiscales, que antes de la revolución no alcanzaban á medio millón de pesos, ascendían á más de dos millones de pesos en 1817.

Con estos recursos se atendía al presupuesto civil y militar, se sostenía un ejército de más de 8,000 hombres, se compraban buques para armar una escuadra que dominase el Pacífico, se mantenía el ejército de los Andes cuyos sueldos estaban á su cargo, se emprendían nuevas obras públicas, y después de todo esto, aún podía presentar en su balance anual un excedente que hacía honor al orden y la severa economía con que en todo tiempo, aún en los revolucionarios, han sido administradas las finanzas chilenas. En cuanto á su estado militar, ya lo hemos estudiado en el capítulo anterior (véase cap. XVI, § VIII), quedando algo para agregar en su oportunidad. En presencia de estos datos estadísticos, preciso es reconocer, que sin el concurso eficaz de Chile, la empresa preparada por San Martín en Mendoza, jamás se habría llevado á cabo, como debe reconocerse, que sin el auxilio argentino, ni Chile se habría libertado, ni habría tenido la gloria de cooperar á la emancipación del resto de la América. Aisladas ambas naciones, la una se habría consumido dentro de sus límites territoriales, trabajada por la anarquía interna, y la otra habría concurrido á robustecer el poder español, interponiendo una barrera insalvable entre la revolución del sud y del norte del continente. Unidos, se salvaron recíprocamente, dieron la libertad al Perú, é hicieron posible el triunfo final que coronó la independencia de las colonias hispano-americanas. Esa es la gran gloria de la alianza argentino-chilena, cuyos lineamientos han sido trazados ya. (Véase cap. XVI).

Hemos apuntado antes, que el director delegado Quintana, había sido sustituído por una junta gubernativa de chilenos, designada por la Logia de Lautaro, con acuerdo de O'Higgins

y San Martín, dando así satisfacción al espíritu público nacional; pero esta forma de gobierno no llenaba las exigencias de la situación, y fué reemplazada (el 16 de diciembre de 1817) por otro director delegado « para que las deliberaciones ejecutivas tuviesen la rapidez que las circunstancias requerían ». Recayó la elección en el coronel chileno Luis de la Cruz, hombre de principios liberales, de carácter honorable, administrador laborioso y organizador bastante inteligente, que en su calidad de amigo de O'Higgins y admirador de San Martín, era la persona más adecuada para conservar fielmente el depósito del poder, manteniendo la armonía entre los aliados en el sentido de sus planes políticos y militares. En 1806 había ejecutado una atrevida y útil empresa al frente de un pequeño destacamento, practicando á su costa un reconocimiento de la cordillera de los Andes y el territorio de los indios pehuenches, con el objeto de abrir un camino carril entre la ciudad de Concepción y la de Buenos Aires, cuya relación escrita por él ha sido recogida por la posteridad como un precioso contingente suministrado á la geografía y la etnografía de la pampa central en la región de lo desconocido (1). Durante su permanencia en Buenos Aires, púsose en contacto con los hombres más distinguidos de aquella época que debían figurar más tarde en la revolución argentina, y de regreso á Chile contribuyó á uniformar los trabajos de los patriotas de ambos países. Al estallar la revolución chilena, se afilió en el partido de Martínez Rozas, sosteniendo con él la conveniencia de la alianza argentino-chilena. Miembro de sus primeras asambleas deliberantes y soldado en sus primeras campañas, fué hecho prisionero en 1813 y confinado á la isla de Juan Fernández, hasta que la victoria de Chacabuco puso término á su cautiverio.

(1) Véase Angelis, « Cól. de docs. relat. al R. de la Plata », t. I, en que se registra el viaje de Cruz, precedido de una breve biografía.

Tal era la situación interna de Chile al terminar el año de 1817, en momentos en que el ejército del sud experimentaba el contraste de Talcahuano y se anunciaba una nueva expedición realista del Perú (diciembre de 1817).

II

Á medida que el movimiento emancipador se condensaba por segunda vez al sud de la América bajo la dirección de San Martín, y que igual fenómeno se operaba al norte del continente bajo la influencia de Bolívar, á la manera de dos polos cargados de electricidad cuyas corrientes producirían el rayo revolucionario, el círculo de la reacción española se reducía. Todo indicaba que ésta iba á ser sofocada en el centro de su poder. La reacción española había alcanzado su apogeo con la expedición de Morillo, — último esfuerzo de la metrópoli, — y con la reconquista de Venezuela y Nueva Granada (1815-1817). En el sud, Sipe-Sipe fué su culminación y Chacabuco marcó su descenso (1815-1817). En este intervalo, algunas modificaciones se produjeron en el mando político y militar del Alto y Bajo Perú, y desenvolviéronse operaciones bélicas en la frontera del norte argentino, las cuales tenían á Chile por objetivo más ó menos directo. Abascal, el domador de las revoluciones del Alto Perú, de Quito y de Chile, que salvara la causa realista en los comienzos de la insurrección irradiando el poder de su política y de sus armas desde el Bajo Perú, había sido reemplazado como virrey por el general Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe (1815). El general José de la Serna, de quien nos ocuparemos después, tomó el mando del ejército del Alto Perú (1816). Pezuela, aunque laureado personalmente por grandes victorias no poseía las notables cualidades

de su antecesor; pero siguiendo su impulsión perseveraba en el plan de reacción que éste le había trazado. Al ver amenazado á Chile por el ejército de los Andes que San Martín formaba en Mendoza, ordenó al general La Serna la invasión del territorio argentino (1815), con prevención de adelantar hasta Tucumán, á fin de efectuar una poderosa diversión, que paralizase la invasión, como antes Abascal la había intentado para salvar á Montevideo, cuya caída determinó la retirada de los realistas según se relató en su lugar (2). Los gauchos de Salta y de Jujuy, bajo la dirección de Güemes, sostenidos por el ejército de Belgrano acantonado en Tucumán, bastaron como en 1814 para contener esta invasión. La reconquista de Chile, determinó como entonces su desastrosa retirada (1817), quedando por siempre inmunes las fronteras argentinas por sus dos únicos puntos vulnerables del norte y del oeste.

La pérdida de Chile, cuya influencia se hacía sentir tan lejos, no produjo en el ánimo del nuevo virrey la impresión que debiera. Pensó sin duda que los restos del ejército realista que habían quedado en el país, bastarían para continuar la guerra, y como no era hombre de ideas, como Abascal, ni tenía plan alguno, se puso á la defensiva por la parte del Alto Perú y á la espectativa por la parte de Chile. La llegada de los fugitivos de la derrota de Chacabuco no bastó á abrirle los ojos: limitóse á ordenar su regreso inmediato, sin permitirles desembarcar, con prevención de ponerse á las órdenes de Marcó, que suponía al frente de la resistencia, ó bien á las del jefe que lo reemplazase, separando del mando de ellas á Maroto y Barañao, que no volvieron á figurar en su

(2) Ofi. de Pezuela á Marcó del Pont de noviembre de 1816, interceptado después de Chacabuco, y pub. en la *Extraordinaria* de B. A. de 11 de marzo de 1817. — Camba, « Memorias » etc., t. I, p. 220. — Torrente, « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 226. — Véase cap. XXXI y XXXII de la 4.ª ed. de la « Historia de Belgrano ».

antiguo escenario. Con este contingente de fugitivos había intentado Ordóñez su malograda empresa del Gavilán y sostenido el sitiò de Talcahuano. Cuando se convenció que con estas fuerzas, apenas podrían mantenerse los realistas encerrados en un punto del territorio, se apresuró á auxiliarlos con víveres y municiones, alentándolos á la resistencia, pero con orden de no comprometer acción formal mientras con mayores elementos iba en su auxilio. Al fin comprendió, que la pérdida de Chile, podía importar la de América, y que su recuperación era cuestión de vida ó muerte para el poder colonial. « Dejando á los insurgentes de Buenos Aires (decía á » su gobierno) en pacífica posesión de Chile, es muy fácil á » su genio activo y emprendedor, con los auxilios que sor- » damente le prodigan los extranjeros, como lo han hecho » hasta aquí, y con los que reciban de su capital, arreglar » una expedición é invadir en ocho días de navegación las » indefensas fronteras de Arica á Mollendo, y propagando la » infidelidad en los dispuestos ánimos de la mayor parte de » los habitantes, conmover las provincias interiores del Bajo » Perú, y las levantarían en masa, con lo que obligarían á » retroceder á nuestro ejército, y de consiguiente, facilitarían » al que ellos tienen en Salta, Jujuy y el Tucumán, á que » adelante y se apodere de Potosí, Charcas y Cochabamba, » poniendo en el más crítico estado de perderse toda esta » América » (3). El arribo de nuevos refuerzos de tropas llegados de la Península por vía del cabo de Hornos y de Panamá, lo habilitó para organizar por la cuarta vez, — que debía ser la última, — una expedición sobre Chile. Al efecto,

(3) Ofi. del virrey Pezuela al ministro de la Guerra de España, de 19 de setiembre de 1817. — « Instrucción que el virrey de Lima da al brigadier Osorio » etc., de 4 de diciembre de 1817, interceptada en Maipu, y publicada en la « Gac. Min. de Chile, » núms. 61-64 del 10 al 31 de octubre de 1817.

preparó sigilosamente todo, contando sorprender á San Martín, y recuperar en poco tiempo el reino perdido. Pero esta vez tenía que habérselas con un general más cauto, pues como lo observa un historiador español « los enemigos con quienes » iba á combatir eran muy distintos de los vencidos en Ran- » cagua » (4).

Como se dijo antes, el primer uso que San Martín hizo de su autoridad de generalísimo del Ejército Unido, fué dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros. Este era el objeto ostensible ; pero como todos los actos del general de los Andes, tenía su lado misterioso. Además del alcance diplomático que le hemos señalado (véase cap. XVI, § VIII), el propósito principal era abrir relaciones secretas con los patriotas del Perú y penetrar los planes del enemigo. Fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro, que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

El comisionado de San Martín partió de Valparaíso el 1.° de noviembre en la fragata británica *Amphion* que montaba el comodoro Bowles, y arribó al Callao en circunstancias en que Pezuela se ocupaba de hacer los últimos aprontos de su proyectada expedición contra Chile. Como lo había calculado el general, la negociación sobre la regularización de la guerra y canje de prisioneros no tuvo por el momento ulterioridad; pero llenáronse completamente los objetos de la misión secreta según se explicará en su tiempo. El parlamentario patriota fué recibido por el virrey con aparente cortesía, y alojado en una fortaleza. Gradualmente relajóse esta vigilancia

(4) Camba « Memorias » etc., t. I, p. 266.

y pudo trasmitir á los patriotas la palabra de orden que llevaba, hacerles llegar sus comunicaciones escritas ó verbales y reunir todos los conocimientos que necesitaba. Por este medio obtuvo de la misma secretaría del virrey noticias detalladas sobre la expedición que se preparaba, incluso su plan de invasión. En posesión de estos preciosos datos, regresó á Valparaíso en la misma fragata que lo condujera, en los primeros días de enero de 1818, casi al mismo tiempo que la expedición realista (4 á 15 enero 1818) avistaba las costas de Chile (5). El virrey que había pensado sorprender á su enemigo, lo encontraba, no sólo prevenido, sino al cabo de sus más secretos planes.

III

La nueva expedición preparada contra Chile era respetable, pero no suficiente para ejecutar la ardua empresa de reconquistarlo. Formábanla tres batallones, un regimiento de artillería con diez piezas de campaña, dos escuadrones de caballería y una compañía de zapadores, con armamento de repuesto, que sumaban un total de 3,400 veteranos bien equipados, los que unidos á los 1,700 de Ordóñez en Talcahuano

---

(5) Antes del regreso de Torres, se tenía ya en Chile noticia de los aprestos de la expedición. Una lancha chilena armada en corso (*N. Sra. de Mercedes*, alias *Fortuna*) había apresado el 24 de noviembre la fragata mercante española *Minerva* y al bergantín idem *Sta. María de Jesús*, procedentes del Callao. Por este conducto se tuvo el primer aviso el 8 de diciembre de 1817, precisamente el mismo día en que las primeras embarcaciones de la expedición partían del Callao. Este anuncio, aunque confuso, dió la primera alarma, así es que, cuando llegó Torres á Valparaíso, ya San Martín estaba prevenido; pero sólo con los conocimientos que aquél trasmitió, pudo el segundo arreglar definitivamente su plan de operaciones, con perfecto conocimiento de causa.

compondrían un ejército de más de 5,000 hombres (6). Hacían parte de ella dos famosos batallones de infantería llegados de la Península, que se habían distinguido en la guerra contra los franceses, — el « Burgos » y el « Infante Don Carlos », — que constituían como los dos tercios de su personal. El resto lo formaban, un batallón de Arequipa, un escuadrón de « Lanceros del Rey », venido de España, y otro de Arequipa, ambos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de « maturrangos » que les daba San Martín, pues según testimonio de un general español que presenció sus ejercicios, « los jinetes caían de los caballos que montaban, con notable facilidad » (7). Cuatro navíos y fragatas con 234 cañones y 300 hombres de tripulación formaban la flota expedicionaria, que debía cooperar al plan de invasión concertado en Lima.

El mando de esta expedición fué confiado al brigadier Osorio, el restaurador de Chile en 1814. El virrey Pezuela reincidía en la falta de su antecesor cuando pospuso á Sánchez por Pareja y Gainza, posponiendo á la sazón á Ordóñez, que era el general indicado por sus méritos y por sus cualidades. No era tal vez una gran cabeza militar, y le faltaba sin duda la prudencia necesaria para el mando en jefe, como lo demostró en Curapaligüe y el Gavilán, pero era un gran carácter, tenía el fuego sagrado del guerrero, el ímpetu que lo arras-

---

(6) Torrente « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 326, dice que la expedición constaba de 3,407 hombres. Barros Arana, refiriéndose á documentos realistas da 3,262 hombres, á saber : Infantería, 2,807; Artillería y zapadores, 151; Caballería, 304. El virrey Pezuela en las instrucciones dadas á Osorio en su oficio al ministro de la Guerra, dice : « Esta » fuerza ascenderá poco más ó menos á tres mil quinientos hombres, » todos bien armados y con un repuesto de municiones superabundante » como lo manifiesta el estado núm. 2...... de suerte que reunido el número del ejército expedicionario con el que defiende á Talcahuano, » asciende el total á cinco mil doscientos hombres de las tres armas, y » diez y siete piezas de artillería. »

(7) Camba « Memorias », etc., t. I, p. 266.

traba á ir siempre adelante y sostenerse á todo trance en las situaciones más difíciles, y precisamente por esto mismo era el único que podía haber desconcertado la estrategia y la táctica metódica de San Martín, como había paralizado el desarrollo de sus planes después del desastre de Chacabuco, reaccionando en el sud y haciendo pie firme en Talcahuano. Contaba por otra parte con la opinión realista del país, y prescindir de él, era privarse de una fuerza é introducir un fermento de división en el ejército expedicionario. Para neutralizar el efecto de tal injusticia, que era á la vez un error, el virrey le confirió el grado de brigadier y le prometió para después del triunfo la presidencia interina de Chile. Pero, lleno de desconfianzas, encargaba á Osorio, que vigilase la conducta sospechosa de los oficiales que habían servido á órdenes del defensor de Talcahuano, y que el abrir su campaña procurase dejarlo relegado al mando de esta plaza ó en Concepción.

El plan de Pezuela reposaba sobre la base del mantenimiento de la posición de Talcahuano, faltando la cual la expedición debía desistir de la invasión y regresar al puerto de Arica (8). En el caso de que continuase ocupado por las armas del rey, contábase efectuar el desembarco por ese punto, y batir de sorpresa al ejército patriota que lo sitiaba, cuya fuerza estimaba en tres mil hombres, limitando su persecución hasta el río Maule. Ejecutada esta operación, y dominada la provincia de Concepción, que guarnecería convenientemente de manera de llamar la atención del enemigo hacia el sud, el ejército realista debía reembarcarse inmediatamente en los buques de la expedición, dirigirse á una de las caletas inmediatas á Valparaíso, y efectuar por ese punto la invasión,

(8) Las noticias que Pezuela tenía de Talcahuano, alcanzaban hasta el 9 de octubre, de manera que ignoraba el rechazo del asalto de 5 de diciembre de 1817.

avanzándose á marchas forzadas sobre la capital, que suponía defendida por muy débiles fuerzas para resistirle. Poniéndose en el caso de que conviniera llevar la invasión por tierra, y tomar por base de operaciones el sud, libraba las eventualidades al juicio de Osorio, recomendándole únicamente reservarse puntos de apoyo para una retirada, celeridad en sus movimientos y « no aventurar sin señaladas » desventajas las armas del rey á una pérdida irreparable » (9).

Este plan era teóricamente bien concebido, en la suposición de que se llenasen todas sus condiciones y que los patriotas, « sorprendidos y aturdidos » según los cálculos de su autor, hiciesen precisamente lo que él se imaginaba. Dueño de la mar, podía elegir su punto de invasión á lo largo de las costas, especialmente entre Talcahuano y Valparaíso, y logrado el primer golpe, el dominio de la capital podía ser su consecuencia. Fallaba, empero en dos puntos capitales : primeramente en el hecho de la sorpresa, irrealizable ya contra un enemigo prevenido, y después, en la debilidad y dispersión de fuerzas que suponía al ejército unido, que como se ha visto constaba á la sazón de 9,000 hombres, y podía poner en campaña de 6,500 á 7,000 de buenas tropas, convenientemente situadas para recibir reunidas la invasión al centro ó al sud del territorio y dar cuenta de ella en una batalla. De todos modos, el plan de invasión estaba burlado.

La expedición zarpó del Callao en los primeros días del mes de diciembre (del 6 al 11.) El 4 de enero (de 1818) avistaron las primeras naves las costas de Talcahuano, y á mediados del mismo desembarcaban las tropas en medio del estruendo de los cañones de las fortalezas que saludaban su llegada. Esta salva fué oída por el ejército patriota á orillas del Itata

---

(9) Instrucción del virrey Pezuela al brigadier Osorio, cit.

en retirada hacia la capital. Este movimiento hizo comprender á Osorio que su plan de campaña estaba descubierto, y frustrado el proyecto de invasión á inmediaciones de Valparaíso, con la capital por objetivo. No le era ya posible dar alcance al ejército de O'Higgins que le había ganado la delantera, y el reembarco, lejos de proporcionarle las ventajas que se prometiera, no hacía sino dar á los patriotas más tiempo para operar su reconcentración. En ambos casos se encontraría con todas las fuerzas enemigas reunidas en torno de la capital. El general español, irresoluto por naturaleza, sin inspiración ni decisión, carecía de las cualidades necesarias para dirigir con acierto la campaña, desde que tuviese que prescindir de la pauta que el virrey le trazara. Limitóse á mandar bloquear á Valparaíso con su flota, empleó como quince días en engrosar y organizar su ejército en Concepción, y al fin, obedeció como una masa inerte á la impulsión que le comunicaron los jefes que llevaban en su ejército la verdadera voz de mando.

Ordóñez, movido por su natural impetuosidad, era de opinión de abrir inmediatamente la campaña sin perder tiempo en inútiles aprestos, persuadido de que, cuanto más rápidos fueran los movimientos ofensivos más débil sería la resistencia que opondrían los insurgentes, la que en su orgullo miraba muy en menos. Esta opinión encontró un decidido apoyo en el jefe de estado mayor de la expedición, el coronel José Primo de Rivera, joven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar. Osorio trepidaba en abrir la campaña, pero falto de ideas y de energía para sostener su opinión negativa de permanecer á la espectativa al sud del Maule, se decidió á dar la orden de marcha en los últimos días de enero, sin tener un plan ni una resolución fija, ni siquiera conocimiento de las posiciones y fuerzas de su adversario.

El 12 de febrero las avanzadas del ejército realista se ha-

llaban á inmediaciones de la margen izquierda del Maule, y oyeron cañonazos á la distancia. Era el ejército del sud en retirada conducido por O'Higgins, que celebraba en Talca el primer aniversario de Maipu y el advenimiento de la república chilena independiente.

IV

Los papeles estaban invertidos. Tocaba ahora al general de los Andes defender por mar el territorio que había invadido antes por tierra. El enemigo, dueño de las aguas, tenía á su disposición más de 2,000 kilómetros de costas como él había tenido más de 2,000 kilómetros de cordillera.

Las primeras noticias que de la expedición se tuvieron en Chile (el 8 de diciembre de 1817) no habilitaban á San Martín para trazarse un preciso plan defensivo-ofensivo; pero bien aconsejado por la prudencia adoptó una actitud espectante que proveía á todas las eventualidades. Admitiendo la posibilidad de un desembarco por el norte (por Coquimbo), poca importancia le daba, y se inclinaba á creer que la invasión se efectuase por Valparaíso, con la capital por objetivo. En esta inteligencia escribía oficialmente á O'Higgins (el 12 y 18 de diciembre): « El proyecto del enemigo es probablemente in-
» terponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y
» apoderarse de Valparaíso. Asegure, pues, con tiempo su
» retirada al norte del Maule, tomando por defensa este río.
» Haga retirar con anticipación de Concepción cuanto pueda
» ser útil al adversario. Vengan á este lado familias, subsis-
» tencias de todo género y caballadas. Hecho esto, es impo-
» sible que ningún cuerpo enemigo subsista allí sin perecer

» de necesidad »(10). Y confidencialmente le decía : « Pu-
» diéndonos dar la mano ese y este ejército, seremos siempre,
» no solamente superiores, sino que podremos caer sobre el
» enemigo y decidir en un solo día de la suerte de Lima »(11).
Su proclama en tal ocasión, firmada por él y Balcarce, es característica : « Soldados! Tenemos que daros una agradable
» noticia. Nuestros enemigos los maturrangos preparaban
» una expedición con el objeto de visitarnos. Mucho tiempo
» hace que estamos parados sin hacer nada de provecho.
» Amigos, vamos á tener otro Chacabuco! »

Con arreglo á este plan, O'Higgins emprendió su retirada del frente de Talcahuano así que tuvo la certidumbre de que la invasión se efectuaba por este punto. El 1.° de enero inició su movimiento retrógrado en dirección al norte, rechazando con ventaja en diversos encuentros los ataques que los realistas trajeron sobre su retaguardia. El 20 atravesó el Maule y se situó en Talca, seguido por toda la población del sud. Fué un éxodo á la vez que una retirada. Más de 50,000 personas, llevando consigo sus ganados, acompañaron al ejército, movidos unos por su patriotismo y otros por las órdenes perentorias de O'Higgins, de conformidad con las instrucciones de San Martín. El objeto era hacer el vacío al enemigo, privándolo de recursos de subsistencia y movilidad, y así decía O'Higgins al vecindario : « Nos preparamos á dar el último
» golpe al poder expirante del virrey de Lima : es preciso que
» la sensibilidad ceda á la política y que el sosiego de los
» habitantes se sacrifique á la salud general. El día de la
» restauración universal no está lejos de nosotros : esta cam-

---

(10) Notas de San Martín á O'Higgins de 12 y 18 de diciembre de 1817, cuyos originales existen en el Arch. del Ministerio de la Guerra de Chile. M. S. S.

(11) Carta de San Martín á O'Higgins, de 11 de diciembre de 1817, pub. por Vicuña Mackenna. « Rel. Hist. »

» paña fijará los destinos de Chile, y acaso también los de » la América » (12). Y en prueba de la fe que tenía en el triunfo, hizo proclamar la independencia de la república chilena.

La independencia de Chile era un hecho, y su declaratoria una mera forma; pero en aquellos momentos, á la vez que un reto á los enemigos, dueños de la mitad del país y de todas sus costas, importaba determinar el carácter de la lucha y enarbolar con decisión la verdadera bandera de la revolución. En la imposibilidad de reunir un congreso nacional que lo efectuara, ó más bien, para no debilitar la acción del poder ejecutivo según los convenios de la alianza argentino-chilena, dispúsose abrir registros cívicos en que los ciudadanos consignaran su voto en pro ó en contra (13 de noviembre 1817). La idea fué acogida con entusiasmo popular, sin un solo voto por la negativa. Al redactar el acta en que el hecho se declaraba, algunos políticos estacionarios, que no se daban cuenta de la importancia de la variación, se limitaron á consignar en ella los agravios inferidos á los chilenos por los españoles y á una protesta de fe católica. O'Higgins, con su buen sentido y bien inspirado por sus ideas liberales, negóse á aceptarla, manifestando que esto « importaría pro- » clamar una religión excluyente y prohibir la inmigración » de multitud de talentos y brazos útiles que abundaban en » el otro continente », y que por lo tanto el documento debía limitarse á « declarar solemnemente la independencia en » nombre de los pueblos, y hacer saber á la gran confedera- » ción del género humano, que el territorio continental de » Chile y sus islas adyacentes, formaban de hecho y de dere- » cho un Estado libre, independiente y soberano, por siem- » pre separado de la monarquía española ». Así se hizo, y el

(12) Ofi. de O'Higgins de 22 de enero de 1818. (Docs. del Arch. general, Leg. « General del Exto. de los Andes. » M. S.)

Director supremo de Chile suscribió el acta el 1.° de enero de 1817 en su cuartel general de la Concepción, en vísperas de la invasión. Fijóse en consecuencia la solemne proclamación en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco. El gobierno al anunciarla al pueblo le decía : « Se aproxima el me-
» morable 12 de febrero : este día grande, que os recuerda el
» glorioso sacudimiento de vuestra opresión, es también pre-
» parado para fijar la época de nuestra emancipación polí-
» tica » (13).

En el día designado, al amanecer, formáronse las tropas en la plaza principal, concurriendo el pueblo en masa. En uno de sus frentes se levantaba un tablado adornado con banderas chilenas y argentinas unidas y en su centro el retrato del general San Martín. Al rayar el sol sobre la cordillera nevada del oriente, visible desde la plaza, enarbolóse la bandera de la nueva nación, saludada por una triple salva de artillería y los himnos entonados por los niños de las escuelas á que la multitud hacía coro. Á las nueve de la mañana subió al tablado la comitiva oficial, presidida por el Director delegado don Luis de la Cruz, llevando en sus manos la bandera chilena el enviado diplomático de las Provincias Unidas don Tomás Guido, y el presidente de la municipalidad, la argentina. El fiscal de la Cámara de apelaciones habló al pueblo :
« Váis á proclamar la ley más augusta del código de la natu-
» raleza. Os váis á declarar libres é independientes. Váis á
» franquear vuestros mares al comercio de todas las nacio-
» nes, que atraerán la abundancia y la cultura. Váis á abrir
» á vuestros hijos la carrera del honor. Almas débiles, no
» creáis que este es un paso imprudente y arrojado. El inva-
» riable sistema de la España nos ha convencido en el espacio
» de ocho años, que ya no hay más paz ni tranquilidad para

---

(13) Bando del Director delegado de 7 de febrero de 1818, en la Gaceta de Santiago de Chile, núm. 33.

» la América, que la que ella se gane por su esfuerzo y resolu» ción ». Leída el acta de independencia, la juró el Director sobre los santos evangelios, y en seguida el obispo, añadiendo á la cláusula del juramento que « la juraba, porque » creía que esa era la voluntad del Eterno ». Interrogado San Martín, si juraba, contestó con voz profunda : « *Sí! mucho! mucho!* » Á su vez juró el pueblo postrado de rodillas. En seguida se arrojaron medallas conmemorativas con los motes : *Chile Independiente — Unión y Fuerza* (14).

En el mismo día el ejército del sud, en retirada de Talcahuano, saludaba con sus cañones el aniversario de Chacabuco y el nacimiento de la república chilena, cuyas salvas fueron oídas en el campamento español al sud del Maule. Era la segunda república sud-americana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín.

V

Mientras tanto, el ejército español concentrado, abría su campaña y avanzaba sobre la línea del Maule. San Martín persistía empero en creer, que la verdadera invasión se efectuaría por San Antonio, á inmediación de Valparaíso, porque según él, « su objeto debía ser apoderarse de la capital y con » ella de la fuente de los recursos. Cuando el enemigo ha » meditado una expedición tan importante, agregaba ; cuando » ha apurado sus recursos en este esfuerzo, sus miras son » empeñar una acción decisiva sobre la capital, y no, hacer » desde Talcahuano una guerra lenta; á más que, en camino

(14) Véase : « Relación de la gran fiesta cívica celebrada en Chile el 12 de febrero de 1818. » foll. — « Papeles del brigadier gral. Guido », p. 8 y sig. — « Gaceta de Santiago de Chile », núm. 33 del 21 de febrero de 1818.

» tan largo y retirados de él con anticipación los auxilios, » no se hace sin nuestra evidencia y sin que tengamos el » tiempo necesario para jugarle en sus marchas mil estrata- » gemas que lo aniquilen antes de presentar acción. Sería » nuestra felicidad, que desembarcando en Talcahuano nos » buscase por tierra hasta Talca. En este caso le daremos » reunidos un golpe de que jamás convalezca. Nada nos im- » porta perder algunas leguas de terreno como luego tenga- » mos la seguridad de ocuparlo de un modo sólido : recon- » centración de fuerzas, y somos invencibles » (15). Adoptando en consecuencia el prudente plan espectante que aconsejaban las circunstancias y proveía á todas las eventualidades, dispuso que el ejército del sud se situase en Camarico, á veinte y seis kilómetros al norte de Talca, con su vanguardia en observación sobre la línea del Maule, mientras con el grueso de las fuerzas atendía á Valparaíso en actitud de operar su reconcentración según se efectuase la invasión por uno ú otro punto.

Fiel á su máxima de que los ejércitos se preparan á la pelea en los campos de instrucción, San Martín trasladó las fuerzas de Santiago, que alcanzaban á más de 4,000 hombres, á la hacienda llamada Las Tablas, situada al sud de Valparaíso y á inmediaciones de este puerto y el de San Antonio (16). De este modo cubría la capital y atendía los dos

---

(15) Notas de San Martín á O'Higgins de 18 de diciembre de 1817 y 19 y 20 de enero de 1818 : M. S. S. en el Arch. del Min. de Gra. de Chile.

(16) En nota de San Martín á O'Higgins de 12 de diciembre de 1817, que original existe en el Arch. de guerra de Chile, le dice : « La fuerza » que tengo á mis órdenes asciende á lo más á tres mil seiscientos hom- » bres »; pero en un estado formado veinte días después, firmado en el campamento de las Tablas por el general Hilarión de la Quintana, que original tenemos á la vista, se da una fuerza efectiva de 188 jefes y oficiales y 4,447 individuos de tropa, ó sea un total de 4,637 hombres. (Arch. San Martín, vol. LI, núm. 2, M. S.)

únicos puntos de desembarco por esa parte, en disposición de replegarse sobre el ejército del sud si la invasión venía por el Maule, moviéndose en una zona abundante en recursos, mientras entregaba al enemigo un territorio de que le habían sido retirados con anticipación todos los que pudiera utilizar éste, especialmente en subsistencias y cabalgaduras. El general Balcarce tomó el mando inmediato del campamento de Las Tablas, mientras San Martín se trasladó de Valparaíso á fin de inspeccionar sus fortificaciones calculadas para impedir un desembarco (17). En esta actitud esperó el desarrollo de los sucesos, en la seguridad de que por cualquier punto que se presentase el enemigo, le opondría un ejército reconcentrado, superior en fuerza, cubriendo en todos los casos la capital, á la vez que con ella incitaba á Osorio á atraversar el Maule, que era lo que deseaba, para dar cuenta de él en una batalla decisiva. « La conservación del Estado, escribía á O'Higgins, » pende de que no aventuremos acción alguna cuyo éxito sea » dudoso. Por lo tanto, nuestro plan de campaña debe ser una » reconcentración de todas nuestras fuerzas para dar un golpe » decisivo y terminante » (18). Para dirigir con más oportunidad los diversos movimientos según los casos ocurrentes, situóse en el punto intermedio de San Fernando (25 de enero de 1817), 300 kilómetros del campamento de Las Tablas y doscientos de la línea del Maule, de manera que, en cuatro marchas forzadas de cada uno de los dos cuerpos de ejército pudiera verificarse su reconcentración dentro de la zona de las operaciones calculadas, ganando tiempo para tomar con descanso la ofensiva con la ventaja del número y de las posiciones de antemano elegidas. Para asegurar las comunicacio-

---

(17) Notas de San Martín al Gob. de Santiago, de diciembre de 1817, en el Arch. de Guerra de Chile. M. S. S.

(18) Nota de San Martín á O'Higgins, de 12 de diciembre de 1817 (M. S. en el Arch. de Guerra de Chile.)

nes y los movimientos de avance y retroceso, el general mandó construir puentes provisionales sobre los ríos Cachapoal, Tinguiririca, Teno y Maipo, con lo cual el gran tablero en que debía jugarse la gran partida quedó perfectamente preparado.

Á fines de febrero, no quedó ya duda de que la invasión venía por Talcahuano (19). En consecuencia, el cuerpo de ejército de O'Higgins se replegó á Curicó en la confluencia de los ríos Teno y Lontué, 100 kilómetros al norte de Talca y otros tantos de San Fernando, con objeto de atraer á Osorio que parecía trepidar en su avance, y operaron ambos su reconcentración en los primeros días de marzo, sumando una fuerza de 4,500 infantes, mil quinientos hombres de caballería y 500 artilleros con 33 piezas, perfectamente armada y bien montada y llena de entusiasmo (20). Los realistas, como se ha dicho, no pasaban de 5,200 hombres de las tres armas con 12 piezas de artillería. El 4 de marzo atravesó Osorio el Maule sin obstáculo alguno y en el mismo día acampó en Talca, reanimándose sus esperanzas de triunfo ante la retirada de los patriotas, que consideraba como una prueba de debilidad. La vanguardia de Morgado, avanzó hasta Camarico, mientras que la de los patriotas al mando de Freyre, que había cubierto la línea del Maule, se replegaba á Quechereguas. San Martín llamó á

---

(19) El 8 de marzo de 1818, dice Barros Arana (Hist. de la Indep.), que se operó la reconcentración del ejército argentino-chileno, refiriéndose á una nota de San Martín escrita en el mismo día. El general Balcarce, en nota de 6 de marzo en San Fernando, que original existe en el Arch. Gral. dice : « Se halla ya reunido el ejército, exceptuando dos escuadro- » nes de Granaderos á caballo que están á seis leguas al sur de este » punto ». (Arch. San Martín, vol. II, M. S.)

(20) En nota de Balcarce al Director de las P. U. de 28 de febrero de 1818, transcribe Balcarce un oficio de San Martín, en que le dice : « El » enemigo nos busca por el Maule; y esto no es un problema. En tal » concepto vuelvo á prevenir á V. S. que á marchas forzadas se mueva » directamente con todas sus fuerzas á Rancagua. » (Doc. del Arch. gral. y Arch. San Martín, vol. I, M. S.)

sí al cuerpo de ejército de O'Higgins y situóse en Chimbarongo, donde se operó la reconcentración final. Al mismo tiempo escribía el general : « El enemigo marcha con aceleración; » pero yo voy á ahorrarle la mitad de la distancia, aproxi» mándome al estero de Chimbarongo. Antes de seis días » creo decidida la contienda favorablemente » (21). Su objeto era alejar al enemigo de Talca, fatigarlo con marchas y contra marchas, mientras llegaba el momento de hacer sentir toda su superioridad obligándolo á la batalla con su retirada comprometida. El 14 de marzo, cuando se supo que Osorio continuaba avanzando, inició el Ejército Unido su movimiento ofensivo.

El general español, ignorante de la posición, fuerza y planes de su competidor, se movió de Talca el mismo día 14 y acampó en Camarico, adelantando su vanguardia hasta Quechereguas 25 kilómetros más al norte. El jefe del estado mayor realista, Primo de Rivera, á la cabeza de una fuerte columna de dos destacamentos de infantería y dos escuadrones de caballería con artillería, atravesó el Lontué con el objeto de reconocer las posiciones de los patriotas, y se aproximó hasta la margen izquierda del Teno. Coincidió esta operación con el movimiento de avance de los patriotas, lo que determinó el inmediato repaso del Lontué por los realistas en la misma noche del 14 y su repliegue hasta Quechereguas, mientras el Ejército Unido acampaba al sud de Curicó. El 15 ordenó San Martín que Freyre al frente de doscientos cazadores montados atravesara el Lontué y practicase un reconocimiento sobre las posiciones avanzadas del enemigo, protegido por el grueso de la caballería y dos baterías de artillería á órdenes del general Brayer. Freyre vadeó el río arrollando bajo fuego las guardias enemigas, y avanzó resueltamente á galope sobre

(21) Of. de San Martín de 10 de marzo de 1818. (Doc. del Arch. gral. y Arch. San Martín, vol. I, M. S.)

la vanguardia realista situada en Quechereguas. El coronel Primo de Rivera que la mandaba, al divisar la nube de polvo que levantaban los jinetes de Freyre, pensó que iba á ser atacado por todo el ejército patriota, y considerándose impotente para resistir en campo abierto, refugióse con su infantería y artillería en los callejones y casas de la hacienda y desprendió á retaguardia sus dos escuadrones á cargo del coronel Morgado con el objeto de salvarlos, pidiendo á Osorio que lo sostuviera con todo su ejército. El jefe patriota, en la esperanza de ser apoyado por Brayer, intimó rendición á Primo de Rivera; pero descubierta su poca fuerza, Morgado reaccionó y lo cargó vigorosamente. No obstante que esta carga fué rechazada, la posición de Freyre era insostenible, y ordenó la retirada que sostuvo con orden y bravura perseguido de cerca y combatiendo por espacio de 8 kilómetros con sólo la pérdida de 17 hombres. Al llegar á la margen del Lontué, fué protegido por un escuadrón de cazadores de Chile y obligó á los realistas á dar vuelta caras. Mientra tanto, Brayer que debía sostenerlo con sus 1,400 jinetes y ocho piezas de artillería, según las prevenciones del general en jefe, manteníase en inacción al norte del río (22). La vanguardia enemi-

(22) En el foll. « Exposición del T. Gral. Brayer, etc. La publica el General San Martín con su contestación », Buenos Aires, 1818, asevera el último : « Yo di orden á Brayer para que con toda la caballería del ejér- » cito y la artillería volante de Chile sostuviese los movimientos que » Freyre iba á emprender sobre la vanguardia enemiga », p. 19. — En el foll. « Contestación de los jefes del Ejército Unido al manifiesto del Gral. Brayer » (Santiago de Chile, 1818), dicen éstos : « Brayer tenía » orden expresa del Gral. San Martín de proteger á Freyre y cargar so- » bre los enemigos hasta que recibiese nuevas prevenciones », p. 7. — En la « Justificación del General O'Higgins á la cita del Gral. Brayer en su manifiesto » (Santiago de Chile, 1818, foll.) se lee : « Instruídos del ries- » go que corría Freyre, el general en jefe dispuso que Brayer lo auxi- » liase inmediatamente con toda la caballería y la artillería volante de » Blanco », p. 6. — Los generales Las Heras y Zapiola, firmantes de la contestación á Brayer, me han confirmado verbalmente estas versiones. — El general Guido, en conversación sobre el particular, me informó

ga, á pesar de su triunfo, se reconcentró cautelosamente á inmediaciones de su reserva en Camarico, dejando despejado el terreno intermedio.

VI

En la mañana del 16 de marzo, aniversario del natalicio de San Martín, el Ejército Unido vadeó sin obstáculo el Lontué y acampó en Quechereguas. Osorio, comprendiendo que había cometido una imprudencia al alejarse de su base de operaciones, retrocedió en masa. Á esta noticia, San Martín pensando que su intento era repasar el Maule, modificó su plan, y desde el 17 empezó á maniobrar en el sentido de envolverlo. Dividió en consecuencia su ejército en dos cuerpos, y abandonando el camino real ó de la costa que seguían los realistas, tomó el del naciente denominado de la Cordillera ó de los Tres Montes, más largo pero más abierto, con el triple objeto de poder desplegar sus masas, especialmente la caballería, caso de ser atacado, ocultar sus movimientos al enemigo, cerrarle el paso del Maule y obligarlo á batirse, cortándole su retirada al sud. En esta disposición atravesó el río Claro el 18. Los realistas, que suponían que San Martín

---

que en la misma mañana del 15 en que tuvo lugar el hecho, encontró á Brayer afeitándose tranquilamente á la sombra de un árbol delante de un espejito de viaje, y que cuando más tarde se presentó á San Martín á darle parte de sus operaciones, éste, mirándolo fijamente, le dijo : « General, vaya á afeitarse. » — El general Brayer en su « Manifiesto, etc. » publicado en Montevideo en la « Imprenta Federal » de Carrera, 1818, silencia todo lo relativo á este notable episodio, y se limita á decir : « El » 15, antes de amanecer, nuestras tropas se pusieron en movimiento é » hicieron alto sobre la derecha del río Lontué », p. 10. — Esta conducta acabó con el crédito de Brayer, comprometido ya desde el fracaso del asalto de Talcahuano dirigido por el, y en consecuencia fué separado del mando de la caballeria, conservando empero la posición de mayor general del ejercito. Luego se verá como terminó su carrera en Sud-America.

permanecía á su frente, al saber que éste tomaba el camino del oriente, apresuraron su marcha para cubrir su flanco amagado y su retaguardia. Desde este momento, ambos ejércitos marcharon paralelamente por los dos caminos á distancia de poco más de diez kilómetros uno de otro. El 19 vadeaban casi simultáneamente el Lircay procurando ganarse la delantera, el uno para salvarse, el otro para pelear y vencer. En este orden continuaron su marcha hasta el sud teniendo por objetivo común á Talca, que dista ocho kilómetros del Lircay. Desde este punto desprendió toda su caballería al mando de Balcarce, que había reemplazado á Brayer, con orden de dificultar la marcha del enemigo picando su retaguardia y cargar sobre ella si la ocasión se presentaba, á fin de dar tiempo de poderlo atacar en ese mismo día por el flanco en la planicie descubierta que tenía que cruzar.

Los realistas hostigados por la caballería patriota, volvieron caras al norte y apoyando su izquierda en el río Claro, más abajo de su conjunción con el Lircay, y su derecha en los arrabales de Talca, desplegaron al frente su caballería, que constaba de poco más de 500 hombres, para cubrir la continuación de su retirada. La posición era bien elegida. El terreno intermedio entre ambas líneas, que lleva el nombre de Cancharrayada, es sumamente accidentado, cortado por barrancos y pantanos, inadecuado para las maniobras de la caballería. Balcarce, sin tomar en cuenta estas dificultades, ó no conociéndolas, cometió el grave error de desplegar en una línea continua y sin reservas sus 1,500 jinetes, ocupando un largo espacio, y dió la señal de cargar de frente y al galope. El resultado fué, que las alas estrechándose sobre el centro, envolvieran á los escuadrones que lo ocupaban, llegando todos casi desorganizados á un punto donde las quiebras del terreno impedían el avance, fueron allí recibidos por la artillería española, bajo cuyo amparo pudo cargar la caballería realista y rechazar el ataque, no obstante su inferiori-

dad numérica. Eran como las cuatro de la tarde. En aquel momento llegaban al campo las cabezas de columna de la infantería patriota, una batería de artillería sostenida por guerrillas de cazadores pudo proteger la retirada de la caballería, que se efectuó desordenadamente, aunque con muy poca pérdida (23). El general O'Higgins adelantóse con 20 piezas y dos compañías de infantería y abrió un cañoneo sobre el flanco derecho del enemigo, obligándolo á guarecerse en los arrabales de la ciudad, donde tendió éste una línea con frente al norte. San Martín formó la suya en dos líneas paralelas á 2,500 metros de distancia en actitud de amenazar el flanco derecho y la retaguardia realista (24). El sol iba

(23) La generalidad de los historiadores computa la pérdida de la caballería patriota en 8 á 10 hombres, aunque Brayer en su « Manifiesto » cit. dice que fueron 60, que para el caso es lo mismo. Las autoridades en que se funda este relato, son : 1.° « Relación de la campaña de 1818 » por el general Las Heras, quien dice : « La carga fué ejecutada sin co» nocimiento del terreno ni la inteligencia necesaria, y de esto resultó » que habiéndose envuelto en el movimiento, fué cargada la caballería » patriota á la vez con pérdida de algunos hombres, siendo preciso á la » llegada de las columnas de infantería á Cancharrayada el hacer avan» zar algunas piezas de artillería y unas compañías de tiradores para » que contuviesen la caballería enemiga, mientras se establecían las lí» neas. » Arch. San Martín, vol. XXVI, M. S. 2.° Informe verbal del general Zapiola, confirmando la anterior versión. 3.° « Memorias del coronel Melián », ps. 31-32. 4.° Olazábal : « Episodios de la guerra de la Independencia », ps. 21-22. 5.° « Diario de O'Higgins » apend. Barros Arana, t. IV, p. 275, donde se dice : « Balcarce se encontró en un labe» rinto rodeado de peligros, estando expuesto al fuego de la artillería » sin poder avanzar á causa de la naturaleza del terreno. » M. S.

(24) Véase el plano de Cancharrayada. Este plano se basa : 1.° en un plano topográfico de la acción, levantado por el ingeniero del ejército de los Andes Alberto D'Albe, arreglado á las medidas españolas, que comprende el camino estratégico de San Martín antes de ella. 2.° En un croquis del mismo, arreglado á la medida métrica, que contiene más minuciosos detalles topográficos. 3.° En un croquis hecho bajo la inspección del general Las Heras, que coincide con los anteriores en cuanto á los movimientos tácticos. 4.° En un croquis del ingeniero del ejército español tomado en la batalla de Maipu, que concuerda también en cuanto á los movimientos tácticos con los anteriores. Sobre esta base hemos

á ocultarse en el horizonte y ya no era hora de empeñar la batalla; pero el principal objeto estaba conseguido, que era obligar á Osorio á librarla, y esto importaba su pérdida.

Con las últimas luces del crepúsculo, los generales españoles pudieron darse cuenta de su desesperada situación, dominando el escenario desde las torres de Talca. Tenían al frente un ejército superior en número en todas las armas, cuyas maniobras revelaban una acertada dirección y un excelente pie de guerra, y en tales condiciones su derrota era segura. Por otra parte, tenían á su espalda el caudaloso río Maule, que en caso de un contraste hacía imposible la retirada. No les quedaba más recurso que pelear y ser vencidos ó capitular.

Tales eran los resultados de los bien combinados movimientos estratégicos y tácticos del general de los Andes, desenvueltos en un doble trayecto en el espacio de novecientos kilómetros, convergiendo todos ellos al punto preciso en que debía darse el golpe final. La previsora retirada del ejército del sud, para atraer al adversario al terreno que él deseaba; el prudente plan espectante adoptado para atender á los dos puntos extremos y posibles de la invasión; la exactitud matemática de los movimientos de concentración ganando tiempo sobre el enemigo; el sistema seguro de sus comunicaciones de vanguardia y retaguardia; la oportunidad para tomar la ofensiva y la marcha de flanco á fin de envolver al enemigo y amenazar su retirada, para obligarlo irremisiblemente á la batalla general que buscaba dentro de un campo cerrado por ríos como un palenque, revelan un capitán de la gran escuela de Federico, tan metódico como prudente. Empero, la crítica militar puede señalar algunas faltas que dan la

---

formado nuestro croquis sobre el terreno, completando y corrigiendo los planos y coordinándolos con los documentos históricos y con la tradición oral de los contemporáneos y los informes verbales del ingeniero Arcos del ejército de los Andes, testigo ocular.

explicación de su fracaso, demostrando que en la guerra es preciso acertar siempre para vencer, y que un solo error nulifica todos los aciertos. Desde el principio de la campaña no sacó todo el partido que debía de la superioridad de su excelente caballería, y la comprometió desventajosamente en dos lances que rebajaron su moral. Si bien en el reconocimiento del Lontué la culpa fué de Brayer por su poltrona inacción, suya es la responsabilidad por haberlo ordenado sin plan ni concierto. Su marcha paralela, tan bien concebida como fué, la emprendió tardíamente, y por esto no logró los objetos que se proponía, que eran atacar al enemigo en la marcha por el flanco, ó interceptarle su retirada, ó envolverlo al menos parcialmente; así, al llegar á Talca, las posiciones de los dos ejércitos eran casi las mismas del punto de partida con diferencia de la distancia. Lanzar aisladamente su caballería destacada sobre un ejército de las tres armas que se replegaba en masa, como lo hizo en el paso del Lircay, cuando á consecuencia del retardo de su marcha lateral no podía sostenerla sin que surtiese tal operación todos sus efectos, y sobre todo, su carga en las condiciones en que se verificó en terreno desventajoso y en la peor forma posible, son errores más graves aún. Por último, la formación de su línea á la vista del enemigo, buena para el efecto moral del momento, era tácticamente viciosa y mala como posición, según se explicará después.

Esto no quita que San Martín desplegase en la concepción y ejecución de estas operaciones las cualidades de un consumado general, y con razón, no obstante su mal éxito, él la reputaba como su mejor campaña, y decía de ella, que la prefería á otras, en que, — igualmente hábil, — fué más afortunado (25).

---

(25) Contestando San Martín á los cargos que le hacía el mariscal Brayer en su « Manifiesto » por los errores que le atribuía, decía en 1818 :

VII

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones y las que van á seguirse, poco pintoresco en sus detalles pero grandioso en su conjunto, es conocido en la historia con el nombre genérico de Cancharrayada, y estaba señalado ya en ella por una derrota de las armas independientes. (V. cap. VIII, § XI). Es una planicie accidentada por montículos con marcada inclinación hacia el oeste, cruzada por esteros y arroyuelos, matizada por una vegetación de arbustos y cortada por barrancos. En su centro se levantan tres cerrillos aislados que le imponen su carácter, y entre ellos y la ciudad de Talca se desenvuelve en una extensión de tres mil metros, el campo vulgarmente llamado de Cancharrayada, teatro de la desgraciada carga de caballería ya relatada. Esta planicie está encerrada entre ríos caudalosos : el Maule al sud, que corre de este á oeste; el Claro, bordado por una faja verdi-negra de bosque que corre al pie del macizo de montañas que la limitan al poniente, y el Lircay que forma barra con el Claro, al norte. Hacia el oriente, divísanse los nevados picos de la cordillera de los Andes, que domina gallardamente el volcán « Descabezado », con sus medias tintas azuladas

---

— « El señor Brayer me ataca por las operaciones del ejército en la última campaña. No hay juez más parcial que el amor propio : si alguno tengo, es haber dirigido bien las operaciones de esta campaña, con preferencia á la de Maipo. Debo hacer justicia en esta parte á los que me han subministrado sus luces, como ser : el señor Balcarce, algunos jefes del ejército y los ingenieros D'Albe y Arcos. ¿Pero quién le ha dicho al señor Brayer que haya tenido jamás pretensiones de pasar por buen general? Yo conozco la esfera de mis conocimientos y desearía que alcanzasen á saber mandar regularmente un regimiento de caballería. » Exposición de Brayer con la contestación de San Martín, antes cit., ps. 16-17.

sobre un resplandeciente fondo blanco. El horizonte se dilata en medio de esta variedad de perspectivas combinadas, produciendo en el ánimo una impresión melancólica (26).

Al pie de los cerrillos de Baeza y con frente al sud-oeste, había desplegado San Martín su batalla en dos líneas, como queda dicho. En primera línea la 1.ª división mandada por H. de la Quintana, compuesta de los batallones núm. 11 de los Andes, Cazadores de Coquimbo y la artillería chilena (10 piezas). En segunda línea la división izquierda á órdenes de O'Higgins, compuesta de los batallones Cazadores de los Andes, núm. 7 de los Andes y núm. 1.° de Chile. Á retaguardia del flanco izquierdo, la artillería argentina (11 piezas) y los Granaderos á caballo. En reserva, sobre la izquierda, el batallón núm 8 de los Andes y el resto de la artillería (12 piezas), y sobre la derecha los Cazadores á caballo de Chile y de los Andes. Esta formación, bien calculada en los primeros momentos para amagar el flanco derecho del ejército realista en marcha y en retirada del Maule, adolecía del defecto de comprometer su izquierda avanzada hacia Talca, sobre un terreno descubierto que el enemigo podía cruzar en media hora de camino, penetrando fácilmente por la retaguardia. La derecha más resguardada, no podía prestar eficaz auxilio á el ala opuesta, por interponerse entre una y otra barran-

---

(26) Cancharrayada se llama propiamente á una llanura horizontal que se extiende al norte de Talca, donde está situada su alameda, y sirve de campo á las carreras de caballos, de donde le viene su nombre: *Cancha-rayada*, por las rayas convencionales en él marcadas. El terreno que media entre Talca y los cerrillos de Baeza, se denomina por extensión Cancharrayada, pero su verdadero nombre al pie de los últimos, es el de « Campo de las Cruces. » El campo se conserva actualmente al natural, á pesar de estar cortado por numerosos cercos que entonces no existían, así como el bosquecillo sobre el estero de Baeza por donde atravesó el ejército español para formar su línea de batalla en Cancharrayada y marchar al ataque.

cos que dificultaban los movimientos tácticos. Las reservas á uno y otro flanco, estaban interceptadas por los cerrillos, y el espacio estrecho para los despliegues no se prestaba absolutamente para los cambios de frente, y rota la primera línea envolvía necesariamente á la segunda y á las reservas (Véase el plano). Estos defectos, que eran la consecuencia de su marcha estratégica y respondían á un objetivo inmediato, cual era detener la marcha é interceptar la retirada del enemigo á efecto de obligarlo á la batalla en el mismo día ó en el siguiente, sólo tenían gravedad por no corregirlos en tiempo. San Martín, como general experto, conocía perfectamente una de las reglas más elementales de la guerra, cual es, que á la vista del enemigo no debe conservarse la posición en que se anochece, á menos de que ésta no sea muy ventajosa para todas las eventualidades. Cuando quiso corregir estos defectos ya era tarde, como lo era cuando inició su marcha envolvente de flanco, y estos dos errores ó retardos decidieron del éxito de la campaña.

El sol, que en aquellas latitudes en esta época del año se pone antes de las 6 de la tarde, al desaparecer en el horizonte tras la cordillera de la costa, dejó el campo envuelto en una oscuridad profunda; espesos nubarrones entoldaban el cielo interceptando hasta la luz de las estrellas. Eran como las 8 de la noche, cuando San Martín, prevenido por un espía de que el enemigo intentaba una salida, resolvió cambiar de posición para burlar su intento y adoptar una formación más conveniente para recibirlo. En consecuencia, dió orden al ingeniero Arcos de que se encargase de ejecutar la operación situando el ejército en tres líneas con frente al sudeste, retirada el ala izquierda comprometida, y apoyada la derecha sobre el camino de Talca á Santiago. La primera división ocupó rápidamente su posición en el orden en que estaba formada, quedando su frente cubierto por un zanjón que se prolongaba á su espalda y protegía su flanco derecho sobre el

camino indicado, y de este modo formaba un ángulo obtuso con la segunda división que se mantenía en su puesto. Como esta maniobra tenía que practicarse alternativamente por el frente de la línea á causa de la estrechez y la naturaleza del terreno, la segunda línea tardó en efectuarlo, y eran ya como las 9 de la noche, cuando llegó desolado un vecino de Talca y avisó que el ejército español estaba formado en la plaza de la ciudad y se disponía á atacar á los independientes. Pocos momentos después, una partida de caballería en observación sobre el frente, daba la señal de alarma, anunciando con una descarga que el ejército realista avanzaba en son de ataque. Era una verdadera sorpresa que se efectuaba en el momento crítico en que los patriotas cambiaban de posición y todas sus divisiones aisladas unas de otras no podían ni aún concertar la defensa. Además, el cansancio de las marchas y el descalabro de la caballería en la tarde, predisponían los ánimos al pánico, y faltaba en tal situación hasta la fuerza moral para resistir.

VIII

Los jefes realistas habían aprovechado activamente las dos horas perdidas por San Martín. Convencidos de que las luces del nuevo día alumbrarían su derrota y que sólo un milagro ó un golpe de fortuna podía salvarlos, invocaron á la divinidad protectora de sus ejércitos y fiaron su suerte á las sombras de la noche. Al bajar de las torres, desde las cuales habían observado las maniobras de los patriotas y convencídose de su gran superioridad, celebraron al oscurecer una junta de guerra en la sala capitular del convento de los domínicos. Todos fueron de opinión de que una batalla campal les sería adversa; pero unánimemente se pronunciaron por la resistencia. Osorio, que desde que emprendió su retirada de Camarico se

inclinaba á retroceder hasta Talcahuano, propuso continuarla hasta este punto, reembarcarse en él con el grueso del ejército según el plan trazado con el virrey, para efectuar la invasión por Valparaíso, cubriendo la línea del Maule con un cuerpo de observación que ocultase este movimiento. Ordóñez combatió enérgicamente este plan, y demostró, que aun siendo bueno, era imposible, por cuanto antes de atravesar el Maule serían irremisiblemente destruídos y activamente perseguidos por una caballería superior en número y calidad; opinó que sólo un golpe de audacia podía salvarlos, haciendo una salida durante la noche, para caer de sorpresa sobre el campo enemigo, y ofrecióse á ejecutar personalmente la empresa. La mayoría de los jefes apoyó este parecer. Osorio, irresoluto, defirió á su voto, manifestando que su esperanza estaba en el favor del cielo y en la intercesión de la virgen del Rosario, patrona jurada de las armas españolas, y se retiró á orar en la iglesia del convento (27).

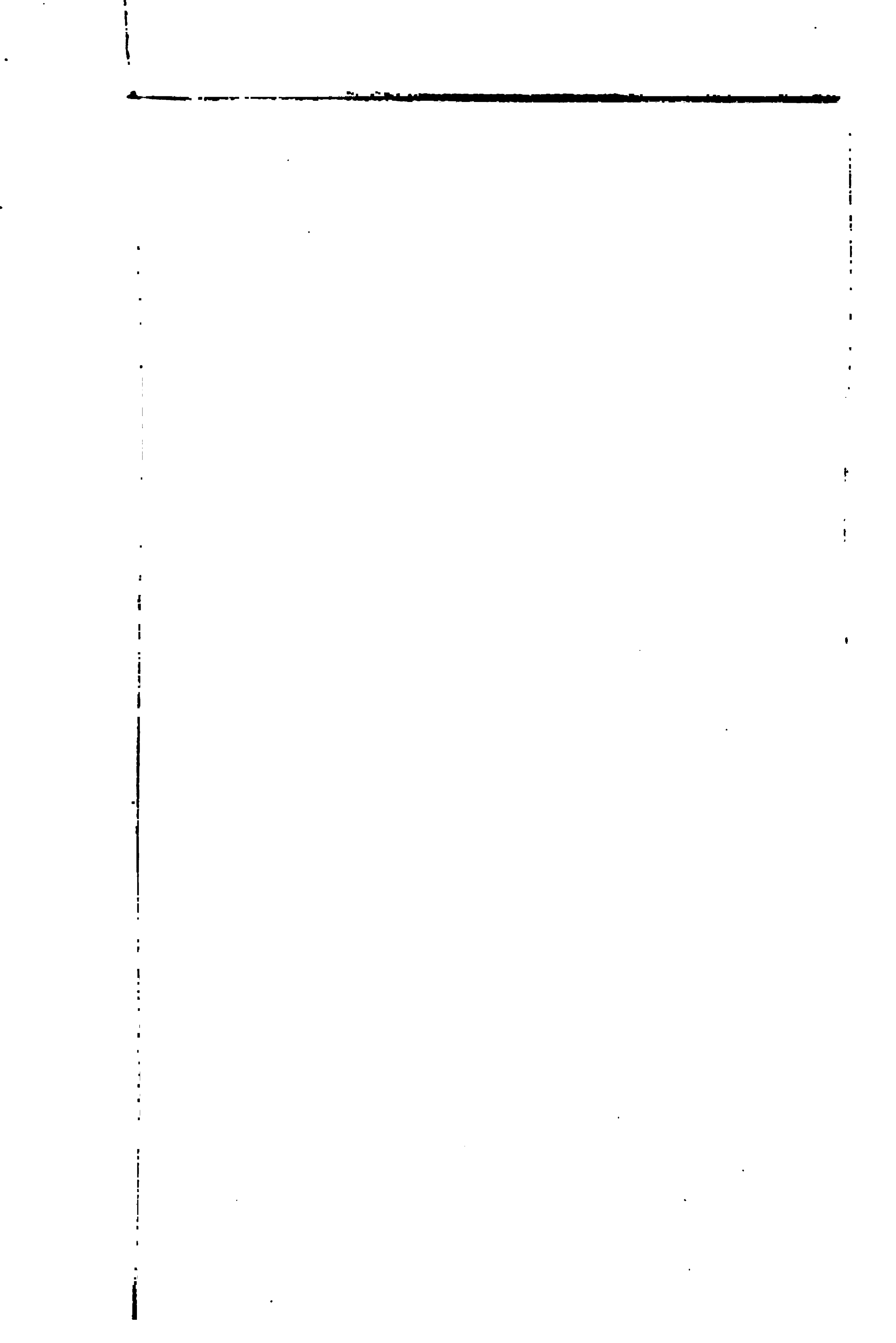
Á las 7 1/2 de la noche revistaba Ordóñez la columna expedicionaria, y la proclamaba infundiéndole su heroico espíritu. Á las 8, desplegaba la línea de masas en el llano de Cancharrayada en tres divisiones centrales de dos batallones

---

(27) Todos los historiadores, sud-americanos como españoles, dan noticia de esta junta de guerra y concuerdan en sus detalles, pero ninguno de ellos menciona la opinión manifestada por Osorio. El coronel de « Lanceros del Rey », jefe español que concurrió á la junta y cayó posteriormente prisionero en Maipu, la refirió á los patriotas, y entre ellos al general Espejo, quien ha consignado la noticia en su biografía inédita del coronel Pringles. M. S. El general Osorio en su parte detallado de Cancharrayada, confiesa que estaba perdido y confirma lo improvisado de la operación : « El aparato y movimiento con que se presentó » el enemigo, manifestaba bien claramente que no había perdido tiem- » po desde que entró en el reino para sostenerlo á toda costa; la orga- » nización é instrucción de los cuerpos y buen manejo de su artillería, » ratificaban esto mismo, y á no mediar una determinación tan pronto » meditada como bien ejecutada, sin duda hubiéramos sido víctimas » de la muchedumbre. » Parte de Osorio de 21 de marzo 1818, pub. en la « Gaceta » de Lima (Arch. San Martín, vol. XXII.)

cada una y dos escuadrones de caballería en ambas alas. Tomó el inmediato mando de la columna central con el Burgos y el Arequipa; dió el de la derecha, compuesta de las compañías y granaderos, á Primo de Rivera, y el de la izquierda con el Concepción y el Infante don Carlos al coronel Bernardo Latorre. En este orden, hizo la señal de marcha y avanzó silenciosamente en medio de la oscuridad, guiándose por los fuegos del campo patriota, que el general O'Higgins había hecho encender á vanguardia de las líneas para alumbrar el terreno. La columna de la derecha, que era la más avanzada en razón de la menor distancia que recorría por la oblicuidad de la línea en su punto de partida, recibió los fuegos de la partida de caballería patriota que dió la señal de alarma. El resto aceleró su marcha, y siguió en perfecto orden con resolución y confianza. Al aproximarse á la altura en que al anochecer habían visto formada la primera línea patriota, encontraron desocupado el terreno, y á poco andar fueron recibidos por sucesivas descargas cerradas que les derribaron más de cien soldados muertos y varios oficiales, y entre ellos el coronel del Concepción Juan José Campillo. Era O'Higgins que resistía con la segunda línea. Casi al mismo tiempo otra descarga recibía al extremo izquierdo de la línea atacante, que venía más retrasada. Era una compañía destacada por Las Heras, al mando del capitán Dehesa, que con arreglo á sus instrucciones apagaba sus fuegos y se replegaba á la nueva posición de la división derecha. Hubo un momento de vacilación en las filas españolas, y sin la presencia de espíritu de Ordóñez que se puso á su cabeza y alentó á todos con su ejemplo cargando intrépidamente á la bayoneta, tal vez hubieran desistido de su empresa.

El general O'Higgins, á la cabeza de los batallones núm. 1.° de Cazadores y 7.° de los Andes y el núm. 2.° de Chile, que formaban la segunda línea, sostuvo con denuedo el desigual combate, cayendo muerto de un balazo el caballo que monta-



ba y recibió una herida en el codo á tiempo que subía sobre otro que le presentaba uno de sus ayudantes. Desde este momento, todo fué confusión en el campo patriota. La artillería de la izquierda quedó abandonada, los granaderos á caballo despertados al ruido de las descargas se dispersaron poseídos de pánico. La caballería de la derecha se replegó en desorden al cuartel general situado más á retaguardia en la falda occidental de los cerrillos. El batallón núm. 1.° de Chile que ocupaba el centro, se desorganizó, y replegóse sobre el núm. 8 que formaba la reserva, siendo recibido á balazos en los primeros momentos por considerarlo enemigo. El comandante Alvarado que con el núm. 1.° de cazadores de los Andes cubría la izquierda, considerando inútil toda resistencia en la posición que ocupaba, tuvo la inspiración del momento: mandó avanzar de frente inclinándose sobre su derecha, dió un rodeo, y pasando atrevidamente por el flanco derecho del enemigo se corrió por su retaguardia en busca del ala derecha cuya nueva posición conocía, y al aproximarse sufrió una descarga que le derribó 21 hombres; pero reconocido luego como amigo, se incorporó á ella. El núm. 2 de Chile, mandado por el mayor José Rondizzoni, distinguido oficial italiano del ejército de Napoleón, que ocupaba el extremo opuesto, tuvo la misma inspiración, y describiendo una curva á retaguardia fué á reunirse con Alvarado sobre el flanco izquierdo del enemigo. (Véase el plano.)

Ordóñez, prosiguiendo su victoria trepó por su extremidad sud los cerrillos de Baeza y mandó romper el fuego en todas direcciones, esparciendo el espanto en las informes masas contrarias. Las balas del cerro llegaban hasta el cuartel general situado al pie, y una de ellas mató al lado de San Martín á su ayudante Juan José Larrain, miembro de la patriota familia chilena del mismo nombre, que lo acompañaba como voluntario. El general, despechado, se negaba á alejarse del fuego, y parecía haber perdido su habitual sangre fría; pero

pronto reaccionó sobre sí mismo y comenzó á dictar con precisión las órdenes convenientes para salvar al menos las reliquias de su disuelto ejército, mandando retirar la reserva y concentrarse en el cerrillo del norte, y al efecto empeñó un corto y desordenado combate; pero vióse muy luego obligado á ponerse en retirada con los dispersos, perseguido muy de cerca. O'Higgins le siguió con el resto de su división y la artillería de reserva, y ambos atravesaron sucesivamente el Lircay en la noche. Todo parecía perdido (28).

IX

Eran las 11 de la noche. La luna de otoño aparecía en aquel momento en el cielo sombrío, esparciendo una pálida claridad sobre el campo antes ocupado por el ejército argentino-chileno, que yacía en profundo silencio. Á la distancia se oían algunos tiros, y las carreras de la caballería realista que perseguía á los fugitivos. Mientras tanto, la división de la derecha que había cambiado de posición á las 8 de la noche, reforzada con los batallones 1.° de cazadores de los Andes y núm. 2 de Chile, permanecía formada sobre la izquierda de

(28) La narración de esta parte se funda en los siguientes documentos y testimonios : 1.° Campaña de Cancharrayada, relación escrita en 1841 por el Gral. Las Heras. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI). — 2.° Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile », en que se sigue el « Diario » M. S. del Gral. O'Higgins, t. IV, p. 273 y sig. — 3.° Memoria del Gral. Alvarado. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII). — Torrente : « Hist. de la Rev. Hisp. Amer. », t. II, p. 421 y sig. — 4.° Sanfuentes : « Chile desde Chacabuco hasta Maipo », p. 99 y sig.— 5.° Camba : « Memorias », etc., p. 264. — 6.° Parte de San Martín sobre Maipu. — Informes verbales de los generales Las Heras y O'Brien, edecán éste de San Martín y Zapiola; el ingeniero del ejército de los Andes Antonio Arcos; coronel de la artillería argentina en Cancharrayada, Pedro R. de la Plaza y general Blanco Encalada, jefe de la artillería chilena en la misma. — Hemos tenido presente el parte detallado del Gral. Osorio sobre Cancharrayada, antes citado.

los vencedores en la sorpresa, abrigada al frente y al flanco por el barranco antes señalado. Á su frente se divisaba una masa negra, que permanecía inmóvil : era un escuadrón que estaba en observación, y que por varias veces dió el *¿quién vive?* á la línea confusa que percibía á su costado, sin acertar á distinguirla. La división que no había podido tomar parte en la acción permanecía en inacción y silencio. No tenía quien la mandase. Su jefe, el coronel H. de la Quintana había acudido en los primeros momentos á tomar órdenes del cuartel general, y no parecía. En tal situación, los jefes en junta de guerra, resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos. Las Heras, asumió el mando con serenidad, penetrado de su gran responsabilidad. Pidió una noticia verbal de la fuerza, y resultó que podía contar con 3,500 hombres. Mandó preguntar al comandante Blanco Encalada, jefe de la artillería, cuál era su estado y le fué contestado que no tenía ni un cartucho por pieza, por haber agotado sus municiones en el cañoneo de la tarde. No contaba, pues, con artillería, ni tampoco con un solo soldado de caballería. La situación era apurada; pero tenía cinco batallones de infantería intactos con cincuenta tiros en la cartuchera, y esto bastaba para pelear en caso necesario. Dispuso entonces que la artillería, que ocupaba el flanco derecho, pasase á vanguardia para ponerla en salvo. Con los batallones 11.° y 7.° de los Andes, Cazadores de Coquimbo y núm. 1.° de Chile, formó una columna en masa, pregonando á la sordina un bando de pena de la vida al que se separase á diez pasos de los flanqueadores. Á retaguardia, colocó el batallón núm. 1.° de cazadores de los Andes para cubrir la retirada. En esta disposición, rompió la marcha, á las 12 3/4 de la noche, siguiendo el camino de Talca á Santiago recorrido en la tarde por el ejército español, y atravesó el Lircay, perseguido por el escuadrón realista, al que contuvo con su actitud en el vado,

Al amanecer el día 20 la columna de Las Heras se hallaba á 26 kilómetros del campo de batalla. Dió una hora de descanso á su tropa, y pasó una revista, resultando de ella que en la noche se habían dispersado como 500 hombres. Á las 10 de la mañana continuó su marcha y á poco andar se encontró con algunas municiones de artillería extraviadas, con las cuales dotó sus piezas, disponiéndolas convenientemente á los flancos y la retaguardia de un cuadro de columnas, que circundó por cortinas de tiradores, formadas al efecto. Hacía dos días que no comían. Dos soldados acosados por el hambre separáronse de la columna y robaron una gallina. En cumplimiento del terrible bando, fueron fusilados en el acto, y la columna pasó á tambor batiente sobre sus cadáveres. Á las 5 de la tarde llegó á Quechereguas, en cuya hacienda se fortificó en disposición de resistir todo ataque. Á las 12 de la noche, atravesó el Lontué, y el 21 al amanecer acampaba sobre la margen derecha de este río y continuó su fatigosa retirada. Á medio día llegó al estero de Chimbarongo, y allí tuvo noticias de que el general San Martín unido con O'Higgins se hallaba en San Fernando, reorganizando el batallón núm. 8 y reuniendo la caballería que había cruzado en desbande el Lontué (29).

El general salió al encuentro de la columna de Las Heras, para darle las gracias por su valerosa comportación, dirigiéndole palabras de aliento, que fueron contestadas con aclamaciones, y ordenó al coronel que continuase su marcha hacia Santiago. De regreso á San Fernando, encontró allí á O'Higgins, presa de la fiebre, á consecuencia de la herida, que se disponía á pasar á la capital para reasumir el mando. El cirujano Paroissien, que lo curaba, decíale, que mientras estuviesen en pie las Provincias Unidas no había por qué perder

(29) Relación de Las Heras, antes cit. M. S.

la esperanza. O'Higgins le contestaba con entereza, que miéntras tuviera un soldado, pelearía en Chile. En cuanto á San Martín, escribió desde allí su conciso parte de la derrota en términos francos y varoniles : « Campado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca, fué batido por el enemigo, y sufrió una dispersión casi general, que me obligó á retirarme. Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues cuento ya 4,000 hombres desde Curicó á Pelequén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería de los Andes, pero conservamos la de Chile » (30). Los caracteres se ponían á prueba y reaccionaban contra la derrota. El director Pueyrredón al recibir la noticia escribía desde las márgenes del Plata : « Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche » del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar » los quebrantos. Nunca es el hombre público más digno de » admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior á » la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido » que quede al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es un » suceso muy común, y la que hemos padecido cerca de Talca, » será reparada en muy poco tiempo » (31).

La jornada de Cancharrayada costó poca sangre. Los patriotas habían perdido como 120 muertos, además de los dispersos y prisioneros, 22 piezas de artillería, cuatro banderas y todo su parque; pero el núcleo del ejército argentino-chileno estaba salvado, y con él la causa de la independencia americana, que habría sucumbido á haberse posesionado entonces los españoles de Chile. La pérdida del ejército realista

(30) Doc. del Arch. general, M. S. Un parte idéntico pasó al gobierno de Chile, que ha sido publicado íntegro por Barros Arana, t. IV, p. 294.

(31) Carta del director Pueyrredón á San Martín en Buenos Aires de 9 de abril de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

fué mayor en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fué igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, quedando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras (32).

X

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó á Santiago en la tarde de 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo del ejército, y entre ellos el mariscal Brayer, jefe del estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba á San Martín por muerto; y algunos aseguraban haber visto su

(32) Torrente, que siempre exagera las pérdidas de los independientes, disminuyendo la de los realistas, dice en su « Hist. de la Indep. Hisp. Amer. » « La pérdida de los realistas no bajó de 300 hombres entre muertos y heridos. » Más adelante agrega : « El ejército enemigo tuvo una baja de 500 muertos », t. II, p. 425. — El general realista Osorio, explicando su retardo, confiesa en el parte detallado de Cancharrayada antes citado, la pérdida de 150 hombres de su ejército entre muertos y heridos, y no determina la de los patriotas, limitándose á anunciar tres días después de la acción : « La pérdida del enemigo no ha sido posible averiguarla á punto fijo », lo que indica que fué menor que la mínima que él da. En cuanto á su dispersión, cansancio y mal estado, dice en su parte de 17 de abril de 1818 al virrey del Perú, publicado como el anterior en la Gaceta de Lima : « Regresé á Talca (el 21 de » marzo) con lo restante del ejército para recoger crecido número de » dispersos, arreglarlo todo de nuevo, porque habiendo sido la acción » de noche, era preciso que así sucediese, á pesar del celo para llevar las » columnas ordenadas en lo que permitía la oscuridad, en que son inex» cusables esta clase de desórdenes, hallándose por otra parte la caba» llería en absoluta imposibilidad de hacer marchas forzadas por lo mu» cho que había padecido y estar mal montada. » Torrente confirma el hecho de la dispersión con estas palabras : « No fué menor el desorden » de los soldados realistas, á los que no fué posible organizar hasta la » mañana siguiente. Sólo el comandante del Arequipa supo mantener » ordenado su cuerpo bisoño, y formar un punto de reunión para los » dispersos. » Ob. cit., t. II, p. 425.

cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública, y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡ viva el rey ! y se anunciaba en voz baja la próxima llegada á la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían á emigrar á Mendoza ó fugaban á refugiarse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemigo habría bastado para rendir la plaza (33). Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena para congraciarse se apresuraban á abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago (34).

El gobierno, conturbado, no acertaba á dictar medidas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, á la vez que hacía retirar al norte los caudales públicos para ponerlos en salvo (35). El director delegado Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente á la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno

(33) Como en todos los hechos históricos que pasan en el mundo, nunca falta un inglés que dé testimonio de ellos, — como sucedió en el combate de San Lorenzo, — un viajero inglés, que á la sazón se hallaba en Santiago por asuntos de comercio, ha descrito las escenas de esta noche en su libro titulado : « Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú » by Samuel Haigh, p. 195.

(34) Vicuña Mackenna : « La batalla de Maipo » en « Rel. Hist. » primera parte.

(35) Barros Arana : « Hist. de la Indep. » t. IV, ps. 307-308.

de « Infantes de la Patria » y la artillería que guarnecía á Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillota, Melipilla, Aconcagua y Petorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección (36). No encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, á que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando, reuniendo sus dispersos. El director delegado que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente á ellos.

Interpelado por él Brayer que se hallaba presente, para que como actor en la sorpresa de Cancharrayada expusiese su opinión, el general, después de titubear un momento, contestó que « no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida. » Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscal de Napoleón. Entonces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del gobierno argentino había sido invitado á tomar parte en la deliberación. « No puede juzgar, dijo, del » estado del ejército en retirada, el que ha dejado el campo » bajo la impresión de un desastre. Yo puedo asegurar que » el general San Martín, aunque obligado á replegarse, dicta » las más premiosas órdenes para la reconcentración de sus » tropas. No hay, pues, razón para temer que no veamos » pronto á nuestro ejército en estado de combatir y de con» quistar la victoria con el apoyo y energía del país, decidido » á todo sacrificio para sostener su independencia » (37). Á pe-

(36) Ofi. del director Cruz á San Martín de 22 de marzo de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVI.)

(37) Guido : « Reminiscencias », en la « Revista de Buenos Aires », t. III, ps. 326-327.

sar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4,000 hombres. Pocos dieron crédito á estas palabras, y la población poseída de pánico se disponía á tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado á ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la tragedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fué éste, el doctor Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del sud, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado antes. (Véase cap. X, § IV y V.) Nombrado auditor de guerra del ejército, su carácter díscolo, que se avenía mal con toda regla, dió motivos para separarle de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de Carrera, ó lo que es lo mismo, en romper la alianza argentino-chilena, cuando San Martín que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del gobierno argentino á fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo á emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó á caballo en las calles de Santiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiéndole su espíritu anárquico y patriótico; se hizo seguir por la multitud entusiasmada y pidió á gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fué el primero en tomar la palabra: « El orgulloso ejército patriota » que existía hace una semana, y en el cual fundábamos » nuestras esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el general O'Higgins ha muerto, y que el general San Martín abatido y desesperado, no piensa más que en atravesar los » Andes. Es preciso, chilenos, resignarnos á perecer en nues-

» tra propia patria defendiendo nuestra independencia con » el heroísmo con que hemos afrontado tantos peligros. »

Esta peroración tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia á salvarlos, y á los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado unánimemente coadjutor en el gobierno en consorcio con el director delegado Cruz (38). El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su cólega en el gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales á la capital, proclamas ofreciendo pasaportes á los cobardes que quisiesen abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón á los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado « Húsares de la Muerte », vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó á dar temple á la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno

(38) Véase Sanfuentes : « Chile desde Chacabuco hasta Maipo », pág. 141 y sig.

político-militar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban á reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticia de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche á caballo, para tomar posesión del gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaba su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, á que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. « He visto todo, dijo, y abrigo la profunda con» vicción de que hemos de salir vencedores en la primera » batalla ». Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron á acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles á los comerciantes ingleses á cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó á funcionar activamente elabarando municiones. Ante la reaparición del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver á reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará á su tiempo.

X

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín á Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos á caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en

hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar á los suburbios de la ciudad, salió á su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde á caballo, le dijo con voz conmovida: « Mis amigos me han abandonado, pero recobraremos » lo perdido y arrojaremos del país á los chapetones ». Al anuncio de su llegada, se echaron á vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase ó hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo á la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: « Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es » dado al hombre evitar, hizo sufrir á nuestro ejército un » contraste. Era natural que este golpe inesperado y la in- » certidumbre os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de vol- » ver sobre vosotros mismos, y observar que el ejército de » la patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; » que vuestros compañeros de armas se reunen apresurada- » mente y que son inagotables los recursos del patriotismo. » Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrinchera- » mientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de » 4,000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y » triunfará, y yo empeño mi palabra de honor de dar en » breve un día de gloria á la América del Sur ». El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la expresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un *roto*, se le acerca, y exclama: « Mi general, un abrazo! » Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo,

pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daría muchos soldados, échó pie á tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud (39). Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el gobierno expidió una circular á los departamentos, pidiendo un auxilio de 4,000 mulas y víveres: « El general ofrece con su cabeza no » dejar una de las del enemigo, si los ciudadanos del Estado » creen en su palabra ; pero pide por condición precisa que » lo ayuden en la esfera de sus alcances. El gobierno lo pa» gará todo religiosamente » (40).

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el jalaomiento del general, á que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse á Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes, indicó que antes de tomar una determinación era necesario oir el informe del jefe del parque, á fin de conocer los elementos de guerra con que se contaba para seguir uno ú otro plan. El general mandó llamar á Beltrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: « ¿Cómo estamos de municiones? » El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente : « Hasta los techos ! » La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín que lo sabía, y tenía su idea, se dió por satisfe-

---

(39) La tradición y el testimonio escrito de varios testigos presenciales ha conservado todos los incidentes y gestos de estas escenas. Véase Haigh: « Skechets, etc. », cit. p. 199. — Barros Arana : « Hist. de la Indep. » t. IV, p. 325. — Vicuña Mackenna : « Rel. Hist. », 1.ª parte, art. « Maipo.» — M. Olazábal : « Ep. de la guerra de la Indep. », ps. 28-29.

(40) Circular de 25 de marzo de 1819 á los departamentos de los Andes, Aconcagua, Quillota y Melipilla. M. S. Apud. Barros Arana, « Hist. de la Indep. », t. IV, p. 327.

cho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta actitud al enemigo y librar una batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Beltrán pedía al gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres ni niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos (41). Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, establecióse un campo de instrucción á diez kilómetros al sud de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque, la escuela disciplinaria de Mendoza y de las Tablas volvía á abrirse. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió á renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada á la fortuna. Para mostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua á veinte y cuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago á la Serena marcando con ellos el itinerario de una

---

(41) Informe verbal del general Espejo.

retirada posible hacia el norte. El intendente del ejército al cumplir estas instrucciones decía : « Las precauciones toma» das para un caso funesto, son siempre prudentes en un » general, aún cuando tenga la superioridad de las ar» mas » (42). El coronel Luis de la Cruz fué encargado de organizar en este sentido las provincias del norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada á Coquimbo, y hubiese que trasmontar la cordillera, establecíase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja, cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas (43). Á los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto á renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos (44) con cerca de 4,000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno con más de 1,000 jinetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5,000 hombres de línea (45).

---

(42) Nota del intendente F. de B. Fontecilla de 1.º de abril de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(43) Of. de O'Higgins al gobernador de los Andes de 31 de marzo de 1818. M. S. apud. Barros Arana.

(44) *Batallones chilenos* : — Núm. 1.º de Chile, núm. 2 de id., núm. 3 de id., Infantes de la Patria y Cazadores de Coquimbo. — *Batallones Argentinos* : Núm. 1.º de Cazadores de los Andes, núm. 7 de id., núm. 8 de id., núm. 11 de id. — *Regimientos de caballería argentina :* Granaderos á caballo y Cazadores de id. — *Regimientos chilenos* : Cazadores de Chile y Escolta del Director. — Dos escuadrones de artillería chilenos y dos argentinos.

(45) Faltan datos para fijar con precisión la fuerza del Ejército Unido en esta fecha, pero las cifras que se dan son aproximadamente exactas. Según of. de Guido de 29 de marzo de 1818 (M. S. del Arch. gral.), la columna con que se incorporó Las Heras constaba de 3,500 infantes, aunque otros sólo le asignan 3,000; pero como según él mismo, existían ya allí dos batallones, el número total de esta arma debía alcanzar á 4,000 plazas más ó menos. Los Granaderos y Cazadores á caballo reunidos en esa fecha alcanzaban á 500 según él mismo y agregando los de Chile, formarían un total como de 1,000 hombres. Agregando los artilleros se tiene el total general de más de 5,000 hombres apuntado en el texto. Esta es la fuerza que le asigna en globo Olazábal en su

El general de los Andes, seguro esta vez de vencer, le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.

« Ep. de la guerra de la Indep. », p. 39. — El general Las Heras, en una relación M. S. de la batalla de Maipu, dice : « El ejército de la patria apenas podría llegar á 4,500 hombres en nueve batallones, cuatro escuadrones de granaderos, dos escuadrones de cazadores, y dos de lanceros. »

CAPÍTULO XVIII

MAIPU (1).

AÑO 1818

El ejército realista después de Cancharrayada. — Apertura de la campaña de Maipu. — Combate de vanguardia. — El ejército realista atraviesa el rio Maipo. — Su marcha estratégica. — Teatro de las operaciones. — Planes y maniobras de San Martín. — Batalla de Maipu. — Derrota del ejército realista y sus resultados. — Error de San Martín después de Maipu. — Importancia americana de la batalla de Maipu. — El virrey del Perú se pone á la defensiva. — Osorio se sostiene en el sud de Chile. — Se reabren las hostilidades al sud del Maule. — Combate del Parral y de Quirihue. — Ataque de Chillán. — El coronel Lantaño. — Desmantelamiento de Talcahuano. — Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu.

I

La sorpresa de Cancharrayada, como sucede en los encuentros nocturnos, no fué decisiva y la dispersión fué tan considerable de una parte como de otra. Esto explica por qué el ala izquierda y la reserva patriota no fué activamente per-

(1) Los nombres históricos de lugares, deben escribirse tal como la geografía, ó los documentos correlativos los consignan, pues si hubiera de hacerse remontando al origen de las palabras ó á sus raíces para ello, la historia se convertiría en un tratado de etimologías, que á la vez haríala

seguida y que la columna de Las Heras, no obstante haber sido sentida, efectuase su retirada débilmente hostilizada,

---

ininteligible. Pero sucede en este caso, que la batalla de Maipu, en que combatieron unidos argentinos y chilenos, los primeros la llaman ***Maipo*** ó ***Maypo***, y los segundos ***Máipu*** ó ***Maipú***. El lugar en que se dió la batalla se llama geográficamente desde el tiempo de la conquista, el *llano de Maipo*, y ***Maipu*** y ***Maypo*** el río que lo limita al sud, según puede verse en las Actas capitulares de la fundación de Chile en 1545, y Ovalle, « Histórica Relación del reyno de Chile », año 1646, en la pág. 21 y en el mapa que la acompaña. Los argentinos le agregaron el acento con que los pehuenches y algunas tribus de la pampa modifican la pronunciación de las palabras de la lengua araucana, no obstante no ser esta palabra usada por ellos. La etimología de la palabra es conocida ; viene de *mapu*, tierra, patria, habitación, pueblo, que se conserva en toda su pureza primitiva, y así la escriben todos los que han tratado de la lengua Araucana (Véase Valdivia : « Arte y vocabulario de la lengua de Chile », año 1606. — Havestadt : « Childúgu, sive tractatus linguæ chilensis », año 1717, vol. II, p. 707. — Febres : « Arte de la lengua gral. del reyno de Chile », año de 1777.) — Al pasar al oriente de la cordillera, la acentuación de la palabra se altera, y los pehuenches pronuncian mapú, y así llaman á la región que habitan *mamill-mapú*, de *mamull*, lares y *mapu*, tierra ó campo, según puede verse en el « Viaje » de Luis de la Cruz, Col. de Angelis, t. I, p. 42. Los indios pampas la pronuncian con el acento grave y la usan en la misma acepción que los pehuenches. — *May*, tomado aisladamente, ó es una partícula que se pospone para dar significación á ciertas palabras, que en un caso sirve para afirmar, ó es el adverbio, *pues*. — ***Maipún***, es verbo, y según Havestadt, significa, « terram fubigere, prosundere, arare » ; según Febres, significa también romper la tierra ó ararla ó allanarla, siendo probable que ***Maipun*** ó tierra cultivada, se llamase el sitio en su origen. — En un principio se usaron indistintamente las denominaciones de Maipu, Maypo y Maipú para designar la batalla. San Martín, en sus partes oficiales de la batalla, escribe ***Maipu*** ; pero en otros documentos, escribe indistintamente ***maipo***, ***maipu*** y ***maipú***. El gobierno de Chile, en su decreto de 10 de mayo de 1818 (Gac. minist. de Chile, núm. 44) al determinar las leyendas de las medallas y escudos de premio á los vencedores, dice : ***Maypu***, pero en las medallas de oro y plata para los jefes y oficiales se esculpió : ***Maypo*** ; en el escudo de paño grana para los sargentos y cabos, se bordó ***Maipú*** con letras de oro, y en los de la tropa, ***Maipu*** con letras de plata en paño azul. El Congreso argentino en su ley de mayo 8 de 1818, al mandar grabar una lámina conmemorativa del hecho, emplea constantemente la palabra Maypo; y el poder ejecutivo, al conceder al ejército cordones de honor por él, dice « llanuras de Maypo ». — La costumbre ha hecho prevalecer el nombre de Maipú en la República Argentina, mientras en Chile se ha conservado inalterable el nombre geográfico de Maypo. —

teniendo ambas que salvar el serio obstáculo del río Lircay. Al amanecer del día 20, todo era confusión en el campo de los vencedores, y sólo se veía reunido el batallón de Arequipa, mandado por su comandante José Ramón Rodil, destinado á ser el último que mantuviese enarbolada la bandera española en el continente americano. El general en jefe del ejército español, al recorrer el campo de la acción y estimar los despojos ópimos de la victoria á que no había concurrido, pudo cerciorarse al mismo tiempo, que en muertos y heridos le tocaba la peor parte. Como 400 cadáveres estaban tendidos en el campo, y de ellos, inclusó 15 oficiales, más de la mitad eran realistas. La retirada de Las Heras, lo dejaba lleno de cuidados y le impedía medir la importancia de las respectivas fuerzas organizadas. Por otra parte, su caballería, muy inferior en número y calidad, estaba fatigadísima y muy mal montada. Á pesar de esto, todo le aconsejaba seguir adelante para recoger los frutos de la victoria, y cediendo al primer impulso, vadeó el Lircay y avanzó hasta Pangue. Desde este punto, desprendió al mando de Ordóñez una columna de dos batallones, dos escuadrones y tres piezas de artillería de montaña, regresando con el resto á Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó á Quechereguas el 21, Las Heras, que le llevaba una jornada ganada, había cruzado el Lontué. De allí para adelante, era necesario prepararse una campaña formal, y en estos preparativos se pasaron cuatro días (2). El 24 pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército é incorporarse á su van-

---

Tratándose de un hecho en que la gloria es común de dos pueblos, ambos debieran uniformar su nomenclatura histórica. — Para armonizar estas disonancias, hemos adoptado escribir Maipu, que no cambia la fisonomía ortográfica de la denominación argentina y se diferencia muy poco de Maipo en su sonido, ajustándose más á su etimología, *mápu*.

(2) Véase la nota del capítulo XVII en que se explican las causas del retardo de Osorio.

guardia en Quechereguas en el siguiente día, cuando el Ejército Unido, rehecho en número de 4,000 hombres se replegaba sobre Santiago para esperarle. La nueva campaña estaba abierta.

Desde Quechereguas empezó el general español á dudar de la importancia de su victoria. El ejército independiente había desaparecido de su frente, pero sabía que una columna, que componía la mitad de él, habíase retirado hecha del campo de batalla. No pudo dar alcance á ningún grupo importante, y sus partidas avanzadas apenas consiguieron tomar algunos dispersos aislados. El país estaba desierto, los caminos inundados por el desborde de las acequias que los patriotas habían roto al retirarse, y nadie le suministraba noticias de la posición del enemigo. Venciendo dificultades y marchando á ciegas, llegó el 26 á orillas de Teno, y sólo el 28 alcanzó á San Fernando, que encontró abandonado y exhausto de recursos de movilidad. Desde este punto empezó á tentar el terreno, y al efecto, hizo adelantar un destacamento de 200 hombres de caballería, cuya avanzada encontróse el día 30 en la Requinoa con otra de 60 granaderos á caballo de la vanguardia patriota de Rancagua que cubría la margen derecha del Cachapoal. La avanzada realista se puso en retirada; pero el capitán Miguel Cajaraville (argentino) que mandaba los granaderos, la persiguió hasta su reserva, á la que cargó valientemente acuchillándola y matándole 30 hombres, y entre ellos uno de sus jefes, cuya casaca fué remitida como trofeo al cuartel general (3). Este encuentro fué la primera noticia que tuvieron los realistas de que hallarían enemigo con quien pelear.

El 31 de marzo, el ejército realista, fuerte de 5,500 hombres, atravesó el río Cachapoal, límite de la antigua conquista

---

(3) Parte del comandante Santiago Bueras de 30 de marzo de 1818, incluido en of. de San Martín de 31 del mismo, imp. en h. suelta.

quichua sobre los araucanos. Osorio mandó explorar el terreno de vanguardia, midiendo más cautelosamente sus marchas, por manera que, sólo el 2 abril á la tarde pudo alcanzar á la margen izquierda del Maipo. En la mañana del 3 cruzó este río por el vado Lonquén, apartándose diez kilómetros al oeste del camino central que llevaba, y acampó sobre su margen derecha en una antigua hacienda de los Jesuítas denominada la Calera. Su plan de campaña era dominar por su frente el camino de Melipilla á Santiago, extenderse por su izquierda por el que de la Calera conduce á Valparaíso, amagando la capital por sud-oeste, y con este propósito avanzó hasta la hacienda de « Espejo », donde se estableció en la misma noche, reconcentrando allí sus bagajes (4).

---

(4) Véase el plano de la batalla de Maipu, Lam. núm. XI. Este plano ha sido coordinado, sobre la base de uno muy completo, confeccionado en 1818 sobre el campo, por el ingeniero del ejército de los Andes Bacler D'Albe, y confrontado con otro hecho en el mismo año en Buenos Aires por el ingeniero argentino José Arenales, según datos de San Martín á lo que parece, pues éste lo conservaba con cuidado entre sus papeles, y en él se encuentran algunos datos topográficos y tácticos que faltan en el de D'Albe. Además, he tenido presente un croquis rectificado por el general Las Heras con explicaciones del ingeniero del ejército Antonio Arcos. El plano de Maipu que Miller trae en sus « Memorias », que representa un simple é imaginario cambio de frente del ejército argentino-chileno, no tiene ningún valor histórico ni militar, carece de datos topográficos, y es radicalmente errado por lo que respecta á la formación del ejército realista. El que trae Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » da una idea general de la batalla, y me ha sido de alguna utilidad para determinar la formación de los españoles en sus posiciones y algunos de los movimientos de sus columnas. El que trae Gay en su « Hist. de Chile », es una imperfecta copia del plano de D'Albe, en que ha omitido pormenores de importancia que hacen precioso este documento gráfico. Además, hemos tenido presente un croquis anotado por el general Las Heras con explicaciones del ingeniero del ejército Antonio Arcos. Combinando todos estos elementos con los documentos históricos correlativos y nuestras observaciones sobre el campo de batalla, hemos coordinado el plano adjunto, que es simplemente el de D'Albe, complementado en algunas de sus partes y rectificado en algunos detalles, agregándole las explicaciones de que carecía.

El general realistas, vacilante como siempre, al saber que tenía á su frente en actitud de pelea al ejército que consideraba anonadado en Cancharrayada, reunió una junta de guerra el día 4, y propuso la retirada á Valparaíso, á la sazón bloqueado por la escuadra española, con el objeto de establecer una nueva base de operaciones que ofreciese mejores probabilidades de buen éxito. Sus principales jefes, y á su cabeza Ordóñez y Primo de Rivera, se opusieron enérgicamente; y quedó decidido que la batalla se empeñaría al siguiente día (5). La distancia que mediaba entre los ejércitos beligerantes no alcanzaba á cuatro kilómetros.

II

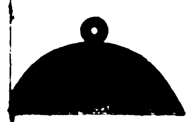
El teatro en que se desenvolvían estas operaciones, es una llanura, limitada al este por el río Mapocho que divide la ciudad de Santiago; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sud por el Maipo que le da su nombre. Hacia el oeste se levanta una serie de lomadas y algunos montículos que corren de oriente á poniente, y se destacan en monótonas líneas prolongadas en el horizonte, rompiendo la uniformidad del paisaje algunos grupos de arbustos espinosos en un campo cubierto de pastos naturales, y en lontananza, las montañas que circundan el valle y le dan su perspectiva. Al sud de Santiago, se prolonga por el espacio como de diez kilómetros, en la dirección antes indicada, una lomada baja de naturaleza caliza que por su aspecto lleva el nombre de Loma Blanca. Sobre la meseta de esta lomada

(5) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. II, p. 427.— Barros Arana: « Hist. de la Indep. » t. IV, p. 348. — Relación sobre la batalla de Maipu por el general Las Heras. M. S.

SCUDO



LLA Y CORDONES



REALISTA

Ejército Español.
mandada por Ordoñez.
andada por Morla.
la, mandada por Morgado.
on Cárlos,
,

ros,
Lanceros del Rey,
e Dragones de la Frontera,
zadores con reserva de Granaderos.
r, derecha y centro compuestas de los batallones.
te Don Cárlos», «Arequipa» y «Burgos».
ndicion de los restos del Ejército Realista.

evolucionaba el ejército patriota. En su extremidad oeste y á su frente, se alza otra lomada más alta, que forma un triángulo, cuyo vértice sud-oeste se apoya en la hacienda de Espejo, antes mencionada, conduciendo á ella un callejón en declive como de veinte metros de ancho y trescientos de largo, cortado por una ancha acequia en su fondo, y limitado á derecha é izquierda por viñas y potreros que cierran altos tapiales. Esta era la posición que ocupaba el ejército realista. Las dos lomadas están divididas por una depresión plana del terreno ú hondonada longitudinal como de un kilómetro en su parte más ancha y doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al este del vértice ó puntilla de las lomas del sud se extiende un grupo de cerrillos aislados, y entre ellos uno más elevado, en forma de mamelón, que hace sistema con el triángulo ocupado por los realistas. El vértice Este de esta posición, que era su parte más elevada, se destacaba como un baluarte, y hacía frente á un ángulo truncado fronterizo de la Loma Blanca, que lo flanqueaba por una parte y lo enfilaba por otra. (Véase el plano). En este campo iba á decidirse la suerte de la independencia sud-americana (6).

El general San Martín, situado en la extremidad este de la loma Blanca á diez kilómetros de Santiago, dominaba en su conjunción los tres caminos que comunican con los pasos del Maipo y amagaba el de Valparaíso, asegurándose una retirada, á la vez que cubría la capital por sus dos únicos puntos

---

(6) En dos ocasiones he reconocido el campo de batalla de Maipu : la una, acompañado del general Las Heras, principal actor en ella, y la otra, con los historiadores chilenos Barros Arana y Vicuña Mackenna que han descrito la batalla, sirviéndonos de guía un anciano de noventa años, dueño á la sazón de parte del terreno, que tenía 17 años el día de la batalla, que él presenció. En 1818 era un campo abierto, á excepción de la hacienda de Espejo rodeada de viñas, y potreros cercados. Al presente conserva la fisonomía inalterable que le imprimen los relieves del terreno y las largas líneas que lo señalan en el horizonte, pero cortado por cercas que entonces no existían.

vulnerables, la cual para mayor garantía hizo atrincherar, guarneciéndola con 1,000 milicianos y un batallón bajo la dirección de O'Higgins, á quien su herida impedía asistir al campo de batalla. Su plan era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo á combinaciones, si se presentaba por los caminos del frente; correrse por su flanco derecho si tomaba el de la Calera, é interceptarle el de Valparaíso, maniobrando á todo evento con seguridad sobre la meseta de la loma en terreno ventajoso para dar y recibir la batalla. Al efecto, dividió su ejército en tres grandes cuerpos formados en dos líneas : el primero á órdenes de Las Heras, cubriendo el ala derecha; el segundo á las de Alvarado á la izquierda ; y un tercero en reserva en segunda línea á cargo del coronel H. de la Quintana.

Confió á Balcarce el mando general de la infantería, reservándose el de la caballería y de la reserva. El primer cuerpo lo formaban los batallones núm. 11 de Las Heras (argentino), los Cazadores de Coquimbo, comandante Isaac Thompson (chileno); los Infantes de la Patria, comandante Bustamante, (chileno), el regimiento de caballería argentino Granaderos á caballo, á que se había agregado un escuadrón provisional de artilleros montados del ejército argentino por no tener piezas que servir, y la artillería chilena compuesta de 8 piezas de campaña á cargo del mayor Blanco Encalada. El segundo cuerpo lo componían : los batallones núm. 1.° de cazadores (argentino), de Alvarado; el núm. 8 de los Andes (argentino), comandante Enrique Martínez; el núm. 2 de Chile, comandante Cáceres; los Cazadores y Lanceros de Chile (argentinos y chilenos), á órdenes de Freyre (7) y Bueras, con

(7) El comandante Mariano Necochea era el jefe nato de los Cazadores de los Andes; pero habiéndose herido una mano él mismo por accidente con una pistola, por esta causa no asistió á la batalla de Maipu, tomando Freyre el mando del cuerpo, y en seguida el de toda la caballería de la izquierda por muerte de Bueras durante la acción.

nueve piezas ligeras de artillería chilena á cargo del mayor Borgoño. La reserva constaba : de los batallones núm. 1.° y núm. 3 de Chile, comandantes Rivera y López; núm. 7 de los Andes, (argentino) comandante Conde, y cuatro piezas de batir de á 12, mandadas por De la Plaza, y servidas por los artilleros argentinos que habían perdido su artillería en Cancharrayada.

Contando con el triunfo, el general de los Andes supo infundir á todos su confianza, y en este concepto, dió instrucciones detalladas á sus jefes en vísperas de la batalla, á ejemplo de Federico. En ellas disponía que, la dotación de municiones de cada soldado sería cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino ó aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo á sus tropas, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando ó retrocediendo, y advertirían á la vez, de un modo claro y terminante, que si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan.

Preveníales : que los batallones de las alas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando sólo en caso de necesidad ó con expresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería ó caballería cargado al arma blanca, no esperaría la carga á pie firme, y á la distancia de cincuenta pasos, debía salir al encuentro á sable ó bayoneta. No se recogería ningún herido durante el fuego, porque, decía : « necesitándose cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la línea en un momento ».

La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas « la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritaran todas las tropas ¡ *Viva la Patria* ! y en seguida cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que tuviese al frente ». Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del

ejército realista (8), y al referirse al Burgos, agregaba : « A » este regimiento se le debe cargar la mano, por ser la espe» ranza y apoyo del enemigo ». Recomendaba á los jefes de caballería, tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar á su retaguardia un pelotón de veinte y cinco hombres para sablear á los que volvieran cara y perseguir al enemigo. Por último les decía : « Esta batalla » va á decidir de la suerte de toda la América, y es preferible » una muerte honrosa en el campo del honor á sufrirla por » manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victo» ria con la ayuda de los jefes del ejército á los que encargo » tengan presente estas observaciones » (9).

Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas : en primera línea las divisiones 1.ª y 2.ª, con sus respectivas baterías desplegadas á cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de abril, con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de

(8) La infantería española vestía uniforme de brin blanquecino, con fornitura blanca y morrión cono invertido ; los dragones del rey, chaqueta colorada, calzón claro y botas fuertes á la europea, y el resto de su caballería, uniforme azul. El ejército independiente vestía todo de azul : la infantería con correaje blanco cruzado, lo mismo que la caballería, y morriones bajos cono invertido. (Véase cuadro pintoresco de la batalla de Maipu, iluminada en Londres, según indicaciones del ingeniero Alvarez Condarco.)

(9) « Instrucciones dadas á los jefes para el caso de una batalla », sin fecha, firmadas por San Martín. Doc. del archivo de guerra de Chile. M. S.

las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huañil, que iluminaban todo el campo (10). San Martín dormía mientras tanto en un molino á la orilla del camino, envuelto en su capote militar.

Al amanecer del día 5 de abril, las guerrillas patriotas al mando de Freyre y Melián se replegaban, dando parte que el enemigo avanzaba en masa, en rumbo al camino que entronca con el de Santiago á Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, ó efectuar un movimiento de circunvalación interponiéndose entre él y la capital, ó reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían dificilísima hacia el sud (11). Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco, de cuya cuerda era dueño; y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero d'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió á gran galope al ángulo truncado de

---

(10) Arbusto espinoso y florido, originario de Chile y el Perú, de que está sembrado el llano de Maipo. El botánico español Lagasca, lo dedicó al célebre químico Proust, y su denominación científica es *Proustia*. — La gasca. V. Gay, « Hist. de Chile. *Botánica* », t. III, p. 296 y Philippi. « Elem. de Bot. » p. 334.

(11) Parte detallado de la batalla de Maipu por San Martín, de 9 de abril de 1818, publicado en la « Gaceta de B. Aires », núm. 67, 1818.— Relación de Las Heras sobre la batalla de Maipu. M. S. cit.

la Loma Blanca señalado antes. Desde allí pudo observar á la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas á tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso. — « ¡ Qué brutos son estos godos ! » — exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza á los héroes en los momentos supremos. Y agregó : — « Osorio es más torpe » de lo que yo pensaba ». — Dirigiéndose luego á sus acompañantes, les dijo : — « El triunfo de este día es nuestro. El » sol por testigo ! » — El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes (12). La mañana estaba serena; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia (13).

---

(12) El general O'Brien, que á pesar de su larga residencia en América, nunca pudo hablar correctamente el español, decía treinta años después (en 1849 en Valparaíso) relatándonos esta escena histórica, que San Martín había exclamado: « *Que bruta esta goda Osorio. Triunfo nuestra. Sol testigo* ». — Eran estas, formas proverbiales en el estilo familiar de San Martín, y siempre que pronosticaba algo, tenía por costumbre agregar, como consta de diversas cartas suyas : — « El tiempo por testigo ». — Barros Arana y Vicuña Mackenna que oyeron relatar esta escena á O'Brien, la confirman en todos sus pormenores.

(13) El viajero inglés Haigh, antes cit. que en ese momento se hallaba en el campo de San Martín, dice : « It was sunday morning, the 5 t. of. » april, the most delightful time of the year in Chile, not a cloud obscu» red the bright and everlasting blue of the sky ; the birds were singing, » and the fragrance of the orange blossoms shed a delightful perfume in » the breeze ; there was that balmy softness in the air so peculiar to the » clime » (*Sketches*, p. 219). Cuando en abril de 1883 visité el campo de batalla, precisamente en el mes de abril, el paisaje presentaba el mismo aspecto.

III

Á las diez y media de la mañana el ejército argentino-chileno rompió una marcha de flanco en dos columnas paralelas, caminando rumbo al oeste por encima de la meseta de la Loma Blanca. En el curso de la marcha, ocurrió un episodio, que la historia debe recoger por la espectabilidad de los personajes, y da idea del temple de alma del general en ese momento. Á medio camino, presentóse el mariscal Brayer solicitando licencia para pasar á los baños de Colina. San Martín le contestó fríamente : — « Con la misma licencia con que el » señor general se retiró del campo de batalla de Talca, pue- » de hacerlo á los baños; pero como en el término de media » hora vamos á decidir de la suerte de Chile, y Colina está » á trece leguas y el enemigo á la vista, puede V. S. quedarse » si sus males se lo permiten ». — El mariscal contestó : — « No me hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua he- » rida de la pierna no me lo permite ». — San Martín le repuso en tono airado : — « Señor General, el último tambor del » Ejército Unido tiene más honor que V. S. » — Y volviendo su caballo, dió orden á Balcarce sobre la marcha, hiciese saber al ejército, que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo (14).

---

(14) He aquí la versión del general San Martín, en su « Contestación al Manifiesto » de Brayer, ps. 20-21 : — « Desde el 20 de marzo no se » volvió á presentar el señor Brayer hasta el 5 de abril á las 11 de la » mañana. Las columnas marchaban al enemigo, y nuestros tiradores » estaban empeñados con los suyos. En este momento crítico se me » presentó el señor Brayer cojeando y solicitando, *le concediese licencia* » *para pasar á los baños de Colina*: mi contestación fué, que con la » misma que se había retirado de Talca á Santiago, podía hacerlo á los

Después de este incidente, que hizo el efecto de una proclama, el ejército continuó su marcha hasta enfrentar la posición enemiga. Allí desplegó en batalla en dos líneas de masas por batallones, con la artillería de batir al centro de la primera; la volante á sus dos extremos y la caballería cubriendo las dos alas en columnas por escuadrones, situándose la reserva plegada en columnas paralelas cerradas á 150 metros á retaguardia. (Véase el plano).

» baños; pero que, respecto á que en el término de media hora íbamos » á decidir la suerte de Chile, podía quedarse si sus males se lo permitían: el señor Brayer me contestó que no estaba en estado de hacerlo, » porque la antigua herida de su pierna no se lo permitía. Esta res» puesta me exaltó en verdad: mi primer impulso fué el de pasarlo por » las armas; pero no pude contenerme de decirle: *Señor General, el » último tambor del Ejército Unido tiene más honor que V. S.* En seguida » dí vuelta mi caballo, y dí orden al señor Balcarce, para que sobre la » marcha se hiciese saber al ejército, que el señor General de veinte » años de combates quedaba suspenso del empleo por indigno de obte» nerlo. El señor Brayer se retiró á la capital, y mientras que estaba » cargando su equipaje con escándalo público, batimos en Maipo esa » misma tarde los enemigos de nuestras libertades ». — Los jefes del Ejército de los Andes en su « Contestación al Manifiesto de Brayer », p. 15, confirman esta versión. — O'Higgins en la pag. 10 de su « Rectificación á la cita del General Brayer en su Manifiesto », dice: — « El » señor Brayer se me presenta en la antevíspera del 5 de abril por la » noche y me habla en términos semejantes: « *Mis conocimientos me » hacen ver, sin duda alguna, que todo está perdido. Nuestro ejército for» mado de una tropa derrotada y dispersa, no es capaz de batirse con un ene» migo vencedor y orgulloso. La persona de V. importa mucho: póngase » en situación de salvarse de un contraste, que creo inevitable* ». Mis ede» canes y algunos oficiales de la secretaría fueron testigos de esta ver» gonzosa sesión que luego se esparció en el pueblo. Él tomó el partido » más seguro ». — Brayer en su « Exposición » pag. 13, se limita á decir: — « Indignamente se ha esparcido la voz de que rehusé entrar » en el asunto de Maypo: mentira abominable! »... En su « Manifiesto », impreso en Montevideo, p. 15, véase cómo relata él mismo la escena: — « Llegado el momento de batirnos, se habían designado » los puestos, y aún no se me había señalado el que debía ocupar!... » Indignado, mi primer impulso fué retirarme; pero vencido por mi » carácter, quise hacer en persona un nuevo esfuerzo presentándome al » general San Martín. Me repelió, y olvidando su dignidad, reventó » entonces en odio, acompañado de los acentos de la intemperancia, » del delirio y del furor... Le opuse la firmeza, serenidad y modera-

El general realista, que había ocupado el promedio de la meseta de la loma triangular del sud, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una gruesa columna compuesta de ocho compañías de granaderos y cazadores con cuatro piezas de artillería al mando de Primo de Rivera, que ocupó el mamelón destacado por aquella parte, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y tomar por el flanco sus columnas si avanzaban, á la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaiso según su idea persistente.

El intervalo entre el mamelón y la puntilla norte del triángulo, fué cubierto por Morgado con los escuadrones de dragones de la Frontera. Sobre la loma formó en batalla en la proyección nor-oeste sud-oeste, en línea quebrada con el mamelón, pero sin cubrir todos los perfiles de la altura por el nordeste. Colocó los batallones Infante Don Cárlos y Arequipa formando división, al mando de Ordóñez; y sobre la izquierda, el Burgos y el Concepción, á órdenes del comandante Lorenzo Morla, con cuatro piezas de artillería abscriptas á cada una de las dos divisiones. La extrema derecha fué cubierta por los Lanceros del Rey y los Dragones de Concepción. (Véase el plano).

En esta disposición se hallaron frente á frente los ejércitos beligerantes al sonar las doce del día, separados únicamente por la angosta hondonada que promedia entre los dos cordones de lomas que ocupaban independientes y realistas. Los

---

» ción; .. y me fuí ». — En una publicación posterior del mismo Brayer, publicada en Montevideo por la imprenta federal de William P. Griswald y John Sharp, en 1819, el mariscal, no sólo no rectifica la versión de San Martín, sino que la confirma implícitamente: « Cuando » un general no tiene empleo, y que este general no se halla en tal ó » cual acción, no debe dar cuenta del motivo cualquiera que sea, de no » haber tomado parte en ella personalmente. Fué después de haber » pedido un mando (el 27 de marzo según doc. que inserta) que me » rehusaste. ¿Tienes la audacia (se dirige á San Martín) que yo debía

dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, como esperando que el adversario tomase la iniciativa (15). Todas las probabilidades parecían estar contra el que llevase la ofensiva : tenía que atravesar un bajo descubierto sufriendo el fuego de la fusilería y el cañón que lo barría, y trepar las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que desalojar previamente las fuerzas que ocupaban el mamelón avanzado ó recorrer un espacio de mil metros flanqueados por los fuegos de sus cañones. Ambas posiciones eran fuertes, y bien calculadas para la defensiva, y la de los realistas más ventajosa aún. En cuanto á las fuerzas físicas y morales, estaban casi equilibradas, siendo igual la decisión de parte á parte, si bien la de los realistas era numéricamente mayor. Por lo que respecta á las armas, la superioridad de los independientes era incontestable en artillería y caballería en número y también en calidad, y aun cuando éstos tenían nueve batallones de infantería, algunos de ellos no formaban sino 200 hombres, mientras los cuatro gruesos batallones con que contaban los primeros, divididos en ocho compañías, levantaban cerca de mil bayonetas cada uno. Lo único que inclinaba la balanza de las probabilidades, era el peso de las cabezas de los generales; pero ya se había visto como, en Cancharrayada, las más hábiles combinaciones que aseguraban el triunfo, dieron por resultado la derrota. El plan de San Martín no era preci-

---

» combatir en las filas como soldado? No. Yo te desprecié con una » mirada, es verdad : este solo lenguaje del desprecio y la indignación » es el que pude tener contigo; es un hecho. » (Respuesta del teniente general Brayer al general San Martín).

(15) Osorio declara en su parte de la batalla de Maipu : « En esta dis» posición permaneció el ejército más de una hora, esperando conocer » cuáles eran las ideas del enemigo, quien desde luego puso en movi» miento dos columnas de infantería y caballería en varias direcciones

samente el de una batalla de orden oblicuo, y sin embargo, resultó tal por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fué conducida. Fué una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, insinúa incidentalmente, que al orden oblicuo se debió en parte la victoria, sin agregar que, más que todo, se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego (16). Los relieves de las respectivas posiciones y las proyecciones de las dos líneas de batalla, eran casi paralelas; pero los realistas habían retirado su derecha formando en el promedio de la loma, sin cubrir sus perfiles, como queda dicho, y de aquí resultaba que la izquierda independiente desbordase la derecha realista en su posición y en su formación, y que teniendo que recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, pudiese llevar con ventaja un ataque oblicuo ó de flanco con el apoyo de la reserva. Tal es la síntesis táctica de la batalla de Maipu en sus preliminares.

» amenazando los flancos y nuestra posición por diferentes partes, » haciendo avanzar su artillería que no cesó de hacer fuego á nuestras » columnas ». (Parte oficial del general Osorio, de 17 de abril en Talcahuano, publicado en la Gaceta de Lima.)

(16) El doctor V. F. López en su « Hist. de la Revol. Argentina », t. II, p. 331, relata una conversación de San Martín con Las Heras, en que leyéndole aquél el parte detallado de Maipu, el segundo le observó: « General, esto que Vd. dice aquí, que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un orden oblicuo sobre ese flanco, fué, como Vd. sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto así como Vd. lo pone nadie lo va á entender. » El General se sonrió, y dijo: « Con eso basta y sobra. Si digo algo más han de gritar por ahí que quiero compararme con Epaminondas ó con Bonaparte. Al grano, Las Heras, al grano! Hemos amolado á los godos y vamos al Perú! El orden oblicuo nos salió bien? pues adelante, aunque nadie sepa lo que fué. » Y refregándose las manos, agregaba: « Mejor es que no lo sepan, pues aún así mismo, habrá muchos que no nos perdonarán haber vencido. »

El general en jefe que había levantado su enseña en el centro de la primera línea, observando la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas de batir servidas por los artilleros argentinos, con el objeto de descubrir sus fuegos de artillería y sus planes. Una de las balas mató el caballo del general en jefe español. En el acto, la artillería española contestó ese fuego con el suyo, manteniendo su formación, y suministró á San Martín el dato que necesitaba. Era evidente que Osorio se preparaba á una batalla defensiva, y lo indicaba claramente, además de su formación, la circunstancia de no haber ocupado el perfil de las lomas de su posición, á fin de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja en su oportunidad una carga á la bayoneta con sus gruesos batallones, así que aquéllos hubiesen diezmado los de los independientes. El general San Martín, tuvo entonces la intuición de la victoria, que debía decidir de los destinos de la América independiente. Dió audazmente la señal del ataque, mandando levantar en alto la bandera argentina y chilena, y en medio de ellas, la bandera encarnada como una llamarada sangrienta. Su ojo penetrante había descubierto el flanco débil del enemigo, que era su derecha. Las « columnas se descolgaron », según la pintoresca expresión del mismo general en su parte, y « marcharon á la carga, arma al brazo sobre la línea enemiga », con entusiasmo, á paso acelerado. La reserva y la artillería permaneció en su puesto, esperando las órdenes del general (17).

Puedo confirmar en sustancia la verdad de esta anécdota, por habérmela contado el mismo general Las Heras en Santiago de Chile en 1850, la que además está comprobada por el parte detallado de Maipu como concepción, y por la historia como hecho incontestable.

(17) Parte detallado de Maipu por San Martín, cit. — Relación de Las Heras sobre Maipu, cit. M. S.

IV

El movimiento se inició por la derecha; pero no era éste el verdadero punto de ataque. Su objeto era doble: desalojar la izquierda del enemigo destacada sobre el mamelón y amenazar el frente ó la izquierda de su centro, concurriendo así al ataque de la izquierda, que tenía que recorrer la menor distancia entre las alturas para cargar sobre el flanco más desguarnecido. Según el éxito de una ú otra ala, la batalla se empeñaría por la derecha ó por la izquierda, interviniendo convenientemente la reserva en sostén de la que llevase la ventaja ó la desventaja: en el primer caso, sería una batalla de frente, cortando la izquierda y desbordando la derecha enemiga, y en el segundo, un verdadero ataque oblicuo de la derecha flanqueando ó tomando por retaguardia Las Heras las columnas realistas, y esto era lo que se proponía San Martín, al aprovechar el error cometido por Osorio, que iba á verse obligado á entrar en combate con todas sus fuerzas alterando su formación. En estas condiciones el secreto de la victoria estaba en el uso oportuno de la reserva.

Las Heras avanzó gallardamente sin disparar un tiro, á la cabeza del núm. 11 de los Andes, que era el nervio de la infantería del ejército, sostenido por los dos batallones que formaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. La batería de cuatro cañones del mamelón rompió el fuego sobre el núm. 11 así que éste se presentó á la vista, causándole bastantes estragos en sus filas, pero siguió avanzando con rapidez seguido por los cazadores de Coquimbo y los Infantes de la patria de Chile, mientras la artillería de Blanco Encala-

da, que había quedado en posición sobre la loma, apoyaba el ataque lanzando sus proyectiles por encima de las columnas patriotas que marchaban por el terreno bajo. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de su línea de batalla, lanza á su vez su caballería situada entre el mamelón y la lomada triangular. Morgado carga con ímpetu á la cabeza de los dragones de la Frontera. Las Heras se cierra en masa y espera, dando órdenes á Zapiola que cargue por su derecha con la caballería. Los dos primeros escuadrones de granaderos á órdenes de los comandantes Manuel Escalada y Manuel Medina, salen al encuentro sable en mano, y hacen volver caras á los jinetes realistas, que reciben en su huida los disparos de la artillería de Blanco Encalada, y se ven obligados á refugiarse tras de su anterior posición. Escalada y Medina son recibidos por los fuegos de fusilería y de metralla del mamelón; remolinean, pero se rehacen con prontitud; dejan á su derecha la altura fortificada, y apoyados con firmeza por los dos escuadrones de reserva mandados por Zapiola, siguen adelante en persecución de los derrotados, que se dispersan ó se repliegan en desorden á la división de Morla sobre la loma. Las Heras se establece sólidamente con el núm. 11 en un cerrillo intermedio, fronterizo al mamelón y al ángulo nordeste del triángulo, en actitud de atacar el mamelón y concurrir al ataque de la izquierda. El ala izquierda de los realistas quedaba así aislada, y la izquierda de su centro amagada (18).

---

(18) Las Heras: « Rel. sobre la batalla de Maipu. » M. S. cit. Parte detallado de San Martín, etc., cit. Torrente, haciendo una confusión de momentos, confiesa empero la derrota de la caballería del costado izquierdo realista, diciendo: « Dase orden que los Dragones de la frontera » mandados por Morgado, carguen á la caballería enemiga; pero la » tardía y torpe ejecución de esta maniobra correspondió tan desgra- » ciadamente á la intrepidez de los soldados, que fueron acuchillados » horrorosamente, y aún muchos fueron víctimas de los fuegos de los

Casi simultáneamente con la carga de los granaderos á la derecha, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista por el ángulo Este, iniciando un movimiento envolvente sin divisar todavía los cuerpos enemigos. Los realistas, apercibidos del error de haber retirado su derecha perdiendo las ventajas que les daba el terreno, ó arrastrados por su ardor, se decidieron á tomar la ofensiva. Ordóñez, á la cabeza de los batallones « Infante don Carlos » y el « Concepción », con dos piezas de artillería, salió atrevidamente al encuentro de los patriotas en dos columnas de ataque paralelas, quien fué seguido muy luego por los batallones « Burgos » y « Arequipa », mandados por Morla, en la misma formación y escalonados por su izquierda. Osorio, que llegó á temer por su derecha y notando que quedaba sin reserva, mandó reconcentrar al centro de la línea la columna de granaderos destacada sobre el mamelón con Primo de Rivera. Ordóñez, al encimar con su división una de las colinas del campo, se encontró á distancia como de cien metros al frente de la de Alvarado, trabándose inmediatamente un combate de fusilería que causó estragos en ambas filas. Por degracia para los independientes, dos de sus batallones, — el núm. 8 de los Andes y el núm. 2 de Chile, — que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos contrarios, sufrieron considerables bajas en los primeros momentos: el núm. 8, compuesto de los negros libertos de Cuyo, mandado por Enrique Martínez, se desordena después de perder la mitad de su fuerza, y se retira en dispersión; el núm. 2 intenta cargar á la bayoneta para restablecer el combate, y al ejecutar esta operación se dispersa también. Alvarado, que cubría la izquierda con el núm. 1 de cazadores de los Andes, despliega en batalla y

» Cazadores por la confusión con que se replegaron sobre ellos. » « Hist. » de la Revol. Hisp. Amer. » t. II, p. 429.

rompe el fuego; pero á su vez se ve obligado á ponerse en retirada para evitar una total derrota (19). La victoria parecía declararse en aquel costado por las armas españolas.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro gruesos batallones escalonados en dos líneas de masas, levantando como 3,500 bayonetas, se lanzan en persecución del ala izquierda independiente casi deshecha, y sus cabezas de columna descienden impetuosamente los declives de la lomada, con grandes aclamaciones de triunfo. En ese momento la artillería chilena de Borgoño, que con sus nueve piezas ligeras había quedado ocupando el perfil opuesto en la Loma Blanca, rompe sobre los vencedores un vivo fuego á bala rasa, que los hace vacilar; reaccionan éstos inmediatamente, pero al pisar el llano son recibidos por una lluvia de metralla que rompe sus columnas, haciéndolas retroceder, á pesar de los valerosos esfuerzos de Ordóñez y Morla (20). Al observar estas peripecias, Las Heras ordena á los « Infantes de la Patria » de Chile, que carguen sobre el flanco de la división de Morla; pero son rechazados y retroceden en algún desorden. Hacía veinte minutos que la lucha se mantenía en este estado incierto, cuando se oyó el toque de carga de la reserva independiente, y vióse á sus columnas moverse á paso acelerado hacia el ángulo Este de la posición enemiga.

San Martín, que se había mantenido en la altura de la Loma Blanca, en observación de los primeros movimientos de su derecha, dictando con sangre fría sus órdenes según las circunstancias, adelantóse con el cuartel general hasta la proximidad de la posición avanzada ocupada por Las Heras, para dirigir de más cerca las operaciones de su línea. Al notar

---

(19) Relación, etc. de Las Heras, cit. M. S. (Parte detallado de San Martín.)

(20) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 429. Rel. de Las Heras, cit. M. S.

desde este punto el rechazo de su izquierda, dió orden á la reserva que cargase en su protección, dirigiéndose con su escolta al sitio donde iba á decidirse la acción por un último y supremo esfuerzo (21). El coronel H. de la Quintana, á la cabeza de los batallones núm. 1.° y 7.° de los Andes, y el núm. 3 de Chile, descendió la loma, atravesó la hondonada efectuando con sus columnas una marcha oblicua sobre su izquierda, y llegó al ángulo Este de la posición enemiga, en circunstancias que las columnas españolas se habían replegado á ella rechazadas por los certeros fuegos de la artillería de Borgoño (22). Á vista de la reserva, los batallones 8 de los Andes y 2 de Chile se rehacen y sobre la base de los cazadores de los Andes, que no habían perdido del todo su formación, entran en línea, mientras Quintana trepa la altura del triángulo un poco á la derecha del punto por donde lo había efectuado antes Alvarado. (Véase el plano, segundo movimiento). El ataque oblicuo se iniciaba, y la batalla iba á cambiar de aspecto.

---

(21) Véase en el plano de Maipu, el trayecto del cuartel general de San Martín sobre el cámpo de batalla.

(22) Quintana, en su opúsculo titulado « Relación », ps. 51-52, que es una reseña documentada de su vida y servicios militares, dice : « Ataqué » con la reserva sin orden del general San Martín, á pesar de que el » general había prevenido no se ejecutase movimiento alguno por las » divisiones sin que él lo comunicara personalmente. » San Martín, en su parte detallado dice expresamente : « Al instante (del rechazo de la » izquierda) dí orden al coronel Quintana, para que con su reserva car» gase al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante. » Es posible que Quintana iniciara el movimiento de avance antes de recibir la orden de San Martín para ganar tiempo, pues él mismo declara en su « Relación » (pág. 51) : « En este momento ví al mayor de ingenieros D'Albe, » y le dije : *Vaya vd. y avise al general que voy á atacar con mi reserva* » *sin su orden, pues si me dejo estar un solo momento sin moverme, todo* » *es perdido*. » D'Albe que hacía las veces de ayudante de campo del general, fué tal vez el mismo que le dió ó confirmó la orden de cargar. De todos modos, la reserva no pudo recorrer 1,500 metros efectuando movimientos complicados, sin que San Martín, que se hallaba presente sobre el terreno, autorizase esta operación decisiva, cuando precisamente

V

Aislada la izquierda realista, privada del apoyo de la caballería que la ligaba con su línea de batalla y debilitada de las compañías de granaderos que por orden de Osorio habían acudido á formar la reserva general, Las Heras se disponía á arrebatar su posición, cuando Primo de Rivera que la mandaba, emprendió su retirada, dejando abandonados en el mamelón sus cuatro cañones. El núm. 11 de los Andes y los cazadores de Coquimbo, convergen entonces hacia el centro, persiguiendo activamente las fuerzas de Primo de Rivera, y toman la retaguardia enemiga, mientras el batallón « Infantes de la Patria » de Chile, rehecho, vuelve á concurrir al ataque de la izquierda. La batalla se concentraba en breve espacio sobre la meseta triangular de la lomada de Espejo, donde iba á decidirse. (Véase el plano.)

Casi simultáneamente, el combate se renovaba con más encarnizamiento por una y otra parte en la extremidad opuesta de la línea. Para despejar el ataque por este lado, San Martín ordena á los Cazadores montados de los Andes y á los Lanceros de Chile, que arrollen la caballería de la derecha enemiga. Bueras y Freyre cumplen bizarramente la orden: llevan una irresistible carga á fondo á los Lanceros del rey y

---

se había reservado el mando inmediato de esa fuerza para emplearla en el momento oportuno según su plan. Esto conciliaría la aparente contradicción, que en nada afecta al hecho en sí mismo; debiendo tenerse presente, que Quintana, aunque valiente y probo, era un tanto jactancioso y confuso en sus reminiscencias, como se ve por su misma Relación; que no reclamó del parte de la batalla de Maipu; que se conformó agradecido con un informe que le expidió San Martín declarando que « la batalla de Maipu se debía á su coraje », y que sólo veinte años después, hizo por la primera vez mención de la circunstancia de cargar sin orden, omitiendo advertir que no pudo haberlo verificado sin que ésta fuese dada expresamente por el general, como éste lo afirmó oficialmente en su presencia.



BATALLA DE MAIPU

(Reproduccion del cuadro original del Doctor Fernandez Villanueva)

los Dragones de Concepción que salen á su encuentro, los hacen pedazos y los persiguen largo trecho en desbande hasta dispersarlos completamente. Bueras muere en la carga, atravesado de un balazo. Freyre, tomando el mando de todos los escuadrones, trepa la altura y amaga el flanco derecho de Ordóñez. La caballería realista de ambos costados ha desaparecido. El combate final se traba entre la infantería argentino-chilena y la española.

Los tres batallones de la reserva mandados por Quintana, forman en línea de masas: el 7.° de los Andes más avanzado á la izquierda; el núm. 3 y núm. 1.° de Chile al centro y la izquierda, un poco más á retaguardia. Al trepar la altura, encuéntranse casi á quema ropa con las columnas de Ordóñez y Morla, que ocultas por un pliegue del terreno oblicuaban en aquel momento sobre su izquierda para hacer frente al nuevo ataque, sin cuidarse de la deshecha división de Alvarado (23). El « Burgos », que no había entrado en pelea en el primer encuentro, hace flamear su secular bandera, laureada en Baylén (24) y sus soldados entusiasmados gritan: « Aquí está el « Burgos » ¡ Diez y ocho batallas ganadas ¡ Ninguna perdida ! » (25) La batalla se empeña con nuevo ardor á los gritos de *¡ Viva la Patria ! ¡ Viva el Rey !* (26) Independientes y realistas hacen esfuerzos heroicos para alcanzar la victoria. Las distancias se estrechan. Los independientes atacan con impetuosa intrepidez. Los realistas resisten tenazmente, sin retroceder un solo paso. « Con dificultad, dice

---

(23) « Relación » del general H. de la Quintana, cit. p. 52.

(24) El sobrenombre del Burgos era « El Sol » por llevar en su bandera este emblema en oro sobre campo azur, bordura en gules, con la eyenda tomada de Isaías : « *Civitas solis, vocabitur una* », ó sea « una sola será llamada ciudad del sol. » (Clonard : « Hist. orgánica de las armas de infantería y caballería españolas », t. X, p. 365-366.)

(25) Informe verbal del general Espejo, actor en la batalla.

(26) Haigh : « Sketches », etc., p. 224.

» San Martín en su parte, se ha visto un ataque más bravo, » más rápido y más sostenido, y jamás se vió una resistencia » más vigorosa, más firme y más tenaz. »

La división de Alvarado, rehecha en gran parte, entra al fuego por el mismo punto por donde había trepado antes la lomada, y concurre al ataque de la reserva, á la vez que Borgoño con ocho piezas marcha al galope á ocupar la puntilla del este. La derecha patriota con la artillería de Blanco Encalada avanzada, converge al centro y toma la retaguardia de los realistas. La caballería de Freyre vencedora, amaga su flanco derecho. El « Burgos » agita su bandera, y pelea como un león (27). El batallón Arequipa, mandado por Rodil, mantenía impávido su posición. Los batallones Infante don Carlos y Concepción, dirigidos personalmente por Ordóñez, se baten con desesperación. En esos momentos, el general en jefe del rey, abandona el campo de batalla y se entrega á la fuga. Ordóñez, el más digno de mandar á los realistas en la victoria y en la derrota, toma la dirección de la formidable columna de la infantería española, é intenta desplegar sus masas; pero el terreno le viene estrecho, y se envuelve en sus propias maniobras. El núm. 7 de los Andes y el núm. 1.° de Chile cargan á la bayoneta, á los gritos de ¡ *Viva la libertad* ! y la escolta de San Martín, al mando del mayor Ángel Pacheco, juntamente con Freyre cargan sobre su flanco derecho (28). El Burgos forma cuadro, y rechaza las cargas, aunque con grandes pérdidas. Hacía media hora que duraba el porfiado combate. Los realistas, circundados, sin caballería que los apoye y exhaustos de fatiga, vacilan y empiezan á cejar, pero sin des-

---

(27) Clonard, en su « Hist. orgán. de las armas españolas », antes cit. dice en el t. X, p. 389 : « Burgos pelea, como peleaba en Finisterre » y Baylén, como un león ; pero la fortuna vuelve la espalda al ejército » europeo. »

(28) Haigh : « Sketches », etc., p. 224. — « Relación » del general H. de la Quintana, p. 52. — Informe verbal del general Las Heras.

ordenarse (29). La última esperanza, es la reserva de granaderos desprendida de la izquierda que no pudo llegar á tiempo, y los cazadores de Morgado que perseguidos de cerca por Las Heras, quedan cortados y se precipitan en fuga sobre el callejón de Espejo (30). Ordóñez, con sus filas raleadas emprende con serenidad la retirada hacia la hacienda de Espejo, formado en masa compacta. San Martín redobla sus órdenes para que la persecución se haga vigorosamente á fin de impedir toda reacción, y condensa su ejército. Ordóñez continúa impávido su movimiento retrógrado, y con sus últimos restos se refugia en la hacienda de Espejo. La batalla estaba decidida por los independientes. San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde á caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissiens lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado : « Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño » resto huye : nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. » La patria es libre » (31). Los enemigos del gran capitán

(29) San Martín lo declara así en su parte detallado, haciendo honor al valor del enemigo : « Este primer suceso parecía debía darnos por sí » solo la victoria ; mas no fué posible desordenar enteramente las co» lumnas enemigas. Nuestra caballería acuchillaba á su antojo los flan» cos y retaguardia de ellas ; pero marchando en masa, llegaron hasta » los callejones de Espejo. »

(30) En el plano de la batalla de Maipu se coloca la reserva de los granaderos españoles, en el punto que ocupó al final, después de haber sido destacada á su izquierda y retirada de ella. Osorio, en su parte detallado, cit. dice : « Dí órdenes que á retaguardia, como cuerpo de » reserva se colocasen las compañías de granaderos y cazadores. El » jefe de estado mayor (Primo de Rivera) á quien se le repitió tres veces » por mis ayudantes de campo para que se concentrara sobre la 1.ª y » 2.ª división, á fin de apoyar en reserva al flanco izquierdo de ésta, no » lo verificó, y sí sobre la columna de granaderos ; pero ya tarde. »

(31) Parte de San Martín sobre el campo de batalla. El viajero inglés Haigh, que presenció la escena, fué el encargado de conducirlo á Santiago, y en su libro describe el entusiasmo popular, cuando al atravesar la alameda de la ciudad con el papel ensangrentado en la mano, anunció la victoria. *V. Sketches*, p. 228-229.

sud-americano han dicho, que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo : « Imbéciles ! estaba borracho de gloria ! » (32)

En ese instante oyéronse grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El director, al saber que la batalla iba á empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta á caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. Al llegar á los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin trepidar; pero al llegar á la loma tuvo la evidencia del triunfo. Adelantóse á gran galope con su estado mayor, y encuentra á San Martín á inmediaciones de la puntilla sud-oeste del triángulo, en momentos que disponia el último ataque sobre la posición de Espejo : le echa al cuello desde á caballo su brazo izquierdo, y exclama : « Gloria al salvador de Chile! » El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del director, prorrumpe : « General : Chile » no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo » de batalla con su gloriosa herida abierta. » Y reunidos ambos adelantáronse para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

La batalla no estaba terminada. Ordóñez, sin desmayar, se había posesionado del caserío de Espejo, dispuesto á salvar el honor de sus armas con la resistencia, ó la vida de sus soldados en una retirada protegida por la oscuridad de la noche. Reconcentró allí las compañías de granaderos y cazadores casi intactas, y los restos del Burgos, el Concepción y el

(32) Vicuña Mackenna : « Rel. Hist. » art. « La batalla de Maipo », 1.ª parte.

Infante don Carlos, habiéndose el Arequipa retirado hecho del campo con su comandante Rodíl. El valeroso general español, con una admirable sangre fría, lo dispone todo personalmente con habilidad y decisión. Coloca en el fondo del callejón, tras una ancha acequia frente de un puentecillo, los dos únicos cañones que le quedaban, sostenidos por cuatro compañías de fusileros. Forma el grueso de su infantería sobre una pequeña altura fronteriza á las casas, dando cara á los dos frentes vulnerables; reconcentra en el patio de las casas su reserva, pronta á acudir á todos los puntos amenazados; cubre con destacamentos los callejones laterales, y extiende en contorno, protegidos por las tapias y emboscados en las viñas, un círculo de cazadores. En esta actitud decidida espera el último ataque.

Las Heras es el primero que persiguiendo á los cazadores de Morgado, llega á la puntilla sud-oeste, fronteriza á la boca alta que domina el callejón de Espejo. Dióse cuenta inmediatamente de la situación, y prudentemente dispuso que el batallón descendiera al llano y se ocultase tras de un pequeño mamelón al oriente del caserío (izquierda española) y esperase la señal de un toque de corneta para coronarlo y romper el fuego. Á medida que fueron llegando otros batallones, les señaló sus puestos, y estableció convenientemente la artillería en la parte alta de la puntilla, á fin de cañonear la posición antes de dar el asalto. En esos momentos se presenta el general Balcarce, y ordena imperiosamente que el batallón Cazadores de Coquimbo ataque sin pérdida de tiempo por el callejón. El comandante Thompson, da la señal y penetra resueltamente en columna al desfiladero. Allí es recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían. Pretende avanzar; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos, lo detienen, y al fin lo hacen retroceder en derrota, dejando en el sitio 250 cadáveres, salvando con todos sus oficiales heridos. Volvióse entonces al bien calculado plan de Las

Heras. Los comandantes Borgoño y Blanco Encalada rompieron el fuego con diez y siete piezas, que en menos de un cuarto de hora desconcertó las resistencias, obligando á los realistas deshechos por el cañoneo, á refugiarse en las casas y en la viña del fondo. La señal de asalto se da: el núm. 11, sostenido por dos piquetes del 7.° y 8.° de los Andes, carga por el flanco rompiendo tapias, y pasa á la bayoneta cuanto se le presenta. La batalla estaba terminada. Los realistas se dispersan en pelotones en las encrucijadas, viñas y potreros adyacentes. En ese momento hace su aparición en la lucha final, un regimiento auxiliar de milicias de Aconcagua, que lazo en mano se apodera de centenares de prisioneros como de reses en el aprisco. Los vencedores irritados por el sacrificio del Coquimbo, continuaban matando, cuando se presentó Las Heras, y mandó cesar la inútil carnicería. Pocos momentos después le entregan sus espadas como prisioneros, el heroico general Ordóñez, el jefe de estado mayor Primo de Rivera, el jefe de división Morla, los coroneles de la caballería Morgado y Rodríguez, y con excepción de Rodíl, todos los oficiales de la infantería realista, Laprida, Besa, Latorre, Jiménez, Navia y Bagona, y multitud de oficiales. Las Heras alargó ambas manos á Ordóñez, y lo saludó como á un compañero de heroísmo, ofreciéndole noblemente su amistad, y amparando con su autoridad á sus compañeros de infortunio (33).

---

(33) Torrente, tan procaz siempre que nombra á los jefes independientes, hace justicia á la caballerosa conducta de Las Heras en esta ocasión. « Los orgullosos insurgentes, dice, mancharon la victoria con » varios actos de crueldad cometidos sobre los desgraciados prisioneros : » éstos cesaron sin embargo á la llegada de Las Heras, quien animado » de sentimientos más generosos, empleó todo su influjo y autoridad » para contener á la desenfrenada soldadesca. » (*Hist. de la Revol. Hisp. Amer.*, t. II, pág. 451.)

VI

Los trofeos de esta jornada fueron, doce cañones, cuatro banderas, 1,000 muertos contrarios; un general, cuatro coroneles, siete tenientes coroneles, 150 oficiales y 2,200 prisioneros de tropa; 3,850 fusiles, 1,200 tercerolas, la caja militar, el equipo y las municiones del ejército vencido. Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sud-americana, fué comprada por los independientes á costa de la pérdida de más de 1,000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los libertos negros de Cuyo de los cuales quedó más de la mitad en el campo (34). Más que por sus trofeos,

---

(34) Tomamos los datos numéricos de una relación oficial (original), firmada por el general Las Heras en Santiago de Chile el 20 de junio de 1818, que incluye sólo 8 piezas de artillería tomadas, — 4 de batalla y 4 de montaña, — y da 172 jefes y oficiales y 2,289 individuos de tropa prisioneros; 3,844 fusiles, 1,200 tercerolas y 2,400 cartuchos tomados, además de otros artículos de material de guerra que detalla. Respecto de la caja militar dice Las Heras en su mencionada relación: « La caja » militar y varios útiles tomados en el momento de la acción, no van » inclusos, en razón de haber sido tomados indistintamente por los sol- » dados del ejército y tropas de milicias. » (Arch. San Martín, vol. LXVI. M. S.) En su « Relación » descriptiva, M. S. antes cit. dice: « La fuerza del enemigo pasaba de 5,500 hombres en cuatro batallones » y *doce piezas de artillería* » que son las que declara Osorio en su parte, lo que corrige la omisión de su relación oficial. Para la descripción general de la batalla y sus peripecias y episodios, hemos consultado y comparado, además de los documentos así americanos como españoles citados (y otros no citados que figuran en el Arch. San Martín, vol. cit.), los testimonios de los siguientes actores en la batalla: Las Heras, jefe de la derecha; Alvarado, jefe de la izquierda; Zapiola, jefe de la caballería de ídem; Freyre, jefe de la caballería de la izquierda; Blanco Encalada, jefe de la artillería de la derecha; Plaza, jefe de la artillería del centro; Enrique Martínez, jefe del núm. 8 de infantería de los Andes; O'Brien, ayudante de campo de San Martín; Escalada (Manuel), de granaderos á caballo; Arcos, ingeniero del ejército, y otros jefes y oficiales de las tres armas, á saber: Generales Espejo, Olazábal (Felix), Juan

Maipu, fué la primer gran batalla americana, histórica y científicamente considerada. Por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable si no perfecto, de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo, por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo por su formación y más fuerte por la calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notarse, que San Martín, como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos, por el mismo orden oblicuo inventado por el inmortal general griego. Por su importancia trascendental, sólo pueden equipararse á la batalla de Maipu, la de Boyacá, que fué su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho que fué su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipu, no habría tenido lugar Boyacá ni Ayacucho (35). Vencidos los independientes en Maipu, Chile se pierde para la causa de la emancipación, y con Chile, probablemente la revolución argentina, encerrada dentro de sus fronteras amenazadas por dos ejércitos vencedores por sus dos puntos más vulnerables, desde entonces inmunes. Sobre todo, sin Chile, no se obtiene el dominio naval del Pacífico, la expedición al Bajo Perú se hace imposible, y Bolívar no hubiera podido converger hacia el sud, aún triunfando en el norte de los ejércitos españoles con que lucha-

---

Apóstol Martínez y Dehesa; y coroneles, Olavarría, Olazábal (Manuel) Pedro José Díaz y Zado. He tenido presente, y me ha sido muy útil, la narración que de esta batalla hace Barros Arana, basada en gran parte en la « Relación » M. S. del general Las Heras que hemos citado, así como la que en sus « Relaciones históricas » hace Vicuña Mackenna respecto de algunos episodios y pormenores, sin olvidar la Memoria de Sanfuentes varias veces citada, que fué la primera exacta y bien coordinada que se publicó sobre ella.

(35) El viajero inglés Haigh, cuya opinión puede citarse como imparcial, dice: « The batle of Maypo paved the way for the batle of Ayacucho » *Sketches, etc.*, p. 239.

ba, y de hacerlo, se habría encontrado con 30,000 hombres que le hicieran frente y el mar cerrado. Además, Maipu quebró para siempre el nervio militar del ejército español en América, y llevó el desánimo á todos los que sostenían la causa del rey desde Méjico hasta el Perú, dando nuevo aliento á los independientes. Chacabuco había sido la revancha de Sipe-Sipe : Maipu, fué la precursora de todas las ventajas sucesivas. Tuvo además, el singular mérito de ser ganada por un ejército derrotado é inferior en número á los quince días de su derrota, ejemplo singular en la historia militar (36).

---

(36) Son los mismos militares y mandatarios españoles en América los que reconocen esto. Osorio en su parte oficial, cit. declara : « Este des» graciado suceso, que en lo humano era imposible preveer á vista de » unas tropas que en cuantas ocasiones se presentaron al enemigo, lo » batieron y arrollaron, y que formadas por mí en persona al frente de » las banderas 24 horas antes, se hallaban llenas de entusiasmo protes» tando morir en el campo, antes que retroceder, de lo cual dió pruebas » la infantería en el momento del ataque á la bayoneta que fué horro» roso, presenta á la vista del hombre el cuadro más lastimero, y admira » al más diestro y valeroso guerrero, manifestando con bastante clari» dad cuán distante estaba de suceder semejante acontecimiento. » El general Camba, dice : « San Martín reunió con actividad sus dispersos, » sacó refuerzos y artillería de la capital, reanimó su abatido espíritu » público, y se puso en disposición de aventurar el 5 de abril siguiente » (desde 20 marzo) la memorable batalla de Maipu, en la que fueron los » realistas completamente derrotados, y la España perdió definitiva» mente el reyno de Chile. » (« Memorias de las armas españolas » etc., t. I, p. 271.) El virrey del Perú, Pezuela, aún antes de tener la evidencia de la extensión del desastre de Maipu, reunió las corporaciones, y en una arenga que se extractará más adelante, dijo debía dar por perdido para siempre el reyno de Chile y prepararse contra la invasión que los independientes traerían inmediatamente al Perú. (Arch. San Martín, vol. LXVI.) Torrente confiesa paladinamente la importancia de la derrota en estos términos : « Todo se perdió... un desenlace tan fatal aterró el » ánimo de todos los realistas », y después de atribuir el contraste á la emulación y errores de los jefes realistas, agrega : « Estas fueron las » causas que más influyeron en aquella horrible derrota, y á ellas se » debió que la victoria pasara rápidamente, y en el momento que menos » podía esperarse, á fijarse en las filas de la rebeldía. » (« Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 432.)

Sólo salvaron del campo de batalla, el batallón de Arequipa, que mandado por Rodíl se retiró en formación dispersándose al pasar el Maule, y los dispersos de la caballería. El general en jefe español atribulado, había abandonado el campo á las tres de la tarde, seguido por su escolta, así que vió que su derecha y centro se replegaban vencidos, sin pensar más que en la seguridad de su persona (37). Señalada su fuga á San Martín, por un poncho blanco que llevaba, desprendió á su ayudante O'Brien con una partida para que lo persiguiese sin descanso. Osorio pudo salvar tomando el camino de la costa, pero dejando en poder de O'Brien su equipaje y toda su correspondencia oficial y reservada. El vencido general llegó á Talcahuano al frente de catorce hombres (14 de abril), y allí se le reunieron como 600 más escapados á la derrota, último resto del ejército vencedor en Cancharrayada. El general San Martín reincidió, como después de Chacabuco, en el error de no activar la persecución sacando de su victoria todos los resultados inmediatos. Se ha dicho en su disculpa, que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar prontamente los recursos para la continuación activa de una nueva campaña al sud, siendo lo probable, que ocupado de más vastos planes, sobre todo, del armamento naval que proyectaba para dominar el Pacífico y embargaba toda su atención, descuidó esto completamente, sin darle la debida importancia. Limitóse en los primeros momentos á desprender á Freyre con un destacamento de caballería de línea, y sólo cuando las partidas de milicianos que perseguían á los fugitivos empezaron á cometer depredaciones, dió orden al

(37) El mismo general Osorio lo declara en su parte: «Se dispersó el «ejército de un modo... En este estado se dirigió el ejército hacia las «casas de Espejo... En vista, emprendí mi retirada hacia la costa, te-«niendo noticia que en la referida casa de Espejo se refugió en desor-«den parte de la infantería y algunas piezas de artillería con el general «Ordóñez, cuya suerte ignoro hasta el día.»

coronel Zapiola para que al frente de 250 granaderos montados se dirigiese al sud y se mantuviera en observación del enemigo sobre la línea del Maule, acantonándose en Talca (38). La victoria era tan grande, que daba para todo, hasta para cometer y corregir errores. Por su parte, Zapiola desempeñó su cometido con inteligencia y actividad. Desarmó las guerrillas irregulares que deshonraban la causa de la independencia, creándole resistencias en el sud de país. Extrajo todo el material de guerra de los depósitos de Talca, que los enemigos en su fuga habían arrojado al río Maule. Estableció un servicio de vigilancia y de espionaje sobre la línea del Maule y el territorio dominado por el enemigo al sud del Ñuble, y por último, dió organización á las milicias de la localidad, preparándose á tomar la ofensiva parcial. Era todo cuanto podía hacerse con tan escasos elementos (39).

Osorio aprovechó el respiro que le daba el vencedor para allegar algunos elementos militares y sostenerse en Concepción y Talcahuano, tomando por línea de defensa el Ñuble. Reunió las guarniciones de la frontera de Arauco y ordenó al coronel Sánchez que se mantuviese firme en Chillán, consiguiendo á mediados de mayo contar con una fuerza organizada de 1,200 hombres; pero con sólo 600 fusiles. En esta actitud pidió nuevas instrucciones y auxilios al Perú. El virrey Pezuela había dado por perdido definitivamente á Chile después de Maipu, y sólo pensaba en proveer á la defensa de su territorio amenazado. Á la primer noticia de la derrota, convocó en Lima una junta de corporaciones, y en una arenga que les dirigió, dió á la batalla la importancia continental

(38) Barros Arana dice que Zapiola llegó á Talca el 18 de abril. Tenemos á la vista varias notas originales de Zapiola, fechadas en Talca el 19 de abril. (Arch. San Martín, vol. LXVI. M. S.)

(39) Papeles de Zapiola. (Arch. San Martín, vol. LXVI, M. S.)

que tenía, y que da testimonio de la profunda impresión que ella causó en los ánimos de los realistas en América. « Nuestros cálculos ulteriores, dijo, deben partir del segurísimo » concepto de que los enemigos siempre activos, atrevidos y » emprendedores, no desperdiciarán momento para poner » en ejecución cualesquiera planes agresivos, cuyo éxito favorable les facilitarán sus recientes ventajas. Estos planes » no son otros que de apresurarse á mandar una expedición á » estas dilatadas costas para introducir el desorden y la revolución en los pueblos, y propagarla de unos en otros hasta » lograr hacer sucumbir á esta misma capital (Lima), objeto » de sus perpetuas miras, por cuanto de su inagotable seno » han salido desde el principio de la revolución, y para todos » los puntos contaminados, las disposiciones y medios contra » los cuales tantas veces han escollado sus obstinados esfuerzos. Me consta que tales han sido sus aspiraciones en todos tiempos, y me hallo cerciorado que se agitan actualmente con el más extraordinario empeño por realizar » cuanto antes este su favorito proyecto. Para prometerse » un próspero suceso en sus tentativas, sé que cuentan con » algunos adictos á sus ideas que ocultos existen en los pueblos más fieles ; y cuentan con mayor fundamento con la » pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay » aquí, deseosa de libertad, así como lo han practicado en » Buenos Aires. Sé tambien, que para realizar lo proyectado » han comprado dos navíos, que su intención era batir nuestra escuadra, y en seguida, hechos dueños de la mar, » mandar con mayor desahogo sus expediciones de desembarco á los puntos de la costa. Las providencias defensivas » del gobierno han debido abrazar por tanto dos distintos » medios de resistencia » (40). Fué tal el pavor que la de-

(40) « Arenga del virrey del Perú á la junta de corporaciones que se celebró en Lima por las primeras noticias de la acción de Maipu, el 4 de

rrota de Maipu produjo en el Perú, que Pezuela, para aquietar los temores de las tropas del país reunidas en los alrededores de Lima, entre las cuales se anunciaba una nueva expedición á Chile, vióse obligado á dirigirles una proclama aquietándolas : « Ha llegado á mi noticia que muchos de vos-
» otros vienen disgustados, creyendo que han de marchar
» para Chile á incorporarse al ejército del rey que allí ha
» quedado. Yo os aseguro, que el objeto de vuestra venida
» á la capital, no es otro que mantener la tranquilidad públi-
» ca » (41). El orgulloso virrey, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y en Sipe-Sipe tres años antes, al ponerse á la estricta defensiva solicitaba en los términos más angustiosos prontos auxilios del virrey Sámano y de Morillo en Venezuela y Nueva Granada. « El tenor de las comunicaciones ha reagravado
» la dolorosa impresión del fatal suceso (de Maipu), resis-
» tiéndose la imaginación á convencerse cómo pudo suceder
» que un ejército completamente dispersado en un punto se
» rehiciese á los quince días en otro, ochenta y más leguas
» distante, en disposición de batir á sus vencedores, que no
» dejaron de perseguirlos de muy cerca por el mismo hecho
» del corto número de días que medió entre ambas acciones.
» Pero es demasiadamente cierto el final del funesto resulta-
» do, y que Osorio después de perdido todo habiendo empren-
» dido su retirada con mil hombres, únicos del ejército que
» pudieron salvarse, pudo llegar á Concepción con sólo cator-
» ce, por haber sido muertos ó dispersados por la caballería
» enemiga que los persiguió acuchillando en tan larga distan-
» cia. Por de pronto, mis incesantes fatigas tienen por obje-

---

mayo de 1818. » Esta arenga, que se hizo pública en Lima, fué comunicada manuscrita á San Martín por sus agentes secretos. El extracto del texto, es tomado de una copia auténtica con la firma autógrafa de Balcarce. (Arch. San Martín, vol. LXVI.)

(41) Proclama del virrey Pezuela de 20 de setiembre de 1818.

» to la colectación é instrucción de los reclutas destinados á » la defensa de la capital y costas del distrito para resistir á » cualquier agresión marítima, cuya diligencia presenta no » pocas dificultades. Reitero, pues, mi súplica sobre cuanto » pedí en mi último oficio, persuadiéndose que mis apuros » han llegado hasta el grado sumo » (42). El virrey de Nueva Granada le contestaba : « La fatal derrota que han sufrido » las tropas del rey, nuestro señor, cerca de Santiago de » Chile, pone á aquel virreinato (del Perú), y á todo este con- » tinente por la parte del sur en consternación y peli- » gro » (43), y junto con estas palabras le enviaba el batallón Numancia, fuerte de 1,200 plazas que á la sazón se hallaba en Popayán, refuerzo que á la vez que debilitaba á los realistas en este punto, facilitaba la invasión de Bolívar á Nueva Granada. Era un nuevo contingente á la causa de la independencia americana, como más adelante se verá. El general Morillo, que al frente de una expedición peninsular de diez mil hombres había arribado á Costa Firme, á la sazón extenuada en Venezuela, al conocer los detalles de la batalla de Maipu, pronunciaba palabras melancólicas que hacían presentir la derrota fatal: « El desgraciado suceso de las armas de S. M. » cerca de Santiago de Chile, me llena del más amargo pesar. » Yo entiendo que el ejército del rey victorioso en Lircay » con 5,000 hombres sobre 10,000 enemigos, habría sido ba- » tido igualmente contando con 55,000, por las mismas tropas » y los mismos jefes que lo han destruido en el llano de Mai- » pu » (44). Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martin en 1814 en Tucumán, era al fin com-

(42) Nota del virrey del Peru al de Nueva Granada de 29 de agosto de 1818 en Lima.

(43) Notas del virrey de Nueva Granada al del Perú, de 6 y 29 de julio de 1818 en Santa Fe de Bogota.

(44) Of. del general Morillo al virrey del Perú de 28 de julio de 1818 en Barquisimeto (Venezuela).

prendido en todas sus consecuencias por el enemigo, que al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares, y presentía su total derrota en toda la extensión de la América meridional. Jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo de pavor al adversario con sólo su amago, aun antes de experimentar de cerca sus efectos finales. Son estas concepciones de largo alcance, metódicamente ejecutadas, las que caracterizan el verdadero genio militar.

VII

Aun bajo la impresión desalentadora que produjo la batalla de Maipu en las filas realistas, en toda la extensión del continente americano, el virrey Pezuela, á no haber perdido la serenidad, debió fomentar eficazmente la guerra en el sud de Chile, como un medio de retardar la invasión que temía, sobre todo, teniendo la preponderancia marítima del Pacífico y estaba á la espera de una expedición de 2,500 hombres que había salido de España con tal objeto. Lejos de esto, no pensó sino en reconcentrarse en el Perú, abandonar definitivamente á Chile como teatro de la guerra y activar la guerra ofensiva por el Alto Perú, donde contaba con un ejército de 9,000 hombres, que por ese camino no encontraría sino derrotas. Á pesar de esto, Osorio se sostenía ayudado por la opinión del país, como antes se había sostenido Ordóñez después de Chacabuco, aunque no con la misma energía. Alentado por la inacción de los independientes y sabedor de la corta fuerza situada en Talca á órdenes de Zapiola, se resolvió á tomar la ofensiva parcial. Un grueso destacamento de milicias al mando del capitán Manuel Bulnes, chileno partidario del rey,

atravesó el Ñuble, y en la mañana del 21 de mayo, sorprendió el pueblo del Parral al norte de este río, pasando á cuchillo gran parte de su guarnición local. Casi simultáneamente, otro destacamento cruzaba el río Itata y ocupaba el puerto de Quirihue, extendiendo sus correrías hasta Cauquenes en la misma zona con el objeto de proporcionarse víveres, y haciendo grandes estragos en la comarca.

Al tener noticia Zapiola de estas incursiones, desprendió una columna de 200 hombres de caballería, entre granaderos y milicianos, á órdenes del valiente capitán Cajaraville, con orden de recuperar á todo trance la posición del Parral. Cajaraville marchó durante cinco noches por caminos extraviados, ocultando su movimiento, y en la madrugada del 27 de mayo estaba sobre el pueblo. Dividió su fuerza en dos grupos: hizo ocupar todas las boca-calles con los milicianos á cargo del capitán Domingo Urrutia para cortar toda retirada, y por la retaguardia atacó personalmente el punto á la cabeza de los granaderos. Avanzó el cuartel, puso en fuga á su guarnición, y obligó al resto á encerrarse en las casas circunvecinas, donde la rindió á sangre y fuego, tomando 70 prisioneros, y entre ellos varios oficiales y un coronel, y exterminando el resto (45). El otro destacamento realista que había cruzado el Itata, fué atacado en Quirihue el 21 de mayo por el teniente de granaderos Juan Estévan Rodríguez, obligándolo á refugiarse en la población, donde lo rindió por completo y le tomó 36 prisioneros, entre ellos un teniente coronel y 17 fusiles, con la sola pérdida de un muerto y un herido. Estos dos pequeños triunfos bastaron para quebrar por el mo-

(45) Partes del combate del Parral, publicados en el núm. 43 de la « Gaceta ministerial de Chile. » Los originales de estos partes se encuentran en el Arch. general, legajo: « Gral. del Exto. de los Andes, Guerra 1818. » En vez de un herido que da el parte publicado, se dan dos en el original, M. S.

mento las últimas fuerzas morales de los realistas en el sud de Chile, y la línea del Ñuble quedó inmune.

Reforzado Zapiola con el total de los granaderos montados, el batallón de Cazadores de Coquimbo y dos piezas de artillería, decidió tomar la ofensiva, teniendo por objetivo á Chillán (46). Al efecto, desprendió de nuevo al capitán Cajaraville con 100 granaderos á caballo, una compañía de infantería montada del Coquimbo y 150 milicianos, con orden de reunir todas las guerrillas volantes de ultra-Maule (47). El destacamento independiente atravesó el Ñuble el 21 de julio y el 31 avanzó en tres columnas sobre Chillán. Mandaba este punto el coronel Clemente Lantaño, oficial distinguido de inteligencia y valor, muy conocedor de la localidad, que hace su aparición en la escena, y que estaba destinado como Elorreaga y Sánchez, á alcanzar renombre manteniendo en el sud de Chile la bandera del rey. Tenía á sus órdenes como 500 hombres de infantería y caballería, y al anuncio de la irrupción, salió á su encuentro al frente de un escuadrón de Dragones. Al avistarse ambas fuerzas, Cajaraville le intimó rendición. El jefe realista contestó, que no era de caballeros rendirse sin pelear, y se replegó sobre la plaza en buen orden. El oficial patriota avanzó hasta la ciudad en el orden que llevaba, y arrastrado por su ardor, más bien que aconsejado por la prudencia militar, atacó simultáneamente por tres boca-calles con guerrillas de infantería sostenidas por piquetes de granaderos montados; asaltó las trincheras y llegó hasta el recinto de la plaza principal, donde sus defensores se resistieron con ventaja posesionados de los fuertes edificios que la dominan, sosteniéndose el fuego por una y otra parte

(46) Parte del teniente Rodríguez, en la « Gac. M. de Chile », núm. 44. El original en los papeles de Zapiola. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII. M. S.)

(47) Nota de Balcarce de 7 de julio. (Arch. gral.) — Papeles de Zapiola. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII, M. S.)

hasta entrada la noche. Estaba escrito que Chillán sería siempre funesto á las armas independientes. Cajaraville se vió obligado á desistir de su tan valeroso como impremeditado ataque, y emprendió su retirada á San Carlos con 14 prisioneros, dejando tres muertos en el campo, y llevando 23 heridos (48). Esta ventaja, reanimó un tanto el abatido espíritu de los realistas; pero les hizo comprender lo peligroso de su situación.

Osorio, desmoralizado por su derrota, sin esperanzas de recibir auxilios, y temeroso de ser atacado en la primavera por el ejército chileno-argentino, resolvió retirarse al Perú. El 25 de agosto reunió una junta de guerra en Talcahuano, y ante ella manifestó que las instrucciones del virrey Pezuela le prevenían evacuar el territorio con sus fuerzas de línea en el caso que los independientes preparasen una expedición contra el Perú, dejando en el sud de Chile tan sólo las tropas nativas para mantener la guerra de partidarios. Todos opina-

(48) Parte de Cajaraville de 1.° de agosto de 1818 en San Carlos, publicado en la « Gac. de B. Aires », de 16 de setiembre de 1818. El original existe en el Arch. general y en los papeles de Zapiola, M. S. El general Balcarce, en ofi. de 19 de agosto de 1818 á Zapiola, desde Santiago, á la vez de hacer honor á la intrepidez de Cajaraville, le reprueba su imprudencia en estos términos: « Nuestras tropas han pre» sentado un nuevo testimonio del valor que las distingue; mas las » empresas militares aunque no sean funestas, no dejan de ser censu» radas cuando tocan en la raya de temerarias. Un ataque dirigido á » las calles de una población cubierta de fosos y trincheras, nunca podrá » graduarse de prudente y arreglado, cuando su ejecución se encomen» dase á fuerzas de caballería. Este es el caso sucedido; y aunque es » verdad que los excesos de valor son las faltas más disculpables del » militar, no por esto dejan de exponer á males de consecuencia. Haga » V. S. conocer al capitán Cajaraville, que en el ataque que ha diri» gido, no se han consultado las precauciones que eran propias de un » oficial de pericia y meditación, manifestándole, que si aprecio sus es» fuerzos con el designio de escarmentar al enemigo, tendré senti» miento si su honor se ve comprometido por arrojarse á los lances con » demasiada precipitación. » (Papeles de Zapiola, Arch. San Martín, vol. XXXVIII.)

ron por la retirada; pero poseídos de tanto temor como incertidumbre, dejaron la responsabilidad de la resolución al general en jefe. Éste, sin ánimo y sin ideas, delegó el mando político y militar en el famoso coronel Juan Francisco Sánchez (5 de setiembre), dejándole 1,600 hombres del país, con 400 fusiles y 100 tercerolas; desmanteló las fortificaciones de Talcahuano, embarcó 35 cañones de posición con gran cantidad de pertrechos de guerra, y al frente de 700 hombres, último resto de la expedición con que había invadido, dió la vela al Callao en la mañana del 8 de setiembre (49). Tales fueron las consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu al sud de Chile: luego se dirá cuáles fueron respecto de la América.

---

(49) Torrente dice que Osorio se reembarcó con 729 hombres, y Barros Arana que con 689: el primero hace ascender el número de los que quedaron con Sánchez, á 1,100, y el segundo á 1,618 fundándose en documentos.

CAPÍTULO XIX

SAN MARTÍN DESPUÉS DE MAIPU

AÑO 1818

Fatalidad histórica. — La tragedia de los Carrera en Mendoza. — Nuevas noticias sobre el proceso de los Carrera. — Perdón tardío. — San Martín y los Carrera. — Rasgo de magnanimidad de San Martín. — San Martín se dirige á Buenos Aires en prosecución de sus planes. — Zañartu enviado de Chile en Buenos Aires. — Agitaciones políticas en Chile. — Chile inicia una reforma constitucional. — Muerte trágica de Manuel Rodríguez. — Honores por la batalla de Maipu. — Arreglos en Buenos Aires para la expedición del Perú. — Se acuerda un empréstito de 500,000 pesos para la expedición. — Incidente entre O'Higgins y Guido. — Influencia internacional de la Logia de Lautaro. — Fracasa el empréstito de 500,000 pesos. — Momentos psicológicos de los grandes hombres de acción. — Renuncia terrible de San Martín. — Se hace efectivo el empréstito. — Arbitrio de San Martín para proporcionarse dinero. — Bosquejo del plan de expedición al Perú trazado por San Martín. — Misterios diplomáticos. — Estado de la guerra americana en 1818. — San Martín repasa la cordillera al occidente. — Nuevo proyecto naval.

I

Por una fatalidad, que tiene su explicación en la lógica brutal de los hechos y en la dureza de la época, la celebración de la batalla de Maipu tuvo dos víctimas inmoladas por la desapiadada justicia política de la alianza chileno-argentina, que ha proyectado en la historia una sombra siniestra sobre los vencedores. El mismo día en que llegaba á Mendoza el parte de la victoria, eran allí fusilados los dos hermanos Carrera, Luis y Juan José. Estos infortunados jóvenes, anhelantes de vivir en la patria aun á costa de la vida como Fós-

cari, y figurando como actores en un drama de fantásticas conjuraciones contra el destino; que tenían por numen á una mujer de alma intrépida y de imaginación ardiente, hallábanse á la sazón presos en la cárcel de Mendoza por causas que han sido ya citadas. (Véase cap. XV, § VII). El episodio trágico que puso fin á sus días en la flor de la edad, ha sido varias veces narrado con criterio contradictorio y con documentos incompletos por los historiadores chilenos y argentinos, aunque acordes en su crónica, y al proyectar sobre su fondo tenebroso una nueva luz con severa imparcialidad, nos guiaremos por los documentos inéditos de que estamos en posesión, para fijar el fallo equitativo de la conciencia histórica.

La causa de los dos hermanos Carrera, habíase seguido en Mendoza y en Santiago de Chile de un modo tan irregular como excéntrico. Acusado y convicto don Luis, de haber violado la valija del correo de Cuyo; sindicado don Juan José de haber dado muerte á un niño postillón que le acompañaba, y que murió á su lado en la soledad de la pampa en medio de una tempestad, sin más testigos que él; y procesados ambos por conato de conspiración contra Chile en territorio argentino, y en Chile por « delito de alta traición », la causa revestía un carácter internacional, criminal y político á la vez, y tramitábase simultáneamente sin acuerdo entre dos jurisdicciones extrañas, interviniendo en él por accidente el gobierno argentino, y de una manera indirecta la autoridad moral y militar de San Martín. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, al poner los presos á disposición del gobierno argentino, apresuróse á comunicarlo al general, diciéndole : « Satisfecho V. E. de mi vigilancia, puede reposar sobre las medidas que he tomado para que los agentes de la rebelión no contaminen la forma de nuestro sistema en esta provincia. V. E. por su parte, sabrá consultar los medios para prevenir los ataques en ese Estado » (Chile). Iniciadas las causas

por los respectivos gobiernos, el de Buenos Aires dirigióse á San Martín en estos términos : « Me ordena el gobierno avise » á V. E., recomendándole las más celosas y activas provi- » dencias en asunto tan importante, á fin de que no queden » impunes atentados tan execrables, como dignos del castigo » más ejemplar ». El general del Ejército Unido en su carácter de tal, ofició al gobernador de Cuyo, ordenándole que, « á los efectos de la causa que por disposición del gobierno de Chile se seguía á los Carrera, en la conjuración tramada por ellos, debían éstos permanecer presos en Mendoza », y terminaba con esta prevención : « La seguridad, la vigilancia, el » cuidado sumo que debe tenerse con Juan José Carrera, fa- » moso criminal, y con su hermano don Luis, quedan al efi- » caz celo de V. S., en tanto que el arresto de sus personas » es el garante de la quietud y del actual y futuro engrande- » cimiento de este país ». Y en carta privada, recomendábale : « tratase con toda consideración á Luis Carrera », por quien tenía simpatías (1). El gobierno de Chile, remitiendo copia del proceso al gobernador de Mendoza, dirigió á éste carta de ruego, á fin de tomar las confesiones á los reos y notificarles nombraran defensores que debían apersonarse en Santiago de Chile en el término de veinte días, con apercibimiento de proceder en rebeldía, y comunicando esta providencia al director Pueyrredón, solicitó se le diese conocimiento de lo actuado bajo la jurisdicción argentina (2).

---

(1) Extracto de los siguientes documentos inéditos : 1.° Ofi. reservado de Luzuriaga á San Martín de 9 de agosto de 1817. 2.° Ofi. reservado del ministro de guerra Irigoyen á San Martín, 25 de agosto de 1817. 3.° Ofi. de San Martín á Luzuriaga, 10 de setiembre de 1817. 4.° Carta de Luzuriaga á San Martín de 13 de agosto de 1817, con una anotación de letra de San Martín en que se lee : « Recomendación á Luzuriaga tra- » te con toda consideración á Luis Carrera. » (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 6. M. S. S. originales.) V. el Apénd.

(2) Ofi. de la Junta de Chile de 5 de noviembre de 1817 al director de

Pendiente el exhorto internacional, que era el nudo de la cuestión jurídica, aun cuando de las actuaciones se diese por el gobernador de Cuyo conocimiento testimoniado al gobierno de Chile, el sumario de Mendoza marchó lentamente sin sujeción á ninguna regla, y el proceso de Chile sólo estuvo terminado á principios de 1818. En este estado, y no abierta aún la acusación fiscal, el gobierno de Chile lo pasó al general del Ejército Unido, para que lo formalizase, mandando convocar el Consejo de guerra que debía entender en él. San Martín, contestó, que la notoria enemistad con los Carrera y la prevención de los jefes del ejército contra ellos, daría á la sentencia el carácter de una imposición de su influencia, y por lo tanto, pedía que él y ellos fuesen exhimidos de este compromiso, « que dejaría su honor en descubierto » (3). El director sustituto Cruz, accedió á esta excusación, « encontrándola justa », y en este estado quedó la causa. Pero al mismo tiempo escribía San Martín á Luzuriaga : « Redoble

---

las Provincias Unidas, con inclusión de la carta de ruego al gobernador Luzuriaga. (Doc. del Arch. general. M. S.) Esta comunicación que no hemos encontrado en el legajo de la correspondencia entre ambos gobiernos, se registra en un cuerpo de autos agregado con posterioridad á la causa de los Carrera, después de su ejecución, y de que no han tenido conocimiento los historiadores que se han ocupado de ella, versa sobre el punto jurídico más importante que envolvía, cual es, la competencia de las respectivas jurisdicciones bajo el aspecto del derecho de asilo con relación á la nación que lo debía y á los reos que lo invocaban. Lo encontramos por acaso en el Arch. general en un pequeño legajo suelto, con este resumen : « Gobernador de Mendoza (pendiente). Remita testimonio de la causa seguida contra los Carrera, mandada agregar á sus antecedentes, que son las gestiones de doña Francisca Xaviera de Carrera — Octubre, 1818. » De las gestiones de doña Javiera Carrera, de que tampoco han tenido conocimiento los historiadores, se hará uso más amplio en este capítulo.

(3) Ofi. del director sustituto Cruz á San Martín de 17 de enero de 1818, previniéndole formar consejo de guerra á los Carrera. Contestación de San Martín á la anterior, excusándose en 18 de enero de 1818. Réplica de Cruz, conformándose, de 19 de enero de 1818. (Arc. San Martín, vol. XIII, núm. 6. M. S. S. originales.)

» su vigilancia por la seguridad de los Carrera, pues se me » repiten los avisos de que se trata de promover su fuga ». Se ha dicho con este motivo que San Martín representó en esta ocasión un doble papel, propio de su genio astuto y reservado, y que á la vez que todo lo dirigía y avivaba las odiosidades hacia los perseguidos, excusaba dar su nombre ó comprometer su representación oficial. Indudablemente, el retraimiento de San Martín, implicaba en sus términos generales una condenación tácita de los acusados, cuando era el verdadero árbitro de la situación, y por otra parte no ocultaba que consideraba á los Carrera, no sólo incompatibles con la paz pública, sino también criminales; pero su proceder era correcto como general aliado, y se inclinaba por temperamento y por sistema, más á la moderación que al rigor, como lo prueba el hecho de paralizarse el proceso después de su excusación. En realidad, el proceso no probaba nada, y el mismo San Martín había interpuesto su poderosa influencia para hacer poner en libertad á los complicados, pues cuando más podía deducirse de él un conato informe de conspiración contra el orden interno. Fundado en esto, y con motivo de la declaratoria de la independencia de Chile, el defensor de los Carrera solicitó el indulto de sus protegidos con sentidas palabras: « En el gran día en que el Estado de Chile rompe las » cadenas de un millón de ciudadanos, y consuela los manes » de millares que forman las generaciones de tres siglos de » esclavitud, no es dable consentir la aflicción y los tormen- » tos de dos ilustres chilenos, que cualesquiera que sean los » errores que se les supongan, no puede negárseles la gloria » de haber emprendido y protegido á toda costa la obra de su » redención. Al disolver los antiguos vínculos y formar un » nuevo Estado social, con cuyo carácter se presenta Chile » al universo, parece consiguiente queden extinguidos y ol- » vidados los errores políticos de la anterior sociedad que ya » no existe. Jamás se ha instalado un nuevo pacto social y

» una nueva forma de gobierno, sin proclamar una amnistía » general de cuanto puede perjudicar al estado público de la » sociedad regenerada » (4). Esta súplica no fué atendida. El alma enconada de O'Higgins se resistía al perdón, como se ha visto. Á la política militar de San Martín convenía mantener en seguridad á los dos procesados, como rehenes de la quietud de su turbulento hermano mayor, dejando al tiempo que la conciliación porque había abogado antes (véase cap. XV, § III), se abriese camino, cuando dejasen de ser un peligro para la consolidación del orden de cosas que sostenía, que era una de las bases de su plan de emancipación continental.

Mientras esto pasaba en Chile y en Mendoza, la fiel hermana de los perseguidos, que condensaba el espíritu de la familia, no cesaba de hacer en Buenos Aires gestiones en favor de sus hermanos, denunciando sus padecimientos en la prisión y reclamaba para ellos el amparo de las leyes, tocándole promover, bien aconsejada por su corazón, el punto que constituía el fondo jurídico de la cuestión de forma, cual era el carácter territorial de la causa que se invocaba Chile sin derecho, en menoscabo de la soberanía argentina. Desesperanzada de obtener gracia del gobierno de Chile, se dirigió al gobierno argentino pidiendo justicia, pues contaba encontrar en él más clemencia que en el de su propio país. Así, con motivo de la gestión del gobierno chileno para procesar á sus hermanos bajo su jurisdicción, exponía : « No dudo por » un momento del asilo que hoy los escuda y aunque sin » otra representación que la que me da la misma naturaleza, » expondré que es de extrañar que el gobierno de Chile

---

(4) Representación del procurador de los Carrera en Chile, el doctor Manuel Aráoz, al director O'Higgins. Inserta en « Aviso á los pueblos de Chile », imp. en Montevideo en la imprenta de los Carrera en 1818, y firmado por José Miguel Carrera.

» quiera hacer valer un fiat, que estando en oposición con » los principios sostenidos por las naciones más cultas del » orbe, mancharía la dignidad del gobierno de las Provincias » Unidas. Sería de desear, que en toda la extensión del globo » no hubiese ningún lugar fuera de la dependencia de las » leyes, y que al modo que la sombra sigue al cuerpo, su » fuerza persiguiese al culpado. Sin embargo, todas las na» ciones, rindiendo el debido homenaje á la humanidad, no » han creído deber ventajoso el volverse recíprocamente sus » criminales, por no constarles que todas las leyes eran con» formes á la razón y las penas no traspasarían la medida de » los delitos, lastimando la arbitrariedad de los jueces los de» rechos del inocente oprimido. No podrá decirse que los » Carrera se han sustraído á la protección del gobierno de » Buenos Aires. Ellos fueron aprehendidos en el territorio de » las Provincias Unidas, y si el haber salido de la capital sin » pasaportes se gradúa delito, su conocimiento corresponde » exclusivamente á su jurisdicción; y el conato de alejarse » de su territorio, no es motivo suficiente para entregarlos á » manos de sus mortales enemigos » (5).

La argumentación era irrefutable, y los intérpretes de la ley tenían necesariamente que ser consultados. Sometido el exhorto del gobierno de Chile al fiscal de la Suprema Cámara de Justicia, éste se pronunció abiertamente contra su pretensión de avocarse la causa: « Aunque por el estado informe

(5) Representación de doña Francisca Javiera de Carrera al director de las Provincias Unidas. Cuerpo de autos antes cit., agregado en Buenos Aires á la causa de los Carrera en Mendoza. Las representaciones de doña Javiera son cuatro, y todas ellas en el mismo sentido. Los historiadores que han escrito sobre este punto, no las han conocido, y las gestiones de ella á que se refieren son dos, publicadas por su hermano José Miguel en el opúsculo ya cit. « Un aviso á los pueblos de Chile », en que hace referencia á su derecho de asilo invocado en lo que se extracta en el texto. (Doc. del Arch. general, M. S. original.)

» del expediente, dice, correspondía se agregasen los antece-
» dentes que han motivado la prisión de los Carrera, traslú-
» cese en él lo bastante, que su fundamento lo deriva de
» principios de conjuración contra las autoridades del Estado
» de Chile, y no puede dudarse que es un asunto que con-
» viene se ventile en la capital con presencia personal de los
» reos, sin hacer lugar á la toma de las confesiones que soli-
» cita el gobierno de Chile, pues son un acto de dependencia
» y jurisdicción que en modo alguno se le debe permitir
» ejerza en el territorio de las Provincias Unidas del Río de
» la Plata » (6). Consultado el asesor de gobierno, doctor Valle, afirmó en términos más explícitos aún : « Pretender
» que se tome confesión á los Carrera y se les notifique nom-
» bren apoderados para sus defensas, con calidad de presen-
» tarse ante el gobierno de Chile y apercibimiento de proce-
» der en rebeldía á la resolución definitiva y ejecución, no
» puede permitirse, porque recibir la confesión al reo es un
» acto de la jurisdicción que el juez ejerce sobre él por ha-
» bérsele sujetado de algún modo, y los Carrera no han co-
» metido delito en el Estado de Chile » (7).

El gobierno argentino, perplejo ante su responsabilidad nacional, sus deberes políticos para con el aliado, y sus sentimientos que lo inclinaban á la lenidad, se abstuvo de resolver el punto en cuestión, y limitóse á encargar al gobernador de Cuyo aliviara la prisión de los dos hermanos. Luzuriaga contestó que había tenido con ellos todas las consideraciones, pero que no le era posible relevarlos de la prisión, pues de otro modo no podría responder de sus personas, cuando estaban encausados por crímenes comunes, y le

(6) Dictamen del fiscal de la Cámara de Justicia de 23 de diciembre de 1817. (Doc. del Arch. general, en autos cit. M. S. original.)

(7) Vista del asesor doctor Valle de enero 24 de 1818. (Doc. del Arch. en autos cit. M. S. original.)

constaba se hacían trabajos para favorecer su fuga (8). En estas tramitaciones de mera forma, pasáronse los últimos meses de 1817 y los primeros días de 1818, quedando la causa pendiente ante las dos jurisdicciones, y de hecho, bajo la de Chile en su parte principal, aunque sin definirse el punto esencial de la competencia. La vida de los Carrera parecía garantida, pero la fatalidad hacía su camino aun á despecho de los mismos que eran árbitros de las víctimas predestinadas.

II

Pendiente el proceso y adormecida su prosecución á ambos lados de la cordillera, límite de las dos jurisdicciones en conflicto, don Luis, de acuerdo con algunos soldados milicianos de la guardia que lo custodiaba, imaginó fraguar una revolución en Mendoza, con el propósito de apoderarse del mando de la provincia de Cuyo, armar en ella un cuerpo de ejército, negociar en esta actitud un arreglo con O'Higgins y San Martín, y en caso de negativa de éstos, expedicionar al sud de Chile en alianza de los indios de Arauco y hacer por su cuenta la guerra á espaldas del ejército realista con la bandera de *la patria vieja* caída en 1814 (9). La conjuración disipada, era el sueño de una mujer: el proyecto de revolución, era un delirio del cautiverio. Denunciado su intento por

---

(8) Ofi. del gobierno de 8 de noviembre y contestaciones de Luzuriaga de 4 y 12 diciembre de 1817, y 1.° y 13 de enero de 1818. (Doc. del Arch. general, en autos cit. M. S. original.)

(9) Confesión de Luis Carrera en el folleto : « Extracto de la causa criminal seguida contra los Carrera ante el gobierno de Mendoza », impreso en Santiago de Chile en 1820. Esta publicación, que se atribuye á Monteagudo, contiene las piezas principales del proceso, y algunas nótas y consideraciones sobre él.

uno de sus cómplices en vísperas de su ejecución (25 de febrero de 1818), se abrió un nuevo proceso á los dos hermanos como perturbadores del orden público. Juan José, amilanado, renegó á su hermano, negando tener participación en el plan y suministró nuevos cargos contra los conspiradores. Luis, despechado, ó movido por su nativa generosidad, lo confesó todo, bajo la promesa del perdón de sus cómplices, echando sobre sí toda la responsabilidad. Esto sucedía en los primeros días de marzo : el 29 del mismo llegaba á Mendoza la noticia del contraste de Cancharrayada. Lleno de zozobra el gobernador, pidió autorización al gobierno para despachar á la capital los reos con su causa (10). Era la salvación de los Carrera. Por desgracia para ellos, llegaba en esos momentos á Mendoza entre los fugitivos del campo de batalla, poseído de los pavores de la derrota, el doctor Monteagudo, auditor del ejército de Chile (11). Este personaje, cuya figura aparece en todas los hecatombes de la revolución,

---

(10) Ofi. del gobernador Luzuriaga al gobierno de 31 de marzo de 1818, inserto en el « Extracto », etc., del proceso publicado, cit. imp. en Santiago.

(11) Se ha dicho, que Monteagudo pasó á Chile enviado por Pueyrredón y llamado por San Martín, quien lo ocupó en el ejército argentino dispensándole su confianza, lo que es inexacto. Habiéndose quejado Pueyrredón á San Martín, de que se hubiese empleado á Monteagudo como auditor, y contestando el segundo que lo había sido por O'Higgins, replicóle aquél : « Que Monteagudo sirva á ese Estado (Chile), nada tiene de » extraño ni de chocante, porque en él no tiene los comprometimientos » que en el nuestro; y lo que yo escribí á V. fué en concepto de ser em» pleado de nuestro ejército. Él llegó aquí como V. sabe; gritó contra él » inmediatamente el partido de oposición que tiene, solicitando que se le » expulsase : yo tomé sobre mí el internarlo á Mendoza en clase de con» finado : se pasó á Chile sin mi licencia ni conocimiento : se supo que » había sido por su propia resolución, porque yo no lo oculté á los mu» chos que me lo preguntaron. Si después de estos antecedentes, se viese » colocado en nuestro ejército, se inferiría con razón que yo obro una » intriga con mengua de mi circunspección y verdad. » (Carta de Pueyrredón á San Martín de 2 de abril de 1818). (Arch. San Martín, vol. XL. M. S. autógrafo.)

terrorista por temperamento y por sistema, era el genio fatídico que iba á decidir con su influencia de revolucionario y jurisconsulto de la suerte de los presos (12). El 6 de abril un

---

(12) Se ha dicho que San Martín envió á Monteagudo á Mendoza después de Cancharrayada, con órdenes secretas sobre la causa de los Carrera. El primero que formuló esta acusación fué José Miguel Carrera, en su opúsculo « Un aviso á los pueblos de Chile », p. 3, cuyo testimonio carece hasta de valor moral. Vicuña Mackenna fué el primer historiador que lo recogió en su « Ostracismo de los Carrera », p. 146, pero poco después en su « Ostracismo de O'Higgins », p. 321, se rectificó á sí mismo publicando una carta de Monteagudo á O'Higgins, en la cual decía aquél el 26 de marzo desde la Guardia Vieja (dentro de la cordillera) : « Después de haber sido testigo de nuestro contraste, llegué á » Santiago, y en el conflicto de noticias adversas que por momentos se » recibían, al paso que ignoraba la suerte de ustedes (O'Higgins y San » Martín), resolví salir para Mendoza, con la idea de ayudar á aquel » gobernador en el estado difícil en que debe hallarse, sugeriéndole al» gunas medidas que nacen de nuestras circunstancias. Deseo mostrar » toda la energía de mi carácter. En Mendoza indicaré cuanto las cir» cunstancias exijan. » Queda anulado por sí mismo el testimonio vago de Vicuña Mackenna, con un documento, que según sus propias palabras, « absuelve de una inmensa responsabilidad á O'Higgins y San Martín. » (« Ost. de O'Hggins, p. 320 »). El segundo historiador que se hizo eco de la acusación desautorizada de J. M. Carrera, fué Amunátegui en su « Dict. de O'Higgins », p. 153 (2.ª ed.), sin citar documento alguno, y desconociendo los hechos, por cuanto después de Cancharrayada es de notoriedad que no se vieron San Martín y Monteagudo, como luego se verá. El grave historiador Barros Arana, aunque con más reserva, asienta empero un hecho notoriamente inexacto, al aseverar que « después de Cancharrayada, Monteagudo se retiró con San Martín hasta » San Fernando, desde donde se puso en precipitada marcha para Men» doza, sin que se haya podido averiguar nada acerca del objeto de este » viaje ni de las instrucciones que llevaba. » (« Hist. de la Indep. » t. IV, p. 399). Las fechas y los documentos contradicen en todas sus partes este vago aserto. Según el mismo Barros Arana (t. IV, p. 293), en la noche del 20 de marzo llegaron á San Fernando San Martín y O'Higgins, y en la mañana del 21 escribió aquél su primer parte sobre la sorpresa. Entretanto, en la tarde de ese mismo día llegaban á Santiago los primeros dispersos, y entre ellos Monteagudo, según consta de una relación de testigo ocular que inserta Vicuña Mackenna en la pág. 310 del « Ost. de O'Higgins. » En esa fecha, se ignoraba en Santiago la suerte que hubiesen corrido San Martín y O'Higgins, como el mismo Monteagudo lo declara en su carta escrita dos días después en marcha hacia Mendoza y dentro de la cordillera. Con esto, queda también refutada por sí

número considerable de dispersos del ejército, difundía el pánico en la provincia de Cuyo. Todos consideraban posible y aún probable, una nueva derrota del ejército unido, y preveían una emigración de chilenos como la anterior, que se dividiría en bandos, poniendo uno de ellos á su cabeza á los caudillos chilenos. La numerosa cantidad de desterrados de ultra cordillera y de prisioneros y confinados españoles, que empezaba á agitarse, aumentaba estas alarmas, á lo que se agregaba el anuncio de una expedición que Osorio preparaba al sud de Mendoza. La guerra civil que asomaba en el litoral y las campañas inundadas por el bandalaje, eran otros tantos peligros que perturbaban los ánimos. La municipalidad de Mendoza, haciéndose el órgano de estos terrores, requirió del gobernador, en nombre del pueblo, la inmediata terminación de la causa de los Carrera, señalándolos como víctimas propiciatorias de la paz pública, para prevenir un nuevo revés de las armas independientes. En vano el defensor de los reos, el doctor Manuel Vásquez de Novoa (chileno), hablando por boca de la ley, alegaba que los simples conatos « non deben haber pena ninguna aún quando fuesen sucedidos con tal que non maten á otro » (marzo 29). El fiscal de la causa (con carácter militar para mayor confusión), sordo como la opinión apasionada, invocando los padres de la

---

misma la aseveración del sesudo Barros Arana, que no conocía en la época en que publicó su libro (1858), el documento concluyente antes citado, exhibido por Vicuña Mackenna en 1860, que prueba : 1.° Que después de Cancharrayada no se vieron San Martín y Monteagudo, y que por consecuencia el primero no pudo comisionar ni dar instrucciones algunas al segundo. 2.° Que en el mismo día en que San Martín estaba en San Fernando y pasaba desde allí su parte, Monteagudo llegaba fugitivo á Santiago. 3.° Que al salir de Santiago Monteagudo ignoraba la suerte que hubiesen corrido San Martín y O'Higgins. 4.° Que la decisión de Monteagudo de pasar á Mendoza, fué tomada motu propio, sin acuerdo con O'Higgins ni San Martín, y que sólo la comunicó á O'Higgins.

iglesia, los historiadores romanos, los juristas antiguos y modernos, los filósofos desde Platón hasta de la Mirándola, el caballo de Troya y los libros sagrados, pedía « el último suplicio para los Carrera » (4 de abril), por el crimen de alta traición contra la seguridad de los dos Estados (13). Luzuriaga, se asesoró de una junta de tres letrados, de la que formaba parte Monteagudo, los que unánimemente opinaron, que el gobernador « en tan terrible y extraordinario conflicto, » estaba autorizado, no sólo para concluir sumariamente la » causa, sino para proceder á la ejecución de la sentencia, » sin previa consulta á la superioridad por ser el peligro inmi- » nente », lo que presuponía una sentencia de muerte, (abril 7). Todo se conjuraba para amontonar las maldiciones sobre las cabezas de los infortunados hermanos. El gobernador, « estrechado por los peligros públicos, » según sus propias palabras, pidió á los letrados formulasen la sentencia según el mérito del proceso, y éstos fulminaron su fallo condenatorio en virtud « de las circunstancias extraordinarias, no » obstante no haberse consultado en favor de los reos los » medios ordinarios que pudieran disminuir el rigor de la » ley ». El dictamen, convertido en fallo definitivo y sin remisión, fué firmado el 8 de abril á las 3 de la tarde. Á las 5 del mismo día, los dos hermanos Carrera eran fusilados (14). Media hora después llegaba con la noticia de la victoria de Maipu, el sargento mayor de granaderos á caballo Mariano Escalada, hermano político del general vencedor. Las campanas de la ciudad se echaron á vuelo al mismo tiempo que los

---

(13) Este estado de la opinión pública por estas causales consta del dictamen de los letrados de 7 de abril de 1818, consultados por el gobernador Luzuriaga. (Documentos sobre la ejecución de don Juan José y don Luis Carrera págs. 4-5.)

(14) « Docs. sobre la ejecución de J. José y Luis Carrera », cit. págs. 3-34.

cadáveres de las dos víctimas eran sepultados haciendo más odioso el estéril y cruento sacrificio (15).

---

(15) Es un punto dudoso el día y la hora en que la noticia de la batalla de Maipu llegó á Mendoza. Siguiendo la tradición más acreditada, aseveramos en el texto que fué media hora después de la ejecución de los Carrera, aun cuando algunos establecen sin pruebas que llegó en la mañana del mismo día, y otros que al día siguiente, estando casi todos los historiadores contestes que fué en la tarde del 8 de abril de 1818. El gobernador de Cuyo, Luzuriaga, principal actor en este drama, no da luz alguna sobre el particular, ni en el Manifiesto que publicó entonces justificando la ejecución, que lleva la fecha de 9 de abril, ni en la Memoria manuscrita suya en que la menciona por incidente, y existe en el Arch. San Martín, vol. LXXII, M. S. Al dar cuenta del hecho al director O'Higgins y comunicarlo á San Martín con inclusión del manifiesto original, agrega con la indicada fecha 9 de abril : « La influencia que » puede tener este suceso sobre las circunstancias políticas de ese país, » (Chile), me mueven á comunicarlo con la brevedad posible ; y espero » que el orden público de ambos Estados quedará asegurado por el te- » mor que debe imponer á los turbulentos este ejemplar castigo. » (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 9). Estos conceptos indican que el manifiesto era un documento preparado antes de recibirse las noticias de Maipu. Vicuña Mackenna, en el « Ostracismo de los Carrera », pág. 149, exhibe una comunicación de Luzuriaga, que dice ser fecha 8 de abril, tomada del libro copiador de correspondencia de Mendoza, de la cual resultaría, según él, que la noticia llegó tres horas antes de la ejecución, y cuyo tenor es como sigue : « En este momento, que son las dos » de la tarde, acabo de recibir con el sargento mayor don Mariano Es- » calada el parte del señor director del Estado de Chile. » Esta versión, de dudosa documentación, no ha sido aceptada por ningún historiador, y todos ellos de conformidad con la unánime tradición de los contemporáneos de Mendoza, que hemos consultado, aseguran que la noticia de Maipu llegó después de la ejecución, y es lo verosímil, según se deduce de las fechas y las horas. La batalla de Maipu terminó á las 6 de la tarde del 5 de abril : San Martín fechó su parte en el campo de batalla á las 6 1/2 de la tarde á 15 kilómetros al sud de Santiago, y su conductor, el mayor Mariano Escalada, salió con él en la noche : según unos, después de las doce de la noche, y según otros á las tres de la mañana del siguiente día : de todos modos, para atravesar la inmensa distancia entre Maipu y Mendoza, teniendo que cruzar la cordillera, en que no es posible forzar la marcha de las cabalgaduras, y llegar á Mendoza el 8 después de las 5 de la tarde, empleó menos de dos días y medio, lo que se consideró entonces un viaje rapidísimo. Tanto Amunátegui en su « Ost. de O'Higgins », p. 155, como Barros Arana en su « Hist. de la Indep. », están conformes en que la noticia llegó media hora después de la ejecución. Hudson, que fué testigo de la ejecución, siendo muy joven y que

La fatalidad perseguía á las víctimas inmolatorias, aún después de muertas. Por una ironía de su destino, veinte y cuatro horas después de la ejecución (9 de abril), el Director Supremo de las Provincias Unidas, firmaba un decreto, en que sin pronunciarse aún respecto de la cuestión pendiente sobre competencia jurisdiccional, ordenaba al gobernador de Cuyo « continuar la causa de los Carrera, ínterin se le remitían las facultades convenientes para proceder conforme á las circunstancias » (16). Dos días después, la joven viuda de Juan José Carrera, Ana María Cotapos, imploraba de San Martín la vida de su muerto esposo, al que había consagrado una profunda y tierna pasión (17). El vencedor de Maipu

---

ha compulsado cuidadosamente los archivos de Mendoza, dice en sus « Recuerdos de la provincia de Cuyo » (t. IX, p. 58 de la « Rev. de Bs. As, » : « El día siguiente, 9 de abril, llegó á manos del gobernador el » parte de la victoria. » V. Pérez Rosales, chileno y amigo de los Carrera, en sus « Recuerdos del pasado », p. 33-34, dice que se hallaba á la sazón en Mendoza, y formó en el cuadro presenciando la ejecución. He aquí su relato : « El día 8 de abril á las tres de la tarde, se notificó á los des» graciados presos que á las cinco de ese mismo día debían morir. Á la » misma hora de la notificación se tocó á tropa, y á las cuatro de la tarde » se encontraba ésta formada en la plaza. Á las cinco y tres cuartos, el » movimiento de la guardia nos dió á entender que el atroz desenlace » del drama iba á principiar y un instante después, aparecieron bajo el » portal de la cárcel rodeadas de bayonetas las dos ilustres víctimas... » Entre el humo de una sola descarga volaron las almas de aquellos » desdichados hacia el cielo. » No hace ninguna mención de la llegada de la noticia de Maipu á Mendoza en ese día, siendo á la vez tan minucioso y preciso en su narración, en la que no omite ni las horas. Parece, pues, comprobado que la noticia de Maipu, llegó á Mendoza después de las 5 de la tarde del día 8 de abril de 1818.

(16) Doc. del Arch. general. en el cuerpo de autos cit. M. S.

(17) En el cuerpo de autos cit. figuran tres cartas de la esposa de Juan José Carrera, doña Ana María Cotapos, llenas de la más exquisita ternura y de apasionada abnegación. Estas cartas llegaron á manos del preso por intermedio del gobernador Luzuriaga, según lo declara la misma señora. En una de ellas, le dice: « Yo sé bien que tus delitos no » son otros, más que el deseo de reunirte á mí. Lo que más me aflige » es no estar materialmente contigo en tu prisión; pero mi corazón no » se separa un instante de ella. Esta va bajo la cubierta del señor Inten» dente. » En otra : « Tengo el consuelo de que nos comunicaremos

conmovido, puso en sus manos una carta para O'Higgins, accediendo á sus ruegos. « Excmo. señor : Si los cortos ser-
» vicios que tengo rendidos á Chile merecen alguna conside-
» ración, los interpongo para suplicar se sobresea en la causa
» que se sigue á los señores Carrera. Estos sujetos podrán
» tal vez ser algún día útiles á la patria, y V. E. tendrá la
» satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en
» beneficio público. — José de San Martín ». O'Higgins, siempre airado, concedió la gracia pedida, pero con reservas, haciendo al general responsable ante el futuro de los peligros á que exponía al país con su poderosa interposición, y le contestó en una nota oficial, que los historiadores chilenos no han conocido : « Excmo señor : La respetable mediación de
» V. E. aplicada en favor de los Carrera, no puede dejar de
» producir en toda su extensión los efectos que V. E. se pro-
» pone, y aun cuando la patria peligrase por la existencia
» de estos hombres, V. E. en quien descansa la salvación de
» este Estado, sabrá conciliar su peligro con el objeto de su
» pretensión. — Santiago, 10 de abril de 1818. — *Bernardo*
» *O'Higgins*.— Excmo. señor General en jefe de los ejércitos
» Unidos » (18). Al día siguiente el director de Chile dirigía

---

» mediante la generosidad del señor Intendente. Si supiese yo, mi amado
» Juan, que en mi muerte pendía mejorar tu suerte, la rendiría gustosa;
» sí, hijo mío, así lo debes creer ¡ojalá todas las desgracias del mundo
» cayesen sobre mí! me serían dulces con tal que tú no las sufrieses.
» Quiero acabar mis días contigo, y seguir tu suerte cualquiera que sea:
» de este modo será más larga mi vida, porque separada de tí, duraría
» muy poco. Qué terrible ha sido para mí el día 8 de este (noviembre
» de 1818), que hace un año que fué de nuestra cruel separación. Este
» año nos ha doblado los pesares. » En otra : « Me han prometido
» que se te oirá, y que en este correo irá orden para alivio de las prisio-
» nes de los dos. Dios quiera que así sea para que tu pobre Ana pueda
» respirar. Procura tranquilizar tu ánimo, para tener algún día el placer
» de unir nuestros brazos, que será el más feliz de tu amante fina y triste
» — *Ana María*. » (Proceso de los Carrera, cit. M. S. Arch. San Martín, vol XIII.)

(18) Tanto la súplica de San Martín que antecede, como la nota de

al gobernador de Cuyo un oficio, en que desistiendo de toda acción contra los Carrera por su delito contra la seguridad del Estado, le recomendaba aplicase toda la indulgencia conciliable con los progresos de la revolución, expresando que « no había podido resistirse ni al poderoso influjo del general » San Martín, ni á las circunstancias en que se hacía esta » súplica, no considerando el gobierno justo que el placer » universal de la victoria no les alcanzase ».

La solemnidad de la nota de O'Higgins, que ha permanecido inédita por más de setenta años, esparce una nueva luz sobre el fondo oscuro de este cuadro melancólico, y muestra que al conceder la gracia, se violentaba y la reducía á términos condicionales, haciendo responsable á San Martín de sus consecuencias ante la historia. Por no haberla conocido, algunos historiadores han llegado á insinuar que el general y el director no procedieron de buena fe; pero en presencia de ese documento todas las dudas se disipan, y vése que el perdón fué solicitado y otorgado con la profunda convicción de que iba á surtir sus efectos. Nada absolutamente autoriza, ni aun á sospechar siquiera, que estos hombres ilustres representasen en tal ocasión con palabras tan solemnes, una farsa indigna, haciendo vana ostentación de sensibilidad, cuando ni uno ni otro excusaba manifestar sus sentimientos respecto de los agraciados. El general San Martín, en un proyecto de manifiesto, sobre este incidente, que también ha permanecido inédito, declara : « Después de la jornada de Maipo, interpu- » se ante el gobierno de Chile todo mi valer á favor de los » Carrera, y conseguí gracia. Mas ya fué tarde ». Y en una exposición igualmente inédita, contestando á cargos que

O'Higgins á Luzuriaga que sigue, han sido publicadas varias veces, pero no así este notable documento, que por no haberlo conocido los historiadores que han escrito antes, han abrigado dudas á su respecto. Este documento lo hemos encontrado entre los papeles de San Martín. (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 7, M. S. original.)

don José Miguel le hacía en una correspondencia, afirma : « No he mandado ejecutar á sus hermanos ». Y para que no se piense que lo hace para rehuir responsabilidades, agrega á renglón seguido : « Yo he sido árbitro de la vida de sus her-» manos, y le aseguro, que así como era un general auxiliar, » hubiese nacido en Chile, hubiera ahorrado al gobernador » de Mendoza el trabajo de haberlos ejecutado; y aun cuando » repito no haber tenido la menor parte en la ejecución, » si me hubiese hallado de gobernador de Mendoza, mucho » antes habría tenido lugar ». Esta terrible declaración, en cierto modo póstuma, confrontada en la solemne nota de O'Higgins, y que el general conservó entre sus papeles para que la posteridad la leyese, derrama una luz plena sobre el papel que ambos representaron en este drama sombrío, abdicando de sus sentimientos en nombre de la victoria, cuando sus adversarios no eran ya un peligro para la causa á que se habían consagrado, sin retroceder ante la responsabilidad de sacrificarlos en caso necesario (19).

Un historiador chileno asevera, « que O'Higgins mandó pagar al padre de los Carrera la cuenta de las costas del proceso seguido á sus hijos, pasada con tal objeto por Luzuriaga, y que en ella figuraba esta partida : « *Diligencias de*

---

(19) El proyecto de manifiesto como la exposición citada en el texto, son borradores encontrados entre los papeles del general San Martín con notas autógrafas para su redacción y enmendaturas de su puño y letra. En el manifiesto, se contrae principalmente á explicar el origen de sus disidencias con don José Miguel en Mendoza en 1814. En la exposición hace una reseña de su carrera, y comparándola con la de Carrera, dice: « El señor don José Miguel Carrera me permitirá hacer un parangón » entre su conducta y la mía : él perdió por su culpa el Estado de Chile, » y yo por dos veces he ganado su libertad. Él sólo ambiciona dominar » á su país como si fuese un vínculo de su propiedad, y yo no deseo » más que verlo independiente. » (Arch. San Martín, vol. XIII, núm. 10, M. S. autógrafo.)

presenciar la sentencia y ejecución de ella y otras intimaciones...... 4 pesos » (20).

III

Al día siguiente (domingo 12 de abril) de obtener el tardío perdón de los Carrera, que sus enemigos convertirían en un nuevo capítulo de acusación, San Martín se apeaba de su caballo á inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio á diez kilómetros de Santiago, denominado « El Salto », para consumar silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior. Como se dijo antes, la cartera que contenía la corresponden-

(20) Amunátegui : « Dictadura de O'Higgins ». ps. 156-157. — En la Memoria inédita de Luzuriaga antes citada dice éste: « No hubo más refe- » rente á cuentas que la nota que pasé al gobierno de Chile á consecuen- » cia de diligencias de don Manuel Novoa sobre los bienes de los Carrera, » y en que sólo aparecen asistencias para su mantención de cantida- » des recibidas por el depositario nombrado por el gobernador, don Ma- » nuel Muñoz de Ursua, vecino de Chile, residente en Mendoza, emigrado » con los Carrera en 1814, y reclamaciones de los escribanos de derechos » de actuación, y así se ve de la providencia de 20 de julio de 1818. » (Arch. San Martín, vol. LXXII, M. S. original.) Con posterioridad á la aparición de la primera edición de este libro, se ha publicado en Santiago de Chile, segunda edición de la obra titulada : « Carrera. *Revolución chilena* », por Antonio Valdés, en que le inserta el facsímil autografiado de la nota de Luzuriaga á O'Higgins, que es de fecha 22 marzo 1819 (un año después de la ejecución). Según el tenor de ella, el gobernador Luzuriaga, hace cargo, contra los bienes de los Carrera en Chile : 1.° Por derecho de escribanía en el proceso, según planilla : 195 $ 5 rs. — 2.° Por los gastos de aprehensión de los reos, en San Luis y en San Juan, según testimonio; 3.° por los costos debidos al escribano José Antonio Moreno, según planilla 147 $ 2 rs. — Según el mismo, el total de los cargos ascendía á 453 $ 4 rs. cuyo abono pedía se hiciese efectivo con los bienes y haberes de « *ambos criminales* ». — El Director O'Higgins decretó en 29 de marzo de 1819, al margen : « Que se exija de » don Ignacio Carrera el pronto pago de los derechos que le cobran.» — El 22 de abril se hizo la notificación al padre de los Carrera, quien pagó, firmando con mano temblorosa, según consta y se ve en el facsímile.

cia secreta del general Osorio, había sido tomada por O'Brien en la persecución de Maipu, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos, que aterrados por el desastre de Cancharrayada habían abierto comunicaciones con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fué el único botín de la victoria que el generalísimo se reservó, y que á nadie comunicó. Otro hombre menos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en un auto cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad. El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó una por una todas las cartas. En seguida pidió que hiciesen una fogata á sus pies, y quemó todos aquellos testimonios acusadores, que convertidos en cenizas se llevó el viento del generoso olvido. Al consumar este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fué en tal ocasión el trono de la magnanimidad modesta del que, al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia á los que habían dudado de su genio. Fué único testigo de esta escena, su fiel ayudante de campo, á quien ordenó imperiosamente guardara silencio sobre lo que había visto ó podido leer (21). Un día después (13 de abril), se puso en marcha hacia Buenos Aires para buscar en el Río de la Plata, como después de Chacabuco, los medios de asegurar la dominación del mar Pacífico y realizar la expedición al Pe-

---

(21) Conversación con el general O'Brien. Véase Barros Arana : « Hist. de la Indep. », tom. IV, p. 377, y Vicuña Mackenna : « Rel. Hist. », 2.ª parte, p. 653-654. En el mismo sitio donde pasó la escena relatada en el texto, O'Brien hizo construir una cabaña de recreo, y entre sus muebles figuraba la tosca silla de madera en que estuvo sentado San Martín al quemar las cartas: en el respaldo de este mueble histórico se leía esta inscripción : « SAN MARTIN'S CHAIR » *En este mismo lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que ha tenido Genl. Osorio con los de Santiago, y tomada después de la batalla de Maipu,* 18-12 ».

rú (22). El lunes 11 de marzo, á las 6 de la mañana, estaba en su hogar al lado de su esposa, sustrayéndose por segunda vez á la entrada triunfal que se le había preparado, y que el director le rogara aceptase. La *Gazeta* decía con este motivo : « No puede caber la pequeñez de solicitar los » honores del triunfo en el que ha tenido la gloria de mere- » cerlos ».

Hacía pocos días que el generalísimo de los Andes se encontraba en Buenos Aires ocupado en allegar recursos para su grande empresa, cuando recibió una breve carta de O'Higgins, en que después de hablarle de los aprestos de armamentos navales que ocupaban la atención preferente de ambos, dábale noticia como por incidencia y en términos indiferentes, de una tragedia más lúgubre que la de Mendoza que había tenido lugar en Chile. « Rodríguez, — le decía, — ha » muerto en el camino de ésta á Valparaíso, recibiendo un » pistoletazo del oficial que lo conducía por haberlo querido » asesinar, según consta del proceso que me ha remitido el » comandante de cazadores de los Andes, Alvarado » (23). Precisamente en el mismo día en que Rodríguez moría, San Martín, sabedor de algunos alborotos que aquél había promovido, escribía á O'Higgins, implorando alguna clemencia en

---

(22) Vicuña Mackenna, en « Rel. Hist. » 2.ª parte, p. 653, dice: « No » ha quedado constancia fija del día en que el generalísimo del ejército » de los Andes, que tuvo la pasión del incógnito, emprendió su segundo » viaje á Buenos Aires. » Hemos encontrado por acaso esa fecha en un oficio de Balcarce dirigido á Zapiola desde Santiago con fecha 19 de abril, en que se lee : « Hoy ha marchado para Buenos Aires el Excmo. » Sr. Capitán General. » (Arch. San Martín. vol. XXXVIII, M. S. original.) En cuanto al objeto de su viaje, lo había anticipado San Martín en una carta de 9 de abril, dirigida al director Pueyrredón, quién le contestaba con fecha 1.º de mayo : « Me dice V. que se venía para que acor- » dásemos lo necesario á dar el último golpe á los enemigos. » (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autógrafo.)

(23) Carta de O'Higgins á San Martín de 17 de mayo de 1818. M. S. autógrafo. (Arch. San Martín, vol, XLI.)

favor de su antiguo emisario y precursor de la reconquista de Chile, por quien siempre tuvo simpatías, como antes lo había hecho en favor de los Carrera (24). La ausencia de San Martín del teatro del suceso, los acontecimientos que lo provocaron posteriores á su partida de Santiago, y estas dos misivas que se cruzaban en el camino por una ironía del destino, no han impedido que se le haya hecho responsable del sacrificio de Rodríguez, incluyéndolo en el catálogo de sus víctimas. He aquí lo que había sucedido:

La victoria de Maipu, al asegurar la independencia chilena consolidando su orden interno, despertó en el pueblo un espíritu de oposición que estaba latente, y que revestía un doble carácter. Los ciudadanos más moderados, limitaban sus aspiraciones á una regularización administrativa, y cuando más pedían una constitución cualquiera que pusiese coto á la dictadura omnímoda de un solo hombre. Los más exaltados, creían que había llegado el tiempo de iniciar una reforma radical, y exigir en nombre del pueblo que tomasen participación en el gobierno nuevas influencias. Formaban entre éstos todos los antiguos carrerinos, los que por espíritu de exagerado patriotismo local eran enemigos de la alianza chileno-argentina y de la influencia del general San Martín. Rodríguez era uno de ellos, y aspiraba á ser el caudillo de la reacción. Su base, era el escuadrón Húsares de la muerte, cuerpo irregular, compuesto de hombres en su totalidad desafectos á la situación, y según su jefe lo propalaba, estaba destinado á imponer respeto á los mandones de la patria ya libre de españoles. O'Higgins mandó disolver el cuerpo, que era un principio de desmoralización en la disciplina del ejército y un foco de conspiración armada, que pretendía erigirse en enti-

---

(24) Lo dice con estas mismas palabras el historiador chileno Vicuña Mackenna, poseedor del archivo completo de O'Higgins, en el que puede encontrarse el documento. (« Rel. Hist. » 2.ª parte, p. 656.)

dad político-militar. Rodríguez pretendió resistir la orden de disolución y la entrega del armamento por él acopiado, pero hubo de ceder ante la actitud firme del director. Fué entonces cuando empezó á acentuarse la agitación oposicionista que despertó el triunfo de Maipu. Rodríguez, guerrillero audaz y tribuno demagógico, con diploma de abogado y charreteras de coronel, era una mezcla confusa de militar montonero, político de aventuras y letrado populachero, con los vicios y cualidades de una naturaleza desequilibrada, poseído de un patriotismo indígena sin juicio y sin previsión, que sólo se inspiraba en las simpatías por el partido carrerino y en su odio á la alianza argentina, cuyos propósitos á haber prevalecido habrían dado por resultado una derrota más desastrosa que la de los Carrera en 1814. Con estos instintos y un temperamento de conspirador consuetudinario, lanzóse en el movimiento agitador, al que imprimió el carácter desordenado de su genio alborotador.

El cabildo de Santiago, que tan principal papel representara en los comienzos de la revolución, se hizo el órgano de los deseos cívicos de los ciudadanos, pensando quizá reconquistar la posición de asamblea deliberante que había perdido. Al efecto, recabó del director con arreglo á la ley municipal, la convocatoria de un cabildo abierto ó asamblea de vecinos notables para explorar la opinión y buscar los arbitrios que reclamaban las circunstancias. Reunióse el 17 de abril, tres días después de la partida de San Martín para Buenos Aires. Asistieron en mayoría los desafectos al gobierno, y á su cabeza Rodríguez como tribuno, exigiendo que el cabildo asumiera el carácter de representación nacional mientras se convocaba un congreso y que se le concediese la facultad de nombrar los ministros de Estado, con excepción del de la guerra, con el aditamento que se obligara á los gobernantes á condescender con los votos del pueblo. Así se acordó. El plan de Rodríguez era imponer á O'Higgins por

medio de una pueblada. El director recibió de mal talante estas exigencias, amonestando severamente á los cabildantes por haber encabezado un alboroto escandaloso, y sabedor que Rodríguez se hallaba en el patio del palacio á la cabeza de un grupo de sus parciales, alentándolos para que apoyasen al cabildo, lo mandó prender con un edecán, y todo quedó aquietado.

Queriendo empero O'Higgins dar una satisfacción á los anhelos legítimos de la opinión, aun cuando comprendiese que el país necesitaba todavía de un gobierno fuerte y vigoroso, investido de facultades latas para dominar la situación revolucionaria, expidió un decreto (18 de mayo) en que, después de declarar que no quería « exponer por más tiempo la suerte del Estado al alcance de su solo juicio, y resistiendo sus principios la continuación de un poder con facultades indefinidas, nombraba una comisión de siete ciudadanos ilustrados para que le presentasen un proyecto de constitución provisional, mientras las circunstancias permitían la reunión de un congreso nacional, que dictase « una constitución estable que arreglara los poderes, señalase los límites de cada autoridad y estableciese de un modo sólido los derechos de los ciudadanos. » En consecuencia, promulgóse una constitución, que fué sometida al voto de los propietarios é industriales y padres de familia, por la cual, sin innovar en cuanto á la existencia del gobierno establecido con sus amplias facultades, ni fijarle término, se deslindaban los tres poderes, y mientras no se convocase el congreso, un senado de cinco miembros, elegidos por el director, desempeñaría la funciones legislativas, con atribuciones suficientes para velar por el fiel cumplimiento de la constitución y reformarla en caso necesario (25). El decreto que inició esta reforma, que era una

(25) Véase Briseño : « Mem. hist. crít. del der. pub. chileno », p. 359.

promesa de normalización, ó por lo menos, de moderación en el ejercicio del poder, fué manchado con la sangre de una víctima inmolada contra toda justicia y toda ley. Esta víctima fué Rodríguez.

La trágica muerte de Rodríguez es una leyenda, que ha sido contada con numerosas variantes en sus detalles, pero de cuyo fondo sombrío se desprende uniformemente la luz siniestra de un asesinato alevoso. Detenido en el cuartel de cazadores de los Andes, que mandaba Alvarado, su custodia fué encomendada al teniente Manuel Navarro del mismo cuerpo, español de nacimiento. Al día siguiente del arresto, con orden de marcha el batallón, fué llamado Navarro por Alvarado, á quien encontró en compañía de Monteagudo, y le intimaron que lo hacían responsable de la seguridad del preso, informándole que se trataba de darle escape. Á las diez de la misma noche, fué vuelto á llamar Navarro por Alvarado y Monteagudo, y ambos le significaron sigilosamente, según él, que el gobierno se interesaba en « la exterminación de Rodríguez » por la tranquilidad pública y la existencia del ejército. En la mañana del 23 de mayo salió el batallón de cazadores de Santiago, llevando preso á Rodríguez, para ser juzgado militarmente en Quillota por perturbador del orden público. En el camino, uno de los oficiales se acercó al preso, y le ofreció un cigarro de papel, con estas palabras escritas con lápiz: « Huya, que le conviene. » En la tarde del 24, acampó la columna al margen de un arroyo á medio camino entre Santiago y Quillota. El piquete que custodiaba á Rodríguez, se situó á dos cuadras más adelante, en la boca de una quebrada que lleva el nombre de Til-til, desde entonces tristemente famoso. El preso estaba desasosegado, como presintiendo su fatal destino. Al oscurecer, el teniente Navarro, con un cabo y dos soldados armados de carabinas, se internaba en la quebrada de Til-til en compañía de Rodríguez, y á poco andar, á inmediaciones de unos molinos que se alzaban

al lado del camino, sonaba un pistoletazo. « ¡Ya murió Rodríguez! » exclamaron algunos oficiales que desde el campamento oyeron el disparo. Al día siguiente, su cadáver fué encontrado á la sombra de unos maitenes, cubierto de piedras y ramas, con una herida en el cuello y ultimado por una cuchillada en la cabeza. Díjose, que el preso había intentado fugar, haciendo armas contra sus guardianes, y así se hizo constar en un sumario fraguado al efecto. El silencio se hizo en torno de la víctima y los victimarios. Así murió Manuel Rodríguez á la edad de treinta y dos años, y alcanzó la inmortalidad del mártir que sus meritorios servicios no le habrían dado, aún prolongando por largo tiempo su vida (26).

---

(26) Para confeccionar esta misteriosa página histórica, hemos tenido á la vista las versiones de los historiadores chilenos Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna contestes en el fondo, aunque discrepen en los detalles, los cuales se fundan en el proceso formado con tal motivo al teniente Navarro en Chile en 1823, cuyas piezas principales inserta Barros Arana en el apénd. de su « Hist. de la Indep. », t. IV. Además, una confesión sobre este suceso, hecha al tiempo de morir en 1872, por el comandante José Antonio Maure, teniente del batallón de cazadores en 1818 cuando ocurrió el suceso, que se publicó en 1880 en el núm. 100 de « El Nuevo Ferro-carril », en la que dice, refiriéndose á confidencias hechas á él por los soldados que acompañaban á Navarro en la noche del 24 de mayo, que fué éste quien disparó alevosamente el pistoletazo sobre Rodríguez. Del proceso de 1823, no consta claramente esto, aunque se deduce; pero la carta inédita de O'Higgins á San Martín, antes cit. que recién se publica, no deja duda al respecto : « Rodríguez ha » muerto recibiendo un pistoletazo del oficial que lo conducía », y Navarro era el oficial que lo conducía, según su propia confesión. Alvarado hizo instruir el sumario, y en carta confidencial de 28 de mayo de 1818 decía á O'Higgins : « Ella (la sumaria), bien claro manifiesta la buena » conducta del oficial Navarro y las intenciones de Rodríguez : su muerte » creo que haya á Vd. causado la alteración más terrible, como también » á todo ese pueblo ; pero estoy persuadido que todo el mundo que haya » conocido á Rodríguez hará justicia y creerá cuanto se expone á favor » del oficial. » (Vicuña Mackenna : « Ost. de O'Higgins », p. 330.) O'Higgins recibió fríamente la noticia de la muerte de Rodríguez, y por su carta á San Martín vése que la consideró así : la opinión pública le acusó entonces como autor de ella, y posteriormente, en 1833, renovándose esta acusación, la repelió, pero manifestando á la vez que Rodríguez era un malvado, lo que importaba reconocer implícitamente que mereció su

San Martín, ajeno á este crimen, lo deploró como un error aunque lo aceptó como un hecho que suprimía un obstáculo,

---

muerte. San Martín guardó entre sus papeles la carta de O'Higgins citada, con esta sola anotación de su puño : *Contestada*, y la constestación no ha sido encontrada en el archivo de O'Higgins. Años después, en 1827, encontrándose en Bruselas el general Miller con San Martín, preguntóle éste qué cargos se le hacían en América, y aquél le dijo que se le atribuía participación en la muerte de Manuel Rodríguez. San Martín le replicó : « Quería mucho á Rodríguez : me hizo importantes servicios » desde Mendoza : era inteligente y activo. Cuando supe su muerte en » Buenos Aires, me impresionó mucho, porque la sentí y porque calculé » que me culparían por ella. Perseguido por una conspiración, se me » presentó una noche disfrazado (lo que confirma O'Brien que era el » edecán de servicio), y me empeñé con él para que se fuera del país, » pues lo creía peligroso para el ejército de los Andes, cuyos jefes abo» rrecía. » Conversación de Miller con don Domingo de Oro en Lima en 1844, y comunicada por éste al autor en La Paz (Bolivia en 1847.) Vicuña Mackenna, dice refiriéndose á una conversación con el mismo Miller, que la muerte de Rodríguez fué decretada por la Logia de Lautaro en Chile : que se vió á Las Heras para que se encargase de su ejecución, y que habiéndose rehusado éste, se encomendó á Alvarado (nota M. S. de Vicuña Mackenna en la correspondencia autógrafa de O'Higgins y San Martín.) Interrogado por mí el general Las Heras en Santiago de Chile en 1847, me contestó con cierta reserva, no obstante nuestra franca amistad, que en efecto, había sido visto para encargarse de la custodia del preso, de lo que se excusó, y que fué Alvarado quien se encargó de ella, dando sus instrucciones al teniente Navarro, aconsejándose de Monteagudo, insinuándome que obedecían á sugestiones de O'Higgins, pero negando que la Logia, de que era miembro, hubiese tomado resolución ninguna al respecto. Al regreso de San Martín de Buenos Aires, á fines de 1818, Navarro, á quien se le seguía causa por el hecho, solicitó le diese una colocación fuera del país, « porque se le » tildaba de la muerte de Rodríguez sin poder vindicarse públicamente », (según su confesión en 1823), y que San Martín le concedió su pase al ejército del Perú, con recomendaciones de O'Higgins y oficio de aquél para el general Belgrano, lo que consta de documentos del Arch. general M. S. S. He aquí el oficio de O'Higgins á San Martín, interesándose por la traslación de Navarro, que original se encuentra en el Arch. San Martín, vol. XVI : « *Reservado.* — Excmo. señor : « No pudiendo » hacerse conciliable la existencia en este Estado del teniente don Anto» nio Navarro, agregado al núm. 1.° de cazadores de los Andes, con » la respetabilidad de una familia de consideración de esta capital, cuya » insinuación no puede desatender este gobierno ; me veo en la preci» sión á pesar del mérito de dicho oficial, de suplicar á V. E. que hacién» dolo pasar á la otra banda de los Andes, se le destine á continuar » sus servicios donde le considere más útil, no debiéndole perjudicar

que había procurado apartar de su camino sin violencia. Los hombres de acción poseídos de una idea, que persiguen un objetivo fijo y representan una fuerza histórica continua, aunque sean magnánimos, no tienen tiempo para ser sentimentales ni para detenerse en su camino por las desgracias individuales que directa ó indirectamente causan : son como las fuerzas de la naturaleza, que obedecen á su ley, sin cuidarse si un hombre se ahoga en la oleada tempestuosa que levantan ó si es devorado por los fuegos que encienden.

IV

En medio de estas escenas trágicas, que hacen recordar la fatalidad antigua, se levantaba armonioso en las orillas del Plata un coro de poetas que entonaba el himno triunfal de la batalla de Maipu, haciéndose oir en él las voces de Luca, que había cantado el triunfo de Chacabuco; de López, el inspirado autor del himno nacional; de Lafinur, que producía su más hermoso canto; de Fray Cayetano Rodríguez, el maestro de Moreno numen de la revolución de Mayo y el inspirador del congreso de Tucumán que declaró la independencia argentina bajo los auspicios de San Martín, y de Juan Cruz

---

» esta mudanza, pues no resulta cosa alguna que diga contra su buen » nombre, y sólo es una medida precautoria, que por su propia deli- » cadeza he reservado. — Palacio Directorial, enero 21 de 1819. — *Ber-* » *nardo O'Higgins*. — Excmo. señor Capitán D. José de San Martín. » (Este oficio está escrito todo él de puño y letra de O'Higgins, y lleva esta anotación de San Martín : *Archívese*.) Como queda dicho, Navarro regresó á Chile en 1823, caído O'Higgins y allí se le abrió nuevo proceso por los antiguos amigos de Rodríguez, resultando de él lo expuesto en su lugar.

Varela, el más joven de todos, que se revelaba como un genio poético, todos ensalzaban al dos veces vencedor,

> Que con esfuerzo doble,
> Con arduo empeño; con valor osado,
> En Maypo se labró doble corona (27).

Esta glorificación poética era la expresión del sentimiento público de que los poderes públicos se hacían órgano. Todas las municipalidades de la república le dirigían sus felicitaciones. El gobierno le enviaba el despacho de brigadier, que él devolvía, consecuente con su promesa de no recibir ascensos, y retirarse á la vida privada después de terminar su obra de emancipación americana (28). El director supremo, que se había presentado personalmente ante el congreso para felicitar al pueblo por el triunfo de Maipu, sometía á la representación nacional la renuncia del vencedor, y el congreso decretaba que se le tributase un voto de gracias á nombre de la nación con presencia de todas las autoridades del Estado, y que, para perpetuar tan glorioso hecho, « se abriese una lámina, en cuyo centro resaltara el retrato del general San Martín, teniendo á cada lado un genio : el de la libertad al lado derecho y el de la victoria al izquierdo, sosteniendo una corona de laurel levantada sobre el retrato; á su pie las banderas de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y con esta inscripción en su contorno : LA GRATITUD NACIONAL AL GENERAL EN JEFE Y EJÉRCITO VENCEDOR EN CHACABUCO Y MAIPO,

---

(27) En la « Lira Argentina », p. 142 á 243, se registran los cantos de los poetas contemporáneos argentinos á Maipu, que han sido reproducidos con los nombres de sus autores en el libro « El General San Martín », de Juan M. Gutiérrez. Uno de los biógrafos de San Martín, poeta también (J. M. Gutiérrez), al reseñar estas composiciones bajo el título de « Corona poética de San Martín », púsoles por epígrafe :

> Hermandad de la lira y de la historia,
> Abrazo de la gloria con la gloria.

(28) Nota de San Martín al director de 14 de mayo de 1818. (Doc. del Arch. general, M. S.)

con el cuadro de estas batallas en la parte más visible de la lámina » (29). El 17 de mayo, presente el director y todas las corporaciones, en medio de un inmenso pueblo que lo aclamaba con entusiasmo, el héroe de Chacabuco y Maipu se presentó ante el congreso, el cual, por la primera y última vez en los fastos parlamentarios de la nación argentina, le dió las gracias « por sus servicios que con tanto honor del nombre americano merecía ». Puesto de pie el modesto general, contestó, en medio de grandes aplausos, que la victoria se debía á sus compañeros de armas ; que él no había sido sino el órgano del Ejército de los Andes, y que renovaba su juramento de salvar la patria ó de morir en la demanda (30).

Pero San Martín no había venido á Buenos Aires para recibir honores, sino para trabajar por la emancipación de todo el continente americano, que era la idea fija que lo llevara de Tucumán á Cuyo y de Cuyo á Chile, con el Perú por objetivo. Para ello necesitaba formar una escuadra que dominase el mar Pacífico, y retemplar los resortes del ejército expedicionario. Todo el mes de junio lo empleó en conferenciar con los miembros de la Logia sobre este punto, objeto principal de su viaje (31). En los primeros días de julio, reuniéronse en la pintoresca quinta de Pueyrredón en San Isidro, á veinte kilómetros de Buenos Aires, el general, los ministros de Estado y los miembros más influentes de la logia lautarina. El asunto de que se trató fué : los recursos con que el go-

(29) Sesiones del 18, 21 y 27 de abril y 2 de mayo de 1818, en el núm. 33 del « Redactor del Congreso Nacional », p. 3-4.

(30) Sesión del 27 de mayo de 1818, en el núm. 33 de « El Redactor del Congreso Nacional », p. 2.

(31) En carta de O'Higgins á San Martín de 20 de junio de 1818, le escribía aquél : « Quedo impuesto de cuanto V. me dice sobre la pró» xima sesión (de la Logia), que iban á tener los amigos acerca del *prin» cipal objeto de su viaje*. Lo mismo me dice Pueyrredón, y tanto por lo » uno como por lo otro, quedo impaciente esperando la resolución. » (M. S. autógrafo. Arch. San Martín, vol. XLI.)

bierno argentino debía concurrir « á la concertada expedición al Perú ». Quedó arreglado por unanimidad, que se acordarían 500,000 pesos al ejército de los Andes, los que se obtendrían por medio de un empréstito, aun cuando el director manifestó creer imposible poderse reunir tal cantidad, sin por esto hacer oposición al proyecto, en que entraba de lleno (32), no faltando algunos consejeros que asegurasen que hasta un millón de pesos podría proporcionarse; pero el general se dió por satisfecho con los 500 mil (33). Arreglado este punto, San Martín se ausentó de incógnito como había entrado. Ya no volvería vivo á la capital del Plata, sino una vez más, para ser silbado en sus calles después de realizar su grande empresa.

Con estos grandes intereses, cruzábase como telaraña entre gruesos cables tendidos, un incidente de carácter cuasi diplomático, de que nos hemos ocupado antes fuera de su orden cronológico y que por referirse á la alianza argentino-chilena, tiene su valor histórico, pues da mucha luz sobre el modo como cultivaban confidencialmente los dos gobiernos sus relaciones internacionales. Como antes se explicó (cap. XV, § VI), el enviado argentino en Santiago por un exceso de argentinismo, se mezclaba por demás en las cosas internas de Chile, lastimando el orgullo nacional. O'Higgins, aunque manso, era altivo, y considerando deprimida su autoridad an-

(32) El mismo Pueyrredón se encarga de hacerlo constar así en carta posterior á San Martín de 1.° de mayo de 1819, en que le decía: « Miro » con más confianza la empresa á Intermedios que á Lima, y ella reme- » diará inmediatamente los ahogos en que nos tiene la escasez de nu- » merario. Cinco mil hombres con armamento para igual número, son » irresistibles no siendo en Lima. Esta fué mi opinión cuando nos junta- » mos en mi chacra. » (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autóg.)

(33) Carta de San Martín á Guido, de 7 de setiembre de 1818, publicada en « El Constitucional » de 1874, núm. 10. — Carta de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto de 1818. (Arch. San Martín, vol. XL, M. S. autóg.)

te su país, escribió á San Martín quejándose de Guido (34) y á Pueyrredón, pidiendo su inmediata separación « por no » ser conciliable la permanencia del diputado argentino en » Chile con su puesto de director » (35). El gobierno argentino se apresuró á dar satisfacción al director chileno, en homenaje á los intereses de la alianza, y Guido fué destituido, ordenándole se pusiera inmediatamente en viaje para Buenos Aires (36). San Martín, siempre prudente, y en el deseo de salvar á Guido, se encargó de arreglar amigablemente esta diferencia, haciendo intervenir á la Logia, y calmando á O'Higgins. Éste le contestó noblemente : « Es tan común equivo- » carse un hombre en cuanto á la opinión y genial de la vida » ajena, como es débil y variable la juventud exaltada y sin » tino. He escrito á Guido dándomele sólo por entendido en » pequeñeces, que en cuanto á lo principal, es mayor mal su » esclarecimiento que el disimulo. Con los antecedentes y » cartas de Buenos Aires, revisado todo en O-O (sesión de la » Logia) se acordó por el bien de la paz cortar nuestras di- » ferencias. Yo admití gustoso la reconciliación sellando este » negocio con un olvido eterno, sin recelo de que por esto se » vuelva á alterar la buena armonía entre los amigos » (37).

Para estrechar esta unión y cooperar á los trabajos político-militares, Chile, de acuerdo con San Martín, nombró en calidad de agente diplomático en Buenos Aires á don Miguel

---

(34) Carta reservada de O'Higgins á San Martín, de 15 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. autóg. cit.)

(35) Carta reservada de O'Higgins á San Martín, de 22 de julio de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S. autóg.)

(36) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 7 y 25 de agosto y de 2 de setiembre de 1818. (Arch. San Martín, vol. XL.) — Carta de Pueyrredón á O'Higgins, de 6 de agosto de 1818, comunicando la destitución de Guido y adjuntándole para su satisfacción una comunicación de la Logia de Buenos Aires á la de Chile, inserta en el « Ost. de O'Higgins », por V. Mackenna, p. 298-299.

(37) Cartas de O'Higgins á San Martín, de 17 y 27 de agosto de 1818. M. S. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

Zañartu, acreditado á la vez ante el gobierno argentino y ante la Logia de Lautaro que dirigía la política de ambos países, y de la que era miembro. El enviado chileno, al presentar sus credenciales (2 de agosto de 1818) manifestó que « adoptaba el lenguaje del reconocimiento como ministro de » un gobierno libre y feliz, que en unión con los sentimien- » tos de su pueblo, bendecía con él la mano bienhechora » que había introducido en su seno la prosperidad, la abun- » dancia y la paz. » El director contestó : « Las únicas tro- » pas aliadas que han pisado nuestro territorio han sido las de » Chile. Las Provincias Unidas del Río de la Plata han teni- » do á su vez la gloria de acreditar su gratitud. » El diario oficial, al comentar este acto de mera forma al parecer, le daba largo alcance, señalándolo como una nebulosa, anuncio de un nuevo astro de primera magnitud : « Este suceso, » mirado con el telescopio del tiempo, tendrá mayor tamaño » del que por ahora se pueda alcanzar » (38).

Al mismo tiempo que esta nubecilla se disipaba en el occidente de los Andes, una complicación más grave amenazaba al oriente hacer fracasar los planes concertados de la alianza argentino-chilena. Al llegar San Martín á Mendoza (fines de julio de 1818), recibió cartas confidenciales de Pueyrredón y comunicaciones oficiales del gobierno argentino, en que le anunciaban que el empréstito de los 500 mil pesos era irrealizable, y no debía contar con este recurso para su proyectada empresa. « La grandeza de los planes que ha concebido V.E. » en bien de la causa común, — decíale oficialmente el direc- » tor, — tan dignos de los auspicios de este gobierno, me de- » cidieron, por falta de otros arbitrios, á calcular sobre los » capitales en circulación del comercio de esta capital, para

(38) Véase « Gaz. de Bs. As. », de 12 de agosto de 1818, en que se inserta la discusión y el comentario.

» que introdujesen en arcas hasta la suma de 500 mil pesos, » con que debía auxiliarse á V. E. según lo resuelto. Me es » sensible anunciarle que al hacer realizable el entero, han » resultado ineficaces las providencias dictadas; de suerte » que ha sido forzoso moderar la cuota, y bien puede afir- » marse, que el empréstito de los 500 mil pesos, apenas se » hará exequible en una tercera parte. Estas y las anteriores » causas deben persuadir del conflicto á que me reducen las » actuales circunstancias, deben persuadir á V. E. que hay » un fundado motivo para suspender todo cálculo que se apo- » ye en la existencia de los expresados fondos : en esta vir- » tud he resuelto prevenir á V. E. en precaución de todo » comprometimiento, que absolutamente omita el giro de le- » tras contra tesorería. Mas repose V. E. en la esperanza » que por cuantos medios me sean posibles, íntimamente » persuadido de cuanto es importante la realización de las » empresas que sabiamente medita, continuaré en la reunión » de todo género de artículos y dinero que me proporcionen » los desahogos » (39). Pueyrredón comentaba confidencialmente la palabra oficial : « Ya habrá visto lo que le digo so- » bre los 500 mil pesos : no hay remedio, no se sacan de aquí » aunque se llenen las cárceles de capitalistas » (40). Este era el desahucio del dominio naval del Pacífico, de la expedición al Perú y del complemento de la emancipación sud-americana.

---

(39) Nota *reservada* de 22 de agosto de 1818, firmada por el director Pueyrredón y el ministro de hacienda Estévan Agustín Gazcón. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.)

(40) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto y 2 de setiembre de 1818. M. S. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. XL.)

V

Aquí se repite en la vida de San Martín otro momento desesperado, en que con la victoria en la cabeza y la conciencia del éxito, tropieza con la falta de recursos materiales para realizar sus designios. (Véase cap. XI, § IV). Él tenía la seguridad de herir mortalmente al enemigo en su centro, y la visión clara, como en 1816, de dar la libertad á la América del Sud, y en ese momento le faltaba el empréstito con que contaba.

Después de cuatro años de trabajos, de operaciones admirables por su exactitud geométrica y victorias nunca vistas ni soñadas en el nuevo mundo, contaba de seguro, que el plan á que había consagrado su vida iba á realizarse y en ese momento todo le falla por la carencia de un montón de oro ! Pero quinientos mil pesos plata, era entonces una cantidad fabulosa para las pobres y nacientes repúblicas sud-americanas.

San Martín no trepidó, entre abdicar su misión redentora ó forzar la mano de los que negaban el oro necesario para realizar su gran empresa continental. Al aviso de no ser posible suministrarle el medio millón de pesos ofrecido, contestó oficialmente, señalando con una aterradora concisión las consecuencias inmediatas en estos términos : « Creo de » mi deber exponer, que si el Ejército de los Andes no es » socorrido, no solamente no podrá emprender operación al- » guna, sino que está muy expuesto á su disolución » (41). Y en seguida formuló su renuncia, con una melancolía que re-

---

(41) Ofi. reservado de San Martín al director, de 2 de setiembre de 1818. M. S. orig. (Doc. del Arch. general.)

fleja el estado de su alma en ese momento : « Resuelto á ha» cer el sacrificio de mi vida, marchaba á encargarme del » Ejército Unido, no obstante que el facultativo don Guiller» mo Colisberry que también me asistió de mi enfermedad » en el Tucumán, me asegura que mi existencia no alcanzará » á seis meses; sin embargo, lo arrostraba todo en el supues» to de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; » pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva » admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis » débiles servicios estarán en todo tiempo prontos para la pa» tria en cualquier peligro que se halle » (42).

La terrible dimisión se leyó en la Logia de Buenos Aires, y sus miembros, sorprendidos, acusaron al gobierno de fría apatía por no haber cumplido el compromiso contraído con su acuerdo (43). El enviado chileno Zañartu, manifestó, que los sacrificios que hacía su gobierno debían nivelarse con los del argentino en una empresa de utilidad común (44). O'Higgins profundamente impresionado escribió á San Martín : « Cuan» do me preparaba á estrecharlo en mis brazos, recibo la » amargura de su resignación! San Martín es el héroe desti» nado para la salvación de la América del Sur y no puede » renunciar la preferencia que la providencia eterna le seña» la » (45). El gobierno quedó aterrado. Aquello era la disolución. La alianza argentino-chilena fallaba ; el ejército de los

(42) Ofi. de San Martín, de 4 de setiembre de 1818, en el Arch. secreto de gobierno. (Doc. del Arch. general, M. S. autóg.)

(43) Carta de Zañartu á O'Higgins, de 28 de julio de 1818, apud. V. Mackenna « El Gral. D. José de San Martín », p. 25.

(44) Carta de Zañartu, cit. en la nota anterior.

(45) Carta de O'Higgins á San Martín, de 20 de setiembre de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLI. M.S.) Vicuña Mackenna copia un fragmento de esta carta, tomándola de un borrador de los papeles de O'Higgins, pero sin dar la fecha, y Paz Soldán en su obra « Hist. del Perú Independiente », p. 34, la toma de allí, suponiéndola equivocadamente dirigida á Pueyrredón.

Andes se deshacía; la causa del rey triunfaba en el Alto y Bajo Perú, y dominante la escuadra española en el mar Pacífico, Chile quedaba en peligro y la revolución de las Provincias Unidas aislada y amenazada por el norte; la gran fuerza eficiente de la época desaparecía y con ella la esperanza de generalizar la emancipación sud-americana en el hemisferio sud. Ante esta perspectiva y la tremenda responsabilidad que asumía, el gobierno sobrecogido reaccionó inmediatamente, y sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á hacer efectivo el solemne compromiso contraído para con la América. Como lo ha dicho un chileno y lo repite un peruano, con este motivo, « San Martín no tenía otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo que el de la organización de una expedición contra Lima, sin cuya caída él juzgaba con alto y acertado juicio, que jamás la América española podría conquistar su independencia. Chile no era para él ni un desenlace ni una conquista; era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear las puertas del poderoso virreinato que tenía en jaque á los independientes por todas sus fronteras. Todo lo que él pedía eran soldados, armas y buques, sin querer por nada en el mundo apartar sus ojos á otra parte, fijos en las almenas de la ciudad de los reyes, en cuyo recinto trazaba ya con su vista de águila la sepultura del coloniaje. No fué un hombre, ni un político, ni un conquistador; fué una misión alta, incontrastable, terrible á veces, sublime otras, que él llenó; y es sólo bajo ese aspecto providencial como la historia deberá hacerse cargo de su grande nombre y de su gran carrera, llena de una unidad tan admirable en el decenio cabal que duró su papel histórico de libertador » (46).

Quince días después de su renuncia (16 de setiembre), el

(46) Vicuña Mackenna : « Ostrac. de O'Higgins », p. 294. Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », p. 33.

gobierno le escribía, que « á costa de nuevos sacrificios se habían dictado providencias muy eficaces para facilitar el buen suceso del plan combinado, presintiendo un resultado feliz, y que por lo tanto podía girar desde luego contra la tesorería general hasta el lleno de la suma convenida » (47). Pueyrredón por su parte decía confidencialmente : « Cómo se quedaría V. cuando recibió mi comunicación sobre suspensión » de libramientos! No sé cómo no me he vuelto loco cuando » ví cumplirse los tres plazos dados para el empréstito, y que » no había entrado la sexta parte en caja. Mi espíritu tocaba » ya en el término de la desesperación, porque preveía el » trastorno que debían padecer nuestras operaciones militares; pero yo encontré el remedio en mi misma desesperación, y hoy puedo asegurar á V. que se hará efectivo el » empréstito. Por lo demás, dejémonos ahora de renuncias, » que si fué disculpable la de V. por las circunstancias, no lo es » ya : y porque también juro á V. por mi vida, que si llegase » V. á obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mismo. » Hemos de salir con honra del empeño, ayudándonos recíprocamente. Aliento, pues, mi amigo : cuente V. con todos » los recursos que pueden proporcionarse de aquí » (48). De este modo, el general de los Andes, empeñado en su idea, sacudía con una hoja de papel la pasajera inercia de los suyos, retemplaba el fuerte espíritu de Pueyrredón, comprometía á Chile y aseguraba la expedición al Perú, salvando así la revolución sud-americana en peligro de paralizarse ó retrogradar. Bien se ha dicho por eso, que fué una misión incontrastable la que se había impuesto, y que impuso á pueblos y gobiernos.

---

(47) Ofi. del ministro de guerra Irigoyen, de 16 de setiembre de 1818. M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.)

(48) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 16 de setiembre de 1818. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XL.)

San Martín, como hombre de acción deliberada, no se paraba en medios á fin de allegar recursos para sus fines. Munido de la autorización de girar contra el tesoro general, encontró inmediatamente la mina de donde había de sacar los primeros dineros que le prometían. Acababa de llegar á Mendoza el correo de Chile con caudales de particulares con destino al comercio de Buenos Aires. Dando por razón que los caminos del tránsito eran inseguros, — lo que era exacto,— y que se facilitaba la doble operación haciéndoles llegar por medio de letras de crédito, se apoderó de ellos, y giró por su importe contra el gobierno (49). Pueyrredón recibió este libramiento como un escopetazo, pero hizo honor á su compromiso. « Me ha puesto V. — decíale con este motivo, — en las » mayores angustias con las libranzas que ha dado por los » caudales de los correos que ha detenido. Ha sido preciso pa- » garlas á la vista, porque de otro modo padecía el crédito de » V., el mío y el de la administración toda; y para ello, gradúe » cómo me habré visto para hacer de modo que fuesen todos » los accionistas pagados antes que se despachase el correo. » He barrido al Cabildo, Consulado, Aduana y cuanto había » con algún dinero ajeno. Si viene otra, hago bancarrota » y nos fundimos » (50). Simultáneamente el gobierno le remitía primeramente 11,200 pesos y con posterioridad 100,000 pesos en libranzas avisándole haber cubierto sus giros por 12,000 pesos; y su comisionado en Buenos Aires para recibirlos le anunciaba que sería conductor de 27,500 pesos más. De este modo hacía ingresar á la caja del ejército la cantidad de cerca de 200,000 pesos, lo bastante para dar impulso á sus

---

(49) Ofi. de San Martín al gobernador de Cuyo, de 16 de octubre de 1818, con dos relaciones individuales adjuntas sobre el monto de las cantidades detenidas y libradas. M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII.)

(50) Carta de Pueyrredón á San Martín de noviembre de 1818. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. XL.)

planes por el momento, cuando el empréstito proyectado había ya producido 300 mil pesos (51). La situación estaba salvada, merced á la firmeza de propósitos de San Martín, y á la consumada habilidad con que supo manejar este complicado negocio financiero político-militar, que tradicionalmente se designa por antonomasia con la denominación de « el empréstito de quinientos mil pesos », y sobre el cual por la primera vez se hace la luz.

VI

Al llegar á Mendoza, el ánimo de San Martín era atravesar los Andes en pleno invierno, á fin de activar los preparativos de la proyectada expedición, contando con los recursos, y lo intentó por dos veces (en julio y agosto), pero rechazado por

(51) Vicuña Mackenna en su opúsculo « El Gral. San Martín », pág. 20, al referirse á los incidentes de este empréstito, dice : « La dificultad se » arregló con nuevas promesas que al parecer nunca se cumplieron. » Los documentos inéditos que este historiador no conoció, prueban lo contrario. Son los siguientes : 1.° Ofi. de San Martín á Luzuriaga, de 16 de octubre de 1818, de cuyas relaciones adjuntas consta que los caudales del comercio de Chile detenidos en el correo de Mendoza, ascendían á 58,148 pesos. 2.° Ofi. del ministro de hacienda Gazcón á San Martín, de 24 de setiembre de 1818, avisándole haber cubierto tres libramientos suyos por valor de 12,158 pesos. 3.° Ofi. del mismo al mismo, anunciando la remisión de tres libranzas por valor de 11,224 y 3/4 pesos. 4.° Ofi. del ministro de guerra Irigoyen, de 13 de enero de 1819, avisando el envío de 100 mil pesos en libranzas. 5.° Ofi. del ministro de hacienda Gazcón, de la misma fecha, confirmando el anterior y detallando las partidas. 6.° Ofi. del capitán José Caparrós, comisionado de San Martín para recibir los fondos, desde diciembre de 1818 á febrero de 1819 (son cuatro oficios, en que le comunica que el empréstito ha producido 300 mil pesos y es portador de 27,500 pesos más en libranzas. M. S. S. orig. (Arch. San Martín, vol. XLIII, núm. 6.) Parte del resto fué entregado por la República Argentina en pertrechos de guerra para Chile, buques para la escuadra del Pacífico y suplementos al enviado chileno en Buenos Aires.

las nieves, exclamaba con impaciencia : « De todos modos » meto el diente á la cordillera, para que pronto salgamos de » apuros y hagamos los aprestos que son necesarios » (52). Para alimentar su actividad en la espera, ocupóse en construir el armazón del plan de campaña que tenía en su cabeza, á la manera que Miguel Ángel empezaba por bosquejar el esqueleto de sus gigantes que después vestiría de carne, poniendo de pie la estatua humana. Según su plan, la expedición al Perú, — una vez dominado el mar Pacífico, — debía componerse de 6,100 hombres, además de las tripulaciones de los buques, á saber : 5,400 infantes, 400 artilleros con 24 piezas de campaña, 200 de caballería y 100 zapadores y un cuadro de oficiales y clases para formar un batallón peruano. Llevaría además 8 lanchas cañoneras para proteger su desembarco, un tren de seis cañones de batir, dos morteros de plaza y dos obuses de 9 pulgadas con los elementos necesarios de sitio, — teniendo en mira la fortificación del Callao, — con herramientas de zapa, sacos de tierra para trincheras, faginas incendiarias, antorchas y escalas de asalto, granadas de mano con más un puente de maromas para atravesar los ríos de la sierra del Perú. Por complemento de armamento, 3,000 fusiles con fornituras para organizar un nuevo ejército en el país que se proponía revolucionar, y 1,000 carabinas, 1,600 lanzas enhastadas, y 500 sables para armar las partidas de paisanos que se levantasen en él. Como de costumbre, ningún detalle estaba olvidado, desde los útiles de maestranza, los víveres y las ambulancias para los soldados hasta las sopandas para suspender los caballos durante la navegación, con sus herraduras y sus clavos y los cohetes de señales. Como último complemento : 200,000 pesos en dinero para la caja mi-

(52) Carta de San Martín á Guido, de 3 de julio de 1818, en la « Rev. de Bs. As. », t. IV, p. 197. Idem del mismo al mismo, de 7 de agosto de 1818, en « Vind. histórica », p. 140.

litar (53). Más tarde hubo de reducir este plan por falta de recursos, limitándolo á 4,000 hombres, — igual número al del ejército con que atravesó los Andes y con que que realizó por fin su invasión al Perú, — en lo que se ve la previsión y la economía con que calculaba matemáticamente las fuerzas con relación á las resistencias, para producir resultados eficientes en los límites de lo indispensable (54). Esos 2,100 hombres más, calculados en aquella época como necesarios para producir el efecto buscado, habrían suprimido cuatro años quizás en la lucha por la independencia, y ahorrado probablemente Ayacucho; pero los 4,000 bastarían al fin para preparar la victoria final.

Teniendo presente, que antes de emprender ninguna operación ofensiva sobre el Perú era necesario terminar la campaña del sud. de Chile, donde los españoles aún se mantenían en Concepción y en la frontera de Arauco, escribía en tal sentido á O'Higgins : « 6,000 caballos deben estar prontos : si » ese Estado no se halla en disposición de comprarlos, lo » verificaremos de los 500,000 pesos que deben venir de » Buenos Aires, siempre que esta erogación no haga falta » para las ulteriores operaciones que tenemos que emprender ». Pueyrredón, instruído de esta compra, la apoyaba en términos calurosos : « Excelentemente dispuesta la compra » de los 6,000 caballos : con esta arma seremos invencibles » (55). Mientras el general de los Andes arreglaba sus planes, el gobierno argentino, cooperando á su empeño de dominar el Pacífico, le anunciaba que dos bergantines de

---

(53) Plan de San Martín que lleva la fecha de 3 de julio 1818 en Mendoza, M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(54) Documentos con el título « De lo indispensablemente necesario para una expedición marítima fuera del Estado de Chile. » Libro copiador de ofis. reservados. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(55) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 25 de agosto de 1818. (M. S. Arch. San Martín, vol. XL.)

18 cañones armados en guerra en el puerto de Buenos Aires, uno por cuenta de Chile y otro por cuenta de las Provincias Unidas, iban á reforzar la escuadra chilena. El fracaso del empréstito de 500,000 pesos paralizó momentáneamente estos trabajos. Arreglado este punto, según queda explicado, otro incidente de carácter fantástico vino á interrumpirlos de nuevo, disipando inútilmente el tiempo y las fuerzas morales que valían más que el dinero.

En los primeros días de octubre, recibió San Martín una carta enigmática de Pueyrredón, en que le hablaba de un nuevo teatro que se abría á los negocios públicos, que haría variar ó suspender las principales disposiciones respecto de la expedición, señalándole en esta emergencia un gran papel al general, para terminar de un solo golpe mágico la guerra, asegurar para siempre la independencia y obligar á los portugueses á evacuar el territorio de la Banda Oriental que ocupaban (56). La explicación de esta carta le fué dada por un emisario secreto que simultáneamente llegó á Mendoza con el encargo de darle su clave. Era éste el doctor Julián Álvarez, redactor de la « Gazeta oficial », empleado en el ministerio de gobierno, secretario de la Logia de Lautaro y confidente de todos los secretos de Estado de aquel tiempo, que guardaba con discreción hasta los últimos años (57). Álvarez, á la vez del encargo de dar explicaciones verbales sobre el nuevo plan anunciado en términos tan pomposos, era porta-

(56) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 24 de setiembre de 1818. (M. S. aut. Arch. San Martín, vol. XL.)

(57) Cuando en 1842 interrogamos en Montevideo al doctor Julián Álvarez sobre esta misión, á que ostensiblemente se dió otro significado, nos contestó con cierta reserva, — debido tal vez á la diferencia de edades, pues entonces tenía yo poco más de veinte años, — pero nos dijo lo bastante para formar juicio de su objeto y de sus resultados, que posteriormente hemos podido completar con las noticias que acerca de ella hemos encontrado en la correspondencia de Pueyrredón y San Martín, que nos permite relatarla correctamente por la primera vez.

dor de comunicaciones secretas para el gobierno de Chile, que por mano de San Martín debían serle entregadas, propiciándolas con su influencia.

El plan de Pueyrredón reposaba sobre una quimera. Hombre impresionable y de poca penetración en los complicados negocios políticos, había exagerado el alcance de las noticias favorables que á la sazón le comunicaron sus agentes diplomáticos, el doctor Manuel José García en Río Janeiro, y Rivadavia en Europa, y los consejeros públicos y secretos participaron de sus ilusiones. Halagado con la esperanza de contar con el apoyo de la Francia, por las promesas vagas del gabinete del Brasil, por aberturas en el sentido de una transacción insinuada por el embajador español en Londres latamente interpretada; por la neutralidad del gobierno y las simpatías del pueblo británico que podía convertirse en protección eficaz; por la actitud al parecer benévola de la diplomacia rusa y las buenas disposiciones de los Estados Unidos en favor de la independencia; y por la importancia de los intereses del comercio y la paz universal comprometidos en la lucha entre España y sus colonias complicados por la cuestión del Portugal en ambos hemisferios, creyóse posible una intervención ó un acuerdo de las grandes potencias europeas, que resolviese de hecho, según sus autores, la cuestión de la guerra, desarmando á la España y pacificando á las colonias revolucionadas. Según el plan, un monarca constitucional propiciado por las potencias, resolvía desde luego la cuestión de la independencia americana ante el mundo, salvaba la libertad ante la ley, y daba estabilidad al orden interno dominando la anarquía. Un acuerdo así garantido y sostenido, con el consentimiento firme y voluntario de la España, resolvía la cuestión territorial del Río de la Plata, incluyendo en los límites de la flamante monarquía las provincias perdidas del Alto Perú, el territorio de la Banda Oriental ocupado por las armas, á Chile si entraba en la combinación y tal vez al Bajo

Perú. Se pensaba que en todo caso bastaba que una sola de las grandes potencias prohijase este plan para que produjera algunos de sus efectos, y á poco andar, aun suponiendo que no se realizase la negociación, se paralizaba la acción militar de España, deteniendo las expediciones que se encontraban prontas á salir de la Península con destino á América (58).

Este grandioso plan, si bien no carecía de intención y objetivos, dadas las circunstancias y el modo cómo lo encaraban los contemporáneos, era tan débil en sus fundamentos como errado en política. En estos proyectos de diplomacia universal que pretendían amalgamar los intereses de dos mundos, todo se había tomado en cuenta, menos la marcha de los acontecimientos y el país sobre que debía operarse, reduciéndose en último resultado, á una intervención extraña para establecer un orden de cosas que era rechazado por el país, á fin de obtener una victoria sin sangre: *victor sine sanguine*, según la divisa de Monk, cuyo papel se asignaba á San Martín en cierto modo. Era que, á medida que la democracia se difundía y se constituía por instinto como hecho genial en la masa de la población, la idea monárquica como solución teórica se difundía en las esferas superiores del gobierno, en presencia de los peligros exteriores que amenazaban á la revolución y de los desórdenes internos que la trabajaban, produciéndose así dos corrientes superpuestas, una en la región de los hechos y de la razón pública, la otra en la región de las nubes que se perdían en el vacío, como se ha explicado ya en este

---

(58) No entra en el plan de este libro insistir sobre el pormenor de las complicadas negociaciones diplomáticas que con este motivo tuvieron lugar en aquella época, las que hemos ilustrado suficientemente en otro libro histórico, limitándonos ahora á condensarlas ó ampliarlas en la parte pertinente y extractar algunas de las consideraciones con que entonces las acompañamos. Véase « Hist. de Belgrano y de la Indep. Arg. » 4.ª edic., t. III, p. 118 y sig.

mismo libro. (Véase cap. XI, § V). Así, el congreso compuesto de los hombres más eminentes de la revolución, cuya mayoría era monarquista, dictó instrucciones al efecto de buscar un príncipe europeo sostenido por algunas de la potencias de primer orden, que asegurando la independencia de la América, fundase la monarquía constitucional en el Río de la Plata, con cargo de someter todo á su deliberación (59). La Logia, nombró para realizar el milagro al doctor don Valentín Gómez, más literato que político, y el director, alucinado, escribió á San Martín: « Muy conveniente es la pre» sencia de V. en Chile, para dar impulso á las cosas; pero » debe quedar V. expedito dentro de dos, ó dos y medio » meses, para venir á completar los deseos de los amigos » (de la Logia, para ser el campeón de la nueva monarquía) » para completar y asegurar para siempre la independencia » y el descanso de las Provincias Unidas, pues son incalcu» lables los bienes que disfrutará nuestro país por un medio » tan lisonjero » (60). San Martín, monarquista de oportunismo como Pueyrredón, no obstante sus instintos republicanos que lo llevaban á fundar una república democrática toda vez que alcanzaba una victoria militar, aceptó la idea como acción cooperativa de su empresa, que no por eso perdió un instante de vista, pues tenía en ella más fe que en la diplomacia. En tal sentido se dirigió al gobierno de Chile y á O'Higgins confidencialmente: « Por mi oficio verá V. la co» misión dada á Gómez para que se presente ante el congreso » de los soberanos y demás naciones, á fin de establecer » nuestra independencia. La representación de ambos Esta» dos (Chile y las Provincias Unidas) debe ser de gran peso

---

(59) Véase: « Hist. de Belgrano y de la Indep. Arg. » (4.ª edic.) t. III, p. 122 y sig.

(60) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 24 de setiembre, cit. M. S. autóg.

» en el citado congreso » (61). Defiriendo á la indicación de San Martín, el director de Chile nombró á su ministro Irisarri en calidad de agente diplomático en Inglaterra, munido de las competentes instrucciones para representarlo indirectamente ante el congreso de soberanos, que se decía iba á tratar la cuestión de la independencia americana (62).

---

(61) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de octubre de 1818, en Vicuña Mackenna, « Rel. Hist. », 2.ª parte, 661.

(62) Es un hecho averiguado, aun cuando los documentos capitales se hayan hecho desaparecer, que Chile entró de lleno en el plan, por influencia de San Martín, y es fácil determinar su filiación y comprobarla. Cuando en 1817 fué nombrado Irizarri para representar al gobierno de Chile en Europa, se le expidieron instrucciones para que « guarde la más » íntima relación y armonía con el diputado de las Provincias Unidas en » Londres meditando y combinando cuanto haya de proponerse ó sus- » cribirse por Chile ». (Véase cap. XV, § V.) Esta prevención se hacía precisamente en circunstancias en que Rivadavia era habilitado con más amplios poderes por el gobierno argentino, sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, en consecuencia de lo cual abrióse la negociación que dió origen á la misión del doctor Valentín Gómez. (Véase nuestra « Hist. de Belg. » 4.ª edic., t. III, p. 184 y 683). Las instrucciones de Irizarri en 1817, fueron comunicadas por Guido al gobierno argentino en nota de 20 de diciembre de 1817, « escri- » biendo, dice, el artículo secreto, según la clave, *por su gravedad.* » (Docs. del Arch. general, leg. *El diputado de Chile*. M. S.) He aquí el misterioso artículo, tal cual lo trascribe Guido en clave : « Art. 10. En » las sesiones ó entrevistas que tuviere con los ministros de Inglaterra y » con los embajadores de las potencias europeas, dejará entrever que
» l2 sfny rrufn g 1 6lur8uln a ls 487r lv28 al 9mrst l 26uf g2r-
» 58uln als 487rlv28 al 9mrst l26ul g2r58uyfu ls Δ frnfs nr
» n6lyf 9826r2l26fs al sf lgu8 Δ foygf 28 ln6furf arn 6f2bl
» al ja 8 Δ 6fu g2f Y82fuí6rf Y28 a lufaf 8982nbrbg9r8fs, 9g6
» 58 uf al48rlu28 Yfn ygl 85 uf bn f2f184f f sf slgrnsf9r82,
» 98n6g 7Suln Δ ul899 Δ r82ln, 4 lufuygrfu, Y68d8.. al Δ871f-
» 9r8ln O fg2 fsf 68 Δ 84uf5rf al ls Ln6fa89mrsl28, Δ lu8ygl
» 28olbrn brl2a8 l2 ng nl28 g2 Δaur291 Δ lf 290f arul99r82 nl
» l29fu241 lsΔfrn ln6fΔa8268 ul9r7u 7f38 sf 982n6r6g9r82
» ygl nl Δul Δ fuf fg2 Δ ur291 Δ l al ígfsygrluf al sfn Δ 86l29r-
» fn, igl 7f38 la sombra de la ar2fn6rf fígl Δ g1612f91 O 982 ls
» r251936 al ngn vlsf9r82ln l2 18n 4f7r216ln lgu8 Δln5r3l
» ng OY Δ lur8 l2 9mrst Δfuf 982nbu7fu ng rzalΔ l2 al 29 rf
» al 5lu2f2de8 nl Δ br78 ngu ng99ln8uln o Ylbu8 Δ 81r o 68a

VII

Estos artificios diplomáticos y estos sueños monarquistas, se producían en el momento supremo, en que las dos grandes masas guerreras de la revolución sud-americana, convergían hacia el centro del continente para unificar su acción, y

---

» 886u8 Δ 8alu lb6u f2flu8. Ls ArΔg6fuf sf Δ 81r6r9f 12 ln-» 67 fng 28 982 68 af sf 9ru9g2n Δ 199r82 ó 4uf7tafa ygl Ylu-» lnl ls fng268 o fg2ygl Δ 8auf f91 Δ 6fu Δ u8 Δ 8nr9r82 ln, » jamás convencionar sin previo aviso del Gobierno y sin órdenes ter-» minantes para ello. Sfn 9fnfn al 7u62n7rf, al 7uf4f2nf, al » 8uf251 Δ aulnl 26f2 r26lulnln Yfn arul968n g2f6grfstn Δ » fuf sf ulsrnf9r82 als Δ v801968 r2ar9fa8 12 ygl nl 49fuafaf » ls Yfn r27r81f7sl nr4r18 O Δfuf990f arul99r82 nl r191gal sf » 91f71 N.° 1.° » (Doc. del Arch. general, M. S.) Irizarri, fué llamado á ocupar el ministerio del interior de Chile, y al emprender un año después su viaje á Europa para continuar la negociación proyectada, fué munido de instrucciones secretas concordantes con ella, según consta de testimonio del mismo y del director O'Higgins que las firmó. Barros Arana, en su « Hist. de la Indep. de Chile », t. IV, p. 519-520, sólo habla de las instrucciones ostensibles que llevó, y sólo dice que llevaba encargo de entenderse con el gabinete inglés respecto del anunciado congreso de soberanos europeos para asegurar el reconocimiento de la independencia de Chile. Vicuña Mackenna, mejor informado y con presencia de documentos fehacientes del archivo de O'Higgins, establece el hecho de una manera indudable. En el « Ostrac. de O'Higgins », p. 368, se trascribe una carta de Irizarri á O'Higgins, de fecha 30 de diciembre de 1818 en San Luis, que dice así : « El camino que llevo es el de los guardias de » frontera. Por esto y por no comprometer los intereses del Estado á un » riesgo que no está remoto, remito las instrucciones que traía con el fin » de que se me dirijan á Inglaterra por duplicado. » Las instrucciones, vueltas á poder del gobierno de Chile, fueron revocadas y destruídas, pero se omitió comunicarlo á Irizarri, que continuó trabajando en el sentido de ellas. Así, cuando en 1819 don Valentín Gómez negoció en nombre de las Provincias del Río de la Plata la coronación del príncipe de Luca, sus comunicaciones fueron conducidas á Buenos Aires por don Mariano Gutiérrez Moreno, emisario de Irizarri, quien era portador de iguales proposiciones para el gobierno de Chile hechas por Irizarri, quien había tomado participación, aunque indirecta en el negociado. (Véase « Hist. de Belgrano », 4.ª edic. t. III, p. 96 (nota), y págs. 128 y 314-

obtener las victorias que debían forzar la mano á la diplomacia de los soberanos europeos, haciendo triunfar ante el mundo la causa de la república. El paso de los Andes y la batalla de Chacabuco, había empezado á inclinar la balanza de la lucha de la revolución americana : la batalla de Maipu, le dió la preponderancia, y su consecuencia inmediata debía ser el dominio del Pacífico y la redención del Perú. Esto por lo que respecta al sud, cuyas armas eran llevadas por el ejército argentino-chileno. Por la parte opuesta, la revolución del norte estaba encerrada en los límites de Venezuela, donde Bolívar luchaba heroicamente con Morillo. El libertador del norte realizaría á su vez la gran operación de San Martín, pasaría los Andes ecuatoriales, daría en Bocayá un año después otra batalla americana como la de Maipu, y conquistaría la Nueva Granada, acercándose al Pacífico, en marcha también hacia el Perú como el libertador del sud. Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata eran ya invencibles y sus fronteras inmunes. La revolución armada del norte obtendría por su parte idénticos resultados en Venezuela, Nueva Granada y Quito. La lucha quedaba así circunscripta á un solo punto central del continente. De este modo la guerra se simplificaba

---

515.) Tres años después, el 16 de marzo de 1822, O'Higgins dirigió á Irizarri una carta semi-oficial, en que refiriéndose á las instrucciones de 1818, y revelando incidentalmente su objeto y contenido, le dice: « Todo » lo insertado en las instrucciones reservadas que vd. devolvió de la » Punta de San Luis, concernientes á la forma de gobierno que por en » tonces se creyó podría adoptarse, si la revolución sufriese contrastes » que amenazasen ruina, tuvo á bien el Senado revocarlas, y comisio» nar al senador Cienfuegos para que en mi presencia se quemasen las » actas y acuerdos referidos que en aquella época tuvieron á bien dic» tar, y quedó todo deshecho, » (Véase Vicuña Mackenna, « Ost. de O'Higgins », p. 378-379.) El último historiador chileno en el orden cronológico, Gonzalo Bulnes, en su « Hist. de la Exped. libert. del Perú » (1888), afirma el hecho en el t. I, p. 86 y 114, y lo comprueba con documentos en el cap. IX del tomo II, trascribiendo el texto de las instrucciones dadas á Irizarri. (Véase Apéndice, n.° 21.)

y sistemaba, y los realistas vencidos en los dos extremos, se reconcentraban vencidos en su último baluarte colonial para capitular allí. Mientras estas grandes evoluciones estratégicas se preparaban y llegaba el momento de la batalla final, los realistas sólo ocupaban el Bajo y Alto Perú al sud, y Quito y Nueva Granada al norte, haciendo el último esfuerzo para mantenerse en Venezuela de donde iban á ser expulsados. Comparando este prospecto guerrero con el prospecto diplomático-monarquista de que hemos dado cuenta, vése que San Martín tenía razón en fiarse más en la espada que en la diplomacia, cuyo concurso aceptaba en teoría, pero perseverando siempre en la prosecución de sus vastos planes.

La España, triunfante en Europa, merced á su valerosa resistencia contra Napoleón y á la alianza inglesa, había agotado sus fuerzas en atender á la insurrección americana, y sus intereses políticos, acordes hasta cierto punto en el viejo mundo con su vecino el Portugal y con su aliado británico, estaban en abierta oposición en el nuevo mundo, hallándose profundamente trabajada por una lucha intestina entre el absolutismo imperante y el liberalismo comprimido, que por efecto de los triunfos de los independientes americanos, debía hacer al fin estallido y poner punto final á las expediciones de tropas de la Península. Durante los ocho años de guerra que iban corridos, la España había enviado á la América diez y seis expediciones armadas, que sumaban un total de 42,126 soldados con un costo de 1,500,000,000 de reales, ó sean 75 millones de fuertes (63). De estas tropas, veteranas todas ellas, vencedoras de las armas napoleónicas en la península, unas habían capitulado en Montevideo, otras fue-

---

(63) « Memoria » del ministro de guerra, marqués de Amarillas, presentada á las Cortes españolas el 14 de julio de 1820. — Presas : « Pintura de los males que ha causado á España el gobierno absoluto. » — Vadillo : « Apuntes » etc., p. 282.

ron completamente destruidas en Chacabuco y Maipu ó diezmadas en sus malogradas tentativas de invasión sobre el norte argentino.

La expedición de 10,000 hombres al mando de Morillo con destino á Costa Firme en 1815, fué el último y más gigantesco esfuerzo que hizo la metrópoli para equilibrar la lucha. Esta expedición, que en un principio era destinada al Río de la Plata, cambió de destino, y en la época á que hemos llegado, sus últimos restos se agotaban en vanos esfuerzos para contrarrestar la insurrección colombiana (64). Sin embargo, la España contaba todavía en América con 100 mil soldados de línea y de milicias, desde Méjico al Perú, y se preparaba á organizar una nueva expedición de 20 mil hombres contra el Río de la Plata antes de darse por vencida. Por el momento alistaba en Cádiz una expedición de 3,000 hombres con destino á Chile y al Perú, sin tener todavía noticia del desastre de Maipu. Luego se verá cuál fué su suerte.

Tal era el estado de la guerra americana en los últimos meses de 1818, en momentos en que por una parte la diplomacia capitulaba con la monarquía, y San Martín y Bolívar se preparaban para herir de muerte el poder colonial en el Perú, después de anonadarlo al sud y al norte del continente.

En prosecución de estos grandes propósitos, San Martín terminaba su misteriosa campaña unipersonal de 1818, atravesando por la quinta vez los Andes. El 29 de octubre, se apeaba de su mula de viaje á la puerta del palacio de los obispos de Santiago, lleno de grandes esperanzas, sustrayéndose como de costumbre á las ovaciones que le había preparado el pueblo. Allí le alcanzaron las últimas cartas de Pueyrredón,

---

(64) Ofi. de Morillo al virrey Pezuela, de 29 de julio de 1818, cit.

que le aseguraban el próximo dominio del Pacífico. Este voto acababa de ser cumplido : las naves independientes dominaban los mares americanos, desde Buenos Aires hasta el Callao.

CAPÍTULO XX

LA ESCUADRA CHILENA. — PRIMERAS CAMPAÑAS NAVALES DEL PACÍFICO

AÑO 1818

Las previsiones del genio. — Chile considerado como país marítimo. — Origen de la escuadra chilena. — « El Pueyrredón. » — « La Lautaro. » — La escuadra española en el Pacífico. — Primer combate naval. — El capitán O'Brien. — Se levanta el bloqueo de Valparaiso. — Prosecución de los armamentos navales de Chile. — Se refuerza con un navío de línea. — « El San Martín. » — Se anuncia una nueva expedición marítima de España. — Sublevación de « La Trinidad. » — La escuadra sale á la mar. — La bahía de Talcahuano. — Toma de la fragata « María Isabel. » — Apresamiento del convoy español. — — Refuerzos que recibe la escuadra chilena. — Honores á los vencedores. — « La O'Higgins. » — La escuadra chilena domina el mar Pacífico. — Llegada de lord Cochrane á Chile. — Blanco encalada y Cochrane.

I

Las previsiones del genio estaban cumplidas : el camino marítimo del Perú estaba abierto á las armas independientes. En 1814, San Martín estudiaba en Tucumán los caminos militares de la revolución, y buscando cuál era el que debía conducir sur armas hasta la capital del Bajo Perú, para herir de muerte el poder español en América, tuvo la primera intuición de su gran plan de campaña continental, que formuló en términos generales : « Mi secreto es : pasar á Chile,

acabar allí con los godos, y aliando las fuerzas, pasar por mar á tomar á Lima » (1). En la época en que enunciaba como posible esta complicada operación, las escuadras españolas dominaban los mares americanos desde California hasta el golfo de Méjico, y la marina chilena sólo estaba representada por las balsas de pescadores de los Chonos y Chilotes que cruzaban los solitarios canales de sus archipiélagos, ó por la barca costanera que no se atrevía á perder de vista su punto de partida. Dos años después (1816), precisando su idea, bosquejaba su plan de campaña continental : « Chile, » por su situación geográfica y por la natural valentía de sus » habitantes, es el pueblo capaz de fijar la suerte de la revo» lución. Es el fomento del marinaje del Pacífico. En este » concepto nada interesa más que ocuparlo. Lograda esta » grande empresa, el Perú será libre. Desde allí irán mejor » las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá » (2). Una vez ocupado Chile, su objetivo inmediato es el Perú, su camino el mar, y su vehículo una escuadra : « Nada » debemos reparar en lo que se ha hecho, sino adelantar el » Ejército Unido sus empresas. Es preciso llevar nuestras » armas al Perú. Esto supuesto, se hace necesario combinar » los términos y preparar el éxito de la empresa. Lo primero » es moverse con seguridad, y no puede hacerse sin una fuer» za naval que domine el mar Pacífico » (3). Estas previsiones se fundaban como todos sus planes concretos, en la observación del territorio que debía ser teatro de la doble guerra, terrestre y marítima.

La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chi-

---

(1) Carta de San Martín á Rodríguez Peña, de 22 de marzo de 1814, cit. (V. Apénd. núm. 7, letra A.)

(2) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 29 de febrero de 1816. (V. Apénd. núm. 9.)

(3) Carta de San Martín de 22 de abril de 1817. (Véase cap. XV, § II.)

leno al pie de los Andes, con su cordillera marítima bañada por las olas del mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. Un escritor humorístico ha descrito gráficamente esta configuración, diciendo que sus habitantes tienen que asirse á las montañas para no caer en el mar. Así, el mar es la dilatación del territorio chileno, y esta circunstancia tiende á difundir el genio nacional en los espacios marítimos, obedeciendo al instiuto y la necesidad. Desde el desierto de Atacama hasta el estrecho de Magallanes, su litoral acantilado y sinuoso es una serie no interrumpida de caletas, golfos, ensenadas y radas de fácil acceso, en que se abren magníficas bahías, verdaderos estuarios, dentro de los cuales se encierran varios puertos. Las islas de Juan Fernández, inmortalizadas por las aventuras de Robinsón, son sus centinelas avanzadas en el Océano. Sus archipiélagos, ramales marinos de la cordillera en parte sumergida, son miembros integrantes y articulados de su configuración territorial. Una corriente polar, á la manera de un inmenso río encajonado en masas de agua inmóviles, fluye eternamente de sud á norte en el paralelismo de sus costas, facilitando sus comunicaciones marítimas con la América meridional.

Como el país no tiene navegación interior y algunas de sus zonas están obstruídas por obstáculos naturales, el mar es el camino usual de sus habitantes para comunicarse entre sí. En sus litorales, se forman desde temprano marineros vigorosos y valientes, capaces de afrontar las tempestades del grande Océano, sin arredrarse ante los peligros de la guerra. En los bosques de Arauco, se alza gigantesco el pino y el roble. En sus valles crece el cáñamo y el lino. En las entrañas de la tierra se encuentra el cobre, el hierro y el carbón de piedra. Poseía astilleros donde se habían construído con maderas de la tierra, hasta navíos y fragatas. Era, pues, un país esencialmente marítimo, con elementos de construcción propios, con atracciones hacia la mar y con la materia prima de un perso-

nal de marina militar, á que sólo faltaba un material adecuado para llegar á ser relativamente una potencia naval. Era, como lo decía San Martín en su enérgico lenguaje, « una posición geográfica con predisposiciones nativas en sus habitantes, para fijar los destinos de la revolución, como fomento del marinaje del Pacífico. »

En el plan trazado por San Martín en 1816 para la reconquista de Chile, debía operar simultáneamente con el ejército de tierra que atravesase los Andes, una expedición marítima que dominara las costas del territorio conquistado, y así lo consiguió posteriormente Guido en la Memoria, en que condensó las ideas formuladas con anterioridad por el general. (Véase cap. XI, § II). « Oportunamente deberán zarpar de » las playas de Buenos Aires (decía en febrero de 1816) dos » buques de consideración y porte, armados por cuenta del » Estado, y sujetos á órdenes del general en jefe, los que cru- » zando las costas de Chile, contengan el escape de los ene- » migos » (4). Las dificultades del erario no permitieron por entonces atender esta exigencia, y como lo observa el autor de la citada Memoria, la falta del concurso naval « impidió » terminar la guerra con el triunfo de Chacabuco, ocupando » los puertos por donde se salvó un buen número de ven- » cidos, » (5) como lo había previsto el general. Dos años se necesitaron para completar el plan, concebido en todas sus partes por el que lo ejecutó, y con esta idea fija había pasado

---

(4) Ofi. de San Martín de 29 de febrero de 1816. Véase Apéndice núm. 9.

(5) Guido: « Primer combate naval de la marina chilena », en la « Rev. de Bs. Aires », t. III, p. 490. En la « Memoria » de Guido, escrita á fines de mayo de 1816, tres meses después del ofi. de San Martín cit. en la nota anterior, se dice : « Es indispensable apoderarse del mar » para obrar en combinación con las fuerzas de tierra. Al efecto se habi- » litarían cuatro buques mayores ó más, por cuenta del Estado. » Es la misma idea del general, salvo poner cuatro buques en vez de dos, pero en las mismas condiciones y con el mismo objeto.

y repasado dos veces la cordillera, depués de Chacabuco y Maipu, como se explicó antes, con el objeto de crear la escuadra independiente del Pacífico. Sin ella, el triunfo de la independencia sud-americana era imposible.

II

El primer buque en que se enarboló la bandera que debía imperar en las aguas del Pacífico, fué el bergantín español « Águila », de 220 toneladas. Después de la batalla de Chacabuco, habíase dispuesto que los castillos del puerto de Valparaíso mantuviesen izada la bandera española. El « Águila » engañado por esta estratagema, penetró al puerto, y fué apresado. Armado en guerra con 16 cañones y tripulado con gente de mar, confióse su mando al teniente del ejército de los Andes Raymundo Morris, irlandés de nacimiento. Bautizóse con el nombre de « El Pueyrredón », en honor del director supremo de las Provincias Unidas que decretara la expedición á Chile, impulsándola con todo su poder. Su primera campaña naval, fué el rescate de los patriotas chilenos confinados en la isla de Juan Fernández por Osorio y Marcó, que hacía cuatro años sufrían duro cautiverio. Entre los primeros rescatados, contábase el futuro almirante de la escuadra chilena, que debía darle la primer victoria naval.

El enviado argentino don Tomás Guido, penetrado de la importancia de complementar el plan de San Martín, tal como lo había explanado él mismo en su celebrada Memoria, no cesaba de hacer gestiones cerca del gobierno de Chile, á fin de que diera impulso al armamento naval. Por su inteligencia y el ardoroso empeño que mostraba, fué comisionado por el director O'Higgins para adquirir un buque de fuerza superior, que diera respetabilidad á la naciente marina, poniéndose á

su disposición una gruesa suma de dinero. Al efecto, trasladóse á Valparaíso, donde se hallaba la fragata « Windham », de la compañía de las Indias orientales, de 800 toneladas, con 44 cañones, que por instigaciones del comisionado en Londres, Álvarez Condarco, habíase dirigido á las costas chilenas para negociar su venta. El erario se hallaba en imposibilidad de cubrir el importe total. Guido consiguió asociar á la empresa á los comerciantes de Valparaíso, interesados en que se levantase el bloqueo que mantenía la escuadra española en el Pacífico, los cuales contribuyeron con 25,000 pesos, contratando el gobierno su compra en 180,000 pagando al contado 130,000 pesos. Esto sucedía á los pocos días de Cancharrayada y en vísperas de la batalla de Maipu (marzo 30 de 1818.) El vendedor, receloso del éxito de la próxima batalla, exigió la garantía del gobierno argentino por el saldo pagadero en Buenos Aires en el término de cuatro meses. Guido, contrajo el compromiso á nombre de su gobierno, autorizado por San Martín, quien contando con la victoria, le decía: « Dada la importancia de esta empresa y la seguridad que » ofrece la respetabilidad del ejército combinado, no dudo » preste desde luego la garantía pretendida en el concepto » que el buen resultado influya en la suerte de ambas repúbli» cas » (6). El « Windham », tomó el nombre de « Lautaro », el famoso guerrero americano inmortalizado por Ercilla, en

(6) Guido: « Primer combate » etc., cit., p. 492. — Ofi. de San Martín á Guido, de 30 de marzo de 1818, en « Rev. de Bs. Aires » t. III, p. 516 — Respecto del precio en que fué comprada la « Windham », García Reyes en su Mem. sobre « La primera escuadra nacional », dice en el Apénd. núm. 14, que fué por 180 mil pesos. Barros Arana en su « Hist. de la Indep. » etc., t. IV, p. 333-334, que escribió con posterioridad, y parece no haberse fijado en este dato, incluido en un estado numérico, declara « no haber podido encontrar ninguna noticia sobre el valor pagado por la « Windham », y que los comerciantes « contribuyeron con más de 25 mil pesos de su valor. » Guido, en su « Primer combate » etc. cit. dice, trepidando y escribiendo de memoria 45 años des-

honor de la poderosa Logia lautarina, que había consolidado la alianza argentino-chilena, y gobernaba secretamente la política de ambos países.

Obtenida la victoria de Maipu, el director O'Higgins decidió que era llegado el momento de utilizar la fuerza naval organizada, y ordenó que la « Lautaro », y el « Águila », se hiciesen á la mar en busca del crucero español que bloqueaba á Valparaíso. Dominaban á la sazón las aguas del Pacífico desde el Perú hasta el cabo de Hornos, las fragatas de primer orden « Esmeralda » y « Venganza », de 44 cañones cada una; las corbetas mercantes armadas en guerra con 18 cañones, la « Milagro », la « San Juan Bautista » y la « Begoña »; las fragatas inferiores la « Gobernadora » con 16 cañones, y la « Comercio », la « Presidenta », la « Castilla » y la « Bigarrera », con 12 cada una; las corbetas la « Resolución » y la « Sebastiana », de 34, y la « Veloz », con 22, y por último, el bergantín « Pezuela » de 18, y algunos otros buques menores con 37 cañones, sumando un total de 17 buques con 331 cañones. Esta poderosa escuadra debía ser reforzada por la « María Isabel », hermosa fragata de 44, convoyando once transportes (dos de ellos armados en guerra, con 22 cañones), que conducían un refuerzo de 2,500 hombres, que en esos momentos debía zarpar de Cádiz con dirección á Chile. El bloqueo de Valparaíso era mantenido por la « Esmeralda », la « Venganza » y el « Pezuela ».

La « Lautaro » fué tripulada con 100 marineros de todas

---

pués: « Conseguí reunir con el concurso del comercio y de « algunos » capitalistas chilenos la suma, si no me equivoco, de 200 mil pesos », lo que está en contradicción con su propia documentación en que se dice haberse puesto á su disposición una fuerte suma del gobierno. Lo indudable es, que quedaron 50 mil pesos á pagar, y por esta cantidad se responsabilizó condicionalmente el gobierno argentino, representado por su enviado, según consta del oficio de San Martín de 30 de marzo, antes cit.

nacionalidades recogidos en los buques del puerto, y 250 chilenos, entre soldados, lancheros y pescadores, mandando la infantería de marina el capitán Guillermo Miller del ejército de los Andes, de nacionalidad inglesa, destinado á alcanzar nombradía. El mando de la « Lautaro » y de la expedición, fué confiado el capitán Jorge O'Brien, que se había distinguido en servicio de la marina inglesa (7), y como segundo jefe, el teniente José Argent Turner. Los oficiales, eran en su totalidad ingleses ó nortes americanos, que no hablaban una palabra en español, de manera que, á excepción de Miller, no había uno sólo que pudiese dar una voz de mando á los chilenos que componían la mayoría de la gente de guerra. « Sin » embargo, dice el mismo Miller, diez horas después de su » salida se batió, y bien, la fragata « Lautaro » (8).

III

Las tres naves españolas que mantenían el bloqueo, voltegeaban incesantemente á inmediaciones de Valparaíso, hostilizando á los buques neutrales que salían ó entraban al puerto. Á veces se acercaban á tierra, y hacían algunos disparos de cañón, y luego se hacían mar afuera perdiéndose de vista. En los últimos días de abril, el comandante de la « Esmeralda » Luis Coig, que mandaba el bloqueo, dispuso que la « Venganza » se dirigiese al Callao conduciendo los enfermos de escorbuto que tenía á su bordo. Fué este el momento elegido para el ataque. Aprovechando una fresca ventolina del norte, en circunstancias en que los buques bloquea-

(7) No debe confundirse este oficial, cuyo nombre es Jorge, con el edecán de San Martín John Thomond O'Brien.

(8) Miller : « Memorias », t. I, p. 161.

dores estaban fuera de la vista, la « Lautaro » y el « Águila », modificada su pintura externa y su arboladura de manera de asemejarse á los buques de guerra ingleses, levaron anclas el domingo 26 de abril, dos horas después de mediodía, mostrando tanto ardor los tripulantes chilenos, que para alcanzarlos muchos de ellos se arrojaron á nado á la mar. Al amanecer del 27, la « Lautaro » con rumbo al sud encontróse con la « Esmeralda » que navegaba en vuelta de tierra á pocas leguas de Valparaíso, hallándose el « Pezuela » distanciado algunas millas al norte. La nave chilena, con bandera inglesa enarbolada, aproximóse á la fragata española, la que hubo de tomarla por un buque de guerra británico, y la esperó en facha, afirmando su bandera. En esta disposición, ganóle la cuarta de popa de barlovento, arrió la bandera inglesa, izó la chilena, metióle el bauprés y le rompió el aparejo de mesana, recibiendo una andanada de todo el costado enemigo de sotavento, á que contestó con otra de sus baterías de estribor. El capitán O'Brien, arrastrado por su ardor, saltó al abordaje seguido por treinta ó cuarenta hombres, sostenido por el fuego de fusilería del cástillo de popa y de las cofas de la « Lautaro » y se posesionó del puente de la « Esmeralda », arreando su bandera. La tripulación española sorprendida, hizo una descarga y huyó al entrepuente, continuando empero el fuego con trabucos y pistolas por las bocaescotillas, que causaron algunos estragos en los asaltantes. Una bala hirió mortalmente á O'Brien, y al morir su último grito fué: « ¡No hay que abandonarla, muchachos! La fragata es nuestra! ».

Durante el combate, un golpe de mar separó las dos fragatas que los asaltantes no habían tenido la precaución de amarrar. El teniente Turner, considerando tomada la « Esmeralda », cuya bandera había visto arrear, desprendió un bote con diez y ocho hombres para reforzar el ataque, y se dirigió sobre el « Pezuela », que al sólo amago arrió su bandera en señal de

rendición. El comandante Coig, que en el intervalo había armado su gente para reconquistar el puente perdido, aprovechó este momento, y atacó decididamente á los asaltantes, los que desalentados por la muerte de O'Brien, hicieron débil resistencia, hasta que reducidos á muy corto número, se arrojaron al mar. La « Lautaro » volvió entonces sobre la « Esmeralda », con el objeto de abordarla otra vez más, pero limitóse á cañonearla con sus miras de proa. La « Esmeralda » con uno de sus costados en esqueleto y la cámara de popa incendiada, se puso en fuga, juntamente con el « Pezuela » que enarboló de nuevo su bandera, y merced á su marcha superior pudieron los dos buques españoles evadirse, dirigiéndose á Talcahuano á reparar sus averías. De regreso, la flotilla independiente apresó en la tarde del 27, un bergantín español, cuyo valor cubrió con exceso los costos de la « Lautaro ». La fragata chilena entró al puerto con la bandera á media asta y las vergas á la funerala, en señal de duelo por la muerte de su heroico comandante. Aun cuando la empresa no tuvo el éxito esperado, el triunfo era suyo, y dió por resultado hacer levantar el bloqueo de Valparaíso, intimidando á los marinos españoles (9).

El gobierno rescató las acciones de los comerciantes de Valparaíso en la compra de la « Lautaro », y la convirtió en

---

(9) Los documentos que hemos tenido presentes para esta narración, son los siguientes: 1.° Parte del comandante español de la « Esmeralda », de 2 de mayo de 1818, cuya versión sigue Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t, II, p. 434. 2.° Parte del gobernador de Valparaíso, de 30 de abril de 1818. 3.° Idem del comandante de marina de Valparaíso de la misma fecha. 4.° Parte del segundo comandante de la « Lautaro », de 29 de abril. 5.° Exposición del mismo, justificándose de los cargos que se le hicieron con tal motivo, confirmada por los oficiales de la « Lautaro ». 6.° « Memoria » de Miller (actor en el combate), t. I, p. 162 y sig. 7.° « La fragata Lautaro » pub. en la « Rev. de B. Aires », t. III, p. 481, por don Tomás Guido, que se hallaba á la sazón en Valparaíso. Todas estas relaciones están conformes en el fondo aunque difieren en algunos puntos, como por ejemplo, en el número de

buque de guerra del Estado, tripulándolo con 200 marineros extranjeros, 100 grumetes chilenos, y una guarnición de infantería y artillería de marina sacada del ejército, y confió su mando al capitán inglés Juan Higginson. En seguida (julio de 1818), adquirió la corbeta « Coquimbo », de 20 cañones, armada en corso en los Estados Unidos, cuyo mando dió al capitán Francisco Díaz, español, de la artillería del ejército de los Andes y le puso el nombre de « Chacabuco » en memoria de la batalla que libertara á Chile. Poco después llegaba á Valparaíso el bergantín « Columbus », de 16 cañones, mandado por un distinguido oficial de marina norte-americano, Carlos Guillermo Wooster, quien ofreció en venta su buque á la par de sus servicios, que fueron aceptados, y entró á representar la nacionalidad chilena con el nombre de el « Araucano ». Por último (en agosto de 1818), fué comprado en 140 mil pesos, el navío « Cumberland », el buque de más poder que hubiese surcado los mares sud-americanos, contratado en Londres por Álvarez Condarco para ser pagado en Chile, al cual se dió el nombre de « San Martín » en glorificación del libertador, poniéndolo bajo las órdenes del capitán inglés Guillermo Wilkinson (10). La escuadra chilena estaba creada co-

---

hombres con que O'Brien saltó al abordaje, que unos dicen fueron 25, otros 30; en las causas de la separación de las dos fragatas, que unos atribuyen á un golpe de mar y otros á órdenes del teniente Turner para dar caza al « Pezuela », así como en el número de muertos de una y otra parte.

(10) Hemos tenido á la vista por lo que respecta á la negociación del « Cumberland », la correspondencia oficial y confidencial de Álvarez Condarco en Londres y del agente de los armadores en Chile, con San Martín, á saber: 1.° Cartas de Álvarez Condarco de 22 de noviembre de 1817 y 13 de enero de 1818. 2.° Carta de Ricardo E. Price, agente de los armadores, de 6 de julio de 1818. 3.° Prop. de Price al director O'Higgins sobre las condiciones de venta del buque. 4.° Memoria sobre la contrata del mismo, de 25 de noviembre de 1817. 5.° Cartas de O'Higgins á San Martín, de 27 de mayo, 12 de junio y 23 de julio de 1818, sobre compra del mismo. (Arch. San Martín, vol. XLIII, « Marina de guerra », M. S. S. originales.) Barros Arana en su « Hist. de la

mo por encanto, y podía competir con la española en el Pacífico. La revolución americana se dilataba en el mar del sud después de terminar su primera campaña terrestre, para ir á llevar la independencia á otras regiones con arreglo al plan preconcebido de San Martín.

El mando de estas fuerzas navales, fué encomendado al teniente coronel de artillería Manuel Blanco Encalada (conocido también por Blanco Cicerón) á quien hemos visto figurar en las dos derrotas de Cancharrayada, distinguirse en Maipu y ser rescatado del cautiverio de la isla de Juan Fernández por la primera nave chilena armada en guerra. Era Blanco hijo de Buenos Aires, y de madre chilena, pero chileno por elección, que había alcanzado el grado de alférez de navío en la armada española, y contaba á la sazón 28 años de edad. El joven almirante de la naciente escuadra correspondió á las esperanzas en él depositadas.

IV

En 1818, la guerra marítima y terrestre de la España y sus colonias insurreccionadas se había circunscripto á dos centros terrestres y á dos mares: al norte, en Venezuela, Nueva Granada y Quito, con el mar Caribe por base de operacio-

---

Indep. », t. IV, p. 484, dice que el « Cumberland » llegó á Valparaíso el 22 de agosto de 1818 y fué comprado por el gobierno en 200 mil pesos. De los docum. cit. consta: 1.° Que llegó á dicho puerto el 24 de mayo de 1818. 2.° Que fué contratado en Londres por el precio de 160 mil pesos. 3.° Que fué vendido por la cantidad de 140 mil pesos, de los cuales 70 mil al contado y el resto pagadero en cobres de Coquimbo á razón de 13 pesos quintal, en el término de seis meses, ó bien en libranzas sobre los derechos de aduana. De las cartas de O'Higgins consta, que el « Cumberland » fué comprado por instancias de San Martín, y que los armadores hicieron al fin una rebaja como de 20 mil pesos.

nes : al sud. en el Alto y Bajo Perú, con el Pacífico por teatro de las operaciones marítimas. La metrópoli, después de realizada la gran expedición de Morillo sobre Costa Firme, comprendió el error de no haberla dirigido al Río de la Plata en 1815, como se pensó en un principio. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Los portugueses habíanse apoderado de la plaza fuerte de Montevideo, punto de apoyo indispensable de toda expedición para contar con probabilidades de éxito, y sus ocupantes, de acuerdo secretamente con el gobierno argentino, estaban comprometidos á no permitir á los españoles poner el pie en su territorio. Empero, no renunciaban éstos al propósito primitivo, y mientras tanto, se empeñaban en reforzar al Perú con buques de guerra y tropas de línea, á fin de reconquistar á Chile, en circunstancias en que la noticia de la derrota de Maipu, no había llegado aún á la Península.

El 21 de mayo, — antes de cumplirse un mes de la batalla de Maipu, — una expedición española de once trasportes, — dos de ellos armados en guerra, — y convoyados por la fragata « María Isabel » de 50 cañones, zarpaba del puerto de Cádiz con destino al Pacífico, conduciendo dos batallones del regimiento Cantabria con 1,600 hombres, un regimiento de caballería de 300 plazas y 180 artilleros y zapadores, en todo 2,080 hombres y un cargamento de 8,000 fusiles. Mandaba la expedición marítima el capitán Dionisio Capaz, y la tropa, el teniente coronel Fausto del Hoyo. Su primer contratiempo fué tener que dejar uno de los trasportes en Tenerife, por su mal estado, y repartir la gente en los demás buques. Al salir de las Canarias, el convoy se fraccionó á los 5 grados latitud norte, á causa de los vientos. Para mayor desgracia suya, el 25 de julio llegó á Buenos Aires con 56 días de navegación, el bergantín inglés « Lady Warren », conductor de avisos oportunos de los agentes secretos del gobierno argentino en Cádiz, cuyo capitán dió noticia haber dejado la expedición

en los días 21 al 25 de junio á los dos grados de latitud norte, comprobando su informe con la exhibición de su diario de viaje. En consecuencia, el gobierno argentino dispuso la salida de los bergantines el « Lucy » y el « Intrépido » armados con diez y ocho cañones cada uno en el puerto de Buenos Aires, el primero con la bandera chilena y el segundo con la argentina, con órdenes ambos de correr las costas del sud, doblar el cabo de Hornos é incorporarse á la escuadra chilena. Simultáneamente, se previno á San Martín por la vía terrestre, que « invitase al gobierno de Chile á echar á la mar toda su escuadra, á fin de salir al encuentro de la expedición » (11).

Un mes después (el 26 de agosto de 1818), arribaba al puerto de la Ensenada de Barragán una fragata con 180 hombres de tropa y 500 fusiles. Era la « Trinidad », uno de los trasportes de la expedición española. Habíase separado del convoy á los cinco grados norte, y á esta altura se sublevó la tropa que conducía encabezada por dos sargentos y un cabo, que desde Cádiz venían complotados al efecto. Á pesar de la resistencia que hicieron los oficiales apoyados por una parte de la tripulación y tropa, que amenazaron dar fuego á la santa-bárbara, los sublevados se hicieron dueños del buque, fusilaron á los oficiales y dieron orden al capitán de poner la proa á Buenos Aires. Por este medio, el gobierno argentino tomó conocimiento del plan de señales y punto de reunión del convoy, que se apresuró á trasmitir á Chile. La expedición española estaba perdida, y para establecer definitivamente el predominio de la marina independiente en el Pacífico, llegaba al mismo tiempo á Buenos Aires la fragata « Horacio » de 36 cañones, comprada en los Estados Unidos

(11) Docs. del Arch. general, cit. en la « Hist. de Belgrano » (4.ª edic.) t. III, p. 367, M. S. S. — Véase Torrente, t. II, p. 435 y sig.

por Aguirre en cumplimiento de su comisión, debiendo seguirla en breve otra de igual porte con el nombre de « Curacio » (12).

V

El 19 de octubre á las 9 de la mañana zarpaban del puerto de Valparaíso: el navío « San Martín », con 60 cañones, capitán Wilkinson, en el cual el vice-almirante había enarbolado su insignia; la fragata « Lautaro », con 46 cañones, capitán Wooster; corbeta « Chacabuco », con 20 cañones, capitán Díaz; bergantín « Araucano », con 16 cañones, teniente Morris. La escuadra chilena así organizada, contaba 142 cañones y estaba tripulada por 1,100 hombres, chilenos en gran parte, y el resto marineros extranjeros reclutados en Valparaíso. Los oficiales eran en casi su totalidad ingleses ó norte americanos. Un viento fresco sud-oeste henchía sus velas, y el castillo de la ciudad y la población agrupada en la playa contestaba sus saludos con sus cañones y sus aclamaciones. El director O'Higgins, que se había trasladado á Valparaíso para activar la salida de la expedición, tomaba en aquel momento el camino de Santiago, y al subir las montañas que dominan la ciudad y distinguir á la distancia los cuatro buques con bandera chilena que se hacían á la mar, exclamó:

---

(12) Estos detalles, desconocidos antes que los publicásemos en nuestra « Hist. de Belgrano », son tomados de los documentos reservados allí citados, y se comprueban con la correspondencia de Pueyrredón con San Martín (Arch. San Martín, vol. XL), con la de O'Higgins con el mismo (Archivo idem vol, XLI), y otras que figuran en extracto en el vol. II, del referido archivo, M. S. S. originales. — Véase: « Comp. hist. » por B. Mitre, parte 2.ª, pág. 304 y sig.

« Cuatro buques dieron á la España el continente americano:
» esos cuatro buques se lo quitarán ».

Al perder de vista la tierra, Blanco Encalada abrió el pliego reservado de instrucciones que se le había entregado, y encontró que se le prevenía ir á estacionarse en la isla de Mocha por donde necesariamente debía pasar el convoy español, según las noticias trasmitidas desde Buenos Aires. La escuadra tomó rumbo al sud. Los marinos chilenos que en casi su totalidad pisaban por primera vez la tabla de un buque, se adiestraban durante la travesía en las maniobras y el ejercicio de cañón. Miller, que formaba parte de la expedición, dice de ellos: « Los soldados de marina y los marineros cholos,
» descubrieron las calidades que constituyen un buen soldado
» ó marinero, pues eran subordinados, y pronto probaron
» que eran valientes. Manifestaban deseos de que se les
» instruyese y aprendían con prontitud. Sólo faltaba que
» sus oficiales cumpliesen bien con sus deberes para ser
» capaces de todo ». Un viento recio que sopló por el espacio de dos días, separó á la « Chacabuco ». El 26 de octubre descubrióse la isla de Santa María señalada como uno de los puntos de reunión del convoy. Desde allí fué despachado el « Araucano », para reconocer la bahía de Talcahuano, que demora 62 kilómetros al norte.

La escuadra navegaba con bandera española. Un bote de la costa, engañado por esta circunstancia, dirigióse á ella y puso en manos del almirante las instrucciones que el jefe del convoy dejara allí para los trasportes que se fueran reuniendo. Por este conducto se confirmaron las noticias que se tenían por un buque ballenero. La « María Isabel » había tocado en la isla cinco días antes, acompañada de los trasportes « Atocha ». « San Fernando », « Especulación » y « Escorpión » y seguido inmediatamente para Talcahuano. El resto del convoy quedó rezagado al doblar el Cabo de Hornos, con sus tripulaciones enfermas y faltas de provisiones. Blanco Encala-

da, decidióse á ir en busca de la « María Isabel », contando tener suficiente tiempo para apoderarse en seguida del resto del convoy. En consecuencia enderezó la proa á Talcahuano, diciendo: « Es necesario que la marina chilena señale con gloria la época de su nacimiento ». El 27 por la noche, llegó á la boca del puerto, con el « San Martín » y la « Lautaro » y allí supo que sólo la « María Isabel » se encontraba dentro de la bahía. Los otros trasportes habían seguido al Callao, después de desembarcar unos 800 hombres. El 28 por la mañana, sopló una fresca brisa del norte, y los dos buques patriotas penetraron á la gran bahía, una de las más espaciosas del litoral de Chile. Con más de once kilómetros en su mayor extensión y ocho kilómetros de ancho, encierra dentro de su perímetro cuatro puertos y tres caletas. Uno de los puertos, como en otro capítulo se indica, responde á lo que propiamente se llama Talcahuano, situado sobre la península que cierra la bahía por la parte del sud. La isla Quiriquina, alta y boscosa, de cinco y medio kilómetros de largo y medio de ancho, cierra la entrada dejando á derecha é izquierda de sus extremidades dos bocas practicables para penetrar á su interior. La entrada del norte mide cinco kilómetros y se denomina la Boca Grande: la llamada Boca Chica al sud, mide dos kilómetros.

Al doblar la punta sud de la Quiriquina, los independientes pudieron ver en el puerto á la fragata española anclada, bajo la protección de las baterías de tierra guarnecidas por una fuerza respetable. La « María Isabel », inmediatamente de divisar los dos buques patriotas, afianzó su bandera con un cañonazo sin bala, como pidiendo la suya á los chilenos. El « San Martín » contestó con otro cañonazo sin bala al izar la bandera inglesa, y siguió navegando con el propósito de abordarla. Reunidos los dos buques, dirigiéronse sobre la « María Isabel », y á tiro de fusil izaron la bandera chilena, cuya ascensión saludaron con entusiasmo los tripulantes.

La fragata española que había permanecido por algún tiempo indecisa, bien que apercibida al combate, disparó un cañonazo á bala que fué inmediatamente seguido por una andanada de todo su costado de babor. El « San Martín », contestó el fuego con todos sus cañones de estribor y echó el ancla á tiro de pistola del enemigo. La fragata española, desesperando desde ese momento del éxito del combate picó sus amarras y fué á encallar en tierra. Una parte de la tripulación se salvó en las embarcaciones menores, y el resto permaneció haciendo fuego desde el alcázar de popa para impedir el abordaje. Los buques independientes, concentraron sobre ella todos sus fuegos de artillería, contrarrestando á la vez las baterías de tierra, hasta obligarla á arriar su bandera. Pocos momentos después era abordada por dos lanchas tripuladas con 50 marineros al mando de los tenientes Guillermo Santiago Compton y Nataniel Bélez, tomando 70 prisioneros del regimiento de Cantabria con cinco oficiales, que no tuvieron tiempo de echarse al agua como lo hicieron otros.

Las tropas realistas parapetadas por las tapias de la población de Talcahuano, continuaron hostilizando la fragata capturada. Para desalojarlas y asegurar su presa, el vice-almirante dispuso el desembarque de dos compañías de soldados de marina, que se posesionaran de una garganta inmediata, con el objeto de interceptar los refuerzos que de Concepción podían venir á la península. El coronel Sánchez, reforzado con las tropas que acababan de desembarcar, avanzó á la cabeza de 1,600 hombres, obligando á la infantería patriota á reembarcarse con algunas pérdidas. Todos volvieron á ocupar las posiciones que precedieron al combate. Pero fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para poner á flote la « María Isabel ». El viento y la marea favorables para la entrada, eran desfavorables para la operación. Prosiguiéronse empero, los trabajos bajo la protección del « San Martín » y la « Lautaro », sufrien-

do siempre el fuego de las fuerzas que guarnecían la costa. Llegó la noche sin que por una ni otra parte hubiera podido adelantarse nada. El combate cesó por el momento, sobreviniendo una copiosa lluvia; pero independientes y realistas empezaron á tomar nuevas disposiciones para continuarlo al día siguiente.

Los realistas tenían en Talcahuano, además del castillo de San Agustín que defendía la entrada, cuatro piezas de artillería traídas de Concepción. Con ellas establecieron dos baterías de costa, cruzando sus fuegos al frente de la fragata encallada, á medio tiro de fusil. El vice-almirante Blanco Encalada por su parte, echó un anclote por la popa de la « Lautaro » y lo fijó en tierra, colocándose en actitud de apagar los fuegos del castillo y de las baterías improvisadas. Durante toda la noche, continuóse en el empeño de poner á flote la fragata, permaneciendo todos sobre las armas. Amaneció el día 29. Independientes y realistas ocupaban sus respectivos puestos apercibidos al combate. Rompióse el fuego por una y otra parte, casi á tiro de pistola. Muy luego reconoció el almirante chileno la superioridad de su artillería y renovó con más vigor su ataque, consiguiendo apagar los fuegos de algunas baterías de tierra. En lo más recio del fuego levantóse una brisa del sud, que barrió repentinamente las nubes de humo que oscurecían la bahía. El viento de la fortuna que había henchido las velas chilenas favoreciendo su entrada, sopló en sentido contrario favoreciendo su salida.

Eran las once de la mañana, y el éxito del combate, que dependía de un casco inerte, permanecía aún indeciso. Por algún tiempo creyóse que sería indispensable abandonar la presa, incendiándola. La brisa del sud que continuaba soplando, fué transformándose poco á poco en fresca ventolina. Apercibido de ello Wilkinson, mandó soltar las armas de combate. Toda la tripulación como movida por un resorte.

acudió al timón, trepó á las vergas, cazó las velas, se asió al cabrestante, y concentrando todos sus esfuerzos sobre un calabrote que á prevención se había colocado á popa de la fragata, ésta se puso gallardamente á flote y tomó arrancada. La operación se hizo con tal rapidez, que los realistas sorprendidos no acertaron ya á continuar el combate. Mientras tanto, los marinos chilenos celebraban su triunfo con un entusiasta *¡Viva la patria!* que los marinos ingleses acompañaban con estruendosos *¡Hurras!* La escuadra chilena celebró su primer triunfo con una salva de 21 cañonazos, y abandonó la bahía de Talcahuano, reforzada con una fragata más, que en honor del que la había fundado prediciéndole la victoria, tomó el nombre de la « O'Higgins ».

VI

Los cuatro buques de la esuadra chilena reuniéronse en la isla de Santa María, donde se incorporaron á ellos el bergantín argentino « El Intrépido » (conocido también con el nombre de « Maipu ») comandante Tomás Carter (13), y el

---

(13) Á solicitud del gobierno de Chile la marinería argentina de el « Intrépido » ó « Maipu », pasó á tripular la fragata « María Isabel » de acuerdo con San Martín, nombrándose á Carter comandante de la fragata chilena la « Lautaro », según consta de oficio de Guido de 19 de noviembre de 1818. El gobierno argentino aprobó la medida con fecha 12 de enero de 1819, pero previno á Guido: « Siendo muy propio y de » no menos interés ante la gloria y honor de estas Provincias, que en » la escuadra de Chile haya siquiera un buque que participe de sus » triunfos en la alta empresa á que está destinada, empeñe todo su » celo á efecto de que el « Intrépido » logre el objeto que se propone. » (Docs. del Arch. general. M. S. S originales.) Antes de la llegada del « Intrépido », el gobierno argentino había remitido á Chile como auxilio de guerra, dos morteros, 3 obuses y 4 cañones con sus correspondientes dotaciones de municiones. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.

« Galvarino », capitán Martín Jorge Guise y Juan Spry, experimentados marinos de la armada británica. La escuadra constaba á la sazón de nueve buques de fuerza, incluso la « María Isabel », con 234 cañones.

Sucesivamente fueron cayendo en poder de los independientes los demás trasportes de la expedición hasta el número de cinco, tomando á su bordo como 700 prisioneros. Así terminó esta expedición en la que España agotó sus últimas fuerzas para reconquistar sus colonias insurreccionadas, y que por mucho tiempo tuvo en alarma á toda la América del Sud. De los once trasportes, uno quedó abandonado en Canarias, según se dijo antes; otro se entregó en Buenos Aires; cinco fueron apresados, incluso la fragata que los convoyaba, y los cuatro restantes escaparon con 800 hombres, habiendo sucumbido durante la travesía como una cuarta parte de la tripulación devorada por el escorbuto (14). Fué un golpe de muerte para la metrópoli. Desde ese día las naves españolas perdieron para siempre el dominio del Pacífico, y el camino de la expedición al Perú, calculado cuatro años antes por San Martín, quedó franqueado por la marina chilena cuya influencia en los destinos de la revolución americana había adivinado el genio observador y paciente del grande hombre de guerra.

Á los 38 días de haber zarpado de Valparaíso las cuatro naves que iban á conquistar el dominio del Pacífico, trece velas republicanas formaban en línea bajo los fuegos del castillo que las saludaba, en medio de las aclamaciones de un pueblo que tributaba al vice-almirante Blanco Encalada y á sus com-

---

(14) Los trasportes entregados ó apresados fueron la « Trinidad » en Buenos Aires, y la « Dolores », la « Magdalena », la « Helena », la « Jerezana » y la « Carlota » en la isla de Santa María, á más de la « María Isabel », en Talcahuano. Los transportes que se salvaron fueron : el « Atocha », el « Escorpión », el « San Fernando » y la « Especulación ».

pañeros las ovaciones del triunfador. El gobierno, en premio de esta gloriosa campaña naval, decretó un parche de honor color verde mar, con un tridente en su centro orlado de palma y laurel, y en su contorno esta leyenda : « Su primer ensayo dió á Chile el dominio del Pacífico » (15).

Para coronar esta victoria, pocos días después (28 de noviembre de 1818), fondeaba en Valparaíso un buque que traía á su bordo uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinado á acrecentar su fabulosa fama en el nuevo mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado á extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del parlamento inglés, formaba en las filas de la oposición radical. Complicado en operaciones bursátiles de carácter dudoso, fué enjuiciado y condenado á ser expuesto en la picota y expulso de la cámara de los comunes á que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscrición la multa que se le impuso, y el condado que presentaba lo reeligiese, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidióse á ofrecer sus servicios á la causa de la independencia sud-americana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Alvarez Condarco y Alvarez Jonte, agentes de Chile y de San Mar-

---

(15) Para confeccionar esta página histórica, hemos tenido á la vista los partes oficiales del vice-almirante Blanco Encalada, publicados en la « Gaceta de Chile », y los informes verbales que me comunicó verbalmente el mismo en Valparaíso en 1849. La correspondencia oficial y confidencial de San Martín y de Guido con el gobierno argentino sobre el particular, que original existe en el Arch. gral. y en el Arch. San Martín, vol. LXIII. M. S. S. Como obras de referencia hemos tenido presentes : las « Memorias » de Miller, que formó parte de la expedición; la « Memoria sobre la primera escuadra chilena », por García Reyes; los nuevos datos que agrega Barros Arana en su « Hist. de la Indep. » y la « Crónica de la marina militar de la república de Chile », por Sayago.

tín en Londres (16). Al ausentarse de la patria, hizo una ruidosa manifestación de sus principios radicales en política, en medio de grandes aplausos populares. Con motivo de un banquete de protesta y despedida que le fué ofrecido, levantó su copa rebosando de amargura, y dijo á sus conciudadanos : « El parlamento debe ser reformado por el pueblo : él no se » reformará jamás dentro de sí mismo. En las grandes pobla- » ciones como Londres, se cambiarán algunos nombres, » pero su carácter será siempre el mismo. La única esperanza » que le queda á la patria es que la extravagancia y opresi- » vas medidas del gobierno llevarán á tal punto la miseria y » la degradación, que ya el pueblo no podrá sufrir más. Re- » uníos y comunicaos vuestros sentimientos, y no presentéis » peticiones. Dicen que estoy arruinado : no estoy arrüinado » en el ánimo, pues resisto á la opresión. Voy á ausentarme » de la patria, pero no siento dejar á los que edifican igle- » sias con el dinero que quitan á otros : no siento dejar á los » propagandistas religiosos, porque sé que son unos bribo- » nes : no siento dejar á los inventores de nuevos impues- » tos, porque son una plaga del país que sólo sirve para ser » destruída como los insectos dañinos : no á los espías del » gobierno, ni á los que cortan los pescuezos de los ingleses » para justificar las providencias opresoras. Lo que siento es » dejar á la patria en que yacen las cenizas de mis abuelos, » que pelearon por la libertad del pueblo inglés, y dejarla » oprimida y robada por hombres sin misericordia y sin pru- » dencia. Aunque me aparto de la patria, no me aparto de la » libertad. Si llegaseis á necesitar de mis servicios y conde- » naseis á los opresores de la patria al mismo destino que su- » fre un tirano ilustre (Napoleón), volveré al momento y los

(16) Correspondencia de Álvarez Condarco y Álvarez Jonte con San Martín en enero de 1818. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S. S.)

» conduciré á Santa Helena » (17). Esta resolución generosa y esta arenga amarga, da idea del temple de alma, del carácter y del temperamento de este nuevo personaje que entra en escena, apasionado y extremado en todo, así en el heroísmo como en el odio y el amor, y cuyo retrato completaremos cuando le veamos entrar en acción.

El vice-almirante chileno, sin infatuarse por su reciente triunfo, se inclinó modestamente ante el héroe británico, y reconociéndolo más capaz que él para llevar á cabo la empresa por él iniciada, renunció el mando de la escuadra: « El respeto » que me inspira la incontestable superioridad de este ilustre » marino, me hace cederle gustoso mi puesto, y proseguir » bajo sus órdenes la obra comenzada. » Cochrane fué nombrado jefe de la escuadra chilena con el grado de vice-almirante, y al reconocer la nobleza del proceder de Blanco Encalada, consignó más tarde en sus Memorias este recuerdo : « El almirante Blanco me cedió con generosidad patriótica su » puesto, aun cuando la heroica acción que acababa de ejecu- » tar le diese derecho para conservarlo; siendo además tan » franco, que en persona anunció á la tripulación de los bu- » ques el cambio que se había efectuado. » Blanco Encalada era casado con una de las más hermosas mujeres de Chile, y la esposa de Cochrane que le acompañaba, era un tipo simpático de la belleza británica, que fué otra de las grandes pasiones del héroe. Las dos jóvenes esposas fueron en aquella época las estrellas de la sociedad chilena, mientras los dos almirantes sostenían con honor en los mares la estrella de la república naciente, que brillaba con su pabellón al tope de los mástiles de la escuadra dominadora del Pacífico.

(17) El discurso íntegro de Cochrane, publicóse en el « Times » de 5 de junio de 1818 y en el « Censor » de Buenos Aires, núm. 157.

CAPÍTULO XXI

EL REPASO DE LOS ANDES

AÑO 1818-1819

Soluciones y complicaciones en 1818 y 1819. — Campaña final del sud de Chile. — Los realistas evacuan Concepción y Chillán. — Combate del Bío-Bío. — Los realistas se encierran en Valdivia. — La conjuración de Carrera llamada de los franceses. — Proceso y ejecución de los conspiradores. — Síntomas de reacción chilena con relación á la política americana de San Martín. — San Martín y O'Higgins prometen la libertad del Perú. — Pacto de alianza argentino-chilena para libertar al Perú. — La reacción chilena se acentúa. — Actitud que asume San Martín. — Invención del repaso de los Andes. — Carácter dramático de este episodio. — Narración documentada de la idea del repaso de los Andes. — Correspondencia secreta de San Martín con el gobierno argentino y el de Chile. — Concentración del ejército de los Andes en Curimón. — San Martín repasa los Andes. — Repaso de parte del ejército de los Andes. — Los hilos ocultos de una trama histórica. — Coincidencias y peripecias. — Intervención de la Logia de Lautaro en el repaso de los Andes. — La doble retirada de los ejércitos del Norte y de los Andes. — Belgrano y San Martín en esta emergencia. — Órdenes y contra órdenes para el repaso de los Andes. — Conflictos del gobierno de Chile. — Notable carta de Guido. — La lógica del acaso. — El repaso de los Andes y la guerra civil. — Correspondencia de San Martín con los caudillos de la guerra civil. — Mediación de Chile en la guerra civil argentina. — Posición falsa de San Martín en la mediación chilena. — Nuevas complicaciones del repaso. — Notables cartas de Pueyrredón á San Martín. — Retiro de Pueyrredón del gobierno y juicio acerca de su administración. — La conjuración de los prisioneros españoles en San Luis. — El capitán Carretero. — Matanza de los prisioneros. — Las maniobras secretas de San Martín durante el repaso. — Chile se decide á llevar la guerra al Perú. — La Logia de Lautaro invita á San Martín á trasponer otra vez los Andes. — Acuerdos para realizar la expedición al Perú. — Nuevo prospecto.

I

Los años de 1818 y 1819, fueron años de soluciones para Chile y para la América, de complicaciones internas para la

República Argentina y de crisis para la propaganda de la revolución por medio de las armas redentoras. La independencia de Chile, reconquistada en Chacabuco, asegurada en Maipu y garantida por el dominio del mar Pacífico, consolidóse definitivamente con la feliz terminación de su guerra del sud, cuya prolongación era como un hierro de un dardo roto clavado en el pie del vencedor, que le impedía moverse. Al mismo tiempo que así se dilataba la insurrección austral de la América en la tierra y en los mares, la del norte atravesaba á su vez los Andes ecuatoriales y se extendía hasta Nueva Granada, estrechando el círculo de resistencia de los realistas. Simultánea ó sucesivamente con estos faustos sucesos, que se desenvolvían obedeciendo á la fuerza inicial de la revolución argentina y á la idea guerrera de un grande hombre, el horizonte del Río de la Plata se nublaba y la guerra civil recrudecía en su litoral; oscuras conjuraciones de los emigrados chilenos en Buenos Aires y Montevideo, que hacían entrever planes de asesinato contra los primeros hombres de la situación, se descubrían, y un sordo rumor de desconfianza hacíase sentir al occidente de los Andes; la política chilena reaccionaba contra la política americana de San Martín, tendiendo al quietismo, y San Martín luchaba á uno y otro lado de los Andes con obstáculos al parecer insuperables para el desenvolvimiento de sus planes, que había creído próximos á realizarse. Esta situación tan próspera como confusa, complicóse con el anuncio de una poderosa expedición española de 20,000 hombres, que hizo oscilar por un momento la balanza del destino, antes que el peligro se disipase por sí mismo. En medio de estas varias emergencias, el grande hombre de guerra que domina el movimiento colectivo de la época por la fijeza de sus ideas y la penetrante claridad de su golpe de vista, se presentará bajo una faz nueva y original, y envuelto en una tempestad política, organizará su última empresa libertadora, precursora del triunfo final.

El sud de Chile, fué siempre el talón vulnerable de la insurrección chilena, así por la predisposición de sus habitantes en favor de los realistas, como por el apoyo que le prestaban las plazas de Valdivia y Chiloe con sus comunicaciones marítimas libres, por donde podían recibir todo género de auxilios para volver á invadir el país. Chillán y Talcahuano, fueron los baluartes de los realistas, y Concepción el centro de la reacción. El doble error de no emprender con vigor la campaña final del sud, después de Chacabuco y Maipu, tuvo por consecuencia la reacción de Ordóñez, el rechazo de Talcabuano, la invasión de Osorio, la derrota de Cancharrayada y el punto de apoyo encontrado por la última expedición española, que reforzara con 800 peninsulares el ejército de Sánchez, compuesto de tropas criollas que mantenía alzada la bandera del rey en el sud del Ñuble. Aunque esta guerra crónica no fuese una amenaza seria para la existencia de Chile, bastaba que una parte importante del territorio poblado estuviese ocupado por el enemigo para hacer imposible ó por lo menos peligrosa toda expedición lejana. San Martín lo comprendía así, según se ha visto, y su primer conato al reasumir la dirección de la guerra, fué activar la campaña del sud, á fin de pacificar la república y quedar en aptitud de realizar la expedición al Perú. Al efecto, el coronel Zapiola, á quien dejamos antes con su reserva en Talca y en el Parral sobre el río Perquilauquén (cap. XVII, § VII), fué reforzado con el batallón núm. 3 de Chile (setiembre 1818) con orden de abrir operaciones. Zapiola atravesó el Ñuble y avanzó hasta Chillán; pero considerándose sin las fuerzas y elementos suficientes para abrir una campaña formal, recibió instrucciones para reconcentrarse en el Parral (1). Decidióse entonces la

(1) Ofi. de Zapiola de 13 de noviembre de 1818, elevado por San Martín en 1.° de enero de 1819, que originales existen en el Arch. general, y pub. en la «Gac. de Chile» núm. 73.— Ofi. de Balcarce de 20 de

formación de un ejército de operaciones del sud, compuesto de tropas argentinas y chilenas, bajo las inmediatas órdenes del general Balcarce (noviembre de 1818).

El ejército del sud se compuso de los granaderos á caballo, los cazadores de infantería de los Andes, los batallones núm. 1.° y 3.° de Coquimbo y los montados de Chile, con 8 piezas de artillería de montaña, que sumaban 3,400 hombres. Freyre, nombrado intendente de la provincia de Concepción y jefe de la vanguardia en reemplazo de Zapiola, se encontró en la misma situación de éste y conservó la misma actitud en el Parral. Al frente de 1,600 hombres, exagerose la fuerza enemiga que computaba en 2,000 hombres, y pidió ser reforzado con dos batallones para emprender operaciones, dando por razón que el plan de Sánchez era dejarlos avanzar de Chillán adelante, resistir por el frente en puntos fortificados de antemano, y desprender á Lantaño por la retaguardia de los independientes para sublevar la provincia con montoneras y aislarlos de los recursos de la capital (2). Mientras llegaban los elementos necesarios para abrir la campaña, San Martín se dirigió á Sánchez por intermedio de Freyre, haciéndole proposiciones pacíficas en términos honrosos: « Nada » honra más á un general que conservar su serenidad en » los peligros y arrostrarlos cuando hay probabilidad de vencer; pero nada eclipsa su nombre como el derramar inútilmente la sangre de sus semejantes. Sea cual fuese el » sistema de guerra que V. S. se proponga en esa provincia, » yo voy á caer sobre ella y á terminar la guerra. No es mi

---

noviembre de 1818 sobre suspensión de operaciones de Zapiola, mientras se formaba el ejército del sud. (Doc. del Arch. general. M. S.)

(2) Ofi. de Freyre á San Martín, de 20 y 26 de noviembre de 1818, y estado de fuerza de la fecha firmado por el mismo, en que manifiesta tener en el Parral 1,603 individuos de tropa disponible, con 42 oficiales y cuatro piezas de artillería. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII *bis*. M. S.)

» ánimo comprometerle por la fuerza de los ejércitos á un » partido indecoroso, sino evitar las calamidades que debas- » tan á Chile. Fije V. S. las proposiciones que le sean hon- » rosas ». El jefe español contestóle tercamente que : « en adelante no admitiría parlamentarios en sus avanzadas, por considerarlos exploradores ilegales de la guerra; y que si de buena fe deseaba entablar una transacción recíprocamente ventajosa, se dirigiese al virrey del Perú de quien dependía, estando él resuelto á defender hasta el último trance las armas del rey en la fidelísima provincia de Concepción » (3).

En los últimos días de diciembre púsose al fin en movimiento Freyre, reforzado con los dos batallones pedidos. El 24 atravesó el Ñuble el coronel Manuel Escalada al frente de sus granaderos á caballo, y llegó á Chillán en circunstancias en que el enemigo evacuaba la plaza, alcanzando una partida al mando del capitán Cajaraville á picar su retaguardia, matándole 30 hombres, tomándole 20 prisioneros y cantidad de armas y municiones. Freyre se mantuvo estacionado en Chillán hasta los primeros días de enero de 1819, en que llegó Balcarce con la reserva, y se abrió la campaña. Balcarce, con el grueso de las fuerzas marchó á ocupar la línea de fuertes del Bío-Bío, mientras Freyre dirigióse con una pequeña división por los caminos de la costa á posesionarse de Concepción. Pero era ya tarde para alcanzar todos los resultados que una campaña rápida y mejor combinada habría dado, aun cuando se consiguiese el objeto inmediato de conquistar la provincia de Concepción, obligando á los realistas á refugiarse en los confines desiertos de la frontera de Arauco. El testarudo Sánchez, al frente de sus 1,600 hombres, acobardados por los últimos reveses, aunque engrosados por los restos de la expe-

(3) Ofi. de San Martín á Sánchez, de 18 de noviembre, y carta contestación de Sánchez de 3 de diciembre 1818 de los Ángeles. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVIII *bis*.)

dición de la « María Isabel », que habían introducido en su ejército un elemento de perturbación, que enervaba su mando, no se consideraba seguro en las posiciones que ocupaba, y previendo que sería atacado por fuerzas superiores, evacuó el 14 de noviembre á Concepción y Talcahuano y replegóse á los Ángeles entre el río Laja y nacientes del Bío-Bío. Ejecutábase este difícil y peligroso movimiento de flanco, á tiempo que Freyre avanzaba sobre Chillán, así es que, cuando Balcarce se dirigió hacia el Este para cerrar el paso á Sánchez, éste ya estaba en salvo con su retirada franca hacia el sud, de manera que, el plan con que se abrió la campaña se limitó á una marcha de frente con retardo, sin más perspectiva que alcanzar por acaso la retaguardia enemiga, como sucedió.

Á mediados de enero de 1819, movióse Balcarce de Chillán y avanzó hasta las márgenes del río Laja, que vadeó sin dificultad, obligando á la división de Lantaño que defendía su paso á replegarse á los Ángeles, donde le tomó algunos prisioneros. Sánchez, que con 800 hombres, resto de su ejército, ocupaba este punto, retiróse precipitadamente á las orillas del Bío-Bío. La operación principal estaba frustrada. El general patriota, con la esperanza de darle alcance, desprendió el regimiento de granaderos con Escalada á fin de que lo persiguiera en su retirada, y lo entretuviese mientras el resto del ejército le seguía de cerca (18 de enero). Escalada avanzó cinco kilómetros hacia el Bío-Bío sin ver un solo enemigo, pero una avanzada de 60 granaderos al mando del teniente coronel Benjamín Viel (oficial francés del ejército de Napoleón), encontró á su margen norte un escuadrón de 80 hombres, al que destrozó completamente, dando noticia que los realistas atravesaban el río, operación que Escalada no podía impedir con sus escuadrones, por lo que permaneció en inacción á la espera de la infantería. El 19 á mediodía, se le reunió el coronel Alvarado con el batallón de cazadores de los Andes,

quien tomó el mando de la división, y resolvió atacar inmediatamente. Al efecto, dispuso que la caballería marchase por el camino de su derecha que el era más descubierto, mientras él seguía por la izquierda al través de un espeso bosque con la infantería y una pieza de artillería, con el intento de dominar el paso. Pero ya Sánchez estaba con el grueso de su fuerza al sud del Bío-Bío, donde estableció una batería de tres cañones sostenida por una línea de infantería para proteger el pasaje de su retaguardia. Á la llegada de Alvarado, sólo algunas partidas rezagadas de infantería y un escuadrón de caballería quedaban en la orilla norte, que fueron rendidas á discreción, sableadas por los granaderos : el resto cruzaba el río á nado ó en lanchas y balsas, que fueron cañoneadas con acierto por el teniente Felix Olavarría con su única pieza, que echó á pique algunas de ellas, tomándose como 70 prisioneros y cinco cañones. El combate de artillería trabóse de orilla á orilla. El capitán Eustaquio Brueys, hijo del célebre almirante francés del mismo nombre, se lanzó al agua á caballo al frente de su compañía, pero al llegar á una isleta intermedia en que se habían refugiado algunos fugitivos fué mortalmente herido por una bala de cañón, como su padre en Aboukir, y sus soldados se retiraron salvándole moribundo.

Á fines de enero, el ejército expedicionario atravesó el Bío-Bío en balsas preparadas de antemano, que descendiendo la corriente del río Huaqui reuniéronse en el punto del combate, y se posesionó de la fortaleza de Nacimiento, donde se tomaron algunos dispersos y siete cañones. Sánchez, con su ejército en esqueleto, cruzó la Araucania y se encerró definitivamente en la plaza de Valdivia. Balcarce dió por terminada la campaña, y retiróse á Santiago con las tropas argentinas y con la muerte latente en el corazón : el que alcanzó el primer laurel de la revolución argentina y el último de las campañas libertadoras de Chile, tenía sus días contados. Así terminó la

que se ha llamado la campaña final del sud de Chile, que mejor conducida pudo dar mejores resultados. No fué, empero, la última, pues la lucha á muerte de partidarios, indios y bandoleros se prolongaría por tres años más en aquel teatro de continuo guerrear desde la época de la conquista. Pero para los efectos de la independencia de Chile y de la América, la campaña estaba terminada, pues cuadraba el territorio que la república ocuparía por medio siglo más, y permitía disponer de los recursos del país pacificado para realizar la expedición libertadora del Perú, y esto es lo que buscaba San Martín. Lo que quedaba por hacer era una guerra de mera policía (4).

II

Hallábase San Martín de regreso en Chile, cuando recibió una carta de Pueyrredón, sobre una conjuración contra su vida: « De oficio le impongo del afortunado descubrimiento que » acabo de hacer de los asesinos mandados por don José » Miguel Carrera. Tres que iban destinados á concluir con V. » y con O'Higgins salieron de aquí hace nueve días, y tras » los que salió en toda diligencia una partida con la orden » de seguirlos hasta el mismo Mendoza, y de traérmelos vivos » ó muertos ». Al correo siguiente escribía otra : « Dije en mi » última había descubierto una nueva conspiración de José » Miguel Carrera contra la vida de V. y O'Higgins. La parti-

(4) Para relatar la campaña final del sud de Chile hemos consultado en los originales los partes oficiales de Balcarce, Alvarado y Freyre, algunos de ellos publicados : correspondencia oficial y confidencial de Balcarce con San Martín : correspondencia oficial de Freyre con San Martín : « Memoria » de Alvarado, y otros docum. inéditos en el Arch. general. (Arch. San Martín, vols. II, XXXVIII, XXXIX y XLVI. M. S.S. orig.).

» da que fué en seguimiento de los que iban en camino para » Chile, ha regresado trayéndolos. Se continúa la causa » (5). ¿Qué sucedía? Era una nueva complicación del destino fatal de Carrera en pugna con el de San Martín, como si estos dos nombres estuviesen predestinados á pasar á la historia vinculados á conjuraciones tenebrosas, destierros, cárceles, asesinatos y cadalsos!

Refugiado José Miguel Carrera en Montevideo, después de fugar de su prisión, según se dijo antes (cap. XV, § III), ocupábase en conspirar contra el orden de cosas establecido en el Plata, sin renunciar á la ambición de reconquistar el poder en Chile, manteniendo una activa correspondencia con sus partidarios. Reunido con Alvear que perseguía análogos propósitos, buscaron un acuerdo con los caudillos anárquicos de la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, sublevados contra Buenos Aires, y daban pávulo á la guerra civil con las publicaciones que hacían por medio de la imprenta traída de los Estados Unidos, establecida allí al amparo de la bandera portuguesa. La batalla de Maipu hubo de desarmarlo, haciéndole perder toda esperanza; pero la ejecución de sus hermanos en Mendoza, encendió de nuevo en su pecho las iras de la venganza, y fulminó públicamente con su firma la sentencia de muerte de los que consideraba sus asesinos : « ¿En dónde » están nuestros hermanos, nuestros compatriotas Juan José » y Luis Carrera? ¡Ya no existen! Perecieron con la muerte » de los traidores y de los malvados, víctimas de la tiranía » más detestable! Pueyrredón, San Martín y O'Higgins : ved » aquí sus bárbaros asesinos. Están decretados los destinos » de Chile : una provincia oscura de la capital del Río de la » Plata! ¿Los chilenos sucumbirán cobardes al despotismo de » tres asesinos? Que mueran los tiranos para que la patria

(5) Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 24 de noviembre y 2 de diciembre de 1818. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

» sea libre é independiente! Ya no tiene Chile otros enemigos » que eso viles opresores ». Y en un manifiesto que publicó poco después, agregaba : « El ultraje hecho en la sangre de » los Carrera á la nación entera, agitará vuestra justa indig» nación, y la familia y sus amigos que lloran hoy sobre sus » sepulcros, bendecirán un sacrificio que afirme para siem» pre la independencia de la patria sobre las cenizas de sus » bárbaros opresores » (6). Confidencialmente escribía á su hermana doña Javiera : « Voy á moverme, á vengarte y á » vengarme » (7).

Poseído de estos tumultuosos sentimientos de ambición y de venganza pasaba Carrera las sombrías horas del destierro, cuando por este mismo tiempo entabló relación con un emigrado francés, que le fué presentado por el mariscal Brayer, refugiado también allí. Llamábase Carlos Robert, oriundo de una familia distinguida de Bretaña, y se titulaba coronel, y había sido prefecto del departamento de la Nievre durante la dominación napoleónica. Era un hombre de espíritu cultivado, pero desequilibrado ; de carácter inquieto, con ideas visionarias y escaso de dinero. Rivadavia que lo conoció en Europa, recomendólo al gobierno argentino, y en Buenos Aires publicó el primer periódico en lengua francesa, que sólo duro seis números. Mal avenido con su suerte y procurando mejorar de fortuna, unióse á algunos compatriotas para trasladarse al Brasil, y en Montevideo se encontró con Carrera, con quien simpatizó ardientemente. Los compañeros de

(6) « Á los habitantes libres de los pueblos de Chile », hoja suelta en fol. firmada por J. M. Carrera. « Aviso á los pueblos de Chile », ap. antes cit. que lleva la fecha de 21 de junio de 1818.

(7) Carta de Carrera de 31 de julio de 1818, cit. por Vicuña Mackenna en « Ost. de los Carrera », p. 178. — Informe del fiscal de Chile Hipólito Villegas de 27 de noviembre de 1818 sobre la correspondencia sorprendida á Carrera, pub. en la « Gac. de Buenos Aires », núm. 102. véase « Gaceta de Buenos Aires » núm. 105.

Robert, franceses todos ellos, eran un Juan Lagresse, hombre reposado, que vino al Plata con el propósito de fundar una colonia agrícola; un ingeniero llamado Narciso Parchappe, que ha dejado su nombre vinculado á la geografía argentina; Agustín Dragumette, dueño de una goleta que traficaba en el río, y Marcos Mercher, antiguo oficial del ejército de Napoleón, á quienes se agregó un tal Young, que decía haber sido uno de los más señalados jefes de la resistencia después de Waterloo. Robert entró de lleno en los planes de Carrera, y éste, siempre dispuesto á esperarlo todo de las aventuras y creer en los aventureros, lo constituyó en su principal agente de conspiración en Buenos Aires y en Chile. Cuáles fueron esos planes, es un punto que faltan documentos para determinar; pero de los conocidos se deduce, que no podían ser otros que una revolución en Buenos Aires en combinación con los caudillos en guerra contra el gobierno argentino y un golpe de mano en Chile apoyados por sus partidarios. Aun cuando tal vez no se decidiese el asesinato de San Martín y O'Higgins, era evidente que su sacrificio no podía menos de entrar en ellos, siquiera como una probabilidad, dados los sentimientos de venganza públicamente manifestados de que estaba poseído el caudillo chileno.

Los cinco conspiradores reuniéronse en el mes de octubre en Buenos Aires. Robert hospedóse en la casa de doña Javiera, que se convirtió en foco de la conjuración. Robert, Mercher y Young, en compañía de un chileno llamado Mariano Vigil que regresaba á la patria después de catorce años de ausencia en Europa, partieron con destino á Chile en una tropa de carretas á mediados de noviembre: Lagresse quedó en Buenos Aires en calidad de agente para trasmitir la correspondencia de acuerdo con doña Javiera, la que debía mantenerse entre Montevideo, Buenos Aires y Chile con claves convenidas y por emisarios seguros. Era otro sueño de mujer, sugerido por el espíritu revoltoso de un ambicioso liviano, y

servido por visionarios, que como el de 1817 debía empujar fatalmente nuevas víctimas al cadalso.

La conjuración fué denunciada por uno que estaba en el secreto por confidencias de Robert, el que le había manifestado que el plan era asesinar á O'Higgins y San Martín. Envióse una partida en persecución de los expedicionarios á Chile, la que les dió alcance á pocas jornadas del camino: Young se resistió, y fué muerto de un pistoletazo por el oficial que la mandaba, según la orden que llevaba. Procedióse en seguida á sorprender la correspondencia, y encontráronse en poder de Dragumette seis claves y nueve cartas de doña Javiera, Robert, Lagresse y otros oficiales, dirigidas todas á Carrera. Robert escribía: « Cien hombres se apoderarían en » una noche de la fortaleza (de Buenos Aires). Si llegamos á » Chile, nuestro encargue será fácil y el resultado pronto. » No se trata sino de deshacerse de dos hombres: cuando se » está decidido la cosa no es difícil. Creo, pues, asegurar que » muy pronto será V. dueño de sus enemigos y nosotros ha» bremos probado nuestro celo y nuestra adhesión de la ma» nera menos equívoca ». Con estos elementos empezó á instruirse el proceso. Parchappe y Dragumette fueron considerados como intermediarios inofensivos: Mercher como un auxiliar impremeditado, y Vigil como un compañero casual de viaje de los dos principales conspiradores. Robert y Lagresse, fueron sometidos al juicio de una comisión militar, que con arreglo á una ley del congreso debía entender en todas las causas de conspiración.

Los dos reos, reconocieron sus cartas; pero negaron que su intento fuese perpetrar un asesinato. Lagresse observó respetuosamente, que siendo extranjero y particular, extrañaba ser enjuiciado por una comisión militar y no por un tribunal civil; que en cuanto al delito de conspiración, podría cuando más acusársele en rigor de ley de complicidad en un plan en que no tomara participación directa; y en cuanto al crimen

de asesinato, no podía cometerlo á 400 leguas de distancia, habiéndose quedado en Buenos Aires. Robert invocó los antecedentes honrosos de su carrera; que de su carta no podía deducirse prueba alguna de hecho existente ó de un comienzo de ejecución; que ante una nación que proclamaba la libertad no podía imputársele á delito el pensamiento, tratándose de opiniones políticas, que podían ser cuando más un error; que no creía que el gobierno argentino quisiera encargarse del oficio de ejecutor de las leyes de países vecinos, pues Chile no había sido declarado provincia argentina; terminando por declarar, que al encargarse gustoso de dar cuenta á Carrera del estado de Chile, era porque su situación le había inspirado la más tierna simpatía, y que si era un crimen ser amigo de un desgraciado, se confesaba culpado, y se resignaba á la sentencia en la esperanza que la generación presente y la posteridad serían los jueces de su causa, excusando generosamente á su compañero Lagresse.

El fiscal pidió contra ambos reos la pena capital. El defensor imploró la equidad del tribunal en favor de ellos, como extranjeros proscriptos y refugiados en el territorio, exponiendo, que si bien los crímenes de que estaban acusados eran graves, el proceso no arrojaba sino meros indicios, compensables con la larga prisión y la muerte de Young que resultaba inocente; y que por lo tanto, era del honor del gobierno perdonar, y pidió el indulto. El tribunal y el gobierno se mostraron inexorables, y fueron condenados á la pena de horca que se conmutó en fusilamiento, sin más prueba que la carta de Robert, pues el testimonio del denunciante no se hizo público en el juicio aunque figuró anónimo en el proceso. Antes de salir al suplicio escribieron despidiéndose de sus familias (Robert escribió á su madre), protestando que morían inocentes; pidieron comer juntos, y brindaron por la libertad universal. Murieron con entereza el día 3 de abril de 1819 en la plaza del Retiro á las 10 de la maña-

na (8). Fué otra mancha de sangre como la de los hermanos Carrera en Mendoza, pues aun probadas las acusaciones, no pasaban de meros conatos y conatos vagos de dos visionarios, que no conocían ni el país ni sus hombres.

Carrera desde Montevideo protestó tibiamente y con argumentos de casuísta contra su participación en un complot que calificó de desatinado, haciendo notar con razón, que « los miserables franceses, — como él los llama, — habían sido asesinados con barbaridad inaudita por un *tal vez*, y por unas cartas que, escritas á otro que no se llamase José Miguel Carrera, habrían sido despreciadas, extrañando cuando más á sus autores como enemigos del partido del gobierno » (9). Sean cuales fuesen sus sentimientos respecto de O'Higgins y San Martín y las fulminaciones públicas y privadas contra ellos, del proceso no resulta en realidad ni una tentativa de asesinato, por más que el anhelo de la venganza se anidase en su corazón y pueda suponerse que la muerte de sus dos enemigos le sería grata.

III

Como corrientes opuestas y superpuestas, visibles unas y ocultas otras, simultáneamente con estos acontecimientos empezáronse á sentir secretamente á fines de 1818 y principios de 1819, los síntomas de una desinteligencia profunda

---

(8) « Resumen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada contra los reos Robert, J. Lagresse, A. Dragumette, N. Parchappe y M. Mercher, por delito de conspiración contra las supremas autoridades de las Provincias Unidas y de Chile. » Buenos Aires, 1819, op. de 30 págs.

(9) « Segunda carta del ciudadano José Miguel Carrera á uno de sus corresponsales en Chile. » Op. pub. en Montevideo en la imprenta federal de Carrera, por William P. Griswold y John Sharpe.

entre el gobierno de Chile y el general San Martín respecto de la política americana de propaganda armada. Á su regreso de Mendoza, el general vió, que el dominio del mar Pacífico, en vez de facilitar la realización de sus planes como lo había pensado, enervaba la voluntad del gobierno chileno para cooperar á la empresa del Perú, por la seguridad de no ser invadido como tantas veces lo fuera, y lo inclinaba al quietismo reconcentrándose en la vida nacional. Pacificado el país y expulsado el enemigo del sud, la desinteligencia se acentuó por las dificultades financieras con que luchaba la administración chilena y el descontento consiguiente del ejército de los Andes, mal atendido en sus sueldos y en sus reemplazos. Este descontento, refluía sobre la opinión pública, que consideraba al gobierno de Chile únicamente sostenido por las bayonetas argentinas. San Martín se hizo cargo desde luego de la poca ó ninguna cooperación con que podía contar para llevar adelante la expedición al Perú, según lo convenido con él y con el gobierno argentino, que acababa de hacer grandes sacrificios para procurarse una parte del medio millón de pesos prometido con tal objeto, y tomó una resolución propia de su genio determinado, que debía influir en los destinos de la América. Inventó el repaso de los Andes, reverso de la medalla de su inmortal paso.

No era ciertamente combatientes lo que faltaba para ejecutar la ardua empresa proyectada. El Ejército Unido constaba á la sazón de cerca de ocho mil hombres (7,850 según los estados), de los cuales 4,000 formaban bajo la bandera argentina, aun cuando casi una mitad de sus soldados fuesen chilenos incorporados en su filas según convenio internacional, en reemplazo de los muertos é inutilizados en las batallas peleadas en pro de Chile y la América. El general de los Andes, que tenía en sus manos estos elementos bélicos y probado su temple, pulsando los recursos de los dos países á que pertenecían, no era hombre de renunciar á la idea de llevar-

los al Perú, que consideraba salvadora, no obstante las dificultades que se oponían á la realización inmediata de sus designios, precisamente en el momento en que los grandes obstáculos habían sido allanados. Para eso había trabajado cinco años, y para eso solamente quería vivir y mandar. Firme en su propósito, quiso comprometer á ambos gobiernos ante la América, y enarboló la bandera redentora del ejército de los Andes con una proclama : « ¡ Habitantes del » Perú ! Los Estados independientes de Chile y de las Pro» vincias Unidas me mandan entrar en vuestro territorio pa» ra defender la causa de vuestra libertad. Mi anuncio no es » el de un conquistador. La fuerza de las cosas ha preparado » este gran día de vuestra emancipación. La unión de tres » Estados independientes acabará de inspirar á la España el » sentimiento de su impotencia. Los anales del mundo no » recuerdan una revolución más santa en su fin, más nece» saria á los hombres. Lancémonos confiados en el destino » que el cielo nos ha preparado á todos. Cuando se hallen » restablecidos los derechos de la especie humana, perdidos » por tantas edades para el Perú, yo me felicitaré de poderme » unir á las instituciones que las constituyen, habré satisfe» cho el mejor voto de mi corazón y quedará concluida la » obra más bella de mi vida » (10). Esta proclama fué confirmada por otra del director O'Higgins, anunciando á los peruanos que « formarían una nación, cuyo gobierno establecerían ellos mismos como propios legisladores, consultando sus costumbres, su situación y sus inclinaciones ». Estos documentos, fueron difundidos en todas las costas del Pacífico por la escuadra chilena al mando de Cochrane. Desde entonces quedó contraído ante el mundo el compromiso moral de dar

---

(10) Extracto de la extensa proclama de San Martín, de 13 de noviembre de 1818. pub. en la « Gac. de Chile » núm. 85, de 20 de marzo de 1819.

libertad al Perú. Por el momento, empero, todo ello no pasaba de palabras y de operaciones marítimas para establecer el dominio del Pacífico.

La diplomacia de los dos gobiernos aliados movida por San Martín, puso el sello internacional á este solemne compromiso. En febrero de 1819 el enviado de Chile Irizarri, en tránsito para Inglaterra, firmó en Buenos Aires un pacto de alianza con el gobierno argentino, « para poner término á la dominación española en el Perú por medio de una expedición combinada costeada por las dos naciones, respondiendo á los votos manifestados por los habitantes del país dominado, á fin de establecer por la libre voluntad de los peruanos el gobierno más análogo á su constitución física y moral, garantiendo mutuamente la independencia del nuevo Estado » (11). Estas estipulaciones, al dar forma política al pensamiento militar de San Martín, consagraban los principios fundamentales del programa emancipador de la revolución argentina, que, destinados á triunfar como sus armas redentoras, debían constituir la base del nuevo derecho público americano con la misma fórmula consignada en las instrucciones para la reconquista de Chile (Cap. XII, § VII).

Por este mismo tiempo, los dos grandes centros revolucionarios de la América meridional al sud y al norte se pasaban por la primera vez la palabra y reconocían su solidaridad. El gobierno argentino, al declarar su independencia en 1816, lo comunicó á los gobiernos americanos establecidos, y entre ellos al de Venezuela. Dos años después (junio de 1818), contestaba Bolívar esta comunicación, en su calidad de jefe

(11) « Tratado particular entre Chile y las Provincias Unidas para libertar al Perú », firmado en Buenos Aires el 5 de febrero de 1818 y ratificado por el gobierno de Chile con acuerdo del senado, el 15 de marzo del mismo año. Véase : « Col. de tratados celebrados por la Rep. de Chile », t. I, p. 1 y 4, y « Col. de tratados celebrados por la República Argentina », t. I, p. 39-41.

supremo de Venezuela, calificándola de « paso adelantado, que » daba nueva vida á ambos gobiernos haciéndolos conocer » recíprocamente ». Y agregaba, revelando desde entonces sus tendencias unificadoras : « Una sola debe ser la patria de » los americanos ya que en todo hemos tenido una perfecta » unidad. Cuando el triunfo de las armas de Venezuela com» plete la obra de su independencia, nos apresuraremos á en» tablar el pacto americano, que formando de todas nuestras » repúblicas un cuerpo político, presente la América ante el » mundo con un respeto de majestad y grandeza. La Améri» ca así unida, podrá llamarse madre de las repúblicas. El » Río de la Plata con su poderoso influjo, cooperará eficaz» mente á la perfección del edificio político á que hemos da» do principio desde el primer día de nuestra regeneración ». Y asumiendo una representación americana, dirigió una proclama á los habitantes del Río de la Plata : « Vuestros her» manos de Venezuela han seguido con vosotros vuestra » gloriosa causa, que desde 1810 ha hecho recobrar á la » América la existencia política : ha visto con admiración » vuestra sabia reforma, vuestra gloria militar y vuestra fe» licidad pública. En todo hemos sido iguales. Sólo la fata» lidad anexa á Venezuela la ha hecho sucumbir dos veces, » y su tercer período se disputa con encarnizamiento. Ocho » años de combates, de sacrificios y de ruinas han dado á nues» tra patria el derecho de igualarse á la vuestra aunque infi» nitamente más espléndida y dichosa. La sabiduría del go» bierno del Río de la Plata, sus transacciones políticas con » las naciones extranjeras y el poder de sus armas en el fondo » del Perú y en la región de Chile, son ejemplos elocuentes » que persuadirán á los pueblos de América á seguir la noble » senda del honor y la libertad. Venezuela, aunque de lejos, » no os perderá de vista, y cubierta de luto os ofrece su her» mandad; cuando cubierta de laureles haya extinguido los » últimos tiranos de su suelo, entonces os convidará á una

» sola sociedad para que nuestra divisa sea : *Unidad en la » América meridional* » (12).

Á fines de 1818, la fama de San Martín vencedor en Maipu, se extendía al norte del Ecuador, y la de Bolívar aclamado libertador de Venezuela llegaba hasta Chile y el río de la Plata. O'Higgins, tomando la iniciativa en la formación de una liga guerrera de las colonias insurreccionadas, se dirigió á Bolívar al felicitarle por sus triunfos, y le proponía una alianza de acuerdo con las ideas continentales de San Martín : « La cau- » sa que defiende Chile, es la misma en que se hallan compro- » metidos Buenos Aires, la Nueva Granada, Méjico y Vene- » zuela; es la de todo el continente de Colombia. Las armas » de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y » la escuadra chilena puede franquear las comunicaciones » con Nueva Granada y Venezuela por el Chocó y Panamá, » y ayudar á los patriotas de esos países » (13).

Cuando estos actos externos se producían, la situación argentino-chilena hacía crisis. Casi simultáneamente con la terminación de la campaña del sud, con la signatura del tratado de alianza, las declaraciones y proposiciones de O'Hggins al Perú y á Venezuela y la publicación de San Martín á los peruanos, éste iniciaba secretamente su repaso de los Andes, invención sorprendente por la atrevida simplicidad de sus medios y admirable como su famoso paso estratégico por la precisión de sus resultados. Dueño de la fuerza que constituía el nervio del Ejército Unido y sostenedor de la situación política, munido de la autorización para expedicionar y comprometidos los dos gobiernos en la realización de sus planes militares, él obrará simultáneamente sobre ambos países por

(12) « Documentos para la historia de la vida pública del libertador de Colombia y Bolivia », núms. 14:8 y 1429, t. VI, p. 401-403.

(13) « Docums. para la vida del libertador de Colombia », cit. vol. VI, p. 492-493, núms. 1463 y 1464.

medio de presiones poderosas y combinaciones variadas, sin perder de vista su gran objetivo, aun cuando al parecer le diera la espalda. Esta acción dupla y el misterio que por muchos años lo ha envuelto, da á sus procederes de aquella época un carácter doble, en que el guerrero, manejando los hilos delicados de una trama complicada, á la vez de dar impulso á las masas, parece tomar á los hombres como instrumentos de sus designios haciéndolos concurrir á ellos por la gravitación natural de las voluntades opuestas. Y no obstante esto y su aparente doblez á veces, su proceder es siempre tan serio que á veces llega á ser terrible; así como sus palabras son siempre sinceras y coherentes los propósitos que persigue, convergiendo constantemente á un fin determinado. Es un hecho complejo, que nunca ha sido bien explicado en sus causas y efectos, ligándolo á la historia en la que determinó nuevos rumbos, y provocó una crisis cuyas acciones y reacciones quedaron envueltas en la sombra, conociéndose únicamente sus movimientos ostensibles, que al confundir á los contemporáneos ha engañado á los historiadores (14).

Considerado por su faz externa y en sus relaciones con los hombres y las cosas de su tiempo, este interesante episodio, es un drama complicado con accidentes de sublime comedia, que por momentos reviste un carácter trágico. Lleno de peripecias y alternativas, con coincidencias singulares, situaciones equívocas y efectos sorprendentes, rodeado de misterios pavorosos y explicándose de distinto modo cada uno de los actores el papel que desempeñaba, los protagonistas son dos naciones, dos gobiernos, dos ejércitos, dos asociaciones

---

(14) Este misterio histórico, aclarado por la primera vez en nuestra « Hist. de Belgrano », cap. XXXVIII, y en nuestras « Comp. hist. » parte 2.ª, cap. XIX y XX, quedará definitivamente ilustrado con los nuevos documentos que se exhibirán en este capítulo.

secretas que gobiernan á los gobiernos y á los ejércitos, y un hombre impasible como el destino, que maneja con mano firme los resortes secretos de su potente máquina, variando sus combinaciones según las circunstancias. Guardando su terrible secreto, maniobrará de modo de hacer servir á los dos gobiernos á sus profundas miras, sacando nuevos recursos del territorio para su expedición al Perú, y obligando á Chile á que le suplique llevarla á cabo, poniéndose á su discreción y presentarle allanados todos los obstáculos que á su ejecución se oponían. Así, el general de los Andes, representando un doble papel, pondrá un pie en Chile y otro en las Provincias Unidas: tendrá dos caras, una para cada gobierno; y lógico consigo mismo obrará alternativa y simultáneamente sobre la política de ambos países en prosecución de un propósito, obedeciendo unas veces á repulsiones sistemáticas y cediendo á atracciones patrióticas. Envuelto por acaso en sus propias redes, las desatará sin romperlas, y cuando por fin tenga que optar entre dos partidos extremos, las romperá, determinando un nuevo rumbo en la historia, al lanzarse á cumplir su destino en la trayectoria constante de la impulsión inicial de sus designios americanos. La narración documentada de los hechos pondrá en evidencia el carácter complejo de este drama histórico en que intervienen múltiples y variados elementos.

IV

Desde Mendoza, había comunicado San Martín al gobierno de Chile y á Balcarce su plan de expedición al Perú, sobre la base de un ejército de 6,100 hombres, fijando el término de tres meses para el apresto de los pertrechos de gue-

rra que determinaba en una relación adjunta (15). Á su llegada á Santiago, nada se había hecho, y todo indicaba que nada serio pensaba hacerse. Entonces, sin confiar á nadie su secreto, y aconsejándose de sí mismo, dió su primer paso en el sentido de provocar la crisis para buscar una solución. Dirigió al gobierno argentino una nota aterradora, haciendo la más triste pintura del estado financiero de Chile. « Me veo » en la precisión de manifestar que el ejército de los Andes » en Chile, está muy próximo á ser disuelto y anonadado por » la miseria, de la que siempre son consecuencias seguras la » desmoralización y la relajación de la disciplina. El Estado » de Chile se halla en una positiva bancarrota, en una destitución absoluta y sin recursos ni en la esperanza. Tiene » empeñadas y aún consumidas sus rentas del año entrante. » En descargo de toda responsabilidad, y en cumplimiento de » mi obligación y de mi honor, lo hago presente, suplicando » quiera considerarse el conflicto de mi espíritu á la vista de » la marcha progresiva que hace el ejército á su ruina, estando yo hecho cargo de él » (16). Á la vez dirigió otra nota al gobierno de Chile, manifestándole que « las necesi» dades del Ejército Unido iban subiendo á punto de produ» cir males de difícil reparación, que traerían consecuencias » graves, pues la existencia de la fuerza y la disciplina era » incompatible con la falta de socorro del soldado » (17).

Después de la deplorable situación financiera, hé aquí el sombrío cuadro que del estado político de Chile presenta el ge-

---

(15) Ofis. de San Martín al director O'Higgins y al general Balcarce, de 31 de julio de 1818, adjuntando el plan y relación de pertrechos de guerra. Ofis. del mismo al director Pueyrredón, de 12 de enero de 1818. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(16) Ofis. de San Martín al director de las P. U. de 15 de diciembre de 1818 (dos de la misma fecha), M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(17) Ofi. de San Martín al director de Chile, de 17 de diciembre de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

neral de los Andes al finalizar el año 1818 : « Ya es tiempo » de hablar con claridad. La actual administración de Chile » no es respetada ni amada, y sólo se sostiene por las bayo- » netas del ejército de los Andes ; pero este apoyo desapare- » cerá por la falta de medios, en razón de que no hay cómo » sostenerlo. Mutación alguna en el gobierno de este país no » puede hacerse, pues no hay hombres capaces de tomar las » riendas del gobierno. Sólo puede mantenerse el orden y se- » guir los progresos que las favorables coyunturas nos pre- » sentan para acabar con el virrey de Lima, y como los apres- » tos indispensables para la expedición al Perú no se fomen- » tan por falta de recursos, y por lo que veo, creo que serán » irrealizables, soy de opinión que de no ser protegido pecu- » niariamente este ejército por las Provincias Unidas, se le » mande repasar los Andes » (18). Y en los primeros días de enero de 1814, recargaba la sombra del cuadro : « El go- » bierno de Chile en su conducta pública manifiesta una ban- » carrota total : su administración es odiosa y aborrecida » por todos estos habitantes : la apatía, el desgreño, la des- » confianza tanto del gobierno como de sus habitantes con » respecto al Ejército de los Andes es demasiado marcada. » En fin, desde el momento en que la escuadra de este Esta- » do ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se han » creído que los brazos del Ejército de los Andes no le son » ya necesarios, pues se consideran, y con razón libres de to- » do ataque, y su objeto es de aburrirnos con las miserias » con que nos bloquean » (19). Último toque al sombrío cua- dro : « La conducta que observa este gobierno, no es nada » adecuada ni al agradecimiento que debía tener al Ejército

(18) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 31 de diciembre de 1818. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(19) Ofi. reservado al director de las P. U. de 12 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» Unido, ni al plan para atacar al enemigo en Lima. No hay » la más remota esperanza de que se verifique la expedición » al Perú. La conducta de este gobierno está manifiesta- » mente clara, de que su objeto es, no sólo de que no se veri- » fique la expedición proyectada, sino el de desprenderse del » Ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de deses- » peración tal, que tengamos que pasar la cordillera ó com- » prometernos á disgustos de la mayor trascendencia » (20).

Exhibida la llaga política y financiera de Chile, dando por irrealizable ó aplazada la expedición al Perú; señalada la causa del mal é indicado su remedio, — que era la expedición, — el astuto general, al apuntar la idea del repaso de los Andes, proponía un paliativo, en que, eliminando su persona, hacía más tirante la situación, y bosquejaba los preliminares de una campaña que sólo él podía realizar, porque sólo él podía dar cohesión á sus elementos: « Concepción necesita de 1,500 hombres » en el término de un año para su tranquilidad; la capital de » Santiago, Coquimbo y Valparaíso necesitan una guarnición » de 2,500 hombres. Sólo puede contarse con 3,000 hombres » disponibles para la expedición. Con esta fuerza no puede » emprenderse ataque formal sobre ningún punto del Perú, » ni menos sobre Lima: lo más que podrá hacer será reducir » sus operaciones (previa la destrucción de la escuadra ene- » miga), á desembarcos parciales sobre puertos intermedios, » y que este ejército y escuadra viva sobre las costas del mar » Pacífico. Dispuesto á encargarme de la expedición sobre el » Perú con los auxilios que debían serme facilitados, lo que » no se ha verificado, no creo que mi persona sea tan intere- » sante, supuesto que el plan proyectado varía enteramente, la » que sólo podría ser útil para una expedición formal, pero » no para la especie de hostilidades que propongo, y que son

(20) Ofi. *muy reservado* de San Martín al director de las P. U. de 12 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» las únicas que pueden adoptarse. El general Balcarce pue-
» de desempeñar mi encargo á satisfación de ambos gobier-
» nos. El partido que tomo, no es hijo del comprometimien-
» to público en que me hallo, y aunque conozco que los ojos
» de la Europa y de la América están pendientes sobre mí, y
» sin duda alguna creerán que la inacción de las fuerzas
» que mando no es efecto de la falta de auxilios por parte del
» gobierno argentino y el de Chile, sabría sacrificar mi repu-
» tación por la felicidad de mi país; pero me es absoluta-
» mente imposible continuar en el mando del ejército sin que
» mi muerte sea muy próxima » (21).

Resuelto á definir la situación, perseveró aún en buscar un acuerdo haciendo presión, antes de llegar á un extremo que no deseaba, y que consideraba funesto para todos, y en este sentido se dirigió por la última vez al gobierno de Chile exigiendo categóricas explicaciones sobre el cumplimiento de lo acordado. « Soy responsable á la nación chilena de mis
» operaciones, como jefe de su ejército. Los ojos de la Amé-
» rica ó, por mejor dicho, los del mundo, están pendientes
» sobre la decisión de la presente contienda con los españo-
» les respecto á la expedición del Perú. Todos aguardan sus
» resultados, y saben que el general San Martín es quien
» está nombrado para decidirla. Ante la causa de la Amé-
» rica está mi honor; y no tendré patria sin él, y no puedo
» sacrificar don tan precioso por cuanto existe en la tierra.
» Tengo dicho, que para esperar un suceso favorable de la
» expedición se necesitan 6,100 hombres. Espero se me diga
» si el Estado de Chile se halla en disposición de aprontarme
» los efectos que tengo pedidos, y en qué tiempo » (22). El

---

(21) Ofi. reservado de San Martín al director de las P. U. de 14 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(22) Ofi. de San Martín al director de Chile, de enero 16 de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

director O'Higgins contestó esta exposición y este emplazamiento con una larga y prolija explicación, que importaba una negativa disimulada, y podría tomarse como una burla á no ser la gravedad del documento. En resumidas cuentas, se reducía á decir á San Martín, que en la imposibilidad de verificar la operación con los recursos con que se contaba, y en la necesidad absoluta de hacerlo, no quedaba otro medio que buscar fuera de Chile 600,000 pesos, y concluía con estas palabras : « Si V. E. puede proporcionarse esta adqui- » sición, nada habrá entonces que este gobierno no allane » por su parte para llevar á cabo una obra cuyo desenlace » tiene en suspenso la suerte de la América » (23).

Al mismo tiempo que estas notas secretas se cruzaban, fijábanse carteles públicos anunciando la venta de las cinco fragatas tomadas al convoy español, que estaban destinadas para trasportes de la expedición, y aun cuando San Martín reclamó contra ello, y se suspendió en consecuencia la enajenación, fueron completamente despojadas. Desengañado que nada tenía que esperar ya del gobierno chileno, al menos por el momento, para llevar adelante su obra emancipadora, á la vez que indignado, decidióse á apelar á los medios extremos, á fin de que la situación hiciese crisis y con tal resolución se dirigió al gobierno argentino en los siguientes términos: « No hay respeto humano que deba guardarse cuando se » trata de la seguridad y libertad americana. Está visto que » la conducta que observa este gobierno es la de no hacer el » menor esfuerzo para que se realice la tan decantada expe- » dición al Perú, no digo de los 6,000 hombres pedidos, pero » ni aún de otro plan que podría realizarse con 3,000. Todo » el objeto es que las Provincias Unidas costeen la expedi- » ción. Si se ha de estacionar el Ejército de los Andes en

(23) Ofi. del director de Chile á San Martín, de 20 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» Chile, es necesario que el gobierno argentino lo mantenga, » pues de lo contrario se disuelve. La armonía que creo ne» cesaria á la felicidad de la América, me ha hecho guardar » la mayor moderación, y no recurrir á medidas violentas » que comprometiesen á ambos Estados. En atención á lo ex» puesto, es de necesidad repasar los Andes sin perder un » solo momento » (24).

Terminada la campaña del sud, escribió reservadamente á Balcarce, se retirase con las fuerzas argentinas en disposición de repasar los Andes. Balcarce le contestó : « Estoy conven» cido de que hay necesidad dejemos el país, tanto por la im» posibilidad que tiene de mantenernos, como porque cada » día se ha de hacer más pesado el gasto de una fuerza que » ya no necesitan » (25). Pero á la vez que se manifestaba dispuesto á romper, reanudaba la correspondencia cortada, presentando al gobierno de Chile un nuevo plan, en el que, ratificándose que « eran necesarios 6,100 hombres para expedicionar con éxito sobre el Perú », explicaba cómo podría ejecutarse y las ventajas económicas y militares que de él resultarían (26). Y á fin de no quedar inhabilitado para soldar un rompimiento, escribía á su gobierno : « En el caso » que se decida el repaso de los Andes, es preciso que se ale» gue el pretexto de que alguna expedición española se dis» pone á invadir á Buenos Aires, pues de ese modo se con» cilia todo mejor » (27).

Todo esto no era sino la distribución de los papeles princi-

(24) Ofi. de San Martín al director de la P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(25) Ofis. de San Martín de 28 y 30 de enero de 1818 al director de Chile y al de las P. U. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(26) Carta de San Martín á Balcarce, de 27 de febrero y contestación del segundo, de 11 de febrero de 1818 en Nacimiento (Arauco), M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XLVI.)

(27) Ofi. de San Martín al director de las P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

pales en el drama que iba á representarse, asignando á cada actor su carácter: al gobierno argentino, el de promotor de una medida de que no se daba cuenta; al de Chile, el de agente pasivo de su plan por medio de la presión, y de víctima en el conflicto; á Balcarce, el de ejecutor de la reconcentración del ejército de los Andes; á las dos naciones y á los dos ejércitos, el de coros mudos; reservándose él el de árbitro, que según las circunstancias podía cambiar las respectivas posiciones, persiguiendo siempre su propósito fijo de expedicionar al Perú. Faltábale ensayar los medios terribles y los artificios ingeniosos, llegar al parecer hasta los últimos extremos, conciliar provisionalmente todo, alcanzar el resultado que buscaba brindándosele, deshacer su propia trama y combinar los elementos para llevar á cabo una resolución suprema que decidiría de su destino y en cierto modo del de la América. Son los documentos los que hablan.

V

Preparado así el terreno de maniobras, hizo una consulta *reservadísima*, aterradora por su frío laconismo: « En el » caso que este Estado (Chile), tratase de mudar su admi- » nistración ¿cuál es la conducta que debo observar? ¿Soste- » ner con la fuerza de los Andes á este gobierno ó mante- » nerme neutral en las oscilaciones que pueden ocurrir? » (28) Esta consulta tenía por comentario una carta confidencial suya al director Rondeau, más aterradora por las consecuencias del paso que aconsejaba: « Conozco los males que van » á resultar de la separación del Ejército de este país, por el

(28) Ofi. *reservadísimo* de San Martín al director de las P. U. de 28 de enero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» desorden que se va á introducir en él. Si V. E. decide por » que marche á las Provincias Unidas, *estoy seguro que al » mes se ha introducido la anarquía en todo el reyno*, pues » lo que los contiene son las tropas de las Provincias Uni- » das » (29).

Era la ruptura de la alianza argentino-chilena en perspectiva, el desmoronamiento de la situación política de Chile y la deposición implícita del gobierno de O'Higgins; era al parecer la destrucción de su propia obra; pero todo ello no pasaba de fintas para dominar moralmente la situación. Mientras tanto se reconcentró el ejército de los Andes en Curimón, en la parte superior del valle de Aconcagua que engarganta con el paso de la cordillera por Uspallata, secuestrándolo de todo contacto con el país (30). Sin indicarles objetivo determinado, el General saludó á sus viejos soldados con palabras afectuosas: « ¡Compañeros de los Andes! Habéis re- » gresado al punto de que salisteis para la reconquista de » Chile. Cerca de tres años de fatigas no han podido abatir » vuestro coraje. La conducta observada y vuestra disciplina » no tiene ejemplo en el mundo. Moderados en la victoria y » constantes en la desgracia, habéis manifestado el colmo de

(29) Carta de San Martín al director Rondeau, de 28 de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(30) La fuerza del ejército de los Andes el 1.° de enero de 1819, al tiempo de operar su reconcentración en Curimón, era de 4,408 hombres, incluso jefes y oficiales, que se descompone del modo siguiente: Batallón 1.° de cazadores, 773 hombres de tropa. — Batallón núm. 7.° con 589 id. — Batallón núm. 8.° con 714 id. — Batallón núm. 11 con 584 id. — Batallón de artillería 371. — Reg. de granaderos á caballo 776. — Reg. de cazadores montados 415, y 160 jefes y oficiales de todos los cuerpos. Resumen: Artillería 371 hombres; Infantería, 2660; Caballería, 1191. — Cuartel general y Estado mayor, 186 jefes y oficiales. — Jefes y oficiales de los cuerpos, 160. — Total: 4,408 hombres. (Estado de fuerza de fecha 1.° de enero, remitido al gobierno por San Martín con nota de 11 de enero de 1819. (Docs. del Arch. gral. M. S. S.)

» las virtudes » (31). En esta actitud espectante, sin provocar desde luego una ruptura, la hacía entrever, dejando empero una puerta entreabierta para el futuro.

Á mediados de febrero dirigióse al director O'Higgins *oficialmente* y por la vía *reservada* anunciándole que « la guerra civil encendida en las provincias argentinas y el interés que le inspiraban la suerte y felicidad de la América, lo movían á trasladarse á Cuyo, para ponerlo á cubierto del contagio de la anarquía, llevando el propósito de mediar en una contienda que ponía en peligro la causa común, » y terminaba con estas palabras preñadas de promesas y de amenazas : « Tendré la mayor satisfacción en volverme á poner á la ca-» beza del Ejército Unido, luego que los aprestos para las » operaciones ulteriores que tengo propuestas y están confir-» madas, estén listos » (32). Públicamente confirmó estas palabras con una proclama de despedida á los chilenos : « Mi » separación es momentánea : su objeto es el bien general » de la América. Con la unión y el orden hemos vencido á » nuestros enemigos : con ello afirmaremos la independencia. » Conservadle, y los resultados serán palpables á la felicidad » pública. Os ofrezco volver á emplear mis trabajos en be-» neficio vuestro : no soy capaz de faltar á mi palabra, y ba-» jo esta confianza debéis estar » (33).

El director O'Higgins, no dió á la intimación encapotada de San Martín toda la trascendencia que tenía, y prestando únicamente atención al incidente de mediar en la guerra civil argentina, le comunicó confidencialmente, que previa consulta á la Logia de Lautaro, — que era su consejo áulico se-

---

(31) Orden del día de San Martín de 14 de febrero de 1818. M. S. aut. Arch. San Martín, vol. XXXVII, núm. 4.

(32) Ofi. *reservado* de San Martín al director O'Higgins, de 14 de febrero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(33) Pub. en la « Gaceta ministerial de Chile » de 20 de febrero de 1818, núm. 80.

creto, — había acordado nombrar una comisión para que acercándose á los caudillos anarquistas que hacían guerra al gobierno argentino, mediase en ella á nombre de Chile bajo su dirección (34). Antes de que llegara á sus manos esta carta, el general habíase dirigido á Mendoza, dejando á Balcarce encargado del mando en jefe del cantón de Curimón pronto á atravesar los Andes á la primera orden. Hízose seguir por lo pronto por 50 cazadores á caballo, 50 artilleros con 8 piezas y 500 fusiles, marcando con esto el movimiento inicial del repaso. Desde Mendoza hizo conocer á O'Higgins su resolución. Éste, dióse cuenta entonces de la gravedad de la situación, y debe decirse en su honor, que uno de los papeles más simpáticos en lo que este episodio dramático tiene de sublime comedia, es el suyo. Él deseaba sinceramente la expedición al Perú y estaba penetrado de su importancia, y únicamente consejos desmoralizadores lo habían hecho flaquear; pero comprendiendo que su gobierno peligraba sin el apoyo de las bayonetas argentinas, á la vez de reconocer el derecho de las Provincias Unidas para pedir lo que era suyo, daba expansión á sus sentimientos en términos tan angustiosos como nobles, en el supuesto de que una expedición española amenazaba el Río de la Plata : « Terrible cosa es mo-
» ver el ejército de los Andes á la otra banda, le decía, y más
» terribles los riesgos á que este país queda expuesto : las
» fracciones se reaniman y el virrey Pezuela intentará una
» nueva invasión. Peligra la libertad chilena restablecida con
» el trabajo de usted mismo. Pero si es indudable la expedi-
» ción española al Río de la Plata, es justísimo que todos los
» esfuerzos se ocupen de salvar al pueblo de donde recibimos
» la libertad, y de donde en nuevas adversidades pueden vol-

(34) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de febrero de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

» ver á traerla » (35). La Logia de Lautaro, — verdadero y único gobierno de Chile durante la ocupación argentina, — se ponía en movimiento movida por el mismo O'Higgins y por Guido, y su decisión fué que se satisficiesen las exigencias de San Martín en el sentido de la inmediata prosecución de la guerra continental. Compuesta esta asociación, mitad de argentinos y mitad de chilenos, representaba la alianza político-militar de ambos países, y tenía su ramificación en el ejército de los Andes que se hallaba penetrado del pensamiento fijo que su general le inoculara, que era expedicionar al Perú, á cuya empresa estaban ligados todos sus jefes por pasión y por juramento. O'Higgins, al comunicarle que un enviado de la Logia iba á Mendoza á conferenciar con él, le repetía lleno de zozobra y generosas expansiones : « Es-
» toy sin tino, no sé lo que hago, con el repaso de las tro-
» pas de los Andes. Bien me hago cargo de las necesidades
» de Buenos Aires y de los riesgos que le amenazan; pero
» este Estado queda en un inminente riesgo. Conozco que
» Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra gratitud nos
» obliga no sólo á auxiliar esta medida, sino, á pesar de la
» pérdida de Chile, á prestar las fuerzas que tengamos » (36).

La contestación de San Martín fué ordenar que una división de 1,200 hombres repasase la cordillera y se estacionara en Mendoza. En esta actitud, á caballo sobre los Andes, — usando de esta palabra en su rigorosa acepción estratégica, — se colocaba en disposición de servir mejor la causa de la América en uno ú otro teatro, según las circunstancias, y cumplir con sus deberes para con su país, llenando á la vez

(35) Carta de O'Higgins á San Martín, de 15 de marzo de 1819 en contestación á dos de San Martín de 5 y 9 del mismo. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI)

(36) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

otros objetos que no perdía de vista. En un caso, ejercía presión sobre Chile, obligándolo á decidirse por la inmediata expedición al Perú ó á renunciar á las ventajas de la alianza argentina. En otro caso, aseguraba su base de operaciones, que era las provincias de Cuyo, sustrayéndolas á la anarquía; influía moralmente sobre la pacificación del país,— como sucedió, — al mismo tiempo que remontaba su caballería, — como lo hizo, — en el territorio que poseía los mejores elementos en esta arma. De todos modos, quedaba habilitado para hacer repasar el resto del ejército al oriente ó reconcentrarlo al occidente de los Andes, ya para concurrir á contrarrestar la anunciada expedición española en el Plata, ya para acudir al Pacífico á reforzar la expedición al Perú. Los resultados correspondieron á sus cálculos, no sin algunas complicaciones que hubieron de frustrarlos.

VI

Varios hilos multicolores formaban esta complicada trama que se cruzaban en la oscuridad sin enredarse, manejados aisladamente por la mano diestra del silencioso artífice, que llevaba de frente una doble correspondencia oficial y confidencial con los directores O'Higgins y Pueyrredón, con el ministro de la Guerra y con Balcarce, y una reservada con el agente argentino en Santiago, Guido, por cuyo intermedio hacía llegar á oídos del gobierno de Chile lo que le convenía, comunicándose indirectamente con las Logias de ambos lados de la cordillera.

De este modo imprimía á cada uno de sus corresponsales la dirección conveniente á los fines que perseguía. Así, á la primera indicación del repaso de los Andes, el gobierno argentino desprevenido y sin acertar á tomar una resolución,

limitóse á manifestarle, que « detenía su contestación hasta que con más reflexivo examen se le comunicase una resolución, dada la importancia de la proposición, recomendándole que mientras tanto no hiciese novedad en el Ejército Unido » (37). Pero sucedió que lo que San Martín había imaginado como pretexto, se convertía en realidad, y que la propuesta del repaso coincidía con la amenaza de una expedición española al Río de la Plata. El director Pueyrredón, que en lo que menos pensaba era en retirar el ejército argentino de Chile, lo autorizó ante esta nueva emergencia. « En » otras circunstancias, decíale, habría sido mayor mi con- » flicto al ver la pintura que hace de ese país (Chile) y de » su falta de cooperación al sostén del ejército de los Andes; » pero como no queda duda que se prepara una expedición » española á nuestras playas, mi sentimiento ha sido menor » en firmar la orden para la muy pronta retirada de nuestras » fuerzas al oriente de la cordillera » (38). En este sentido dirigióse el gobierno argentino al de Chile, comunicándole haber resuelto dar de mano á la proyectada empresa combinada sobre Lima, dejándola para más favorable oportunidad, y que en vista del peligro inmediato que amenazaba á las Provincias Unidas, disponía el inmediato regreso del ejército de los Andes á territorio argentino, después del más serio y detenido acuerdo, terminando por solicitar sus auxilios para la defensa común » (39).

---

(37) Ofi. del ministro de guerra de las P. U. (Irigoyen), á San Martín, de 13 de febrero de 1819, contestando al de San Martín de 14 de febrero del mismo año. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXXVII, núm. 1.)

(38) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 1.° de marzo de 1819, en contestación á una de San Martín de 28 de enero del mismo en Curimón, dirigida al general Rondeau, que desempeñaba interinamente el cargo de director por enfermedad de Pueyrredón. (M. S. Arch. San Martín, vol. XL.)

(39) Ofi. del director de las P. U. al de Chile, de 1.° de marzo de 1819. (M. S. Arch. San Martín, vol. XXXVI.)

El director de Chile por su parte, al recibir la nota de San Martín anunciando su determinación, la puso en conocimiento del Senado; pero obedeciendo á las sugestiones que el general le hacía en su correspondencia privada, pidió autorización para enviar á la provincia de Cuyo un auxilio de 1,500 hombres, á fin de preservar esta provincia de los progresos de la anarquía. El Senado se apresuró á dársela, manifestándole que « era de necesidad que las tropas chilenas traspasasen los Andes, tomando una parte activa para introducir el orden y restituir la unión, que debía ser el fundamento de la libertad », palabras sin sentido y sin alcance práctico, que sólo se explican por las sugestiones secretas de San Martín, como luego se verá (40). Entretanto, continuaba lentamente el repaso de las tropas, quedando subsistente el campamento de Curimón á cargo de Las Heras, — pues Balcarce se retiraba moribundo á Buenos Aires, — y se pedía á Chile la remisión de diversos pertrechos de guerra para la formación de un nuevo ejército en Mendoza. Guido, aunque poseedor tan solo de una parte del terrible secreto, lo encaraba ampliamente bajo sus diversos aspectos, y coadyuvaba eficazmente en su esfera de acción á los propósitos de San Martín. Á mediados de marzo le comunicaba: « Esta noche » se reunirán los amigos (la Logia), á tratar sobre el paso del » ejército de los Andes. Si esto se ha de verificar (para des» gracia de este país y de toda la América) costará doble no » estando usted aquí. El tiempo es tan angustiado que ape» nas nos deja partido que tomar » (41). Tres días después le dirigía una extensa carta, en que con largas vistas y suma

(40) Mensaje del director O'Higgins al Senado de Chile de 15 de febrero de 1819, y contestación del Senado de 16 de febrero del mismo año. (M. S. en la biblioteca de Santiago de Chile).

(41) Carta de Guido á San Martín de 15 de marzo de 1819. (Arch. San Martín, vol. LVIII. M. S.)

habilidad, abogaba ante San Martín por la permanencia del ejército de los Andes, como necesaria á Chile y conveniente á la causa de la independencia, aun en el supuesto de realizarse la expedición española al Plata. « Eche una ojeada á este » desgraciado país, le decía, y considérelo perdido sin reme- » dio. Pese las desgracias que caerán sobre él y las execra- » ciones que mereceremos por no haberlas prevenido en » tiempo. Veo perdidas sus fatigas, la sangre de sus compa- » ñeros y los desvelos de sus amigos, después de los esfuer- » zos más generosos por la libertad del continente; veo, en » fin, que el repaso del ejército de los Andes, prepara peli- » gros para nuestro país y la ruina general de la América. » Perdidos Chile y el Perú, una consunción lenta basta para » concluirnos. Compárense los bienes que se propone Buenos » Aires aumentando algunos hombres para su defensa con » los precipicios en que cerca á toda la América » (42). Á los dos días, O'Higgins esforzaba oficialmente esta representación, dirigiéndose al gobierno argentino: « La aflicción ha » sido general en el momento que se ha trascendido la noti- » cia de la partida del ejército, lo que prueba no sólo que » todos ansían que se verifique la expedición á Lima, como » el único medio de asegurar la libertad de ambos Estados, » sino que no se mira á los individuos de ese Estado con los » celos que se han hecho creer á V. E. » (43). Bien sabido tenía San Martín todo cuanto Guido le exponía respecto de las consecuencias desastrosas del retiro del ejército de los Andes, además de su eficacia para obligar al gobierno de Chile á decidirse por la expedición al Perú por este medio

(42) Carta de Guido á San Martín de marzo 18 de 1819, M. S. autóg. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

(43) Nota del director de Chile al de las P. U. de 20 de marzo de 1819. (Doc. del Arch. general, leg. « Director Supremo de Chile » M. S. orig.)

coercitivo, manteniendo la mitad de él al oriente y la otra mitad al occidente de la cordillera. Así es que, cuando vió que el gobierno argentino asumía la responsabilidad de la medida y la justificaba, que las Logias internacionales se ponían de su parte, y que O'Higgins y Chile se decidían por la expedición, empezó á aflojar los tornillos de su máquina de presión, escribiendo á Pueyrredón y al ministro de la Guerra (25 de marzo 1818), que en vista de las comunicaciones recibidas de ultra-cordillera, suspendía el repaso del ejército, y que, desde que la amenaza de una expedición española parecía disiparse por sí misma, debían variarse los planes concertados (44). El general afectaba olvidar que él había sugerido como pretexto la especie de la expedición, que por acaso se convirtiera en causal pasajera.

El acaso, que en esta ocasión coincidía con la lógica de los hechos, vino á dar al laborioso plan de San Martín una influencia inesperada en el sentido de sus propósitos indirectos. Hemos dicho que la guerra civil había recrudecido por esta época en la República Argentina. Los caudillos anarquistas de las provincias del litoral del Plata, coaligados contra el gobierno general, habían obtenido ventajas sobre las tropas nacionales enviadas á combatirlas, y los restos de su ejército expedicionario se encontraban sitiados en el Rosario por el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. El gobierno en tal conflicto, había ordenado que acudiese el ejército del norte mandado por Belgrano para sofocar de un golpe la rebelión, antes que San Martín apuntase la idea del repaso de los Andes (45). En esta situación, el correo que conducía la

---

(44) Ofi. de San Martín al ministro de guerrra de 25 de marzo de 1819, y carta del mismo á Pueyrredón en igual fecha. (Arch. San Martín, vol. XXXVII, M. S.)

(45) Tocamos nuevamente este punto para correlacionar los hechos por lo que respecta al repaso del ejército de los Andes, que además de

carta de San Martín á Pueyrredón con copia de la de Guido y las comunicaciones de O'Higgins y del Senado de Chile, fué interceptado por las montoneras de Santa Fe. El gobernador López se impuso con sorpresa de tan importantes noticias. Ignorando las verdaderas disposiciones de San Martín, se persuadió que la marcha del ejército de los Andes tenía por objeto la guerra de Santa Fe, y que iba á verse obligado á hacer frente á tres ejércitos á la vez. Con una sagacidad que le era nativa, se dió cuenta clara de su situación, y adoptó una resolución en armonía con sus instintos de caudillo personal y el sistema gauchi-político de equilibrio que le era aconsejado por su situación territorial. Comprendiendo que no podía resistir al ejército de Belgrano que avanzaba en masa sableando sus montoneras, y movido tal vez por los sentimientos de argentino que no había desertado la causa común contra los españoles, se decidió á hacer la paz por sí con independencia de sus aliados en la Banda Oriental, Entre Ríos y Corrientes para conjurar los peligros que le amenazaban. La entrega de los pliegos interceptados dió motivo á un acercamiento de los beligerantes domésticos, á que se siguió un armisticio, que por el momento puso término á la guerra civil, aunque no fué sino una tregua pasajera (46). Así se llenó uno de los objetos que San Martín tuviera en vista al repasar los Andes.

Como se dijo antes, desde Curimón San Martín había anunciado á O'Higgins su intención de mediar en la guerra civil, á la vez de hacer la intimación de que se ha dado cuenta ya. Contrariado el vencedor de los Andes por el ca-

---

no entrar sino por incidente en el cuadro de este libro, hemos narrado extensamente en nuestra « Hist. de Belgrano », t. III, cap. XXXVIII. (4.ª edic.)

(46) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 9 de abril de 1819, M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.) — Véase « Hist. de Belgrano », cap. citado en la nota anterior.

rácter crónico que tomaba la guerra en las Provincias Unidas, perturbando sus vastos planes, todo su anhelo era ponerle término de cualquier modo. Su pasión era la independencia americana, á ella posponía todo, y su horror por las luchas intestinas había llegado á convertirse en una manía sistemática. Hallándose en Mendoza fué instruído de la bajada del ejército de Belgrano, que contrariaba por otra parte sus planes combinados sobre el Alto y Bajo Perú. Con anticipación había incitado á la logia lautarina de Chile por medio de Guido, á que comprometiese al gobierno de ultracordillera á fin de que mediara en la guerra civil argentina. El director O'Higgins, obedeciendo á esta impulsión secreta, nombró una comisión con tal objeto, con encargo de que se acercase á don José Artigas, jefe de los caudillos coaligados contra el gobierno argentino é interpusiese sus buenos oficios, la que fué propiciada por San Martín, como que era el verdadero autor de la idea (47). El director Pueyrredón justamente ofendido de que se enviase una misión internacional ante un caudillo rebelde, que hacía una guerra de bandalaje, antes de dirigirse á él, y se reconociese por el hecho á las montoneras como beligerantes á riesgo de ensoberbecerlas más, previno formalmente á los diputados chilenos: que suspendiesen todo paso en ejercicio de su comisión, y así lo significó á San Martín, reprobando confidencialmente su avanzado proceder (48). Esto tenía lugar en el mes de marzo

(47) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de febrero de 1819. En ella le dice : « El amigo Guido le ha escrito la resolución de la O-O » (*signo que designaba la Logia*) para que nuestro amigo Cruz y el regi» dor Cavareda, comisionados por este gobierno, pasen á verse con Arti» gas ó el jefe que manda las fuerzas que hostilizan la campaña de Bue» nos Aires, establezcan una mediación á nombre de Chile, pidan cesa» ción de hostilidades y ofrezcan á nombre de este Estado garantir los » tratados que se estipulen entre el supremo gobierno de Buenós Aires y » Artigas; pero que todo se convenga con usted para que tenga aciérto. » (Arch. San Martín, vol. XLI, M. S.)

(48) Ofi. de San Martín al director, de 28 de febrero de 1819. M. S.

en que el ejército de Belgrano abría sus operaciones sobre las montoneras de Santa Fe.

En su impaciente anhelo por un arreglo inmediato de la contienda doméstica, San Martín se dirigió á Artigas y á don Estanislao López antes de conocer las disposiciones del director Pueyrredón. Decía á Artigas : que la bajada del ejército del norte, con el cual contaba para operar contra los españoles en el Perú, desbarataba sus planes militares. Hablábalo de la expedición española y lo inclinaba á la unión ; y á la vez de mostrarse prescindente en la lucha intestina, lo incitaba á recibir la mediación, terminando por declarar « Mi » sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, » como éstas no sean en contra de los españoles y en favor » de la independencia » (49). La carta á López, concebida en el mismo sentido, pero en términos más expresivos, como si adivinara que este caudillo estuviese mejor dispuesto á la paz, le indicaba que no tendría inconveniente en celebrar una conferencia con él para arreglarlo todo patrióticamente (50).

Estas declaraciones avanzadas de San Martín, eran imprudentes y aun ligeras, y sólo pueden ser disculpadas por su preocupación de los grandes intereses americanos, que anteponía á las formas del decoro nacional. La imparcialidad que afectaba era un reproche indirecto á la autoridad suprema de su patria, que sostenía la guerra en nombre del orden social.

(Arch. San Martín, vol. XLIV).— Carta de Pueyrredón á San Martín, de 11 de marzo de 1819. Arch. idem. M. S. — Ofi. de San Martín á la comisión mediadora de Chile, de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV.)

(49) Carta de San Martín á Artigas, de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV, núm. 4.)

(50) Carta de San Martín al gobernador Estanislao López dándole el título de « Comandante de las fuerzas de Santa Fe », de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLIV, núm. 4.)

Su afirmación absoluta de no tomar parte en ninguna guerra civil, además de ser un acto contrario á su carácter militar, importaba debilitar la fuerza moral del gobierno, alejando de sus enemigos la amenaza del ejército de los Andes. Felizmente las cartas fueron detenidas por Belgrano, quien tan sorprendido como San Martín por la doble retirada, le escribía lleno de resignación : « Si usted se conmovió con mi » bajada, figúrese cuál me habrá sucedido con la noticia de » que su ejército debía repasar los Andes. Tanto más me ad» miraba esto, cuanto el director nada me dice de su movi» miento, que va á retardar la ejecución de los mejores pla» nes, y quién sabe hasta qué punto puede perjudicar » la causa y afirmar el yugo español! Pero lo dispone quien » manda, y no hay más que obedecer » (51 . La trama se complicaba y sus hilos parecían enredarse en las manos del general de los Andes, precisamente en los momentos que se ocupaba en deshacerla, una vez llenado su objeto.

VII

Como el gobierno argentino no consideraba por entonces inminente el peligro de una expedición española, y por otra parte, no sabía qué hacer con el ejército de los Andes que iba á gravitar sobre su exhausto tesoro, á la primera insinuación de San Martín de suspender el repaso (25 de marzo de 1819), lo autorizó á dejar en Chile 2.000 hombres 9 de abril de 1819), es decir, la mitad de su fuerza, y así lo comunicó al director O'Higgins en contestación á sus instancias (52). Esto bastaba

(51) Carta de Belgrano á San Martín, de 13 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLVI.)

(52) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 9 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

por el momento para los fines que se proponía San Martín, manteniéndose en equilibrio con un punto de apoyo sólido y un pie á cada lado de la cordillera, sin perder de vista un instante su gran objetivo: el Perú. Pero las peripecias y complicaciones no habían pasado. Antes de trascurrir ocho días (15 de abril de 1819) el mismo ministro de Guerra que lo autorizaba á suspender parcialmente el repaso, manteniéndose á la espectativa, le ordenaba terminantemente y con urgencia, que la parte del ejército que se hallaba en territorio argentino, engrosado con 2,000 reclutas chilenos en reemplazo de los 2,000 hombres de los Andes que debían permanecer en Chile, marchase sin dilación á Tucumán, á hacer frente al ejército realista del Alto Perú, que según avisos del general Belgrano, se disponía á invadir la frontera del norte (53). San Martín, conformándose ostensiblemente con esta orden, contestó, tal vez para hacer mayor presión sobre Chile, « que impartía las órdenes más positivas en consecuencia », y pidió instrucciones respecto al tren de artillería que quedaría en Cuyo (54). En seguida hizo presente confidencial y oficialmente por la vía reservada, que tal medida importaba la disolución del ejército de los Andes, y elevó su renuncia (55). Á esta fecha las fuerzas reunidas en Mendoza que habían repasado la cordillera, alcanzaban como á 1,200 hombres, permaneciendo al occidente de ella en Curimón como 2,200 hombres (56).

Aturdido Pueyrredón con las idas y venidas de San Mar-

(53) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 15 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXVII.)

(54) Ofi. de San Martín de 30 de abril de 1819. M. S. orig. en el Arch. Gral. y en copia en el Arch. San Martín, vol. XXVII.

(55) Ofi. de San Martín de 11 de mayo de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S.)

(56) Estado de fuerza de 11 de mayo de 1819. Doc. del Arch. General. M. S. He aquí su detalle : Artillería, 83 de tropa; nº 1.º de cazadores de infantería, 567; Granaderos á caballo, 213; cazadores montados, 305, y á

tín, con su aparente variación de resoluciones, y las órdenes y contra-órdenes que le hacían firmar, obedeciendo al impulso del general de los Andes, tuvo un momento de noble impaciencia y le dirigió una carta que compendia la historia de este oscuro episodio á la vez que la inalterable fidelidad del director argentino á las grandes ideas del gran general: « Como ese gobierno ha sido tan vario en sus deliberaciones » sobre la expedición á Lima, me ha puesto también en la » necesidad de variar mis órdenes alternativamente por los » movimientos de ese ejército. Me dijo usted que convenía lo » hiciese venir: así lo mandé. Se me representó el peligro de » Chile, si quedaba abandonado á sus solas fuerzas; y dispu- » se quedasen dos mil hombres para su guarnición y segu- » ridad. Con pocos días de intermisión se me repitió con in- » terés, que Chile se había decidido á realizar la empresa, » procurando el dinero necesario: por duplicado fué la or- » den para que suspendiesen las tropas su regreso. En este » estado me dice usted, que habían empezado á pasar las » tropas á esta parte de los Andes. ¿Qué puedo determinar » yo con acierto? Si la expedición se ha de realizar y la cor- » dillera lo permite, quisiera que volviesen á Chile los que » están de esta parte. No hay más remedio que hacer la ex- » pedición por el Pacífico ó reunir nuestras fuerzas para en- » trar de un modo irresistible por el Alto Perú » (57). Insistiendo sobre estos tópicos le decía doce días después: « Todo » se ha trastornado por las variaciones de Chile, y nos ha » agarrado la cordillera con el ejército dividido. Sabe usted » que su dictamen ha sido siempre la regla de mis delibera-

más 85 jefes y oficiales. Total: 1,253. En el campamento de Curimón en Chile se hallaban los batallones 7.°, 8.° y 11.° con la mayor parte del batallón de artillería y un escuadrón de granaderos á caballo, sumando un total de 2,148 hombres de tropa.

(57) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 18 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

» ciones en todo lo relativo al ejército de los Andes. Obre usted
» con la misma franqueza en adelante. Por último : supuesto
» que nuestras empresas sobre Lima no pueden realizarse
» hasta la primavera que viene, sería conveniente diese usted
» un paseo para conferenciar y allanar lo necesario al sostén,
» elevación de fuerzas y mejora de la división que está en
» Mendoza » (58).

El director Pueyrredón dirigía estas palabras al general que había ilustrado con sus grandes victorias el período de su administración, en víspera de dejar de ser hombre público. El 19 de junio de 1819, abandonaba el gran escenario y se perdía en su penumbra, circundado por esa sombra que acompaña á los mandatarios que resignan el poder en tiempos difíciles (59). Sólo insistiremos sobre él en la parte que se relaciona con el asunto de este libro. Fué como gobernante el hombre de su partido y el gobernante nacional, representando una autoridad impersonal, por cuanto su base era parlamentaria y su acción estuvo subordinada á un centro aulico directivo, lo que caracteriza políticamente su administración. Armado de un poder dictatorial, contrapesado por una oligarquía inteligente y patriota, sus actos llevaron el sello de la moderación, sin manifestar tendencias á la arbitrariedad caprichosa, y este es su rasgo moral como magistrado. Sin ser una personalidad marcada, ni tener la potencia propia que domina los acontecimientos y les imprime dirección, fué el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva nación; se echaron los cimientos del

(58) Carta de Pueyrredón á San Martín, de 29 de mayo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

(59) Véase « Hist. de Belg. », t. II, cap. XXXIX. (4ª. edic.)

gobierno parlamentario; se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse á cabo la reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentino-chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipu orlaron el escudo de las Provincias Unidas, y estas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración, verdaderamente histórica.

VIII

Una sangrienta tragedia que se enlaza con los sucesos de esta época, y que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independientes y realistas, ocurría en una oscura población de las pampas argentinas á tiempo que el drama del repaso de los Andes empezaba á desenvolverse según el plan de su autor.

Encontrábase San Martín en Curimón pronto á emprender su viaje á Mendoza, cuando le llegó la noticia de que en la ciudad de San Luis había estallado una conjuración de prisioneros españoles, á que se atribuían vastas ramificaciones en ambos lados de la cordillera. Alarmado con esta novedad, escribió confidencialmente á O'Higgins : « Ahora más que » nunca se necesita haga usted un esfuerzo para auxiliar á la » provincia de Cuyo. Chile no puede mantenerse en orden » y se contagia si no acudimos á tiempo. El orden interno » nos es más interesante que cincuenta expediciones. » Al llegar á Uspallata le alcanzaban nuevos detalles sobre este suceso, y volvía á insistir sobre los auxilios pedidos, ordenando que se activase la marcha de la división argentina que debía

iniciar el repaso (60). Su gran interés por el momento era asegurar su base de operaciones y fuente de recursos subsidiarios, y hacer concurrir á Chile á este objeto, dejando para después la prosecución de sus planes sobre el Perú, que posponía al orden interno de los dos países, cuyo concurso eficiente necesitaba para realizarlos. Empero, el hecho no tenía la trascendencia que se le atribuía.

Como se explicó antes (cap. IX, § I), el valle de San Luis en que se asentaba la ciudad de este nombre, es un oasis en medio del desierto, que ligaba las comunicaciones del litoral del Plata con la cordillera de los Andes por el camino de Chile. Hallábanse allí confinados como en una isla mediterránea del océano petrificado de la pampa argentina, los prisioneros españoles de Chacabuco y Maipu, entre los cuales se contaba el pusilánime Marcó del Pont y el heroico Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado y Morla, y casi toda la oficialidad del famoso regimiento Burgos. Por recomendaciones expresas de San Martín eran tratados con toda consideración por el teniente gobernador Dupuy, quien deponiendo su ceño adusto, les dispensó las más amistosas atenciones, á punto de corregir con su autoridad la inconveniencia de algunos oficiales nacionales, que en presencia de ellos entonaron una canción patriótica que lastimaba sus sentimientos de realistas en la desgracia (61). Fueron alojados y atendidos generosamente con las comodidades que ofrecía la pobre ciudad cuyana, se les permitió conservar sus ordenanzas de servicio, y gozaban de una relativa libertad sin ser humillados ni molestados por una incómoda vigilancia (62). Un corto pi-

(60) Carta de San Martín á O'Higgins, de 13 de febrero en Curimón, y 18 del mismo de 1819 en Uspallata, pub. por Vicuña Mackenna en « Rel. Hist. » parte 2.ª, p. 667-669. (Arch. de O'Higgins.)

(61) « Memoria » de Manuel B. Álvarez, testigo y actor en el suceso. (M. S. en el Arch. del Dr. Ángel J. Carranza, cit. por Fregeiro en « Estud. histór. » sobre Monteagudo, p. 212.)

(62) En comprobación del aserto del texto, copiamos á continuación

quete de milicias, mandado por un oficial puntano llamado José Antonio Becerra, componía toda la guarnición de San Luis. El desierto era el centinela que los vigilaba. Ordóñez y Primo de Rivera, que vivían juntos, se entretenían en cultivar un huerto, y lo mismo que sus compañeros de desgracia, mantenían relaciones sociales con las familias de la población, en cuyo seno eran acogidos con simpatía, endulzando su cautiverio las hijas de San Luis, renombradas por su belleza.

Los prisioneros vivían resignados, y aun felices según confesión propia, en medio de suculentos banquetes, bailes, amo-

---

dos cartas de los dos principales prisioneros españoles.— *Carta de Ordóñez* : « Sr. General D. José de San Martín — San Luis y setiembre 24 » de 1818 — Señor de todo mi afecto : Uno de sus más reconocidos tiene » la osadía de importunarlo, y aunque lleno de experiencia de que todo » lo que es frívolo molesta á las personas gobernantes, no quiero pri- » varme por más tiempo de este placer, que mucho más antes debiera. » haber intentado. Tenga usted la bondad de no atribuirlo á otra cosa » sino á una moderación sin límites, y de la cual me ha sacado la visita » del amable y generoso D. Manolito Escalada, quien me debe un mili- » tar afecto de que no prescindiré en cualquier caso á que mi suerte » me conduzca. Debo inmensas atenciones á mi finísimo jefe el Sr. D. » Vicente Dupuy, y no dudo que en la superficie de mi pequeño círculo » no pueda caber mayor agrado. Mis compañeros de armas con igual » motivo así lo preconizan, y todo refluye en mi satisfacción. — Su afmo. » y muy reconocido amigo, Q. B. S. M. — *José Ordóñez*. » — *Carta de* » *Morla* — San Luis, julio 18 de 1818 — Señor D. José de San Martín. » Muy señor mío y amigo de mi mayor respeto : La más ingrata de » las criaturas sería yo si perdiese un momento sin manifestar á Vd. el » cordial agradecimiento que respira mi corazón, por la multitud de be- » neficios á que le soy deudor. Á Vd. debo una nueva existencia, respi- » rando un aire puro y gozar en fin de una suerte feliz en medio de mis » desgracias. Mucho envidio una elocuencia ciceroniana para poder ex- » presar con alguna dignidad mis sentimientos; pero la bondad de Vd. » suple la escasez de mis palabras y los yerros de mi escrito. Hoy he » sido llamado del teniente gobernador D. Vicente Dupuy, el que ha te- » nido la bondad de hospedarme en su casa y socorrerme con más fuertes » cadenas que las que me acompañan en mi prisión. Adiós, mi general » y bienhechor, el cielo quiera prosperar su vida dilatados años para con- » suelo de los desgraciados, como se lo pide su affmo. y reconocido ami- » go, Q. B. S. M. — *Lorenzo López de Morla*. » (M. S. S. aut. Arch. San Martín, vols. XLIV y LXIX.)

ríos y tertulias de juego, — una de ellas la del teniente gobernador, — cuando llegó á San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo, se ligaron por una fría pero cortés relación, y juntamente con un sobrino de Ordóñez, de edad de diez y siete años, llamado Juan Ruiz Ordóñez, empezaron á frecuentar una casa de familia atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegaría á ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas encendió una ardiente pasión en Monteagudo á la vez que en Ordóñez ó en su joven sobrino (que era el destinado á poseerla), despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. Coincidieron con esto las alarmas que se difundieron en todo el territorio con motivo de la generalización de la guerra civil, y con un bando que expidió el teniente gobernador (1.º de febrero de 1819), en que se prohibía á los prisioneros salir de noche y visitar las familias, fundándose en que con su trato extraviaban la opinión pública. Esparcióse al mismo tiempo la voz de que iban á ser separados y trasladados á diversos puntos, y desde entonces los prisioneros exasperados se ocuparon seriamente de poner en ejecución un plan de sublevación y fuga, que hacía como cuatro meses tenían meditado. Casualmente, al día siguiente del bando, llegaron de Mendoza veinte prisioneros más, con los que, y cincuenta y tres presos y detenidos en la cárcel y el cuartel de la guarnición, con que creían poder contar, consideraron asegurado el golpe. El número total de los conjurados, incluso ordenanzas y paisanos, no pasaba de cuarenta. El plan era prender al teniente gobernador y á Monteagudo, apoderarse de la población y de las armas, proporcionarse cabalgaduras y lanzarse á la pampa, en busca de las montoneras, según unos, pero más probablemente en dirección al sud de Chile donde la guerra de partidarios volvía á encenderse. Al efec-

to, apalabraron baqueanos, prepararon arreos de monturas, se proporcionaron algunas armas (luego se verá cuáles eran), y listo todo, quedó resuelto que el 8 por la mañana darían el golpe.

El alma de la conjuración era un simple capitán de infantería, llamado Gregorio Carretero, que es la más interesante figura de este trágico episodio. Un historiador español (Torrente) se limita á apellidarlo de valiente, sin dar más noticias acerca de él, y los historiadores americanos no las adelantan. El acaso nos ha hecho descubrir un documento que proyecta una luz nueva y simpática sobre este personaje de alma intrépida, que á pesar de su inferior graduación ejercía un predominio moral sobre sus compañeros de infortunio. Carretero había pertenecido al primer batallón del famoso regimiento Burgos, que tanto se distinguió en la guerra de la Península contra los franceses, y en 1817 pasó á América con su cuerpo como capitán de la compañía de granaderos. En España era conocido por el ardor de sus ideas liberales y su odio al rey absoluto, y estaba afiliado á las sociedades secretas que preparaban el levantamiento liberal de España acaecido en el mismo año en que él moriría mártir oscuro de una bandera caída que no amaba. Antes de embarcarse en Cádiz en 1817, él y varios oficiales de su batallón habíanse concertado con uno de los agentes secretos del gobierno argentino que residía en esa ciudad, y aceptado con entusiasmo bajo juramento la idea de un plan, que tenía por objeto entenderse con los independientes del Río de la Plata á fin de promover un arreglo pacífico con ellos levantando la bandera liberal en el Perú (63). Sabido es, que,

(63) Carta del agente de Buenos Aires en Cádiz, de 30 de julio de 1819 dirigida al director Pueyrredón, con inclusión del plan á que se hace referencia en el texto, en que se dan sobre el capitán Carretero estas interesantes noticias. (Papeles de Pueyrredón en nuestro Arch. M. S. autóg.)

cada expedición militar que zarpaba de España, traía este germen liberal cuyo foco estaba en Cádiz, y que las sociedades secretas de los constitucionalistas españoles tenían sus ramificaciones en los ejércitos realistas de América, que trabajaban en un sentido análogo á este plan (64). La expedición á que pertenecía Carretero, de que ya hemos dado cuenta (cap. XVI, § III), arribó al Callao y fué destinada á formar parte del ejército de Osorio que invadió á Chile en 1818, triunfó en Cancharrayada y fué vencida en Maipu, donde cayó prisionero con todo su batallón. Tal era el hombre, que fiado en su ascendiente, concibió el plan de conjuración, comunicándolo únicamente á los más decididos para no comprometer el secreto. Fué tal la reserva, que prescindieron de Marcó del Pont, no obstante su categoría, probablemente por no considerarlo hombre de acción, y á esto debió su salvación.

En la noche del domingo 7 de febrero, invitó Carretero á sus camaradas á un almuerzo en la madrugada del día siguiente, diciéndoles que era para entretenerse luego en matar bichos en el huerto de su casa. El 8, á las seis de la mañana, estaban reunidos allí unos veinte oficiales de los prisioneros. El jefe de la conjuración los invitó á pasar al huerto, poblado de árboles. Reunidos allí á la sombra de una higuera, les brindó un ligero desayuno de pan y queso y un trago de aguardiente sanjuanino, regalo de otro prisionero español confinado en San Juan. En seguida, desenvainando un puñal y con ademán resuelto y voz imperativa les dijo : « Pues » señores, me tomo la palabra. — Los bichos que vamos á » matar es que dentro de una hora vamos á ser libres ó á » morir. Todas las medidas están tomadas, y al que se vaya

(64) Véase el opúsculo « El general Iriarte ante el tribunal de la opinión pública », p. 6, 18 y 20, en que se dan algunas noticias auténticas sobre el particular.

» ó no siga, lo mato! » Y sin esperar respuesta, procedió á distribuir unos diez cuchillos que había comprado en una pulpería á cuatro y seis reales cada uno, ordenando que los que no tuviesen armas agarrasen palos para pelear. Los más valientes, prorrumpieron en exclamaciones sordas, y los más tímidos se sintieron dominados ante la perspectiva de la libertad. Acto continuo procedió á organizar las partidas que debían atacar los diversos puntos de antemano señalados. Á un capitán Felipe La Madrid con diez hombres, lo destinó para asaltar el cuartel; al capitán Dámaso Salvador con seis hombres, para posesionarse de la cárcel y dar libertad á los presos; al capitán Ramón Cova con dos más para apoderarse de la persona de Monteagudo. Dióles la seña y contraseña convenida, y después de decirles que el teniente gobernador corría de cuenta suya y de los jefes superiores, fuése á reunir con Ordóñez, Primo de Rivera y Morla que lo esperaban impacientes con sus ordenanzas armados.

Entre 8 y 9 de la mañana, la partida destinada á asaltar el cuartel llegó á sus puertas, y á los gritos de *¿qué es esto? ¿qué es esto?* que era la palabra de orden, desarmaron al centinela, penetraron por sus puertas, trabaron una lucha cuerpo á cuerpo con la guardia, á la que vencieron al fin, apoderándose de sus armas, y ocuparon las puertas de las cuadras. Entre los asaltantes hacíase notar el teniente del batallón de Arequipa José María Riesco, natural de Chile, quien con un puñal ensangrentado en una mano y una hacha en la otra, se dirigió á la cuadra donde se hallaban los montoneros con que creían poder contar. Al tiempo de llegar á la puerta, salióle al encuentro un hombre de fisonomía hosca con rasgos acentuados de feroz hermosura, mirada torva, melena poblada y larga barba renegrida, quien armado de un cabo de lanza lo contuvo. Llamábase Juan Facundo Quiroga, era natural de la Rioja, tenía á la sazón treinta y un años, había sido blandengue de la frontera á órdenes de San Martín en el

fuerte de San Carlos, de donde desertara, prestando en seguida algunos servicios al ejército del norte y enrolándose por último en la montonera, por cuya causa se hallaba preso. Tal fué la aparición en la historia del hombre destinado á alcanzar una aterradora celebridad como caudillo en los fastos sangrientos de la guerra civil argentina. Su ejemplo alentó á los presos que cargaron sobre los asaltantes. Al mismo tiempo que los soldados del cuartel reaccionaban, de todos los puntos de la población acudía multitud de paisanos armados, estrechando en el patio al pequeño grupo, que fué exterminado. Salvóse únicamente Riesco mal herido. Entre los muertos, contábase al intendente del ejército realista en Chile Miguel Berrueta, que se había unido al grupo, y cayó peleando con las armas en la mano al lado del capitán La Madrid. El ataque al cuartel estaba frustrado.

La partida destinada á posesionarse de la cárcel, al llegar á la plaza, vió cruzar un hombre á caballo, que sable en mano gritaba *¡á las armas!* á cuya voz salían de los ranchos hombres armados que se le reunían. Era el comandante Becerra, cuya sola presencia bastó para dispersarla, siendo muertos por el pueblo los que la componían, con excepción de uno que se había rezagado. Los destinados á prender á Monteagudo, no alcanzaron á llegar á su casa y fueron sacrificados aisladamente en distintos puntos, menos uno, el teniente Juan Burguillos, que se reunió á Ordóñez.

Poco antes del asalto del cuartel, presentábanse á la puerta de la casa del teniente gobernador, — que se hallaba situada en una esquina de la plaza, — Carretero, Morgado y Morla, solicitando una audiencia, que les fué concedida en el acto. Al entrar á su despacho, lo encontraron en compañía de su secretario el capitán de milicia Manuel Rivero, y el doctor José María Gómez, médico español confinado, de temperamento tan tímido, que por no comprometerse intimando relaciones con sus compatriotas enfermos, les tomaba el pulso

sin apearse de su mula (según confesión propia), por lo que había sido reprendido por Dupuy, al recomendarle los asistiese con más cuidado. Después de cambiar saludos, Carretero, sacando un puñal del pecho se precipita sobre Dupuy, quien con un golpe violento le hace saltar el arma de la mano. Atacado por Morgado, hombre corpulento y de fuerza hercúlea, lo rechaza de un puñetazo. Acude Morla, y entre los tres lo derriban al suelo, sin herirlo, lo que prueba que no querían atentar contra su vida. En ese momento aparecen Ordóñez y Primo de Rivera, seguidos por sus dos ordenanzas que traían al soldado que guardaba la puerta, la que por precaución dejaron cerrada. Pero antes de entrar, habíanse encontrado con el médico Gómez y el capitán Rivero que salían dando gritos de alarma, recibiendo este último una puñalada que le asestó Burguillos por la espalda. Cuando se creían dueños de la situación y se disponían á imponer al teniente gobernador sus condiciones, oyeron ruidosos golpes y grandes gritos á la puerta de calle: *¡mueran los godos!* Era el pueblo encabezado por el alférez Pringles, que después de acabar con las partidas asaltantes en el cuartel y las calles, venía en auxilio del teniente gobernador. Sintiéndose perdidos los jefes de la conjuración, parlamentaron con Dupuy, y éste, empuñando un sable salió al patio y abrió la puerta. La multitud enfurecida precipitóse sobre los jefes conjurados, matando á Ordóñez, Morla y Carretero. Morgado fué muerto por el mismo Dupuy. Primo de Rivera se refugió en el aposento de Dupuy, y encontrando allí una carabina cargada, se hizo saltar el cráneo.

El proceso fué instruido por Monteagudo, avezado á este género de procedimientos, tocándole por la tercera vez desempeñar el papel de juez sangriento. Como en la causa de los Carrera en Mendoza, formuló el dictamen y la sentencia de muerte, aconsejando que se ejecutase sin demora ni previa consulta. Así se hizo. De los cuarenta conjurados, veinte

y cuatro habían muerto en la refriega. De los diez y seis que sobrevivieron, algunos de ellos heridos, siete fueron fusilados, presenciando el suplicio ocho que eran meros cómplices pasivos. El único que salvó de esta hecatombe, fué el sobrino de Ordóñez, cuya sentencia se suspendió en consideración á su corta edad ó tal vez por las influencias tiernas que fueron causa inocente de la catástrofe, sometiéndola á la decisión del general San Martín. Éste, llegó á San Luis en los primeros días de marzo, llamó á su presencia al joven Ruiz Ordóñez, que le fué presentado con un grillete y una gruesa cadena á la cintura; condolido de su situación, le hizo sentar en una silla, llamó un herrero que le limase los hierros y le perdonó la vida. Después de hacer poner en libertad á Juan Facundo Quiroga, que desde ese día le profesó una entusiasta admiración y afecto, el general regresó á Mendoza, adonde lo llamaban urgentemente las complicadas atenciones del repaso de los Andes.

La matanza de San Luis, bien que justificada por las duras leyes de la guerra, levantó un grito de ira y de venganza en las filas de los ejércitos españoles que peleaban en América. La guerra á muerte entre los partidarios recrudeció en las fronteras de Arauco y en las montañas del Alto Perú. Mantúvose empero en condiciones regulares la que continuaron haciéndose los ejércitos beligerantes, merced á la política humana iniciada por San Martín, que sus victorias hicieron prevalecer (65).

---

(65) Esta narración, se funda en los siguientes documentos: 1.° « Causa criminal » seguida contra los conjurados y docs. correlativos del Arch. general, M. S. S. 2.° Correspondencia oficial de Dupuy y Luzuriaga con San Martín sobre el particular. M. S. Arch. San Martín, vol. XLIV. 3.° Carta de Ruiz Ordóñez sobre el suceso, escrita en Barcelona en 1867. M. S. Arch. idem, vol. cit. 4.° Docs. oficiales sobre lo mismo, publicados en la « Gaceta de Bs. Aires », núms. 110, 111 y « Extraordinaria » de 22 de febrero de 1819. Compárese con las narraciones que de este suceso han hecho: Vicuña Mackenna en « Rel. Hist. » y « Guerra á

IX

Á su regreso á Mendoza, encontróse á fines de marzo y principios de abril con comunicaciones de Guido, de O'Higgins y de la Logia de Lautaro en que le avisaban que el gobierno y el pueblo de Chile estaban decididos por la expedición, pidiéndole determinase sus condiciones para ponerse al frente de ella como generalísimo y árbitro de la suerte del país y de la América. Guido, que tenía encargo de comunicarle lo que ocurriese cada dos ó tres días, le decía el 19 de marzo : « El director ha pasado ayer una nota al Senado ma- » nifestándole los peligros que amenazan á Chile si el ejér- » cito de los Andes repasa. Creo que sus miembros están » decididos á una expedición á las costas del Perú aunque » sea de 2,000 hombres, siempre que éstos queden de nues- » tro ejército. Quieren también, según hoy se me ha insi- » nuado, que todo corra por una comisión separada de la se- » cretaría de guerra. Algunos se explican ya contra Zenteno » (ministro de Guerra y Marina), y los más, que la expedi- » ción no se ha hecho por la falta de energía del gobierno. » En fin, excepto los pícaros, todos están persuadidos que » no hay salvación si no se conmueve el Perú » (66). Tres días después, le decía : « Esta noche se reunirán los amigos » (la Logia de Lautaro) para decidir qué cuerpos quedan del » ejército de los Andes. Yo me veo negro para dar mi opi-

---

muerte » ; Fregeiro : « Estudios históricos » sobre Monteagudo; Pelliza : en « Monteagudo : su vida y escritos » ; V. F. López : « La Revol. Argentina » ; Iñiguez Vicuña : « Vida de Monteagudo » ; y Torrente : « Revol. Hisp. Amer. »

(66) Carta de Guido á San Martín, de 19 de marzo de 1819. M. S. (Archivo San Martín, vol. LVIII.)

» nión sobre este punto, porque veo que todos hacen falta. » El convencimiento de que todo se pierde desastrosamente si » nuestro ejército repasa, es ya sentimiento general de todos » los que piensan » (67). O'Higgins movido por la Logia, le escribía desesperado en esos mismos días : « Anoche se resol- » vió O-O (signo que significa gran reunión de la logia) que » don Manuel Borgoño salga hoy con toda diligencia á con- » venir con V. varios puntos de que dicho amigo le instruirá » verbalmente. Aseguro que estoy sin tino, no sé lo que hago » con el repaso de las tropas de los Andes. Bien me hago » cargo de las necesidades de Buenos Aires y los riesgos que » le amenazan ; pero este Estado queda en inminente riesgo. » Conozco que Buenos Aires pide lo que es suyo, y nuestra » gratitud me obliga no solamente á conciliar esta medida, » sino, á pesar de la pérdida que debe esperarse de Chile, » prestar las fuerzas que tengamos » (68).

Á fines de marzo llegó el mayor Borgoño á Mendoza en calidad de representante de la Logia, plenamente autorizado por ella para convenir con San Martín todo lo relativo á la realización de la expedición al Perú y aceptar las condiciones que el general impusiera. Borgoño manifestó, que el almirante Cochrane había salido con la escuadra chilena en busca de la española para asegurar el dominio del Pacífico, de lo cual dependía la posibilidad de realizar la expedición, pero que cualquiera que fuese el resultado de su campaña marítima, la expedición se haría con arreglo á los planes del General. San Martín declaró, que se necesitaban de 4 á 6 mil hombres para la empresa; pero que se comprometía á llevarla á cabo hasta con 4,000 hombres solamente (como lo hizo), y además 500

---

(67) Carta de Guido á San Martín, de 22 de marzo de 1819. M. S. (Archivo San Martín, vol. LVIII.)

(68) Carta de O'Higgins á San Martín, de 17 de marzo de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

mil pesos, de los cuales él podría proporcionar 200 mil pertenecientes á la parte del empréstito del medio millón realizado por el gobierno argentino con tal objeto. Así quedó convenido, y el generalísimo, para dar una prenda que sellase este pacto, aceptó el grado de brigadier general de Chile, que nuevamente se le brindaba, y que antes rehusara, como rehusó el ofrecido antes por su patria (69).

Fué en tales circunstancias cuando entregándose por completo á la gran empresa á que había consagrado su vida, dispuso que su esposa regresase á Buenos Aires, no obstante la inseguridad de los caminos interceptados por las montoneras, acompañándola hasta Río Quinto, donde le dió el eterno adiós, pues ya no volverían á verse más en el mundo. San Martín ya no tenía más esposa que la América : se preparaba á renunciar á la patria, y empezaba por renunciar á la familia. Á su regreso á la tierra natal, después de libertar un continente, fundando dos nuevas repúblicas y contribuir á la consolidación de una tercera, encontraría su esposa muerta, su patria que le volvía la espalda, y por único premio de su amor y sus fatigas, una hija, que tomaría en brazos para ir al eterno destierro, apostrofado por sus compatriotas como desertor de la bandera que había cubierto de gloria!

Á vuelta de correo recibió la ratificación de lo convenido

---

(69) He aquí el texto del oficio de aceptación : « Excmo. señor: Ya sería » una ingratitud si no admitiese el despacho de Brigadier con que nue- » vamente me condecora el estado de Chile que V. E. me remite en 20 » del próximo pasado. Mi protesta de no admitir otro empleo que el de » Coronel Mayor, era con relación á las Provincias Unidas ; mi delica- » deza me había hecho renunciar el que en 15 de junio de 1817 me re- » mitió V. E. con igual condecoración. Esté V. E. persuadido que la » admisión que hago de este empleo no es nominal, y que sabré soste- » nerlo en beneficio de ese Estado con el mismo interés y decisión que » si hubiese nacido en él. Reciba V. E. mis expresivas gracias por el » favor con que me distingue y honra. — Mendoza, 1.° de abril de 1819. » — *José de San Martín*. — Excmo. Supremo Director del Estado de » Chile. » (Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S.)

con Borgoño, por medio de una comunicación de la Logia, acordada en sesión solemne, que revela la decisiva influencia de esta misteriosa institución en la dirección de la política argentino-chilena y de los destinos de la América. En ella le decía que : oído el mayor Borgoño, habíase resuelto que el ejército de los Andes permaneciese en Chile, con el fin de realizar la expedición de armas al Perú en número de cinco mil ó más hombres, dentro de dos meses y medio á más tardar, contados desde la fecha del acuerdo. Agregaba, que al efecto, el gobierno hacía los preparativos necesarios, empezando por realizar trescientos mil pesos en dinero, completar la fuerza de los cuerpos, promover la construcción de útiles de guerra y acopiar víveres, contando para completar medio millón con los 200 mil pesos que por parte del gobierno de Buenos Aires tenía el general recibidos. Por último : « Sobre todo se aguarda á V. lo más pronto, para que con » autoridad plena se encargue de todos los preparativos en » toda la parte militar, partiendo del principio, que cualquie- » ra que fuese el resultado de la escuadra chilena, no debe » dejarse de la mano la obra interesante de la expedición, » debiéndose trabajar incesantemente bajo cualquier aspecto » que tomen las cosas » (70). Juntamente con la misiva de la Logia, le escribía confidencialmente O'Higgins : « Convie- » ne que V. venga cuanto antes á poner en movimiento to- » dos los resortes conducentes á la expedición » (71). El ministro de Chile, don Joaquín de Echeverría, uno de los

---

(70) M. S. orig. (Arch. San Martín, vol, XXVII.) Este es el único documento oficial de la Logia de Lautaro que hasta el presente se haya publicado, y que hicimos conocer por la primera vez en nuestras « Comprobaciones históricas », parte 2.ª, p. 366-367. Puede verse su texto íntegro en el Apénd. núm. 19 juntamente con todos los demás documentos correlativos.

(71) Carta de O'Higgins á San Martín, de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.)

más decididos partidarios de la empresa, decíale : « Acábese » de persuadir que no debemos perder un tiempo tan precio- » so. Su presencia es aquí absolutamente necesaria para po- » ner en movimiento todos los recursos del país y llevar á » cabo la expedición. Véngase, y viva persuadido que sin V. » no se puede emprender nada ; y ni aun cuando se pudiera, » nunca tendría tan feliz resultado » (72). Borgoño, después de darle cuenta del éxito de su misión ante la Logia, le agregaba : « Se ha acordado el nombramiento de una comisión » facultada para hacer el acopio de dinero, víveres y todo lo » necesario, para que quede V. con todo el poder conducen- » te á facilitar, ejecutar, mandar, conforme lo exige la cele- » ridad del caso, y hasta se propuso la creación de un mi- » nisterio para los negocios puramente de la expedición, á » fin de que la complicación de otros no paralizase como has- » ta ahora este interesante asunto » (73). La carta de Guido era más explicativa : « Anoche se acordó unánimemente » (en la Logia) que la expedición al Perú se hiciera con cin- » co mil hombres, conviniendo en los puntos siguientes : 1.° » Que la comisión que hizo la distribución de los 300 mil pe- » sos fuese encargada de la recaudación en un término peren- » torio. 2.° — Que el dinero que se recolectase fuera deposi- » tado en la casa de moneda bajo la responsabilidad de la co- » misión, que igualmente sería la depositaria de los víve- » res, etc. 3.° — Que para adelantar los trabajos de la maes- » tranza se exigiese un empréstito de los extranjeros, del nu- » merario suficiente para ello, hipotecando la contribución » directa para su pago en un corto término. 4.° — Que se

(72) Carta del ministro de gobierno de Chile Joaquín de Echeverría á San Martín, de 16 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(73). Carta del mayor (después general) José Manuel Borgoño á San Martín, de 5 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» delegase en V. la dirección para el apresto de la expedi-
» ción disponiendo ampliamente cuanto conviniese para ello.
» Nuestra situación es tal, que si tirando un dado á la fortu-
» na, no salimos á buscar recursos al Perú, vamos á perecer
» de consunción, y llegará tiempo en que las fuerzas actua-
» les no bastarán ni aun para la seguridad de este país. To-
» dos están convencidos de esta verdad, y muy especialmen-
» te de que sólo San Martín puede realizar el proyecto. Va-
» mos, pues, á dar la última mano, y si nos toca perecer,
» será en actitud más honrosa que la de la inacción » (74).

La invención del paso de los Andes producía los resultados previstos por su astuto inventor. En presencia de ellos, puede decirse que pocas veces un hombre de acción trazó con más segura mano la línea del destino, al amalgamar elementos dispersos y remover obstáculos, ayuntando voluntades que allegaban recursos, y por la sola potencia de su genio individual y de su autoridad moral combinar tan vastos planes, á la vez de dirigir ingeniosas y complicadas maniobras concurrentes cuyo secreto se reservaba. Merced á su decisión, su claridad de vistas y su poderosa influencia puesta al servicio de su causa, los destinos de la revolución sud-americana quedaron fijados desde ese momento : Lima caería, el Perú sería independiente, los últimos restos del poder español en el Nuevo Mundo serían vencidos, y San Martín cumpliría su misión redentora al frente de las armas argentinas y chilenas, según el plan de campaña continental concebido por él cinco años antes y ejecutado ya en sus tres grandes etapas : el paso de los Andes : la reconquista de Chile : el dominio del Pacífico. Quedaba sólo el imperio de los Incas por conquistar y libertar.

Fué entonces cuando San Martín se puso á deshacer pací-

---

(74) Carta de Guido á San Martín de 3 de abril de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

ficamente la red que tan pacientemente había tejido, cortando los nudos que no pudo desatar, algunos de cuyos hilos hubieron de envolverle á él mismo. Fué en tal ocasión cuando, Pueyrredón aturdido é impacientado con sus idas y venidas, le escribió que él lo había hecho y deshecho todo, y que hiciese lo que le pareciera mejor. Así, con las seguridades recibidas de Chile y con esta autorización del director argentino, dirigióse al ministro de la Guerra y desentendiéndose de los antecedentes, le participó : que en virtud del armisticio del Rosario había suspendido el repaso del ejército de los Andes, por quedar sin efecto los motivos que lo impulsaron á aconsejar esta resolución (75). El ministro le repuso: « Cuando » el gobierno acordó que el ejército de los Andes repasase la » cordillera, tuvo en consideración, no la disidencia de Santa Fe y sus hostilidades, sino otras causas que lo impulsaron á esta medida, consecuente á las exposiciones de V. E. » en el particular; y sobre todo, los grandes obstáculos que » presentaban irrealizable la expedición proyectada sobre Lima; pero como el gobierno del Estado de Chile parece que » en el día calcula mejor sus intereses y se dispone á los esfuerzos y sacrificios que demanda la expedición, ha acordado quede sin efecto en la parte que á V. E. pareciese » oportuno; es decir, que si en aquella previno quedasen en » Chile sólo 2,000 hombres del ejército de los Andes, podrá » disponer que todo él se detenga, y aún que los escuadrones de cazadores á caballo regresen á aquel Estado si también se creyesen necesarios para la expedición, quedando » igualmente sin efecto la providencia relativa al paso de » las tropas de Mendoza á Tucumán » (76).

(75) Ofi. de San Martín al ministro de guerra, de 16 de abril de 1819, (M. S. Doc. del Arch. general.)

(76) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 1.º de mayo de 1819 (M. S. Doc. del Arch. general.)

Era necesario hacer esta prolija historia documentada, respecto de un suceso que ha sido por largos años un misterio mal interpretado que por la primera vez se pone en claro, y que tan trascendental influencia tuvo en los destinos de la emancipación sud-americana.

CAPÍTULO XXII.

COCHRANE. — EL CALLAO. — VALDIVIA

AÑOS 1819-1820

El dominio del mar Pacífico. — Previsiones de San Martín. — Carácter de Cochrane. — Sus extraordinarias hazañas en Europa. — Su primera campaña naval en el Pacífico. — Descripción de la bahía del Callao.— La escuadra española se encierra en el Callao. — Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao. — Establece el bloqueo. — Se dirige á los puertos del norte. — El vice-almirante Blanco abandona el bloqueo del Callao. — Terminación de la primera campaña marítima. — Segunda campaña naval de Cochrane. — Reto á la escuadra española. — Ataca de nuevo por dos veces al Callao. — Desembarco y combate de Pisco. — Extiende su crucero hasta Guayaquil. — Apresa dos fragatas armadas. — Terminación de la campaña naval del norte. — Cochrane lleva su crucero al sud de Chile. — Descripción de la bahía y fortificaciones de Valdivia. — Toma de Valdivia. — Ataque Malogrado sobre Chiloe. — El camino del mar franco para la expedición al Perú.

I

El dominio del mar Pacífico era condición indispensable de éxito para la expedición al Perú. El mismo San Martín lo había dicho dos años antes, después de Chacabuco : « Sin » una fuerza naval que domine el mar Pacífico, yo no expon- » dré al ejército expedicionario á ser desbaratado por dos ó » tres buques de guerra, que pondrá el Perú en precaución » de la invasión que es el mayor mal que puede venirle á » su existencia » (1). La captura de la « María Isabel » y de

(1) Carta de San Martín á O'Higgins, de 22 de abril de 1819, antes cit.

los trasportes de guerra que convoyaba, había dado preponderancia á la naciente marina chilena, pero no el predominio absoluto del mar y de las costas desde Chiloe hasta Panamá, ni reducido á la impotencia las fuerzas navales españolas en el Pacífico, que podían medirse con ella, aunque con desventaja, y que según noticias que se tenían de la Península iban á ser reforzadas con dos navíos y una fragata. Nombrado Cochrane jefe de la naciente escuadra chilena después de aquel feliz ensayo, recibió por instrucciones, afirmar definitivamente ese dominio, destruyendo la escuadra enemiga, si era posible, ó encerrándola en sus puertos, batir en la mar el anunciado refuerzo. El nuevo almirante al desplegar su insignia en la « O'Higgins » « pudo como los viejos almirantes holandeses enarbolar una escoba en lo alto de sus mástitiles. » Él barrería el mar Pacífico de naves españolas, que como bandada de pájaros amilanados, se encerrarían en sus puertos para sucumbir en ellos, uno por uno, desde el prime ro hasta el último.

Era lord Cochrane el tipo ideal del héroe de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula ó el Aquiles épico, diríase que fué el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado á la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aún de la asamblea soberana de su patria, como se ha visto (cap. XX, § VI) ; naturaleza poderosa, ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética cuya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las oscurecen : era uno de los primeros entre los héroes de la primer marina del mundo, y fué el primero sin disputa en los fastos navales de la independencia de tres naciones sud-americanas. Pero este genio singular, animado por la potencia individual que domina los acontecimientos dentro de una determinada esfera de acción, no do-

minó nunca su propio destino, ni fundó escuela siquiera para prolongar su espíritu en su posteridad. Dotado de notables facultades intelectuales y morales, aunque sin talentos políticos ni método en sus operaciones, llevó á cabo hechos prodigiosos, sin conquistar en la historia esa página comprensiva que da una significación moral y una potencia intelectual á las acciones humanas. Héroe universal, por el dilatado campo de sus hazañas marítimas y por las diversas banderas que en ambos mundos adoptó como suyas, no tuvo patria ni se identificó por el amor con los pueblos que después han levantado estatuas á su fama póstuma. Su patria lo repudió con ira y menosprecio, y él se separó de ella maldiciéndola como una prostituta. De Chile, del Perú, del Brasil y de Grecia se alejó con enojo, después de contribuir en primera línea á su independencia, y en su testamento histórico los estigmatizó, — no sin alguna razón para ello, — como ingratos, estimando en oro, como una mercancía, el precio de sus trabajos (2). Gobernado por su carácter impetuoso, por una imaginación ardiente unida á un ingenio fecundo en expedientes, era un héroe de aventuras, más bien que un hombre de guerra metódica, aun cuando todas sus empresas y golpes de mano fueron bien concebidos y perfectamente calculados hasta en sus más minuciosos detalles, aun aquellos que rayaban en lo imposible. Faltóle empero, á su gran-

---

(2) En sus « Memorias », dice Cochrane que, gastó 95,000 pesos fuertes de su bolsillo, que Chile le quedó debiendo. El hecho positivo es, que Chile le donó una hacienda de 4,000 cuadras en recompensa de la toma de Valdivia, la misma de que después fué directamente despojado, sin que se le acordase ningún otro premio extraordinario en el curso de su carrera, fuera de la parte de botín de guerra que alguna vez se apropió, y de su sueldo de 10,000 pesos al año, que era el que correspondía al de un almirante inglés. En sus últimos años, fueron arregladas en parte sus cuentas con Chile, y después saldadas generosamente en sus descendientes. Al morir, aún no habían sido arregladas sus reclamaciones al Brasil. Del Perú se apropió una vez sus caudales, pagándose por sí mismo ; pero fué para gastos de la escuadra.

deza moral una pasión más ideal y desinteresada, un sentimiento más austero del deber, un espíritu más equitativo y un juicio más equilibrado, cualidades sin las que, el heroísmo es cuestión de temperamento y el mismo genio una luz intermitente.

Este hombre singular amaba por temperamento el peligro, y su alma intrépida permanecía tranquila en medio de las tempestades ó de los combates. Amaba el oro con sensualidad, y á esto debió el perder su patria natal, y enajenarse en vida el amor y la estimación de los que premiándole con parsimonia, le cuentan en el número de los ilustres fundadores de su independencia. Amaba la gloria con imperio, sin admitir émulos y sin elevarse siempre hasta el principio generador que da su carácter moral á las hazañas dignas de memoria por su ejecución y por su significación. Amaba en abstracto la libertad, y su genio y su espada sólo se pusieron al servicio de las grandes causas de su tiempo, combatiendo contra Napoleón y en pro de la Grecia contra el despotismo turco en Europa; y por la emancipación del Nuevo Mundo en sus luchas contra la España y el Portugal. Amaba, sobre todo, á su esposa, cuya belleza fascinadora según algunos contemporáneos, hacía prorrumpir en gritos de entusiasmo á los soldados americanos, cuando pasaba delante de sus filas manejando graciosamente su caballo en traje de amazona (3).

Una de sus primeras y más señaladas proezas á la edad de 26 años, fué la captura del « Gamo », fragata española de 32 cañones con 219 hombres de tripulación, por el bergantín « Speedy » de 158 tonelas y 14 cañones, que él mandaba con 54 tripulantes. Cerrando alternativamente las vergas de su barquichuelo sobre los aparejos del buque enemigo y tomando

(3) Miller: « Memorias », t. I, p. 180. Existe un retrato al óleo y de tamaño natural en el Museo de pintura de Chile, que no justifica este entusiasmo, aunque la fisonomía no carezca de rasgos delicados de belleza.

distancia para hacer jugar su artillería, se resolvió al fin á abordarla. Dejó el « Speedy » á cargo del cirujano en el timón, y con el resto de su diminuta tripulación, dividida en dos partidas, condujo personalmente el ataque, y se apoderó de la fragata con la sola pérdida de cuatro muertos y diez y siete heridos, tomando más prisioneros que combatientes tenía á sus órdénes. Sus últimas hazañas en el viejo mundo, antes de entrar al servicio de Chile (1806-1809), son memorables. La primera de ellas fué el combate que con un solo buque sostuvo contra una fragata y tres bergantines franceses protegidos por las baterías de la isla de Aix, obteniendo los honores del triunfo, hecho que según los historiadores difícilmente será igualado y nunca sobrepujado. La segunda fué la destrucción de parte de la escuadra francesa en la misma bahía de Aix (ó de Basques) por medio de tres brulotes cargados con 1,500 barriles de pólvora á que puso fuego por su propia mano. Estas acciones llamaron sobre él la atención de la Europa casi á la par de Nelson, é hicieron estremecer al mismo Napoleón, quien tributó á su audacia la merecida justicia. Durante su crucero por las costas de Francia, envió en una ocasión sus botes tripulados con el objeto de destruir una batería de costa. La expedición regresó al anochecer, declarando el jefe de ella, — que había acompañado á Cochrane en sus más temerarias empresas, — que la operación era impracticable. Lord Cochrane, lo interpeló con benevolencia en presencia de los tripulantes : — « Bien Jack, *vos* » creéis imposible hacer volar la batería? » Veinte voces respondieron al mismo tiempo : « No, mylord, no es » imposible ; podemos hacerlo si *vos* vais ? » Poco después, la expedición conducida por él en persona llevando Jack un barril de pólvora al hombro, hacía volar la batería (4).

---

(4) « The naval chronicle », vol. XXII. — Allens : « Life of the Eard of Dundonald », p. 103 (London 1861).

Tal era el héroe que en 1819 tomaba el mando de la escuadra de Chile en el Pacífico, y cuyos antecedentes personales hemos dado en otro capítulo (V. cap. XX, § VI).

II

Á los veinte días de recibirse Cochrane del mando de la escuadra (14 de enero de 1819) zarpó del puerto de Valparaíso con cuatro buques : el navío « San Martín », de 60 cañones, capitán Wilkinson; las fragatas « O'Higgins » (capitana) y « Lautaro », con 48 cañones la primera y 46 la segunda, al mando de los capitanes Forster y Guise, y 283 hombres cada una, y la corbeta « Chacabuco », capitán Carter, con 109 hombres, sumando un total de 174 cañones y 1,131 tripulantes entre marineros y soldados. El contra almirante Blanco debía incorporársele en las aguas del Perú con parte de los buques restantes. El 10 de febrero hallábase la escuadra chilena á inmediaciones del puerto del Callao, y se dispuso todo para atacar á la enemiga en su fondeadero, debiendo la « O'Higgins » abordar á la « Esmeralda » y la « Lautaro » á la « Venganza », mientras permanecían los otros dos buques en reserva.

Para que pueda formarse una idea clara de las operaciones que van á seguirse, se hace necesario dar una descripción del teatro de ellas.

El Callao es una de las más espaciosas bahías del mar del sud. Las montañas de la cadena occidental de los Andes que corre paralela á las costas del Pacífico, forma en lontananza el fondo del paisaje, grandioso, pero triste y desolado en el primer plano, como toda la región marítima del Perú. Á su pie, en una planicie baja, está fundada la ciudad del Callao sobre el terreno de aluvión que se conoce con la denominación de *costa*. Á poco más de cinco kilómetros de distancia, se encuentra la entrada del risueño valle del Rimac en que

se asienta la ciudad de Lima, cruzada por el río del mismo nombre que se derrama en el seno de la bahía del Callao, en cuya boca los buques hacen su aguada. Lo que propiamente se llama el puerto, es una gran rada cerrada por dos islas. La más grande de estas islas lleva el nombre de San Lorenzo y dista como once kilómetros y medio de la población. Situada al extremo austral de la bahía, prolóngase del sud-este al nord-este en una extensión de otros once kilómetros, rompe la mar tendida, abrigándola de todos los vientos del cuadrante con excepción de los del oeste hasta el sud-nord-este que nunca soplan con fuerza en aquella latitud. Entre la punta sud del Callao (que es la lengua de tierra baja) y la extremidad sud de la isla de San Lorenzo, encuéntrase una pequeña isla que lleva el nombre del Frontón, y entre ésta y la tierra un canal estrecho, algo peligroso, que puede navegarse bordeándolo en cinco brazas de agua, pero que hasta entonces no había sido practicado. Esta entrada, sembrada de escollos, lleva la denominación de Boquerón para distinguirla de la gran entrada abierta por donde pueden penetrar buques de mayor calado. Por último, al norte de la boca del Rimac existen varias lagunas que rebalsan en el mar y forman un banco de arena que se extiende como dos kilómetros, cuyo bajo se denomina de Bocanegra, que es el nombre de las lagunas (5).

Las fortificaciones bajo cuyos fuegos se proponía atacar Cochrane la escuadra española, eran las que habían reemplazado las antiguas murallas de que estaba rodeada la primitiva ciudad, destruida como Lisboa por un terremoto en 1746. Tres gigantescos castillos circulares, coronados de altos torreones, y liga-

(5) Véase Frezier : « Voyage dans la mer du sud » — Jorge Juan y Antonio de Ulloa : « Noticias secretas de América » — Caldeleugh : « Travels in South-America » — Lafond : « Voyages » — « Derrotero de las costas de América » por King y Fitz-Roy, y plano de los oficiales de la « Beagle », *shee* XIV.

dos entre sí, cubrían los extremos de las fortificaciones, y entre ellos se extendían las líneas de las baterías del Arsenal y de San Joaquín, artilladas con más de 165 piezas de grueso calibre, que barrían con sus fuegos toda la bahía (6). Bajo la protección de estas formidables fortificaciones estaba anclada la escuadra española compuesta de las fragatas « Esmeralda » y « Venganza » de 44 cañones cada una; la corbeta « Sebastiana » de 34; los bergantines « Pezuela, » el « Maipu » y el « Potrillo » de 18 cañones; la goleta « Motezuma » de 7, el pailebot « Aranzazú » de 5, y 26 lanchas cañoneras, además de seis buques mercantes armados en guerra, á saber: la « Resolución » de 36, la « Cleopatra » de 28, el « San Fernando » de 26, el « Mocha » de 20, el « Huarmey » y el « San Antonio » con 18 cada uno, formando un total de 350 cañones (7).

El 28 de febrero al amanecer, que era el día señalado por Cochrane para dar el ataque, una densa niebla cubría la bahía que se disipaba por intervalos á proporción que el sol se elevaba en el horizonte tras de las montañas del oriente. Era precisamente el día elegido por el virrey Pezuela para pasar revista á sus fuerzas navales y ejecutar con ellas un simulacro de combate. El virrey presenció el comienzo del simulacro desde tierra, y poco después se embarcó en el velero bergantín « Maipu » (corsario independiente apresado por los realistas) para presenciarlo más de cerca. Á las once de la mañana había cesado el fuego del simulacro, cuando al aproximarse

---

(6) Los castillos eran : el « Real Felipe » que tomó después el nombre de *Independencia*; el « San Miguel » que tomó el de *Castillo del sur*, y el « San Rafael », que fué arrasado por el general Rodil durante el famoso sitio del Callao que sostuvo con tanta tenacidad.

(7) Estos con poca diferencia son los buques que declara el historiador español Torrente, t. II, p. 492, variando un tanto en el número total de cañones. En cuanto á las piezas de las baterías de tierra, el mismo historiador las hace subir á 165 (Camba dice que eran más de 150), y es la cifra que hemos adoptado, aun cuando los historiadores americanos las hagan ascender á 200.

el « Maipu » á la isla de San Lorenzo, descubrió á sotavento al través de la niebla que comenzaba á elevarse, una hermosa fragata que navegaba en demanda del fondeadero orillando el bajo de Bocanegra, con larga bandera española, las portas cerradas y las velas con ese color oscuro que toman en las largas navegaciones, y que al avistarlo se puso en facha. ¡ *Buque de España !* gritaron los tripulantes del « Maipu ». El virrey pidió al comandante del bergantín se acercase á la fragata, pero éste le contestó que le estaba prohibido reconocer ningún buque teniendo la primera autoridad del reino á su bordo, y que además, perdería la línea de barlovento, de manera que ni á las cinco de la tarde podría ganar el fondeadero. El virrey desistió, y salvóse así de caer prisionero de Cochrane. La fragata avistada era la « O'Higgins » antes « María Isabel » capitana de la escuadra chilena (8).

La niebla había separado los buques independientes. Atraídos por el cañoneo del simulacro, encontráronse á eso de las dos de la tarde reunidos á la entrada de la bahía, sobre la cabeza norte de la isla de San Lorenzo, pero algo distanciados unos de otros. La « O'Higgins », que era la más velera y llevaba la delantera, penetró al puerto, y apresó una lancha cañonera del enemigo tripulada por veinte hombres que había quedado retrasada. Sin esperar á las demás embarcaciones, la capitana chilena avanzó sola seguida de cerca por la « Lautaro », y con el « arrojo más temerario », — dice un historiador español, testigo presencial, — se puso dentro del tiro de cañón de las baterías á favor de la niebla. Á la distancia, como de novecientos metros, echó un anclote por la popa, izó la bandera chilena (hasta entonces llevaba bandera norteamericana), y rompió el fuego sobre los buques y castillos españoles, que fué vigorosamente contestado por ellos. En

(8) Camba : « Memor. para la historia de las armas españolas en el Perú », t. I, p. 303-304.

esos momentos empezó á disiparse un tanto la niebla, y vióse que el « San Martín » y la « Chacabuco » habían quedado á retaguardia fuera de tiro por falta de viento. El desigual combate se prolongó así por espacio de una hora, interrumpido por las intermitencias de la niebla que separaba de tiempo en tiempo á los combatientes de la vista. La situación de los buques independientes llegó á ser muy crítica bajo los fuegos de 500 piezas de artillería de grueso calibre (declaración española), de las cuales, 250 por lo menos funcionaban activamente. El capitán Guise de la « Lautaro » se hallaba gravemente herido, y su teniente maniobró tan mal, que se separó al principio del combate y no volvió á entrar en línea. La « O'Higgins » tenía el botalón tronchado y la jarcia despedazada. Pero Cochrane no era hombre de retroceder ante ningún peligro. Quería dominar moralmente al enemigo con su golpe de audacia, establecer su ascendiente sobre sus subordinados, y notando la mala puntería de los españoles, sostuvo solo el combate una hora más; pero al aproximarse la noche y habiendo caído el viento, retiróse al fin lentamente con muy pocas pérdidas de muertos y heridos. Al día siguiente, reparadas las averías, volvía á entrar á la rada interior con la « O'Higgins » y la « Lautaro », rompiendo el fuego sobre la línea de lanchas cañoneras que obligó á refugiarse maltratadas bajo sus baterías. Los realistas asombrados, decían que el mismo diablo debía haber tomado el mando de la escuadra chilena: luego supieron que era el lord Cochrane, y su solo nombre bastó para mantenerlos al ancla y á la defensiva dentro de sus puertos al amparo de sus baterías de tierra, y aún allí mismo no seguros.

Malogrado el proyecto de un ataque por sorpresa, pensó renovar en el Callao la hazaña de Aix. Al efecto, se posesionó de la isla de San Lorenzo, y estableció allí un laboratorio de mixtos para armar dos brulotes á fin de incendiar la escuadra española en su fondeadero. El 22 de marzo estaba

todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche, se hizo á la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir á la deriva á merced de las olas que lo llevaban á la costa. La « O'Higgins » penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como á tiro de fusil, encalló, y una bala de cañon de las baterías de tierra le abrió un rumbo. El viento había caído en ese momento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar á su ataque y dejar que el brulote se fuese á pique.

Dos días después (24 de marzo), intentó Cochrane un nuevo ataque parcial, en que fué más feliz, consiguiendo apresar la goleta « Motezuma » y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles despechados, al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles con el objeto de abordar á la « O'Higgins. » Á favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse á ella á remo como á tiro de pistola, pero recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió á la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron á refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

« No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas », dice el mismo Cochrane en sus « Memorias » y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigióse con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando á la « Chacabuco » en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1.° de abril se incorporó en este punto el vice-almirante Blanco Encalada con el « Galvarino » de 22 cañones y el « Pueyrredón » de 16. El almirante resolvió

dividir sus fuerzas, y ordenó á Blanco Encalada que con el « San Martín », la « Lautaro »,la « Chacabuco » y el « Pueyrredón » mantuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía á los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderóse á viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y esparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín que anunciaban una próxima expedición libertadora (cap. XXI, § III), que acompañó con una suya en que decía á los peruanos : « Los » repetidos ecos de la libertad que resonaron en la América » del Sur, fueron oídos en la Gran Bretaña, en donde no » pudiendo resistir al deseo de unirme á su causa, determiné » tomar parte en ella. La república de Chile me ha confiado » el mando de sus fuerzas navales. Á ella compete cimentar » la soberanía del Pacífico. Con su cooperación serán rotas » vuestras cadenas. » Á su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vice-almirante Blanco Encalada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques á las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar la marina española en el Callao y reducirla á la impotencia, dominada moralmente.

III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques á Valparaíso, decidido á tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan

que tenía meditado (9). Desde Inglaterra traía en su cabeza dos ideas: introducir en la guerra marítima la novísima invención de buques á vapor aún no generalizada en la navegación, y emplear como principal agente de destrucción los cohetes á la Congreve ensayados con tanto éxito por Nelson en Copenhague y usados por él mismo en el ataque de Aix pocos años antes. No dudaba que con este nuevo proyectil incendiaría la flota española del Callao, y dióle preferente atención durante tres meses, encomendando su elaboración al ingeniero Goldsack, que había trabajado en el arsenal de Woolwich con el mismo inventor, y al efecto le acompañara desde Inglaterra (10). En presencia del almirante se hizo un ensayo de los cohetes en la bahía de Valparaíso, y quedó plenamente satisfecho de su buena dirección, alcance y

---

(9) La relación de esta campaña marítima se funda en el testimonio de los historiadores españoles y americanos y en los documentos oficiales correlativos. V. « Memoramda of naval services in the liberation of Chili and Peru from the spanish domination », traducido al castellano con notas con el título de « Memorias », de lord Cochrane. — Miller (testigo presencial) « Memorias », t. I, p. 184 y sig. — Camba, historiador español cit. dice refiriéndose al primer ataque del Callao : « Retirándose Cochrane con sus buques para reparar las averías que habían » experimentado, pocas y de corta entidad para el fuego que se les ha- » bía hecho y la corta distancia á que lo aguantaron », t. I, p. 304. — Torrente, op. cit. t. II, p. 493 da igual testimonio. — Stevenson (secretario de Cochrane) : « A historical and descriptive narrative of twenty years' residence in South-America », t. III, p. 150 y sig. — Véase además por vía de complemento, García Reyes : « Memoria », citada, y Sayago : « Crónica de la marina militar de la república de Chile », *passim.*

(10) En carta de Álvarez Condarco á San Martín desde Londres, de 22 de noviembre de 1818, antes cit. le dice : « Para hacer ir al lord Co- » chrane me fué preciso entrar en sus planes del buque de vapor, cuya » operación debía hacerse con tres mil libras de mis fondos, tres ídem » del lord Cochrane, otro tanto más suplido por la casa de Clice, la que » no tuvo embarazo en entrar en esta nueva empresa, al mismo tiempo » que con quinientas libras con destino á las máquinas y todo el aparato » para los cohetes incendiarios. » (M. S. Arch. San Martín, vol. XLIII). Cochrane en sus « Memorias » hace mención del proyecto del buque de vapor, y en la correspondencia de Guido se encuentran referencias á él apoyándolo. (Doc. del Arch. General. M. S.)

erribles efectos (11). Uno de los morteros de nueve pulgadas remitidos por el gobierno de Buenos Aires con tal objeto, fué agregado al material de la escuadra. Ésta se aumentó con la fragata «Curacio» de 28 cañones de que antes se dió noticia, la que tomó el nombre de *Independencia*; organizóse para su servico militar una brigada de marina de 400 plazas, cuyo comando se dió á un distinguido oficial inglés Jagrae Charles, que había hecho la guerra en toda la Europa, y por segundo al mayor Miller. Listo todo, el «Pueyrredón», comandante Prunier, el «Intrépido» (argentino) comandante Carter, y la « Motezuma » capitán Casey, fueron despachados á los puertos del sud para vigilar el paso de la expedición naval de la Península que se esperaba. La escuadra expedicionaria zarpó de Valparaíso dos días después (12 de setiembre), organizada del modo siguiente : la fragata « O'Higgins », almiranta; navío « San Martín », con el vicealmirante Blanco Encalada y capitán Wilkinson ; fragatas « Independencia » y « Lautaro », comandantes Forsters y Guise ; bergantines « Galvarino » y « Araucano », capitanes Spry y Tomas Crosbie, y dos de las fragatas apresadas al convoy español, la « Victoria » y la «Jerezana» destinadas para brulotes. La confianza del almirante en el éxito de su empresa era tal, que en víspera de dar la vela escribía al director O'Higgins : que el 24 de setiembre á las ocho y minutos de la noche estaría ardiendo la escuadra española surta en el Callao, y que recibiría el parte de su destrucción el 15 de octubre sin falta (12).

---

(11) Carta de Guido á San Martín, de 28 de agosto de 1819 en que dice: « El ensayo de los cohetes últimamente hecho en Valparaíso desde el mar » ha correspondido cumplidamente. La dirección es muy certera, su al- » cance considerable y sus efectos terribles. » (M. S. Arch. San Martín, vol. LVIII.)

(12) Referencia en carta de O'Higgins á San Martín de 20 de setiembre de 1819. (M. S. Arch. San Martín, vol. XLI). He aquí el texto del párrafo de carta de O'Higgins que es interesante y curioso ; « Salió el lord Co-

El 28 de setiembre llegó la escuadra chilena al fondeadero de San Lorenzo, y el 30 envió un parlamentario á tierra retando á la escuadra realista á salir fuera del puerto con los buques que quisiera y ofreciéndose á atacarlos buque á buque y cañón á cañón. « Esta propuesta de dudosa regulari-
» dad en los usos de la guerra, dice Miller, recibió una lacónica
» negativa ; y la medida también inútil, de enviar un cohete
» á tierra en el bote de parlamento para enseñarlo á los
» realistas, produjo una impresión diferente de la que se
» esperaba.» Los españoles estaban bien preparados á la resistencia : habían aumentado sus defensas con una estacada de maderos flotantes que cubría sus embarcaciones y perfeccionado á sus artilleros en el tiro, preparando hornillos de bala roja.

El plan del almirante era penetrar al puerto, hasta ponerse á tiro de los buques españoles, con cuatro balsas de maderos de fuertes explanadas, dos de ellas con coheteras, una con el mortero y otra con el depósito de bombas y municiones, las que avanzarían á remolque, permaneciendo el grueso de su escuadra al ancla á la espera del incendio que ya veía arder en el horizonte. Después de dos reconocimientos previos, situóse Miller en la noche del 2 de octubre á vanguardia del ala izquierda de la línea de ataque, hacia Bocanegra, con una balsa remolcada por el «Galvarino» llevando el mortero, y el «Pueyrredón» con el depósito. Seguían á la derecha las dos balsas con cohetes á remolque

» chrane. Más de cuatrocientos mil pesos ha costado su habilitación, de
» lo cual se queda debiendo más de las dos terceras partes. El mismo
» Cochrane confiesa que ni en Inglaterra se equipan mejor los buques.
» (En sus Memorias dice éste lo contrario.) Han sobrado marineros, y
» llevan víveres para cuatro meses. En carta particular al dar la vela,
» Cochrane me dice, que el 24 del presente mes á las ocho y minutos de
» la noche se hallará ardiendo la escuadra del Callao, y que el día 15 de
» octubre recibiré su parte. Yo vivo en la seguridad que no faltará Co-
» chrane á lo que me ofrece ».

del «Araucano» y de la «Independencia», mandadas por el capitán Hind y el comandante Charles. Los tripulantes de las balsas iban provistos de salvavidas. Roto el fuego por el mortero á distancia como de setecientos metros, vióse que las bombas llegaban hasta los fuertes, y una de ellas echó á pique una de las lanchas cañoneras del enemigo ; pero inutilizado su afuste y fallando las trincaduras de la balsa, quedó fuera de combate. Los cohetes no surtieron ningún efecto, así por la mala construcción de estos proyectiles, como porque no era posible que las balsas se aproximasen lo bastante á tierra sin ser echadas á pique, y á la distancia á que funcionaron poco daño podían causar aun con mejores elementos (13).

Los españoles tiraban á bala roja y con bastante acierto, Uno de sus proyectiles, ó acaso un accidente, produjo una explosión en la balsa del capitán Hind, resultando éste y doce de sus tripulantes con graves quemaduras. El «Galvarino» recibió algunas averías y tuvo varios muertos, entre ellos su teniente Tomás Baylie que fué dividido por una bala de cañón. Convencido el almirante de la ineficacia del ataque mandó retirar las balsas al amanecer. La pérdida total de los independientes fué de veinte hombres, entre muertos y heridos. Empeñado el almirante en la destrucción

(13) He aquí la crítica que hace O'Higgins de esta operación, informado sin duda por algunos de los oficiales ingleses de la escuadra, enemigos de Cochrane : « Según opinión de muchos, aun cuando todos los » cohetes hubiesen sido buenos, habría acontecido lo mismo. 330 piezas » de grueso calibre en tierra y los buques de guerra, es más que fuerza » suficiente para no permitir buque alguno ni menos á balsas aproxi- » marse dentro del tiro de cohetes, y así es que, muchos que eran bue- » nos no alcanzaron á surtir efecto. » Carta de O'Higgins á San Martín, de 20 de noviembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLI.) Cochrane, en sus « Memorias » atribuye el mal éxito únicamente á la mala construcción de los cohetes, sin embargo de haber estado á cargo de un ingeniero de toda su confianza y haber quedado satisfecho del ensayo hecho en Valparaíso.

de los buques enemigos, resolvió llevar un nuevo ataque combinado de las balsas con uno de los brulotes para hacer volar la valla de maderos flotantes que los protegía. El resultado fué el mismo de los cohetes. El brulote, conducido valientemente por el teniente Morgall, no pudo avanzar por falta de viento, y acribillado á balazos desde las baterías de tierra, con rumbos de agua, hubo que dar fuego á la mecha antes de tiempo, estallando lejos de la estacada. El almirante tuvo al fin que desistir de su intento; pero sin desanimarse por estos fracasos.

Al día siguiente del último malogrado ataque, avistóse mar afuera una vela extraña, que luego se reconoció ser una fragata. La escuadra salió á darle caza; pero distanciada, y tomándola por un ballenero norte-americano, volvió á su anclaje. El buque avistado era la fragata *Prueba* de 50 cañones, que formaba parte del refuerzo que de la Península debía recibir la escuadra del Pacífico. Más adelante se verá cuál fué su suerte. De los dos navíos que la acompañaban, uno de ellos, el « Alejandro », retrocedió desde la línea á causa de su mal estado, y el otro, el « San Telmo », fuése á pique al doblar el Cabo de Hornos. Como uno de los objetos del crucero chileno era interceptar esta expedición, que unida á la escuadra del Callao habría dado la preponderancia marítima á los españoles, el almirante que ignoraba lo sucedido, y suponiendo hubiese recalado á Arica, se dirigió á este puerto con toda la escuadra. De regreso de esta inútil excursión, volvió á presentarse por dos veces en el horizonte la « Prueba » á la manera del buque fantasma; pero después de inútiles tentativas para penetrar al Callao desprendió un bote con oficios para el virrey, en que anunciaba su retirada á Guayaquil para ponerse en salvo. Cochrane decidió ir en su busca. Al efecto, despachó á Valparaíso con el vicealmirante Blanco Encalada el « San Martín » y la « Independencia », conduciendo los enfermos, que eran numerosos

por efecto de las calenturas malignas de aquella región que se habían propagado en las tripulaciones. Dispuso, que mientras él se dirigía á las costas del norte, el capitán Guise con la «Lautaro», el «Galvarino» y el trasporte «La Jerezana», llevando un destacamento de 350 hombres de infantería de marina, verificase un desembarco en Pisco con el objeto de proveerse á costa de los realistas, de víveres frescos y de los renombrados aguardientes de aquella comarca. Llegado á la boca de la ría de Guayaquil (27 de octubre) con los tres buques restantes, encontróse allí con dos fragatas, que atacó y rindió después de un vivo cañoneo de veinte minutos : eran el «Águila» y la «Begoña» dos de los trasportes salvados del convoy de la «María Isabel», armados de 20 cañones cada uno, con un rico cargamento de maderas. Por los prisioneros supo, que la fragata que buscaba, aligerada de su artillería, había remontado el Guayas, y se hallaba en bajo fondo fuera de su alcance al amparo de las fortalezas de tierra. Dejando al «Pueyrredón» y al «Galvarino» posesionados de la isla de Puná que domina todo el golfo de Guayaquil, en observación de los movimientos de la «Prueba» y despachando la «Lautaro» á Valparaíso con las presas, puso la proa al sud con la almiranta.

Mientras tanto, Guise con su expedición había practicado la operación que se le encomendara. Pisco, según los españoles, hallábase guarnecido por 400 infantes, 80 caballos y 4 piezas de campaña, y contaba con un fuerte artillado para la defensa del puerto, y á estar al testimonio de los oficiales patriotas, la fuerza pasaba de 800 hombres. Á pesar de la superioridad numérica, Charles y Miller con sus infantes, apoyados por un destacamento de marineros con cohéteras, desembarcaron y atacaron gallardamente á la bayoneta sin disparar un tiro, arrollando la fuerza enemiga, que se refugió en el pueblo, de donde fué desalojada á vivo fuego. En este encuentro fué mortalmente herido el comandante

Charles, que terminó allí una carrera llena de esperanzas, quedando atravesado Miller por tres heridas. Por cuatro días permanecieron los independientes dueños de Pisco. Reunida poco después toda la escuadra en el puerto de Santa al norte del Callao, formó Cochrane allí su resolución. Él no volvería á Valparaíso sino triunfante, y triunfaría solo. Con este propósito, se desprendió de todos los buques de la escuadra, que enderezó como los demás á Valparaíso, y quedó solo con la « O'Higgins » (14). Una nueva y fabulosa hazaña, digna de las que habían ilustrado su nombre, iba á inmortalizar este crucero comenzado bajo tan desfavorables auspicios.

IV

Oigamos al mismo Cochrane en este momento que iba á decidir de su destino americano. Al dispersar el crucero, había escrito al gobierno de Chile : « Me hallo cansado de estas » operaciones, y enfermo de disgustos y de sentimiento, » siendo imposible inventar medio alguno de hacer daño al » enemigo » (15). Reconcentrándose en sí mismo, se decía : « Me hallaba contrariado por no haber conseguido mi intento » en el Callao. El pueblo de Chile esperaba imposibles, y á » fin de satisfacer mi amor propio herido, trabajé por en- » contrar un hecho que ejecutar y que correspondiese á tales » esperanzas. No tenía más que un buque, y por consiguiente » no había que consultar á nadie. Tenía el designio de cap-

(14) Compárese la narración de esta segunda campaña marítima de Cochrane, con las autoridades en que se funda la de la primera mencionadas en la nota de este capítulo, además de los documentos inéditos en su lugar citados.

(15) García Reyes : « Memorias », en « Hist. general de la Rep. de Chile » t. IV, p. 65.

» turar con la almiranta y de un solo golpe de mano, los » numerosos fuertes y la guarnición de Valdivia, punto que » se había creído hasta entonces inexpugnable. Estaba re- » suelto á no emprenderlo antes de haberme asegurado de » su practicabilidad. La temeridad, bien que se me haya » imputado muchas veces, como una cualidad, no es inhe- » rente á mi carácter. Hay temeridad en aquellas empresas » en que no se calculan las consecuencias ; pero cuando » éstas son previstas, la temeridad desaparece » (16).

Pasada la latitud de Valparaíso, paseábase taciturno sobre el puente de la « O'Higgins » sumergido en profunda meditación. De improviso, acercóse al mayor Miller, que no bien repuesto de sus recientes heridas, mandaba la guarnición de la almiranta y le dijo en inglés : « ¿ Qué dirían si yo con es- » te solo buque me hiciese dueño de Valdivia ? » Como lo observa un historiador, estas preguntas que indican una resolución tomada, no se contestan por los subalternos, y Miller se limitó á inclinar la cabeza en señal de obediencia. Él se contestó á sí mismo, agregando : « Dirían que soy un loco ! » Y en seguida, con acento reposado y con una lógica en que las probabilidades militares y morales se combinaban, empezó á desenvolver su teoría de la prudencia en la temeridad, como condición de éxito seguro. « Calculando fría- » mente, díjole, aparece á primera vista una locura la toma » de Valdivia ; pero esto mismo es una razón para intentarlo, » puesto que los españoles consideran imposible que lo inten- » temos siquiera. Las operaciones que no espera el enemigo » son casi seguras, cuando se ejecutan bien, cualquiera que » sea la resistencia, y la victoria justifica siempre la empresa » de la imputación de temeraria » (17).

---

(16) Cochrane : « Memorias » cit., p. 37-38.

(17) Miller : « Memorias », t. II, p. 211. — Vicuña Mackenna : « La guerra á muerte », p. 128.

La posición que Cochrane se proponía atacar, era reputada como el Gibraltar de América, por sus fortificaciones y por sus defensas naturales. Su bahía es un estuario, con dos pequeñas ensenadas en su fondo. El río Valdivia al derramar sus aguas en ella se abre en dos canales á manera de dársenas, tomando el del sud el nombre de Torna-galeones, rodeando ambos una isla en forma de delta que se denomina del Rey. Su extensión longitudinal es como de doce kilómetros ; en su entrada mide un ancho de poco más de cinco kilómetros, y va gradualmente estrechándose hasta 1,700 metros, dilatándose luego en una expansión, que es lo que propiamente constituye la bahía. En el centro de ésta, hállase la pequeña isla de Mancera, de un kilómetro de largo y 600 metros de ancho, fronteriza á la punta occidental de la del Rey de mucha mayor dimensión. Dentro de este seno sólo hay un puerto (el del Corral), y varias caletas de difícil acceso, siendo sus costas muy fragosas, acantiladas y pobladas de selvas. Por esta descripción se ve, que la bahía de Valdivia tiene dos costas, una al sud y otra al norte que sólo pueden comunicarse por agua, hallándose interceptadas, además de las dificultades del terreno, por los dos brazos del río de Valdivia y la isla intermedia del Rey. La parte exterior del norte, es inaccesible por los arrecifes que se prolongan en el mar y la rompiente que continuamente la bate: la del sud sólo tiene un desembarco en su extremidad oeste, denominado Aguada del inglés, por ser el punto donde los buques hacían su aguada fuera del puerto. Este era el punto débil de la posición, y el que Cochrane con su penetrante golpe de vista descubrió luego.

Valdivia, como el primer puerto de costa firme en el mar del sud, después de doblar el Cabo de Hornos, llamó la atención de los primeros navegantes que lo frecuentaran, especialmente de los holandeses, que intentaron fundar allí una colonia á mediados del siglo XVII, proyecto que se abandonó.

Á consecuencia de esto, los virreyes del Perú ordenaron que la posición fuese convenientemente fortificada y se constituyó en plaza militar. En la época á que hemos llegado, Valdivia estaba defendida por nueve fortalezas y baterías situadas sobre ambas costas, artilladas por ciento veinte y ocho piezas del calibre de 8 á 24, que cruzaban sus fuegos sobre la bahía. Dos de estas fortalezas estaban situadas en la isla del Rey y de Mancera, enfilando con sus fuegos las naves que penetrasen á ellas y defendían las bocas de los canales del río Valdivia. Por la parte del norte, la entrada estaba defendida por un castillo inexpugnable, llamado de La Niebla, tallado en la roca viva, y una batería llamada Fuerte Piojo, que cruzaba sus fuegos con las islas de Mancera y del Rey. Por la parte del sud, estaban: el fuerte del Inglés, que dominaba la caleta del mismo nombre; el de San Carlos, situado en una pequeña península, y el Amargos, que cruzaban sus fuegos con el Niebla de la banda opuesta; y por último, el reducto Chorocamayo y el castillo del Corral, — único cerrado por la gola, — que defendían el puerto del mismo nombre, combinando sus fuegos en la bahía central con la batería Piojo y los fuertes de Mancera y del Rey. El bosque que cubre ambas costas hasta la orilla del agua, y que enmascaraba estas fortificaciones, era tan impenetrable y el terreno tan fragoso, especialmente del lado del sud, que los fuertes no podían comunicarse entre sí por tierra, sino por un camino estrechísimo y escarpado, que sólo permitía pasar á un hombre de frente. Este sendero, que ondulaba entre las rocas de la costa y el bosque virgen de la montaña adyacente, estaba interceptado por un hondo barranco, que enfilaban tres cañones de los reductos del Chorocamayo y del Corral.

Valdivia estaba guarnecida como por ochocientos hombres de línea, y otros tantos milicianos que á la sazón se hallaban en el interior del país. Tales eran las posiciones, las

fortalezas y las fuerzas que Cochrane se proponía atacar y rendir (18).

V

El 18 de enero de 1820, la « O'Higgins », enarbolando bandera española, descubría la punta de la Galera, promontorio meridional del litoral de Valdivia, y poco después penetraba al puerto. Los españoles la tomaron por la fragata « Prueba », tanto tiempo por ellos esperada. Hizo señales de pedir piloto, que inmediatamente le fué mandado de tierra con una escolta de honor. Por este medio, obtuvo el almirante todos los informes que necesitaba, y supo que el bergantín « Potrillo » estaba próximo á llegar conduciendo desde Lima el dinero para el pago de la guarnición. Cochrane, montando su falúa, se ocupó en reconocer los canales bajo los fuegos de los fuertes, apercibidos de que el buque que tenían era enemigo. Dos días después, fué apresado el « Potrillo » en la boca del puerto con 20,000 pesos que conducía. Pero Cochrane se convenció de que no tenía las tropas suficientes para emprender con éxito el ataque, y resolvió irlas á buscar á Talcahuano.

El día 22 llegó la « O'Higgins » á Talcahuano, donde se

---

(18) Véase en la colec. de mapas de Fitz-Roy « Sout-America, Chile » el plano « Port of Valdivia by the officers of H. M. S. Beagle », que es el más exacto. — « Instrucciones sobre el puerto del Corral y del río Valdivia » ; en el t. V del « Anuario hidrográfico de la marina de Chile », p. 97 y sig. — « Derrotero de las costas de la América meridional » por King y Fitz-Roy. — Miller : « Memorias », t. II, p. 203 y sig., cuyo plano es bastante bueno. — Astaburuaga : Diccionario geográfico de Chile » — Camba : « Memorias » etc., t. I, p. 321. — Cochrane : « Memorias », p. 44.

encontró felizmente con el bergantín argentino el «Intrépido» y la goleta chilena «Motezuma», que inmediatamente se pusieron á órdenes del almirante. Mandaba allí el coronel Freyre, quien entró de lleno en el plan de Cochrane, y le proporcionó 250 hombres de los batallones 1.° y 3.° de Chile, al mando del mayor Beauchef, el mismo que con tanto denuedo había subido al asalto de Talcahuano, recibiendo una herida. (Cap. XV, § XI). Con este refuerzo puso otra vez la proa á Valdivia. Al salir del puerto de Talcahuano, la «O'Higgins» tocó en una roca y gruesos trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla empezaron á flotar alrededor de la fragata. El almirante, sin perder su serenidad, la puso á flote, echando una espía por la popa; pero el carpintero dió parte que el buque tenía tres pies de agua en la sentina. Media hora después la sonda acusaba cinco pies de agua. Esto sucedía á treinta kilómetros de la costa. Las bombas estaban fuera de servicio. El agua inundó la santa-bárbara. La opinión general era abandonar el buque. Cochrane, que entendía su oficio, se quitó la casaca, habilitó las bombas y después de repetidos sondajes, preguntó al carpintero: ¿Aumenta el agua? — «No mylord», le contestó. — «Adelante! flotaremos hasta Valdivia! Es preciso tomar á Valdivia! Mejor sería que nos ahogásemos todos que volver atrás.» — Y proclamando enérgicamente á su tripulación y explicándole su plan, le infundió su heroica resolución.

Antes de tomar tierra al sud de Punta-Galera, el almirante hizo trasbordar la tropa de la «O'Higgins», que dejó fuera de la vista del puerto, y con la «Motezuma» y el «Intrépido» con banderas españolas, púsose al habla del fuerte Inglés, y pidió práctico, declarando pertenecer al convoy del «San Telmo» naufragado en el Cabo de Hornos (febrero 3). Descubierta la estratagema por un accidente, el fuerte Inglés rompió el fuego, y una de sus balas atravesó los costados del «Intrépido». matándoles dos hombres, Entonces resolvió

el desembarco á viva fuerza, á pesar del mar de leva que lo dificultaba, no contando para efectuarlo sino con dos lanchas y un esquife de seis remos que montó personalmente el almirante para dirigir la operación.

Todos los fuertes estaban protegidos por una muralla sólida y un foso profundo á excepción del Inglés, que por lo escarpado del terreno sólo tenía una muralla cubierta por una estacada con seis piezas de menor calibre, que dominaba el desembarcadero á la distancia de quinientos metros. Á los primeros cañonazos de alarma, el grueso de las guarniciones de los fuertes del sud de la bahía se reconcentraron en el Inglés, en número de 360 hombres. Un destacamento de 65 hombres, descendió á defender la caleta.

Al ponerse el sol, Miller con 50 artilleros de la « O'Higgins » y 25 soldados y marineros del «Intrépido» mandados por el capitán Francisco Erézcano y el teniente Daniel Cazón (ambos de Buenos Aires), y el subteniente Francisco Vidal (chileno), efectuó su desembarco, y á pesar del fuego de la infantería enemiga abrigada por las rocas de la costa, saltó en tierra, la desalojó y se hizo firme en el puerto. Apoyada inmediatamente por Beauchef con sus 250 infantes, quien tomó el mando superior, la vanguardia de Miller trepó en desfilada el estrecho sendero batido por las olas del mar, orillando el bosque, que conducía al fuerte, en momentos en que el destacamento derrotado se refugiaba á su interior y subía por una escala que retiró en el acto. La artillería y la fusilería de la muralla empezó á jugar en medio de la oscuridad, pero mientras que sus tiros se dirigían á un punto donde la gritería de los asaltantes se hacía oir, el subteniente Vidal con un piquete de soldados se deslizaba silenciosamente por debajo del ángulo entrante del fuerte, descubría una entrada tapada con ramas y emboscada por los árboles que tocaban su flanco, hizo una descarga repentina, que seguida por un ataque vigoroso dirigido por Beauchef, de-

rramó el espanto en la guarnición que huyó en desbande abandonando la posición. Los 300 hombres de los demás fuertes, que formados en una plaza de armas á espaldas de la muralla servían de reserva, huyeron también contaminados por el pánico, siguiendo una senda tan estrecha y escabrosa como la del desembarcadero, perseguidos de fuerte en fuerte por los patriotas. Un resto de 200 hombres de los fugitivos, se refugió en el « Corral », sin alcanzar á hacer jugar las tres piezas que enfilaban el barranco intermedio entre el castillo y el fuerte Chorocamayo, siendo arrebatada la posición á la bayoneta á la una de la noche, á favor de un lienzo desmoronado de su muralla. Allí terminó la resistencia porque allí terminaba la comunicación por tierra con la banda del norte : como cien hombres se salvaron en las embarcaciones del puerto del Corral; otros tantos fueron muertos en el combate, y el resto quedó prisionero ó huyó á los bosques. Al amanecer del día 4, los patriotas eran dueños de los cinco fuertes, el Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocamayo y Corral con la sola pérdida de 9 muertos y 34 heridos.

En la mañana del 4 penetraron á la bahía el « Intrépido » y la « Motezuma » recibiendo los fuegos de los fuertes del norte en que aún se sostenían los españoles. Para desalojarlos de estas últimas posiciones, embarcáronse 200 hombres en el bergantín y la goleta ; pero el « Intrépido » al atravesar el canal, varó en un banco fronterizo á la isla Mancera, y se fué á pique. Así terminó su carrera el único buque de guerra que con bandera argentina figuró en la memorable escuadra chilena del Pacífico. Poco después apareció la « O'Higgins », y los españoles alarmados, abandonaron todos los fuertes del norte y de las islas, retirándose por el río á la ciudad de Valdivia, mientras la almiranta casi llena de agua tenía que bararse en fondo cenagoso para no irse á pique como el « Intrépido. » La ciudad de Valdivia fué ocupada al día siguiente, sin que los enemigos intentasen hacer resis-

tencia. Así perdieron los realistas su base de operaciones en el sud de Chile, y Chile conquistó todo su territorio poblado, con excepción del archipiélago de Chiloe (19).

Cochrane pensó coronar su glorioso crucero apoderándose de Chiloe como se había apoderado de Valdivia. Al efecto, hizo que el capitán Carter con la marinería y tropa argentina del «Intrépido» tripulase un transporte capturado denominado « Dolores », embarcando en él y la « Motezuma » 200 hombres y se dirigiese á Chiloe. Gobernaba allí el coronel Quintanilla, destinado como Rodil, á hacerse memorable, prolongando su resistencia aun después que toda bandera española hubiese caído rendida en todo el continente americano, y á mantenerla en alto en esta ocasión. Cuando el 17 de febrero se presentó Cochrane frente á la bahía de San Carlos, en cuyo fondo se asienta la capital del archipiélago, el gobernador español estaba mejor apercibido á la defensa que el de Valdivia. Miller, con 170 hombres de desembarco, tomó tierra en una pequeña ensenada inmediata, se apoderó de una pieza de campaña situada en su playa protegida por 100 infantes, y en seguida del fuerte Corona y de una batería, que defienden el puerto principal ; pero sus esfuerzos se estrellaron contra la principal fortificación, que era el fuerte Agui, artillado con 12 piezas de á 18. Llevado osadamente el ataque, fué rechazado, cayendo herido Miller con 38 de sus soldados, de los cuales 20 quedaron muertos bajo los fuegos de la metralla y la fusilería. El capitán Erézcano que con la guarni-

---

(19) Docum. de testigos presenciales consultados : Partes oficiales de Cochrane, Beauchef y Miller, publ. en la « Gac. min. de Chile ».— « Memorias » de Cochrane. — « Memorias » de Miller. — « Diario » M. S. de Beauchef, citado por Vicuña Mackenna en la « Guerra á muerte ». — Stevenson (secretario de Cochrane :) « A historical and descript. narrative », etc., t. III, cap. VII. — Testimonios españoles : Torrente : « Hist. de la Rev. Hisp. Amer. » t. III, p. 62 y sig., y Camba : « Memorias », etc., t. I, p. 320 y sig.

ción argentina de el « Intrépido » formaba parte de la columna de asalto, sucedió en el mando á Miller, dispuso la retirada con arreglo á las órdenes del almirante, y la sostuvo con valentía, salvando todos sus heridos, después de clavar los cañones de las baterías tomadas ; acompañándole en ella el subteniente Vidal que junto con él tanto se había distinguido en la toma de Valdivia (20). Así terminó este memorable crucero, en que Cochrane agregó un lauro más á su corona naval.

El territorio de Chile estaba cuadrado y garantido de toda agresión seria. El mar Pacífico estaba dominado. Cochrane recibía en recompensa los merecidos honores del triunfador. Al llegar á Santiago se encontraba allí con San Martín, que en los primeros días de enero de 1820, precisamente en los momentos en que él atacaba á Valdivia, había salido de Mendoza y atravesado los Andes, buscando el camino de la expedición al Perú franqueado por el heroico almirante.

(20) Los partes oficiales se publicaron en la « Gac. min. de Chile », sirviendo además de fundamento á esta breve narración los testigos presenciales citados en la nota anterior.

CAPÍTULO XXIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTÍN

AÑOS 1819-1820

Momento psicológico. — Los tres grandes deberes de San Martín. — Coincidencias históricas. — Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata. — Agentes secretos del gobierno argentino en España. — Dificultades de la expedición. — Se desorganiza por sí misma. — Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición. — Su plan para atacar la expedición en el mar. — Otro plan de resistencia terrestre. — Alternativas de la expedición española. — El fantasma de la guerra civil. — Actitud expectante de San Martín. — Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo. — Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la república en Buenos Aires y crítica de él. — Fines siniestros á que responde.— Planes de monarquía. — Momento psicológico en la vida de San Martín. — Situación de las Provincias Unidas á fines de 1819.— Indecisiones de San Martín.— Se decide por la desobediencia. — Situación política perdida.— Impotencia del gobierno central. — Última renuncia de San Martín. — Regresa enfermo á Chile. — Juicio acerca de la desobediencia de San Martín.

I

Llegamos al momento verdaderamente psicológico de la vida de San Martín, en que los deberes que se impusiera, y eran su norma, se encontrarían en conflicto con sus tendencias, y por un acto extraordinario de voluntad deliberada, decidirá definitivamente de su destino y variará el curso de los acontecimientos ordinarios.

Tres grandes deberes habíase impuesto el General San Martín en la difícil posición en que se colocara al iniciar la idea del repaso de los Andes y dar principio parcial á su ejecución. El primero, para con la América, perseverando en sus planes libertadores: el segundo, como soldado ante la guerra civil y sostenedor del orden legal: el tercero, como argentino, ante el amago de una inminente expedición española al Río de la Plata. Respecto de lo primero, su fórmula era ésta: « Si no se realiza la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo», América y patria inclusas. Respecto de lo segundo, sentía invencible repugnancia á tomar parte en la cuestión intestina. Sin pasiones locales, divorciado de los partidos, sin ambición política, y lastimado en el fondo de su alma por el alejamiento de la opinión hacia él, — que era una consecuencia del suyo, — experimentaba cierta indiferencia fatalista respecto de las mutaciones intestinas, con tal que se asegurase la independencia del país, y su temperamento de libertador lo impulsaba á la acción en el dilatado espacio de la emancipación sud-americana. En cuanto á la España, sea que se tratase de vencer su último ejército en el Pacífico ó repeler su última expedición en el Plata, en ambos casos se encontraba frente á frente de su objetivo y de su pasión, y por último, no trepidaba desde que sus deberes de americano se combinasen con los que tenía como general argentino, aun saltando por encima de ellos en prosecución de su gran objetivo. Estas tres tendencias, opuestas unas y armónicas otras, que se deducen de sus confidencias secretas confrontadas con sus actos públicos, explicarán las alternativas por que pasó su espíritu, así como las encontradas acciones y reacciones en el curso de la difícil aventura del paso de los Andes, desde que concibió la idea, la empezó á poner en práctica, retrocedió después, para volver en seguida al propósito primitivo, hasta decidirse al fin por el partido á que lo llamaban sus inclinaciones y su destino.

Ya se ha hecho notar, que por una rara coincidencia, cuando San Martín indicaba al gobierno argentino la conveniencia de que diese por causal ostensible al repaso del ejército de los Andes el amago de una expedición española al Río de la Plata, el pretexto imaginado se convertía en realidad, — al menos por el momento, — de manera que, la retirada de Chile parecía obedecer á una exigencia positiva que hubiese tenido su origen en el gobierno, cuando en realidad éste era simplemente parte pasiva, y á veces violentada. Así, cuando por medio de la Logia de Chile, hubo obtenido de parte del gobierno de ultra-cordillera lo que anhelaba en prosecución de sus planes continentales, y empezó á dudarse de la expedición española, escribió al director Pueyrredón, haciéndole observaciones, tanto sobre la inconveniencia de que el ejército de los Andes tomase parte en la guerra civil, cuanto sobre la traslación de parte de éste á la frontera del norte, y presentóle entonces un nuevo plan de campaña. El general predicaba á un convertido, y las contestaciones oficiales y confidenciales no se hicieron esperar en el sentido de sus planes (1). Pero el peligro de la expedición española aun no había pasado, y su sólo anuncio perturbaría por algún tiempo todas las combinaciones políticas y militares, á la vez que su preparación en España desarmaría por siempre á la metrópoli en su lucha con las colonias insurreccionadas.

Como se dijo antes (cap. XIX, § VII), la España envió desde 1811 á 1818 para sostener la guerra en sus colonias, diez y seis expediciones con más de 42,000 soldados veteranos, con un costo de 75 millones de pesos, que habían capitulado en Montevideo, sido vencidos en Chile, y cuyos restos estrechados luchaban aún en Venezuela, Quito, el

---

(1) Ofis. de San Martín y del ministro de guerra cit. en el cap. anterior. Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 1.°, 18 y 29 de mayo, publicadas en nuestras « Comp. hist. » 2.ª parte, p. 374 y sig.

Alto y Bajo Perú, convergiendo todos sus ejércitos derrotados hacia el Perú, donde debía librarse el combate final. La gran expedición de 10,000 hombres de Morillo en 1815 sobre Costa Firme, que en un principio era destinada á Buenos Aires, fué su último esfuerzo. Al intentar renovarlo en doble escala con el primitivo objeto, la España se proponía herir en el corazón la revolución sud-americana, pensando que subyugadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, todas las colonias insurreccionadas recibirían su ley. Pero las circunstancias habían variado. En 1815, la revolución de las Provincias Unidas estaba aislada. Los realistas se encontraban en posesión de Chile, con un ejército sobre las fronteras del oeste ; sus armas triunfantes en el Alto Perú, amagaban la frontera del norte ; el Bajo Perú, irradiaba su acción al sud y al norte del continente y la guerra se sostenía con fortuna varia en Venezuela, Nueva Granada y Quito, dominando la España todas las costas americanas. En 1819, la España había perdido la preponderancia marítima en América ; el ejército realista del Alto Perú era impotente para invadir la frontera norte argentina ; Chile estaba en poder de los independientes y el Perú se mantenía á la defensiva á la espera de una invasión de los vencedores de Chacabuco y Maipu ; y Venezuela y la Nueva Granada, formando la nueva república de Colombia, iba á dar el último golpe al poder español en el norte. Esto por lo que respecta á la América del Sud en general. Con relación al Río de la Plata en particular, las condiciones estaban fundamentalmente alteradas. En 1815, la España contaba para emprender su expedición, con un aliado natural en el Brasil y un punto de apoyo en Montevideo, bases que en 1819 habían desaparecido. El Portugal habíase desligado de la política colonial española á consecuencia de sus desavenencias en Europa, y garantido por la Gran Bretaña de una invasión en la Península Ibérica, habíase apoderado de la

plaza de Montevideo, y pactado una alianza tácita con los intereses argentinos respecto de la metrópoli, en el hecho de precaver que no se permitiera desembarcar á ninguna fuerza española que llegase á sus playas, permaneciendo por lo demás neutral en el caso de una agresión al Río de la Plata. Fallando estas dos bases, la expedición era, si no imposible, por lo menos muy contingente.

No se ocultaban á la España estas dificultades, pues estaban á la vista. El jefe nombrado para mandar la expedición, consultó al gobierno, cómo debía mirar la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata á la sazón ocupada por los portugueses. La respuesta del gobierno fué que considerase á Montevideo como si no existiera. Replicó el general que esto era imposible, por cuanto Montevideo existía en realidad, y no podía por lo tanto dejar de considerarlo como plaza amiga ó enemiga, y que en uno ú otro caso, debía estar munido de instrucciones para expugnarla ó recibir de ella los auxilios necesarios, previendo también la neutralidad; pues de no desembarcar en Montevideo, sólo podría verificarlo en la Ensenada de Barragán ó en la playa de Quilmes, — como los ingleses en 1806 y 1807, — puertos que no permitían el acceso de buques mayores, y que los buques menores que pudiesen acercarse á ella no resistirían á una batería de tierra, sostenida por numerosa caballería, cuando los expedicionarios no contarían con un solo caballo. Agregaba juiciosamente el general, que aun superados estos obstáculos, la expedición, no contando con un punto de apoyo en la banda oriental del Río de la Plata y retirándole el enemigo los recursos, carecería absolutamente de provisiones de boca, y lo que era más, de un ancladero seguro y de un lugar de descanso para las tropas después de una larga navegación, en que los temporales podían dispersar el convoy. La última contestación del gobierno español á tan sólidas razones, fué repetir : « que se mirase á Montevideo como si

no existiera ». Así resolvió la dificultad que dejaba subsistente (2).

II

La España quería hacer su último esfuerzo antes de darse por vencida, luchando contra la resistencia armada de sus adversarios y contra la opinión propia que le era adversa. El contraste del convoy de la « María Isabel », seguido por el dominio marítimo del Pacífico por los independientes, causando profunda impresión en la Península, había hecho más impopular en el ejército y el pueblo la guerra contra las colonias. Estos síntomas se hicieron notar desde la expedición de Morillo en 1815, en que fué necesario embarcar desarmadas algunas divisiones para prevenir que se sublevasen, y sus desastrosos reveses en Costa Firme á la par de la noticia de los triunfos de los independientes al sud del ecuador, hacían esa guerra cada vez más odiosa y repugnante á los españoles en la Península. Agregábase á esto el espíritu liberal que fermentaba en la nación y principalmente en el ejército, que contaminaba las tropas que hacían la guerra en América, como queda dicho, y se tendrá una idea de las resistencias con que tenía que luchar el gobierno español para realizar su propósito. Á pesar de esto, empeñado en dominar la insurrección americana por las armas, aprestó una expedición de seis navíos y seis fragatas, con 6,000 hombres de desembarco, que sucesivamente fué elevada hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 cor-

(2) Vadillo : « Apuntes de los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sud », p. 64-65. (Ed. de Londres, 1829.)

betas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 lanchas cañoneras y 40 trasportes con 18 á 20,000 hombres de tropa de las tres armas. Confióse el mando al conde del Abisbal, más conocido en la historia con el nombre de José O'Donnell, y señalóse por centro de ella el puerto de Cádiz. Fué en tal ocasión, cuando seriamente alarmado por esta amenaza el gobierno argentino, ordenó que todo el ejército de los Andes repasase la cordillera á fin de hacerle frente, en circunstancias que el repaso se iniciaba por indicaciones de San Martín, quien aconsejaba se cubriese con el anuncio de una expedición española, teniendo en vista forzar la mano del gobierno de Chile para decidirlo á la expedición del Perú.

El gobierno argentino, tenía sus agentes secretos en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo á la expedición, y además se ocupaban en trasmitir otras noticias importantes, obrando sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios, según se ha visto (cap. XXI, § VIII). Tres eran los principales agentes secretos, y los tres argentinos: don Juan Lagosta, de quien hemos hecho antes mención; don Andrés Arguibel, establecido en Cádiz, que fué quien comunicó oportunamente la salida de la expedición de la « María Isabel », y el más caracterizado de ellos, don Tomás Antonio Lezica, comerciante que gozaba de gran crédito en aquella plaza, y que de acuerdo con Arguibel se ocupaba en sondear las disposiciones del ejército expedicionario. Los tres se comunicaban directamente con el director Pueyrredón. Autorizados por el gobierno argentino (agosto 1819), para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que impendiesen en su comisión, pudieron cerciorarse de lo impopular que era la guerra de América en las fuerzas acantonadas en la isla de León, el descontento de que estaba animado el pueblo contra el gobierno absoluto del rey, tomando conocimiento de los proyectos de insurrección de sus principales jefes con el objeto de proclamar la constitución del año XII. Los agentes pene-

traron en las juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debía cambiar la faz de la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por las colonias insurreccionadas, que reaccionaba á su vez sobre ella. Comunicadas estas noticias al gobierno argentino, fueron sus agentes autorizados á adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la nación, y promover por todos los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península. Sin que pueda decir que á esto se deba el alzamiento que sobrevino, es indudable que la República Argentina tuvo una parte, aunque mínima, en ese gran acontecimiento (3).

La aglomeración del ejército expedicionario en la isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fué la ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar en la

(3) En nuestra « Historia de Belgrano » (de la que estractamos parte de las noticias referentes á la proyectada expedición española en cuanto se relacionan con esta historia), hemos tratado extensamente este punto, exhibiendo los documentos comprobatorios, y que por vía de ilustración adicional ampliaremos. — Pueyrredón: « Refutación á la calumnia hecha por A. H. Everrett », en que afirma el hecho de la cooperación prestada á los trabajos preparatorios de la insurrección de la isla de León, invocando el testimonio oficial de Quiroga, el compañero de Riego, y del intendente general del ejército español en Cádiz, que á la sazón se hallaba en Buenos Aires. Alcalá Galiano, actor en el movimiento, niega en sus « Apuntes sobre el alzamiento del ejército de ultramar », que los americanos contribuyeran á él con dinero; pero en su « Historia del levantamiento de España », en que reproduce textualmente aquel escrito, guarda silencio sobre el particular. Torrente en su « Hist. de la Rev. Hisp. Amer. », t. III, p. 6, dice categóricamente: « Pueyrredón... ayudó con sus intrigantes y artificiosos manejos el » fuego de la sedición entre las tropas españolas destinadas á la con» quista de Buenos Aires; y á su pestilencial influjo se debió en parte la » sedición de la isla de León. » Lafuente, en su « Historia de España », más imparcial ó mejor informado que Alcalá Galiano, al referirse á este

guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818, cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, y algunos de los que tomaron parte en ella se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. El general O'Donnell, fué iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo á estallar el movimiento, O'Donnell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex-virrey de Buenos Aires don Baltasar Hidalgo de Cisneros, decidióse á sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sarsfield de origen irlandés, que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas, que era quedar exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió sin resistencia los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratando al mismo tiempo la expedición. Poco después, introdújose en Cádiz la fiebre amarilla importada de la Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (julio 1819). El primer peligro estaba conjurado : la expedición se hacía por el momento imposible, ó por lo menos no se realizaría

---

acontecimiento, repite como Torrente : « Los americanos no se descui» daron en fomentar la repugnancia y el descontento de los militares. » Á más del testimonio oficial del general Quiroga, citado por Pueyrredón, en el *Boletín N.° 4* de su ejército proclamaba á éste diciéndole : « Nues» tros hermanos de la América meridional se juntarán á nosotros para » la defensa de nuestra causa ; y nosotros recibiremos de ellos poderosos » auxilios. » Los gastos hechos por Lezica y Arguibel en esta comisión fueron cubiertos por el tesoro argentino en vista de un expediente, en que « justificó Arguibel sus servicios en la insurrección de la expedi» ción de Cádiz, para obtener el reembolso de lo que gastó con este » objeto. »

con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciar el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El rey estaba sin embargo resuelto á llevar á cabo á todo trance la expedición. Al efecto, fué nombrado general en jefe de ella don Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fué éste el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría, no contando con un punto de apoyo en las costas del Río de la Plata y la contingencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (§ I), á las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de fiebre amarilla, el batallón denominado « Asturias », mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español empeñado, á pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con los elementos á la sazón disponibles, dispuso que el ministro de Marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España en setiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata, fué el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órdenes y contra-órdenes expedidas en consonancia, determi-

nando en la diplomacia combinaciones trascendentales. La primera noticia de que una expedición se formalizaba en Cádiz, recibióse en Buenos Aires cuando ya el general Rondeau se hallaba al frente del gobierno en reemplazo del director Pueyrredón (julio 1819). Exaltado al mando supremo por los votos de la Logia lautarina, la situación política no se había alterado : la misma oligarquía, — aunque muy disminuída en su influencia eficiente, — con los mismos hombres y las mismas ideas seguían al frente de los negocios públicos, y San Martín era siempre el hombre de guerra de la época. Así, su primer providencia fué llamarle como á un salvador. « En» tre las angustias que afligen al director supremo, — decía» le el ministro de la Guerra, — en las apuradas circunstancias » de hallarse el tesoro exhausto y repetirse las noticias anun» ciadas de una fuerte expedición española contra estas pro» vincias, no es la menor dificultad la salud de V. E. cuyas » virtudes y conocimientos militares reputa el gobierno como » un antemural de la libertad de la patria. La nación está » persuadida que cualquiera que sea su estado, consagrará » toda su sangre en defensa del país, y es de necesidad se » pongan todos los medios para que no sean estériles tan » nobles sacrificios. Por esto es que, contando el gobierno, » como contará siempre con su heroico esfuerzo, desearía y » quiere, cuando su salud se lo permita, se trasfiera á la » brevedad posible á esta capital con sólo el único, urgente » é importantísimo fin de consultar con el gobierno y demás » jefes militares de la nación, el plan de defensa y demás » providencias que deban y puedan adoptarse en el alto em» peño á que tales ocurrencias nos precisan » (4). El general contestó, que « por muchos que fuesen los servicios que hu-

(4) Doc. del Arch. general, leg. « Capitán Gral. San Martín, 1818-1819. » Idem orig. en el Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

biese prestado á su patria, quedaban más que recompensados por los conceptos con que era honrado, y que pronto á hacer el sacrificio de su vida en bien de la causa, se pondría en marcha á recibir las órdenes de su gobierno » (5). Su salud era en aquellos momentos deplorable : su afección al pecho y sus dolores reumáticos y neurálgicos habían vuelto á atacarle con intensidad, al punto de verse obligado á delegar el mando militar en Alvarado, y sólo encontraba alivio á sus males en el abuso del opio, pasando largas noches de insomnio (6).

Desde las primeras noticias, San Martín no dudó que la expedición era un hecho, y meditando en una de sus noches de vigilia sobre los medios de contrarrestarla, tuvo la inspiración de un plan atrevido, que si bien no pasó de conato, da la medida de la amplitud de sus concepciones. Doblar el Cabo de Hornos con la escuadra chilena al mando de Cochrane y atacar la expedición española en el Atlántico, tal fué el plan que San Martín propuso reservadamente al gobierno de Chile sobre la base de correr de cuenta de las Provincias los gastos de la escuadra chilena y ofreciendo adelantar á la vista 50,000 pesos para su apresto, bajo el compromiso de que la división de los Andes que se hallaba en territorio chileno sería atendida por el gobierno argentino y permanecería en Mendoza una fuerza de 2,500 veteranos para resguardo de Chile. Las consideraciones militares en que fundaba la excelencia de su plan además de las políticas, son dignas de la historia : « Siendo indudable, — de-

---

(5) Doc. del Arch. general, leg. citado. M. S. y libro copiador de San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

(6) El general Alvarado en su « Memoria », cit. dice : « Los males del » General se agravaban notablemente, y habían llegado á punto de » hacerse preciso ocultarle todas las comunicaciones que se le dirigían » y que yo contestaba. Su estado era amenazante á su conservación; y » llegué á desesperar de ella. » M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

» cía, — la salida de Cádiz de tres navíos y dos fragatas con » destino al Pacífico, quiero suponer que la fortuna de la » marina de Chile apresase uno de los navíos por la separa- » ción consiguiente que deben experimentar al paso del » Cabo; de toda suerte la escuadra de Lima quedaría muy » superior á la Chilena, y en tal caso ésta se vería en la ne- » cesidad de encerrarse en uno de sus puertos, con la gran » dificultad de poderla sostener. El virrey de Lima podría en- » tonces expedicionar contra Chile, donde encontraría fuer- » zas escasas, pues si los españoles atacan á Buenos Aires, » necesariamente deben repasar la cordillera las fuerzas » del ejército de los Andes que se hallan en Curimón de lo » que resultaría quedar débiles en todas partes. En las críti- » cas circunstancias en que se presenta la América, yo no » encuentro más arbitrio que el que la escuadra de Chile » salga sin pérdida de momento á destruir la expedición es- » pañola que debe salir de Cádiz en todo agosto, escoltada á » lo más por dos fragatas, pues nada tiene que temer de las » fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, debiendo su- » poner á las de Chile ocupadas en el Pacífico » (7). Al mismo tiempo escribía á O'Higgins: « El destino de la América del » Sur está pendiente de Chile. Si convencido de mis razones » hace usted partir la escuadra para batir la expedición, San » Martín ofrece bajo su palabra de honor y como amigo los » artículos que oficialmente le propongo. Es la ocasión de » que sea Vd. el libertador de la América » (8). Al enviado

(7) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile, de 28 de julio de 1819 en Mendoza. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(8) Carta de San Martín á O'Higgins, de 28 de julio de 1819, publicada por primera vez por Vicuña Mackenna en « Rel. históricas », 2.ª parte, p. 683. (Este es el único documento referente al plan que encontró Vicuña Mackenna en el archivo de O'Higgins, y el único que hasta hoy se haya publicado. La serie completa la hemos encontrado original en el archivo de San Martín, y se inserta en el Apénd. núm. 25.)

argentino en Santiago, Guido, le decía: « Entre mis reflexio-
» nes de esta noche se me ha ocurrido lo único capaz de
» salvar el país. Por no perder un tiempo precioso no se las
» copio, pero véalas en el oficio que dirijo á O'Higgins. El
» amor de la patria me hace echar sobre mí esta inmensa
» responsabilidad: si contribuyo á salvarla, aunque después
» me ahorquen. Como verá por el oficio, está usted facul-
» tado por mí para esta negociación. Los cincuenta mil pesos
» ofrecidos los tengo prontos, y por el poder que le incluyo
» puede tomarlos de los amigos. Del sigilo pende el buen
» éxito: O'Higgins, usted y Cochrane son los únicos que es-
» tán en el arcano. Cuando la escuadra salga, sería con-
» veniente echar la voz de que marchamos á destruir á
» Lima » (9).

Esta empresa era para tentar un genio audaz y aventurero como el de Cochrane, pero cuando las comunicaciones de San Martín llegaron á Chile (agosto 6), su cabeza estaba ocupada con el plan de destruir la escuadra española en el Callao. Así, aun cuando la idea era aceptada por O'Higgins y Guido la apoyó calurosamente, el almirante se opuso abiertamente á ella, y declaró que antes de todo era necesario incendiar la escuadra española del Callao, de lo que « respondía con su cabeza » con el auxilio de los cohetes á la Congreve que había hecho construir (véase cap. XXII, § III), llegando á decir: « Con mi escuadra y mis cohetes, no temo ni á toda la » escuadra inglesa. » Por último, expuso: « que destruída la escuadra del Perú, la destrucción de los navíos españoles era segura aunque fuesen seis en vez de tres, y se presentasen unidos », y consignó su opinión por escrito en estos términos: « Estando ya casi prontos los cohetes, es necesario

(9) Carta de San Martín á Guido, de 28 de julio de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» quemar primero la escuadra y trasportes del Callao. Todo » esto puede hacerse, y la escuadra de Chile tocando en Val- » paraíso á su vuelta, puede estar en el Río de la Plata ó en » Río Janeiro en tiempo para frustrar los planes de los espa- » ñoles; pues repito por escrito, que con sólo los cohetes po- » demos destruir una fuerza naval superior, y que debe cons- » truirse sin pérdida de tiempo, además de la cantidad orde- » nada, toda la que sea posible, para destruir la expedición » que se espera de España, restándome sólo agregar que » creo infalible la aniquilación de los buques del Callao, » desde que la emprendamos. » Á San Martín le decía confidencialmente que « le era agradable cooperar á su grande » obra, pudiendo asegurarle, que en un mes más, la escua- » dra y trasportes del enemigo en el Callao habrían dejado » de existir » (10). El plan no tuvo ulterioridad y quedó sepultado en el secreto de los tres personajes que tomaron conocimiento de él.

El director Rondeau seriamente alarmado por nuevo aviso trasmitido por los agentes de Cádiz, redobló sus instancias á fines de agosto, asegurándole: « que la expedición era indubitable, y que á principios de setiembre debía dar la vela, pues así lo hacían saber los enviados argentinos de París y Río Janeiro, aconsejando poner el país en estado de defensa sin pérdida de momentos; y que por consecuencia, la presencia del general se hacía cada vez más necesaria en Buenos Aires para concertar el plan de resistencia, por ser el

---

(10) Forman serie con los documentos sobre este plan cit. en la nota anterior, — todos los cuales se insertan en el Apénd. núm. 25, — los siguientes: Carta de O'Higgins á San Martín, de 7 de agosto de 1819, contestando á la del segundo de 28 de julio. Ofi. *reservado* de Guido, de la misma fecha. Carta *muy reservada* de Guido de la misma fecha. Carta de Cochrane á San Martín (en inglés) de 6 de agosto de 1819, sobre sus planes. Ofi. de Cochrane á O'Higgins, de la misma fecha, fundando su opinión sobre el plan de San Martín. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

indicado para mandar en jefe el ejército que debía formarse » (11). El general, que tenía las mismas noticias por su agente en Londres, Álvarez Condarco, comprendió que « todo se lo llevaba el diablo », según su expresión proverbial, si los españoles se posesionaban del Río de la Plata, aun cuando se conquistase el Perú, pues perdía la América su base de operaciones ; y renunciando por el momento á esta empresa, contrajo toda su atención á la defensa del territorio argentino, punto de apoyo de la resistencia continental. La contestación al director Rondeau sobre este tópico, tiene el timbre del clarín del vencedor de San Lorenzo, que en más vasta escala y con iguales bríos se preparaba á renovar en las márgenes del Plata la hazaña con que se ensayó en el Paraná, echando al agua á los españoles. Le ofrece por contingente un ejército de 4,000 hombres, de los cuales cerca de tres mil de caballería, que estaría pronto en el mes de octubre, aconsejándole se armase de resolución para exigir del pueblo los sacrificios que eran indispensables. « Si somos » libres, le decía, todo nos sobra y por consiguiente los ciu- » dadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo estoy » firmemente persuadido que si el pueblo de Buenos Aires y » el resto de las provincias hacen un corto sacrificio, y pone- » mos diez mil veteranos, como podemos hacerlo en cuatro » meses, batimos al enemigo, y no son los españoles los que » nos bajan la cerviz. Diez y seis escuadrones con 30 piezas » volantes nos aseguran la victoria » (12). La combinación de la caballería con la artillería ligera, contra un enemigo invasor desprovisto de medios de movilidad en un país llano, he ahí la idea nueva, que aún no se había acreditado en el mundo

(11) Cartas del director Rondeau á San Martín, de 17 de junio, 26 de julio y 17 de agosto de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(12) Carta de San Martín al director Rondeau, de 27 de agosto de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención á la caballería, alterando su proporción con las demás armas á la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del genio militar de su autor, á la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

Á fines de octubre recibióse en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell á la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado en las inmediaciones de Córdoba regresase á Tucumán, y escribió á San Martín : « Por ahora fué á tierra el proyecto » de invadirnos » (13). Á principios de octubre vuelve á renacer la alarma al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo á estallar ; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía la evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era cuando más un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial (14) y lo ratificaba confidencialmente el mismo director : « Remito » copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimiento de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer que si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así » tendremos siempre tiempo suficiente para prepararnos » (15).

---

(13) Carta del director Rondeau á San Martín, de 26 de setiembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(14) Véase : « Gaceta de Buenos Aires » núms. 143 y 144, de 20 y 27 de octubre de 1819.

(15) Carta del director Rondeau á San Martín, de 27 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos (16) aun cuando más tarde se anunció, — por la última vez, — que el gobierno español persistía en su propósito á pesar de todo. Desde entonces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible ó por lo menos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría á América un solo soldado. Su último ejército expedicionario, se convertiría en ejército revolucionario. El último de sus ejércitos, que á la sazón levantaba el estandarte del rey en sus colonias independizadas, estaba circunscrito á las montañas del Perú. Allí lo iría á buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fué en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata, la guerra civil fué el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra, era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden á suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del go-

(16) Véase : « Gaceta de Buenos Aires » núm. 147, de 10 de noviembre de 1819.

bierno de Chile, — en que tan falsa posición asumió, — y posteriormente, al incitar á los caudillos disidentes de Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental á la paz y á la unión, en nombre y en el interés primordial de la causa americana, de que era el hombre representativo. El armisticio doméstico entre el gobernador López de Santa Fe y las tropas del gobierno nacional en el Rosario, provocado indirectamente por él, y por la marcha del ejército de Belgrano sobre las montoneras, lo halagó por algún tiempo, haciéndole creer que pacificado el país obtendría nuevos recursos para proseguir las empresas lejanas, que consideraba salvadoras. Autorizado por el gobierno para abrir negociaciones pacíficas con los disidentes en su tránsito por el territorio de Santa Fe, « estipulando y con» cluyendo los pactos más conformes al interés general y » particular de los pueblos » (17), abrió nueva correspondencia con los caudillos del litoral, recabó de los cabildos de Cuyo el nombramiento de diputados que lo representasen ante aquellos (18). Bajo esta confianza, y cuando consideraba disipada la amenaza inminente de la expedición española, recibe la noticia de que se habían roto de nuevo las hostilidades entre Santa Fe y Buenos Aires sobre la frontera de ambos territorios, entrando en liga de los caudillos anárquicos los de Entre Ríos y Banda Oriental. En tal conflicto, el gobierno le llama urgentemente por la tercera vez, confirmándole la autorización anteriormente dada para arreglar pacíficamente las desavenencias domésticas y le reitera la orden de marchar á Buenos Aires con toda la división de los Andes acantonada en Mendoza, teniendo en vista el doble objetivo

---

(17) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 8 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(18) Ofi. circular de San Martín de 22 de octubre, y contestación de los cabildos de San Luis y Mendoza de 29 de octubre de 1819, avisando haber nombrado diputados al efecto. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y XLIV.)

de la expedición española, caso de que se realizase, y la guerra civil que de cerca lo afligía (19). Estas ocurrencias llegaban simultáneamente con la seguridad de que todo estaba listo en Chile para emprender la expedición del Perú, en prosecución de lo acordado por la Logia (20), y de conformidad con lo anteriormente convenido con el gobierno argentino. Contestó oficialmente á los de Chile, que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que pendía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha si la renovación de la guerra civil no se lo impedía (21). En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral (22).

En medio de esta situación confusa, trepidó nuevamente el ánimo resuelto del general de los Andes, entre sus obligaciones para con la patria, sus deberes estrictos de la disciplina y su visión clara de que la suerte de la revolución americana estaba en Lima, y de que antes de que la España pudiese poner un soldado en el Río de la Plata, él habría conquistado el Perú. Sea que la inminencia del peligro de la expedición, según las últimas noticias, lo decidiese; sea que aprovechándose de la nueva alarma procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su grande empresa, ó lo

(19) Ofs. del ministro de guerra á San Martín, de 8, 13 y 16 de octubre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín (*Correspondencia reservada*), vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 24.)

(20) Of. de San Martín al gobierno de Chile acusando recibo de la nota en que se le participa haberse celebrado la contrata con la compañía encargada de los aprestos para la expedición del Perú. M. S. (Arch. San Martín. vol. XXVII.)

(21) Of. de San Martín al ministro de gobierno de Chile, de 19 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(22) Carta de San Martín á O'Higgins, de 19 de octubre de 1819. pub. por Vicuña Mackenna en « Rel. hist. », parte 2.ª (Véase Apénd. núm. 26.)

que es más probable, que asumiera por el momento una actitud espectante, el hecho es que contestó al gobierno que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería de línea y dos de milicias con 8 piezas de artillería, que formaban un total de 2,000 hombres, dejando en Cuyo su infantería por falta de cabalgaduras, según decía. Á la vez pedía al gobernador de Córdoba le preparase 4,000 caballos para su pronta marcha á Buenos Aires (23). Todo estaba preparado para responder á la alternativa atención de acudir al litoral ó tomar definitivamente el camino de Chile. Había levantado en masa la provincia de San Luis, alistándola en escuadrones de caballería para concurrir á su segundo plan contra la invasión española, en número de 2,000 hombres (24). La fuerza de la división veterana de 1,200 hombres que había repasado los Andes en marzo y abril, elevábase á la sazón á 2,200 (25). Los granaderos estaban estacionados en San Luis, donde se remontaban por alistamientos voluntarios y reclutamientos. El n.° 1.° de infantería hallábase acantonado en San Juan, y recibía una nueva organización calculada para la expedición al Perú (26). La artillería y los cazadores á caballo permanecían en Mendoza donde se hallaba el cuartel general. En esta actitud le sorprendió el anuncio de estar

(23) Ofis. de San Martín al gobernador de Córdoba, y al gobierno general de 22 y 24 de octubre, y contestación del primero, de 31 de octubre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y LVII.) Véase Ap. núm. 26.

(24) Ofi. de San Martín al gobierno, de 27 de agosto de 1819, aconsejando el alistamiento general de San Luis, en número de 2,185 hombres. Doc. del Arch. general. M. S. (publicado en la « Gaz. de Buenos Aires » núm. 139, de 15 de setiembre de 1819.)

(25) Estado de fuerza de 15 de octubre de 1819. He aquí su detalle: Artillería, 116 plazas; Granaderos á caballo, 635; Cazadores á caballo, 577; N.° 1.° de cazadores de infantería, 808; Jefes y oficiales etc., 70—Total 2,200 hombres. M. S. (Arch. San Martín, vol. LI.)

(26) Arenales: « Mem. histórica », etc. cit. p. 188. — Espejo: « Bosquejo biográfico de Pringles. »

todo listo en Chile para la expedición del Perú, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe y la orden triplicada de acudir presurosamente á la capital con todas las fuerzas disponibles en Cuyo.

El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la república en la provincia de Buenos Aires, y formar una masa de ocho á diez mil hombres, teniendo en vista el peligro ya remoto de la expedición española, y por objetivo inmediato la guerra civil. Considerado este plan desde el punto de vista moral, militar y político, era una cobardía, en presencia de poco más de 1,500 montoneros mal armados que lo amenazaban; una imprevisión, entregar todo el resto del país al enemigo, y circunscribirse á un solo punto, que por sí mismo estaba garantido; era una abdicación del poder, abandonar á la anarquía todo el territorio, donde su acción se dilataría naturalmente y sin resistencia, y una verdadera deserción de la causa de la revolución, desguarnecer la frontera del norte que hacía frente al ejército realista del Alto Perú, renunciar á la alianza con Chile y á la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras á que respondía, como luego se verá más claro. Á haberse realizado tal reconcentración, — como lo hemos observado en otro libro histórico, — y aun suponiendo preservada á la provincia de Buenos Aires de los males de la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general, y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aun triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender una nueva guerra de conquista contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes de la situación general y el estado de los espíritus. La guerra civil era un

fenómeno espontáneo, una enfermedad del tiempo que no podía curarse con amputaciones parciales operadas por el sable. Concurrían á encenderla, no sólo los instintos selváticos de las multitudes y de sus caudillos semi-bárbaros, sino también el descontento de las clases ilustradas de la sociedad, en presencia de una situación política perdida que reaccionaba contra las tendencias de la revolución, y esta influencia deletérea se extendía hasta las filas de los mismos ejércitos. Todo presagiaba una catástrofe inmediata, que la fuerza militar era impotente para prevenir.

V

El director supremo, Rondeau, perseverando en su plan, habíase puesto en campaña al frente del ejército de Buenos Aires, superior en número aunque no en bríos al de los montoneros, y marchaba á la frontera para hacerles frente allí, donde debía verificar su unión con el del norte, que desde Córdoba se dirigía con tal objeto á la espera del de Cuyo. Por lo tanto, el llamamiento de las fuerzas de Cuyo no respondía á una exigencia militar imperiosa. ¿Cuál era el verdadero objeto de la reconcentración de todos los ejércitos de la nación? Una comunicación enigmática dirigida á San Martín y firmada por el director Rondeau en su cuartel en campaña (10 de noviembre) responde á esta interrogación. Decía así: « *Reservadísimo.* — Todos los motivos que hacían » urgente su aproximación con el ejército de su mando, son » un átomo respecto de los que han ocurrido estos últimos » días. Ellos son de un orden superior á todo lo que se puede » imaginar, y ponen en el más grande de los conflictos, no » ya á la presente administración, sino directamente toda la » existencia de todas las provincias. Las comunicaciones de

» Europa novísimamente recibidas, nos anuncian próxima-
» mente y de un modo indudable un mal mayor que el de la
» expedición española; pero no pudiendo aventurarse al pa-
» pel en ninguna forma, es preciso que acelere sus marchas
» para imponerse y prepararnos extraordinariamente y con
» urgencia, para que el Estado pueda ser salvado. Es un ne-
» gocio de la última importancia; es inútil decir más » (27).

¿Cuál era este negocio magno, que se calificaba de conflicto, no siendo ni la expedición española, ni la guerra civil como se decía, y que afectando la existencia del Estado debía salvarlo? Era el establecimiento de una monarquía, sigilosamente complotada entre los poderes públicos del Estado, que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada. Nada había sucedido en Europa que importase un conflicto para las Provincias Unidas, y por el contrario, las últimas comunicaciones de sus agentes diplomáticos anunciaban que la expedición española no sólo era irrealizable sino que en todo caso quedaría neutralizada. Era que el D.r Valentín Gómez, de cuya misión hemos dado cuenta antes, (véase cap. XIX, § VI), había concertado en París un informal convenio *ad referendum* con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón, — el duque de Luca, — como soberano del Río de la Plata, bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar sus dificultades con la España dando *otra dirección* á su expedición, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el presunto candidato al trono argentino, á fin de facilitar la evacuación de la Banda Oriental ocupada por los portugueses. El congreso, pasando por

---

(27) Nota del director Rondeau á San Martín fechada en el cuartel general de Lujan el 10 de noviembre de 1819. M. S. original, conservado entre los papeles del general San Martín, y que ha permanecido hasta hoy desconocido. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

encima de la constitución republicana jurada, traicionaba el programa de la revolución, contrariaba la voluntad nacional, inconsulta la opinión, al sancionar en secreto como una conjuración, lo que calificaba de « gran proyecto » (3 de noviembre), cuatro dias antes de firmar el director supremo la enigmática comunicación antes trascripta. Cuatro días después (12 de noviembre), autorizaba al enviado argentino en París para proseguir la negociación iniciada, sin más restricción que pactar la absoluta independencia, y proponer la reintegración de la Banda Oriental como límite del territorio nacional (28). Las fechas son acusadoras, y proyectan su luz siniestra sobre ese oscuro documento, cargándolo con una sombra negra. No sólo se aceptaba la monarquía para lo ulterior, y se renegaba del credo republicano de la América, sino que como fin inmediato, al desviar del Río de la Plata y Chile la amenaza de la expedición española, dejábase á la España en libertad de dirigirla para reforzar al Perú ó para sofocar las insurrecciones de Méjico, Venezuela y Nueva Granada, de cuyos agentes en Europa se había prescindido estudiosamente, y esto era más que una deserción de la causa de la América independiente, una verdadera hostilidad indirecta á su revolución.

San Martín, que era como se ha visto, monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, y que había aprobado la misión de Gómez y aun propiciádola ante el gobierno de Chile, decidiéndolo á concurrir diplomáticamente á ella (véase cap. XIX, § VI), no tuvo conocimiento por entonces de este resultado, y su reso-

---

(28) Los documentos en que se fundan estas fechas y los hechos que con ellas se relacionan, los hemos publicado en el Apéndice número 48 de nuestra « Historia de Belgrano », (4.ª edición), ilustrándolos en los capítulos XXXVII y XLII de ella, donde las negociaciones y los acuerdos secretos del congreso y las resoluciones del ejecutivo se detallan con todos sus pormenores.

lución estaba ya tomada de antemano. Desobedecería.

Había llegado para San Martín el momento psicológico que modificaría el curso de los acontecimientos por un acto deliberado de su voluntad, acto que lo divorciaría de su patria decidiendo de su destino y también de los de la revolución sud-americana.

Hasta entonces su proceder había sido lógico consigo mismo, con un plan, con un objetivo fijo y con medios de acción apropiados para mover hombres y cosas como máquinas en el sentido de sus designios. Desde este momento, su conducta es doble, como lo fué al iniciar el repaso de los Andes; pero vacilante, cediendo á fuerzas latentes que lo atraían al exterior y poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían á las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos supervenientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos. Al ponerse en pugna con el gobierno de Chile, que era su obra, hasta el extremo de pretender anonadarlo, retirándole su apoyo, con el objeto de obligarlo á realizar la expedición al Perú, que lo atraía irresistiblemente, su conducta es consecuente con sus propósitos, y sus medios, aunque ambiguos, eran adecuados á sus fines. Al asumir ante el gobierno argentino el doble papel de acusador del gobierno de Chile por su falta de cumplimiento á los compromisos internacionales, y hacerlo servir de instrumento de sus secretos manejos, era también consecuente con los objetos que perseguía á la luz del día. Al deshacer su laboriosa trama, haciendo servir á uno y á otro gobierno á encaminar las cosas en el sentido de sus planes, y obtener de Chile todo lo que buscaba con la terrible presión por él ejercida sobre ambos, no hacía sino colocarse en la si-

tuación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza á ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna á permanecer á la espectativa de los sucesos ó se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente á la empresa del Perú, le pide su escuadra á Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va á tomar un rumbo, trepida y se detiene, y luego que se penetra que la expedición española no es un peligro serio, ó que puede conjurarse atacándolo como Scipion en Cartago para salvar á Roma, retrocede y permanece á la espectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga cón criterio de fatalista, va á arrastrarlo á su vorágine, á disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve como la aguja imantada á tomar su dirección y se lanza resueltamente á cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve á ser doble en lo ostensible, y como el símbolo de dos caras y sin pies de los antiguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y á la patria de que se divorcia la cara oscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país, sublevado en el litoral y pronto á levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos: extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el caracter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; rebelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso á la revolución. La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial y á los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior por las armas y los principios americanos por ella formulados: — la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de trasformación.

El ejército de los Andes era en aquel momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y

materiales, la bandera y la espada redentora de la revolución argentina, con que los primeros ejércitos llegaron hasta el Desaguadero en marcha hacia Lima, y libertaron á Chile teniendo por objetivo lejano el Perú al través del mar Pacífico. Máquina de guerra y organismo calculado para realizar los objetos de esa vasta propaganda, el ejército de los Andes estaba dotado por su creador de las armas adecuadas á tal propósito y penetrado de la pasión de su empresa. Su permanencia en tierra extraña, lo había preservado del contagio de las pasiones deletéreas que trabajaban á los ejércitos argentinos en su territorio, y que ya habían contaminado por la acción del medio, las tropas que repasaran los Andes. El ejército de los Andes era, pues, una fuerza en el exterior y un peligro en el interior, y tenía que ser, ó pretoriano ó revolucionario en la patria ó libertador en América, y fué libertador obedeciendo á la impulsión inicial de la revolución argentina, cuya evolución completó en tal sentido.

En aquella situación confusa, San Martín, lo mismo que su ejército, no tenía sino dos papeles : ó montenero ó régulo en la patria, ó libertador en América ; á menos de desertar de su puesto de combate, arriando su bandera y abandonando á sus soldados al frente del enemigo tradicional. Optó por lo segundo, y tuvo la inspiración salvadora de la revolución americana, y así salvó la gloria de su patria, realizándose en él lo que el poeta dijera de otro grande hombre de fama europea :

> Faltar pudo su patria al grande Osuna,
> Pero no á su defensa sus hazañas.

Á la espectativa del desarrollo de los sucesos ó trepidando aún respecto del partido que definitivamente debía adoptar en esta coyuntura, había anunciado al general del ejército del norte, que el 10 de diciembre se pondría en marcha con dirección á Buenos Aires, y que en obediencia de las ins-

trucciones del gobierno era su ánimo tomar el camino de la frontera que conducía directamente al Pergamino (29). Tres días después (el 25 de noviembre), anunciada por la orden general la marcha de la división con destino á la capital, recibía la noticia de haber estallado una revolución en Tucumán, apoyada por las tropas del ejército auxiliar acantonadas allí, con deposición de sus autoridades civiles, proclamación de su independencia provincial y prisión del general Belgrano. Comunicaciones que simultáneamente recibía de Córdoba, le confirmaban haberse descubierto la existencia de un plan de conspiración tramado por varios oficiales del ejército situado en Córdoba, de acuerdo con el movimiento de Tucumán, el que tenía ramificaciones en todas las provincias del interior, incluso la de Cuyo (30). Este hecho lo alarmó seriamente, y confirmóle en su propósito de alejarse del teatro de la guerra civil, á la que no encontraba remedio. En consecuencia, después de tomar sus precauciones á fin de que su provincia no fuese invadida por la anarquía general, ofició al gobierno: « La sublevación de las tropas que guarnecían el Tucumán, » unida á los avisos que he recibido por la vía de Córdoba, » de que el movimiento de aquella provincia estaba de acuerdo » con el que debía ejecutarse en ésta (Cuyo) luego que se » verificase la salida del Ejército, me han hecho suspender la » marcha que debía emprender el 11 por la mañana con di- » rección á la capital. Pesadas estas circunstancias, espero » se sirva comunicarme las órdenes que tenga por conve- » niente sobre el movimiento de esta División. » Agregaba que un nuevo ataque que había sufrido, le obligaba á ir á

(29) Ofi. de San Martín al gobernador de Córdoba y al general del ejército del Perú en Córdoba, de 22 de noviembre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)
(30) Ofi. de San Martín al teniente gobernador de San Luis, de 25 de noviembre de 1819. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apéndice núm. 25.)

tomar los baños de Cauquenes en Chile por disposición de los facultativos, y que tenía la esperanza de hallarse mejorado y de regreso antes de recibir contestación á su oficio, participando á la vez quedar encargado del mando de las fuerzas de Cuyo el coronel Alvarado (31).

Cuando esto escribía el General de los Andes, su resolución estaba tomada de antemano, aun cuando todavía trepidase ante la inmensa responsabilidad que iba á echar sobre sus hombros. El 9 de noviembre, así que viera que empezaba á disiparse la tempestad señalada en el horizonte lejano, por el desbarate de la expedición española, escribía á O'Higgins, por mano de su secretario: «Tengo la orden de marchar á la » capital con toda la caballería é infantería que pueda montar; » pero me parece imposible poderlo realizar, tanto por la » flacura de los animales, como por la falta de numerario. » Y á renglón seguido borroneaba de su puño y letra en gruesos caracteres y profusión de mayúsculas, estos renglones: « *Reservado para usted solo.* — No pierda tiempo un solo » momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin » perder un solo momento marchar con toda la División á » esa, excepto un Escuadrón de Granaderos que dejaré en » San Luis para resguardo de la Provincia. Se va á descargar » sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se em- » prende la Expedición al Perú, todo se lo lleva el Diablo. » Dígame cómo está de artillería de Batalla y Montaña para » la expedición, pues si falta, podemos llevar la que tenemos » en ésta. Los montoneros se reunían el 14 en el Rosario, y » su plan era invadir la campaña de Buenos Aires. Tengo » reunidos 2,000 caballos sobresalientes, los que marcharán » á esa con la División. Si vienen noticias favorables de la

---

(31) Ofi. de San Martín al gobierno, de diciembre 7 de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apéndice núm. 25.)

» Escuadra, haga estar prontas todas las Mulas de Silla y » Carga del Valle (de Aconcagua), para que trasporten los » Cuerpos del Pie de la Cordillera á esa Capital » (32). Pero aun después de adoptada esta resolución, todavía daba espera á su ejecución.

VII

El oficio de San Martín participando su contramarcha (del 7 de diciembre), llegó á manos del director Rondeau en momentos en que éste al frente del ejército de Buenos Aires y próximo á dar la batalla final, recibía de todas partes avisos de que la república estaba en estado de disolución.

El general Cruz, jefe interino del ejército del norte, hombre recto, de juicio frío y decidido sostenedor del orden, escribía al director : « Córdoba se halla en su mayor parte » dispuesta á romper los débiles lazos que la unen al go- » bierno supremo : sus habitantes proclaman con desver- » güenza la federación, y como son los más audaces y muy » poco contrarrestados, logran extender más y más su » opinión. Si esta provincia se mantiene en una aparente » dependencia es por temor del ejército que mando ; pero » tengo por evidente que poniéndome á una distancia en que » no corran riesgo, harán un movimiento estrepitoso. La » revolución sucedida en Tucumán ha puesto á los perturba- » dores en la mayor animosidad ; ya cuentan con este apoyo » más, y sería en vano alejar algunos de sus principales » corifeos, porque la enfermedad es general, y cada día se

(32) Véase Apéndice núm. 19. (Correspondencia confidencial entre San Martín y O'Higgins.)

» extiende el contagio. Veo una conspiración de todas las » Provincias contra el Gobierno ; ninguna se acuerda que » existen españoles con quienes pelear: su primera y única » atención es sustraerse á la autoridad central, y pensar » cómo han de sostenerse contra cualquiera fuerza que se » destine á hacerlas entrar en su deber, aunque para ello » sea preciso que el país se desole. Agotado el remedio de » la prudencia, juzgo que no hay bastante fuerza contra » tanto conspirador, y aun cuando la hubiese, todo es arrui- » nar estos desgraciados territorios. Ellas proclaman una » federación que no entienden y que confunden con la » anarquía, y siendo uno de los mayores males el conce- » derla, por razones que están á la vista, parece mejor el » negarla cuando no se puede sostener lo contrario » (33).

El gobernador de Córdoba, don Manuel Antonio Castro, inteligencia penetrante y jurisconsulto profundo, animado de sano patriotismo, que observaba el desorden más de cerca, escribía á su vez : « Los anarquistas con el nombre » de federales habían tomado antes un carácter de animosidad » muy notable, sin que la inmediación del Ejército Auxiliar » haya sido bastante á imponerles respeto. Después del acon- » tecimiento de Tucumán ponen en juego todo arbitrio para » minar el gobierno, y sólo esperan el momento de realizar » sus designios. No es la fuerza la que puede contener este » torrente, sino mientras ella está encima, y la necesidad de » mantener la fuerza en esta provincia aumenta el descon- » tento y la disposición á abrazar una mudanza, que siempre » creen favorable por huir de las exacciones presentes. Y » aun cuando la fuerza fuera un medio de evitar el sacudi- » miento que necesariamente debe esperarse, yo me voy á

(33 Ofi. del general Cruz al director Rondeau fechado en Córdoba, 22 de noviembre 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. num. 25.

» quedar sin ella, pues el Ejército Auxiliar se pondrá en » marcha dentro de pocos días, y no lo tengo para asegurar » el orden. El Gobierno sabe el estado de la provincia de » Salta ; está impuesto del de Tucumán ; é informado ahora » desde Córdoba, debe persuadirse que la separación se » acerca tan pronto como se retire el ejército. Todo el que » observe de cerca á estos pueblos, conocerá con exactitud » el estado de la opinión : han olvidado el primer objeto de » nuestra revolución : desconocen los peligros que todavía » corre la existencia de la nación con respecto al enemigo » común, y han declarado á la actual forma de gobierno un » odio inextinguible, cuyo contagio se propaga de día en día, » y en razón directa que disminuye la fuerza moral, pierde » su eficacia la física. Ahora combatimos contra dos clases » de enemigos » (34).

Jamás la pluma de ningún historiador argentino trazó con rasgos más acentuados, y puede decirse elocuentes, á la par que con sano é imparcial criterio, el estado de disgregación de las Provincias Unidas en aquellos días angustiosos, diagnosticando la enfermedad moral de los pueblos y la impotencia del gobierno para curarla, en presencia de la fatalidad de las cosas y de los tiempos que se sobreponía á las voluntades, que daban razón de ser á la anarquía, explicada por la lógica brutal de los hechos invencibles, reconociéndose la ineficacia de la fuerza armada para contener « el torrente de la opinión », que se desbordaba del cauce revolucionario. Y cuando se piensa que los personajes espectables que hacían esta palpitante pintura, eran testigos conscientes que tenían por delante el original ; que uno era el general de un ejército, — última esperanza del recurso de la fuerza, — cuyas tropas estaban complotadas con la anarquía con sus

(34) Ofi. del gobernador de Córdoba M. A. Castro al director Rondeau, de 30 de noviembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

principales jefes á su cabeza; y el otro, un partidario de buena fe del sistema monárquico, — última áncora de esperanza de los políticos sin rumbo, extraviados en la tempestad, — vése que el mal no tenía remedio por las armas. y que razón tenía San Martín cuando lo buscaba por otro camino y por otros medios, y preveía que la intervención de los ejércitos en la lucha social no haría sino agravar el mal interno, aumentando los peligros exteriores. Esto que veían claramente los hombres de acción y los pensadores de la época, no lo alcanzaban los poderes públicos de aquel tiempo, pues habían llegado á ese estado de cristalización en que, sin la noción de las cosas, carecían hasta de las ideas que ellas sugieren ó de la habilidad rutinera de los expedientes que las suplen. Así es que el director supremo, en víspera de la batalla inmediata que iba á decidir del destino de la situación. y de la catástrofe que estas revelaciones sombrías anunciaban, encontróse atribulado, y buscó sus inspiraciones en el Congreso, representante legal de la sabiduría nacional.

El Congreso Nacional, tomada en consideración la consulta del director en campaña, con presencia de las exposiciones del gobernador de Córdoba y del general del ejército del norte, dió en su contestación la medida de su altura. Sin darse cuenta del estado del país, ni encontrar dentro de sí una sola inspiración, aconsejó que todo se entregase al acaso, sin acertar siquiera á trazar un rumbo ni á indicar por lo menos una medida acertada. Para evitar los riesgos que se temían. « parecíale (son sus palabras) que bastaba dejar una guarnición en la ciudad de Córdoba y exhonerar al gobernador de su cargo político, sustituyéndolo por un gobernador militar,» cuando precisamente el peligro que se señalaba era la impotencia de la fuerza, y cuando el gobernador que se eliminaba era por su autoridad moral la única garantía de orden pacífico. Como complemento de esta gran medida político-militar, indicaba al gobierno tomase contra los principales promotores

del desorden las medidas que considerase oportunas, usando de los medios á su alcance, mientras se aproximaban las tropas que debían sostenerlo, cuando el gobierno lo que pedía eran los medios que le faltaban para dominar la situación, y cuando el concurso de la fuerza militar era el problema que se trataba de resolver, para aplicar su potencia allí donde fuese más eficiente (35). Jamás congreso alguno en el mundo demostró menos conciencia de su situación, más carencia de ideas ni mayor ineptitud política, administrativa y militar. Era, en realidad, una situación perdida por el agotamiento de fuerzas intelectuales, morales y materiales, á lo que se agregaba el germen de disolución que los poderes públicos llevaban en su seno por la confabulación del plan monarquista á cuyo triunfo pretendían hacer concurrir los ejércitos de la República, violentando la opinión, justamente irritada contra este plan, producto del cansancio y de la cobardía republicana.

El director Rondeau, más atribulado que antes con las soluciones del congreso á su complicada consulta, no encontró tampoco en sí inspiraciones nuevas, y entregó á su vez las cosas á la corriente de los acontecimientos, sin dirigirlos ni preverlos. En consecuencia, al contestar á San Martín, repitió la lección insipiente del congreso, y aplicando á Cuyo lo recetado para Córdoba como remedio para prevenir los males que amenazaban al país, le ordenó dejase una guarnición á su espalda, y marchase á Buenos Aires con todo el resto del ejército de los Andes sin pérdida de tiempo, encomendando su mando á alguno de sus jefes en el caso que él personalmente no pudiese por el estado de su salud ponerse

(35) Dictamen del congreso, de 10 de diciembre de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII. (Véase el texto de este documento en el Apénd. núm. 25.)

á su frente (36). La medida de la incapacidad gubernativa estaba colmada, y en verdad era una situación perdida, no sólo por la fatalidad de los hechos, sino también por la lógica de las cosas tal como desgraciadamente se combinaban.

Mientras tanto, O'Higgins atraía á San Martín con seguridades halagadoras. « La fortuna propicia, — le decía, — nos » está convidando á dar la última mano á la libertad de » América ; y le proporciona una ocasión y un motivo justo » para resistir la orden de su gobierno. Sin la libertad del » Perú, está usted convencido que no podremos salvarnos, » y ahora es el momento de venir á Chile con las tropas de » Cuyo, en la seguridad de que á los dos meses estamos en » camino para lograr el objeto tan deseado. Véngase, amigo, » vuele, y se coronará la obra » (37). Guido por su parte, la Logia de Lautaro en Chile, sus compañeros de armas, todos le escribían en el mismo sentido, y él obedeciendo á sus aspiraciones geniales, estaba en su conciencia definitivamente decidido á la gran desobediencia, que consideraba á la vez que un sacrificio, un deber con toda su tremenda responsabilidad ante la historia.

Aún no se resolvió San Martín á romper el freno saludable de la disciplina que lo sujetaba. Limitóse á disponer de su persona con arreglo al aviso que había dado al ministerio de la Guerra al desistir de su proyecto de marcha á Buenos Aires, en virtud de la revolución de Tucumán y de los avisos trasmitidos desde Córdoba, que le anunciaban otra revolución así que él se moviese con su ejército, lo que luego se verá

---

(36) Ofi. del director Rondeau á San Martín, de 18 de diciembre de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XXVII. (Véase el oficio íntegro en el Apénd. núm. 25.)

(37) Carta de O'Higgins á San Martín de 4 de diciembre de 1819. M. S. Arch. San Martín, vol. XLI. (Véase Apénd. núm. 19.)

que era exacto. Su estado físico, bien que pretexto ostensible para cubrir su retirada, era en verdad cada vez más deplorable. Imposibilitado físicamente de atender al mando militar, lo había delegado en Alvarado, y éste le ocultaba las comunicaciones que podían agravar su excitación nerviosa. Empero, en una ausencia de Alvarado, llegaron á sus manos los oficios que lo instruyeron de la sublevación de Tucumán, y la impresión que esto le produjo agravó de tal manera sus males, que se llegó á desesperar de su vida. Sus fieles subalternos, previendo los inconvenientes de la travesía de la cordillera, hicieron preparar una camilla, que conducida en hombros de sus soldados, llevara al general al occidente de los Andes (38). Fué entonces cuando San Martín escribió con mano temblorosa su última renuncia. « He reclamado en » vano, dice en ella, por el espacio de tres años mi separa- » ción del mando del Ejército. Ya no es necesaria nueva » reclamación : mi postración absoluta me hace separar de » este encargo » (39). El gobierno le contestó que había dejado siempre á su arbitrio la elección del clima que más conviniese al restablecimiento de su salud, sin aceptar su dimisión del mando de un ejército cuya organización y triunfos le eran debidos, y que por las mismas razones al concederle licencia para pasar á Chile á los baños de Cauquenes, era con la investidura de capitán general del ejército de los Andes, sea que estuviese reunido ó seccionado, en la inteligencia que, en cualquier punto que se hallase debía proveer á su fomento y disciplina, por exigirlo el buen servicio del Estado y el honor debido á sus relevantes servicios (40). Este oficio debía llegar á manos de San Martín cuando

(38) « Memoria » de Alvarado, en que se consignan todos estos hechos, M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(39) Doc. del Arch. general. (Véase el texto en el Apénd. núm. 25.)

(40) Ofi. del gobierno á San Martín, de 8 de enero de 1820. M. S. Doc. del Arch. general. (Véase el texto en el Apén. núm. 25.)

el gobierno que lo expedía ya no existiera, y sí sólo la sombra de las Provincias Unidas envueltas en la más desastrosa anarquía, de cuyo seno debía surgir la vida nueva, después de tormentosas pruebas que casi aniquilaron los principios morales de la vida social. En los primeros días de enero de 1820, el general de los Andes atraviesa por penúltima vez la cordillera, tendido en una camilla llevada en hombros de sus soldados, como Mauricio de Sajonia cuando marchaba inválido por pies ajenos para ir á vencer en Fontenoy. Los baños de Cauquenes estaban en Lima, y allí debía ir á buscar la salud de la America.

VIII

Antes que exhibiésemos parte de los documentos que hoy [illegible] respecto de la famosa desobediencia de San Martín, su conducta ha sido juzgada con criterio diverso, así del punto de vista del estrecho deber militar como del patrio- [illegible] más al [illegible] y á la [illegible] momento his- [illegible] de- [illegible] gene- [illegible]

[illegible] por [illegible] que [illegible]

visibles y tangibles, desentrañándolas de los hechos comprobados, y se comparan con los resultados, puede llegarse á conclusiones positivas, que habilitan á formar juicio correcto con conocimiento de causa, de manera de poder apreciar las que son del dominio de la historia real y no de la historia hipotética. Y admitiendo como elemento de juicio, que el instinto conservador de toda nacionalidad, — especialmente en sus grandes conflictos internos, — debe consultar ante todo sus conveniencias y sus facultades, y que nadie tiene el derecho, — menos que todos el depositario de su fuerza pública, — de imponer sacrificios á un pueblo, aun tratándose de designios generosos, en que la gloria puede ser mayor que el provecho, aun así, el juicio equitativo de la posteridad ha sido favorable á la desobediencia de San Martín. El último fallo, — que sin duda confirmará la posteridad, — es, que la revolución del general San Martín al no dar pábulo á la guerra civil y emprender la expedición á Lima, no sólo consultó las previsiones políticas y militares, sino también los instintos conservadores de un patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la revolución argentina de que fué el último campeón, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial de la América del Sud, con gloria para su país y beneficio para la América.

Es punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución sud-americana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado y asegurado su independencia en el sud, dominando el mar Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud-América, como las Provincias Unidas constituían la base y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín á Chile tuvo por objetivo á Lima ; y las jornadas de Chacabuco y Maipu, no fueron sino dos grandes etapas en su

itinerario sud-americano. Dominado el Pacífico por la marina independiente, con arreglo á este plan, la expedición del Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Realizarla, era herir al poder español en el corazón, de conformidad al programa inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporaba al movimiento revolucionario, y encerrados los últimos ejércitos republicanos y realistas en el recinto montañoso del territorio del Perú, ese territorio se convertía en el palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo esfuerzo la causa de la emancipación del Nuevo Mundo. Esto por lo que respecta á los deberes para con la América.

La prosecución de esta gran concepción preparada en el curso de cuatro años continuos de trabajo, y ejecutada bajo la responsabilidad de su autor, daba gloria á su patria y la salvaba del oprobio en momentos en que se hallaba en completa desorganización, sin un gobierno que pudiese dominar ó siquiera moderar su anarquía interna, y de este modo salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos quedarían derrotados. Mostraba así, que la República Argentina representada por un puñado de sus hijos fieles á su tradición revolucionaria, aun tenía alientos para irradiar su acción y su espíritu al resto de la América del Sud, — incluso á Colombia, — en unión con las armas chilenas. Esta era la corona americana de la revolución argentina.

Considerado San Martín en esta emergencia como ciudadano y como soldado, que debía ante todo sus servicios y la obediencia á su gobierno, es posible, que ahora como antes, y quizá después, las opiniones se dividan aún en presencia de los hechos supervenientes, que recién empiezan á caer bajo la pluma del historiador. Sería empero muy pobre criterio histórico el que atribuyese el resultado definitivo de la guerra social en que las provincias argentinas estaban empe-

ñadas entonces, á la ausencia de dos mil soldados argentinos (gran parte de ellos chilenos con su uniforme), que con San Martín á su cabeza y en unión de otros dos mil chilenos, iban á combatir contra 23,000 españoles, que amenazaban á la república por su frontera norte.

Sin el concurso del contingente argentino, y sobre todo de su general, la expedición á Lima era irrealizable y la guerra sud-americana se paralizaba. Sin necesidad de él, podía el gobierno salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con diez mil guardias cívicos en la capital de Buenos Aires y más de cinco mil hombres de las tres armas en campaña, contra 1,500 montoneros escasos y mal armados. Con el duplo y triple de estas fuerzas, el gobierno no había podido ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho ó sea la independencia de su autoridad. Derrotado en el empeño de avasallarlas, una vez en el Paraguay, otra en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fe, no había podido ni siquiera dominar militarmente á la última, aun contando con el concurso de tres mil veteranos que dirigió contra ella.

El ejército del norte al mando del general Belgrano, obedeció á la primera orden del gobierno para combatir la guerra civil, como obedeció en esta ocasión, y el resultado fué perderse miserablemente en ella sin combatir, como se verá después, haciéndose más desastrosa la derrota del gobierno central y al proporcionar á la anarquía fuerzas militares organizadas con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como á su tiempo se verá también, salvándose parte de él al menos, merced á la desobediencia de San Martín. Estos dos ejemplos, son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados, pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Y si se tiene en cuenta, que el llamado hecho á los ejércitos

de la República, respondía, — como se ha visto, — no sólo á la guerra civil, sino á un plan siniestro de los poderes públicos complotados contra la opinión democrática del país, desviando la revolución de su curso, veráse que la intervención de las bayonetas, al complicar la lucha, provocaba otra lucha entre la anarquía y la oligarquía, en pugna las masas populares contra el pretorianismo, aun en el caso que los ejércitos permaneciesen fieles al poder central. Dado que la presencia del ejército de los Andes al intervenir en la guerra civil, hubiese podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aun triunfando en una contienda cuyo resultado debía ser la ruina del país y el aniquilamiento de sus fuerzas militares, políticas y sociales. Ni una ni dos batallas ganadas podían inocular nueva fuerza al gobierno nacional, enervado como la opinión, y que en esos mismos momentos buscaba su punto de apoyo fuera del país contra el país, apelando á una combinación tenebrosa, que importaba á la vez que una intervención extraña inspirada por el desaliento ó la impotencia, una reacción contra la revolución democrática de la América. Ni las armas podían extirpar las raíces que alimentaban la lucha, ni privar á las fuerzas explosivas de la democracia semi-bárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo que estaba de su parte, además de la razón que la asistía como hecho vivaz y la que le daban los deplorables errores políticos de los mandatarios legales. Por otra parte, la simple lucha interna encerrada en el círculo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la gravitación de las grandes masas impulsadas por la concurrencia de las voluntades debía y podía resolver. Aun para obtener tal resultado incoherente, había que romper desde luego la alianza americana con Chile, en el hecho de separar sus fuerzas unidas al renunciar á la expedición del Perú. En-

tonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desorden en su seno.

Los realistas que contaban á la sazón con más de 23,000 hombres de buenas tropas en el Alto y Bajo Perú, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico, habrían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el Alto Perú (Bolivia), habrían podido dirigir un ejército de 10,000 hombres sobre las provincias argentinas, que en el estado de dèsorganización en que se encontraban no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior de la República, sublevadas en masa contra el gobierno general á imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos en la capital luchando brazo á brazo con el litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente la frontera del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización espontánea y trasformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se desenvolvieron obedeciendo á la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de dos mil veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más ó menos no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio á que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales ó busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos. La revolución argentina, que en obediencia á su impulsión inicial, había gastado casi todas sus fuerzas en la propaganda americana, al utilizar las últimas que le quedaban á fin de realizar la expedición al Bajo Perú, aseguraba el triunfo de la causa continental y su propia independencia de la España, quedando en pugna dentro de sus fronteras con sus arduos problemas de organización interna, que hacía tres años la tra-

bajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el trascurso de diez años, la nueva nación dueña de sus propios destinos, tenía que crear nuevas fuerzas reparadoras y conservadoras con que hacer frente á la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ellas únicamente podían llenar, y coronarla, enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaban históricamente el programa de la revolución argentina, preservándose á sí mismas de un peligro inminente. Las armas libertadoras de Chile y del Río de la Plata, se darían la mano con las armas de Colombia traídas desde el norte del continente por Bolívar, y en la línea del Ecuador la emancipación del Sud quedaría por siempre asegurada. Tal fué la misión que San Martín se impuso en bien de la América y del pueblo argentino, al echar la « terrible responsabilidad » de su desobediencia ante la historia. Toca á la posteridad, ante la cual él apeló del juicio de sus contemporáneos, pronunciar el último fallo.

CAPÍTULO XXIV

EL ACTA DE RANCAGUA

AÑO 1820

Carácter universal de la revolución sud-americana. — Acciones y reacciones continentales. — Estado de la revolución sud-americana en 1820. — El alzamiento liberal de España y su faz sud-americana. — Planes de San Martín sobre el Perú. — Sublevación del ejercito del norte argentino.— Sublevación de una parte de la división de Mendoza. — Nuevos planes. — Caída del gobierno general de las Provincias Unidas. — San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes. — Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando. — El *Acta de Rancagua.* — Reflexiones sobre este acontecimiento. — San Martín urge por la realización de la expedición al Perú.— Queda ésta definitivamente arreglada. — Contra-proyecto de Cochrane. — Cochrane aspira á mandar la expedición al Perú. — Rivalidad entre Cochrane y San Martín. — San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú. — Razones políticas de la expedición.

I

La desobediencia indirecta de San Martín de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y que asumirá su carácter decidido en el presente, no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual en obediencia á la impulsión inicial de la revolución argentina, que le imprimía su movimiento y dirección: era un síntoma de los tiempos. En 1820, la revolución sud-americana empezó á mostrar su carácter universal, y de aquí esas acciones y reacciones lejanas de las fuerzas de la época en actividad y esas atracciones de las

grandes masas que se buscaban al través del continente americano. Hemos explicado antes cómo se había operado la revolución moral en las almas de los colonos hispano-americanos, predispuestos á la independencia, aun antes de estallar la insurrección general de 1810; cómo el estado de la metrópoli obró en doble sentido sobre las colonias, primero por la desaparición ocasional del monarca que era el vínculo que las ataba, después por el ejemplo de los principios proclamados por la España liberal; y queda explicado también cómo, al cumplirse la primera década revolucionaria, la América del Sud empieza á su vez á reaccionar sobre la Europa, á hacer sentir su influencia oculta, como un astro hasta entonces invisible para el telescopio de los diplomáticos, que interviene de una manera decisiva en la dinámica del mundo político (véase cap. I, Int. § II y XIII). Según se ha hecho notar, en 1820 la llama revolucionaria de la libertad estaba extinguida en toda la tierra, con excepción de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, donde ardía hacía diez años, alimentada por un soplo revolucionario, mientras el despotismo triunfaba en Europa bajo las banderas de los reyes absolutos coaligados contra la libertad de los pueblos. Este es el momento solemne de la espectativa histórica señalado antes, al ocuparnos en términos generales de la época á que hemos llegado. (Véase cap. I, § XIII.)

La ofensiva tomada por San Martín en 1817 al atravesar los Andes meridionales y poner en jaque al Perú, determinó la primera acción revolucionaria de la América sobre sí misma y sobre la Europa. La ofensiva tomada á su vez por Bolívar al atravesar los Andes ecuatoriales en 1819, dió mayor consistencia á esta doble acción. En 1820, todo el sud del continente estaba emancipado de hecho y de derecho, y dos repúblicas aliadas, — Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata, — convergían hacia el centro del poder colonial. En esa misma época, se constituía al norte la república de

Colombia, que iba á dar cuenta de los últimos restos de la gran expedición de Morillo, expulsada de la Nueva Granada y reducida á la impotencia en el territorio de Venezuela. La España absolutista, vencida por todas partes en sus colonias, en la tierra y en los mares, sólo se mantenía á la defensiva en Quito y Venezuela al norte, y en el Alto y Bajo Perú al centro. Desde entonces, la política de los Estados Unidos de la América del norte, empezó á mostrarse simpática á la revolución sud-americana, hasta hacer causa común con ella, considerando su independencia y su republicanización como cuestión continental y de vida nueva para el Nuevo Mundo. El gobierno de la Inglaterra, en obediencia á esta impulsión y acompañando su opinión pública, hubo de mirar la insurrección de las colonias hispano-americanas, como un hecho de influencia universal, destinado á restablecer el equilibrio perdido de mundo moderno, y empezó á separar su causa de la de los reyes absolutos, hasta que llegase el día de consagrar el hecho desde lo alto de la libre tribuna británica. (V. cap. I, § II).

La España liberal, bien que observara una conducta contraria á los principios que proclamaba para la península, había reconocido desde 1811 por el órgano de sus primeros hombres de estado, que la revolución de la independencia sud-americana era un hecho inevitable, y que la separación entre la madre patria y sus colonias sería un beneficio para ambas, por cuanto la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y la igualdad de los ciudadanos en la vida política (Véase cap. I, Int. § XIII). La España absolutista por el contrario, perseveraba en su empeño de subyugar de nuevo á viva fuerza sus colonias insurreccionadas, y desde el regreso de Fernando VII, el gobierno español despachó con tal propósito varias expediciones, que sumaban más de 42,000 hombres, y casi otros tantos combatientes mantenían la bandera realista en Méjico y en las

tres partes indicadas : Perú, Quito y Venezuela (véase cap. XIX, § VII). Perseverando en este empeño la España había organizado la gran expedición de 18,000 hombres contra el Río de la Plata, de que hemos dado cuenta antes, y que fué durante todo el año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró toda la política exterior del continente austral.

Estos esfuerzos habían agotado á la España, y esparcido el descontento en toda la nación. El horror de las poblaciones y del ejército contra la guerra en las colonias rebeladas, era general, á lo que se agregaba el fermento liberal que la trabajaba y que había hecho ya varias explosiones parciales, precursoras de un gran sacudimiento. La reunión de un poderoso ejército en Cádiz, cuna del liberalismo español, fué la ocasión de que los liberales se pusiesen de acuerdo y combinasen sus planes para producir un movimiento revolucionario, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar-ultramarino según se explicó antes. Ya se ha visto cuál fué el resultado de esta primer tentativa. (Véase cap. XXIII, § II). Dispersado el ejército expedicionario por la conjuración abortada y por la invasión de la fiebre amarilla, difundióse en sus filas la noticia de que Bolívar había atravesado los Andes como San Martín lo había verificado un año antes al reconquistar á Chile ; que la Nueva Granada estaba reconquistada á despecho de la gran expedición de Morillo, que á la sazón se consumía en Venezuela ; que las Provincias Unidas del Río de la Plata en alianza con Chile y dominadoras del mar Pacífico, iban á conquistar el Perú. Estas noticias, aumentando el descontento producido por la epidemia y la resistencia contra la marcha, decidieron el movimiento (1).

---

(1) Así lo reconoce un escritor español : véase Vadillo : « Apuntes de los sucesos que han influido en el estado de la América del Sud » cap. IV, p. 2 *passim*, y especialmente pág. 280-282.

En el capítulo anterior, dejamos al coronel don Rafael del Riego acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan con el batallón de Asturias que mandaba. El 1.° de enero de 1820 dió allí Riego el grito que lo ha inmortalizado, al proclamar al frente de las banderas la constitución española del año XII, abriendo así la era de la libertad para su patria, á la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli. El coronel Antonio Quiroga, nombrado jefe superior del ejército revolucionario, al proclamarlo por la primera vez, pronunció la palabra que la condenaba por siempre : « Soldados! Nuestra España iba á destruirse : » con vuestra ruina iba á completarse la de la Patria. Vos» otros estabais destinados á la muerte, no para realizar *la » conquista ya imposible de la América*, sino para libertar » al gobierno del terror que de vuestro valor ha concebi» do » (2). La revolución liberal triunfante, obligó al rey absoluto á jurar la constitución de 1812, y por común acuerdo del pueblo y del gobierno, esperóse que la metrópoli inauguraría una nueva política respecto de sus colonias insurreccionadas buscando por la paz la solución del problema que las armas no habían hecho sino complicar.

Tal fué el momento en que San Martín, con su desobediencia deliberada, salvó de perder miserablemente en la guerra civil el único y último ejército emancipador que podía decidir la contienda americana, lanzándose á ella bajo su responsabilidad, en obediencia, como lo indicamos antes, no sólo á su voluntad movida por el impulso de la revolución argentina, sino también al movimiento general de la época.

---

(2) Proclama del coronel Antonio Quiroga, de 5 de enero de 1820.

II

Trasladado el general San Martín á Chile en los primeros días de enero de 1820, ocupóse inmediatamente en concertar, de acuerdo con O'Higgins, los medios de realizar la grande empresa que lo llevaba de nuevo al occidente de la cordillera. « Sería inútil, le decía, probar la necesidad de la » expedición sobre el Perú, y que de no hacerla, la suerte de » la América está expuesta, si no á sucumbir, por lo menos » á que se forme en su seno una horrenda anarquía. » Partiendo de esta base, proponía una expedición de 6,000 hombres, inclusos los dos mil hombres de Cuyo, que declaraba estar prontos á pasar los Andes, así como diez piezas de artillería existentes en Mendoza (3). En medio de estos trabajos preparatorios le llegaron dos terribles noticias que dificultaban sus planes : el ejército auxiliar del Perú se había sublevado en masa contra el gobierno general de las Provincias Unidas, y hecho la paz con los montoneros que estaba encargado de combatir : el batallón N° 1.° de cazadores acantonado en San Juan, se había sublevado también con dos días de diferencia. Las mismas causas producían los mismos efectos : era la repercusión del motín de Tucumán y el principio de descomposición que estaba en la atmósfera y que obraba sobre las pasiones de los hombres, como inherente á la naturaleza de las cosas. San Martín, que al desobedecer indirectamente la orden del gobierno de acudir á la capital, temeroso que á su espalda estallase la revolución como lo decía, creyó haber

---

(3) Plan de San Martín de 15 de enero de 1820, presentado oficialmente al director O'Higgins. M. S. (Arch. San Martín, vol. XL.)

garantido á la provincia de Cuyo de la invasión de la anarquía, al mantener una actitud espectante sobre la base de la disciplina de sus tropas y distribuir sus fuerzas en las tres jurisdicciones, vió que todo estaba minado en el territorio argentino, y que la división de los Andes, corría el riesgo de perderse en su totalidad si no se salvaba en tiempo. Faltaba el nervio del gobierno, no había espíritu público ó militar que le diera tono, y hombres y cosas, trabajados por la acción disolvente de la anarquía reinante, concurrían á la descomposición política, abandonando al poder central. Era una situación irremisiblemente perdida como lo había previsto. Y en efecto, cuando se ven ejércitos tan virtuosos como el de Belgrano, probado por ocho años de duros trabajos, y fuerzas tan sólidas como las de San Martín, enrolarse en el desorden, figurando á la cabeza de las sublevaciones militares hombres ilustrados de responsabilidad moral que se daban la mano con los caudillos semi-bárbaros, es necesario reconocer, sin aceptar por esto el fatalismo de los hechos brutales, que aquello era una verdadera disolución que reconocía causas profundas que las armas eran impotentes para contener.

El ejército auxiliar, en obediencia á la orden del gobierno, habíase puesto en marcha desde Córdoba en dirección á la capital bajo el mando del general Cruz. Era esta agrupación un cuerpo sin alma en ausencia de su general Belgrano, agitado por los estremecimientos de la época, trabajado por una larga serie de desgracias militares, compuesto de la misma masa de las poblaciones conmovidas que la anarquía había penetrado profundamente. Una parte de sus jefes principales y la moyoría de sus oficiales eran desafectos al gobierno central, que miraban con repugnancia la guerra civil y resistían la marcha del ejército á Buenos Aires. De aquí nació la idea de una conspiración, cuyo único programa era « no tomar parte en la guerra civil. » Con este lema negativo en su ban-

dera, se sublevó el ejército del norte en la posta de Arequito, sobre la margen del Carcarañá (jurisdicción de Santa Fe), en la noche del 8 al 9 de enero, celebró una tregua con los montoneros, se replegó á Córdoba y fundó allí un nuevo sistema de caudillaje militar, sustrayéndose desde entonces, no sólo á la guerra civil, sino también á la lucha por la independencia (4).

El 9 de enero de 1820, casi el mismo día y á la misma hora en que la nefasta revolución de Arequito se consumaba en la margen del Carcarañá, se sublevaba en San Juan el batallón N° 1.° de cazadores del ejército de los Andes, sin que mediase acuerdo entre ambos movimientos. Era que el principio disolvente flotaba en todas partes, y que todas las fuerzas que se ponían en movimiento concurrían por gravitación á la catástrofe política y social, que no estaba en la mano del gobierno central prevenir ya. Los mismos medios de que se valía para apuntalar su autoridad bamboleante, se volvían contra ella, como sucedía con la guarnición veterana de Tucumán dejada allí para guardar el orden; con el ejército auxiliar llamado para salvarlo; y ahora con la división del ejército de los Andes acantonada en Mendoza con la cual se habría creído contar para contrarrestar la guerra civil; como se habría vuelto en contra el ejército de los Andes, á no haberlo salvado San Martín con su previsión, lanzándolo á la expedición del Perú.

El batallón de cazadores había pasado á San Juan para remontarse, según se explicó antes. Constaba á la sazón de más de 900 plazas. Recibió allí una nueva organización calculada para la expedición del Perú, en cuya composición entraban las tres armas, bien ejercitado en la táctica de dragones. Mandábalo en ausencia de su jefe nato, el coronel

---

(4) Para mayores detalles de este acontecimiento véase nuestra « Hist. de Belgrano » (4.ª edic.) cap. XLI.

Alvarado, el teniente coronel Severo García Sequeira (salteño) oficial de mérito y de grandes esperanzas, pero implacablemente duro con la tropa, á la par que tolerante con las faltas de los oficiales. Este sistema, al dar demasiada tensión á los resortes de la disciplina, los había roto, y la anarquía que todo lo penetraba en la atmósfera argentina, le inoculó su mal espíritu (5). Existía agregado al batallón un capitán llamado Mariano Mendizábal, natural de Buenos Aires, que por su mala conducta se hallaba separado de sus filas. Valiente, corrompido, bullanguero, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses y hecho casi todas las campañas de la revolución. Complotado con los tenientes Morillo (porteño) y Francisco del Corro (salteño), en confabulación con algunos federalistas de San Juan y enemigos de la autoridad local, se propusieron sublevar el batallón, sin más plan por el momento que apoderarse del mando de las armas y de los dineros del tesoro municipal. Explotando el disgusto de la tropa, las pasiones locales, la idea de que el general San Martín se hallaba en desacuerdo con el gobierno general y ausente en país extranjero, y de que sublevándose no irían á Chile, los oficiales complotados adelantaron sus trabajos, y á principios de enero de 1820, — precisamente cuando San Martín trasponía los Andes al occidente, — todo estaba pronto para dar el golpe. Un sordo rumor presagiaba la conmoción, pero el comandante Sequeira, fiado en su coraje y en el ascendiente que creía poseer sobre su tropa, despreció los avisos que en tal sentido le dió el teniente-gobernador La Rosa.

El batallón, encabezado por sus sargentos, se amotinó silenciosamente en la madrugada del 9 de enero, como sucede cuando una masa está poseída de una pasión ó de un propó-

(5) Memoria hist. biog. de Alvarado. M. S. citado. (Arch. San Martín, vol. LXXIII.)

sito instintivo, que no necesita los estímulos de la palabra ajena. Dirigióse en seguida á la plaza en número de 800 hombres, dejando en el cuartel una compañía de custodia. Un grupo de amotinados se destacó con el objeto de atacar la guardia de prevención de uno de los cuarteles cívicos de la guarnición mandada por el teniente Bernardo Navarro, quien resistió á la intimación de rendirse. Trabóse un combate á la bayoneta, en que Navarro cayó traspasado de heridas. Cuando los fusilazos que produjo este choque despertaron á la población alarmada, ya la sublevación estaba triunfante en todas partes y preso el teniente-gobernador. Mendizábal, Corro y Morillo al frente de la tropa amotinada ocupaban la plaza principal, dando *vivas á la federación* y *mueras al tirano*. Mendizábal, en medio del tumulto y rodeado de algunos vecinos mal afamados, que asumían la responsabilidad civil del movimiento, impartía sus órdenes á caballo. La mayoría de la población, amedrentada ante el aspecto de la soldadesca ebria, habíase concentrado á sus hogares. El comandante Sequeira y los oficiales presos en el cuartel, hacían mientras tanto esfuerzos por organizar una contra revolución, ganándose la guardia que los custodiaba y algunos soldados dispersos. Descubierta su tentativa, la misma tropa que parecía apoyarlos, corrió á las armas al primer grito dado por Corro, maltratando á los jefes y oficiales, cuya vida llegó á estar en peligro. Esto mostró que el motín no era efecto de una sorpresa, sino un movimiento espontáneo que tenía su origen en las pasiones de los soldados.

El motín, aunque decididamente hostil á la autoridad de San Martín y federalista en sus tendencias, no entrañaba ningún pensamiento militar ni político, y entre sus promotores no había uno solo capaz de darle dirección. Movidos por sus instintos y aspirando los esporos mórbidos que estaban en la atmósfera, dieron al motín el carácter de revolución federal, en obediencia á la impulsión descentralizadora de la época.

La soldadesca se entregó á la más desenfrenada licencia. Los caudillos, sin autoridad real sobre ella, se enemistaron entre sí. Mendizabal procuró deshacerse de Corro, como de un estorbo. La tropa se pronunció por Corro. Mendizábal, alarmado, ofreció al coronel Alvarado hacerle entrega del batallón, y temeroso de una reacción, soltó al comandante Sequeira, al mayor Lucio Salvadores (de Buenos Aires), al capitán Camilo Benavente (de Chile) y al de la misma clase Juan Bautista Bosso, italiano, que había militado con Napoleón, disponiendo fuesen remitidos á la cordillera por el camino de Uspallata, para que se incorporaran al ejército de los Andes. Estos desgraciados oficiales, fueron alcanzados por una partida despachada por Corro en su persecución, al mando de un sargento español llamado Catalino Biendicho, perteneciente á los sublevados de la fragata «Trinidad» quien los ultimó con sus manos bárbaramente á sablazos en cumplimiento de las órdenes de Corro. Los cadáveres fueron arrojados á una acequia que entre unas peñas corría á inmediación del sitio del sacrificio.

El coronel Alvarado había intentado sofocar el motín, y al afecto adelantóse hasta San Juan al frente de dos escuadrones de cazadores á caballo con dos piezas de artillería, contando que á su aproximación la tropa reaccionaría. Á poco más de quince kilómetros antes de llegar á la ciudad, le fué intimado, que si daba un paso adelante, los oficiales presos serían degollados, y pudo convencerse á la vez que la tropa estaba dispuesta á resistirle á todo trance, por lo cual se decidió á retrogradar, como cediendo á las instancias del cabildo que le suplicó no avanzase para evitar un conflicto al vecindario y una muerte segura á los rehenes. Creyendo notar que su misma tropa estaba poseída de un mal espíritu, se apresuró á renconcentrar en Mendoza el regimiento de granaderos á caballo destacado en San Luis. El general San Martín por su parte, procuró salvar de este naufragio los

restos del N.° 1.° y envió un comisionado para reducirlos á la obediencia, con oferta de indulto, pero escolló en la tentativa (6).

III

La anarquía de Tucumán, Córdoba y San Juan, extendióse á Mendoza y San Luis, que á ejemplo de los demás pueblos siguieron el movimiento disolvente, y se convirtieron de hecho en provincias autónomas. El gobernador intendente de Cuyo, Luzuriaga, se vió obligado á resignar su autoridad, en medio de la odiosidad acumulada por las exacciones necesarias de que fué instrumento en manos de San Martín. El teniente gobernador Dupuy fué depuesto. Corro procuró ponerse de acuerdo con los caudillos del litoral, y marchó sobre Mendoza, pero sus vecinos armados, á las órdenes del general Cruz que después de la sublevación de Arequito se refugiara

(6) En nuestra « Hist. de Belgrano », cap. XLI (4.ª edic.) hemos relatado extensamente este episodio, con otros pormenores, que aquí nos limitamos á extractar. Anotaremos las autoridades que le sirven de fundamento. 1.° Memoria de Alvarado, M. S. Arch. San Martín, vol. LXXIII. — Correspondencia de San Martín con Godoy Cruz. M. S. Arch. San Martín. vol. XLII. — Correspondencia del enviado de San Martín, el mayor Domingo Torres. M. S. Arch. San Martín, vol. LVII. — « Gazeta de Mendoza » de agosto y setiembre de 1820. — Docum. publicados en la « Gazeta de Buenos Aires » de marzo de 1820. — Ofis. de Mendizábal en el Arch. Gral. M. S. S. — « Biografía del general Vega » (uno de los actores en este episodio). Op — « Memorias póstumas » del general Paz, etc., etc. Como complemento ilustrativo agregaremos: que Mendizábal, remitido más tarde por el gobernador de la Rioja á disposición de Güemes, y entregado por éste á San Martín, fué fusilado en la plaza principal de Lima el 30 de enero de 1822. Cuatro de los asesinos de los oficiales sacrificados, que fueron tomados después y remitidos al Perú, á disposición de San Martín, fueron igualmente fusilados en la plaza de Huaura, previa sentencia de un consejo de guerra. Véase Arenales: « Mem. histórica » etc., p. 188.

allí, lo obligaron á retrogradar, y su horda se disolvió en el bandolerismo, dejando á San Juan libre de su brutal tiranía, que aprovechó esta ocasión para declararse independiente.

No quedaban á San Martín sino dos partidos : ó lanzarse á la lucha intestina espada en mano, ó sustraer sus elementos militares de ella, salvándolos de una disolución segura. Con su acostumbrado golpe de vista, comprendió lo que hoy se ve claramente, que permanecer á la espectativa ó tomar parte en la guerra civil, era dar mayores combustibles al incendio. Ante aquella situación, habría flaqueado un ánimo menos resuelto que el del general de los Andes ; pero en ese momento de prueba no le abandonaron su fortaleza ni su serenidad, y en vez de deplorar estérilmente el mal, ocupóse activamente en remediarlo. Decidióse definitivamente por retirar á Chile los últimos restos de la división de Cuyo, ordenando que repasasen inmediatamente los Andes, sin comprometer hostilidades inútiles contra los sublevados de San Juan, una vez fracasada la negociación de indulto. En consecuencia, Alvarado, con los regimientos de granaderos y cazadores á caballo y algunos dragones del N.° 1.° con dos piezas de artillería y el parque, repasó inmediatamente al occidente de los Andes, llevando un contingente como de 1,000 hombres, más importante que por su número, por ser la única caballería con que se contaba para la expedición al Perú. Al mismo tiempo San Martín escribía á su amigo Godoy Cruz, nombrado gobernador de Mendoza: « El incidente ocurrido en la provincia y su actual situación, me » han llenado de desconsuelo. Ya no hay otro arbitrio que » el de remediarlo por los medios que sean posibles. ¡ Qué » males á la causa general del país ! Todos los Elementos » de la Gran Expedición se hallaban en el mejor estado ; » pero veo mal semblante á las cosas. En fin, mi Amigo, mi » partido está tomado. Voy á hacer el último esfuerzo en » beneficio de la América. Si esto no puede realizarse por

» la continuación de los desórdenes y Anarquía, abandonaré
» el País, pues mi Alma no tiene un temple suficiente para
» presenciar su ruina » (7).

Mientras tanto, el director Rondeau, afligido por la guerra que los caudillos le llevaban de Entre Ríos y Santa Fe, con un ejército que no pasaba de 1,500 hombres, reiteraba sus órdenes á los ejércitos del norte y de los Andes para operar una reconcentración de fuerzas en Buenos Aires. Era el síntoma seguro de la derrota, que los ejércitos pudieran haber retardado, pero no impedir en definitiva. En efecto, antes de cumplirse los dos meses de la disolución del ejército del norte y de la sublevación de Cuyo, el ejército de Buenos Aires, mandado por el director en persona, era derrotado en los campos de Cepeda (1.° de febrero de 1820), el congreso se disolvía en seguida, y el orden nacional se derrumbaba. Cada provincia era una republiqueta ó un cacicazgo independiente ; la nación no tenía gobierno, y la nacionalidad era una abstracción. De este caos debía, empero, debía surgir la vida nueva con sus límites territoriales, su fisonomía propia y un espíritu de cohesión general ; pero por el momento, el ejército de los Andes quedaba huérfano de toda autoridad, sin más punto de apoyo que el territorio de Chile, bien que con la bandera redentora que la nación argentina le confiara y el genio del general que le inoculó su pasión americana.

En tal situación, el general San Martín dirigióse oficialmente al director O'Higgins (28 de enero), interrogándole, si después de los sucesos de Cuyo podría aún expedicionarse al Perú con 6,000 hombres, que eran los que siempre había considerado necesarios, ó al menos con 4,000 hombres que eran los estrictamente suficientes, y propuso á la vez varias

---

(7) Carta de San Martín á Godoy Cruz en Santiago de Chile, de 31 de enero de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. XLII.)

medidas para remontar el Ejército Unido. O'Higgins se mostró á la altura de la situación, y contestó decididamente, que podía contarse con 4,000 hombres y con los recursos necesarios al efecto (8). Al ser interrogado San Martín bajo qué bandera se llevaría la invasión, contestó decididamente que bajo la chilena; puesto que ella la cubría con su responsabilidad nacional, además que representaba los mayores elementos navales y pecuniarios; pero conservando el ejército de los Andes su nacionalidad y su pabellón en representación de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Bien que la expedición al Perú hubiese sido el objetivo constante de la alianza argentino-chilena, que su realización fuera un compromiso internacional, los sucesos la habían aplazado de hecho, y en realidad estaba suspendida en virtud de las últimas órdenes transmitidas por el gobierno á San Martín para marchar con todas sus fuerzas á la capital. Así, al resolverla por sí, dejando á su patria envuelta en la guerra civil, el general de los Andes consumaba su desobediencia, aun cuando todavía no lo hubiese declarado públicamente. Pactaba con el gobierno de Chile, disponía sin autorización expresa de su gobierno de su persona, de las tropas y de los elementos militares que le estaban confiados á título de general argentino, y comprometía su bandera en una empresa lejana y arriesgada, asumiendo el carácter de árbitro internacional. Él, que no había retrocedido ante « la terrible responsabilidad que se echaba sobre sus hombros », según sus mismas palabras, comprendía lo anómalo de su posición, y procuró regularizarse, coronando su desobediencia con un acto original, que marca el momento supremo de su carrera de libertador emericano.

---

(8) Barros Arana : « Desobediencia de San Martín », en la « Revista Chilena », t. III, p. 636.

V

La posición del ejército de los Andes y la de San Martín, era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno á quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general, bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas, y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse ó que diera sanción á sus actos. Para regularizar esta situación, como él lo entendía, ó para habilitarse con nuevos poderes, entregó á la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios.

El 26 de marzo, de regreso en Santiago de los baños de Cauquenes, donde había encontrado un ligero alivio á sus dolencias, escribió secretamente una nota, aconsejándose sólo de sí, y la selló con tres sellos. Su sobre llevaba este rótulo: « *Al señor coronel don Juan Gregorio de Las Heras, Jefe del Estado Mayor del Ejército Expedicionario. Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los SS. oficiales del Ejército de los Andes, y sólo á su presencia se verificará.* — San Martín » (9). Sin confiarle su contenido, la puso en manos de Las Heras en presencia del coronel Alvarado, recomendándole el puntual cumplimiento de lo ordenado en el sobre, y se encerró en el mutismo (10).

(9) Existe este sobre original, con el certificado de su apertura al reverso autorizado con la firma del Jefe del Estado Mayor. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(10) Informe verbal del general Las Heras.

Hallábase á la sazón acantonado en Rancagua el ejército de los Andes, y allí fué abierta públicamente el día 2 de abril con las formalidades prescriptas, la nota de San Martín, en presencia de todos los jefes y oficiales expresamente congregados por la orden general. Dentro se encontró un pliego autógrafo que contenía su renuncia fundada del cargo de general en jefe del ejército en forma de manifiesto, y una instrucción sobre el modo de proceder para elegir al que debiera mandarlo. « El congreso y director supremo de las » Provincias Unidas, — decía en ella, — no existe. De estas » autoridades emanaba la mía de general en jefe del ejército » de los Andes, y de consiguiente, creo de mi deber y obli- » gación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos » por sí y bajo su espontánea voluntad, nombren un general » en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este » modo los riesgos que amenazan á la libertad de la América. » Me atrevo á afirmar que ésta se consolidará, no obstante » las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conser- » van, como no dudo, las virtudes que hasta aquí los han » distinguido » (11). La instrucción prevenía que el jefe más antiguo convocara al cuerpo de oficiales, y en su presencia se procediese á la lectura del pliego. En seguida, bajo la regla de prohibirse toda discusión que pudiese predisponer los ánimos en favor de un candidato, se procedería á la votación secreta para general en jefe, verificándose el escrutinio en presencia del jefe principal y del oficial más antiguo de cada cuerpo. El acta sería firmada por todos los jefes y el oficial más antiguo de cada clase, proclamándose inmediatamente por bando solemne en todo el ejército al general que resultase electo con un saludo de quince cañonazos. Después de estas prevenciones, agregaba: «Estoy bien cerciorado del

---

(11) Manifiesto-renuncia de San Martín, de 26 de marzo de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.) Véase el texto en el Apénd. núm. 26.

» honor y patriotismo que adorna á todo oficial del ejército
» de los Andes; sin embargo, como jefe que he sido de él, y
» como compañero, me tomo la libertad de recordarles que
» de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la li-
» bertad de la América del Sud. Á todos es conocido el estado
» deplorable de mi salud, que me imposibilita entregarme
» con la contracción que es indispensable á los trabajos que
» demanda el empleo, pero no de ayudar con mis cortas
» luces y mi persona en cualquiera situación en que me halle,
» á mi patria y á mis compañeros » (12).

No había general posible del ejército de los Andes, después de San Martín. Era su cabeza, su alma y su brazo; sólo él era capaz de uniformar en tan anómala situación todas las voluntades y llevar á término la grande empresa que le estaba encomendada; el único que á la par de un renombre americano, poseía la confianza del pueblo y del gobierno de Chile. Pero del modo como su autoridad fuera confirmada, dependía que el acto asumiese un carácter personal, pretoriano ó revolucionario, que la desvirtuase en vez de robustecerla. El congreso de oficiales, árbitros del destino de la América, de el de su general y del suyo, aunque sorprendidos por aquella inesperada renuncia, encontraron dentro de sí la inspiración del momento, y dieron al solemne acto su fórmula correcta, patriótica y americana, sin alterar la base de la disciplina obligatoria, sin romper los vínculos para con la patria, y aceptaron como una obligación impuesta por sus antecedentes históricos sus deberes para con la emancipación de la América del Sud, en cuyo nombre y en cuyo interés eran consultados.

Á pesar de estar prohibida toda discusión respecto del candidato, el coronel Enrique Martínez, tomó la palabra y ex-

(12) Doc. cit. en la nota anterior. Véase Apénd. núm. 26.

puso: que no debía procederse á la votación, por cuanto era nulo el fundamento que se aducía de haber caducado los poderes del general en jefe. Apoyado en esta objeción por los coroneles Mariano Necochea, Conde y Alvarado, se procedió á votar la cuestión previa, conviniendo todos unánimemente en esta fórmula: « Queda sentado como base y principio, que » la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer » la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país, » no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que » es la salud del pueblo, es inmudable », y que bajo esta base y principio, debía seguirse la sucesión del mando en jefe del ejército de los Andes en prosecución de la gran tarea redentora que le fuera encomendada (13). Labróse en consecuencia el acta en estos términos, que firmaron todos los jefes y oficiales. Este es el documento conocido en la historia con la denominación de Acta de Rancagua, que por más de medio siglo ha permanecido secreta, y que sólo en estos últimos tiempos ha sido publicada (14).

Las Heras, al comunicar á San Martín la decisión tomada, le reprochó respetuosamente la falta de confianza que parecía haber abrigado el general respecto de la fidelidad de sus subordinados á sus deberes: « al asegurar á V. E. el » orden que se observó en el acto por la oficialidad del ejér- » cito, debo agregar la sorpresa que causó el contenido de la » nota, dejándose ver bien el justo sentimiento que le cau- » saba la idea, de que su general pudiera desconfiar de su

(13) Acta firmada en Rancagua el 2 de abril de 1820 por los jefes y oficiales del ejército de los Andes. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.) El texto por que nos guiamos es la copia certificada por el jefe de Estado Mayor, que San Martín conservaba entre sus papeles, comparado con el original con las firmas autógrafas que nos fué dado por el general Espejo.

(14) El primero que la publicó fué Barros Arana en 1875 en la « Revista Chilena », t. III, p. 639.

» subordinación y respeto ú olvidar alguna vez sus sacrificios » en honor de la causa común del país. » (15). Y explayándose con más franqueza, en carta confidencial le decía: « Á » la verdad, mi general, que yo nunca hubiera creído que V. » me hubiese puesto en tanto y tamaño aprieto. En fin, ya » está hecho, y por el resultado se acabará de convencer qué » clase de hombres son sus amigos; pero si he de hablarle la » verdad, ellos están tan resentidos, que les he oído hablar » de un modo decidido y fuerte, y se creen agraviados, pues » con el paso dado por V. ellos estarían en la necesidad de » hacer otro tanto cada uno por su parte » (16). La conclusión era lógica, pues si había caducado el mando del general en jefe, caducaba de hecho la jerarquía militar en sus diversos grados, y hasta la existencia del ejército mismo como colectividad orgánica; pero felizmente la fórmula adoptada por el congreso de oficiales salvó este punto fundamental, salvando ilesa la autoridad, la disciplina y el deber reconocido, no como una convención, sino como una obligación inalterable y absoluta. Sin duda preveía este resultado San Martín, al hacer la prueba que sólo un general dueño de una situación y de las voluntades de todos podía arriesgar, teniendo en mira por el momento al dar esta muestra de su poder, ejercer presión sobre el gobierno chileno que volvía á mostrarse poco activo en los preparativos de guerra convenidos. Así, al aceptar nuevamente el mando, declaró que era con la condición expresa de realizar inmediatamente la expedición al Perú (17).

No obstante la fórmula adoptada, que daba á la ratificación del mando el carácter de una obediencia obligatoria, que no

(15) Nota de Las Heras á San Martín, de 3 de abril de 1820. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(16) Carta de Las Heras á San Martín, de 3 de abril de 1820. M. S. original. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(17) Informe del general Las Heras.

había caducado ni podía caducar, según las palabras del Acta de Rancagua, era un acto revolucionario, que sancionaba por el voto de un congreso militar una desobediencia declarada, ligando un ejército á la persona y á los designios de su general, levantado sobre el escudo de sus soldados como un *imperator* romano. El ejército se hacía solidario de su desobediencia y de la gloria del general, por una adhesión entusiasta y llena de confianza hacia él, y el general á su vez reconoció en principio que su autoridad emanaba del voto de sus soldados.

Era un acto de doble insubordinación, que comprometía á la vez la disciplina y la autoridad, y que fué causa que desde ese momento, el general no mandase á sus subordinados sino á título del consentimiento y del compañerismo, teniendo que consultar las voluntades de todos y cada uno. Empero, la autoridad moral del gran capitán americano, se sobrepuso á todo, y pudo conciliar la dirección del mando absoluto y supremo con la confianza que era condición de obediencia. Fragmento de la patria, animado de la velocidad de la masa en movimiento, el ejército de los Andes prolongaba la acción de la revolución argentina, llevando su bandera y su programa fiel al genio que le diera vida al inocularle su pasión americana, y á esto debía su cohesión. .

El ejército de los Andes al firmar el acta de Rancagua, agregó á su título el significativo de « Ejército expedicionario. » La expedición al Perú era la misión que se imponía. Al celebrar el segundo aniversario de Maipu, el director O'Higgins la anunciaba en una proclama á sus soldados: « Acordaos que en este día hicisteis esconder en el polvo á » los tiranos y disteis la libertad á Chile. El que os condujo á » la victoria aun vive, y vive vuestro coraje para que con él » deis libertad á la América » (18). Á pesar de esto, los prepa-

(18) Proclama del director O'Higgins, insertada en la orden del día del ejército de los Andes. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXII.)

rativos no adelantaban: ni se habían reunido los fondos necesarios al efecto, ni hecho efectivos los contingentes para completar el ejército. El general se resolvió á despejar la situación, emplazando al gobierno de Chile á poner decididamente manos á la obra ó renunciar á su cooperación: « Decidido á hacer cuantos sacrificios caben en lo humano en » favor de la libertad de la América del Sud, me puse en » marcha desde Mendoza en el estado de salud que es noto- » rio, sin más objeto que verificar la expedición al Perú. Á » mi arribo, quedé convencido que en todo abril y á más tar- » dar en mayo, podría realizarse; pero, bien sea por las » inmensas atenciones que gravitan sobre el Estado, ó bien » por la falta de numerario, los aprestos para dicha expedi- » ción muy poco han adelantado. La recluta pedida para el » ejército á razón de 900 plazas cada batallón, no llegan á » 250 hombres lo que se ha recibido. En estas circunstancias, » ruego, que si el numerario para los gastos de la anunciada » expedición no se halla reunido en el término de quince días » de la fecha, se nombre otro general que se encargue de » ella » (19). Era una conminación como la que había precedido al repaso que produjo el mismo efecto. El ministro Zenteno se apresuró á contestarle al día siguiente: « Dentro » de quince días como lo solicita V. E. ha protestado el señor » director supremo que se hallará colectada la partida que » del empréstito de trescientos mil pesos mandado exigir » para realizar la expedición, corresponde á los vecinos de » esta capital. Las providencias á este respecto se agitan del » modo más eficaz y ejecutivo, pero si ellas no son bastantes, » S. E. ofrece por sí mismo hacer en persona la recolección. » En la seguridad de que estas medidas satisfagan los justos

---

(19) Ofi. de San Martín al director O'Higgins, de 13 de abril de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

» deseos de V. E. y sus altos compromisos acerca de la más » pronta realización de la empresa, espera el gobierno que no » será por nuevas demoras ó entorpecimientos, no siendo » posible subrogarse su persona por otro en la dirección de » este arduo y delicado empeño » (20).

V

La exigencia de San Martín tenía otro objeto á que el oficio del ministro de guerra respondía, al declarar que su persona no podía ser subrogada por nadie en la proyectada empresa. Era que el almirante Cochrane, ensoberbecido con su reciente triunfo sobre Valdivia, soñaba con los tradicionales tesoros del Perú, y mirando en menos los hombres y las cosas americanas, aspiraba á mandar en jefe la expedición, con el propósito de suplantar al vencedor de Chacabuco y Maipu. Si alguna prueba se necesitase de la falta de juicio y aspiraciones codiciosas de este genio desequilibrado, bastaría ésta para juzgarle. Héroe de aventuras, con las inspiraciones súbitas del relámpago que herían como el rayo, pero sin plan de conjunto ni largos propósitos, su golpe de vista era de corto alcance, aun en el círculo de su acción propia. Además de que no poseía todas las cualidades militares que requería una campaña tan complicada como la del Perú, y estaba totalmente desprovisto de los talentos políticos como es de notoriedad, le faltaba el reposo para madurar sus planes y la pa-

---

(20) Ofi. del ministro de guerra y marina, Zenteno, á San Martín, de 14 de abril de 1820. M. S. (Arch. San Martín, vol. LX.)

ciencia para ejecutarlos, arrastrándolo su temperamento á buscar el triunfo pronto más que el éxito seguro. Habría jugado todo al azar de una batalla, que habría ganado ó perdido, pero nunca hubiera fundado nada, además de que no estaba animado de la intensa pasión que lo identificaba con los hombres y las cosas de la revolución americana, de la que sólo era un heroico auxiliar. San Martín, era el hombre americano y el hombre necesario, el señalado por todo el continente para libertar al Perú; era el árbitro de Chile que tenía á sus órdenes un ejército suyo, que constituía el nervio de la empresa, sin cuyo concurso nada podía ejecutarse. Así, la pretensión de suplantarlo, sería simplemente un rasgo de insensatez ó de necia infatuación, si no se explicara por otros móviles de interés personal, para convertir la expedición libertadora en una aventura lucrativa en favor del héroe que la dirigiese, como se demuestra por la desatinada conducta del almirante en este conflicto creado por él.

El sueño dorado de Cochrane, como lo atestiguan sus Memorias y lo prueban los documentos que citaremos, fué siempre tener á su bordo una división de desembarco para poner á contribución todas las costas del Pacífico, viviendo á costa del enemigo, y enriquecerse, enriqueciendo á sus marinos. Sus planes de campaña eran la repetición de las irrupciones de los antiguos filibusteros, y se inspiraban en el ejemplo de sus compatriotas Drake y Anson, que combinaron gloriosas hazañas con provecho propio. Desde su segunda campaña marítima, pretendió que se pusiese á su bordo una fuerza de 600 hombres de tropa, además de los 1,200 tripulantes de su escuadra y de un cuerpo de 400 plazas de infantería que formaba parte de ella, cuando las operaciones que debía ejecutar eran puramente navales, pensando que con esas fuerzas podría asaltar y tomar los castillos del Callao (21). En julio

(21) « Memorias » de lord Cochrane, etc., p. 27.

de 1819, el director O'Higgins se dirigía al senado, urgiendo por el despacho de la autorización competente para emprender « la prometida y deseada expedición al Perú, retardada por una fatalidad inexplicable », en cumplimiento de las decisiones de la Logia y de sus compromisos con San Martín, consignando en su mensaje estas palabras : « Lentamente » nos vamos consumiendo hasta que reciba su muerte el » cuerpo político en el momento que se le acabe su sangre, » que es el dinero. El senado no debe ocuparse de otra cosa » que de proporcionar recursos para sostener la nueva acti- » tud que vamos á tomar, para efectuar la expedición al Perú, » que yo miro como el eje sobre que gira la libertad de Amé- » rica, y la felicidad de las generaciones presentes y futuras. » Si no llevamos la guerra al Perú, es imposible sostenernos, » es preciso que sucumbamos » (22). Un año después, el almirante presentaba al gobierno de Chile un contra-proyecto de expedición, que el director pasó igualmente al senado, á fin de que este cuerpo « meditase sobre las razones de conveniencia ó de oposición que envolvía. » El proyecto, formulado por escrito en un solo artículo de veinte renglones, se reducía á dotar á la escuadra con 800 hombres escogidos de las tres armas, y una plana mayor de oficiales para organizar otros tantos, con víveres para cuatro meses y las armas y municiones necesarias para hacer la guerra de corso en el Pacífico y « exigir contribuciones de los enemigos en el Perú, » con el triple objeto de beneficiar al gobierno de Chile, pagar » á los individuos empleados en su servicio marítimo y reha-

(22) Mensaje del director O'Higgins al senado, de 21 de julio de 1819. Véase : I. Zenteno (hijo del ministro J. I. Zenteno) « Docum. justificativos sobre la expedición libertadora del Perú. Refutación de las Memorias de lord Cochrane », p. 51. Los documentos citados por el hijo de Zenteno, son tomados del archivo de guerra de Chile, y los que se refieren á Cochrane, copiados de los originales.

» bilitar la escuadra para otros destinos » (23). Era un plan sin alcance político ni militar, contrario al honor de Chile y á los intereses de la América, que convertía la bandera libertadora en bandera de corsario, y como lo dice enérgicamente el escritor chileno que exhibe este documento.« era fiar el » crédito de la naciente república á una flotilla aventurera, » sin otra misión que destrozar las propiedades particulares » para poder vivir » (24). El proyecto fué rechazado.

Resuelta la expedición, después del terminante emplazamiento de San Martín, todavía persistió el almirante en su propósito de embarazarla ó apropiársela, aun cuando fuera en punto menor, procurando disuadir al gobierno de Chile que, más conveniente que enviar un ejército de línea al corazón del Perú, era hacer una excursión marítima sobre sus costas, para cuyo efecto pedía 2,000 hombres « fuerza más » que suficiente, decía, para asegurar la independencia de » Guayaquil, y logrado esto, si Chile tiene los medios *que » algunos suponen* (aludiendo á San Martín) para formalizar » una gran expedición al Perú, nunca sería excusado tener » los recursos en los extremos para asegurar el éxito en el » centro. » Extendíase sobre el proyecto de dirigir « un ejér» cito pesado sobre Lima », y lo comparaba « con las ventajas que resultarían de una fuerza *trasportada de un punto á otro*, cuyas intenciones y destino ignoraría el enemigo » (25). Esto equivalía á inmovilizar la guerra de la emancipación americana, y reducirla á lo sumo á la ocupación pasajera de un punto ; era subordinar las operaciones milita-

---

(23) « Proyecto » de lord Cochrane, de 31 de julio de 1819, inserto en la citada « Refut. á las Memorias de Cochrane », por I. Zenteno, cuyo original existe en el archivo de guerra de Chile.

(24) I. Zenteno : « Refutación » etc., citada, p. 53.

(25) I. Zenteno : « Refutación » etc. citada. Nota de Cochrane al director O'Higgins de 24 de abril de 1820. M. S. en el archivo de guerra de Chile.

res al lucro personal, burlando las esperanzas del Perú y aun las del mismo Chile. Como lo observa un historiador chileno: las dos campañas marítimas del almirante habían demostrado, que para destruir el poder español en el Perú, no eran suficientes las solas fuerzas navales de la república. Las naves enemigas habían abandonado su natural elemento y entregado á la discreción de la escuadra de Chile el comercio español y las costas peruanas. Mas en el interior del país, un ejército poderoso y disciplinado ahogaba el patriotismo de los habitantes y mantenía dominadas las extensas y ricas comarcas donde España había asentado la base de su imperio secular. La protección que la escuadra podía ofrecer á los patriotas peruanos era débil, comparada con la obra inmensa que se tenía que derribar, y si bien ella habría alarmado los ánimos, hostilizado las costas, destruído el comercio y ajado el prestigio de los dominadores, no podía ofrecer un centro de acción en cuyo torno se reuniesen los esfuerzos del pueblo peruano. Era preciso que el gobierno pensase seriamente en una expedición terrestre » (26). Por consecuencia, el nuevo proyecto del almirante, fué igualmente desechado, y el 6 de mayo de 1820 era nombrado San Martín generalísimo de la expedición al Perú, por el voto del pueblo y del senado chileno.

Aun después de resuelta definitivamente la expedición terrestre y nombrado San Martín generalísimo de ella, continuó el almirante oponiéndole obstáculos. El ministro de guerra y marina, Zenteno, refutando las especiosas observaciones del almirante, le decía oficialmente: « Sería largo » demostrar las poderosas é imprescindibles causas que han » decidido al gobierno, al senado y á todo el pueblo por el

(26) García Reyes: « Primera escuadra nacional », en la « Hist. general de la Repúb. de Chile », t, IV, p. 81.

» proyecto de realizar la expedición al Perú con la fuerza de » 4,000 hombres ó más si se pudiese. El voto general la » tiene sancionada, la autoridad suprema la ha decretado, y » es deber de los agentes y funcionarios públicos el cooperar » activamente á la ejecución de esa unánime y expresa vo- » luntad del pueblo. No pudiéndose revocar este acuerdo, » tampoco es obstáculo la dificultad que apunta V. S. que » entre los buques de guerra y trasportes sólo hay capacidad » para 2,500 hombres de desembarco, porque para el com- » pleto de las toneladas, no sólo son obligados los empresarios » á tomar á flete todos los buques de nuestra bandera, sino » los de cualquier otra » (27). Entonces el almirante pretendió que se le confiara el mando en jefe de la expedición, que antes había declarado inconveniente ó imposible, y con tono altanero exigió « que se entregase á sus solas manos la escuadra y el ejército de Chile y la suerte del Perú » (28). La nota del almirante no fué contestada, pero se le hizo entender que su pretensión era inadmisible ; y como insistiera nuevamente en sus pretensiones, haciendo presión con sus multiplicadas renuncias, se le significó cortésmente que si se obstinaba en llevar adelante sus propósitos, no sería difícil encontrar quien pudiera sucederle en el mando de la escuadra (29). El candidato para reemplazarle era Guise, quien apoyado por Spry y una parte de la oficialidad inglesa, le hacía oposición y de aquí el rencor que él abrigó siempre contra estos dos marinos. El gobierno de Chile estuvo por un mo-

---

(27) Nota del ministro Zenteno, de 4 de mayo de 1820 en contestación á otra de Cochrane de 18 de mayo del mismo. (Arch. de guerra de Chile.) Véase I. Zenteno : « Refutación » etc., citada, p. 41.

(28) Nota de Cochrane, de 13 de abril de 1820, en el archivo de guerra de Chile, cit. en extracto por Zenteno en « Refutación » etc., p. 57. Véase García Reyes : « Primera escuadra nacional », p. 81.

(29) Nota del ministro Zenteno al almirante Cochrane, de 23 de julio de 1820. (Arch. de guerra de Chile.) Citado en extracto por I. Zenteno, en « Refutación » etc., p. 61.

mento decidido á destituir á Cochrane, pero la interposición de San Martín, que se empeñara porque se le conservase en el mando, lo salvó de este ultraje (30). El altivo marino hubo de resignarse á obedecer, aunque de mala voluntad.

Esta rivalidad caprichosa del almirante Cochrane, puso en conflicto al gobierno de Chile, que lo consideraba necesario para asegurar el éxito de la empresa; pero San Martín era indispensable, y no podía vacilar en la elección. « Razones » de justicia, dice un escritor chileno, de gratitud, y sobre » todo de alta política, inducían á confiar la dirección de la » empresa al general San Martín, al vencedor de Chacabuco » y Maipu, al jefe poderoso y lleno de prestigio que estaba » colocado por sus victorias y su talento al frente de miles » de soldados admiradores de su gloria, al generalísimo de un » ejército que como un volcán habría estallado al menor » desaire, envolviendo á la nación en los horrores de la » guerra civil, en los momentos mismos en que la concordia » y la paz interior de Chile eran indispensables para coronar » la independencia continental. Sólo un extranjero, extraño » á la situación, podía soñar que hubiese otro general para » la expedición libertadora, que no fuese San Martín » (31).

Frustrado en sus aspiraciones, el almirante intentó despertar el espíritu nacional, buscando un candidato chileno que oponer á San Martín. « El ejército chileno, según con- » fesión de un historiador del país, no contaba con ningún » jefe de bastante prestigio que pudiera colocarse á su ca-

---

(30) Así lo ha reconocido Cochrane bajo su firma y el mismo gobierno de Chile oficialmente. El primero en una carta famosa, escrita en inglés fecha 4 de agosto de 1821, de que se hará especial mención más adelante, dice: « I would neverthelss perform this act of frienship towards » you, in repagment for the support you gave me at a time when the » basest plans and plots were laid to effect my dimissal for the Chilean » service. » M. S. autóg. (Arch. San Martín, vol LXIV.)

(31) I. Zenteno: « Refutación » etc., citada, p. 57-58.

» beza, ni sobre el ejército argentino podía soplarse la des-
» unión, tan insubordinado como era, sin exponerse á un
» cataclismo » (32). Otro escritor chileno, es más explícito aún : « Es preciso hablar con franqueza, y sobre todo, des-
» prendernos del espíritu entrecho de nacionalismo, confe-
» sando que en el año 20 no había entre nosotros ningún
» general que arrastrase consigo la gloria, el prestigio y la
» merecida reputación de hombre de genio que acompaña-
» ban á San Martín. La empresa de libertar al Perú requería
» indispensablemente mandar un hombre hábil, sagaz, y que
» ya hubiese dado pruebas de ello. San Martín había reducido
» á cenizas el poder español en Chile, y bien podía hacerlo
» en el Perú » (33). Á pesar de esto, Cochrane trabajó por que se diese el mando en jefe de la expedición á Freyre, que si bien era la primera espada del ejército de Chile era también una completa nulidad militar y política que habría sido un instrumento en manos del almirante (34). Así terminaron por el momento los trabajos de Cochrane para embarazar la expedición al Perú y suplantar á San Martín, lo que presagiaba una desinteligencia futura entre los dos principales jefes de la expedición, desinteligencia que más adelante veremos estallar, y que estos antecedentes explicarán en parte. Por el momento, conseguido su objeto de definir la situación, comprometiendo á Chile en su empresa, y dueño de su dirección, quiso remover con prudencia los obstáculos

---

(32) García Reyes : « Memoria sobre la primera escuadra nacional », cit.

(33) I. Zenteno : « Refutación » etc., citada, p. 57.

(34) Vicuña Mackenna, en su « Guerra á muerte », p. 129, dice : « Co-
» chrane quiso levantar á Freyre como rival de San Martín, exigiendo
» que fuese aquél quien mandara en jefe el ejército libertador que sus
» quillas iban á llevar al Perú. » Cochrane en sus « Memorias », guardando silencio sobre estos incidentes, dice : « El general San Martín,
» con gran contrariedad del general Freyre (que entonces era coronel)
» fué nombrado capitán general del Ejército Libertador. »

que el almirante oponía á ella. Comprendiendo la importancia de la cooperación del ilustre marino, que por su parte era el dueño de la escuadra, se dirigió á Valparaíso con el objeto de activar los preparativos de marcha y tener una conferencia amistosa con él. « Mylord, le dijo, nuestro des- » tino es común, y yo le protesto que su suerte será igual » á la mía » (35). En seguida trató de persuadirlo que una formal expedición terrestre era exigida por las circunstancias y los intereses generales de la América, y sobre todo, una resolución firme del pueblo, del gobierno y del senado, que debía emprenderse de cualquier manera (36).

Otras razones políticas aconsejaban á Chile la expedición al Perú, siendo la principal que ya San Martín y su ejército no cabían en Chile, y que de no realizarla su situación interna experimentaría un trastorno. « Aunque San Martín, » (dice Zenteno) hubiese rehusado el mando de la expedi- » ción, estaba en nuestros intereses no dispensar medio alguno » *para hacerlo salir al frente del ejército*, según las pala- » bras de una nota del senado (de mayo 1820). San Martín » y sus soldados no eran sólo una carga materialmente » gravosa para el erario agotado, que mal podía soportar el » pago de más de 8,000 hombres de línea, eran además un

---

(35) Carta de San Martín á Cochrane, de 13 de agosto de 1821, publicada por el mismo Cochrane en « Contestación de lord Cochrane á lo cargos que le hizo el general San Martín », p. 4.

(36) Carta de San Martín á O'Higgins en Valparaíso, de 28 de mayo de 1820, en que dice : « Ayer tuve la última sesión con Cochrane, y á pe- » sar de que él inculca que la expedición de 4,000 hombres es embara- » zosa, le he hecho ver que es indispensable se verifique, pues así lo » requieren las circunstancias y los intereses de la América : ha conve- » nido, y me parece que sobre este punto no tendremos más que hablar. » Le he dicho que la resolución del Gobierno, Senado y Pueblo, es que » marche la expedición con el número indicado, y que aunque ella ca- » rezca de algunos renglones, es preciso emprenderla de cualquier » manera. » Véase Vicuña Mackenna : « General San Martín », etc., p. 28.

» elemento de desconfianza y de compromisos. San Martín
» era el Cochrane de tierra, con la diferencia que no pedía
» dinero, sino poder é influencia. La ambición de mando,
» este pecado de los grandes hombres, dominaba también al
» libertador á quien tanto debemos, y á quien casi no podría-
» mos pagar por más que fuese nuestra disposición hacia él.
» El proyecto de expedición al Perú lo allanaba todo: poder
» y gloria, grandes hazañas, un nuevo teatro de nobles ser-
» vicios en favor de la libertad oprimida, todo lo ofrecía el
» Peru, al ejército y á la escuadra. Al concebir, pues, el plan
» del ejército expedicionario á las órdenes de San Martín, el
» gobierno de Chile no sólo acometió una hazaña heroica y
» digna de la gratitud de la América : dió también un paso
» profundamente político para salvar la situación. Si no hu-
» biera estado el Perú en poder de los españoles el año 20,
» no se sabe lo que hubiera sido de Chile, y es difícil calcu-
» lar los resultados del descontento ó de la ambición » (37).

De este modo fué como el Acta de Rancagua, al sostener la autoridad moral de San Martín, le dió su punto de apoyo fuera de la patria, lo acreditó ante la América, lo habilitó para emplazar al gobierno de Chile en término perentorio á fin de realizar sin más demora la expedición al Perú, y lo constituyó en árbitro de la situación, que de hecho estaba en sus manos, permitiéndole realizar la gran aspiración de su vida, por que batallaba hacía años y que era el coronamiento de su gran plan de campaña continental, que debía decidir, y decidió de los destinos de la América del Sud. Pero el Acta de Rancagua debía dar con el tiempo otros resultados contrarios, que estaban en la lógica de las cosas, como se verá á su tiempo.

---

(37) I. Zenteno : « Refutación » etc., citada, p. 59.

CAPÍTULO XXV

EL PERÚ

AÑO 1820

La conjunción revolucionaria. — Antecedentes históricos y políticos del Perú.— La Corte de Lima. — Climatología peruana. — El Perú en la lucha de la Independencia. — Sociabilidad peruana. — Reacción del Perú contra la revolución emancipadora. — Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista. — El virrey Abascal y su obra. — Los ejércitos peruanos. — Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas. — Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde. — Los primeros conatos revolucionarios del Perú. — Riva Agüero. — Mateo Silva. — Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana. — El partido constitucionalista de Baquijano. — Esfuerzos de los peruanos para promover su independencia. — Abascal, Pezuela y La Serna. — Primera insurrección de Tacna. — Levantamiento de Huánuco. — Segunda insurrección de Tacna. — La rebelión de Pumacahua. — El cura Muñecas. — El poeta Melgar.— La conjuración de Castro. — La expedición del general español Ramírez. — Últimos conatos revolucionarios de los peruanos. — Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú. — Agentes secretos de San Martín en el Perú. — Influencia del liberalismo español en el Perú.— Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820.

I

Al tiempo de emprender San Martín su expedición al Perú, la revolución sud-americana iba á condensarse, operando su conjunción militar y política en el punto céntrico del continente. Las dos grandes masas batalladoras del sud y del norte, al seguir opuesto itinerario, se aproximan persiguiendo un mismo objetivo, estrechan el círculo de los rea-

listas y se preparan á dar el golpe de muerte al poder colonial en su último baluarte. Cómo se operó este movimiento concéntrico, cuál es el teatro á que van á trasladarse las operaciones militares y políticas, cuáles los antecedentes históricos y sociológicos del país que va á ser el nuevo teatro de la guerra, qué papeles desempeñó el Perú en la lucha de la emancipación americana, por qué medios y modos públicos y secretos se preparó esta grande empresa, tal es el objeto de este capítulo, fundado principalmente en documentos peruanos y testimonios imparciales y auténticos. Es una página complementaria de la historia de la emancipación sud-americana, que constituye el nudo de las acciones y reacciones de su complicado drama y explica su desenlace lógico.

El Perú, fué en la época de la conquista la primera colonia americana donde se despertó el espíritu de insurrección contra la metrópoli según se relató antes, quemando los mismos conquistadores españoles el estandarte real, al enarbolar en el nuevo mundo la primera bandera rebelde y dar batallas en nombre de un nuevo derecho territorial americano. (V. cap. I, Int. § VIII.) Durante la época colonial se hicieron sentir allí fuertes sacudimientos de las razas mixtas movidas por sus instintos antagónicos contra la raza dominadora. Al finalizar el siglo XVIII, estalló en su seno la gran insurrección indígena de Tupac-Amaru que pretendió restaurar el imperio pre-colombiano de los Incas. Estos movimientos eran meros resabios del revuelto espíritu castellano de la conquista y agitaciones dentro de los elementos incoherentes del sistema colonial, ó el estremecimiento de agonía de la antigua raza conquistada y reducida á servidumbre. No tenía raíces vivaces en el suelo, y si bien presagiasen la índole de la futura insurrección criolla, no diseñaban el carácter de la verdadera revolución emancipadora con nuevas tendencias políticas y sociales. Sofocadas estas insurrecciones bastardas, la tierra entró en su quietismo. Así permaneció por largos años como

esas grandes masas de agua del Océano que yacen estagnadas en medio de las corrientes vivas que las circunscriben. El Perú quedó de este modo aislado del movimiento general de la época. En 1809 y 1810, cuando las colonias se insurreccionaron casi simultáneamente por impulso propio, según se explicó antes (véase cap. I, Int. § II) los estremecimientos de la gestación de una nueva vida apenas se hicieron sentir en su seno. No era que le faltara el germen de la independencia ni el instinto de la nacionalidad : faltábale la coherencia de sus fuerzas, que por razón de su misma inercia, debían volverse contra la revolución americana, contrarrestar sus progresos, retardar su triunfo y obligarla á mayores esfuerzos para emancipar todo el continente, emancipando al fin al mismo Perú.

Fué el Perú en los primeros tiempos de la conquista, un verdadero imperio colonial, que comprendía casi todo el territorio de la América meridional, sujeto á la corona de España, desde el Cabo de Hornos hasta el Ecuador. Su nombre se hizo sinónimo de riqueza. Erigido el virreinato de Nueva Granada, bajo cuya jurisdicción quedó Quito ; creado el del Río de la Plata que separó las Provincias del Alto Perú, é independizada en la forma que antes se explicó, la capitanía general de Chile, el virreinato del Perú, ocupaba todavía al tiempo de estallar la guerra de la independencia, un vastísimo espacio en el promedio del continente, que se extendía 25 grados al sud del Ecuador, con el Pacífico por límite al occidente y al oriente los Andes hasta tocar con las fronteras del Brasil. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del Río de la Plata, su posición central le permitía mantener en jaque los territorios circunvecinos é irradiar su acción al sud y al norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial. Fundada al pie de la cordillera occidental y á inmediación del mar, en un ameno valle donde no llueve jamás y sólo truena ó brilla el

relámpago una vez cada siglo, su aire vital carece de resorte (1), y su sociabilidad participa del carácter de su naturaleza. Un toldo trasparente de nieblas, que templa los ardores del sol, y las brisas húmedas del sud que refrescan la atmósfera, mantienen constantemente una temperatura suave que convida á la molicie. No es una exageración de un clásico poeta gongórico cuando dijo del clima de Lima:

En su horizonte el sol todo es aurora,
El tiempo es todo eterna primavera (2).

El Callao es su puerto y antemural marítimo, y dueño de las llaves de la navegación y del comercio de monopolio por siglos, podía considerarse por su prestigio como la capital de Sud-América. Rivalizaba en opulencia con Méjico y en importancia con las principales ciudades de España, sin excluir la coronada villa de Madrid. Tenía todos los atributos de una corte, con sus privilegios, su pompa, sus vicios y sus deleites enervantes. Circundada de murallas con su acrópolis ó bastilla, tenía allí su asiento el más alto representante del monarca español, rodeado de una aristocracia indígena, una plutocracia de españoles europeos y una numerosa burocracia jerárquica. En lo temporal, tenía su ejército y su escuadra al amparo de fortalezas inexpugnables erizadas de cañones. En lo espiritual tenía una iglesia oficial, un clero corrompido y un tribunal de la inquisición, que fué el único que en América encendió hogueras para quemar herejes. Tres quintas partes de su población, que formaban su plebe, eran como en la antigua Roma, esclavos, libertos ó indígenas tributarios, sin más pasión popular que las corridas del circo de toros, regalo munificiente de la metrópoli, ó la chicha, regalo here-

(1) Unanue: « Clima de Lima ».
(2) Peralta: « Lima fundada », canto VII.

ditario de los Incas. Su corona mundana eran sus mujeres, tipos de belleza y de gracia original, que constituían por su naturaleza eléctrica el nervio social, según la expresión de un profundo observador limeño (3). Su corona mística, era la aureola de rosas siempre frescas de una santa nativa, patrona de las Américas, entre cuyas reliquias se conserva un juego de dados con que echaba suertes con su divino esposo, y que parecería simbolizar otra pasión de la aristocracia limeña importada de España con los primeros conquistadores, que según el histórico proverbio, jugaron el sol (de oro de Cuzco) antes de amanecer.

Situado dentro del trópico de capricornio, el Perú poseía todos los climas de la tierra por sus diferentes altitudes desde el nivel del mar hasta el límite de las nieves perpetuas. Estaba habitado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea ó americana. La influencia étnica del medio prevalecía en las costas, en los valles andinos y las montañas, imprimiendo á los seres su sello nativo. Un sabio peruano, al estudiar científicamente la climatología con relación á la naturaleza del hombre, ha dicho: « que un » país situado dentro de la zona ardiente, pero reducido su » clima á un temple benigno por la superabundancia de la » humedad de la atmósfera, deben los que viven en él tener » un cuerpo débil; la animalización sea imperfecta, y que la » sangre no se bata ni anime bien en los pulmones, y sus » glóbulos carezcan de la rubicundez encendida que tiñe las

(3) Unanue: « Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias », (2.ª edic.) p. 83, donde dice: « Bajo el imperio de las causas » anteriores (la enervación) preciso es falte al hombre (de Lima) los rasgos varoniles. Por el contrario, el sexo femenino debe caminar á su » perfección: facciones delicadas, expresión tierna, ojos negros con pupilas rasgadas animadas de fuego y sensibilidad, caracteres de un » cuerpo endeble pero electrizado. »

» mejillas. Así, la sangre no tiene en arterias y venas el curso
» igual que extiende la fuerza y la vida por todos los miem-
» bros del cuerpo, y el vigor muscular se abate y debilita.
» De aquí es ser la pereza inherente á los moradores de estos
» climas. El cuerpo enervado sólo desea el reposo y los pla-
» ceres. Es preciso estímulos muy fuertes para sacarlo de su
» apatía, y aunque la juventud fogosa y agitada supere esta
» fatal inclinación al ocio, pasados los primeros ímpetus de
» los años florecientes, se adelanta por lo común la edad
» que llaman de la prudencia, que es la de no hacer nada» (4). Las fuerzas intelectuales del país, eran empero vigorosas, animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad nerviosa predominante por la influencia del clima (5). Los peruanos, eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las ciencias y las artes ; tenían una literatura propia y contaban con hombres inteligentes é ilustrados que habían llamado la atención del mundo (6). Su Universidad era tan famosa como la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y matemáticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de medicina, y

---

(4) Unanue : « Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, especialmente sobre el hombre », p. 81-82, (edic. de 1815.) El autor apoya esta teoría en una opinión de Humboldt, y la ilustra con una cita del Tasso : « El ilustre Humboldt me confirmó » en la opinión, de que aun nuestros animales domésticos, como el » perro, eran de condición más tratable, ó ya sea más poltrones que los » de Europa :

« La terra molle é lieta é dilettosa
» Símili á sé gli abitator produce. »

(5) Unanue : « Observaciones », etc. p. 101.

(6) En 1797, fueron tomados por un corsario inglés 16 números del « Mercurio Peruano », primer periódico científico y literario publicado en América. Su contenido llamó tanto la atención de la Europa, que al ser traducido al inglés, se pensó fuese un producto de la imaginación del editor, pues no se creía posible que en una colonia sud-americana pudiese existir un caudal tan rico de ciencia y observación original, siendo después vertido al francés y al alemán en varias ediciones.

sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituída bajo sus dobles influencias enervantes, fué empero, el centro y el nervio de la reacción realista, á punto de llegar á casi dominar la revolución sud-americana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el *delenda Cartago* de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del sud y del norte en 1820.

II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispano-americanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primer campaña, al menos en el sud, y al acelerar la emancipación del norte, ahorrádole inmensos esfuerzos y tiempo. Fué por el contrario el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después, y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud-América. Varias causas contribuyeron á imponerle fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese menos predispuesto á la revolución que las demás secciones sud-americanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, el que recorría por aquel tiempo el Perú,

(1811-1812) dice : « Á mi llegada á Lima, encontré el mismo » espíritu revolucionario diseminado en los criollos de todas » las clases, con excepción de un corto número de empleados » lucradores del gobierno. Los habitantes deseaban, con no » menos ardor tal vez que las demás secciones de América, » un cambio en la forma de gobierno ; y por no haberlo » establecido, se les ha considerado por muchos culpables » de indolencia y pusilanimidad, cargando con esta falta sin » haberla merecido. Cuando un pueblo se halla bajo la in- » fluencia de la fuerza, tanto los habitantes como los solda- » dos deben someterse á la voluntad del que manda. Tal era » el estado de Lima » (7).

Al tiempo de estallar la revolución, el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas, y si se agrega el Alto Perú dominado por sus armas desde 1815, puede computarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de que los indígenas formaban más de la mitad ; los mestizos de indios y africanos, como un quinto ; los esclavos negros como cincuenta mil, y los españoles apenas un séptimo (8). No tenía por lo tanto

---

(7) Stevenson : « A historical and descriptive narrative of twenty year's residence in South America », t. III, p. 45 y 48.

(8) Según el virrey Gil Taboada y Lemos, el Perú tenía en 1791, una población censada de 1.076,122, la que en 1796 estimaba por cálculo en 1.300,000. (« Memorias de los virreyes del Perú », t. VI, p. 76-77 y docum. núm. 3 del Apénd.) Unanue en su « Guía Pol. del Perú » de 1793 á 1796, repite el dato del virrey Gil y Lemos. Calculando en treinta años un aumento tan sólo de un cuatro por ciento sobre 1.300,000, resulta más del millón y medio asignado para 1820. Si á esto se agrega el Alto Perú anexado á la sazón al virreinato, cuya población podría estimarse en 300 á 400 mil almas, resultará que tenía entonces cerca de dos millones, cuando las Provincias Unidas y Chile no alcanzaban á tener juntas ni un millón y doscientos mil habitantes. La división de razas apuntada en el texto, se funda principalmente en el censo del virrey Gil y Lemos, citado.

la cohesión de las dos repúblicas aliadas que en 1820 iban á llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional (9). El norte y el sud del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar aún muchos años después de fundada su nacionalidad. Agréguese á esto, que la sierra ó sea la parte montañosa del país y la zona de la costa, eran también dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El clima de la sierra es salubre y rico en recursos de todo genero. Los hombres del litoral, eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por el contrario, los serranos mestizos, producto del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica, eran infatigables en las marchas á pie, con una tendencia á mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla, estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos. La raza indígena,

---

(9) Córdoba y Urrutía: « Las tres épocas del Perú », p. 148, t. II. « Doc. Lit. del Perú. » Col. Odriozola — He aquí las palabras textuales del historiador peruano : « Destruído el ejército español en los campos » de Maipu, se proyectó expedicionar sobre el Perú : sus habitantes cla- » maban incesantes este socorro, para poder implantar la emancipación » del país, que por sí eran infructuosos sus esfuerzos. »

conquistada primero y domada después, estaba reducida á la condición de servidumbre, y ocupaba casi exclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada, — mulatos, mestizos y negros criollos libertos, — constituía la plebe de las ciudades, que trabajaba para los privilegiados como jornaleros ó artesanos. El resto de la población la formaban negros de África esclavizados que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano, que en el año de 1820 á que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: « La abundancia de castas » índica y etiópica, la dificultad que hay de reunir los sen» timientos que pueden ser uniformes entre los americanos » blancos y los indios, por lo menos para combinar un plan » seguro y un sacudimiento general; la ignorancia misma á » que han sido reducidos los pueblos; y últimamente, las » fuerzas del terrorismo de que se han prevalido los espa» ñoles para subyugarnos; no se extrañará, pues, que el Perú » en medio de su abundante población y facilidad de recursos, » no haya podido ni pueda cooperar á la obra de la redención » americana, sin una fuerza (extraña) que apoyase sus mo» vimientos » (10). Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles é inconsistentes como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgregados y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos á ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político como el que imperaba en la colonia. Esto

(10) Carta de don M. P. Felix Durán, de 4 de febrero de 1820 á don Tomás Guido. M. S. cit. por el historiador peruano Paz Soldán en « Perú Independiente », p. 27, que hace suya esta opinión.

explica cómo la reacción peruana contra la revolución americana en sus comienzos, pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo á ello otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar á los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sud-americana, ocupaba el virreinato del Perú el general José de Abascal, hombre de edad provecta pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía á la decisión y la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente á la tempestad, y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar su triunfo. Reunió tesoros, organizó el virreinato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó á Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado á Chile, Abascal habría invadido las provincias argentinas por el norte y por el oeste con unos doce ó quince mil hombres; habría sostenido á Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sud-americana, aún no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de consumirse por inanición, ó al menos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó á su vez la ofensiva, el

Perú colonial empezó á retroceder y á encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto los pendones del rey de España.

Á la eficaz acción del virrey Abascal debióse la preponderancia militar del Perú, y los triunfos que coronaron las armas realistas desde 1810 á 1816. Pero hizo más que eso, y fué crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndola en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu político y guerrero realista que opuso al espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutado entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad á su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó, y venció á sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsulares, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos, bien que quebrantados en Chacabuco, Maipu y las fronteras argentinas del norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse atacándola en el suelo á que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante para toda la América, que obstaba al triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín

comprendió desde el principio, al decir que mientras no se conquistase á Lima la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba á encontrarse frente á frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro, vencido por los efectos ulteriores de su expedición. Abascal había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado á Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido á Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al sud y al norte, especialmente por el sud. Empero, mantenía en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por sus reveses y destemplado por otras causas que se explicarán á su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba á medirse San Martín. El otro, era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia de la guerra en África y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado á inocularle un nuevo espíritu.

III

Ya se ha visto cómo el Perú llegó á ser fatalmente el centro y el nervio político y militar de la reacción realista, y cómo su resistencia era el único y último obstáculo al triunfo definitivo de la causa de la revolución en la época á que hemos llegado. Falta presentar el reverso de esta medalla, para mostrar cómo el Perú estaba subordinado á la misma ley histórica que lo llamaba á nuevos destinos. Aun cuando el virrey Abascal lo hubiese mantenido en obediencia, alejando la guerra de su territorio y dominádolo por los mismos medios con que la hacía fuera de sus fronteras, no por eso dejó de luchar con resistencias en el interior. El sentimiento americano de emancipación existía latente en el Perú y dió pruebas señaladas de ello no obstante sus desfavorables condiciones y las causas antes apuntadas que comprimían su expansión. Es un hecho que la historia debe consignar, que si el Perú no concurrió desde un principio á la lucha, no es porque faltase á todos sus hijos el anhelo de la independencia y la fortaleza del sacrificio ni porque dejasen de poner los medios á su alcance para sacudir el yugo que los oprimía. El Perú tuvo también sus insurrecciones, que respondieron á la insurrección general ; pero fueron sofocadas como casi todas las que estallaron durante los primeros cuatro años, muriendo sus autores en los calabozos, en los cadalsos ó en los campos de batalla. Esto quebrantó sus fuerzas revolucionarias, harto débiles por su falta de cohesión y por el poder relativamente incontrastable que las anulaba, y de aquí que el Perú sólo pudiese ser libertado por el auxilio extraño, como lo reconoce el historiador nacional que hemos citado antes (11). Todas

(11) Córdoba y Urrutía : « Las tres épocas del Perú. » Véase nota número 8 de este capítulo.

las naciones han pasado por estos períodos de impotencia para labrarse su propio destino. Pueblos considerados más viriles, como por ejemplo Chile y la Nueva Granada, en condiciones más ventajosas, quedaron reducidos á la misma impotencia, y no se habrían redimido por sí solos sin la intervención argentina y colombiana, que los incorporó á la revolución retemplando sus fuerzas nativas. La historia de los esfuerzos hechos por los peruanos para concurrir al movimiento emancipador de la América, es por eso una página que entra naturalmente en nuestro cuadro y que se liga directamente con los trabajos que ejecutaron ó á que cooperaron para preparar la expedición que debía libertarlos, allanarle el camino, prepararle su éxito y propiciarla después con su opinión eficiente, para concurrir con sus sacrificios al triunfo final.

Cuando á fines del siglo XVIII empezaron á alborear las primeras ideas de independencia y libertad en las mentes oscuras de los colonos hispano-americanos, indicando que una nueva luz acababa de encenderse, en el Perú empezaron á hacerse sentir los primeros síntomas de una elaboración moral en el mismo sentido, aunque con formas veladas. En 1791, un escritor anónimo publicaba un apólogo sobre la corrupción de las colonias, que decía haber traducido de un pergamino antiguo, encabezándolo con un epígrafe de Horacio: « *Mutato nomine de te fabula narratur,* » en que pintaba á « los romanos enriquecidos con los tesoros de otros reyes » subyugados, que empezaron á mirar con tedio la rigidez de » las costumbres y las virtudes, que poco á poco se relajaron, » legitimando su tiranía, las leyes marciales y el derecho de » conquista », y acababa diciendo que por fortuna estaba raspado el resto del pergamino, evitándole el riesgo de que el público mirase su traducción como una sátira metafórica (12). Un año después (1792), con motivo de inaugurarse en

(12) « Mercurio Peruano », t. I, núm. 5, p. 33, año 1791.

Lima un anfiteatro anatómico, un sabio peruano llamado José Hipólito Unanue que tenía nociones claras de los derechos del hombre, y aunque de temperamento tímido, estaba destinado á representar un papel en la revolución, al disertar elocuentemente sobre la « decadencia y restauración del Perú », decía invocando como Montesquieu á las musas, al numen de la política que le dictaba sus palabras: «Los imperios dila » tados y sin moradores son cuerpos fantásticos. ¿De qué sirven » los pueblos arruinados? ¿De qué los países fértiles sin agri- » cultores? Faltando los brazos que abran las entrañas de la » tierra, la miseria hará gemir al país donde la liberal natu- » raleza ha derramado los tesoros de su inagotable fecundi- » dad. Tal es hoy la suerte del Perú. Consumidos sus mora- » dores, sólo presenta cúmulos de ruinas. ¿Dónde están » aquellos pueblos de tan numeroso vecindario que sostenían » su libertad, oponiendo huestes que equilibraban todo el » poder de los Incas? ¿Dónde la multitud de ciudades con » que los héroes españoles quisieron perpetuar su nombre y » sus proezas? Parece que cansada la tierra de la insaciable » ambición con que la agitaban los humanos, abismó de » improviso con las vidas sus tesoros. Parece que al ruido de » las cadenas del despotismo y la tiranía que arrastraba el » hambre del oro, huyeron los naturales á las cavernas, á las » selvas inhabitables, y desamparadas las provincias, queda- » ron sacrificadas á la voracidad del tiempo » (13).

Estas ideas fugaces, envueltas en formas literarias, que revelaban empero una conciencia autonómica que despertaba, cayeron en la cabeza de un visionario, y como la semilla que se modifica según la tierra que la recibe, se convirtieron en un vago plan de independencia monárquica, entroncado en

(13) « Oración inaugural que para estreno y apertura del Anfiteatro anatómico dijo en la Universidad de San Marcos el 21 de noviembre de 1792, el doctor Joseph Hipólito Unanue. » Véase « Mercurio Peruano » de 1793, t. VII, núm. 218.

la antigua dinastía de los Incas, que comprendía sus antiguos dominios del Alto y Bajo Perú. Naturalmente este pensamiento debía surgir del seno de la Roma incásica, donde se conservaban las tradiciones indígenas á la par de las revelaciones de una vida nueva que los instintos sugerían y que la imaginación exaltaba. En 1805, un oscuro minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió la idea de emancipar la tierra con el propósito de fundar un gobierno soberano, y confió su proyecto al doctor J. Manuel Ubalde á la sazón asesor del gobierno local, asegurándole que contaba con el apoyo de la Inglaterra para insurreccionar la América. Estos dos conjurados solitarios, comprometieron en sus planes á varios miembros del gobierno y del clero, entablando relaciones con los caudillos indígenas que podían apoyarlos con sus fuerzas populares. Un día, Aguilar comunicó á los iniciados, que había tenido un sueño apocalíptico y visto una águila sola que venía del Pacífico hacia el Cuzco, y otra que le salía al encuentro del seno de las montañas, llevando sobre sus alas cuatro hombres con espadas flamígeras, — que eran los cuatro principales conjurados, — y que al embestirse ambas, se despeñaban en el espacio, surgiendo bajo sus pies legiones de guerreros que aclamaban á sus nuevos caudillos. Denunciados por uno de los iniciados, Aguilar y Ubalde fueron sentenciados á muerte y ahorcados en la plaza del Cuzco, donde pocos años antes había sido ejecutado el caudillo de la sublevación indígena Tupac-Amaru. Aguilar y Ubalde fueron los primeros mártires de la independencia peruana. Diez y ocho años después, el congreso del Perú independiente los declaró beneméritos de la patria, ordenando que sus nombres se gravaran á la par de los precursores y fundadores de la nacionalidad (14).

---

(14) Véase Mendiburu : « Diccionario histórico-biográfico del Perú », t. I, p. 69 y sig. — Vicuña Mackenna : « La revolución de la indepen-

La sangre de Aguilar y de Ubalde debía hacer retoñar en el Cuzco la semilla revolucionaria por ellos sembrada, casi con las mismas formas y medios, pero con objetivos más claros y propósitos más deliberados, respondiendo á la insurrección general de la América.

IV

Los primeros estremecimientos revolucionarios del Perú, no asumieron el carácter franco y decidido de las demás secciones sud-americanas. Las conmociones de Chuquisaca, de La Paz y Quito en el año de 1809, tuvieron un eco sordo en Lima. Al mismo tiempo que el virrey Abascal lanzaba sus expediciones interventoras al sud y al norte del continente para apagar estas primeras chispas precursoras del grande incendio americano, un grupo de patriotas peruanos movido por un español llamado Antonio María Pardo, fraguaba una conspiración con el intento de establecer una junta de gobierno autonómico á imitación de las de España. Algo adelantados sus trabajos secretos, fueron denunciados, sometidos á juicio sus promotores, y condenados á duras penas. El más ardoroso de los conspiradores, el joven abogado peruano Mateo Silva, fué sentenciado á diez años de presidio y murió en las casa-matas del Callao después de seis años de cautiverio. Á esto debe que su nombre haya sido inscripto en el martirologio político del Perú.

La segunda tentativa revolucionaria, fué igualmente un aborto, que no pasó de la intención ; pero tuvo un carácter

---

dencia del Perú », p. 94 y sig. donde se relata extensamente esta conjuración según documentos inéditos, así como otras noticias curiosas sobre los primeros conatos de independencia del Perú.

más definido por sus tendencias patrióticas. La insurrección de 1810, que sin acuerdo previo entre las partes estalló simultáneamente en todas las colonias hispano-americanas, con excepción del Perú, cual si obedeciese á un impulso ingénito, movió á los patriotas peruanos á reunirse en secreto, comunicarse sus anhelos y preparar los medios de trabajar por su regeneración. Fué entonces cuando empezó á perfilarse en la penumbra política, la figura del único peruano que llegó á concentrar en sí el espíritu nacional, exaltándolo y burlándolo. Era éste don José de Riva Agüero, que contaba á la sazón treinta años de edad. Ambicioso, astuto, inteligente y más audaz que valiente, estaba penetrado de un fuerte sentimiento americano y patriótico; tenía las calidades del agitador y del conspirador, pero no las del caudillo ni las del político revolucionario. Había viajado por Europa y recibido una educación esmerada. Á su regreso de España, pasó por Buenos Aires en 1808 donde contrajo relaciones con los que en aquella época se ocupaban de la suerte futura de la América, y se dirigió por tierra á su patria con el objeto de trabajar por su emancipación. Así que se hicieron sentir las primeras conmociones empezáronse á formar bajo su inspiración clubs secretos, que se reclutaban en todas las clases sociales. El centro, lo formaba una tertulia que se reunía en la habitación del presbítero Ramón Eduardo Anchoris, natural de Buenos Aires y mayordomo del arzobispo de Lima. Sentidos en sus trabajos subterráneos por una denuncia anónima, fueron presos en una noche con Anchoris, el cura de Chongos Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Mariano Saravia, un joven José Antonio Miralla, argentinos todos residentes en Lima, y juntamente con ellos, un italiano llamado José Boqui, personaje misterioso que había aparecido en Buenos Aires exhibiendo una rica custodia al tiempo de las invasiones inglesas y acababa de llegar á Lima, y un flamenco, Guillermo Ríos, á la sazón

editor de la « Minerva Peruana. » Anchoris fué enviado preso á España y los demás extrañados ó sometidos á vigilancia por falta de pruebas (15). En cuanto á Riva Agüero, supo ocultar su juego con maña, y fué confinado más tarde por sospechoso á una provincia del interior.

La tercera faz de la agitación embrionaria del Perú, fué más compleja. La libertad de imprenta declarada por las cortes españolas en 1810 é inaugurada en el Perú en 1811, vino á dar animación á la vida pública á la vez que imprimir nueva dirección á las corrientes inciertas de la opinión. El primer periódico libre que se publicó en Lima con el título de « El Peruano », exclamaba al ensayar la pluma del publicista : « Rotas las cadenas de la arbitrariedad, podemos » desenvolver libremente el genio de nuestras ideas y dar » un curso franco á la estagnación de nuestro pensamiento. » Y desenvolviendo su doctrina política, establecía : « Los » gobernantes no son el origen de la autoridad. La autoridad » debe estar limitada según la intención de sus súbditos. » Los gobernantes son responsables ante los pueblos. Los » pueblos no responden sino á Dios, porque ellos mismo son » la causa de su miseria si acaso siguen algún sistema falso » de política. En los pueblos reside originariamente la ma- » jestad » (16). Era la primera pulsación normal de la vida nueva.

---

(15) « Auto del Real Acuerdo de la Audiencia de Lima por el voto consultivo », de 6 de octubre de 1810, en Lima, en « Expediente relativo á los servicios hechos por José Boqui en promover la causa de la independencia del Perú, año 1821. » M. S. orig. (Arch. San Martín, vol. LXXIII.)

(16) « El Peruano ». Empezó á publicarse en setiembre de 1811 y terminó en junio de 1812, condenado por propalar « doctrinas tumultuarias, sediciosas y revolucionarias » según sentencia del virrey Abascal, en « Gaz. del gobierno de Lima » de 24 de julio de 1812. Al « Peruano » siguió el « Verdadero Peruano » que terminó en agosto de 1813. En 1813 aparecieron sucesivamente el « Argos constitucional » el « Peruano liberal » y el « Investigador del Perú » que alcanzó hasta 1814, publicacio-

Por la primera vez se oía hablar públicamente en el Perú de los derechos originarios de los pueblos, en contraposición á los derechos derivados de los gobiernos absolutos, que hasta entonces se consideraban anteriores y superiores á la libertad humana. Pero estas ideas platónicas que flotaban en la atmósfera, no tenían objetivo determinado. La prensa que las difundía, era más bien una cátedra de derecho teórico que una tribuna política. De aquí, que cuando tomando cuerpo, intentóse darle una aplicación práctica, contribuyera á variar el curso de la opinión neutralizándola, en vez de servir directamente á la idea revolucionaria.

El primer impulso en este sentido, de una conmistión hispano-americana, fué dado por la incorporación de los diputados peruanos á las cortes españolas, uno de los cuales, el elocuente orador y jurisconsulto limeño, Vicente Morales y Duares, había contribuído á hacer triunfar con su voz y voto la ley de la libertad de imprenta. De aquí surgió la formación de un partido mixto, que puede calificarse de conservador hispano-americano. Fué el producto de la doble influencia de las ideas liberales triunfantes en la metrópoli y de su repercusión debilitada en América. El segundo impulso, fué dado por el establecimiento de los Cabildos constitucionales decretados por la Regencia española en 1812, en que por la primera vez los peruanos hicieron uso del derecho electoral, al despertarse en ellos el espíritu cívico y señalarles un objetivo inmediato.

Amalgama de españolismo y americanismo, buscaba la solución del problema identificando los destinos de la madre patria con los de sus colonias, bajo los auspicios del constitucionalismo, que era su fórmula, acercándose á la causa de

---

nes periódicas que siguieron el movimiento político iniciado en la prensa por el « Peruano » y « El Satélite del Peruano », de que se hace mención más adelante.

los realistas en el fondo, cuanto se alejaba del radicalismo de los americanistas, que buscaban su regeneración dentro de sus propios elementos por medio de su emancipación.

Era el jefe de este partido, un peruano eminente: hombre de letras y hombre de mundo, fastuoso, de principios liberales y de saber enciclopédico, cuya fama había atravesado los mares. Llamábase José Baquíjano y Carrillo, y llevaba el título de conde de Vista-Florida en la aristocracia limeña. Según unos, estaba por la revolución de hecho, á la que propendió como miembro de una sociedad secreta, cuyo órgano era el « Satélite del Peruano », redactado por patriotas peruanos, que sucedió á « El Peruano. » Con más franqueza que su antecesor proclamaba la autonomía y señalaba un ideal relativo aunque en lenguaje anfibológico. « Por patria, enten- » demos la vasta extensión de ambas Américas. Cuantos » habitan el Nuevo Mundo somos hermanos, somos una » misma familia, tenemos los mismos intereses. Unámonos » con lazos indisolubles y seremos invencibles y dignos de » componer una nación. No debemos tener por hermanos á » los que se oponen á la felicidad de la América y desean » que se continúe el antiguo gobierno colonial y el cetro de » hierro que ha regido por tres siglos España y las Indias » (17). Según otros, aunque se inclinaba á la independencia en teoría, pensaba que no había hombres capaces para consumar la obra. El hecho es que, su nombramiento de consejero de Estado de la Regencia española, fué ocasión de que el entusiasmo popular estallase en el sentido de las tendencias de su partido. La ciudad de Lima le votó espontáneamente tres días de festejos en su honor, manteniéndose iluminadas las calles por tres noches consecutivas. En las provincias más remotas, su nombre fué aclamado como el representante

(17) « El Satélite del Peruano ». número 1.° Fué prohibida su circulación.

genuino del patriotismo peruano. Simultáneamente se denunció la existencia de una conspiración, atribuída á los partidarios de Baquíjano, que fueron encarcelados por el virrey con gran aparato de fuerza armada en las calles (18). Baquíjano partió á España á ocupar su puesto, y con él acabó el partido hispano-americano constitucionalista del Perú. Los ecos del liberalismo continuaron repitiéndose en la prensa hasta 1814, época en que la libertad de la palabra fué suprimida junto con la constitución española, y la opinión quedó otra vez estagnada y sin rumbo en la capital peruana.

V

En las provincias, el movimiento revolucionario de los patriotas peruanos fué más heroico y más trágico, aunque inconsistente y no menos desgraciado.

Hemos dicho antes (cap. V, § III), que al llegar triunfante el primer ejército argentino hasta la márgen sud del Desaguadero en 1811, el representante de la Junta revolucionaria, el doctor Castelli, en observancia de sus instrucciones, despachó emisarios secretos al interior del Bajo Perú, que llegaron hasta Lima, á fin de preparar la insurrección, y que encontró al país bien dispuesto. En efecto, los patriotas respondieron con decisión á este llamamiento. El pueblo de Tacna fué el primero en dar el grito de insurrección á espaldas del ejército de Goyeneche situado al norte del Desaguadero

Es Tacna un oasis, situado en una planicie al pie del Tacora, que tiene por puerto á Arica, y que en comunicación

(18) Córdoba y Urrutia: « Las tres épocas del Perú ». — Col. Odriozola. Doc. Lit. t. VII, p. 141. — Mendiburu: « Dic. hist. biog. del Perú », t. II p. 9. — Vicuña Mackenna: « La Rev. del Perú » p. 157 y sig.

con los valles circunvecinos de la costa y la inmediata región andina, constituye el centro comercial de la sierra del sud del Bajo Perú y del norte del Alto Perú. La mayoría de su población se compone de arrieros de distintas procedencias, que introducían las mercaderías á La Paz, Puno y Arequipa, importaban los azúcares del Cuzco, los aguardientes de Moquegua, las quinas de Calisaya, y eran el vehículo de un activo tráfico de mulas que se efectuaba entre las provincias argentinas del norte y el Alto y Bajo Perú. Por su fisonomía especial y por sus viajes lejanos, su activo contacto con el mundo exterior, y por su fortaleza en las fatigas, los arrieros tacneños formaban una especie de raza nómade dotada de energía moral y con nociones más amplias de las cosas que los que viven aislados en los valles agrícolas y las asperezas de la sierra. Estos fueron los primeros revolucionarios en acción del Perú.

Un joven limeño, llamado Francisco Antonio Zela, púsose al frente de un grupo animoso de patriotas, proclamó la revolución. Por una coincidencia nefasta, en el mismo día en que Tacna se levantaba (el 20 de junio de 1811) las armas argentinas eran derrotadas en el campo de Huaqui. Sofocado el movimiento en su cuna, Zela fué sentenciado á muerte, y conmutada su sentencia, murió como Mateo Silva en un calabozo, al cabo de cuatro años de cautiverio (19).

Apenas sosegado el tumulto costeño de Tacna, estalló espontáneamente en un rincón de la sierra un levantamiento más considerable. El importante pueblo de Huánuco y los distritos circunvecinos se alzaron en armas al grito de guerra de ¡*Mata-Chapetón*! acaudillados por su regidor Juan José Castillo (13 de febrero de 1813.) Los insurgentes levantaron un

(19) Véase Paz Soldán: « Hist. del Perú Independiente », p. 27, y Vicuña Mackenna « La Revol. del Perú », p. 180 y sig.

ejército allegadizo de 1,500 hombres, pusiéronse en campaña y se situaron sobre el río Huaco, cubriendo el puente de Ambo fronterizo á la villa del mismo nombre. Atacados en esta posición por fuerzas organizadas y mejor armadas á órdenes del intendente de Tacna, José González Prada, fueron completamente deshechos, dejando 250 cadáveres en el campo. El vencedor castigó á los pueblos rebeldes de Huánuco, Hyancocha y Ambo, con el degüello de cien personas de todos sexos y edades. Castillo y sus dos coadjutores José Rodríguez y Juan de Haro, fueron fusilados (20).

Los contrastes de las armas realistas en Tucumán y Salta (1812 y 1813) y la nueva invasión del ejército argentino al Alto Perú bajo el mando del general Belgrano, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos. Los capitulados de Salta especialmente, naturales en su mayor parte de las populosas ciudades del Cuzco y Arequipa, al regresar á sus hogares, propalaron por toda la sierra la noticia de la catástrofe del ejército español anunciando el próximo avance del ejército argentino. Según los mismos historiadores españoles, ellos fueron los más activos agentes de la revolución « pregonando el brillo y entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y la justicia de la causa que sostenían, á la vez que difundían ideas nuevas é ideas subversivas, promoviendo reuniones clandestinas, que predisponían á las poblaciones á la sedición » (21). Un plan de insurrección se proyectó entre varios patriotas del Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna. Al efecto, salió del Cuzco un Julián de Peñaranda, que se decía des-

(20) Córdoba y Urrutía : « Las tres épocas del Perú », p. 141, en Colec. Odriozola, Doc. Lit. t. VII. — Vicuña Mackenna : « La Revol. de la Indep. del Perú », p. 184-185. — Paz Soldán : « El Perú Independiente », p. 27. — « Gazetas de Lima », de abril de 1812.

(21) Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. I, p. 349. — Camba : « Mem. de las armas españolas en el Perú », t. I, p. 94. — « Apunt. del doctor Estevan Agustín Gazcón », M. S. en nuestro archivo.

cendiente de los Incas, con el objeto de concertar los medios con los habitantes de la costa sud. En Tacna, púsose de acuerdo Peñaranda con el gobernador del distrito, Manuel Calderón, el coronel Carlos García Rivero y el comandante José Gómez, entrando en el plan las autoridades y los principales vecinos de Moquegua. La mayoría era de opinión que se esperase el resultado de la próxima batalla que iba á dar el ejército argentino en el Alto Perú, recordando el ejemplo de Huaqui; pero cuadró la circunstancia de hallarse allí una partida con 200 caballos de excelente calidad con destino al ejército realista, y tanto por privar de este auxilio al enemigo, cuanto por utilizar este elemento de guerra, decidióse dar el golpe inmediatamente. Ejecutada sin resistencia la revolución, confióse el mando de las armas al capitán Enrique Paillardelle, hijo de madre limeña y de padre francés, nacido por acaso en Buenos Aires, en cuyo ejército se alistara y que en calidad de emisario del general Belgrano había pasado secretamente á Tacna y Moquegua con el objeto de promover la insurrección de la costa del Perú. Paillardelle á la cabeza de 200 hombres de caballería, — arrieros en su mayor parte, — y 170 de fusil, marchó sobre Moquegua para apoyar su pronunciamiento. Salióle al encuentro la guarnición de Arequipa, y lo deshizo casi sin pelear. Por otra coincidencia no menos nefasta que la anterior, el 1.° de octubre era derrotado el ejército argentino en la pampa de Vilcapugio, y dos días después, el 3 de octubre de 1813, estallaba el movimiento de Tacna, terminando en esta segunda tentativa por una doble derrota como la primera (22).

---

(22) Los detalles, nombres, cifras y fechas relativas á esta tentativa, que tiene su importancia como antecedente revolucionario, no han sido conocidos por los historiadores que se han ocupado de él: los hemos tomado de dos informes inéditos firmados por Julián de Peñaranda en Tucumán el 4 de marzo y 15 de abril de 1815, que figuran en la « Sumaria criminal contra varios individuos del Ejército de la Patiar,

VI

La insurrección peruana, sofocada en Lima en 1810, vencida en Huánuco en 1812, y malograda dos veces en Tacna en 1811 y 1813, reventó como un volcán en el Cuzco en 1814. Vencidas las armas argentinas en las jornadas de Vilcapugio y Ayohuma (1813) y expulsadas por segunda vez del Alto Perú, el ejército realista invadió por segunda vez también la frontera norte de las Provincias Unidas y fué rechazado en 1814 según se relató antes, por los partidarios de Salta y las hábiles combinaciones de San Martín. (Véase cap. V, § VI, y cap. VI, § VII.) Las Provincias Unidas triunfantes en Montevideo y dominadoras de las aguas del Plata, sin enemigos que combatir dentro de su territorio, se disponían á fines de 1814 á invadir por la tercera vez el Alto Perú, en prosecución del plan militar de ir á Lima por el camino mediterráneo, con el intento de sublevar todas las poblaciones á su paso. Fué entonces cuando estalló en el Cuzco el gran movimiento popular conocido en la historia con la denominación

---

año 1815. » (M. S. en nuestro archivo.) Esta sumaria se formó á consecuencia de los tumultos al tiempo de la caida del director Alvear en 1815. Paillardelle fué uno de los procesados, y los informes de Peñaranda se presentaron como testimonios acusadores contra la conducta del caudillo militar de Tacna, quien después de salvar del suplicio que le estuvo destinado por sus enemigos, fué injusta y bárbaramente fusilado por sus amigos en Buenos Aires dos años después de su alzamiento, como si un trágico destino persiguiese á todos los caudillos de la revolución del Perú. Véase nuestra « Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina ». t. II, p. 223, 328 y 335 en que se dan otras noticias acerca de Paillardelle, que se rectifican en parte en ésta por no conocer entonces los documentos antes citados. Véase además, Vicuña Mackenna: « Revol. de la Indep. del Perú », p. 186, y el cap. VI. § II, en la p. 251 del t. I de esta « Historia », en que se hace mención de Paillardelle.

de « Rebelión de Pumacahua », y cuando, el ejército realista en retirada de la frontera argentina, desprendió á su retaguardia al general Ramírez al frente de una fuerte división con el objeto de combatirla. (Véase cap. VI, § VII.) Si Lima era la capital del Perú colonial, el Cuzco era la capital tradicional donde se había anidado la primera idea de independencia, y era natural que allí hiciese su estallido la revolución americana, levantándose en alianza las dos razas oprimidas: los criollos y los indígenas. La sublevación de Tupac-Amaru, había sido puramente indígena: la tentativa de Aguilar y Ubalde fué un sueño de tradiciones antiguas y aspiraciones nuevas: la rebelión de Pumacahua fué criollo-indígena.

El primer síntoma revolucionario se hizo sentir en el Cuzco con motivo de la instalación del cabildo constitucional por elección popular, otorgado por la Regencia española á las colonias americanas, de que antes se hizo mención. Tres hermanos, llamados José, Vicente y Mariano Angulo, que abrigaban proyectos de independencia y tenían ascendiente sobre la plebe, se pusieron al frente del movimiento electoral criollo. Con los capitulados en Salta, de que se habló antes (§ IV de este cap.) formaron un núcleo de gentes de acción, y en el día de la elección reuniéronse más de mil hombres, atropellaron el cuartel é hicieron triunfar sus candidatos, quedando establecido un gobierno municipal esencialmente criollo (7 de febrero, 1813.) Presos dos de los Angulo con otros conspiradores por nuevas tentativas de sublevación, en que murieron algunos hombres del pueblo que asaltaron el cuartel á pedradas, el Cabildo reclamó su libertad, calificando á las víctimas de la poblada de «mártires de la patria.» Los presos sedujeron á los soldados que los custodiaban, y en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814 se sublevaron con la guarnición de la ciudad, deponiendo las autoridades y aprisionaron á los ministros de la Audiencia. Bajo los auspicios de los cabildos

secular y eclesiástico, se eligió una junta de gobierno, señalándose como candidato nominal de la revolución por su prestigio entre los indios, al brigadier Mateo Pumacahua, de raza indígena pura, que desempeñaba interinamente el puesto de presidente del departamento, y que había sido elevado á este rango por los distinguidos servicios que prestara contra la gran sublevación de Tupac-Amaru treinta y cinco años antes. José Angulo, que era el verdadero jefe del movimiento, fué aclamado capitán general. El nuevo gobierno levantó dos horcas en la plaza principal en señal de autoridad soberana, inventó un estandarte, levantó un ejército y fundió piezas de artillería que llamó « vivorones » en contraposición de las « culebrinas » españolas, preparándose á la pelea. El pueblo respondió con entusiasmo al pronunciamiento, y la cooperación de parte de los más notables criollos y de los mestizos, imprimió á la revolución un carácter verdaderamente americano, que se acentuó por sus declaraciones, en que se invocaba « una nueva patria » y propósitos de independencia bajo formas convencionales. Una de sus primeras medidas fué despachar emisarios cerca de las provincias argentinas, buscando su alianza en defensa de la causa común de la América. El obispo José Pérez y Armendaris (cuzqueño) bendijo las armas de los rebeldes en sus caudillos. Los curas y los frailes predicaron la rebelión en las provincias circunvecinas, distinguiéndose entre ellos por su ardor el cura del Sagrario del Cuzco, Ildefonso Muñecas, argentino (de Tucumán), que había sido uno de los principales promotores de la revolución, y como su tribuno y su procónsul debía representar en ella un señalado papel. Tuvo también un poeta de alma intrépida, que sería uno de sus mártires, y que á la edad de veinte y tres años tenía ya un renombre nacional por sus cantos populares, en los que presentía su temprana muerte, y que ha sido llamado « el Moore del Perú. » Era natural de Arequipa, llamábase Mariano Melgar, había hecho

buenos estudios, y como jurisconsulto fué nombrado auditor del ejército revolucionario.

Los revolucionarios, desprendieron tres poderosas columnas, — más por su número que por su composición y armamento, — en las tres proyecciones militares de la revolución: al norte, una columna sobre Huamanga (hoy Ayacucho) haciendo frente á Lima; al sud-oeste otra sobre Arequipa para apoyar las insurrecciones de la costa sud; al sud y al norte otra, para ocupar la base de operaciones del ejército realista que operaba sobre la frontera argentina, y cortar sus comunicaciones del Desaguadero introduciendo la insurrección al Alto Perú. La columna de Huamanga, á cargo de un Gabriel Bejar, Mariano Angulo y un Manuel Hurtado de Mendoza, natural de Santa Fe (República Argentina), se posesionó sin resistencia de la provincia, asegurando la retaguardia. La del sud-oeste, al mando de Pumacahua y Vicente Angulo, compuesta de 5,000 hombres con 600 fusileros, batallones y escuadrones de piqueros y lanceros, y guerrillas de honderos y gente armada de macanas con sus baterías de « vivorones », marchó sobre Arequipa. El intendente José Gabriel Moscoso y el general Francisco Picoaga, uno de los héroes de Vilcapugio bajo la bandera del rey, pretendieron hacer resistencia con la guarnición de la ciudad. Atacados en la Apacheta á inmediaciones del pueblo de Cangallo, fueron vencidos y prisioneros, siendo poco después ejecutados en el Cuzco en señal de guerra á muerte y por vía de represalia. Los indígenas de la provincia se sublevaron en masa. Los vencedores entraron á la capital de Arequipa tres días después, y sus autoridades y habitantes los acogieron con aparente simpatía, tomando partido por ellos muchos criollos y mestizos. El caudillo de la revolución al presentarse ante el cabildo abierto convocado en su honor, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de sus alcances: « No poder hablar... me palpita mucho la colazón! » La columna

del este y del norte, dirigida por el coronel José Pinelo, llevando por capellán y secretario al cura Muñecas, que era el verdadero jefe de ella, ocupó á Puno y rindió su guarnición (20 agosto, 1814); cruzó el Desaguadero (11 de setiembre) tomando allí 13 cañones; se apoderó por asalto de La Paz (24 de setiembre) cuya guarnición fué exterminada por el populacho sublevado, que se entregó á todo género de excesos después de rendida la ciudad. La revolución parecía triunfante, y según confesión de un historiador español « los realistas creían con harto fundamento decaída definitivamente en su contra la suerte del Perú, y el edificio del Estado parecía desplomado sobre sus cabezas. »

Simultáneamente con estos ruidosos acontecimientos, el coronel Saturnino Castro (salteño) la primera espada de caballería del ejército realista, que había decidido la batalla de Vilcapugio, y á quien hemos visto figurar en la invasión de Salta (cap. VI, § VI), sabedor de la rebelión del Cuzco, se propuso segundarla. La desaparición de los generales americanos que bajo la bandera del rey dirigieron los ejércitos americanos en las primeras campañas, y su reemplazo por generales europeos, había introducido un elemento de discordia entre europeos y americanos. Castro, apasionado de una belleza salteña, cuya ausencia lloraba, y deseando abrirse el camino de la tierra natal ó por el triunfo del rey ó por la defección á sus banderas, intentó sublevar el ejército de que formaba parte, compuesto casi en su totalidad de soldados del Alto Perú, confiado en el ascendiente que tenía sobre el escuadrón que mandaba, en la confianza de que sería apoyado inmediatamente por un batallón de naturales del Cuzco, que constituía el nervio del ejército, acantonado á la sazón en Suipacha. Al efecto solicitó el apoyo armado del general argentino de Tucumán (agosto de 1814) comunicándole su atrevido plan, por medio de un emisario secreto. Descubierto en sus trabajos antes de tiempo, precipitó el movimiento seguido

de muy pocos, é intimó rendición al general en jefe español, expidiendo una proclama en el sentido de la revolución. Preso por sus mismos soldados, juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fué fusilado en Moraya (octubre de 1814), reclamando el batallón cuzqueño con que creía contar, ser el ejecutor de la sentencia para dar prueba de fidelidad.

Fué entonces cuando el ejército realista en retirada de Salta, machucado por los partidarios de Güemes y con casi todo el Alto Perú sublevado á su espalda, desprendió una división de dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, que componían un total de 1,200 hombres, al mando del entendido general Juan Ramírez, con el objeto de domar la rebelión del Cuzco. Los soldados naturales del Bajo Perú se disputaron el honor de formar parte de esta expedición. Ramírez, con no menos actividad y resolución que los insurgentes, marchó sobre La Paz, y en el cerro de Chacaltaya á inmediaciones del pueblo de Achocalla (2 de noviembre 1814) destrozó la columna de Pinelo, tomándole su artillería. Atravesó en seguida el Desaguadero por el puente del Inca y rescató á Puno, recuperando su base de operaciones perdida. Aprovechando su victoria abrió su campaña sobre Arequipa y Cuzco. Mientras tanto, la columna expedicionaria de Huamanga, que pusiera en conmoción la inmediata provincia de Huancavélica, había sido rechazada y hecha pedazos con gran mortandad en las sangrientas batallas de Huanta y Matará (3 octubre de 1814 y 4 febrero de 1815) por tropas veteranas despachadas de Lima y milicias del país, amagando á los insurrectos por su retaguardia. Á la aproximación de Ramírez, Pumacahua evacuó á Arequipa (30 de noviembre), y se situó en Apo, punto donde se separan los caminos del Cuzco y de Puno, desde donde dirigió una intimación al general realista para que « rindiese sus armas al poder irresistible de la patria. » El general Ramírez continuó impertérrito su avance, y se posesionó de Arequi-

pa, donde fué recibido en triunfo, pues la revolución había empezado á desacreditarse por sus excesos y por la falta de buena dirección política y militar. Después de dar dos meses de descanso á sus tropas, marchó resueltamente sobre el Cuzco. El general insurgente, asistido por Vicente Angulo, reunió sobre el río de Huamachín á inmediaciones del pueblo de Pucara, más de 20,000 hombres, de ellos 600 fusileros con 37 piezas de artillería, y el resto, gente regimentada de á pie y á caballo armada de lanzas, picas, hondas y macanas, en su totalidad indios. Atacado en esta posición, fué completamente derrotado (11 marzo, 1815). La ciudad del Cuzco se pronunció por el rey. Pumacahua fué ajusticiado en el pueblo de Sicuani y su cabeza clavada en la plaza del Cuzco. Mariano Angulo murió peleando en Huamanga. Bejar, José y Vicente Angulo fueron fusilados. Tocó igual suerte al poeta Melgar, que había combatido en Humachiri en la artillería, y recibió la muerte con entereza varonil (23).

Así terminó la gran rebelión del Cuzco, que fué el más grande esfuerzo hecho por los indígenas y patriotas peruanos para alcanzar la independencia por sí solos. Desde en-

---

(23) Para confeccionar esta página histórica, hemos tenido presente: 1.° — « Diario de la expedición del mariscal don Juan Ramírez sobre las provincias de la Paz, Puno, Arequipa y Cuzco, por Juan José Alcón », Lima, 1815. 2.° — « Relación del gobierno del marqués de la Concordia », citada por Camba. 3.° — Camba : « Mem. de las armas españolas en el Perú », t. I, capitulo VI. 4.° — « Memoria exacta é imparcial de la insurrección del Cuzco en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814, con expresión de las causas que la motivaron, formada por orden del gobierno por el oidor Manuel Pardo, regente de la Audiencia del Cuzco » apud. Vicuña Mackenna : « La Revol. de la Indep. del Perú », p. 195 y sig. 5.° Mendiburu : « Dicc. histór. biog. del Perú », arts, *Angulo*, *Bejar*, *Melgar* y *Muñecas*. 6.° — Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. II, cap. II. 7.° — Córdoba y Urrutía : « Las tres épocas del Perú », p. 142, en Col. Odriozola, Doc. Lit. t. VII. 8.° — Urcullu : « Apuntes para la historia de la Revol. del Alto Perú », cap. V, p. 71 y sig. 9.° — « Album de Ayacucho », p. 224-248. 10.° — Miller : « Memorias », tom. I, p. 74-75.

tonces el Perú quedó completamente sojuzgado y en absoluta impotencia para intentar nuevas insurrecciones. Las sucesivas y repetidas derrotas en el espacio de cinco años habían quebrantado no sólo las fuerzas revolucionarias, sino también demostrado en la prueba la inconsistencia de sus movimientos por la falta de cohesión de los elementos nacionales, su debilidad orgánica por la preponderancia del elemento indígena puro, á la par que la solidez de los ejércitos realistas reclutados en el país que se adhirieron más á su causa. Así lo comprendieron los mismos peruanos según la confesión de sus historiadores. No quedaba más esperanza que el auxilio extraño, y eso mismo era una esperanza remota en 1815. En el año anterior de 1814, había sido reconquistado Chile por la expedición de Osorio salida del mismo Perú. En el mismo año de 1815 caía vencida la revolución de Venezuela y Nueva Granada por la gran expedición de Morillo, y el ejército argentino que había invadido por tercera vez el Alto Perú era completamente derrotado en Sipe-Sipe. Pero precisamente en esos momentos aparecía San Martín en Mendoza, á fines de 1816. Cuando los planes del general de los Andes sobre Chile y el Pacífico empezaron á ser conocidos, las esperanzas de los patriotas peruanos renacieron.

VII

Derrotados los patriotas peruanos en el terreno de la acción, no desmayaron. Volvieron á ensayar su táctica de propaganda y conspiraciones subterráneas, Lima volvió á ser el centro de esta agitación sorda. Organizáronse al efecto sociedades secretas, á fin de mantener el fuego revolucionario tapado con cenizas. Á su cabeza se pusieron, Riva Agüero, á quien ya conocemos, y los doctores Francisco de Paula Quirós

y Fernando López Aldana, conspiradores del mismo temple, á quienes seguía una gran clientela. Al anuncio de la próxima invasión de Chile por San Martín, Riva Agüero escribió un libro, que condensaba las quejas y las aspiraciones de sus compatriotas, que remitido por él á Buenos Aires, se publicó con este epígrafe: « Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816. » Este escrito, que hoy sólo tiene el valor de un documento curioso, produjo entonces profunda sensación en América, como manifiesto revolucionario. El autor, que en su introducción dice, que « cansado de sufrir la tiranía, tomaba la pluma, temiendo á cada momento ser conducido al cadalso », expone las causas y los motivos de la insurrección sud-americana, y la justifica con razones históricas, filosóficas, económicas y morales, que condensa y comenta en 28 cargos contra la metrópoli. Su conclusión es ésta: « El bien no puede repartirse entre España » y América. Los intereses están en oposición: Así, no le » queda á la América para su existencia física y política sino » exponerse á los riesgos de la revolución. Un esfuerzo extra- » ordinario la salvará en un solo día. Conozcan los america- » nos sus recursos, su fuerza y su bien. Á tantos millones » de almas oprimidas no les queda otro recurso que la ven- » ganza. Para cada español puede poner la América cien ó » más enemigos. Cuando el amor á la patria ha encendido el » entusiasmo, no hay que esperar que las crueldades apaguen » este fuego sagrado. Estrechados á elegir entre la victoria y » la muerte, prefieren la suerte de las armas al ignominioso » fin que las aguarda si se entregasen á sus tiranos. No hay » composición » (24).

(24) « Manifestación histórica y política de la Revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú y Río de la Plata. Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816, é impresa en Buenos Aires. » Imprenta de los Expósitos, 1818.

Á la noticia de la reconquista de Chile, las sociedades secretas de Lima se pusieron en activo movimiento, y la logia matriz que dirigía los trabajos de zapa, movida por los antiguos agentes de Castelli y de Belgrano, que tenían la clave secreta de las correspondencias, se puso inmediatamente en comunicación con San Martín. Uno de sus miembros caracterizados, bajo el nombre simbólico y significativo de *Franklin*, fué enviado á Chile con una carta autógrafa firmada con el pseudónimo de *Caupolicán*, autorizada con la cifra del secretario, y fechada en *Salamina* (Lima). « Hemos creí» do conveniente y conforme á nuestras miras (decían los » patriotas peruanos), daros una idea del estado de aquellas » cosas que más deben influir en vuestras operaciones, que » sòn por lo menos tres, á saber : el estado del orden.·. en » este hemisferio ó en España, el de los independientes en » toda su extensión política, y el del Perú. Al efecto, inicia» mos en nuestros misterios.·. al h.·.Franklin, que es un hijo » del país, con representación para ponerse en relación con » vos con los signos de nuestra regeneración, por lo que pue» da facilitar nuestros planes en la coadyuvación á la libertad » del Nuevo Mundo, ya que el antiguo está condenado al » fatalismo de la esclavitud por ahora. Nosotros martillamos » bajo la borrasca; propagamos la L.·. (*ibertad*) y hacemos » prosélitos, capaces por su decisión de llenar algún día los » altos designios de los hombres de bien. Estos resultados » serán lentos, tanto por la liga de los tiranos en Europa, co» mo por la contradicción de principios que sabéis se encuen» tran en el [•] de Salamina; pero Nemea (el Perú) firme en » sus principios, trabaja conforme á ellos, y ya tiene la satis» facción de ver el fruto por medio de algunos de sus hijos » destinados al país de la independencia. Este hemisferio, co» mo campo de los buenos principios, espera de vos, que » unáis á los hombres virtuosos de ambas partes, y que todos » marchen bajo las mismas banderas á combatir el despotis

» mo. ¡Todo es Asia! Sólo América mantiene la esperanza de » los hombres libres. Todos están obligados á fomentar la » obra para bien de la humanidad, que en caso contrario que- » daría sentenciada á una esclavitud absoluta » (25).

La experiencia y la desgracia habían aleccionado á los patriotas peruanos, dando amplitud á sus vistas y consistencia á sus trabajos por la elaboración paciente de sus elementos cívicos. Vese, así por el escrito de Riva Agüero como por la carta simbólica de su logia, el gran progreso que habían hecho las ideas políticas y la trasformación operada en las conciencias. Están convencidos que la salvación debe venirles de fuera, después de los infructuosos esfuerzos hechos para redimirse por sí; aspiran decididamente á la independencia; consideran solidaria la causa del Perú y la de América bajo principios uniformes de buen gobierno; comprenden que la lucha es de vida ó muerte, y declarando que no hay composición posible entre la metrópoli y sus colonias ni más solución al problema que la emancipación absoluta por las armas, alcanzan en medio de su aislamiento con rara penetración, que el mundo todo está esclavizado por los poderes absolutos, que « todo es Asia », y que el triunfo de la América es la última esperanza de la libertad. Por ese tiempo, estas mismas ideas se generalizaban en los Estados Unidos y penetraban

---

(25) Carta autógrafa con esta dirección: « A ntro. H.·. Inaco.·. S.·. F.·. V.·. » fechada en *Salamina* (Lima) en noviembre 6 de 1817, y firmada *Caupolicán*, con la cifra y rúbricas de presidente y secretario de la logia peruana. Paz Soldán, en su « Hist. del Perú Indep. » p. 118, trae las cifras y claves de los patriotas del Perú con los pseudónimos con que sostenían su correspondencia secreta, y en el « Catálogo de M S. S. » de la misma, cita varias cartas originales de este género; pero sólo desde 1819 á 1821, sin mencionar ninguna de los años 1817 y 1818, que son las más interesantes, en que los pseudónimos varían, aun cuando algunos se mantengan inalterables durante los cinco años de esta nueva guerra de zapa, llevada tan metódicamente según un plan por los agentes secretos de San Martín en el Perú, á fin de preparar su expedición libertadora, como lo hizo en Chile antes de emprender su reconquista.

en Inglaterra, considerando la cuestión sud-americana desde el mismo punto de vista, cuando los mismos revolucionarios apenas empezaban á tener la conciencia del gran papel que desempeñaban en los destinos humanos. Era un partido nacional que se formaba, con tendencias americanas, que respondían al plan político de San Martín, que buscaba en el Perú un punto de apoyo para terminar allí la obra de la emancipación de todo el continente, como en efecto terminó.

La comunicación de la logia limeña, sugirió á San Martín la idea de preparar su expedición al Perú iniciando una guerra de zapa, como lo había hecho antes de invadir á Chile, sublevando moralmente el país, por la organización de centros de conspiración permanente y llenarlo de agentes secretos para preparar así el éxito de la invasión, creándose de antemano una base de opinión que predispusiese á los peruanos á la revolución á que debían cooperar juntamente con las armas libertadoras que fuesen en su auxilio. Desde entonces no dejó de trabajar el general un solo momento persiguiendo este plan preliminar, como lo comprueba la correspondencia secreta con sus sus agentes, conservada entre sus papeles. Así, inmediatamente después de Chacabuco, uno de los primeros actos del vencedor, en su calidad de generalísimo de las dos repúblicas aliadas, fué dirigirse al virrey del Perú, para proponerle un canje de prisioneros y la regularización de la guerra, asumiendo una representación política y externa ante la América como beligerante y libertador. Bajo esta misión ostensible, se ocultaba otra, que era ponerse en comunicación inmediata con los patriotas peruanos, utilizando sus buenas disposiciones, á fin de organizar un servicio metódico de espionaje, y buscar sus agentes en las mismas oficinas del virrey, para penetrar sus planes, como lo había hecho antes con Marcó (V. cap. XVI, § VIII). Como se dijo antes (cap. XVII, § II), fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro que por lo

mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

Las instrucciones ostensibles de Torres le detallaban la manera cómo debía negociar el canje de prisioneros y distribuir entre ellos y los confinados patriotas en Lima la cantidad de diez mil pesos de que era portador. Las instrucciones *reservadísimas* le prevenían, que el objeto principal de su comisión era examinar el estado político y militar de Lima y demás gobiernos del continente meridional; tomar cautelosamente razón de las fuerzas marítimas y terrestres que guarnecían el Perú, así como del número y calidad de sus buques de guerra, y armamento, indagando las opiniones de sus jefes y oficiales; á cuyo efecto se pondría en relación con los patriotas más señalados, para fomentar sus aspiraciones á la independencia y ofrecerles el apoyo de las armas de las Provincias Unidas, cuyo poder imponente le encarecía hacer conocer, secretamente, de palabra ó por la difusión de los escritos y proclamas de que era conductor (26).

El comisionado fué cortésmente recibido por el virrey, pero secuestrado en una fortaleza y sujeto á una rigurosa vigilancia dentro de un círculo de centinelas para impedirle todo contacto con la población. Los patriotas peruanos se dieron maña para burlar estas precauciones y ponerse en comunicación directa, suministrándole datos recogidos en

---

(26) Instrucción de don Domingo Torres de 19 de diciembre de 1818, al comisionado para la distribución de los diez mil pesos para los prisioneros y confinados en Lima, cuyas listas nominales se adjuntan. (Arch. San Martín, vol. XLIII. M. S. S. orig.) « Instrucciones reservadísimas que debe observar el sargento mayor don Domingo Torres en su comisión á Lima », de 27 de octubre de 1817, firmadas por San Martín. (Arch. San Martín, vol. LIX. M. S. orig.) Cuenta de gastos secretos de la comisión del mayor Torres en Lima, rendida reservadamente por el mismo á San Martín, en 19 de enero de 1818. (Archivo San Martín, vol. LIX. M. S. S. original.)

la misma secretaría del virrey, y noticias detalladas de la expedición que á la sazón preparaba sobre Chile, así como de su plan de campaña, lo que permitió á San Martín apercibirse con tiempo para recibirla y anonadarla en Maipu, según en su lugar queda relatado (cap. XVII, § II).

Por intermedio de una entusiasta patriota limeña que tenía un hijo empleado en la fortaleza, la señora Brígida Silva, — que en ocasión de la conspiración de Anchoris y Tagle, había prestado análogo servicio, — pudo Torres entablar correspondencia con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, trasmitirle las instrucciones y la palabra de orden convenida, concertando señales que le imponían de todas las novedades de la ciudad (27). Relajada algún tanto la vigilancia de que era objeto, el emisario pudo entrar en comunicación directa con otros patriotas que le proporcionaron datos preciosos recogidos en la misma secretaría del virrey, uno de cuyos empleados supieron ganarse jugando su cabeza. Por este medio, obtuvo planos, estados exactos de las fuerzas que guarnecían el Perú y situación de ellas, de sus buques de guerra, de las existencias de sus parques y arsenales y hasta de los más secretos planes del enemigo (28). Arregláronse los corresponsales que debían comunicarse directamente con San Martín, por medio de claves

---

(27) « Expediente de los méritos de la señora Dolores Brígida Silva, » apud. Vicuña Mackenna « La Rev. de la Indep. del Perú », p. 140 (*nota*).

(28) Ofi. de Balcarce. de 11 de enero de 1817, anunciando el regreso de Torres en la fragata « Amphión », y adjuntando las relaciones presentadas por él, á saber: » 1.° — Estado de fuerza de la expedición, que computa en 3,262 hombres con 10 piezas de artillería. 2.° — Número y fuerza de los buques del convoy. 3.° — Estado de fuerza de la guarnición de Lima. 4.° — Estado de armamento y municiones del Perú. 5.° — Detalle del plan de invasión de Pezuela dado á Osorio. (M. S. S. del Arch. general de Buenos Aires.) En el archivo del ministerio de guerra de Chile existen los documentos originales. Véase Barros Arana « Hist. de la Independ. de Chile », t. IV, p. 203-204, y Vicuña Mackenna « La Revol. de la Indep. del Perú », p. 233-235.

combinadas; se determinaron los puertos y caletas de las costas peruanas por donde se dirigirían los despachos con un plan de señales convenido, estableciendo estaciones y vigías á lo largo de ellas, y se propagó secretamente la voz por todo el país de que una expedición chileno-argentina iría en el término de un año á libertar al Perú. La misión secreta de Torres, con el pretexto de canjear prisioneros, produjo el efecto de una revolución latente, que puso en ebullición el patriotismo peruano, especialmente en Lima.

Al anuncio de la llegada de un emisario de San Martín á Lima, y trasmitida la palabra de orden á los afiliados en las sociedades secretas, acudieron de varios puntos del país numerosos patriotas buscando entenderse con él. Entre ellos merece especial mención Remigio Silva, hermano del precursor y mártir Mateo, que había sido secretario de la primera conspiración peruana con tendencias autonómicas, organizada en 1809. Hallábase en Huacho por este tiempo, en compañía del teniente coronel argentino José Bernáldez Polledo (29), de origen español (asturiano) que había asistido á las jornadas contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y decidido por la causa americana concurrió á las batallas de Tucumán y Salta, cayendo prisionero en Vilcapugio. Era un hombre cargado de años pero de corazón y cabeza. De acuerdo con sus compañeros de infortunio, los prisioneros argentinos, peruanos y chilenos, encerrados en las casas-matas del Callao, había organizado dos conjuraciones con el objeto de alcanzar su libertad y apoderarse de uno de los buques de guerra surtos en el puerto. Fugado por dos veces de su prisión, refugióse en la casa de

(29) Todos los historiadores escriben incorrectamente este nombre llamándole generalmente Bernales. Lo tomamos de los documentos originales firmados por él, que existen en el Archivo. San Martín, vol. LIX M. S. S.

Silva en Huacho, quien lo ocultó á riesgo de su vida. Torres comprendió el valor de estos dos agentes, los comisionó para que permanecieran en la desierta costa de Huarmey, á 310 kilómetros al norte de Lima, con el objeto de recibir las comunicaciones que condujesen los buques que se harían conocer por señales convenidas, y trasmitirlas á los patriotas de la capital (30).

VIII

Después de la batalla de Maipu, y asegurado el dominio marítimo del Pacífico por los independientes del sud, San Martín y O'Higgins levantaron resueltamente la bandera redentora del Perú, anunciándole que las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile marcharían en su auxilio, con promesa en su nombre de darle la libertad y la independencia como nación soberana é independiente. (V. cap. XXI, § III). La aparición de la escuadra chilena en las costas del Perú y las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane esparcidas en todo el país, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos, quienes respondieron á ellas trasmitiendo casi diariamente avisos oportunos, que

(30) Informe del mayor Domingo Torres, de 27 de junio de 1820, en « Copia de un expediente del coronel del Perú Remigio Silva, que presenta al congreso, en que se ven los servicios que prestó desde el año de 1817 hasta el de 1820 », folleto impreso en Santiago de Chile, 1840, p. 2 y sig. y p. 17 y 34. — Carta de Bernáldez Polledo á Torres, de 18 de diciembre de 1817 en Lima. M. S. (Arch. San Martín. vol. LIX.) — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » p. 30 (*nota*). — Durante todo el año de 1818, la correspondencia entre San Martín y sus agentes secretos del Perú, fué muy activa, encargándose Guido de llevarla en ausencia del general.

fueron muy útiles al almirante para sus operaciones navales (31).

Acompañaba á Cochrane en calidad de secretario á la vez que como agente secreto de San Martín cerca de los partidarios de Lima, el doctor Álvarez Jonte, con el encargo especial de preparar el terreno de la expedición por medio de trabajos secretos. « Estoy en correspondencia con los principales pa-
» triotas, — escribía Álvarez Jonte desde el Callao, — y me
» he comprometido con ellos sobre la venida del ejército. Si
» no se verifica esto pronto, no sólo perderemos una bella
» oportunidad, sino que no tendremos derecho á ser creídos
» en otra. No hay que temer expedición de España. Demos
» el golpe al Perú y deje que se descuelgue la Europa. Aquí,
» aquí es donde está el centro del poder, y éste está expi-
» rante. Todo lo tengo conmovido y preparado. El Ejército !
» el Ejército ! aunque sea con cuatro mil hombres y ocho
» mil fusiles de repuesto. Cerrar los ojos y vamos á comple-
» tar la obra » (32). Desde entonces, empezáronse á sistemar los trabajos preparatorios para asegurar el éxito de la invasión libertadora. Concertáronse puntos de desembarco, se nombraron comisionados en ellos para preparar el ánimo de los habitantes, reunir cabalgaduras y otros trabajos para propagar por todo el país el espíritu revolucionario. Esta correspondencia, reservadísima por su naturaleza y que sólo se refería á ulteriores operaciones terrestres que en nada se relacionaban con la escuadra, despertaron las sospechas de Cochrane, que creyó ver en Álvarez Jonte un espía cerca de

---

(31) « Memorias » de Cochrane, p. 20, quien dice : « El estado de los » ánimos de los habitantes del Perú, era por cierto casi unánime en pro » de la emancipación. » — « Expediente » de Silva, citado, p. VIII y 36, é « Informes » de Cochrane y de Álvarez Jonte insertos en el mismo.

(32) Carta de Álvarez Jonte á O'Higgins (en ausencia de San Martín) de 10 de abril de 1819, frente al Callao. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIII.)

su persona. Depositada por el secretario en su camarote, bajo el sello del almirante, éste se consideró autorizado á romperlo é imponerse de su contenido, en ausencia de aquél, reprochándole recibir cartas de San Martín de cuyo contenido no tuviese él conocimiento (33). Este incidente revela que los celos de Cochrane contra el general de los Andes fermentaban desde entonces en su alma.

Por este tiempo llegaron á Chile varios emigrados peruanos, y algunos de los agentes secretos á dar cuenta del resultado de sus respectivas comisiones, entre ellos Bernáldez Polledo, que con Silva había permanecido dos años en la costa de Huarmey desempeñando con grandes riesgos el encargo que se les confiara. Cada uno de ellos, era portador de planes de campaña remitidos desde Lima, presentándole otros sus ideas por escrito. Estos planes, que revelan más patriotismo que inteligencia militar y juicio, contenían algunos datos interesantes, y son curiosos como documentos históricos; pero de poca ó ninguna utilidad podían servir al general expedicionario para completar sus ideas, pues no pasaban de divagaciones escritas por doctores sin nociones de la guerra. Los más racionales fueron los de Bernáldez Polledo y Silva, con Lima por objetivo. El del primero se reducía á desembarcar en Pisco con cuatro á seis mil hombres, sublevar los negros esclavos de los valles inmediatos, inundar el país de guerrillas irregulares y marchar en masa sobre Lima; establecerse en Lurín, y cortarle sus recursos, con lo cual la ciudad se rendiría (34). El de Silva era más complicado: con-

(33) Carta de Álvarez Jonte á San Martín, de 3 de julio de 1819, en Valparaíso. M. S. (Arch. San Martín, vol. LXIII.)

(34) « Memoria » de Bernáldez Polledo dando noticia de las fuerzas y recursos militares de los realistas en el Perú, y plan de un desembarco expedicionario, de fecha 17 de diciembre de 1817 en Lima. M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.) En el mismo volumen se encuentran otros diversos planes M. S. S. del mismo género, todos ellos escritos por peruanos.

sistía en efectuar un doble desembarco al sud y al norte de Lima con dos divisiones de 2,500 á 3,000 hombres cada una, y converger sobre ella, mientras la escuadra amagaba un desembarco por el Callao (35). Merece especial mención uno de estos planes, aunque sea un desatino metódico, redactado por persona inteligente, conocedora del país, que tiene de singular ser la antítesis del plan de San Martín, renovando por el interior del país todas las dificultades que éste evitaba por la vía marítima. Según su autor, el Perú debía ser atacado por un ejército de 3,500 hombres que partiese de la frontera argentina del norte (Jujuy) y otro de 5,200 hombres que zarpase el mismo día de Valparaíso. Los puntos de desembarco de éste serían Arica é Ilo, á fin de apoderarse de Tacna y Arequipa. Realizado este primer objetivo, y dejando convenientemente fortificadas ambas ciudades conquistadas, el ejército se dirigiría al Alto Perú, y se situaría en Venta y Media para dominar La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí. Mientras tanto, el ejército de Jujuy picaría la retaguardia del realista situado en la frontera argentina, el cual tomado entre dos fuegos, sucumbiría. Reunidos ambos ejércitos en Venta y Media, marcharían sobre el Bajo Perú, procurando atraer al enemigo á Tacna y batirlo. Si no se conseguía, avanzarían por tierra sobre Lima, siguiendo el uno el camino de la sierra por el Cuzco, y el otro por Arequipa, para converger á Cañete al norte de Lima. Allí, procurarían sacar al enemigo á campo raso fuera de sus murallas, y si no se conseguía esto, incendiar con cohetes la capital del Perú á efecto « de debilitar la defensa », por cuanto, agrega el autor « es operación

(35) El plan de Silva lo inserta Paz Soldán en su « Hist. del Perú Independiente », p. 30 (nota), lleva la fecha de 20 de diciembre de 1819 en Lima, y está firmado *Un Curioso,* que era el pseudónimo de que usaba don Remigio Silva en su correspondencia secreta con San Martín; pero parece que él no fué sino un mero amanuense, y que lo escribió bajo el dictado de Riva Agüero.

» sencilla, por ser sus edificios de madera, y que causaría la » mayor impresión, y tal vez de pavor en un pueblo no acos- » tumbrado á la guerra » (36). Por aquí se ve, que si los patriotas peruanos dieron un valioso contingente de opinión á la expedición destinada á libertarlos, no sugirieron ninguna idea militar al general que debía mandarla, como se ha pretendido por algunos.

Entre los peruanos residentes por este tiempo en Chile, había dos jóvenes oficiales, llamados Francisco Fernández Paredes y José García. Ambos presentaron á San Martín un plan para la creación de un batallón de naturales del país, formado de soldados de los mismos batallones realistas que los oprimían, que con la bandera nacional se incorporaría al ejército expedicionario, á cuyo efecto aseguraban tener trabajos adelantados. Paredes había formado parte de la segunda expedición de Osorio, y prisionero en Maipu, tomó partido por la independencia. García había desertado de las filas españolas en el Alto Perú y formaba parte del ejército de los Andes. Ambos eran limeños, y se mostraban dispuestos á sacrificar su vida en servicio de su patria. El general, descontando de su plan lo que tenía de novelesco, quiso utilizar su buena voluntad, y les confió una comisión peligrosa. En un extenso pliego de instrucciones les previno, que su misión tenía por objeto, reunir todos los datos que les suministrasen los patriotas peruanos, tomando por sí mismos los conocimientos necesarios respecto de los recursos de los puntos de desembarco al sud y al norte, especialmente en punto á caballadas y provisiones. « Toda conmoción popular, — les decía en ellas, — » tiene tres momentos difíciles : el de la preparación, en que » se suele pecar por imprudencia; el acto de la ejecución, en

(36) « Plan de ataque sobre el Perú calculado con 5,250 hombres de desembarco y 3 500 del Ejército Auxiliar del Perú. » M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.)

» que se peca por debilidad, y el posterior, por necia con-
» fianza. Por consiguiente, jamás deben dirigir un plan de
» revolución sino las personas más precisas y decididas,
» obrando en secreto. » Para moderar su ardoroso celo, les prevenía : « Como puede ser difícil y aún peligrosísimo,
» que se ejecute una conmoción general antes de la llegada
» de mi ejército que la proteja ; sería más útil y eficiente el
» que se preparasen conmociones parciales distantes unas de
» otras, para que reventasen en el momento de mi desem-
» barco, pues sería imprudencia excitar un movimiento
» intempestivo, que por su aislamiento y falta de recursos,
» no sirviese en último resultado, sino para hacer más fuerte
» al enemigo. » Seguro de que su solo nombre bastaba para abrirles crédito en todas partes, como había sucedido antes de emprender la reconquista de Chile, los autorizaba á hacer uso franco de su firma á fin de proporcionarse el dinero necesario para el cumplimiento de su comisión, recomendándoles la economía. Pero cauto y desconfiado siempre, dió instrucciones verbales á cada uno de los comisionados, de manera que cada uno fuese espía del otro, y se controlasen mutuamente (37). Luego se verá que esta precaución era previsora.

Los dos comisionados, con los nombres de *Cario* y *Mario*

(37) « Plan presentado al general en jefe don José de San Martín por José Fernández Paredes y José García, naturales de la esclava capital de Lima, para la creación de un batallón de sus paisanos, que actualmente sirven en el ejército (realista) » M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.) — « Instrucciones reservadísimas que deberán reglar la conducta de don J. F. Paredes y don J. García en el desempeño de su comisión dentro de la capital de Lima y puntos adyacentes », fecha 1.° de enero de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LIX.) Al pie del borrador de estas instrucciones, se lee la siguiente nota, autorizada con la rúbrica de Álvarez Jonte: « Cada uno de los comisionados lleva además instrucciones privadas
» para ser cada uno espía del otro, sin que el uno ni el otro se aperci-
» ban, y de este modo se asegura la comportación y fidelidad respec-
» tiva. » M. S. (Arch. ídem. vol. citado.)

que debían usar en su correspondencia, embarcáronse en la goleta « Montezuma », el buque más velero de la escuadra, pedido al efecto por San Martín con todo sigilo (38). Ambos desembarcaron en la playa de Ancón, donde se encontraron con Silva, enterrando en la playa su correspondencia, que llevaban acondicionada en tarros de lata soldados. De allí se dirigieron á pie á Lima, burlando la vigilancia de las partidas que celaban la costa. En Lima se pusieron en comunicación con Riva Agüero. Á la exhibición de firma de San Martín, todas las bolsas se abrieron generosamente, poniendo en sus manos una cantidad de más de diez mil pesos, sin más caución que un recibo firmado por *Cario* y *Mario*. Paredes pasó al interior de la provincia de Huaylas, de donde regresó después de desempeñar su comisión. García siguió costa abajo hasta Trujillo, donde detenido por una guardia realista, traicionó á sus amigos por el interés de quedarse con el dinero obtenido con la firma del general (39). En consecuencia de esta delación fueron presos en Lima, Riva Agüero, el cura argentino Tagle y varios patriotas peruanos á quienes se encerró en los calabozos de la inquisición.

Al mismo tiempo que García y Paredes, fué despachado otro agente secreto llamado Rafael Garfias, con el nombre de guerra de Rafael Zelayeta. Desembarcó ocultamente en una caleta inmediata á Arica donde fué recibido por los guardacostas patriotas allí establecidos. Llevaba comunicaciones para uno de los gobernadores de Arequipa, Mariano Portocarrero, que espontáneamente había ofrecido sus servicios á

(38) Ofl. del ministro Zenteno á San Martín, de mayo 15 de 1820, poniendo á sus órdenes la goleta « Montezuma. » (Arh. San Martín, vol. LIX M. S.)

(39) « Expediente » de Remigio Silva, cit. p, 22. Compárese con la relación que de este episodio hace Vicuña Mackenna : « La Revol. de la Independencia del Perú », p. 262 263.

la causa americana, y confirmó su compromiso de propagar el espíritu revolucionario en el sud del Perú (40). Arequipa era el punto elegido por el virrey para situar el ejército de reserva contra la invasión, y como su núcleo debía ser formado por tropas del Alto Perú, la misión de Garfias tenía por objeto predisponerlas á la rebelión ó á la deserción, obrando sobre el espíritu de sus jefes. Por este tiempo descubrióse allí una conjuración tramada por el coronel José Melchor Lavín, argentino (de Entre Ríos), quien después de la batalla de Huaqui, hallándose en el Alto Perú se alistara bajo la bandera del rey, distinguiéndose por su valor, que como el salteño Castro se proponía reaccionar en favor de su patria, y que como él murió trágicamente (41). Casi simultáneamente, descubrióse otra conjuración en el ejército del Alto Perú, que se retiraba á la sazón de la frontera argentina para sostener el ejército de reserva de Arequipa. Estaba á su cabeza el coronel Agustín Gamarra, peruano, que había prestado importantes servicios á la causa realista. Aunque del proceso que se le formó, resultase que estaba en combinación con Belgrano por intermedio de Güemes, mandóse sobreseer en él, « porque, — según un historiador español, » — el contagio había cundido de una manera tan seria, » que no era posible vengar el agravio sin incurrir en males » mayores » (42).

---

(40) Nota de don Tomás Guido al gobierno argentino, de enero 7 de 1819, dando noticia de la comisión de Garfias, de quien dice: « indi» viduo, cuya viveza, instrucción y conocimientos del Perú son nada » comunes. » Carta de Garfias de 11 de agosto de 1819. Carta de Portocarrero original (sin fecha) dando noticias y poniéndose á órdenes de San Martín. M. S. S. (Docs. del Arch. general. leg. « El Diputado Guido, 1819. »)

(41) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. III, p. 55. — Lavín, trasladado al Cuzco, fraguó allí otra conjuración en 1821, y fué muerto en el acto de ejecutarla, como se verá después.

(42) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. » t. III, p. 27.

Así, á fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban á los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El virrey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río Janeiro : « Como » los enemigos me han dado tiempo y he procurado no perder- » lo, logro hallarme hoy en estado bastante respetable, y no » dudaría de un buen éxito en cualquier terreno que aquellos » me buscasen, si los muchos que hay entre nosotros no » minaran y se empeñaran tanto en favor de ellos con » continuas maquinaciones que alteran la voluntad de no » pocos, atrayéndose partido tanto en esta capital como » en algunas de las provincias interiores. No obstante, » mucho los ha de favorecer su suerte para conseguir su » intento, ejecútenlo por donde quieran, y si lo retardan » me entenderé con ellos de manera que no está en sus » libros » (43).

Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. « El horizonte estaba » cargado de nubes y amenazaba tempestad. Habían des- » embarcado varios emisarios de San Martín con el objeto » de pervertir el espíritu público y conmover las pro- » vincias, y aunque algunos habían sido aprehendidos, » los más seguían ejerciendo su pestífero influjo. El país » quedó estremecido con el fuego de la seducción de estas » infernales maquinaciones, y se aumentó con el desa- » sosiego del jefe español (el virrey) que tenía que luchar

(43) Borrador autógrafo de carta del virrey Pezuela al conde de Casa-Flores embajador español en Río Janeiro, de 15 de junio de 1819. M. S (Arch. San Martín, « Correspondencia interceptada », vol. XXXV, núm. 6.)

» más bien con intrigas que con la fuerza, pues temía » fundadamente, que cuando el enemigo presentara la » cara había de contar con el apoyo de la opinión » (44).

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron á hacerse sentir desde entonces, habían reducido al virrey Pezuela á una estricta defensiva, según antes se explicó (V. cap. XVIII, § VI), sin encontrar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. « La salvación, decía, de estos reales dominios no depende » de los esfuerzos que se hicieren de este virreinato, aun cuan- » do le venga de la Península un refuerzo mucho mayor de » los que está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas » partidas; y no es poco hacer el contener por acá los pro- » gresos del osado y activo enemigo que en todas partes, por » la adhesión de la pluralidad, encuentra prontamente los » auxilios que necesita al paso que por la opuesta razón todo » lo oculta para los ejércitos del rey. La redención debe venir » por el Río de la Plata mismo, si es que no se logra más » pronto por la intervención de los demás soberanos de Eu- » ropa » (45). Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado á su gobierno: « He descubierto una horrorosa » conjuración próxima á estallar en el Callao y Lima. Los » cómplices son muchos. Es casi infalible la próxima venida » de la expedición de Chile á atacar este virreinato por mar

---

(44) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 20-21.

(45) Ofi. del virrey Pezuela al embajador en Río Janeiro, de 26 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV.)

» y por tierra (46). Yo no reuno cinco mil hombres para la » defensa de esta inmensa costa. Estos datos y la conocida » disposición de los ánimos, pintan bastante mi cruel situa- » ción y el riesgo de estos países. Mi esperanza finca única- » mente en la oportuna llegada de los 2,000 hombres que » debían salir en marzo de Cádiz; y si no llegan á tiempo, » tocaremos en los extremos de la desesperación » (47).

En este sobresalto vivió el virrey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 á 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convencido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del virreinato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias

---

(46) Se refiere á una de las conjuraciones de los prisioneros de las casas-matas del Callao, de que hemos hecho breve mención en este capítulo (§ VI) al hablar de Bernáldez Polledo. El jefe de ella fué el coronel peruano José Gómez en unión con los oficiales chilenos y argentinos y algunos vecinos del Callao. El plan era apoderarse de la fragata « Venganza » surta en el puerto, próxima á dar la vela, y dirigirse en ella á Valparaíso. Debió estallar en la noche del 21 de julio de 1818, pero traicionados por uno de los conjurados llamado Escobar, sus tres principales autores José Gómez, Nicolás Alcázar y C. Casimiro Espejo fueron ejecutados en Lima el 31 de diciembre de 1818. En « La Revol. de la Indep. del Perú », de Vicuña Mackenna, p. 252 y sig. se dan interesantes detalles sobre esta conjuración.

(47) Despacho cifrado del virrey Pezuela al embajador español en Río Janeiro, de 18 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV, núm. 6). He aquí una muestra de la clave con que está cifrado este despacho :

Sohg	*qr*	*lgdth*	*kje*	*lg*	*ros*	*zcbtgt*	*oh*	*lq*	*ro*	*nosbo*
Haré	el	debido	uso	de	las	noticias	de	la	pauta	

La expedición á que se refiere este despacho y que constituía su « única esperanza », es la que fué apresada con el convoy de la « María Isabel » tres meses después.

argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú á su sucesor el general La Serna, instó á éste para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta, había comprometido el crédito militar de éste en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, y fué saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del rey. Persuadido que el nervio del ejército realista lo constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que le acompañaron, no supo apreciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, y pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enajenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fué, quitar á la lucha el carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fué dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas, y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado á La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y á su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas (48).

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del virrey fué reforzarse en el Bajo Perú, trayendo á sí parte del ejército del Alto Perú á fin de formar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteli-

(48) Camba: « Memorias », etc., t. I, p. 223-225. — Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 296-297.

gencia entre el virrey y La Serna, que empezó por destemplar los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, que al despojar al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, destruiría la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía, que como responsable ante el soberano debía tener su libertad de acción en lo relativo á operaciones militares de su ejército. El virrey pretendía, que como autoridad suprema y director de la guerra debía ser obedecido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias, se entabló entre ambos, que dió por resultado la renuncia del general. Próximo á regresar La Serna á España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo virrey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época á que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Olañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario á las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes, condensándose en dos masas armadas : el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado á los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispano-americana, es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos

por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismo hechos se repiten ó se reflejan con variantes de forma ó de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y éstas reaccionan á su vez sobre la madre patria (49).

En el Perú fué donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones absolutistas á su cabeza, en el Bajo Perú se reunían todos los cuerpos europeos, con generales peninsulares prestigiosos señalados por sus ideas liberales, en abierta oposición con las que profesaba el virrey. De estos generales, — que pronto veremos entrar en acción, — conocemos ya á La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor, el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores, Mariano Ricafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Loriga y Andrés García Camba, el futuro historiador militar éste de los tra-

(49) Véase Gervinus: « Hist. du XIX siècle », t. VI, p. 150 y sig.

bajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Jerónimo Valdés, asturiano, que á la sazón contaba treinta y seis años de edad. Era el Bayardo del ejército español, que según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano, y tan activo como resuelto, poseía á la par de un espíritu bastante cultivado una alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que á la inversa de La Serna estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de sus adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España, alcanzaban á veinte y tres mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, lo constituían el ejército del Bajo Perú que defendía á Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú que pasaba de siete mil (50). En su totalidad estas fuerzas representaban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aislada-

---

(50) Según el mismo virrey Pezuela, el ejército que defendía la costa del Bajo Perú cuando San Martín invadió con 4,000 hombres (que él computa en 4,500), constaba de 7,815 plazas, sin incluir 400 que guarnecían á Lima, 150 en Cañete y 296 en la costa de Chancay, ó sean 8,661 hombres, más del doble del ejército invasor. (Manifiesto, etc., de Pezuela, p. 17 y VII y IX.) García Camba, en oficio de 17 de agosto de 1820 dirigido al mismo virrey, que éste inserta en el apéndice de su Manifiesto, da al ejército de operaciones del Bajo Perú 7,008 hombres « prontos para formar. » (Manifiesto cit., p. LXV.) Según Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, p. 23 y 56, que el sólo ejército del Alto Perú « se componía de 6,000 á 7,000 hombres de tropas escogidas. » El mismo historiador español determina la cifra de 23,000 hombres que defendían el Perú, apuntada en el texto. « Sin la adhesión de

mente, el doble del ejército invasor con que iban á combatir. Según documentos auténticos, confrontados con los hechos, el ejército expedicionario de San Martín, apenas pasaba de cuatro mil hombres,—dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerentes que iban á medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

» los pueblos á los principios subversivos no habría sido posible que un » ejército extranjero de 4,500 hombres (4,000) hubiera hecho tantos pro- » gresos contra un gobierno arraigado por el dominio de 300 años y de- » fendido por 23,000 soldados valientes, mandados por hábiles generales » y esforzados oficiales. » (Torrente « Historia » citada, t. III, p. 58). — El coronel Ballesteros, historiador realista que sirvió en el ejército español y escribió en Chile, en su « Revista sobre la guerra de la independencia de Chile », da las siguientes cifras sobre el ejército que por este tiempo defendía el Perú: En el Callao y Lima, 7,815 hombres; en Pisco, Cañete y Chancas 700. En el Alto Perú, 6,000. En Arequipa, Trujillo, Guayaquil, Guamanga, Cuzco y Jauja, 8,885. Total: 23,300 hombres.

CAPITULO XXVI

LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(Pisco. — Negociaciones de Miraflores)

AÑO 1820

San Martín en marcha al Perú. — La lógica del destino y la prosecución de una idea. — Última despedida de San Martín de la patria. — Fuerza y composición del ejército chileno-argentino y de la escuadra chilena de la expedición libertadora. — O'Higgins y la expedición del Perú.— Objetos declarados de la expedición. — Instrucciones de San Martín y de Cochrane. — Plan de invasión de San Martín. — Desembarco en Pisco. — San Martín define militar y políticamente el carácter de la expedición. — Efecto que causa en Lima la invasión. — Medidas para contrarrestarla. — El virrey abre proposiciones de paz. — Motivos públicos y secretos que lo impulsan á esta abertura. — Negociaciones de Miraflores y su ruptura. — Iniciativa monarquista. — Correspondencia secreta sobre las conferencias de Miraflores. — Manifiesto de San Martín sobre las negociaciones. — Arenales penetra sigilosamente con una columna á la sierra. — Maniobras de San Martín para cubrir este movimiento. — Decreta la bandera y el escudo del Perú. — Se reembarca en Pisco y se dirige al norte. — Examen crítico sobre el desembarco y permanencia en Pisco.

I

« Se acerca el momento en que yo voy á seguir al destino » que me llama. Voy á emprender la grande obra de dar la » libertad al Perú. Voy á abrir la campaña más memorable de » nuestra revolución, y cuyo resultado aguarda el mundo, » para declararnos rebeldes, si somos vencidos, ó reconocer » nuestros derechos, si triunfamos. De ellos penden la con-

» solidación de nuestros destinos, las esperanzas de este vasto » continente, la suerte de nuestras familias, la fortuna de » nuestros amigos, en fin, lo más sagrado, que es nuestro » honor. Fiado en la justicia de nuestra causa y en la pro- » tección del Ser Supremo, os prometo la victoria. El día más » grande de nuestra revolución está próximo á amane- » cer » (1). Así hablaba San Martín, dirigiéndose á los chilenos y argentinos, que le habían confiado sus armas redentoras, al emprender la expedición del Perú.

En 1814, el general del Ejército del Norte, al señalar el nuevo itinerario militar de la revolución sud-americana por él descubierto, había dicho : « Mientras no estemos en Lima » la guerra no acabará » (2). En 1820, el general de los Andes, al dilatar su campo de acción en las costas del mar Pacífico y trasladar la guerra ofensiva á otro teatro, « seguía, » según sus propias palabras, al destino que lo llamaba, para » responder á las esperanzas de un continente, consoli- » dando los destinos de la revolución sud-americana ». Tales eran los propósitos á que respondió su campaña final, persiguiendo la realización de una idea, incubada y desenvuelta prácticamente en el espacio de seis años de no interrumpido trabajo. Era la lógica de un destino que se cumplía.

En la vida de los hombres de acción consciente y de pensamiento deliberado, una idea constituye la trama de su vida. La vida de Colón está encerrada en una idea : buscar el oriente por el occidente, dada la redondez de la tierra, lo que debía conducirle al descubrimiento de un nuevo mundo. La vida de San Martín está encerrada en otra idea análoga :

---

(1) Extracto de las proclamas de San Martín en Santiago de Chile y Valparaíso del 17 y 22 de julio de 1820, dirigidas : « Á los habitantes del Estado de Chile » y « Á los habitantes de las Provincias del Río de la Plata. » (Véase Apéndice núm. 27.)

(2) Carta de San Martín en Tucumán de 22 de abril de 1814, cit. en el cap. VI, § VIII. (Véase Apéndice núm. 7.)

buscar el camino militar de la revolución sud-americana por el camino opuesto al hasta entonces seguido, lo que debía conducirle á fijar el punto estratégico de la victoria final de un nuevo mundo republicano. Y lo que tiene de más admirable esta concepción concreta dentro de sus líneas precisas, es que, allí donde previó su genio que la guerra continental se circunscribiría y terminaría, allí se circunscribió, se condensó y se terminó, como Colón encontró la tierra buscada en el punto matemático calculado. Con razón se ha dicho, que á esta idea por él concebida y ejecutada, debe su inmortalidad.

Antes de lanzarse á la atrevida empresa á que lo llamaba su destino, el libertador exhaló la primera y última queja que haya brotado de sus labios silenciosos al descubrir la llaga secreta que lo atormentaba. « Voy á manifestaros mis quejas, » decía en su proclama á los argentinos, no porque el » silencio sea una prueba difícil para mis sentimientos, sino » porque yo no debo dejar en perplejidad á los hombres de » bien, ni puedo abandonar enteramente á la posteridad el » juicio de mi conducta, calumniada por hombres en quienes » la gratitud algún día recobrará sus derechos ». Y contemplando con dolor la confusa situación política de las Provincias del Río de la Plata, les dirigía sus consejos : « Antes » de mi partida quiero deciros algunas verdades que sentiría » las acabarais de conocer por experiencia. Tengo motivos » para conocer vuestra situación, porque en los ejércitos que » he mandado, me ha sido preciso averiguar el estado político » de las provincias que dependían de mí. Vuestra situación » no admite duda : diez años de constantes sacrificios sirven » hoy de trofeo á la anarquía : la gloria de haberlos hecho es » un pesar actual, cuando se considera su poco fruto. Habéis » trabajado un precipicio con vuestras propias manos, y » acostumbrados á su vista, ninguna sensación de horror es » capaz de deteneros ». Al referirse á la forma institutiva de

gobierno que de hecho había prevalecido por las tendencias disolventes de las multitudes y por caudillos locales, en medio de la desorganización nacional, agregaba : « El genio » del mal os ha inspirado el delirio de la federación : esta » palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y » devastación. Pensar establecer el gobierno federativo en un » país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, » escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, » desprovisto de rentas para hacer frente á los gastos del go» bierno general, fuera de los que demanda la lista civil de » cada estado, es un plan cuyos peligros no permiten infatuar» se, ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilu» siones de la novedad ». Anticipándose al tiempo, señalaba los fatales resultados de la anarquía : « Compatriotas : yo os » hablo con la franqueza de un soldado : si dóciles á la expe» riencia de diez años de conflictos, no dais á vuestros deseos » una dirección más prudente, temo que, cansados de la » anarquía, superéis al fin por la opresión y recibáis el yugo » del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de » fijar vuestro destino, no hará más que prolongar vuestra » incertidumbre ».

En este documento solemne, en que al dirigirse por la última vez á sus compatriotas, se despedía para siempre de la patria, no podía dejar de explicar y justificar el acto de desobediencia que había decidido de su destino y del de la revolución : « Hasta el mes de enero próximo pasado el general San » Martín merecía el concepto público en las provincias que » formaban la Unión. Sólo después de haber triunfado la » anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos calum» niarme sin disfraz. Yo tengo derecho de preguntarles ¿qué » misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del » desorden para denigrar mi opinión? Vosotros *me habéis* » *acriminado aun en no haber contribuido á aumentar* » *vuestras desgracias*, porque *este habría sido el resultado*,

» *si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra con-* » *tra los federalistas.* Mi ejército era el único que conser- » vaba su moral, y lo exponía á perderla, *abriendo una cam-* » *paña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas* » *contra el orden.* En tal caso, era preciso renunciar á la idea » de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas » me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría » tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos ». Y terminaba su manifiesto con estas melancólicas palabras : « Provincias del Río de la Plata : voy á dar la última res- » puesta á mis calumniadores : yo no puedo hacer más que » comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi » país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, » probaré, que desde que volví á mi patria, su independencia » ha sido el único pensamiento que me ha ocupado, y que no » he tenido más ambición que la de merecer el odio de los » ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos » (3).

II

El ejército expedicionario, tomó la denominación de « Ejército libertador del Perú ». Componíase de dos batallones de artillería, con 413 plazas de tropa, seis batallones de infantería con 3,053 bayonetas y dos regimientos de caballería con 652 jinetes ó sean 4,118 hombres de tropa que unidos á los jefes y oficiales desde general á tambor, sumaban un total de 4,410 hombres. De éstos, 2,313 hombres de tropa pertenecían al Ejército Argentino de los Andes y 1,805 al ejército de Chile.

(3) « Proclama del General San Martín á los habitantes de las Provincias del Río de la Plata ». de 22 de julio de 1820, en Valparaíso.

Con excepción de tres batallones chilenos, todos los demás cuerpos eran mandados por jefes argentinos (4). El material de guerra constaba de 31 piezas de batalla y montaña, 2 obuses y 2 morteros, y un repuesto de armamento, equipos y vestuario para 15,000 hombres. El jefe de Estado mayor era el general Juan Gregorio Las Heras, formando parte de él los generales divisionarios Juan Antonio Álvarez de Arenales, célebre ya por sus hazañas, y el ex-gobernador de Cuyo, Luzuriaga. El representante de las Provincias Unidas en Chile, don Tomás Guido, acompañaba al generalísimo y al amigo, en calidad de primer edecán con el título de coronel, pero en realidad como confidente y diplomático bélico. Álvarez Jonte, moribundo, hacía su última campaña en la vida como auditor de guerra en la expedición á que tan eficazmente había cooperado. El doctor Bernardo Monteagudo, reconciliado con su antiguo amigo, y Juan García del Río, natural de Cartagena de Indias, notable hombre de letras y patriota decidido, que había conocido á San Martín en Europa, y ligádose después á su fortuna, dirigían la secretaría de guerra. Estos dos personajes, que de republicanos ardientes habíanse convertido en monarquistas convencidos, debían ejercer como consejeros

(4) « Estado general de las fuerzas del Ejército libertador del Perú, el 20 de agosto de 1820 », copiado del estado original preparado en la mesa del Estado Mayor en la fecha citada, y publicado por Arenales en su « Memoria histórica, etc., etc., » y en su Apéndice núm. 1.° — Hé aquí el detalle de este estado — *Ejército Argentino*: Batallón de artillería de los Andes, 198 tropa. Batallón N.° 7 de infantería de ídem, 439. N.° 8 de ídem, 462. N.° 11 de ídem, 562. Granaderos á caballo de ídem, 391. Cazadores á caballo de ídem, 261. Suma : 2,313 de tropa. — *Ejército de Chile :* Batallón de artillería, 215 tropa. Batallón de infantería N.° 2 de ídem, 600. Idem N.° 4 de ídem, 651. Idem N.° 5 de ídem, 324. Cuadros, 15. Suma : 1,805 de tropa. Total general : 4,118 de tropa. — La nómina y nacionalidad de los jefes de cuerpo, es como sigue: —Argentinos : coroneles Pedro Conde, Enrique Martínez, Rudecindo Alvarado, Mariano Necochea y Mariano Larrazábal y sargento mayor Román Dehesa. — Chilenos : Tenientes coroneles José M. Borgoño y José Santiago Sánchez y sargento mayor Santiago Aldunate.

una funesta influencia en los destinos políticos del futuro libertador del Perú. La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional según lo convenido con San Martín (véase cap. XXIV, § III), concurriendo Chile á ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino (5).

La escuadra se componía de ocho buques de guerra con 247 cañones y víveres para seis meses, tripulados por 1,600 soldados y marineros, de los cuales seiscientos eran extranjeros (ingleses en su mayor parte), y el resto chilenos (6); de diez y seis transportes (7), que medían más de siete mil toneladas, con provisiones para cuatro meses del ejército de desembarco, y once lanchas cañoneras. Estos elementos bélicos se hallaban reunidos en el puerto de Valparaíso á mediados de agosto (1820). Simultáneamente acudían de todos los puntos del territorio las tropas expedicionarias, animadas de gran entusiasmo. Cada soldado puesto en el Perú, costaba la cantidad de 160 pesos, obligándose los contratistas á

---

(5) Según Miller : « Memorias », t. I: pág. 243, una tercera parte de la división argentina de los Andes se componía de chilenos, en reemplazo de los argentinos muertos ó inutilizados en las campañas de la reconquista; pero agrega el mismo : « Los oficiales eran de las Provincias del » Río de la Plata, y muchos de ellos estaban también en la división de » Chile ».

(6) Hé aquí los nombres, fuerza y calidad de los buques de guerra : Navío *San Martín*, 1,300 toneladas con 64 cañones; fragata *O'Higgins*, 1,220 toneladas con 44 cañones; ídem *Lautaro*, 850 toneladas con 46 cañones; ídem *Independencia*, 380 toneladas con 28 cañones; bergantín *Galvarino*, 398 toneladas con 18 cañones; ídem *Araucano*, 270 toneladas con 16 cañones; ídem *Pueyrredón*, 220 toneladas, con 16 cañones; goleta *Montezuma*, 200 toneladas, con 7 cañones.

(7) Hé aquí los nombres de los transportes : *Dolores, Gaditana, Consecuencia, Emprendedora, Santa Rosa, Águila, Mackenna, Perla, Jerezana, Peruana, Golondrina, Minerva, Libertad, Argentina, Hércules* y *Potrillo*. — Total de su tonelaje : 7,178.

preparar los transportes, pagar el mantenimiento de hombres y caballos por el espacio de cinco meses y suministrar cuatro mil vestuarios (8). El hospital, perfectamente arreglado, iba á cargo de los cirujanos de los Andes, Paroissien y Zapata. La comisaría y el parque con dotación completa de equipos y municiones. La caja militar contaba con un fondo de reserva de 180,392 en dinero efectivo y documentos de crédito (9).

Desde los primeros días de la revolución sud-americana y después de la empresa de la reconquista de Chile por las Provincias Unidas, que dió la gran señal de la guerra ofensiva, jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del Ejército de los Andes á costa de inmensos sacrificios. El director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor á las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa á su cargo, é impulsarla vigorosamente y con fe. Al recordar más tarde las angustias que ella le costó, exclamaba: « Yo debí encanecer á cada instante. Sólo » la futura suerte de Chile (y de la América) podía sostener

(8) « Observaciones sobre una representación dirigida al Congreso (peruano) por D. Federico Santiago del Solar, relativa á las cuentas de la expedición libertadora del Perú ». *Lima* 1832, foll. — Los contratistas fueron el mencionado Solar (chileno), y los comerciantes Juan José Larrea y Nicolás Rodríguez Peña (argentinos). — Véase Arch. San Martín, vols. LXI y LVIII, Correspondencia de O'Higgins y Guido con San Martín, 1819. M. S. S.

(9) « Estado que manifiesta el cargo, data y existencia de los caudales entregados al Comisario del Ejército de los Andes », de fha. 20 de agosto 1820 (día del embarque de las tropas expedicionarias) firmado por el Intendente J. G. Lemos. (Arch. San Martín, vol XLVIII, N.° 5). M. S.

» mi corazón y mi espíritu. El que no se ha visto en estas » circunstancias no sabe lo que es mandar. Es el mayor y el » más digno sacrificio que podía ofrecer á mi patria ».

III

El objeto declarado de la expedición era, concurrir á fundar una nueva república independiente, con arreglo á la política emancipadora inaugurada por las Provincias Unidas del Río de la Plata al emprender la reconquista de Chile, sellada por la alianza argentino-chilena, de que San Martín se había constituído en campeón, bajo la garantía de las dos naciones redentoras. (V. cap. XXI, § III). Así lo confirmó el director O'Higgins en su proclama á los peruanos : « Inmediatamente un respetable ejército de los valientes de Maipu » y Chacabuco (argentinos y chilenos) ocupará vuestro suelo. Hé aquí los pactos y condiciones con que Chile delante » del Ser Supremo y poniendo á todas las naciones por testigos y vengadoras de su violación, arrostra la muerte y las » fatigas para salvaros. Seréis libres é independientes, constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la unica y » espontánea voluntad de vuestros representantes: ninguna » influencia militar ó civil, directa ó indirecta, tendrán estos » hermanos en vuestras disposiciones sociales: despediréis » la fuerza armada que marcha á protegeros en el momento » que dispongáis: jamás alguna división militar ocupará un » pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magistrados: y prontas á destrozar la fuerza armada que resista » vuestros derechos, os rogaremos que olvidéis todo agravio » anterior al día de vuestra gloria. Ha llegado el día de la » libertad de América, y desde el Missisipi hasta el Cabo de

» Hornos, en una zona que ocupa la mitad de la tierra, se » proclama la independencia del Nuevo Mundo » (10).

El 20 de agosto de 1820 por la tarde, zarpó del puerto de Valparaíso la expedición bajo la protección de la bandera de Chile que la cubría, en medio de las salvas de artillería de mar y tierra y de las aclamaciones del pueblo, presente el director O'Higgins. El almirante Cochrane, montando la *O'Higgins*, llevaba la vanguardia, para enseñar el camino abierto por sus proas en las aguas del Pacífico. La *Lautaro* y el *Galvarino* acompañaban la capitana. Seguían las tropas de desembarco en doce transportes formados en columna. En segunda línea iban seis transportes que conducían el material de guerra, flanqueados por la *Montezuma* y el *Araucano*. La retaguardia formábanla las once lanchas cañoneras en línea. Cerraba la marcha el *San Martín*, que conducía el estado mayor, donde el generalísimo había enarbolado su enseña, navegando en conserva con la *Independencia*.

En alta mar abrió el almirante el pliego de sus instrucciones y leyó con despecho : « El objeto de la expedión es rescatar al Perú de la servidumbre de España, elevarle al rango » de una potencia libre y soberana, y concluir por ese medio » la grandiosa obra de la independencia continental de Sud- » América. El capitán general don José de San Martín es el » jefe á quien el Gobierno de la República ha confiado la » exclusiva dirección de las operaciones de esta grande em- » presa, á fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y » tierra, para obrar combinadas simultáneamente, reciban » un solo impulso comunicado por el consejo y dirección del » general en jefe. En este concepto, desde que zarparen de » Valparaíso la escuadra y transportes expedicionarios, obra-

(10) Proclama de O'Higgins, impresa en hoja suelta en castellano y quichuá, é inserta en « La Corona del Héroe », pág. 412 y sig.

» rá precisamente en consecuencia del plan que le sumi-
» nistre el general en jefe, tanto sobre el punto de desem-
» barco como respecto del movimiento y operaciones sucesi-
» vas; de suerte que, no podrá V. S. por sí mismo obrar
» con el todo ó parte de los buques de guerra de su depen-
» dencia, sino que observará absolutamente la línea de con-
» ducta que respecto de las operaciones de la escuadra le
» trazare y fuera trazando el general, según él lo creyese
» conveniente. Se recomienda la más exacta observancia de
» esta mi resolución bajo toda especie de responsabili-
» dad » (11).

En cuanto al generalísimo, se ha dicho que fué munido de instrucciones expedidas por el Senado de Chile, y su texto ha sido considerado por todos los historiadores como la pauta que debía reglar su conducta política y militar. San Martín ha negado categóricamente el hecho. Bien que esas instrucciones estuviesen concebidas en el espíritu de las que dirigieron al general de los Andes al reconquistar á Chile y fuesen armónicas con los pactos internacionales y promesas que precedieron á la expedición del Perú, en su letra eran meramente políticas y administrativas, trazando en suma un minucioso plan de organización constitucional, inconciliable tal vez con las imperiosas exigencias de un invasor, que tenía que luchar con quíntuples fuerzas en una vasta extensión de territorio ocupado por tres ó más ejércitos beligerantes. Sin duda por esto, el director O'Higgins, que había depositado toda su confianza en el general expedicionario, retuvo las instrucciones sin darles curso, y se limitó á la proclama antes citada, cuyos conceptos son más explícitos, aunque en términos generales, y á las instrucciones dadas al almirante Cochrane para que se

(11) Instrucciones del gobierno de Chile al almirante Cochrane de 19 de agosto de 1820, firmadas por el director O'Higgins y el ministro Zenteno. « Doc. justificativos de la Exp. libertadora del Perú », cit., pág. 72.

subordinase en un todo á sus planes. Así, cuando ellas fueron publicadas más tarde en un diario del Perú, el general San Martín pudo decir y dijo: « Protesto no haber recibido ins-» trucciones de ningún género de los gobiernos de Chile y » Provincias Unidas, á menos de no tenerse por tales la orden » de marchar con 3,800 hombres de ambos Estados á libertar » á sus hermanos del Perú » (12).

No teniendo el general de los Andes en su patria, autoridad á quien dar cuenta, ni de quien recibir instrucciones, dirigióse al Cabildo de Buenos Aires, iniciador de la revolución sud-americana, como al representante histórico del pueblo argentino. « El día de mañana da la vela *la expedición » libertadora del Perú.* Como su general, tengo el honor » de informar á V. E. que representa al pueblo heroico, al » virtuoso pueblo, más digno de la historia de Sud-América » y de la gratitud de sus hijos; protestando, que mis deseos » más ardientes son por su felicidad; y que, desde el mo-» mento en que se erija la autoridad central de las Provin-

---

(12) Autógrafo de San Martín. Hé aquí su texto: — « Sr. Editor del » *Correo Mercantil* de la capital del Perú. —Mendoza, 1.° de junio de 1823. » — Muy Sr. mío: Es en mi poder un impreso publicado en esa capital, » el que se encabeza del modo siguiente: — El ministro plenipotencia-» rio de Chile, cerca del Gobierno del Perú, cree conveniente publicar el » siguiente documento: *Instrucciones que debe observar el Ejército libertador » del Perú.* Siguen las instrucciones en 25 artículos, firmadas por los » Sres. que componían el primer Senado de Chile, en 23 de junio de 1820. » — El que suscribe protesta no haber recibido, ni éstas ni ningún otro » género de instrucciones de los gobiernos de Chile y Provincias Unidas, » á menos de tenerse por tales la orden de marchar con 3,800 bravos de » ambos Estados á libertar á sus hermanos del Perú. — Es la única ins-» trucción que se me ha dado. — José de San Martín ». (Arch. San Martín, « Expedición del Perú », vol. LX, N.° 1, M. S.) — No existe ningún documento que indique que las instrucciones del Senado hubiesen sido en ningún tiempo comunicadas á San Martín por el gobierno de Chile, y lo prueba el hecho de que habiéndose publicado oficialmente cuando los enemigos del general gobernaban en Chile y el Perú, no se exhibió tal documento.

» cias, estará el Ejército de los Andes subordinado á sus
» órdenes superiores con la más llana y respetuosa obedien-
» cia » (13).

IV

Como de costumbre, el general reservó de todos su plan de campaña, obrando silenciosamente según sus propias inspiraciones. Sólo confió una parte de él á Cochrane, quien defraudado en su aspiración de mandar en jefe la expedición, aceptaba de mal grado la subordinación absoluta al director de la guerra á que lo reataban sus intrucciones. Según el almirante, el generalísimo le manifestó, que su objeto era dirigirse con el cuerpo principal de su ejército á Trujillo, ó sea al norte de Lima. El plan que en cambio le sugirió, era una improvisación propia de su genio impetuoso, que iba derecho al objetivo cercano, sin medir los obstáculos ni prever las consecuencias lejanas. Consistía en desembarcar en Chilca, el puerto más inmediato al Callao, y apoderarse sobre la marcha de Lima, « empresa, — son sus palabras, — nada difícil y de éxito seguro » (14). Era una operación sin base ni prospecto, cuyo resultado habría sido gastarse estérilmente las cortas fuerzas invasoras por su propio roce, como la experiencia lo demostró muy luego.

San Martín había abandonado su antigua idea de expedición al sud del Perú, dirigiéndose Arequipa ó al Cuzco, con el objeto de obrar en combinación con el ejército de Belgrano, que según el plan primitivo debía invadir por el Alto Perú. Faltábale ese apoyo indispensable, y además este teatro de

---

(13) Ofi. de San Martín al Cabildo de Buenos Aires de 19 de agosto de 1820.

(14) Cochrane : « Memorias », págs. 91-92.

guerra nada prometía por sí. Para emprender operaciones decisivas en el interior del país, tenía que abandonar su base natural de operaciones y las comunicaciones inmediatas con la escuadra, que le aseguraba el dominio de todo el litoral peruano desde Arica á Payta: una vez comprometido en la región montañosa del sud, se encontraría con 4,000 hombres escasos, flanqueado por dos ejércitos, que en un momento dado podían concentrar sobre él triple número de fuerzas. Una batalla parcial ganada, nada decidía; y perdida, fracasaba la expedición. Su objetivo era Lima, pero con vistas más largas y más precisión que Cochrane.

El general invasor tenía que subordinar sus planes á tres exigencias capitales, que se imponían: evitar ponerse en inmediato contacto con el enemigo al desembarcar, por la desproporción de las fuerzas; llamar la atención del enemigo por distintos puntos á fin de evitar su reconcentración; y por último, revolucionar el país para robustecer su acción y poderse mantener en él. Estos resultados se obtenían, operando parcialmente por la sierra del sud, con una base de operaciones al norte sin perder el dominio de las costas, para estrechar gradualmente á Lima y ocuparla en su oportunidad, y apoderarse á la vez de la mitad del país, sin comprometer nada y conservando íntegro su poder militar. Otra consideración, que se ligaba con su vasta idea de campaña continental, le aconsejaba la adopción de tan juicioso plan, por otra parte el único posible en las condiciones en que se encontraba. El gobierno de Chile, al decidir la expedición del Perú, habíase dirigido á Bolívar dueño á la sazón de Nueva Granada, con el objeto de combinar las operaciones estratégicas de la revolución sud-americana, condensando todo su poder militar en un punto (15). De este modo se vinculaba por

(15) La nota del gobierno de Chile á Bolívar es de 7 de agosto de 1820. Véase « Doc. para la Hist. de la vida púb. del Libertador de Colombia », t. VII, pág. 424.

las armas la revolución continental consolidada políticamente en sus dos extremidades; circunscribíase el campo de la lucha, acelerando su éxito final; los enemigos quedarían aislados en la parte mediterránea del continente, sin comunicaciones con la metrópoli; y así se cumpliría el pronóstico de San Martín y la promesa de Bolívar de que la guerra de la independencia sud-americana terminaría en el Perú, como terminó.

El desarrollo metódico de este complicado plan, requería paciencia y astucia, tiempo y espacio dilatado. El general, en prosecución de él, con el objeto de hacer creer al adversario, que su ataque sería por el sud, resolvió tomar tierra en Pisco, á los dieciocho días de una navegación feliz de mil quinientas millas. El almirante, siempre despechado y con la vista fija en Lima, se manifestó disconforme con esta resolución, pero hubo de ceder de buen grado ante una voluntad inquebrantable, que sabía lo que hacía y lo que quería, apuntando más tarde en sus Memorias, al difamar á su compañero de armas: « Por qué motivo obraba así, no pude saberlo entonces ». Súpolo, empero, cuando el éxito puso de relieve los lineamientos del plan, haciendo justicia él mismo á la habilidad y la prudencia con que, con tan escasos medios y en medio de tantas dificultades, fueron conducidas las operaciones de la invasión, según se verá más adelante.

V

La playa de Pisco, es un arenal que se extiende al pie occidental del gran macizo de la cordillera, que bañan las aguas del Pacífico, entre los 14° y 15° de latitud, á 260 kilómetros al sud de Lima, y forma parte de la región conocida en la geografía del Perú con la denominación de « la costa »,

que hemos bosquejado ya. (Véase cap. XXV, § II). Su puerto principal es la bahía de Paracas, célebre desde esta época en la historia, que toma su nombre de los vientos y fuertes marejadas del cuadrante del N. O. que azotan su entrada. La villa de Pisco hállase situada como diez kilómetros al norte, y comunica con los inmediatos valles de Ica, Chincha y Nasca al pie de la sierra, famosos por su fertilidad desde el tiempo de los Incas, y por sus ricas haciendas cultivadas entonces por esclavos de raza africana. En la bahía de Paracas, desembarcó en la mañana del 8 de setiembre de 1820 la primera división del ejército libertador del Perú, mandada por Las Heras. Á las 7 de la noche fué ocupado el pueblo sin resistencia. El 13 estaba en tierra todo el ejército, y acampado en el valle de Chincha, extendía sus reconocimientos al interior del país, estableciendo el cuartel general en Pisco.

El virrey, en la incertidumbre de las intenciones del general invasor, había desparramado sus fuerzas á lo largo de la costa desde Guayaquil hasta Arica, manteniéndose á la espectativa, con los ejércitos de Lima y del Alto Perú en sus posiciones y sus reservas en la sierra (16). De esta manera se presentaba débil en todos los puntos vulnerables é inerte en los centros de su poder. En Pisco, y cubriendo sus valles inmediatos, había situado una división de 500 infantes, y 100 jinetes con dos piezas de artillería al mando del coronel Manuel Quimper (17). Al sólo amago del desembarco, esta fuerza

---

(16) El mismo virrey Pezuela lo declara así en su «Manifiesto», cit. pág. 45 : « Yo no sabía el surgidero de esta dilatada costa por donde el » enemigo verificaría su desembarco, aunque creía que el golpe se diri- » gía contra la capital : en tal incertidumbre, y en la imposibilidad de » situar un cuerpo respetable en cada uno, destiné jefes y tropas á los » puntos más indicados de aquélla para que estuviesen en observancia y » obrasen según las circunstancias sin comprometerse desventajosa- » mente. »

(17) Esta es la fuerza que da Camba : « Memorias » etc. cit., t. II, pág. 332. El virrey Pezuela en su « Manifiesto » cit., pág. XVII y XVIII, le asigna 479 en Pisco y 50 en Chincha, que dan un total de 529 hombres. Paz

se puso en fuga, sin intentar dificultar la marcha y ni siquiera ver de cerca al enemigo ó mantenerse en observación, no obstante lo ventajoso del terreno para las hostilidades de guerrillas (18). Luego se verá cuál fué la desastrosa suerte de esta fuerza.

Por su parte, el generalísimo, al poner el pie en tierra, establecía las reglas disciplinarias de su ejército, dirigiéndose especialmente á los argentinos reconquistadores de Chile : « Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta » que el valor consume la obra de la constancia. Acordaos » que vuestro gran deber es consolar á la América, y que no » venís á hacer conquistas sino á libertar pueblos. Los peruanos » son nuestros hermanos : abrazadlos, y respetad sus derechos » como respetasteis los de los chilenos después de Chaca- » buco ». Al que robase ó tomase por valor de dos reales para arriba, sería pasado por las armas, previo consejo de guerra verbal sobre el tambor. El que derramase una gota de sangre fuera del campo de batalla, sería castigado con la pena del talión. Todo insulto contra los habitantes del país,

Soldán : « Hist. del Perú Independiente », pág. 72, da á Quimper 800 hombres, que reunidos á las divisiones españolas inmediatas, sumaban como 2,000 hombres, fuerza más que suficiente para hostilizar con ventaja el desembarco.

(18) El coronel Manuel Quimper, es autor de un libro tan raro como singular en que relata en malos versos sus campañas. Su título es : « Laicas vivacidades de Quimper. Antorcha Peruana, Acontecimientos del Perú en civiles guerras, promovidas por el Reyno de Buenos Ayres, desde el año de 1809 hasta el de 1818 ». *Madrid*, 1821. Por vía de apéndice trae cinco oficios del mismo Quimper, que se publicaron en la « Gaceta » de Lima, reducidos, en medio de su difusa palabrería, á dar cuenta de su precipitada fuga, huyendo de « sus sospechas », según él mismo lo confiesa : « Aun no había dado descanso á la tropa y que tomase algún ali- » mento, cuando se sintieron toques de caja y varios cohetes con direc- » ción á nuestro cuartel; y temeroso de que el enemigo encontrando el » pueblo desierto y con noticia de mi paradero podría acaso después de » un pequeño descanso continuar su marcha con el objeto de sorpren- » derme, al momento me puse en marcha para Changos que está dis- » tante tres millas, para precavernos y ponerme á cubierto de mis sos- » pechas, con un enemigo que es para mí irresistible ». Op. cit. pág. 124.

fuesen americanos ó europeos, ó exceso contra la moral pública y sus costumbres, sería castigado hasta con la pérdida de la vida. « Acordaos, decía á sus soldados al terminar su » severo bando, que toda la América os contempla, y que sus » grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, » el coraje y el honor que os han distinguido siempre, donde » quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio » (19).

Como la invasión coincidiese con la proclamación de la constitución liberal de España y su jura en el Perú, el libertador aprovechaba la ocasión para definir netamente el carácter político de la lucha, proclamando la abolición definitiva del sistema colonial. « La nación española, decía á los perua- » nos, ha recibido al fin el impulso irresistible de las luces del » siglo, ha conocido que sus leyes eran insuficientes para hacer- » la feliz. Los españoles han apelado al último argumento para » demostrar sus derechos. La revolución de España es de la » misma naturaleza que la nuestra : ambas tienen la libertad » por objeto, y la opresión por causa. Pero la América no » puede contemplar la constitución española, sino como un » medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial, » que es imposible conservar por más tiempo por la fuerza. » Ningún beneficio podemos esperar de un código formado á » dos mil leguas de distancia sin la intervención de nuestros » representantes. *El último virrey del Perú* hace esfuerzos » por prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la » opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo á poner » término á esa época de dolor y humillación. Este es el voto » del Ejército Libertador, ansioso de sellar con su sangre la » libertad del nuevo mundo » (20).

---

(19) Proclama de San Martín en Pisco de 8 de setiembre de 1820. Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 65-66.

(20) Proclama de San Martín en Pisco « Á los habitantes del Perú », de 8 de setiembre de 1820. Véase Odriosola : « Documentos históricos del Perú, t. IV, págs. 32-34

Mientras tanto, el ejército invasor se establecía sólidamente en el territorio ocupado; se proveía abundantemente con los recursos de la comarca; montaba su caballería; remontaba su infantería con 600 esclavos de las haciendas declarando libres á los que tomasen las armas, y preparaba una expedición que fuese á llevar la insurrección al interior del país, haciendo una poderosa diversión á la vez que contorneaba las provincias limítrofes de Lima, para darse la mano con el grueso de las fuerzas invasoras que atacarían por el norte, con el litoral por base de operaciones (21).

VI

Cuéntase por tradición, que al saber Pezuela el desembarco de Pisco, exclamó jocosamente : « Á cada puerco le llega su San Martín ». Según un testigo presencial, que llevaba un diario de las novedades de Lima, muy distinta fué la impresión que experimentó en medio de los cuidados que lo asediaban. No era el menor de ellos el restablecimiento de la constitución de 1812, que contrariando sus opiniones, fomentaba en su ejército una fuerte oposición liberal que le era hostil, según se explicó antes. (Véase cap. XXV, § VIII). Preparábase, empero, á hacerla jurar en la capital, aunque de mala gana, en obediencia de las órdenes de su gobierno, cuando en medio de músicas y festejos, recibió el primer anuncio de la invasión (11 de setiembre). « El enemigo » se halla al frente, dijo arengando al pueblo desde su balcón, » y así, mejor será estar atento para derrotarlo, y después

(21) Carta de San Martín á O'Higgins de 14 octubre de 1820, inserta en la « Gac. Ext. de B. A. » de 26 de noviembre del mismo año : « Con » 600 negros he aumentado el ejército y pienso aumentarlo con 500 más: » todos estos negros están ya foaueados, y en estado de poder ba» tirse ».

» alegrarse ». Los patriotas al oir estas palabras, experimentaron grande alegría, mientras que los realistas se retiraron desalentados y llenos de tristeza (22).

Atribulado el virrey, sin acertar á combinar un plan de ataque ni de defensa, limitóse á reforzar á Quimper con un escuadrón de milicias, y á situar en Cañete y Lurní, entre Lima y Pisco, una vanguardia de caballería al mando del teniente coronel Andrés García Camba. Estas fuerzas que reunidas alcanzaban al número de 2,000 hombres, permanecieron en inacción, sin recibir ningún impulso. Su ánimo era combatir la invasión por medio de la diplomacia, en la impotencia reconocida por todos sus subordinados, de rechazarla militarmente, dada la superioridad marítima de los independientes y el estado de desmoralización del ejército y de la opinión general. Sus instrucciones reservadas, le prevenían : « invitar á los disidentes á una transacción racional sobre la » base de la jura de la constitución de la monarquía española » y sometimiento á su gobierno supremo, y caso de no ave» nirse, procurar una suspensión de armas, mientras los di» putados americanos se dirigiesen á España á exponer sus » quejas ante el soberano, ó bien á la espera de los que éste » enviase á América para arreglar las diferencias pen» dientes ». Preparábase en consecuencia á enviar una misión á Chile con estas proposiciones, cuando recibió el aviso de que su territorio había sido invadido por los disidentes. Variando entonces de plan, se dirigió directamente á San Martín, brindando la paz, á la vez que á las Provincias del Río de la Plata por intermedio del general del Alto Perú (23).

---

(22) « Diario de las cosas acaecidas en Lima con motivo de la llegada del Ejército de la Patria al mando del General San Martín, por R. M. » Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 67.

(23) Ofi. reservado del virrey Pezuela al general del Alto Perú, Juan Ramírez, de 5 de octubre de 1820. (Arch. de San Martín : « Correspondencia interceptada », vol. XXXV, núm. 5. M. S.)

En las instrucciones del general del Alto Perú para tratar con las Provincias del Río de la Plata, se prevenía : 1.° Convidarlas á adoptar la constitución española, enviando sus diputados á las Cortes, para elevar el nuevo sistema político en ambos mundos al mayor grado de felicidad y gloria. 2.° Proponer ante todo un armisticio durante las negociaciones, señalando límites militares, con la condición de previa y recíproca notificación para volver á romper las hostilidades. 3.° Caso de no entenderse sobre estas bases, ofrecer dejarlas en posesión del mando político que retenían, aunque fuese por tiempo indeterminado, con promesa de reconocer la legitimidad de las deudas que hubiesen contraído como disidentes, á pagar con sus rentas sobrantes. 4.° De no convenirse en estos términos, se prometería enviar comisionados especiales cerca de ellas, á fin de oir sus quejas en todas las ramas de la administración y formar un arreglo provisional de comercio, bajo el subentendido de una suspensión de hostilidades *entre ambos gobierno* (*sic*). 5.° Llegado el caso de ajustar un convenio con las *Provincias Unidas* (*sic*) bajo cualquiera de las bases indicadas, y si opusiesen algún estorbo los muchos extranjeros enlazados y avecindados en ellas, se les aseguraría el goce de sus propiedades, ofreciéndoles indemnizaciones según las circunstancias (24). Esto importaba reconocer no sólo beligerantes á los disidentes, sino también la legitimidad de la revolución de las colonias, aceptando indefinidamente su independencia de hecho aunque sin declararla de derecho, punto capital sobre que versaba la cuestión que las armas no habían resuelto aún.

---

(24) « Instrucciones á que deberán arreglarse los señores comisionados nombrados en cumplimiento de la Real Orden reservada en 11 de abril de este año, para tratar con las Provincias del Río de la Plata, sobre un avenimiento en que se ajusten, ó la pacificación definitiva de ellas ó una suspensión de hostilidades en los términos que manifiestan los artículos siguientes ». Lima, 5 de octubre de 1820. — Firmado : *Pezuela.* (Arch. San Martín, vol. XXXV, núm. 5. M. S. aut.)

En este mismo espíritu estaban concebidas las instrucciones dadas á los comisionados que debían tratar con San Martín, quien en su carácter de general de las tropas argentinas y chilenas, ofrecía la ventaja de poder entenderse con ambos países beligerantes. En su oficio de abertura decíale el virrey: « Esta larga guerra hasta el día no ha producido otros frutos » que muertes, miserias y ruina; y el estado actual de las » cosas tampoco los ofrece menos amargos, ni más sazona- » dos. Las condiciones y planes llenarán los deseos de V. E., » por lo que me persuado, labren en su espíritu aquella noble » impresión que sienten las almas grandes cuando la suerte » las destina á ser instrumentos de la felicidad general » (25). El generalísimo contestó: « Deseoso de prestarme á todo » lo que conduzca á la conclusión de la guerra, convengo en » escuchar las proposiciones de V. E., siempre que no contra- » digan á los principios que los gobiernos libres de América » se han propuesto por regla invariable » (26). Esto era establecer la condición *sine qua non* de la independencia, que el gobierno de España procuraba eludir por aplazamiento indefinido.

San Martín nombró por su parte, para tratar, á Guido y á García del Río, y el virrey al conde Villar de Fuente y al teniente de navío Dionisio Capaz, que tan desgraciado papel

---

(25) El ofi. de abertura de paz á San Martín, lleva la fha. de 11 de setiembre de 1820, el mismo día en que se recibió la noticia del desembarco de Pisco, en Lima.

(26) Ofi. de San Martín al virrey del Perú de 16 de setiembre de 1820. Tanto sobre el anterior como sobre este documento y sobre las negociaciones de Miraflores, véase « Manifiesto (*de los comisionados españoles*) de » las sesiones tenidas en el pueblo de Miraflores para las transacciones » intentadas con el general San Martín y documentos presentados por » parte de los comisionados en ellos ». *Lima*, 1820. — La serie de docs. de estas negociaciones que trae Odriazala: « Doc. hist. del Perú », t. IV, pág. 43, es incompleta, así como los que se publicaron en los periódicos de la época, y ningún historiador los ha adelantado con los documentos inéditos que se extractan en el texto. (Véase Apéndice. núm. 28.)

había representado en la pérdida de la *María Isabel.* Reunidos los comisionados en el pueblecito de Miraflores á once kilómetros de Lima, procedieron á ajustar un armisticio de hecho, y abrieron con franqueza sus conferencias.

Los comisionados del virrey propusieron como base de arreglo, la aceptación de la constitución española y el envío de diputados americanos á las Cortes. Esta proposición estaba rechazada de antemano por la proclama de San Martín al definir el carácter político de la lucha por la emancipación sudamericana, y por la restricción de no oir ni pactar nada contrario á los principios que servían de regla á los pueblos independientes de América. Ante la negativa, los diputados del virrey, indicaron: que el ejército invasor se reembarcase y se restituyera á Chile, bajo la garantía de suspensión de toda empresa marítima y devolución de presas, con la restricción recíproca de no aumentar las respectivas fuerzas navales y terrestres, y condición de reponer al estado anterior á la guerra el comercio entre Chile y Lima, siguiendo Chile en el *estado político* en que se hallaba, toda vez que se prestase á enviar diputados á España para pedir lo que creyera conveniente.

Los emisarios de San Martín aceptaron la fórmula, modificándola fundamentalmente, y presentaron una verdadera contraproposición Con el compromiso de nombrarse amigablemente una comisión conciliadora y enviar diputados á España, el ejército chileno-argentino evacuaría el Perú y se trasladaría á la margen izquierda del Desaguadero, ocupando las provincias de Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz: el ejército real del Alto Perú se replegaría de la mencionada línea divisoria durante el armisticio: las tropas españolas que mantenían la guerra en el sud de Chile lo verificarían á la isla Chiloe, de manera de establecer los límites jurisdiccionales de 1810: el virrey del Perú no podría auxiliar á las tropas reales que ocupaban á Quito, si Bolívar hubiese

abierto en Colombia iguales transacciones con Morillo (27). De este modo quedaban comprendidas y garantidas todas las repúblicas americanas que habían declarado su independencia y se restablecían los límites jurisdiccionales de 1810. — No pudiendo entenderse sobre estas bases contradictorias, los comisionados cerraron sus conferencias de común acuerdo (octubre 1.°)

VII

En el curso de las negociaciones, los comisionados de San Martín, al sostener que la independencia americana era lo único que podía conciliar los intereses de ambos hemisferios, insinuaron : « Acaso no sería difícil hallar un medio de ave-» nimiento amistoso, en que pudieran detenerse ambas » partes, y que los uniese, consolidando la paz y felicidad de todos » (28). En una entrevista privada que tuvieron con el virrey, ampliaron este concepto enigmático : el medio, era el establecimiento de una monarquía hispano-americana, que sea como ardid diplomático ó como la iniciación de un plan premeditado, esta iniciativa quedó desde entonces flotando en el misterio, como fórmula de la indefinida política libertadora. Más adelante la veremos reaparecer públicamente.

El virrey Pezuela, al dar cuenta de los incidentes de la negociación Miraflores, decía en nota reservada : « Traté de » ponerme en comunicación con el general San Martín para » arribar á una transacción final ó al menos á una suspensión

(27) « Manifiesto » etc. de Miraflores : doc. núm. 22.
(28) « Manifiesto » etc. de Miraflores, cit. : doc. núm. 20.

» de hostilidades. No ha sido posible conseguirlo, porque no » queriendo admitirse por la parte contraria otra base que la » independencia política del Perú, ni mi honor ni mis facul- » tades me autorizaban para entrar en un convenio que la » supusiese. El medio que los diputados de San Martín indi- » caron, diciendo, que *no sería difícil encontrar en los » principios de equidad y justicia*, la coronación en Amé- » rica de un príncipe de la casa reinante de España, tam- » bién me fué preciso desecharlo por lo que á mí toca, y » reservar su examen al gobierno supremo de la nación. Mis » propuestas para llegar á una conciliación, fueron las más » liberales, y llegué á hacer reservadamente la de recono- » cer á San Martín en su rango de general y á todos los » jefes y oficiales en sus respectivas clases, así como desar- » mar mi ejército, si él hacia lo mismo con el suyo » (29). Y en un memorándum secreto adjunto á su nota, decía respecto de la doble evacuación de los territorios del Alto y Bajo Perú por los beligerantes: « El arbitrio de ceder al » general San Martín las provincias del Alto Perú correspon- » dientes al virreinato de Buenos Aires, por tal de que retire » sus fuerzas de mar y tierra del territorio de Pisco, ofrece » tal cúmulo de dificultades y su ejecución produciría infali- » blemente tan funestas consecuencias, que sería lo mismo » que poner á disposición de los independientes el resultado. » La experiencia y la observación de la marcha constante de » los disidentes, deben hacernos sentar como un axioma, » que colocados en una posición ventajosa, jamás dejarán las » armas de la mano hasta que no logren generalizar su » sistema en toda la América, y nunca firmarán una paz

(29) San Martín niega este último hecho en un Manifiesto que se citará más adelante, contestando á otro manifiesto público del virrey. La nota de éste que se extracta en el texto, explica que la proposición fué reservada, como la de la monarquía.

» duradera mientras exista en ella una autoridad dependiente » de la monarquía española » (30).

Rotas las negociaciones, el armisticio fué denunciado en términos caballerescos, propios de la raza española. El general americano dijo : « Si se ha de hacer la guerra, y cabe en » esto alguna satisfacción, será ciertamente con V. cuya opi- » nión me inspira la confianza de que disminuirá por su parte » las desgracias de esa fatalidad, asegurándole que por la mía » nada excusaré al mismo fin ». El general español contestó : « Haré la guerra con todos los lenitivos que demanda la huma- » nidad, porque así lo quiere mi carácter, y así lo manda » también el monarca cuyas paternales aspiraciones se han » desatendido ».

Los comisionados españoles y el virrey en sus manifestaciones públicas, pretendieron cargar sobre San Martín la responsabilidad del malogro de la negociación, atribuyéndolo á « injusta pertinacia ». El general contestó con elevación en un documento clásico, que puso de su parte la razón aumentando su prestigio como libertador, fenómeno singular después de una iniciativa de transacción, en que se había renunciado hasta la lucha en homenaje de la paz. « He dado á mi » ejército, dijo, las órdenes que está acostumbrado á cumplir » y he abierto la campaña sin temor, aunque con grande sen- » timiento. Los males de la guerra han afligido siempre mi » corazón, porque no busco la victoria para satisfacer miras » privadas, sino para establecer la independencia de mi » patria y cumplir los deberes que el destino y la naturaleza » me han impuesto. Es llegado el momento en que yo » despliegue todos los recursos que penden de mi arbitrio; he » pagado el tributo que debo como hombre público á la opinión

(30) Nota reservada del virrey Pezuela al conde de Casa Flores y memorándum secreto adjunto de 30 de noviembre de 1820. (Arch. San Martín, vol. XXXV, núm. 6). M. SS. aut.

» de los demás : he hecho ver cuál es mi objeto y mi misión » cerca de vosotros : vengo á llenar las esperanzas de todos » los que desean pertenecer á la tierra en que nacieron, y ser » gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pro- » nuncie libremente su voluntad sobre la forma de las insti- » tuciones que deben regirlo, cualesquiera que ellas sean, » cesarán de hecho mis funciones, y yo tendré la gloria de » anunciar al gobierno de Chile, de que dependo, que sus » heroicos esfuerzos al fin han recibido por recompensa, el » placer de dar la libertad al Perú y la seguridad á los estados » vecinos. Mi ejército saludará entonces á una gran parte del » Continente Americano, cuyos derechos ha restablecido al » precio de su sangre, y á mí me quedará la satisfacción de » haber participado de sus fatigas, y sus ardientes votos por » la independencia del Nuevo Mundo » (31).

El mismo día en que se denunciaba el armisticio (5 de octubre), penetraba sigilosamente á la sierra una división de las tres armas, al mando del general Arenales. Su objeto queda ya indicado. Á su tiempo la seguiremos en su atrevida y bien combinada marcha. El generalísimo, con las tres cuartas partes restantes del ejército — como 3,500 hombres, — hizo alarde de invadir el valle de Cañete, maniobrando de modo de paralizar la vanguardia que cubría á Lima á fin de cubrir el movimiento de Arenales, de que el enemigo no tuvo conocimiento sino muy tarde (32). Á los cuarenta y cinco días de haber tomado tierra en Pisco, comenzó el reembarco, dirigiéndose el convoy al norte, para llamar la atención en rumbo opuesto al que seguía Arenales, pero en realidad buscando en su punto estratégico la reunión de las fuerzas

---

(31) « Manifiesto (de San Martín) á los pueblos del Perú sobre el resul- » tado de las negociaciones á que fué invitado por el virrey de Lima ». Pisco, 13 de octubre de 1813.

(32) Camba : « Memorias ». etc., t. I, págs. 340-341.

terrestres y marítimas. En la víspera del embarque (24 de octubre) el libertador, como símbolo de independencia y garantía de que no dejaría las armas de la mano hasta alcanzarla, decretó la bandera de la nueva nación del Perú y su escudo nacional disponiendo que la primera fuese blanca y encarnada, y el segundo, un sol naciente por encima de montañas escarpadas con un mar tranquilo á su pie.

Cochrane en sus Memorias, critica el desembarco y la permanencia de cuarenta y cinco días en Pisco, que según él, fueron estériles ó perjudiciales. Los escasos y apenas indispensables elementos de que disponía San Martín, para hacer frente á doble número de fuerzas por cualquier punto que atacase, y el desarrollo metódico de un plan complicado, en que intervenía más que la fuerza, la estrategia, en líneas prolongadas, y la astucia que obraba secretamente, requerían como se ha dicho, paciencia, tiempo y espacio dilatado. Si á esto se agregan las exigencias políticas que le aconsejaron oir las proposiciones de paz, para acreditar moderación y poner la razón y la opinión del país invadido de su parte, y las hábiles maniobras con que cubrió el movimiento de la columna de Arenales al interior de la sierra, haciéndole ganar á ésta quince días que decidieron del éxito de esta arriesgada operación, no puede decirse que esos cuarenta y cinco días fuesen mal empleados. El enemigo, juez más competente de los efectos del desembarco y de la permanencia en Pisco, ha reconocido que allí comenzó el desmoronamiento del poder militar del Perú, según testimonio de sus más caracterizados representantes. El jefe de estado mayor de la vanguardia realista, que permanecía en observación de los movimientos del ejército invasor, ha dicho : « San Martín ocupó sin oposi-
» ción la villa de Pisco y los valles inmediatos desde Chincha
» á la Nasca : se proveyó de cuanto producía el país : montó su
» caballería : aumentó sus filas con los negros de las haciendas
» declarando libres á los que tomaban las armas : sublevó con

» facilidad los pueblos invadidos : destrozó al coronel Quim-» per : é internó á la sierra á Arenales, menoscabando » visiblemente con tan rápidos progresos el crédito del podér » legítimo » (33). Respecto de los trabajos del general invasor durante las negociaciones de Miraflores, agrega el mismo : « San Martín utilizó todo el tiempo empleado en estas infruc-» tuosas negociaciones para extender la seducción en el país » y combinar el plan de operaciones que diera á la revolución » el impulso que se proponía » (34). Por último, el mismo virrey del Perú, que veía preparar la invasión y sentía estremecerse el suelo que pisaba, sin acertar á contrarrestarla con dobles y triples fuerzas, ni á establecer las contra-minas, reconocía que el plan de operaciones de San Martín lo anonadaba, destemplando su poder : « Son muchos los peligros que me » rodean. El tal San Martín, sin comprometer una acción » formal, ha adoptado el plan más conveniente sin duda para » sus fines. La seducción se va prolongando rápidamente, y el » desfallecimiento de los pocos buenos deja reducida la causa » de la nación á un corto número de defensores. Para desen-» redarme de esta situación en que nada se avanza, y se » consume mucho, necesito reunir más fuerzas que las que » cuento en el día á mi inmediación » (35). Cuando esto escribía el virrey, tenía como 7,500 hombres en solo Lima (36) y dos tantos más en Guayaquil, la Sierra y el Alto Perú, mientras San Martín desprendía por su espalda una

(33) Camba : « Memorias », etc., t. II, pág. 336.

(34) Carta confidencial del virrey Pezuela al conde de Casa Flores, ministro español en el Brasil, de 10 de diciembre de 1820. (Arch. San Martín, vol. 35, núm. 5). M. S. aut.

(35) Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 72.

(36) « Manifiesto » de Pezuela, cit., págs. 17, 8 y 9. En este número no se comprendían, según el mismo virrey, 400 hombres de guarnición en la capital, 150 en Cañete y 296 en la costa de Chancay, que dan un total de 8,661 hombres, ó sea más del doble del ejército invasor, según confesión del mismo virrey, que exhiben los estados y presupuestos.

columna volante de 1,200 hombres, cubriendo su movimiento con hábiles maniobras, y se preparaba á atacarlo en el centro de su poder con menos de 3,500. En presencia de estos testimonios y estos resultados, hay que reconocer, que las operaciones preliminares de San Martín al abrir su campaña del Perú, fueron hábiles y acertadas, según confesión de los mismos enemigos á quienes con tan escasos medios reducía á la impotencia, por su actividad, su estrategia y su astucia.

Los primeros lineamientos del plan de campaña de San Martín, empezaban á diseñarse. En el tablero del teatro de la guerra, estaban dispuestas las piezas, de modo de jugar metódicamente la gran partida para dar el jaque mate al poder colonial en Lima.

CAPÍTULO XXVII

LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(*Apertura de la campaña sobre Lima*)

AÑOS 1820-1821

Doble campaña militar y política. — La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao. — Ostentación de fuerzas de San Martín. — Bloqueo de las costas del Perú. — Amago de desembarco en Ancón. — Combate de «Casa Blanca.» — Desembarco del ejército expedicionario en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Concierto entre San Martín y Bolívar. — Toma de la fragata *Esmeralda* por Cochrane. — San Martín ocupa la línea de Huaura. — Combate de Chancay. — Pringles. — El batallón «Numancia» se pasa á los independientes. — Apurada situación de los realistas. — El norte del Perú.— Pronunciamiento de Trujillo y Piura. — Avance de San Martín sobre Retes. — Plan de ataque de los españoles. — Repliegue de San Martín. — Organización de guerrillas patriotas. — La división de la sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa. — Reglamento provisional de Huaura. — Tres meses de campaña.

I

El generalísimo de la expedición libertadora del Perú, llevaba de frente dos campañas: una militar, cuyo plan guardaba en su cabeza: otra política, cuyos hilos secretos él solo manejaba. La primera describía un círculo, que trazaban á lo largo de las costas marítimas las quillas de Cochrane, y en las fragosidades de la sierra, los pies ligeros de la

columna volante de Arenales. Este círculo, abierto en Pisco, debía cerrarse al norte del Perú, estrechando á Lima.

La segunda era más complicada. Tenía por base poner en actividad las fuerzas morales de la opinión, fomentando la insurrección del país, sin lo cual la empresa era imposible, dada la desproporción respectiva de las fuerzas militares. Desde su cuartel general de Pisco inició sus trabajos en este sentido. Durante las negociaciones de Miraflores, y después de despachar la expedición de Arenales, ocupóse en levantar el espíritu cívico de los naturales, promover la defección en las filas enemigas, concertar un plan para apoderarse de las fortificaciones del Callao, preparar el levantamiento del norte del Perú á la vez que el del interior por la parte de la montaña, y dar organización é instrucciones á sus agentes secretos en Lima para asegurarse elementos de movilidad y subsistencia en el punto por donde meditaba abrir su campaña militar (1). « No se ha perdido el tiempo que hemos estado » en Pisco, escribía á O'Higgins, al reembarcarse. Mis relaciones con Lima las he asegurado en términos que el día » menos pensado pueden darle un mal rato al enemigo. Si no » tenemos algún contraste que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos recompensados nuestros trabajos con la libertad del Perú » (2).

El 24 comenzó el reembarco y el 25 quedó terminado. La expedición tomó el rumbo del noroeste. Á los tres días de navegación, con vientos propicios y calmas tropicales, avis-

(1) Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 74, 102, 104 y 121. — Vicuña Mackenna : « La defección del Numancia en 1820 ». Artículo publicado en el « Mercurio » de Valparaíso de 9 de agosto de 1881.

(2) Carta de San Martín á O'Higgins de octubre 25 de 1820. Véase « El general San Martín », por Vicuña Mackenna, pág. 31. — La carta de Pezuela, extractada en la nota del cap. XXVI, confirma todo lo dicho en el texto, así como lo aseverado por Paz Soldán y Vicuña Mackenna, con exhibición de documentos comprobantes.

tóse la isla de San Lorenzo (29 de octubre). El general quiso hacer una ostentación de fuerzas que hiriese la imaginación del pueblo limeño, tan propenso á espectáculos teatrales. Dispuso que una parte de las tropas se trasladase á los transportes desocupados por la división de Arenales, vistiendo diversos uniformes. La escuadra penetró á la bahía del Callao, desplegando en primera línea fuera del tiro de cañón ocho buques de guerra en actitud de combate, y en segunda línea, diecisiete transportes cuajados de soldados. Como el terreno en el espacio de quince kilómetros desciende gradualmente en plano inclinado desde el pie de las montañas que forman el fondo del escenario, divisábanse distintamente desde el surgidero las torres y las murallas de la ciudad, con sus alturas coronadas de espectadores. En el intervalo se desarrollaba en línea recta el camino carril que une el puerto á la ciudad, con su magnífica alameda que remata en la portada principal de las fortificaciones y sus pintorescas casas de campo desparramadas en el ameno valle regado por el Rimac. Al pie de este anfiteatro, veíase la población del Callao, dominada por los altos muros del castillo del « Real Felipe », con sus inmensos torreones, flanqueado por los dos castillos laterales de « San Miguel » y « San Rafael » erizados de cañones ; y apiñados bajo los fuegos de las baterías á flor de agua que se extendían á lo largo de la ribera, los buques españoles de guerra y mercantes con una línea de cañoneras á vanguardia, protegida por defensas flotantes. Como lo dice un testigo presencial de esta animada escena : « La expedi-» ción libertadora y la capital del Perú, estaban en mutua » exhibición » (3).

Una parte de la escuadra permaneció bloqueando el Callao, y el resto de ella con el convoy se dirigió á la bahía de An-

(3) « Espejo : « Apuntes históricos », en la « Revista de B. Aires », t. XIV, pág. 554.

cón, treinta y seis kilómetros al norte de Lima (30 de octubre). Un destacamento de 200 hombres de infantería y 40 cazadores á caballo mandados por el capitán Federico Brandzen, fué echado á tierra, bajo la dirección del mayor Andrés Reyes (peruano), con el objeto de ocupar la inmediata villa de Chancay, y proporcionarse cabalgaduras y subsistencias para el ejército en los próximos valles de Chancay y de Sayán, de acuerdo con los agentes secretos de la comarca de antemano prevenidos.

El ejército realista, que reforzado con una división traída del Alto Perú, se había reconcentrado en el campamento de Asnapuquio, á diez kilómetros de Lima, desprendió sobre Chancay una columna compuesta de cuatro compañías del batallón Numancia, los escuadrones Dragones de la Unión y Dragones del Perú, sumando un total de 600 hombres, al cargo del afamado coronel Jerónimo Valdez. El mayor Reyes apercibido, evacuó la posición y emprendió su retirada á lo largo de la costa, poniendo en salvo los ganados recolectados. El camino que seguían los independientes es en parte montuoso, y al desembocar á la planicie del norte se encuentra á la altura de la hacienda de « Casa Blanca », una estrechura, á la sazón cerrada por altas tapias, que sólo permite pasar doce caballos de frente. Brandzen, que con el teniente Paulino Rojas y sus 40 jinetes sostenía la retirada, aprovechándose de este accidente del terreno, supo igualar la desproporción de las fuerzas con la táctica y el arrojo. Al ver comprometerse al enemigo en el desfiladero, cargó con ímpetu sable en mano, derrotó á los Dragones de la Unión, que ocupaban la cabeza, y envolvió á los Dragones del Perú que seguían, hasta obligarlos á refugiarse en precipitada fuga bajo los fuegos de su infantería parapetada por las tapias, dejando en su trayecto cinco prisioneros heridos y tres muertos, entre éstos el comandante de la caballería española Vermejo. que Brandzen mató de un pistoletazo (8 de noviembre). El

destacamento independiente, pudo así continuar su retirada con todos sus ganados, sin que el enemigo se atreviera otra vez á medirse con él, á pesar de su superioridad numérica (1).

En el intervalo habían ocurrido dos acontecimientos importantes y que aseguraban la preponderancia terrestre y marítima de los independientes : — Guayaquil se había pronunciado por la revolución, y el almirante Cochrane habíase apoderado á viva fuerza en el puerto del Callao de la fragata *Esmeralda*.

II

La provincia de Guayaquil, dependencia en un tiempo del Perú, era en la época á que hemos llegado, parte integrante de la capitanía general de Quito, que correspondía al virreinato de Santa Fe ó la Nueva Granada. Empero, por su posición geográfica y por las exigencias de la guerra, estaba subordinado en lo militar y accidentalmente en lo político, al virrey del Perú. Era el arsenal y el único astillero de la España en el Pacífico, y bloqueado el Callao, el último refugio de sus naves dispersadas en aquel mar por el almirante Cochrane. Colindante con el Perú por el norte, estaba incluido en el plan de defensa de sus costas, contra las agresiones

(1) « Boletín del Ejército Unido Libertador del Perú », núm. 5. (Este boletín empezó á publicarse en Pisco por la imprenta del Ejército expedicionario). García Camba, historiador español de esta campaña y testigo presencial, que mandaba en este combate los Dragones del Perú, confirma los detalles dados en el texto, y hace como leal enemigo el debido honor al « denuedo del arrojado y entendido Brandzen », según sus propias palabras. Véase « Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú », t. I, pág. 350-351 y Torrente : « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, pág. 44.

terrestres y marítimas de los independientes, y Pezuela se había desprendido de uno de los gruesos batallones de su ejército para asegurarlo. Por lo tanto, su posesión era de una importancia capital para la España colonial.

Quito, fué una de las colonias hispano-americanas donde se hicieron sentir en 1809 los primeros estremecimientos revolucionarios con tendencias de independencia y propósitos orgánicos; pero la provincia de Guayaquil, inmediatamente dominada por el Perú, había permanecido en quietud hasta 1820. El único síntoma que revelara en sus habitantes un fermento de espíritu público, fué anticiparse á proclamar la constitución española aun antes de recibir órdenes del virrey Pezuela. La reconquista de la Nueva Granada en 1819 y el sucesivo avance de las tropas de Bolívar hacia el sud, aproximándose á las costas del mar del sud (abril 1820), á que se siguió casi inmediatamente la invasión del Perú por San Martín (setiembre 1820), precedida del dominio del Pacífico por Cochrane, aislaron militarmente el territorio quiteño.

Por este tiempo gobernaba la Audiencia de Quito el mariscal de campo Melchor Aymerich, militar de alguna reputación, en calidad de presidente y capitán general, apoyado por un ejército como de 5,000 hombres, incluso una gruesa división de los derrotados en Boyacá que lo cubría por el norte, y de la guarnición de Guayaquil. Ésta constaba de 1,500 hombres en su mayor parte veteranos, y siete lanchas cañoneras para la defensa del puerto con 350 tripulantes (5). Al anuncio del desembarco de San Martín en Pisco, estalló el 9 de octubre la revolución de Guayaquil, encabezada por una

---

(5) Esta es la fuerza que dan todos los historiadores, así españoles como americanos. Torrente dice: « 1,500 hombres de que se componía » su guarnición, los que tomando la divisa contraria, equivalían á una » fuerza activa de 3,000 ». Hist. de la Revol. Hisp. Amer., t. III, pág. 37. — Cevallos, en su « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 224-25, detalla los cuerpos.

parte de la guarnición y sostenida por el pueblo, triunfando instantáneamente sin oposición (6). Toda la provincia se uniformó con el movimiento, declaró su independencia, formó una junta de gobierno de que fué nombrado presidente el inspirado poeta José Joaquín Olmedo, y organizó un ejército para sostener su actitud. Los revolucionarios se pusieron bajo la protección de las armas de San Martín y de Bolívar. Guayaquil independiente se convertiría de este modo en una manzana de discordia entre los dos libertadores.

Mientras tanto, la revolución sud-americana se dilataba y el terreno de la resistencia colonial se circunscribía. La guerra quedaba reducida á tres puntos : —Venezuela, donde Morillo luchaba sin esperanzas con los últimos restos de su gran ejército casi destrozado : —el Perú, donde Pezuela se sostenía con el último ejército realista encerrado dentro de sus montañas : — Quito aislado, entregado á sus solos recursos, estaba amenazado por dos ejércitos poderosos. El plan ideado por San Martín en 1814, daba sus resultados. Los dos libertadores del sud y del norte convergían hacia el centro. Ya no era solamente el instinto de la primera impulsión el que los guiaba : un concierto habíase establecido entre ambos, y sus marchas estaban trazadas en el mapa de la América independiente con rumbos seguros. En Quito operarían su conjunción, buscándose de mar á mar y de un extremo á otro del continente. El libertador de Colombia, después de atravesar los Andes ecuatoriales y triunfar en Boyacá, había escrito al director de Chile, tres meses antes de la expedición del Perú : « Un ejército de Colombia marcha contra Quito, con órde-

(6) Restreppo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 90, dice: « Otra de las consecuencias de la expedición de San Martín, fué la » sublevación de Guayaquil en el antiguo reino de Quito. Apenas habían » llegado á Guayaquil las primeras noticias de haber desembarcado la » expedición libertadora en el Perú, cuando el espíritu de independencia » comenzó á conmover los ánimos de los moradores ».

» nes de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y » Buenos Aires contra Lima » (7). Un mes después de verificada la expedición, decía en su nombre su ministro de Guerra : « Se acerca el día de la independencia del sud de América. El » Perú va á recibir la libertad por las armas de Chile y de » Buenos Aires. Las armas de Colombia cumplirán sus debe- » res libertando á Quito, y satisfarán sus votos empleándose » luego en favor de los Hijos del Sol » (8). San Martín contestaba á su vez desde su campamento de Huaura al gobierno de Colombia : « Convencido de los mismos principios de la » república de Colombia, la expedición del Perú, ha sido el » gran pensamiento que me ha ocupado desde que tuve el » honor de recibir al pie de los Andes el primer homenaje que » la fortuna rindió al valor de mis soldados; pero aun cuando » ella sea tan constante como los que me acompañan, yo » habría tenido igual complacencia en saludar triunfante, al » que me hubiese precedido en esta empresa, mucho más si » al renombre de *Libertador* de Venezuela, hubiese añadido » el que yo deseo merecer. Anhelo entablar las más estre- » chas relaciones, y dar á nuestros nativos recursos un » punto de contacto que aumente su poder por la unidad del » impulso que reciban, porque hallándose pendientes de am- » bos los grandes intereses que agitan la presente generación, » es un deber suplir por la combinación las medidas que re- » tardan inevitablemente tiempo y distancia » (9).

---

(7) Ofi. del presidente Bolívar al Director de Chile de 2 de mayo de 1820, publ. en la « Gaz. minist. extr. de Chile », núm. 35.

(8) Ofi. del general Sucre de 18 de octubre de 1820, refiriéndose á la nota de O'Higgins á Bolívar para concertar operaciones, de 7 de agosto de 1820. Véase « Doc. para la Hist. de la vida pública del Lib. de Colombia », t. VII, pág. 424.

(9) Ofi. de San Martín al vice-presidente de Cundinamarca, general Santander, de 25 de marzo de 1821. (« Docs. para la hist. del Libertador de Colombia », t. VII, pág. 569.)

III

El otro acontecimiento á que nos hemos referido, es una proeza fabulosa, ejecutada por el almirante Cochrane. Los mares ya no ofrecían campo á su actividad. Lo que constituía la fuerza de la escuadra española en el Pacífico estaba reducido á las fragatas *Prueba*, *Venganza* y *Esmeralda*. De éstas, las dos primeras, después de conducir de los puertos del sud una división del Alto Perú que reforzara el ejército de Lima, no pudieron volver á penetrar al Callao bloqueado por la escuadra chilena, y errantes por las costas del norte, se habían refugiado en Guayaquil, donde debían sucumbir al fin. La *Esmeralda* se encontraba á la sazón en el Callao, acompañada de otros buques menores. El almirante concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la escuadra enemiga dentro del mismo puerto, desafiando los fuegos de sus 250 piezas de mar y tierra. Dos objetos se proponía con esta empresa : concurrir eficientemente á las operaciones del ejército de tierra, movido por la emulación, y atraer á San Martín hacia Lima, comprometiéndolo en movimientos más atrevidos con arreglo á su primitivo plan. El generalísimo, á quien comunicó confidencialmente su idea, reservándose la iniciativa, la aceptó con entusiasmo (10).

---

(10) En el núm. 3 del « Boletín del Ejército Unido Libertador » de noviembre 6 de 1820, se lee : « El 30 (de noviembre) antes de separarse el » general en jefe y el vice-almirante de la escuadra, acordaron la ejecu- » ción de un proyecto memorable, capaz de sorprender á la misma intre- » pidez, y de eternizar por sí solo la historia de la expedición libertadora » del Perú ». — Cochrane en sus Memorias (pág. 167 y sig.) clasifica de « superchería » esta aserción, suponiendo que ella tenía por objeto « in- » culcar la idea de que el ejército de tierra era quien había capturado » la *Esmeralda*, como resultado de los planes de San Martín », y agrega:

Hemos descrito antes el puerto del Callao y sus fortificaciones (véase cap. XXII, § II), las que habían sido considerablemente aumentadas después de la segunda tentativa de Cochrane contra ellas. Bajo los fuegos fijantes y rasantes de los castillos y de las 200 piezas de las baterías de tierra estaba anclada la *Esmeralda*, con 44 cañones y 320 hombres de tripulación; y además, la corbeta *Sebastiana*, dos bergantines y dos goletas más con tres buques mercantes armados en guerra. Una doble línea semi-circular de veinte lanchas cañoneras, estaba establecida á vanguardia sobre la grande entrada del puerto. Á su frente se extendía una especie de estacada de maderos flotantes, cerrada por gruesas cadenas, que rodeaba todos los buques y que sólo tenía una angosta entrada por la parte del norte. Tal era la línea que el almirante se proponía forzar teniendo por principal objetivo la *Esmeralda*.

Al efecto hizo apronta 14 botes tripulados por 160 marineros y 80 soldados de marina. Á la invitación de que se presentasen voluntariamente los que quisieran acompañarle en la empresa, las tripulaciones de todos los buques del bloqueo se presentaron en masa. Fué necesario que él, usando de su autoridad, eligiese los hombres que necesitaba. Tres días consecutivos se emplearon en preparar la flotilla. En la noche del 4 distribuyóse una instrucción escrita en inglés y castellano, que fué leída en alta voz por el patrón de cada una de las embarcaciones, contestando á ella con *¡vivas!* y *¡hurras!* los

---

« Es un hecho evidente que yo, dudando de sus confidentes (los de San » Martín) había tenido que ocultar hasta la intención de dar tal ataque » He aquí la prueba de lo aseverado en el texto, en contradicción á la afirmación de Cochrane. El ataque tuvo lugar el 5 de noviembre, y el almirante, en vísperas de este día, escribió á San Martín: « He reconocido completamente la bahía del Callao. Todo está en el mejor estado. » Mañana daré el golpe. Después de mañana me pondré en compañía » de V. E. » (Ofi. de Cochrane á San Martín, de noviembre 3 de 1820. Arch. San Martín, vol. LXIV, núm. 2. M. S. autógrafo.)

soldados chilenos y los marineros ingleses que las tripulaban. « Los botes ó chalupas, — prevenía la instrucción, — avan-» zarán en dos líneas paralelas y separadas una de otra á dis-» tancia de tres botes. — Los oficiales y soldados deberán » llevar chaqueta blanca, é ir armados de pistolas, sables, » puñales ó picas. — Cada bote debe tener hachas afiladas » que los guardas cargarán á la cintura. — Tomándose pose-» sión de la fragata, los marinos chilenos no harán oir las » exclamaciones que tienen de costumbre, sino que para » engañar al enemigo deberán gritar: *¡ Viva el Rey !* — Si » el vestido blanco no bastase para distinguir á los asaltan-» tes por la oscuridad de la noche, las palabras de seña y » contraseña serán : *Gloria*, á que se responderá por » *Victoria* ». En la misma noche se ensayaron las maniobras que debían ejecutarse, reconcentrándose los expedicionarios al costado de la *O'Higgins*.

Amaneció el día 5 destinado para dar en la noche el atrevido golpe. Para burlar la vigilancia del enemigo, ordenóse que la *Lautaro*, la *Independencia* y la *Galvarino* saliesen mar afuera, quedando sólo la *O'Higgins* al frente del bloqueo. La capitana chilena, cubierta por la isla de San Lorenzo, ocultaba á su costado opuesto los botes prontos á la primera señal. En vista de estos movimientos, los españoles se preparaban á pasar tranquilamente la noche, festejando con un banquete, á bordo de la *Esmeralda*, la primera cesación del bloqueo, que ya daban por cosa hecha. El más absoluto silencio había sido recomendado en la escuadra chilena después de ponerse el sol, y al anochecer del mismo día, circulaba de mano en mano, en medio de un entusiasmo comprimido por la disciplina, una proclama del almirante : « ¡ Soldados y marineros ! Esta noche vamos á dar un golpe » mortal al enemigo. Mañana os presentaréis con orgullo » delante del Callao. Todos vuestros compañeros envidiarán » vuestra buena suerte. — Una hora de coraje y resolución

» es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Recordad » que habéis vencido en Valdivia, y no os atemoricéis de » los que huyeron de vuestra presencia. — El momento de » gloria se acerca. Espero que los marinos chilenos se batirán » como tienen de costumbre, y que los ingleses obrarán » como siempre lo han hecho en su país y fuera de él. »

Á las 10 de la noche, el heroico almirante, vestido con la chaqueta blanca del marinero, con una faja azul atada al brazo,—que era el distintivo de combate,—y un puñal y dos pistolas al cinto, con el machete de abordaje en la mano, bajaba á la lancha que debía ir á la cabeza de la expedición, rodeado de la admiración y el entusiasmo que su gallarda presencia despertaba en las horas de peligro. Á las 10 y media, los 14 botes emprendieron la marcha, formados en dos líneas paralelas, á la distancia prevenida en la instrucción. La primera línea era mandada por el capitán Crosbie. La segunda iba á órdenes del capitán Guise. Á la cabeza de ambas, marchaba el almirante Cochrane. La noche era sumamente oscura. Las embarcaciones se deslizaban como sombras por la superficie tranquila de las aguas. Ningún rumor se percibía. Los botes llevaban sus remos embozados de manera que no producían ningún sonido. Á poco andar, viéronse á corta distancia dos sombras inmóviles. Eran las fragatas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos la *Hiperion* y la *Macedonia*, que en calidad de neutrales ocupaban un puesto al exterior de la estacada flotante. Cochrane, haciendo dar un golpe al timón, dirigió la proa de su lancha hacia la popa de la *Macedonia*.

Los buques de los Estados Unidos que en aquella época visitaron la América del Sud, fueron mensajeros de amistad y de confraternidad, que bajo la bandera neutral estudiaban los hombres y las cosas de las nacientes repúblicas, alentándolas en su lucha y difundían en ellas ideas de independencia y libertad. Bien que la Gran Bretaña participase como

nación de estos sentimientos, los jefes de su marina en el Pacífico miraban de reojo á lord Cochrane, á quien perseguían con el odio de su gobierno lejos de la patria, aun cuando algunos de sus oficiales y marineros protestasen contra esta acerba agravación del ostracismo. La conducta de los dos mencionados buques en esta ocasión, correspondió á estos encontrados sentimientos. Á bordo del buque norteamericano, un guardia marina, que más tarde publicó sus recuerdos sobre el suceso, contaba á sus camaradas, que en la tarde, al regresar de tierra en un bote, había notado el descuido con que se hacía el servicio á bordo de la *Esmeralda*, fondeada á 1,500 metros del muelle, con sus cañones fuera de batería. — « Para mí, decía, es un buque condenado. No colgaría yo mi hamaca en el mejor de sus baos ». Á lo que repuso un oficial : — « Son unos locos en divertirse, teniendo á Cochrane á dos tiros de cañón ». En aquel momento, al asomarse por encima de la borda, distinguieron las dos líneas de lanchas tripuladas que avanzaban rápidamente. — « El escocés anda en las aguas, dijo el guardia marina. Apostaría mi cabeza á que Cochrane está en el primer bote ». Todos seguían con vivo interés el movimiento de las embarcaciones que se aproximaban. « Y como los tripulantes estaban vestidos de blanco y sus botes caminaban tan en silencio que ni el ruido de los remos se sentía (dice el oficial norteamericano de quien tomamos estos detalles) parecían más bien que hombres mortales, una banda de espíritus que se movían misteriosamente sobre el insondable piélago ». Al pasar por el costado, oficiales y marineros les desearon en voz baja buen éxito. El último de los botes de Cochrane, detuvo su marcha bajo las ventanas de popa de la *Macedonia*, y asegurándose de la cadena del timón permaneció allí oculto, á pesar de los ruegos y amenazas del que lo mandaba. Cuando los oficiales de la fragata vieron que aquella embarcación desertaba su puesto, dirigiéronse á la tripulación

increpándole su cobardía. Nada pudo decidirla á seguir adelante, y la noche tapó con su velo aquel oprobio (11). Mientras tanto, Cochrane, seguido sólo de trece botes, pasaba á corta distancia de la *Hiperion*: los centinelas dieron la voz de alerta, que felizmente no oyeron los españoles. Un oficial inglés entusiasmado al ver el valeroso avance de Cochrane, dió un *hurrah* en honor de su ilustre compatriota, y fué puesto arrestado por su comandante, conducta de que con razón se queja amargamente de parte de un antiguo compañero de armas, el dos veces héroe británico de la isla de Aix.

IV

La flotilla continuó avanzando, formada siempre en dos líneas paralelas, con el bote de Cochrane á la cabeza. Á las doce de la noche en punto se hallaba frente al boquete de la estacada, tras la cual se abrigaba la primera línea española, formada por las 20 cañoneras. Una lancha cañonera guardaba la entrada. Al aproximarse Cochrane, que se había adelantado á una distancia como de seis botes, el centinela de la lancha española gritó: *¿Quién vive?* Á una señal del almirante, los marineros se tendieron sobre los remos y con impulso vigoroso salvaron la distancia que mediaba entre las dos embarcaciones, antes que el eco del *quién vive* se hubiese apagado. — ¡Silencio ó todos mueren! fué la intimación de Cochrane, con esa voz sorda y concentrada que repercute en el silencio y penetra en las almas cuando el coraje ó la ame-

---

(11) Estos pormenores son tomados de una narración escrita por uno de los oficiales de la *Macedonia*, que se citará más adelante. Ningún historiador los ha tenido presentes.

naza le imprime sus profundas vibraciones. Las armas de los guardianes de la estacada cayeron de sus manos. Allanado este primer obstáculo, la flotilla siguió adelante y penetró al recinto fortificado.

Las dos líneas apercibidas al combate avanzaron resueltamente sobre la *Esmeralda*. Cochrane, con los botes de la *O'Higgins*, tomó el costado de estribor: Guise con los de la *Independencia* y la *Lautaro*, el de babor. Muy luego se hallaron á los costados de la fragata enemiga, que envolvieron silenciosamente en un fatal abrazo, sin que sus descuidados centinelas diesen la voz de alarma. El comandante de la *Esmeralda*, Luis Coig, envuelto todavía por los humos del banquete, jugaba á los naipes en la cámara con sus oficiales y convidados. La tropa dormía tranquilamente en sus cuadras. Cochrane se hallaba en aquel momento bajo las ventanas del alcázar de popa, cuyas luces se proyectaban en la densa oscuridad de la noche. Dióse la señal del asalto.

El valeroso almirante lanzóse el primero por las amarras de popa, y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la fragata. El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de *alarma!* le dió un culatazo en el pecho, arrojándole de espaldas á uno de los botes. En su caída recibió una herida cerca de la espina dorsal al chocar sobre un tolete. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pie, y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación electrizada por su ejemplo. El centinela hizo fuego, y un momento después caía muerto á sus piés (12). *¡Arribà muchachos! ¡Ya es nuestra!* — *(Up my lads she's ours)* — gritó á los de las

---

(12) Stevenson, secretario de Cochrane dice en su « Hist. Narrative » etc., cit. que fué el almirante quien mató al centinela. García Reyes lo repite, lo mismo que Sayago y otros. El capitán Hall en el « Journal, etc., Chile, Perú, » etc., dice terminantemente que fué el patrón de la lancha. Cochrane en sus « Memorias », no hace especial mención del hecho, pero transcribe la versión de Hall, confirmándola implícitamente.

chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacía lo alto de los mástiles, y gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: *Ho! de las cofas!*—*Prontos!* contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete. — *Prontos!* repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor (13). —Todo había sido previsto, hasta el heroísmo ordenado. Era un destacamento de gavieros, que trepando por los obenques se habían apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque (14). — La situación llegó, empero, á ser peligrosa para ellos. — Toda la tropa de servicio que se hallaba arriba de cubierta, había acudido á las armas á la voz del centinela. —Reunida en número considerable habría tal vez dado cuenta de los pocos que en aquel trance rodeaban á Cochrane. —En este momento decisivo, Guise con los suyos, asaltaba la fragata por el costado opuesto. — Los de estribor gritaron *¡Gloria!* y los de babor respondieron *¡Victoria!* — Los asaltantes de uno y otro costado encontráronse entonces reunidos en el castillo de popa. — Cochrane y Guise, que eran rivales y se odiaban mutuamente, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus resentimientos. Esta reconciliación debía ser pasajera desgraciadamente.

La guarnición de la *Esmeralda* sorprendida, habíase mientras tanto reconcentrado al castillo de proa. Desde allí rompió el fuego de fusilería sobre los asaltantes, barriendo el

(13) Hé aquí la versión de Miers en « Travels » etc.: « Apenas el almi- » rante se hubo posesionado del puente, gritó: *Fore top there!* á lo que » respondieron los marineros: *Ey! Ey! sir!* El almirante volvió á gritar: » *Main top here!* á lo que respondieron: *Ey! Ey! sir!* desde su puesto ». — Los demás historiadores no hacen mención de este hecho.

(14) Cochrane en sus « Memorias », dice: « No hay tripulación de buque de guerra inglés, que pueda cumplir con mayor exactitud una orden ».

puente con sus proyectiles. Una bala traspasó á Cochrane un muslo. Sentóse impávido sobre un cañón, extendió la pierna sobre una hamaca, y atándose la herida con un pañuelo, ordenó que se llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Soldados y marineros avanzaron resueltamente, trabándose en la oscuridad un combate cuerpo á cuerpo á golpe de hacha y machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron más felices en el segundo, en que volvieron á ser rechazados, quedando Guise herido. — Hacía un cuarto de hora que duraba la refriega de popa á proa. El puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre, y el cañonazo de alarma había sonado desde lo alto del torreón del Real Felipe. — Era urgente dominar la fragata. — Un nuevo y vigoroso esfuerzo dirigido personalmente por Guise, decidió la victoria. Los independientes la saludaron al grito de *¡ Viva el rey !* — Una parte de la tripulación derrotada se ocultó en el entrepuente y la bodega, y el resto buscó su salvación arrojándose al agua. Entre éstos se encontraban los comandantes de dos buques españoles, que estaban á inmediación de la *Esmeralda*, y que organizando la resistencia en ellos, impidieron que toda la escuadra del Callao cayese aquella noche en poder de Cochrane. — Una de las cañoneras realistas, dirigiendo sus fuegos sobre la fragata, hirió gravemente al comandante Coig, y á su lado cayó un chileno y dos ingleses. — La cañonera fué inmediatamente tomada.

Extendida la alarma por toda la babía, herido Cochrane, — que había delegado el mando en Guise, herido también, — ya no era posible atacar el resto de la línea como el primero lo había pensado. Su plan era perseguir á los españoles de buque en buque, hasta apoderarse de todos ellos, incendiando los mercantes surtos en la bahía. Guise no creyó posible, ó no consideró prudente persistir en esta parte accesoria del plan combinado, y mandó en consecuencia picar las amarras

de la *Esmeralda*, para ponerla en salvo. La fragata, desplegando sus velas, empezó á navegar marinada por los independientes.

Los buques de guerra españoles y los castillos y baterías del Callao, rompieron en aquel momento un terrible fuego que iluminó el teatro de la acción con sus ardientes resplandores. Algunas balas de cañón pasaron por encima de la *Macedonia* y la *Hiperion*. Ambos buques izaron los faroles convenidos para distinguirse en la noche como neutrales; pero continuando el fuego, levaron anclas, desplegaron sus gavias, y se pusieron fuera del alcance de la artillería de los fuertes. Cochrane, había previsto hasta esta circunstancia. Inmediatamente, la *Esmeralda* enarboló las mismas señales, y continuó navegando hasta salir fuera de la estacada. Á las dos y media de la mañana del día 6 la fragata capturada echaba el ancla frente á la isla de San Lorenzo. Los botes expedicionarios, llevando á remolque dos lanchas cañoneras tomadas al abordaje, completaban el convoy triunfal de la *Esmeralda*, tripulada por los vencedores.

La pérdida de los expedicionarios fué de 11 muertos y 30 heridos, contándose entre éstos á Cochrane y Guise. Los realistas perdieron como 160 hombres entre muertos y ahogados, dejando en poder de los chilenos 200 prisioneros (15).

Los realistas, despechados por haber perdido tan vergon-

---

(15) Hé aquí la relación de los oficiales que tomaron parte en la captura de la *Esmeralda*, dirigida por Cochrane y Guise. — Tomás Sackville Crosbie — Carlos Gustavo Anderson — Guillermo Freeman — Francisco French — Juan Pascual Grenfell (*herido*) — Juan Holsted Coe (norte americano) — Roberto Davis — Federico Helmore (norte americano) — Roberto Jones — Juan Meekel (*herido*) — Carlos Parker — Alejandro Prunier (*francés*) — Jorge Thwist (*herido*) — Juan Young. — SUD-AMERICANOS: José Botevin — N. Acuarom — Geraldo Chacón — N. Elcobarrutia — N. García (*chileno*) — Ignacio Mariategui — Carlos García del Postigo (*peruano, herido*) — Miguel Saldívar — N. Soto Aguilar (*chileno*) — Manuel Villar (*herido*).

zosamente uno de sus mejores buques de guerra, bajo la protección de las más formidables fortificaciones de América, atribuyeron el éxito de la empresa á la complicidad de los neutrales, y principalmente á la tripulación de la *Macedonia*, cuyas simpatías por la causa sud-americana eran conocidas. Habiendo ido á tierra el bote de este buque con el objeto de hacer sus provisiones diarias, el oficial que lo mandaba con toda su tripulación indefensa, fueron bárbaramente asesinados por un grupo enfurecido de la población del Callao. El comandante Downes de la *Macedonia*, á la vez de reclamar enérgicamente del virrey la reparación de este atentado, escribía al General San Martín: « Felicito muy sinceramente á » lord Cochrane por la captura de la *Esmeralda*. Nunca se ha » ejecutado con mayor habilidad una hazaña más brillante ».

El almirante, aprovechándose del estupor que causó su prodigiosa victoria, envió un parlamentario á tierra proponiendo un canje de prisioneros. El orgulloso virrey, al reconocer por la primera vez á los americanos como beligerantes, accedió á ello. Así se rescataron del cautiverio como 200 chilenos y argentinos que hacía años gemían en los calabozos de las casa-matas del Callao. La hazaña heroica se coronó por este acto de civilización y humanidad.

La *Esmeralda*, á la que San Martín quiso dar el nombre de *Cochrane*, honor que declinó el vencedor, fué bautizada con el de *Valdivia* en memoria de la anterior hazaña del heroico almirante, cuyo glorioso nombre murmurarán eternamente las ondas del mar Pacífico (16).

---

(16) Para relatar este episodio hemos tenido presentes los documentos siguientes: — Basill Hall: « Journal etc. Chile, Perú, etc., in the years 1820-1821 », t. I, pág. 74 y sig. En la ed. francesa : « Voyages au Chili, Pérou et au Mexique », t. I, pág. 64 y sig. (Es la narración clásica y la primera en el orden cronológico, aunque no completa). — Stevenson : « Hist. narrative of twenty years etc. in South America », t. III, pág. 290 y sig. (Le da autoridad haber sido su autor secretario del almirante, y

V

San Martín, dando gran importancia á la captura de la *Esmeralda* por sus efectos morales, y mayor aún á la revolución de Guayaquil por su trascendencia americana, desoyó las sugestiones del almirante que quería comprometerlo en operaciones más arriesgadas y decisivas sobre Lima (17). El

---

contiene abundancia de pormenores, pero no coincide en todas sus partes con la narración del mismo Cochrane, omitiendo circunstancias interesantes). — Miller: « Memorias », t. I, pág. 250. — Torrente: « Revol. Hist. Amer. », t. III, pág. 251. — Presas: « Pintura de los males que ha causado á España el poder absoluto », pág. 73. — Godfrey Wallace: *The Esmeralda* en « Atlantic Souvenir », pág. 306 á 327. (Esta es la relación antes cit. escrita por un oficial de la *Macedonia,* que presenció el hecho, y no mencionado por los historiadores). — Miers: « Travels in Chile and La Plata », etc. t. II, pág. 39 y sig. (El autor era amigo y confidente de Cochrane, y su relación concisa, pero interesante, coincide en sus detalles con la del almirante). — Lafond: « Voyages dans l'Amérique Espagnole pendant la guerre de l'indépendance », t. II, pág. 33 y sig. — Cochrane: « Narrative of services in Chile, Perú », etc. vol. II, cap. V. En la ed. española: « Memorias », cap. IV y V. — García Reyes: « Memorias sobre la primera escuadra nacional ». (Narración bastante correcta que adelanta sobre las de la de Miller y Stevenson, incurriendo con ellos en algunas inexactitudes y omisiones). — Camba: « Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú », t. I, pág. 348. (Reproducción de lo dicho por Torrente y Stevenson, pero importante como testimonio del enemigo, que pinta la impresión que el suceso causó en el ejército realista. — Sayago: « Crónica de la marina de Chile », pág. 59 y sig. — *Manuscritos*: 1.° Ofi. de Cochrane á San Martín, antes cit. de 3 de noviembre de 1820. 2.° Parte (en inglés) de la toma de la *Esmeralda,* de Cochrane á San Martín, de 14 de noviembre de 1820, con listas de los oficiales expedicionarios y muertos y heridos, en Arch. San Martín, vol. LXIV, núm. 2. (*Originales*). — Además hemos tenido ocasión de conferenciar con dos actores en la empresa, el teniente Grenfell (después almirante) y Coe (después comodoro) que nos han aclarado varios puntos dudosos.

(17) « El día 8 de noviembre me trasladé á Ancón. El ejército creyó con seguridad que se le llevaría en el acto á Lima; pero San Martín, contrariando la voluntad de todos y en particular la mía, en vez de ir á buscar al enemigo, ordenó retirarse á Huacho ». (Cochrane. « Memorias », pág. 116-17.)

día 9, el convoy dió la vela de Ancón, y en una singladura tomó el puerto de Huacho á 150 kilómetros al norte del Callao. El 10 se dió principio al desembarco de la tropa, que terminó el 12, formándose por el ingeniero D'Albe tres reductos para la seguridad del punto y un muelle provisional para facilitar las comunicaciones con la escuadra. El ejército se internó á pie, llevando sólo 25 caballos, y el 17 acampó en una deliciosa campiña bien regada, y arbolada, abundante de víveres de todo género, forrajes, cabalgaduras y frutas agradables; de temperatura agradable y relativamente sana, pues como en toda la región de la costa reinan allí las fiebres intermitentes (tercianas) en el verano y las disenterías en el otoño. Este es el valle de Huaura, que tiene una extensión de 11 kilómetros de ancho y 85 de largo. El río que lo baña y le da su nombre, corre de este á oeste de cordillera á mar, y aunque de poco caudal, sólo es vadeable por puntos determinados fáciles de defender, teniendo sobre sus márgenes algunas posiciones militares ventajosas para la resistencia contra fuerzas superiores. Sobre esta línea se estableció San Martín, fortificándose sólidamente, con la firme resolución de no esquivar la batalla, pero tampoco de buscarla por el momento (18). En esta actitud ofensiva-defensiva, con un

---

(18) « Los repetidos y fundados datos que tuvo el general en jefe, de que el ejército español se decidiría á buscarle directamente, le decidieron á retirarse de Chancay, 12 leguas de Lima y 17 de Huaura, y establecer su campo en esta posición. Fortificado en ella el Ejército libertador, quedaba perfectamente dispuesto, y no se hubiese desechado el combate, si los enemigos lo hubiesen provocado ». (Arenales « Memoria histórica » etc., pág. 2). — En el núm. 7 del « Boletín del E. U. L. del Perú », se lee : « El ejército ocupa una posición ventajosa en todos respectos, y en breve » formará una línea continua de operaciones desde la costa hasta la sierra, » que prive enteramente al enemigo de todo recurso, y lo amenace por » su frente y flanco. — Para cubrir los vados practicables del río Huaura, » y asegurar la cabeza que se halla en frente de esta villa, mandó el general en jefe que el teniente coronel D'Albe, dirigiese la formación de » un reducto á la cabeza del puente, y cubriese los demás puntos que » indican las posiciones laterales del río ».

desierto arenoso á su frente que el enemigo tenía que atravesar, con sus reservas en Supe y sus avanzadas sobre Retes y Chancay, uno de sus flancos apoyado sobre el mar en Huacho, y otro sobre la sierra, promovía la insurrección del país, reforzándose; mantenía en jaque á Lima, interceptaba las comunicaciones del ejército realista, sus comunicaciones con las provincias del norte, debilitándolo; á la vez aseguraba las suyas por la parte de la sierra y el mar, estando habilitado siempre para sostenerse con ventaja, avanzar ó replegarse, ó reembarcarse, ó darse la mano con Arenales, según las circunstancias (19). La campaña estaba abierta

Por parte del virrey, el plan para contrarrestar la invasión, era meramente espectante y defensivo. Atrincherado en su campamento de Asnapuquio con cerca de siete mil hombres, aumentados con los refuerzos traídos del Alto Perú, limitóse á desprender á la sierra por la retaguardia y flanco, una

(19) Este plan de campaña de San Martín, ha sido tachado por algunos de tímido, por falta de iniciativa y acción directa contra el enemigo, calificando su actitud espectante de apática. Hé aquí cómo lo juzga uno de los más entendidos generales del ejército español, que á la sazón mandaba la reserva de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú situado en Puno: « Es indudable que el plan del enemigo es combinado y gene- » ral, y que no sólo por las armas sino por la intriga y seducción, que » en todas partes introducen con fruto, garantizan su proyecto. Hasta » ahora no es dado opinar con cabal acierto sobre el sistema principal » de operaciones de San Martín; mas por los movimientos parciales que » ha ejecutado comprendo, que sus miras son, revolver todos los pueblos » y apoderarse de sus recursos, ponerse en comunicación con Bolívar » desde Guayaquil; engrosar sus fuerzas hasta el grado que necesite » para dar una batalla con toda seguridad, y entre tanto hostilizar la » capital del Perú obligándola y privándola de toda clase de recursos; » hacer correrías por todas partes y sacar el fruto del pillaje y desola- » ción. Estos movimientos los hace San Martín con provecho y sin la » menor resistencia, sin que puedan evitarse á causa de nuestra débil é » impotente escuadra para conducir tropas y contrarrestar sus continuos » reembarcos y desembarcos. De aquí es que no podemos contar con » otros recursos que los que nos ofrece la suerte de las armas por tie- » rra, y como esto ha de ser cuando San Martín quiera en fuerza de la » latitud del territorio, y de una costa abierta, es visto que nada, nada

pequeña división contra la columna de Arenales, de cuyos movimientos nos ocuparemos á su tiempo; y por su frente, al establecimiento de una vanguardia de observación. Después del movimiento parcial sobre Chancay al amago de desembarco de San Martín por Ancón, que dió por resultado el combate de Casa-Blanca, reforzó su vanguardia, la que quedó compuesta de los batallones Numancia, Infante Don Carlos y Arequipa, los dos escuadrones de dragones antes mencionados y dos piezas de artillería, en todo, como 2,000 hombres, la que se extendió sobre la línea del río Chancay, cerrando el camino de la costa y ocupando las avenidas de la sierra por su flanco derecho. San Martín, provisto ya de elementos de movilidad, y su caballería, montada á dos caballos por hombre, había movido sobre Sayán, cubriéndose por el Huaura, una división de 500 hombres con armamento de repuesto, al mando de Alvarado, con el intento de penetrar á la sierra, ocupar á Tarma y concurrir á las operaciones de Arenales, que por opuesto camino convergía hacia el mismo punto (20). Valdez concibió la idea de atacar esta división destacada, interponiéndose entre ella y el grueso de las fuerzas independientes; pero el virrey desaprobó este proyecto que era bien meditado y mandó retirar de la vanguardia los batallones Infante y Arequipa (21). San Martín,

---

» en grande podemos hacer con utilidad, y que por el contrario, nos » vamos debilitando cada día faltos de recursos, y llegamos por pasos » cabales al término de la ruina ». (Ofi. del general Juan Ramírez al ministro de Guerra de España, fechado en Puno el 1.° de enero de 1821). Camba, que inserta integro este informe en sus « Memorias », t. I, pág. 374 y sig., lo corrobora en todas sus partes y agrega : « Tes» timonio tanto más imparcial é irrecusable, cuanto era dado con » conocimiento exacto del triste estado en que se hallaba el Bajo » Perú ».

(20) Carta reservada de San Martín en Supe, 21 noviembre de 1820, cit. por G. Bulnes : « Hist. de la Exp. lib. del Perú », t. I, pág. 448.

(21) Camba : « Memorias », t. I, págs. 351-352.

en vista del movimiento del enemigo sobre Chancay, varió de plan, y dispuso que Alvarado con toda la caballería, compuesta de los regimientos de granaderos y cazadores montados, en número de 700 hombres, tomase el camino de la costa con el objeto de proteger la defección del batallón Numancia, de antemano concertada por medio de los agentes patriotas de Lima y retardada por diversos accidentes (22).

El Numancia, como en su lugar se apuntó, formaba parte del ejército de Nueva Granada en 1819, y á consecuencia de la batalla de Maipu fué enviado de refuerzo al del Perú á requisición del virrey Pezuela (V. cap. XVIII, § VI). Este batallón, compuesto en su mayor parte de naturales de Venezuela y Santa Fe de Bogotá, con oficialidad americana, estaba impregnado de un espíritu revolucionario. Trabajado secretamente por los agentes de San Martín, auxiliados por las irresistibles seducciones de las limeñas, sus oficiales entraron en un plan de sublevación, á cuya cabeza se puso decididamente su comandante don Tomás Heres, colombiano. Como

---

(22) Sobre los antecedentes de esta negociación, véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 101-110, donde se registran los documentos correlativos, y entre ellos la correspondencia secreta de San Martín con sus agentes. — Vicuña Mackenna, en « El Mercurio » de Valparaíso, de 9 de agosto de 1881, publicó un artículo titulado « La defección del Numancia en 1820 según una versión inédita », que en medio de algunas inexactitudes de detalle, contiene datos nuevos. Según resulta de sus documentos, los principales agentes de San Martín para esta negociación fueron el peruano José López Aldana y el chileno Joaquín Campino, quienes en una carta dirigida á San Martín sobre la dificultad para proporcionarse fondos al efecto, se quejan de la indiferencia de los limeños: « Apenas se encuentra un limeño que haya hecho el menor esfuerzo con » su persona ó con un real para nada, y los patriotas que estamos ini» ciados para coadyuvar en lo que pueda cada miserable, que lo somos » en efecto, se componen de santafecinos, caraqueños, quiteños, porte» ños (de Buenos Aires), extranjeros, serranos, en fin, todos fuera de Li» ma; y no es porque los limeños dejen de desear la independencia, sino » porque no quieren comprometerse, y así dicen muchos de ellos : aun » no hay necesidad de que ninguno haga nada, pues ya está San Martín » aquí, y él lo ha de hacer todo ».

este cuerpo constituía el núcleo de la vanguardia realista, á la sazón alejada más de 30 kilómetros de su reserva, la ocasión era propicia y la superioridad de la bien montada caballería independiente facilitaba la empresa.

Alvarado tomó con su columna el camino de la costa. Al emprender la marcha (24 de noviembre) despachó desde Huacho un emisario, escoltado por una partida de 18 granaderos montados y un guía, con una comunicación para Heres y los oficiales del Numancia á fin de concertar los respectivos movimientos. Esta partida, destinada á hacerse famosa por un hecho pequeño en sí, á que la tradición y la historia han dado resonancia, era mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, á quien hemos visto aparecer en la trágica conjuración de San Luis. Sus instrucciones le prevenían situarse en la caleta de Pescadores, á 15 kilómetros de Chancay, despachar desde allí el emisario con la comunicación y esperar su regreso, debiendo replegarse á la reserva si la contestación se retardase ó se presentaran fuerzas enemigas, con prohibición absoluta de empeñar ningún combate. El destacamento marchó toda la noche, y el 27 al amanecer ocupó su puesto, que era un terreno quebrado, sobre la playa del mar, cumpliendo la primera parte de sus instrucciones. Á esa hora fué atacado por la vanguardia enemiga al mando de Valdez, compuesta de un escuadrón fraccionado en primera línea, y el Numancia con dos piezas de artillería en reserva. Pringles, en vez de retirarse como era su deber, arremetió temerariamente contra la primer fuerza que se le presentó por el frente, que era una compañía de Dragones del Perú de cuádruple número, mandada por Valdez en persona. Rechazado en el choque, encontróse en su retroceso con otra compañía de Dragones que le cortaba la retaguardia, á la que cargó también con resolución para abrirse paso á todo trance. Deshecho con el segundo encuentro, con tres muertos y once heridos, incluso el mismo Pringles, lanzóse al

agua á caballo con sus últimos soldados, y se ha dicho que con la resolución de ahogarse antes que rendirse, pero en verdad, para rendirse honrosamente salvando la vida de sus compañeros. Sabedor Valdez del caso, acudió á escape al sitio, y ofreció garantía de la vida á los jinetes náufragos, en homenaje al valor que habían mostrado, en momentos en que Pringles estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo espantado por el oleaje del mar (23). Como fuera este el primer triunfo alcanzado por los realistas durante la campaña, diéronle gran repercusión, haciendo ostentación en Lima, de quince prisioneros heridos, que se habían batido cuerpo á cuerpo uno contra diez y arrojádose al mar antes de rendirse, lo que redundó en honor de los vencidos.

---

(23) Este episodio nunca ha sido correctamente relatado, y la tradición lo ha exagerado, á punto de suponer que los españoles batieron medallas en honor de sus enemigos vencidos. Para nuestra narración hemos tenido presentes los documentos siguientes : 1.° « Memoria hist. biog. del Gral. Alvarado », M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII). — 2.° « Rasgos histórico-biográficos del coronel J. P. Pringles » por el Gral. Espejo. M. S. inédito. — 3.° Carta del general W. Paunero, en que se contiene una narración verbal de Pringles, quien hablando de su rendición en aquel acto, dice : — « No me fué posible conservar mi pequeña tropa reunida, » pues no me quedaba un hombre que no hubiese caído ó estuviese he- » rido, incluso yo. Entonces me vi tan acosado por varios soldados ene- » migos, y sobre todo por un oficial á quien había dado un sablazo en » el primer encuentro, que no me quedó más recurso que echarme al » agua, y allí pude salvarme con los pocos hombres que me quedaban y » entregarme prisionero como sucedió; pues si hubiese preferido aho- » garme tenía por delante de mí todo el mar ». (Arch. San Martín, vol. LX. M. S.) — Camba (actor principal por parte de los realistas), en sus « Memorias », t. I, pág. 352.—En el Boletín del Ejército U. L. del Perú », núm. 5 y 9, se hace mención del hecho con recomendación por lo que respecta al valor de los soldados, censurando la imprevisión del oficial, y se inserta una orden general por la que se concede á Pringles y sus compañeros un escudo celeste con una inscripción bordada en caracteres blancos : « Gloria á los vencidos en Chancay ». — Formóse un proceso con este motivo, en que consta el número de los granaderos de la partida, que fueron 18 como se apunta en el texto. — Pringles y sus compañeros fueron canjeados al tiempo de iniciarse las negociaciones de Punchauca.

La temeridad de Pringles, hizo descubrir el movimiento de la caballería independiente, y malograr la combinación con el Numancia, que habría podido poner en apuros á la vanguardia enemiga, comprometida á larga distancia de su reserva. Apercibido Valdez de lo peligroso de su situación, se replegó en el mismo día 27 al valle de Chancay, y situóse en la boca de una quebrada, cubriendo con el Numancia su caballería, reforzada con un escuadrón más. Alvarado, que al llegar á Pescadores encontró las huellas del reciente combate, se inclinó sobre su izquierda, y penetró al valle de Chancay por otra quebrada situada al este. Ambas vanguardias permanecieron á la vista observándose. La caballería independiente, fatigada por largas marchas en arenales sin agua, se replegó á la inmediata hacienda de Retes para dar descanso á la tropa y proporcionar forraje á los animales. El 1.° de diciembre volvieron á avistarse las dos vanguardias; pero la realista en vez de aceptar el combate á que la provocó Alvarado, emprendió su retirada por una quebrada estrecha y fragosa, en que la caballería no podía operar. En su movimiento de retroceso, Valdez dejó como á diez kilómetros á retaguardia el batallón Numancia, el que aprovechando la ocasión, dió el grito de insurrección en la noche del 2, é incorporóse al día siguiente á la columna patriota, ofreciendo á la causa de la independencia americana un contingente de 650 bayonetas (24). San Martín colmó de honores al Numancia y le confió la custodia de la bandera del ejército libertador, declarando, que « el batallón, pertenecía á » los ejércitos de Colombia, y que solamente permanecería » incorporado al del Perú, mientras durase la guerra en su » territorio » (25).

(24) Camba : « Memorias », etc., t. I, págs. 352-354. — Alvarado : « Mem. hist. biog. » M. S. cit., (Arch. San Martín, vol. LXXII).

(25) Ofi. de San Martín á Bolívar de 26 marzo de 1820. « Doc. para la vida del libertador » etc., t. VII, pág. 570.

VI

Antes de cumplirse un mes de la apertura de la campaña, la preponderancia moral estaba decididamente de parte de los invasores. Los rápidos progresos á lo largo de las costas, los sucesivos golpes de la captura de la *Esmeralda* y de la defección del Numancia, las ventajas obtenidas por la columna de Arenales en la sierra, — de que después se dará cuenta, — el espíritu de insurrección que se extendía por todo el país, abatieron el ánimo de los realistas, reducidos á una inerte defensiva, mientras los independientes, á pesar de su notable inferioridad numérica, se preparaban á tomar la ofensiva. La deserción se pronunció en las filas del ejército realista, desde la clase de coronel á soldado (26). La desmoralización de la opinión llegó á tal grado, que los más notables vecinos de Lima, apoyados oficialmente por la corporación municipal, elevaron una representación al virrey indicándole « la pre- » miosa necesidad de una capitulación honorífica con San » Martín, antes de aventurarse á la suerte de las armas, to- » mando por base la abertura reservada hecha por sus comi- » sionados al cerrarse las negociaciones de Miraflores » (véase cap. XXVI, § VI), lo que implicaba hasta el reconoci-

---

(26) « No pasaba día en que no llegasen al cuartel general desastro- » sas noticias de haberse pasado á los enemigos, individuos de todas » clases, y de la defección de soldados y aun de oficiales y jefes ». Torrente : « Hist. de la R. H. A. », t. III, pág. 47. — En sólo un día, que fué el 8 de diciembre (de 1820) se habían fugado de la capital 38 oficiales y un cadete. En « todos los cuerpos se había introducido esta » desleal propensión, y ya los mismos jefes no tenían confianza unos de » otros. Creían los más que iba á ser irreparable el torrente impetuoso » de la insurrección ». Idem, ídem, pág. 51.

miento de hecho de la independencia (27). De todos estos males se culpaba á la mala dirección de la guerra dada por Pezuela, que era un efecto y no una causa. La autoridad política y la iniciativa del virrey, estaban supeditadas por una conspiración sorda del ejército de Asnapuquio, fomentada por los jefes liberales, con el propósito de deponerle del mando y sustituirlo con la Serna. « El edificio realista se iba desmoronando por todas partes », según la expresión de un historiador español, que al pintar con los colores sombríos esta triste situación, procura explicar cómo 4,500 invasores se imponían á 23,000 soldados del rey, y lo atribuye todo « á la fatalidad del destino y al curso irresistible de los sucesos » (28).

La posición militar de San Martín en Huaura, aunque relativamente ventajosa, no era sólida, y en la inacción habría sido estéril. Sin más base de operaciones que el camino del mar, con las provincias del norte á la espalda ocupadas aún por las armas del rey, con uno de sus flancos al pie de la sierra y con un ejército de doble número á su frente que no podía buscar en campo abierto, estaba forzosamente obligado á una defensiva pasiva. La superioridad de su caballería y su movimiento de avance hasta Retes y el sud del río Chancay, cubriendo la posición de Sayán al tiempo de proteger la defección del Numancia, le dió desde luego el dominio de la zona de operaciones; pero esto nada decidía, y además en estas marchas había inutilizado gran parte de sus cabalgaduras. Por otra parte, las enfermedades endémicas de la región de la costa empezaban á hacerse sentir en las tropas invasoras, no aclimatadas aún. En tales condiciones, el ejér-

---

(27) Véase Camba : « Memorias », t. I, pág. 355 y sig. en que se inserta la representación mencionada en el texto y los informes correlativos de la Municipalidad.

(28) Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, págs. 58-59.

cito libertador era como un aerolito en los vastos espacios del virreinato del Perú, que sólo se vinculaba á los estremecimientos aislados del país invadido, por la atrevida marcha de circunvalación que simultáneamente ejecutaba la columna de Arenales en el corazón de la sierra. Era necesario ensanchar el campo de acción, para proporcionarse recursos y remontar el ejército con contingentes de la sierra; era necesario conquistar y dar consistencia política á las provincias del norte para dar un punto de apoyo á las operaciones militares, encerradas en círculo limitado y sin horizontes, á fin de estrechar á Lima, que era el objetivo inmediato; y sobre todo, era indispensable dilatar la revolución y organizar la insurrección popular, sin lo cual la expedición se reducía á las proporciones de una aventura en que todo quedaba librado á la suerte dudosa de las armas ó á la acción lenta del tiempo, en que al fin las armas mismas se inutilizarían.

Á una parte de estas exigencias respondía la atrevida marcha de Arenales á lo largo del interior del país. Para ligar esta operación con la posición ofensivo-defensiva del ejército en Huaura, el general en jefe, al extenderse sobre su flanco izquierdo hasta el pie de la sierra, ocupó á su retaguardia el populoso departamento de Huaylas (29 de noviembre de 1820), rico en ganados, y expulsó de él á los realistas, jurándose allí la independencia por setenta mil habitantes (29). Este suceso fué precursor de otro de mayor importancia, que aseguró completamente el éxito político y militar de la expedición. Casi simultáneamente, todo el norte del Perú se pronunció por la causa de la independencia. Este fué el primer movimiento de insurrección espontánea que se pro-

(29) « Boletín del E. U. L. del Perú », núms. 5 y 6 de 2 y 8 de diciembre de 1820. — Nota de Guido al general colombiano Manuel Valdez, sobre los progresos de la expedición del Perú, apud. « Doc. del libertador Bolívar, » t. VII, pág. 514.

dujo en el país, sin el concurso inmediato de las armas libertadoras, si bien contando con su protección y en virtud de los trabajos secretos iniciados por San Martín.

El norte del Perú, cuna de la colonización española, era entonces, como es hoy, el gran centro agrícola, cuyas variadas producciones constituían su principal fuente de riqueza. En 1820, casi toda esta región hallábase comprendida en la intendencia de Trujillo, — una de las ocho del virreinato, — y contaba aproximativamente con una población de 300,000 almas, de las cuales como 140 mil eran indígenas, 90 mil mestizos, 20 mil hombres libres de color, 10 mil esclavos y 40 mil de raza española pura (30). Colindante con el virreinato de Nueva Granada al oriente de los Andes siguiendo la larga corriente del Amazonas, y especialmente con Quito y Guayaquil al occidente en la prolongación de las costas del mar, su posesión daba el dominio de las grandes operaciones estratégicas de los beligerantes sobre el Pacífico, que tenían por teatro la parte del continente de la América meridional desde el Alto Perú hasta Caracas. Teniendo en vista esto mismo, y principalmente, ligar la defensa de las costas del Perú con las de Guayaquil, el virrey Pezuela había situado en Piura una división de 1,600 hombres, de que formaba parte un batallón de línea de 600 plazas y la compañía de cazadores del Numancia, fuerte de 130 plazas, situada en la ciudad de Trujillo (31).

Gobernaba por entonces la intendencia de Trujillo con nombramiento del rey, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, limeño, más conocido por su título nobiliario de marqués de Torre-Tagle, quien como antiguo partidario

(30) Véase, como antecedente histórico de estas cifras, deducidas de la estadística del Perú : « Guía política, eclesiástica y militar del virreinato del Perú para 1795 », por Unanue.

(31) Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 22.

liberal de Baquíjano y diputado á Cortes, había alcanzado cierta notoriedad entre sus paisanos. Este personaje de carácter débil y de costumbres disolutas, que ha representado en la historia el papel de un figurón, desempeñó por esta vez el de prócer de la causa de su patria, que más tarde traicionaría. De acuerdo con San Martín, que había abierto con él comunicación secreta desde Pisco, trabajó hábilmente en preparar la opinión de las provincias del norte (32). El 24 de diciembre convocó en Trujillo un cabildo abierto é hizo presente lo inútil que sería toda resistencia al menor esfuerzo de San Martín para apoderarse de ese territorio, supuesto que no había tropas suficientes que oponerle, ni dinero para sostenerlas, y que por lo tanto, la prudencia aconsejaba someterse al imperio de las circunstancias. Los realistas, sostenidos por el obispo Carrión y Marfil, hombre de grande energía, opinaron porque se resistiese á todo trance. Torre-Tagle hizo prender al obispo y sus partidarios, y el 29 de diciembre (1820) enarboló la bandera inventada en Pisco. Fué el primer peruano que juró la independencia del Perú, y Trujillo el primer pueblo peruano que la conquistó por su solo esfuerzo cívico (33). En memoria de este acontecimiento, leva hoy Trujillo la denominación de « Departamento de Libertad. »

Á Trujillo siguió Piura, venciendo mayores resistencias. Estaba acantonado allí con 4 piezas de artillería, el batallón

(32) En carta de San Martín á O'Higgins de 23 de diciembre de 1820, dice : « Estoy esperando la insurrección de Trujillo, con cuyo gobernador, el marqués de Torre-Tagle, estoy de acuerdo ». En nota del mismo de 2 de enero de 1821, al ministro de guerra de Chile, le dice : « Espero por momentos el buen resultado de mis combinaciones con el intendente de Trujillo, el marqués de Torre-Tagle, pues sus últimas comunicaciones del 26 me aseguran la proximidad de aquel suceso ». — Véase Vicuña Mackenna, « General San Martín », pág. 32, y Paz Soldán « Hist. del Perú Indep. », pág. 139.

(33) Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 121-122.

de línea que constituía el nervio de las guarniciones del norte, que permanecía fiel á su rey. La población estaba desarmada. Intimado el cabildo por Torre-Tagle de que de no someterse á la causa de la independencia, sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario, promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó á los últimos á firmar la orden de someterse á San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte del Perú desde Chancay á Guayaquil, quedó por los independientes, San Martín tuvo una base de operaciones segura, y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería (34).

VII

« Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del » Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear á Pezuela. » Él pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin » cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresivamente. La » insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin, » con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre » en breve tiempo » (35). Esto escribía el Fabio sud-ameri-

---

(34) « Bolet n del E. U. L. » núm. 11 de 19 de marzo de 1821 — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 122.

(35) Carta de San Martín á O'Higgins, de 23 de diciembre de 1820, apud. Vicuña Mackenna : « El General San Martín », pág. 32.

cano en vísperas de la insurrección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en momentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba á ejecutar un movimiento, que si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la espectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose á veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados á la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la trasmite á la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en la espectativa de las combinaciones que tienen que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas, hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, ó bien dejar que el choque de las masas comprometidas, decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín, no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando á la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar á Lima, resuelto á provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejército de Huaura no alcanzaba á 4,000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no impo-

sible, por lo menos muy dudoso (36). Su plan era avanzar de frente con todo el ejército sobre Chancay, mientras Arenales descendía de la sierra por entre el río Chancay y el Carabaillo, — que cubre á Lima por el nordeste, — tomando á los realistas por el flanco. Con este propósito se movió de Huaura y avanzó hasta Retes (5 de enero de 1821), estableciendo su izquierda destacada en Palpa, — al sud del Chancay — para apoyar la incorporación de Arenales, y el resto de su fuerza escalonada en el espacio de 5 kilómetros hasta Ancón, con los transportes en este puerto. Arenales, más prudente que el general en jefe, hizo presente: que tendría que atravesar más de 100 kilómetros de camino escabroso ó desierto, para colocarse á 75 ó 100 kilómetros del ejército situado en Palpa, lo que hacía la operación tan contingente como riesgosa. El proyecto fué abandonado cuando ya las reservas de San Martín estaban á 70 kilómetros de Lima y sus avanzadas á 25 kilómetros (37). La división de la sierra se incorporó entonces al ejército.

La posición de San Martín era tan falsa como mal elegida para los efectos que se proponía. Retes, que se halla á cinco kilómetros al nordeste del pueblo de Chancay, es un sitio malsano y escaso de forrajes para las cabalgaduras, que ade-

---

(36) « La fuerza disponible del ejército de San Martín no llegaba á » 4,000 hombres, y hay motivo para creer que ni aun á 3,000, la mayor » parte recluta y la caballada en muy mal estado ». — (Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 140.)

(37) Ofi. de Arenales á San Martín de 31 de diciembre de 1820, y de San Martín al ministro de la Guerra de Chile de 2 de enero de 1821. (Catálogo de M. S. S. de Paz Soldán, núms. 45 y 103). — Carta de San Martín á Godoy Cruz, fechada en Chancay el 3 de enero de 1821, en que dice : « Mis avanzadas están en Copacabana, á cinco leguas de Lima. » Tengo formado un verdadero bloqueo á esta capital, sin atreverse el » virrey á sacar un solo hombre de sus líneas de Asnapuquio, á una legua » de Lima. Sólo espero dos batallones que deben llegarme de la sierra » para verificar un ataque general ». (Arch. San Martín, vol. XLII. M. S. aut.)

más del inconveniente de estar muy próximo á Asnapuquio (55 kilómetros), no ofrece ventajas para la resistencia. Era en condiciones mucho más desventajosas, la repetición del error ó del descuido de Cancharrayada. Los tropas españolas, superiores á las de San Martín en número, y principalmente en caballería, después de los refuerzos traídos por Canterac del Alto Perú, y reconcentradas como se hallaban en Asnapuquio, podían en una marcha forzada de una noche, amanecer sobre Retes, y obligar á San Martín á retroceder para tomar una posición más militar. El agua quedaba del lado de las tropas del rey, mientras que las independientes tenían á su espalda 83 kilómetros de arenal por el camino de la playa hacia Huacho, y 50 kilómetros por el camino del pie de la sierra hasta Sayán (38). Si aceptaba la batalla, la arriesgaba sin probabilidades de triunfo. En el mejor caso, una retirada por tierra hasta Huaura ó un reembarco en Ancón, era una verdadera derrota. Los jefes superiores del ejército español eran hombres bastante entendidos en cosas de guerra para no comprender la ventaja que les brindaba su enemigo, cuando era hasta una necesidad para ellos el moverse sin pérdida de tiempo para recuperar la preponderancia moral perdida, evitando así ser estrechados en sus posiciones. La Serna, que había sido nombrado general en jefe, con Canterac por jefe de estado mayor, propuso al virrey un plan de ataque, que fué aceptado. Pero el ejército realista estaba tan enervado por la inacción y por los sucesivos contrastes sufridos sin pelear, que pasaron varios días antes que se pudiesen reunir los elementos necesarios de movilidad. Mientras tanto, los agentes secretos de Lima, que penetraban todos los secretos, comunicaron á San Martín el plan. El general independiente, apercibido de los peligros de su posición, dispuso

(38) Véase Camba : « Memorias », t. I, pág. 368.

tranquilamente la retirada (13 de enero) y volvió á ocupar su campamento de Huaura, donde aumentó sus defensas (16 de enero de 1821).

El movimiento aventurado de San Martín, le proporcionó algunas de las ventajas que se proponía. El ejército independiente mostró que era capaz de maniobrar con orden al frente del enemigo; la deserción en el ejército realista, volvió á pronunciarse; la insurrección en los contornos de Lima por la parte de la sierra se organizó del modo que se explicará más adelante, y el enemigo burlado en sus planes, vió empeorarse su situación. En vano fué que Canterac se moviese tardíamente con toda su caballería sobre Chancay, debiendo La Serna apoyar este avance con el resto del ejército de Asnapuquio (enero 27). El virrey, temeroso de que alejadas sus tropas de la capital, San Martín se embarcase en Huacho y cayese sobre ella antes de tener tiempo de acudir á su defensa, dió contra-órdenes, y volvió á encerrarse en la defensiva inerte. « Los leales, según confesión de un historiador español, actor en los sucesos, se convencieron de que en el gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que si había alguno, era sólo el conservar á Lima mientras se pudiera, y capitular después; idea que abiertamente resistían la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles » (39). Desde este momento quedó decidida la deposición del virrey por los jefes de su ejército, que conspiraban contra su autoridad, movidos por un sentimiento de patriotismo, en que intervenía el pensamiento del liberalismo español que representaban en oposición, según en su lugar se explicó. (Véase, cap. XXV, § VIII).

Por este tiempo empezáronse á hacer sentir en Lima los

---

(39) Camba : « Memorias », t. I, pág. 369.

efectos del bloqueo marítimo y terrestre, á que concurría eficazmente un nuevo elemento popular y militar, creación de San Martín. Con su experiencia de la guerra en España, y como lo había practicado en el Alto Perú y en Salta durante su mando del ejército del Norte, promovió la *guerra de recursos*, por medio de partidas ó *montoneras*, como las llamaban los españoles. Dióles una organización apropiada á la espontaneidad de la insurrección, las armó, les dió jefes y les trazó un plan de campaña en sus hostilidades, convirtiéndolas en una especie de vanguardia, que como antemural á su ejército, ocultaba sus maniobras y las facilitaba con exacto conocimiento de los menores movimientos del enemigo. Estas guerrillas, que fueron aumentando rápidamente, y que tomaron consistencia cuando avanzó hasta Retes, alcanzaron á formar una división como de 600 hombres. Su punto de reunión era el pie de la sierra, de la que descendían repentinamente, interceptando en sus correrías los caminos, y atacaban los destacamentos y puestos avanzados, apoderándose de los convoyes de provisiones de boca y de las cabalgaduras, de manera de mantener en continua alarma á los realistas reducidos al recinto de la capital y del puerto cerrado del Callao. Fué nombrado jefe de todas las guerrillas, el comandante Isidoro Villar (argentino, de Salta), que había estado prisionero largos años en las casa-matas del Callao. Las diversas partidas eran mandadas por los capitanes peruanos Vidal, el héroe de Valdivia, Cayetano Quirós, Navajas, Ayulo, Elguera, y el cacique Nanivilca (que después llegó á coronel), señalándose todos ellos con proezas y golpes de mano bien combinados, que esparcieron la desmoralización en las filas enemigas, y despertaron el espíritu nacional (40).

---

(40) Véase : Arenales : « Mem. Hist. », págs. 2-3. — Miller : « Memorias », t. I, págs. 265-266 — Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 147-148.

Para dar forma política y legal á la ocupación militar del país, y fijar las reglas de su conducta pública ante la masa de los gobernados, expidió en Huaura á título de libertador y en nombre de « los derechos del continente americano », una ley orgánica con la denominación de « Reglamento Provisional », á fin de preparar, según sus palabras, « la reforma del » nuevo orden de cosas, y no dejar en la incertidumbre los » derechos de los particulares al arbitrio de un poder indefi- » nido ». Su preámbulo, redactado por Monteagudo, estaba lleno de frases huecas y sonoras, sin doctrina y sin declaración de principios republicanos. Su parte dispositiva, se reducía á dividir el territorio ocupado por las armas libertadoras, en cuatro departamentos, á saber : Trujillo, Tarma, Huaylas y la Costa, regidos por un presidente cada uno de ellos, y subdivididos en partidos ó distritos con un gobernador político cada uno de ellos. Los presidentes y gobernadores administrarían justicia dentro de sus respectivas jurisdicciones en las causas no reservadas á la potestad suprema y á la autoridad militar, ó que por su especialidad tuviesen tribunal propios, y sus sentencias serían apelables ante una corte establecida en Trujillo (41). Este fué el primer bosquejo de constitución administrativa del Perú y el primer ensayo de gobierno nacional.

Hacía tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en este lapso de tiempo, había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1,500 hombres; conquistado todo el norte, dispersando otros tantos soldados; recibido en su seno el contingente de un batallón defeccionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y otros tantos desertores del enemigo; insurreccionado gran parte del interior

(41) « Reglamento provisional » etc., de San Martín de 12 de febrero de 1821 en Huaura (Quirós : « Colección de leyes y decretos del Perú »).

del país y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto ó aprisionado más de 2,000 hombres en la campaña de la sierra, según se explicará; adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechando el asedio de la capital del Perú próxima á sucumbir sin combates. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado en el espacio de esos tres meses, con 4,000 hombres contra 23,000. El éxito daba la razón al juicioso plan de campaña de San Martín, acusado de inacción ó timidez en esta ocasión, demostrando hasta en sus desvíos y ulterioridades previstas ó lógicas, que era el único posible dada la desproporción de las respectivas fuerzas, y la necesidad de conservar íntegras las invasoras, para consolidar la base de la independencia del Perú.

Ahora, para completar el cuadro de la campaña hasta principios de 1821, se hace necesario seguir á la división de Arenales, que dejamos en marcha al interior del país, al tiempo del reembarco en Pisco. (Véase cap. XXVI, § VII.)

CAPÍTULO XXVIII

EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

(Primera campaña de la Sierra.)

AÑOS 1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra. — Regiones del Perú. — Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra. — El valle de Jauja, nudo de las operaciones. — Zonas militares. — Prospecto general de la campaña del Perú. — Objetivos de la campaña de la Sierra. — Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra. — Arenales general de la Sierra. — Ocupación de Ica. — Combate de Nasca. — Sorpresa de Acarí — Planes de San Martín. — Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga. — Maniobras preliminares sobre el Río Grande. — Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma. — Marcha ofensiva sobre Pasco. — Batalla del cerro de Pasco. — Marcha de Ricafort sobre Huamanga. — Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica. — Insurrección de Huamanga. — Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo. — Crueldades de Ricafort. — Aldao mantiene la insurrección de la Sierra. — La división de la Sierra se retira á la costa. — Examen de la campaña de la Sierra.

I

La primera campaña de la Sierra del Perú, como movimiento inicial de la expedición libertadora del Perú, tiene una importancia capital, por cuanto ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo á leyes físicas subordinadas á la naturaleza y configuración del terreno. No se comprenderían bien sus complicadas marchas y maniobras sin tener una idea ge-

neral del territorio en que se desenvolvieron. Una representación gráfica pondrá de bulto ante los ojos sus grandes lineamientos.

El Perú, en su conjunto, puede considerarse como un macizo de montañas dentro de una especie de triángulo, cuya base mide 1,300 kilómetros desde el grado 3.° de latitud austral, que se prolonga de norte á sud por el espacio de 2,500 kilómetros hasta la frontera del Alto Perú en el Desaguadero, donde se estrecha á la altura del grado 18.°, en que sólo mide 100 kilómetros. Considerado bajo su aspecto geográfico y climatológico, este territorio se divide en dos ó tres regiones, de fisonomía y aspecto diverso : la costa, la sierra y la montaña, que es una variante de la sierra. Á lo largo del litoral marítimo, que describe el lado mayor del triángulo, se extiende una faja de áridos arenales como de 75 á 100 kilómetros en su mayor anchura, regada por veinte y tres ríos de más ó menos importancia, cuyos cauces forman otros tantos valles cultivables, con desiertos intermedios, que accidentan laberintos de médanos movedizos al capricho de los vientos, sin indicios de vegetación, sin aves en el aire ni reptiles en el suelo, y donde no llueve jamás. Esta es la tierra caliente, la región de la costa donde á la sazón operaba San Martín con el grueso de su ejército. Al este de esta región, se levanta ex-abrupto la cadena occidental de la cordillera de los Andes, que comprende en su macizo lo que propiamente se llama la región de la sierra. Al oriente, está la cordillera nevada, que forma el tercer lado del triángulo. Esta es la región conocida por antonomasia en el país con la denominación de « la montaña », en cuyas vertientes la naturaleza ostenta todo el esplendor de la zona tropical (1). Las cadenas de

(1) Véase : Mateo Paz Soldán : « Geografía del Perú », pág. 20 y sig. — Mariano F. Paz Soldán : « Atlas geográfico del Perú », pág. 49 y sig. — Idem : « Hist. del Perú Indep. », pág. 429 y sig. — Raymondi : « El Perú » passim.

los Andes, que se bifurcan en la frontera meridional del Alto Perú, y corriendo paralelas forman sus alti-planicies, (Véase cap. V, § VII, y cap. XIII, § I), reúnense en el Bajo Perú, y encierran dentro de sus intrincadas ramificaciones, los valles y lagos andinos que le imprimen su fisonomía, marcando hasta la altura de 4,900 metros, en sus variados niveles, todos los grados del termómetro.

Según la organización política del virreinato, el Perú se hallaba dividido entonces en ocho intendencias, que para los efectos de esta explicación, deben considerarse en cuatro grupos sistemáticos. La vasta intendencia de Trujillo al norte, dominada por los independientes, formaba un país aparte, en que la costa y la sierra se ligan hasta los límites de la montaña en las nacientes del Amazonas. Las intendencias de Lima y Arequipa, comprendían la costa y parte de la sierra del centro y del sud. Las del Cuzco y Puno, con la de Arequipa, formaban el grupo del sud, en contacto más ó menos directo con el Alto Perú, ocupado por las armas españolas. Allí estaba situado el ejército de reserva que ligaba las operaciones de los tres ejércitos realistas de Lima, la Sierra y el Alto Perú. Al centro, estaban las intendencias de Huancavelica, Huamanga y Tarma, dentro de cuyo perímetro debían desarrollarse las operaciones de la división de la sierra en el corazón del país. Esta parte del territorio, en que las cordilleras se alternan y se ramifican, y las montañas se apiñan hasta la región de las nieves perpetuas, está cruzado por una red de ríos torrentuosos, que sólo pueden atravesarse por puentes de maromas, que oscilan sobre los abismos en que se tienden. De la región de la costa á la sierra, penétrase como por las brechas de una muralla escarpada, por anfractuosidades, que son como portadas plutónicas, llamadas en el país quebradas, y por senderos estrechos, llamados laderas, que contornean las montañas al borde de hondos precipicios. Gradualmente se asciende como por una escalera ciclópea, desde

la tierra caliente hasta la cumbre helada de la cordillera occidental, que es una alta planicie desierta y desolada. Tal era el camino que tenía que recorrer la expedición de la sierra para penetrar á las tres intendencias centrales.

El rasgo más prominente del centro de la sierra, son sus amenos y espaciosos valles, centros prósperos y abundantes de población y producción. El más notable, y que debía servir de base á las operaciones de la columna destacada desde Pisco sobre la sierra, es el que forma el de Río Grande ó de Jauja, que corre por su fondo de norte á sud. Cierran sus dos extremidades, las populosas ciudades de Jauja y Huancayo: la primera al norte y la otra al sud. En su promedio, una punta saliente de la cordillera oriental que lo limita por el este y que se proyecta entre San Jerónimo y Concepción — dos afluentes del Río Grande — corta el valle en dos, tomando cada uno de ellos el de la ciudad principal. En este punto está tendido uno de los puentes que comunica con la ciudad de Tarma, situada al nordeste en una hoya de la cordillera oriental (2). Más adelante está el famoso mineral de Pasco, cuyos caminos conducen directamente á las posiciones que el ejército independiente ocupaba sobre la costa. Aquí las dos cordilleras forman un nudo á la altura de más de 4,300 metros sobre el nivel del mar, que proyectan hacia el norte tres cadenas y otros tantos valles paralelos, cuyos ríos se derraman en el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, el territorio de Tarma, y especialmente el valle del Río Grande, era el eje de las operaciones de la expedición de la Sierra y Pasco su objetivo. Invadidas las intendencias de Huancavelica y Huamanga, quedaban cortadas las comunicaciones de Lima con Arequipa, el Cuzco, Puno y el Alto Perú por la

(2) Véase Arenales: « Mem. hist. », pág. 78-80 — Idem: « Carta geográfica de la parte central del Perú, para denotar las operaciones del general Arenales en sus campañas de la Sierra ».

parte del sud. Ocupada Tarma, se amagaba á Lima por la espalda, y en Pasco, se abría al norte una nueva línea y una nueva base de operaciones.

Esta sinopsis geográfica, pone de relieve las líneas generales del teatro de la guerra. Vese que, así como el Perú se divide en dos regiones marcadas, su territorio puede dividirse en dos ó más zonas militares, según sean los planes de campaña y las combinaciones estratégicas á que respondan. El plan de invasión de San Martín era mixto, mirado bajo este aspecto geográfico. La expedición de la sierra respondía á la idea de aislar el ejército de Lima y paralizar la acción del ejército de reserva del sud ó atraerlo hacia el centro, desbaratando así los planes de defensa del enemigo. La marcha por agua á lo largo de la costa, cerraba el círculo de las operaciones al norte de Lima, y dividía el Perú en dos zonas: el centro y sud ocupado por los realistas con su base en el Alto Perú, y el norte, ocupado por los independientes con su base en toda la América revolucionada á su espalda. Ambos contendientes, con un pie en la costa y otro en la montaña, tenían, el uno por punto de apoyo y el otro por objetivo inmediato á Lima. La posesión de Lima, consolidaba para los independientes la del norte del país, pero no resolvía el problema, por cuanto no daba el dominio de la sierra. Perdida una batalla en Lima, los invasores tenían que reembarcarse y renunciar á su empresa. Por el contrario, los realistas, aun expulsados de la capital podían replegarse á la sierra, reforzarse con sus reservas y continuar la guerra con nuevos recursos. El triunfo final estaba, pues, en la sierra. De aquí la necesidad de economizar las escasas fuerzas invasoras, que apenas bastaban para lograr el objetivo inmediato, y utilizarlas de manera que obrasen á la vez en la costa y en la sierra concurriendo á los resultados ulteriores. Dentro de estas líneas, á que tenían necesariamente que subordinarse las evoluciones de los beligerantes, tenía que

resolverse, como se resolvió en definitiva, el problema militar de la campaña final de la independencia americana en el territorio del Perú. La expedición á la sierra preparaba este resultado. Exploraba el camino, ligaba las operaciones de la región de la costa con la de la sierra, y señalaba en el centro el nudo de las dos grandes zonas del sud y del norte, en que independientes y realistas se reconcentrarían, primeramente para buscarse y medirse, y por última vez desde Pasco á Huamanga para dirimir la contienda dentro del perímetro que iban á recorrer.

II

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión, y decidido á llevar la guerra al norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del país, que al efectuar una marcha de circunvalación despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociera las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria diversión, para impedir que las fuerzas situadas á la distancia concurriesen á engrosar el ejército de Lima; desconcertara de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorparación con el grueso del ejército por el norte, después de destruir las tropas que encontrara á su paso, combinando sus movimientos con el plan general de campaña. El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su experiencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú por sus extraordinarias hazañas, lo señalaban de antemano. (Véase cap. V, § VII). Sus instrucciones, redactadas por San Martín en la víspera

de denunciar el armisticio de Miraflores (4 de octubre), le prevenían, atacar sin pérdida de tiempo la división enemiga que el virrey había destacado sobre Pisco al tiempo del desembarco, y replegádose á Ica. Ejecutada esta operación, penetrar en la sierra y posesionarse de Huancavelica y Huamanga. Dirigirse en seguida al valle de Jauja y establecer allí el cuartel general de la división, « fomentando la independencia » en todas las provincias inmediatas y cubriendo todas las » avenidas de la sierra hacia Lima ». Avanzar un destacamento hasta Tarma á la vez de remontar el valle de Jauja; « partiendo del principio, de que debiendo comenzar el ejército » sus operaciones por el norte de Lima, sus movimientos se» rían en concepto de replegarse á él en caso de contraste », manteniéndose mientras tanto en la sierra. Por último, le recomendaba la humanidad para con los enemigos de la independencia y para con los españoles europeos (3).

La división expedicionaria se componía de los batallones núm. 11 de los Andes y núm. 2 de Chile, al mando del mayor Román Dehesa (argentino) y teniente coronel Santiago Aldunate (chileno); dos piquetes de granaderos y cazadores á caballo, formando un escuadrón, á órdenes del mayor Juan Lavalle y teniente Vicente Suárez (paraguayo), y 2 piezas de artillería con su dotación de artilleros á cargo del teniente Hilario Cabrera (4). Fué nombrado jefe de estado mayor el teniente coronel argentino Manuel Rojas, que había hecho sus primeras armas contra las invasiones inglesas del Río de la Plata y militado con distinción en las campañas del Alto

---

(3) Instrucciones de San Martín al general Arenales en Pisco, de 4 de octubre de 1820. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 2). M. S. aut.

(4) Hé aquí el detalle de la fuerza de los cuerpos: Batallón núm. 2 de Chile: 471 plazas. Idem. núm. 11 de los Andes: 562 ídem. Piquete de Granaderos á caballo: 50 ídem. Idem Cazadores montados: 30 ídem. Piquete de artillería: 25 ídem. (« Relación histórica de la primera campaña del general Arenales á la sierra del Perú », por el coronel argentino José Segundo Roca, pág. 23.)

Perú. Con esta fuerza, escoltada para mayor garantía, por el regimiento de Cazadores montados, movióse sigilosamente Arenales en la noche del 5 de octubre en dirección á Ica con rumbo al sudeste. Por esta marcha de medio flanco, quedaba cortada la columna realista, situada en Ica, fuerte de 800 hombres de infantería y caballería. El coronel Quimper que la mandaba, púsose en fuga á la aproximación de los independientes, á los que se pasaron dos compañías de infantería. Con el resto, emprendió Quimper su retirada al sud á lo largo del camino de la costa por la falda de la sierra. Desprendióse en su persecución un destacamento de 250 hombres de caballería y de infantes montados al mando de Rojas. Marchando por caminos extraviados, situóse á tres leguas á retaguardia de Quimper, que con 600 hombres de infantería y caballería había hecho alto en el pueblo de Nasca. La caballería patriota, dirigida por Lavalle, y sostenida á la distancia por su infantería, atacó á gran galope el campo realista (15 de octubre). Fué una sorpresa completa. Cuarenta y un muertos, 86 prisioneros, entre ellos 6 oficiales, y 300 fusiles, fueron los trofeos de esta fácil jornada (5). Al día siguiente (16 de octubre) el teniente Suárez con 30 cazadores montados, sorprendió en Acari el convoy de Quimper, tomando 100 cargas de armamento, con la derrota de la tropa que lo custodiaba. De este modo quedó totalmente destruída la primera división desprendida del ejército de Lima contra el ejército expedicionario del Perú (6).

San Martín, mientras tanto, sólo esperaba que la expedi-

(5) « Boletín del E. U. L. del Perú », núm. 2. — Roca: « Rel. Hist. » cit. pág. 26. — Torrente, historiador español, confirma los detalles de os boletines independientes, dando 86 prisioneros de línea y « un gran número de milicianos, con pérdida de 300 fusiles », pero no habla de muertos. (« Hist. de la R. H. A. », t. III, pág. 38.) — Roca, en su « Relación », da 86 prisioneros sanos y 15 heridos.

(6) Camba: « Memorias », t. I, pág. 336, dice: « El general San Martín, destruyó al coronel Quimper ».

ción de la sierra iniciase su movimiento, para empezar á desenvolver su plan de campaña. « Arenales, — escribía á » O'Higgins, — debe ponerse á caballo sobre Jauja, y comu- » nicarse conmigo por el norte. Yo debo reembarcarme para » atacar al norte de Lima, sublevar las provincias de Huaylas, » Huánuco y Conchuchos, de cuya decisión estoy perfecta- » mente persuadido. Mi objeto en este movimiento, es blo- » quear á Lima por la insurrección general y obligar á Pe- » zuela á una capitulación, sin desatender al mismo tiempo » el aumento del ejército y la subyugación de la intendencia » de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará los me- » jores resultados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro » poder á los tres meses de la fecha » (7). Impaciente, instaba á Arenales para que acelerase su marcha, aun dejando atrás su parque, conducido á lomo de mula. El prudente general de la sierra, le contestaba dándole la razón, pero observaba : « Esto no es practicable. Yo no puedo ni debo dividir mi fuer- » za. El dejar el cargamento atrás, es exponerlo á un riesgo » inminente, y exponerme á carecer de armamento y muni- » ciones. Con el cargamento, me batiré aunque sea con el » mismo demonio, envalentonaré á los pueblos, y acreceré » la fuerza que debe hacer respetable nuestro ejército » (8). El general en jefe como en su lugar se explicó (cap. XXVI, § VII), debilitado por la separación de la cuarta parte de su ejército, maniobró por el espacio de quince días para ocultar el movimiento de Arenales, haciendo alarde de invadir á Lima por el valle de Cañete, con lo que logró completamente su intento de entretener al enemigo (9).

---

(7) Carta de San Martín á O'Higgins en Vicuña Mackenna « Gral. San Martín », pág. 30.

(8) Carta de San Martín de 6 de octubre y contestación de Arenales de 8 del mismo de 1820. (Arch. San Martín, vol. LX, núm. 2). M. S. S.

(9) Camba : « Memorias », etc , tomo I, pág. 340.

III

La vanguardia realista situada en Cañete á órdenes de O'Reylli, que debía operar en combinación con la columna de observación de Quimper sobre Pisco, se replegó á Lima así que San Martín apareció con su ejército en Ancón. La atención del virrey, llamada fuertemente hacia el norte, había perdido de vista el sud, cubierto por los movimientos simulados de San Martín al reembarcarse. Hacía nueve días que Arenales estaba en marcha y tramontaba la cordillera (30 de octubre), cuando tuvo el primer aviso vago de que una columna invasora de 1,400 hombres intentaba internarse hasta Huamanga. Consideró temeraria la empresa, cuando no imposible, pues contaba de seguro que sería contrarrestada por las fuerzas que defendían las intendencias de Arequipa, Cuzco y Puno, á la sazón engrosadas con dos batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, al mando del general Mariano Ricafort, señalado en el Alto Perú por sus servicios y sus crueldades, que tenía orden de situarse en Huamanga. Además, confiaba en tres compañías de fusileros que con anticipación había hecho salir de Lima para reforzar las guarniciones del valle de Jauja. Alarmado, empero, con la repetición de los avisos, tuvo la idea de dirigir por el camino más corto, una división de 1,000 infantes y 400 hombres de caballería, con el objeto de ocupar el puente de piedra de Iscuchaca sobre el Río Grande, — entre Huancavelica y Huancayo, — y que se situasen allí doscientas ó trescientas cabalgaduras para activar las operaciones de las tres fuerzas combinadas (10).

(10) Ofl. del virrey Pezuela al subdelegado de Jauja, de 30 de octubre de 1820, apud. Camba: « Memorias », tomo I, pág. 341.

Al proceder así el virrey, partía del supuesto erróneo, de que Iscuchaca era camino preciso para Jauja y Tarma, y tenía por seguro que allí sería detenida ó destruida la columna que intentara penetrar á la sierra. Ni aun en esto acertaba, como no acertó á realizar su mismo plan, que habría puesto en serios apuros á Arenales. Cuando al fin se convenció de que « la temeraria empresa », era una realidad, y cuando Arenales « estaba á caballo sobre Jauja », según las instrucciones de San Martín, dispuso tardíamente (18 de noviembre) que el batallón Extremadura se dirigiese por los altos hacia Huamanga y que O'Reylli marchase con dirección al Cerro de Pasco, al frente de una división de infantería y caballería, con el objeto de ocupar Tarma, cortar el puente de la Oroya sobre el Río Grande al norte de Jauja, y reforzado con las guarniciones de la comarca, tomar á Arenales entre dos fuegos. — Luego se verá cómo el general expedicionario supo burlar estas disposiciones y apoderarse de los elementos de guerra preparados en su contra.

Arenales mientras tanto, había aprovechado su tiempo, sin perder horas. Después de destruir la columna de Quimper, ocupóse de organizar una pequeña división para cubrir su retaguardia, al mando del teniente coronel Francisco Bermúdez y del mayor Félix Aldao, natural de Mendoza y antiguo capellán del Ejército de los Andes, tan valiente como disoluto, que había colgado los hábitos de fraile domínico y ceñídose el sable de los granaderos á caballo. El 21 emprendió su movimiento hacia la sierra, remontando por su margen la corriente del río Ica, y cruzó la cordillera por el paso de Castro-Virreina por entre nieves y riscos. El 31 ocupaba la ciudad de Huamanga, donde hizo alto para dar descanso á hombres y bestias. En 10 días había recorrido 415 kilómetros sin encontrar más obstáculos que vencer que los de la naturaleza. Desde Huamanga empezó á desenvolver su plan de maniobras para ocupar militarmente el valle de Jauja,

pues era el punto que precisamente había indicado el virrey para detenerlo y destruirlo antes de atravesar el Río Grande.

Este río, que como queda explicado, corre de norte á sud, se desvía hacia el este frente á Huancavelica y forma un doble codo á la altura de Huamanga. El puente de Iscuchaga, de que se hizo mención antes, está poco más arriba del desvío, y en el primer codo se encuentra otro puente de maromas llamado de Mayoc, que comunica como el anterior con Huancayo, Jauja, y con Tarma, haciendo un rodeo por la falda de la cordillera oriental (11).

Con estos conocimientos, olvidados por el virrey, desprendió el general desde Huamanga dos partidas á fin de apoderarse de las cabezas de los dos puentes, dirigiéndose con la columna al de Mayoc, donde se tomó prisionera la guardia que lo custodiaba.

Á caballo Arenales sobre el Río Grande, el valle de Huancayo fué ocupado sin resistencia. Las tropas del rey que lo defendían en número de 600 hombres, con algunas piezas de artillería, se replegaron sobre Jauja, y siguieron hacia Tarma buscando la protección de la columna de O'Reylli. Alcanzadas por el mayor Lavalle el 20 de noviembre, á las 9 de la noche, en una cuesta escabrosa á inmediaciones de Jauja, las atacó resueltamente con 40 granaderos á caballo y 15 oficiales voluntarios bien montados, matando 8 hombres y tomando 20 prisioneros, incluso 4 oficiales. El 21, dominaba Arenales todo el valle de Jauja. El comandante Rojas, con el batallón núm. 2 de Chile y 50 jinetes argentinos, se posesionó de Tarma, apoderándose de 6 piezas de artillería, 50,000 cartuchos y de los 200 caballos mandados reunir por el virrey, que

(11) Véase Arenales: « Carta geog. del Perú », cit. en « Mem. Hist. »

fueron un poderoso auxilio para la fatigada división expedicionaria (12). El primer objeto de la campaña estaba llenado.

IV

Dueño Arenales del valle del Río Grande y de Tarma, organizó política y militarmente las provincias libertadas, armó sus milicias, estableció sus depósitos de guerra, y provisto con los abundantes recursos del país, se puso en marcha hacia Pasco en busca de O'Reylli, que como queda dicho, había salido de Lima el 18 de noviembre al frente de una división. Componíase ésta del batallón Victoria, un escuadrón y varios piquetes de milicias regladas, la que reforzada con algunas compañías de infantería de la comarca, alcanzaba á formar un total como de 1,000 hombres (13). La división de Arenales, constaba de 740 infantes y 120 de caballería, incluso un piquete de voluntarios de Tarma, con 4 piezas de artillería (14). O'Reylli en un principio, ocupó el mineral

(12) « Boletín del E. U. L. del Perú », núm. 7. — Camba, historiador español, confirma los detalles del boletín independiente en sus « Memorias », etc., t. I, pág. 342-343, lo mismo que Torrente en su « Hist. de la Rev. H. A. », t. III, pág. 47-49.

(13) Esta es la fuerza que resulta de los estados que se tomaron á O'Reylli en la batalla de Pasco, á saber: 600 del batallón Victoria, 160 de Dragones y Lanceros de Lima y de Carabayllo, 100 del batallón Concordia, guarnición del mineral de Pasco, y más de 200 del Infante Don Carlos y voluntarios de infantería de Jauja, que haciendo caso omiso de una compañía de artillería salida de Lima, de que hace mención Torrente (« Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 48), dan un total de 960 hombres. Los realistas, para amenguar el triunfo de Arenales, propalaron que la división de O'Reylli no pasaba de 600 hombres. V. Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 99.

(14) Ofi. y carta de Arenales á San Martín de 11 y 31 de diciembre de 1820, cit. por Paz Soldán en su « Hist. del Perú. Indep. », p. 99.

de Pasco, pero variando de posición situóse en el pueblo del Cerro de Pasco, 15 kilómetros al sud, resuelto á disputar el terreno. Del éxito del combate que iba á empeñarse entre ambas fuerzas, dependía en gran parte la suerte de la expedición libertadora del Perú.

El 5 de diciembre, acampó Arenales á inmediaciones de la posición enemiga, reconoció el terreno intermedio, y decidió atacar en el siguiente día. El 6 al amanecer, púsose en marcha pausada para economizar las fuerzas de su tropa. Á las 9 de la mañana llegó al pie del elevado y escabroso cerro de Uliachín, que domina la población, y que se consideraba posición inexpugnable. Bajo una copiosa nevada, se posesionó de su cumbre, formado en tres columnas de ataque, dos paralelas á vanguardia y una de reserva á retaguardia en la proyección del claro de ambas, subiendo á brazo su artillería mandada por Cabrera. La atmósfera se despejó en aquel momento.

Desde la altura se divisaba al pie, el pueblo del Cerro situado en una hoyada, que sólo es accesible en su descenso por senderos escarpados. Entre las faldas del cerro de Uliachín y la población, se extiende un pequeño llano, cortado por un profundo barranco y dos lagunas, rodeado de terrenos pantanosos. La artillería patriota rompió el fuego desde la cumbre de Uliachín, para obligar al enemigo á descubrir su fuerza y su plan. O'Reylli al ver coronar las alturas, movióse á tambor batiente en actitud de combate, y tendió su línea á la orilla del pueblo. Á la derecha, colocó su caballería escalonada á retaguardia del flanco. Formó su infantería en dos batallones en primera línea, ocupando su izquierda una pequeña altura cubierta por las lagunas, y su centro y reserva en otra altura, cubierta por el barranco. Entre el centro y la izquierda estableció dos piezas de artillería, que batían el llano fronterizo. Á su frente desplegó dos compañías de cazadores para impedir la bajada. En esta dis-

posición, esperó el ataque que le llevaba resueltamente Arenales.

El combate se inició por parte de los independientes, en el mismo orden de columnas que llevaban al trepar el cerro. La columna de la derecha, la componía el núm. 2 de Chile, al mando de Aldunate; la de la izquierda, el batallón núm. 11 argentino á órdenes de Dehesa ; la reserva, á cargo de Rojas, formábanla compañías de ambos cuerpos. La caballería, mandada por Lavalle se situó á la izquierda en un bajo, frente á la enemiga, pero dividida de ella por el barranco y los pantanos. La artillería siguió el movimiento general por secciones, apoyando cada una de ellas el avance de las dos columnas de ataque. El núm. 2 de Chile (derecha independiente), atacó á paso de trote la izquierda realista, forzando un estrecho istmo de terreno escabroso formado por las dos lagunas que la cubrían; rompió sus fuegos á medio tiro de fusil y bajo el humo, se lanzó al asalto sobre la posición enemiga, desalojando de ella á sus sostenedores.

El punto cardinal del ataque era el centro, según el plan de Arenales. El núm. 11 de los Andes (izquierda independiente), encargado de romper la línea por esta parte, cargó simultáneamente sobre el barranco, bajo el fuego de la artillería enemiga. Mientras tanto, las compañías de cazadores del 2 y del 11, orillando la laguna occidental de Patarcocha (una de las que formaban el istmo) salvaba el barranco y flanqueaba la izquierda y centro enemigo. Forzado el obstáculo por el 11, fué recibido por una descarga cerrada á tiro de pistola, y se lanzó á la bayoneta sobre el centro, que desorganizado por lo brusco del ataque, intentó formar cuadro, y retrocedió al fin en desorden á refugiarse en la población, desbandándose en seguida. Al mismo tiempo Lavalle cargaba con su escuadrón sobre la caballería enemiga que se ponía en fuga. Las columnas triunfantes, atravesaron la población, y se reunieron al norte de ella, conti-



BATALLA DE PASCO
EL 6 DE DICIEMBRE DE 1820
INDEPENDIENTES
Infanteria en marcha
idem avanzando
idem en carga
Caballeria
REALISTAS
Infanteria
Caballeria
Fuga
Guerrillas
A LOS VENCEDORES DE PASCO
MEDALLA DE PASCO
Poblacion del Cerro
Caballeria persiguiendo
Reunion del II
Fuga
Laguna de Palarcocha
Carga
Cas de 2
Reserva
N 1
N 2
N II
Primera
Cerro
Pantanos
Marcha á la Posicion
O
E

nuando la persecución. (Véase el plano núm. 13). La derrota de los realistas fué casi instantánea, después de los primeros choques. Los trofeos de esta acción — que por su importancia más que por el número de combatientes, merece el nombre de batalla, — fueron : 343 prisioneros, entre ellos el general O'Reylli, y el coronel Andrés Santa Cruz, á quien veremos figurar más adelante en las filas independientes ; 58 muertos y 15 heridos ; la bandera del « Victoria » y los estandartes de la caballería; 2 piezas de artillería con sus pertrechos ; 360 fusiles, el parque y la caja militar. Los vencedores de Pasco fueron condecorados con una medalla, de oro para los jefes, de plata para los oficiales y un escudo de paño bordado de oro para los soldados (15).

La batalla de Pasco, abría las comunicaciones de la división de la sierra con el ejército, ligaba la insurrección del norte con la del centro decidiendo el pronunciamiento de Huánuaco, y salvaba el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

V

Á retaguardia de la columna expedicionaria, las armas de la revolución eran menos felices. El fuego de la insurrección encendido en su trayecto desde Ica á Huancayo, era apagado con sangre al mismo tiempo que triunfaba en Pasco. La pequeña división dejada en Ica á cargo del comandante Bermú-

---

(15) Parte ofi. de Arenales de 7 de diciembre de 1820. — Arenales : « Mem. Hist. » pág. 237 y sig. — « Boletín del E. U. L. del Perú », núm. 7. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 48. — Camba : « Memorias », t. I, pág. 342. — Paz Soldán : « Hist. del Perú. Indep. », pág. 97-98. — Roca : « Rel. Hist. » pág. 50 y sig.

dez y mayor Aldao, amenazada por fuerzas superiores que operaban en la costa y en la sierra, vióse obligada á evacuar la posición. Con arreglo á sus instrucciones se replegó hacia la sierra en busca de la incorporación de Arenales. Alcanzada su retaguardia por una columna desprendida de Lima, perdió en el encuentro 14 muertos, 13 prisioneros y parte del armamento y municiones que conducía. Pudo, empero, continuar su retirada y llegar hasta Huancayo, hostilizada á lo largo de su penoso camino por los mismos indios que en su tránsito habían vitoreado á Arenales, y que recibieron su retaguardia con hondas y peñascos desprendidos de alturas inaccesibles. En Huancayo tuvo la noticia del triunfo de Pasco. Arenales, sabedor de los movimientos de Ricafort en la sierra, previno á Bermúdez que continuara su repliegue sobre el valle de Jauja, evitando todo encuentro decisivo, hasta que reunidas todas las fuerzas independientes que operaban entre Tarma, Jauja y Pasco, pudiesen volver sobre el enemigo que amagaba su espalda.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, el general Ricafort se había movido con el batallón 1.° del Imperial Alejandro y un escuadrón de dragones, pertenecientes á la reserva situada en Arequipa, con dirección á Lima. Á la altura de Nasca, impuesto de las novedades de la costa, tomó la vuelta de la sierra, y se situó en Andahuylas sobre las vertientes del Apurimac, de modo de cubrir las intendencias del Cuzco y Arequipa, amenazando á las de Huamanga y Tarma por la espalda y el flanco. Allí se le reunieron, el batallón Castro (de Chilotes) y dos escuadrones salidos del Cuzco (el 1.° de noviembre), con lo cual formó una división como de 1,300 hombres superior á la de Arenales. Al mismo tiempo que éste avanzaba sobre Pasco, Ricafort salía de Andehuylas y marchaba sobre Huamanga. Los indios de esta comarca, sublevados en masa, ocuparon en grupos desordenados las alturas de la entrada de su pueblo, con algunas

piezas de artillería ligera y unos pocos fusiles, rompiendo un fuego tan desconcertado como inofensivo (29 de noviembre).

Atacados y fácilmente vencidos en sus posiciones, fueron pasados á cuchillo cuantos cayeron en manos del vencedor. Los dispersos, unidos á otros insurrectos, se refugiaron en el pueblo de Cangallo en número de 4,000. Intimados de rendirse y rechazado el indulto, Ricafort marchó sobre ellos con 400 infantes, 200 jinetes y una pieza de artillería. Los indios armados tan sólo de piedras, cargados á la bayoneta por la infantería y simultáneamente por la caballería, fueron deshechos segunda vez, dejando en el campo mil cadáveres (2 de diciembre). Los realistas no perdieron un hombre, y sólo tuvieron ocho contusos y dos caballos maltratados. El pueblo de Cangallo fué saqueado durante 48 horas y entregado á las llamas. Era la repetición del sistema de terrorismo ensayado en el Alto Perú y la renovación de las bárbaras escenas de la primitiva conquista española (16).

Ricafort, marcando su paso con degüellos, incendios y saqueos, contramarchó sobre Huamanga, donde reconcentró su división. Allí tuvo noticia de que Bermúdez y Aldao se habían puesto al frente de la insurrección de Huancayo. Estos jefes, desatendiendo las prevenciones de Arenales, y animados por la decisión de los habitantes de la comarca, resolvieron esperar al enemigo con un montón de 5,000 indígenas

---

(16) Los historiadores españoles pasan por alto estas primeras crueldades de Ricafort en el Bajo Perú, aunque hagan mención de las subsiguientes, que por otra parte, constan oficialmente. Empero, en el núm. 2 de la « Gaceta del Gobierno de Lima », de 4 de enero de 1821, se registra una carta de Huancavelica de 20 de diciembre de 1820, en que refiriéndose á la acción de Cangallo, dice : « Este venerado jefe (Rica- » fort) llegó á ésta después de haber derrotado completamente á los mo- » rochucos, con muerte de 800 de ellos y ninguno de los nuestros ». — Véase además Paz Soldán : « Hist. del Perú. Indep. », que es el único que trae noticias sobre estos primeros encuentros con los indios insurrectos.

armados de hondas, macanas y rejones, á que servía de núcleo un escuadrón de caballería organizado por Aldao y un piquete de fusileros con tres piezas de artillería. El día 29, á las 3 de la tarde, apareció Ricafort en la pampa de Huancayo con 1,300 hombres de las tres armas, formados en dos columnas de ataque, forzó fácilmente un desfiladero, dispersó la indiada que lo sostenía, rodeó y asaltó el pueblo entregándolo al saqueo, y pasó á cuchillo más de 500 hombres indefensos. Los realistas sólo tuvieron 21 hombres heridos y 27 caballos muertos ó heridos, lo que demuestra lo inútil de la inhumana carnicería (17).

Aldao, que en esta acción acreditó mucho valor y disposiciones militares, se retiró á Jauja, con los restos de su pequeño escuadrón donde en desavenencia con Bermúdez, asumió el mando militar de la insurrección del valle, sostenido por el gobernador Francisco de Paula Otero (argentino, de Jujuy), nombrado por los patriotas. Privado del apoyo de la división de Arenales, que había emprendido su marcha hacia la costa después de la batalla del Cerro, continuó su retirada por la sierra Tarma, y se situó en Reyes, cubriendo los caminos de Pasco, resuelto á sostener el terreno. Ricafort, en vez de perseguir á los fugitivos, se dirigió desde Jauja á Lima y descendió la cordillera por la quebrada de San Mateo, hostilizada su retaguardia por los indígenas y naturales del país (enero 1821). Aldao, á la cabeza de 260 hombres que había

(17) Parte ofi. de Ricafort, fechado en Jauja el 2 de enero de 1821, inserto en la « Gac. del Gob. de Lima », núm. 3 de 8 de enero de 1821, donde se da el número de muertos. — Parte ofi. de Aldao de 29 de diciembre de 1820 en Jauja, apud Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 128-130 (*nota*) — Arenales : « Mem. Hist. », pág. 5-7. — Torrente : « Hist. de la Revol. H. A. », t. III, pág. 50 y sig. — Camba : « Memorias », etc., t. I, pág. 436. — Ricafort en su parte da el número de 10,000 indios, — que para el caso es lo mismo, — y Torrente y Camba lo repiten.

reunido, volvió entonces sobre Tarma con ánimo de renovar las hostilidades, recorrió el valle de Jauja reanimando la insurrección, se situó de nuevo en Huancayo y avanzó hasta Iscuchaca. En pocos días logró reunir otros 3,000 indios bajo su bandera de guerrillero, poderosamente ayudado por la activa propaganda de los curas patriotas de los pueblos de que está cuajada aquella comarca. Con esta fuerza colecticia, á que dió una semblanza de organización militar, ocupó los desfiladeros y las cabezas del puente del Río Grande, cuya línea se propuso defender contra una pequeña división, mandada por el activo coronel José Corratalá, quien siguiendo los pasos de Ricafort, lo excedería en crueldades. Aldao, librado á sus inspiraciones y recursos del país, mantuvo viva la insurrección en los valles de Huancayo, Jauja y Tarma, hasta las alturas frígidas de Pasco, eficazmente ayudado por el gobernador Otero. Los indios, feroces por temperamento y exasperados por las crueldades de que eran víctimas, presentaron al caudillo de la insurrección dos cabezas de enemigos, como signo de fidelidad.

VI

La expedición de la sierra tenía dos objetos: uno militar y otro político. El primero, que era efectuar una poderosa diversión y concurrir á las operaciones del grueso del ejército invasor por el norte, estaba llenado con grandes ventajas para la causa de la independencia peruana. El segundo, que era la insurrección del interior del país, estaba también llenado en parte; pero no podía producir todos sus efectos, á menos de mantener la guerra en la sierra misma con el apoyo de tropas regulares, remontando la división de Arenales, de manera de formar un verdadero cuerpo de ejército, así para ha-

cer frente á las fuerzas superiores que debían converger sobre ella, como para dilatar el teatro de las operaciones encerradas en estrecho círculo, y nacionalizar la expedición libertadora con el doble concurso de la opinión y de las armas. Arenales, en prosecución de sus objetivos militares, poco se cuidó de organizar la insurrección á su espalda, que entregada á su espontaneidad, era impotente aun para mantenerse en su terreno, por mucha que fuese la decisión de las masas informes de indios, que desarmados daban bravamente batallas por su cuenta. La decisión de Aldao pudo prolongarla y darle algún nervio, pero esta insurrección, débil é inconsistente en sí misma, inútil como elemento militar asimilable, poco ó nada podía influir en el resultado final, á que perjudicaría más bien con sus derrotas ó carnicerías brindadas al enemigo.

Al tiempo de establecerse en Huaura y recibir la noticia de que Arenales estaba en Huamanga, en marcha hacia Jauja, San Martín tuvo la intención (á mediados de noviembre), de reforzarla con una división de 500 hombres, lo que habría formalizado las hostilidades de la sierra ; pero luego desistió de esta idea por los motivos que en su lugar se apuntaron. (Véase cap. XXVII, § V). Desde Jauja (el 25 de noviembre), Arenales había abierto comunicación epistolar con él, anunciándole su resolución de marchar en busca de la división de O'Reylli (18). Después de la batalla de Pasco, cuya noticia llegó al cuartel general de Huaura el 9 de diciembre (19), la división de la sierra se puso en marcha hacia la costa once días después (20). Estas fechas comparadas pueden servir para ilustrar una cuestión histórica de algún interés ¿ De or-

---

(18) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 5, en Huaura.
(19) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 7, en Huaura.
(20) Roca : « Rel. Hist. », pág. 66, quien dice : « El 20 ó 21 de diciem-
» bre la división Arenales emprendió su marcha hacia la costa ».

den de quién se retiró Arenales de la sierra? Sus instrucciones, como se ha visto (§ II de este cap.), le prevenían, posesionarse del valle de Jauja y de Tarma, cubrir todas las avenidas de la sierra hacia Lima, y combinar sus operaciones de manera de replegarse al ejército por el norte « en caso de contraste ». Dado el triunfo y las ventajas alcanzadas, todo aconsejaba mantener el terreno conquistado, de conformidad á las instrucciones, y volver sobre Jauja en busca de Ricafort según el plan del mismo Arenales antes de la derrota de Huancayo. Es posible que en el espacio de once días, que mediaron entre 9 y 20 de diciembre, Arenales recibiese nuevas instrucciones; y él asegura que efectuó su retirada en virtud de órdenes superiores, pero sin indicar su tenor ni determinar fecha, y su biógrafo agrega que representó en contrario antes de verificarla (21). Según otro testimonio autorizado, el 18 de diciembre se recibieron en el cuartel general noticias de Arenales de 11 del mismo, avisando que en esa fecha se ponía en marcha para situarse en Canta, « con arreglo á lo ordenado por el general » (22). El hecho es, que diez díaz después de su salida de Pasco (el 30 de diciembre) había repasado la cordillera y hallábase en Huamantanga, á inmediaciones de Lima, entre las nacientes de los ríos Carabayllo y Chancay, cuando el ejército permanecía aún en Huaura (23). Casi al mismo tiempo (á mediados de enero) Ricafort, después de abandonar Jauja, descendía paralelamente á Lima por la quebrada de San Mateo. Fué entonces cuando San Martín inició con el ejército su aventurado avance de frente sobre

---

(21) Carta del general Arenales en « Mem. Hist. » de su hijo el coronel José Arenales, pág. 170-171.

(22) Diario del general Las Heras (M. S.) cit. por Bulnes: « Hist. de la Exp. lib. del Perú », tomo I, pág. 453.

(23) Boletín del E. U. L. del Perú, núm. 8, en Huaura — Según Paz Soldán, « Hist. del Perú Indep. », pág. 130, desde el 28 de diciembre de 1820, se hallaba Arenales con su división en Huamantanga.

Retes, y dispuso (el 2 de enero) que la división descendiese de la sierra para concurrir á un ataque combinado que pensó llevar sobre Lima (24). Desistió de esta idea, en virtud de las juiciosas reflexiones de Arenales (véase cap. XXII, § VII), siendo probablemente esta la ocasión en que manifestó su opinión contraria á la retirada en tal ocasión.

De todos modos, la retirada de la división fué aprobada por San Martín, una vez ejecutada con orden ó sin ella, y expresamente ordenada con posterioridad, teniendo en vista un plan combinado. Hasta entonces, no había dado la debida importancia á la ocupación del territorio de la sierra. Pero inmediatamente comprendió que era un error abandonar aquel teatro que tanto prometía, error en que había incurrido el mismo enemigo. En consecuencia dió contraórdenes (5 de enero de 1821); pero ya era tarde. La división se hallaba muy avanzada sobre la costa, y se incorporó al ejército (8 de enero de 1821), cubierta de gloriosos andrajos y rica de trofeos, después de una marcha triunfal de 1,050 kilómetros desde Ica hasta Retes. En este trayecto, en medio de dos ejércitos, había dado dos combates y una batalla, ganado banderas y cañones, y tomado cientos de prisioneros, derrotando dos gruesas divisiones del enemigo.

La primera campaña de la sierra, como operación inicial de la invasión fué una inspiración original, y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fué el más osado y bien conducido de la expedición del Perú, según lo han reconocido los mismos enemigos. Si no dió desde luego todos los resultados que debiera, dadas las ventajas que obtuvo, éstas excedieron los objetos militares que se tuvieron en vista al emprenderla.

---

(24) Ofi. M. S. de San Martín de 2 de enero de 1820 al ministro de Chile, cit. por Paz Soldán bajo el núm. 103 de su Cat. en « Hist. del Perú Indep. », pág. 130.

Descubrió el talón vulnerable del poder español en el Perú. Popularizó la invasión, sublevando el país en su trayecto. Derrotó moralmente á los ejércitos realistas, al demostrar prácticamente, que una columna volante de mil hombres, podía pasearse triunfalmente por en medio de ellos, á cortar todas sus líneas, y amenazar todas sus bases, desbaratando todos sus planes y destruyendo todas sus fuerzas destacadas. Ensanchó el círculo de las operaciones y dió impulso á la opinión que debía concurrir á ellas. Exploró la región dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sud-americana desde Junín hasta Ayacucho, y conmemoró este teatro de la guerra final con la victoria más señalada de la campaña de San Martín. Bajo estos diversos aspectos, hay que admirar en esta operación de guerra, la precisión y la amplitud de la concepción y el arrojo y la habilidad de la ejecución.

CAPÍTULO XXIX

ARMISTICIO DE PUNCHAUCA

AÑO 1821

Estado político y militar en 1821. — Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú. — Coincidencias históricas. — Antagonismos políticos y militares entre los realistas. — Deposición del virrey Pezuela. — La Serna le sucede en el mando. — Triste situación de los realistas en Lima. — La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura. — Fortaleza de ánimo de San Martín. — Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz. — San Martín abre operaciones sobre la sierra y los puertos intermedios. — Estrecha el sitio de Lima. — Nueva política de los liberales españoles respecto de América. — Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos. — Examen de esta política y sus resultados. — Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo. — Bolívar y Morillo fraternizan. — Colombia envía diputados á España para tratar de la paz. — Se rompe el armisticio de Colombia. — Carácter de la revolución de Méjico. — Aparición de Itúrbide. — El Plan de Iguala. — Armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín con La Serna. — San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica. — Prorrogación y rompimiento del armisticio. — Ultimátum confidencial de San Martín. — La guerra bajo la bandera de parlamento. — San Martín se decide por la guerra. Explicación de su conducta. — El ejército español evacua Lima. — Actitud de San Martín en esta ocasión. — Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto. — Inacción de San Martín. — Inspiraciones salvadoras de los realistas. — Errores militares de San Martín.

I

Á principios de 1821,— cuatro meses después de abierta la campaña de la expedición libertadora, — la causa realista parecía perdida en el Perú. « El edificio español-peruano se

desmoronaba, anunciando su total ruina », según confesión de un historiador español, actor en los sucesos (1). La revolución sud-americana consolidada en el sud del continente, avanzaba triunfante por el norte. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido á la impotencia, apenas podía sostenerse en su posición y no tenía más prospecto que capitular. El ejército del Alto Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo en sus posiciones. El ejército de reserva, situado en las intendencias del sud del Perú, habíase fraccionado para hacer frente á la expedición de Arenales. Ricafort, vencedor de las bandas desordenadas de indios de la columna de la sierra, se había retirado á Lima después de evacuar el valle de Jauja. La insurreción de la sierra, tan inconsistente como era, dominaba el centro del país, y las guerrillas de los alrededores de la capital la estrechaban y hostilizaban eficazmente hasta privarla de alimentos. El virrey Pezuela, en junta de generales, había « significado » sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del país » en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar supe» riores » (2). El general en jefe del ejército del Alto Perú, relegado en Puno, declaraba terminantemente á su gobierno: « Los progresos de los enemigos y decadencia de nuestros » medios para contrarrestarlos, no tienen remedio, si luego, » luego, y cuanto antes, no se envían auxilios peninsulares, » y entre éstos seis buques de guerra, de ellos tres navíos; — » todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás soco» rros sobre Buenos Aires, si se ha de poner término á esta » desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta » el nombre. Sin los auxilios que se necesitan, con la mayor

---

(1) Camba: « Memorias », etc., t. I, pág. 343.

(2) Representación documentada del general Valdez, apud. Camba, « Memorias », t. I, pág. 373.

» exigencia y prontitud, se pierde irremisiblemente la Amé-
» rica » (3).

Todo esto, que hace el elogio de San Martín como general y como político, quien con tan escasos elementos había obtenido tan grandes ventajas, realza más la energía de los jefes españoles, que en tan desesperada situación, inhábilmente mandados en lo militar y en lo político, aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza, y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más con sólo los recursos del país.

Por una singular coincidencia, esta valerosa resolución, tomaba por fundamento un antecedente histórico que se liga en cierto modo con la vida militar de San Martín en España. Es el caso, que muerto el coronel Menacho, antiguo jefe de San Martín en la Península, mientras sostenía en 1811 el sitio de Badajoz, una junta de guerra que se reunió inmediatamente, votó en mayoría por la rendición, y sólo uno por la resistencia. La plaza capituló en consecuencia. La Regencia, con aprobación de las Cortes, declaró en 1812, que « mien-
» tras hubiese en una plaza un oficial que opinara por la de-
» fensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularía, y se
» encargara del mando en el hecho el mismo oficial que así
» opinase ». Apoyados en esta teoría legal, los jefes del ejército español del Perú, sostenían tener el derecho « á resis-

(3) Ofi. del general Ramírez Orozco, de 1.° de enero de 1821, antes cit., y reproducido por Camba en sus « Memorias », t. I, pág 374 y sig. — El virrey Pezuela en su « Manifiesto », cit., pág. 22 y 26, estampa casi textualmente las palabras de Ramírez Orozco : « Esta (la pérdida de la
» preponderancia marítima en el Pacífico), es el origen de nuestros pre-
» sentes conflictos, y lo será de la pérdida total de la América, si no se
» verifica el arribo de fuerzas navales. Sin el dominio del mar es impo-
» sible salvar estos países. El problema de la conservación de América,
» se ha de resolver en la Península ».

» tir abiertamente el pensamiento de rendir las armas antes
» de probar fortuna » (4).

Por otra coincidencia, que obedecía á la lógica, el general, que según el juicio de un historiador universal antes citado (5), había dado nueva fuerza impulsiva á la lucha hispano-americana, al trasponer los Andes y dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, reaccionando sobre España misma, y contribuído así por doble y recíproca acción refleja á promover la revolución liberal de 1820 en la metrópoli, era el mismo que se encontraba en el Perú, en presencia de uno de los resultados de su acción inicial. La expedición libertadora del Perú, coincidía de este modo, con el movimiento liberal transportado de la metrópoli á sus colonias, y al penetrar en las filas de los ejércitos realistas, debilitaba por una parte la autoridad política, si bien por otra retemplaba la acción militar, pero á costa de las fuerzas propias, que se desperdiciaban en su roce. Hay que reconocer, que esta circunstancia, favoreció la atrevida empresa de San Martín sobre el Perú, como hay que reconocer, que él había contribuído á producirla, y que supo aprovecharla por el momento.

II

Ya se ha visto (cap. XXV, § VIII) cómo el amago de la expedición chileno-argentina sobre el Perú, provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles que representaban en el orden militar un partido político y una

(4) Camba : « Memorias », t. I, pág. 372.
(5) Gervinus : « Histoire du XIX^{e} siècle », t. VI, pág. 150.

fuerza, complicándose esta situación con el antagonismo entre realistas indígenas y peninsulares armados. La invasión del Perú por San Martín, las desacertadas medidas del virrey para contrarrestarla, la flojedad con que fué conducida la guerra en tal ocasión y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta profunda división. La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el virrey y el pueblo y el ejército. Llegó á generalizarse la creencia, de que « los leales estaban vendidos » ; que « en el gobierno no había plan ni capacidad para hacer conjurar la tempesdad » ; y se formó la conciencia de que por ese camino « se iba derecho á una capitulación vergonzosa », que la mayoría del ejército resistía abiertamente (6). Estos resultados, á que concurrían los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, á la vez que creaban una situación, que no tenía más salida que la derrota pasiva ó la resistencia activa. Antes de apelar á los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna é inspirados por Valdez, redujeron al virrey á crear bajo su presidencia una « junta directiva de la guerra » con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo á la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción. La inacción del virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades sobre Huaura, y más que todo, las órdenes y contra órdenes para llevar un ataque sobre San Martín, cuando éste avanzó atrevidamente sobre Retes, acabaron por determinar la crisis que venía preparada de tiempo atrás. La deposición del virrey quedó resuelta por la logia militar de los constitucionalistas.

---

(6) Camba : « Memorias », etc., t. I, pág. 355 y 369.

En la noche del 28 de enero (1821) La Serna se retiró del campamento de Asnapuquio. Al día siguiente, Canterac y Valdez pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al virrey « entregase » el mando supremo en el término de cuatro horas, por exi- » girlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, como » único medio de evitar disturbios y conservar á la España el » Perú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia, » que estaban tomadas todas las medidas para que se cum- » pliese lo resuelto á fin de dejar bien puesto el honor nacio- » nal.» Pezuela, dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando y contestó con dignidad en el mismo día: « Sálvese la patria y sálvense mis compañeros » de armas, que es lo que importa, y sea todo más feliz bajo » el gobierno del Sr. La Serna ». Así quedó consumado el movimiento lealista-liberal conocido en la historia con el nombre de « sublevación de Asnapuquio », que prolongó por cuatro años más la guerra hispano-americana en el Perú (7). Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes, á mantener en alto la bandera del rey absoluto en pugna con la independencia americana y con sus principios. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador: « Fiados en su patriotismo y en su propio aliento, no pu- » diendo conformarse con permanacer inactivos para verse » necesariamente estrechados á capitular, quisieron prolon- » gar la resistencia y probar fortuna, como entendían se po-

(7) « Manifiesto del virrey Pezuela ». — Representación documentada del general Valdez al Rey, cit. — En un folleto, impreso en Río de Janeiro en 1821, se dan noticias sobre el carácter y cualidades de los jefes que encabezaron el movimiento. Su título : « Rebelión de Asnapuquio, etc., Escrito por el Ingenuo ».

» día » (8). Y lo hicieron como lo dijeron, á fuer de soldados españoles.

Antes que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente á San Martín á una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de « hallar un medio, que conciliase » y terminase las desavenencias entre españoles americanos » y europeos, lo que, según él, podría verificarse en término » de veinte y cuatro horas, si se obraba de buena fe para arre» glar las bases esenciales ». San Martín contestó : « Ten» dré una satisfacción superior á cuantas he sentido en mi » vida pública, si al fin se acierta con el medio de conciliar » los intereses de los españoles con los derechos de los ame» ricanos, ahorrando las calamidades que á todos amenaza, » si se abandona al orden lento de los sucesos, la obra que » podrá muy bien acelerar la prudencia humana, ya que no » haya un poder capaz de detener el impulso que los dirige ». Por parte de San Martín, fueron nombrados Guido y Alvarado, y por parte de La Serna, Valdez y el coronel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre-Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las ideas liberales comunes á ambos mundos, renovaron las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas, bajo la base de la aceptación de la constitución española. Los independientes declararon, que era inútil toda discusión que no partiese de la base del reconocimiento de la independencia del Perú, sobre la cual únicamente estaban autorizados á fijar preliminares de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose á Loriga, le dijo : — Coronel : el señor Valdez y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros : dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos á dar un paseo por estas

(8) Camba : « Memorias », etc., tomo I, pág. 380.

inmediaciones. — Esta franca invitación fué bien recibida, y ambos salieron dándose el brazo. En el curso de la conversación que tuvieron, Loriga, ó por cálculo ó con la franqueza que le era genial, manifestó á Alvarado : — que era posible que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, para trasladarse á las provincias de abundantes recursos y temperatura sana de la sierra, contando que, en cuatro ó cinco meses más batirían con ventaja á los independientes donde quiera que éstos los buscasen. — Esta confidencia, fué el único resultado de la entrevista (9).

Á pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por el gobierno constitucional de España, hicieron concebir la esperanza de un acomodamiento sobre la base de la independencia de las colonias insurreccionadas con el consentimiento de la metrópoli y con el concurso de liberales españoles en América, mediante una combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico, — según se explicará luego, — creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Méjico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que

---

(9) « Memoria hist. biog. » de Alvarado. M. S. Arch. San Martín; vol. LXXII. — Cartas cambiadas entre La Serna y San Martín en febrero de 1821, y ofi. de los comisionados Guido y Alvarado, de febrero 23 del mismo año. Véase Col. de « Docs. Hists. » de Odriozola, t. IV, páginas 243-245.

antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron á reducir á la última impotencia al ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mismos partidarios y el desaliento entre los realistas. El hambre y la carestía acreció en la población. Para colmo de males, la peste endémica del país en la región de la costa, se declaró en el campamento insalubre de Asnapuquio con los caracteres malignos de la fiebre amarilla. El ejército realista llegó á tener 20 muertos por día y como 3,000 enfermos. La imposibilidad de sostener por más tiempo la capital se hizo evidente. Evacuarla, era la idea de La Serna desde antes de asumir el mando, como único medio de hacer la guerra con ventaja, según Loriga lo había manifestado á Alvarado; pero aun para esto mismo tropezaba con dificultades y encontraba resistencias entre sus subordinados. Á esto vino á agregarse la llegada de un comisionado regio con instrucciones pacíficas, que retardó la resolución salvadora para sus armas. Mientras tanto, movía sin concierto sus divisiones de la costa á la sierra ó las reconcentraba en Lima, ora ensanchando por demás el círculo de sus operaciones, ora circunscribiéndolas en el estrecho espacio en que las enfermedades, el hambre y la desmoralización le hacían experimentar más pérdidas que las que hubiese tenido en una batalla campal.

La situación del ejército independiente en Huaura, no era mejor. Allí también se había declarado la peste, á punto de hallarse imposibilitado de resistir al más ligero ataque que le hubiese llevado el enemigo. « Mil quinientos enfermos, es» cribía San Martín á O'Higgins, y otros tantos convale» cientes, es el estado del ejército » (10). Apenas mil hom-

---

(10) Carta de San Martín á O'Higgins de abril de 1820, apud. Mackenna « El Gral. San Martín », pág. 33.

bres podían sostener las armas en la mano. Hubo día de morir 100 soldados. Algunos batallones quedaron en esqueleto (11). El general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: « Mi salud está » muy abatida: creo con evidencia, que si continúo así, » pronto daré en tierra » (12). Pero si su cuerpo estaba débil, su espíritu estaba fuerte, y su genio militar y político vigoroso aún. San Martín, en esos momentos, según el elocuente testimonio de los contemporáneos peruanos, « sostenía el ca- » dáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no » teniendo soldados ni para el relevo de sus puestos avan- » zados » (13). Uno de sus generales, recordando estos tristes días, escribía veinte años después : « Nunca San Martín » mostró más genio que entonces: ora inundando á Lima y » sus alrededores de guerrilleros; ora ocultando al enemigo » nuestra positiva debilidad ; ora emprendiendo campaña » sobre la sierra con espectros en lugar de hombres; ora » expedicionando sobre la costa ; ora en fin, con la negocia- » ción y la intriga que dió tiempo para superar aquella es- » pantosa situación. Jamás en ocasión alguna le encontré » tan grande » (14).

En estas circunstancias arribó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico. El comisionado, hombre de cortos alcances y poca discreción, desembarcó

(11) « Mem. hist. » del general Alvarado. (Arch. San Martín, vol. LXXIII. M. S.)

(12) Carta de San Martín á O'Higgins de 3 marzo 1820, apud. Vicuña Mackenna : « Gral. San Martín », pág. 34.

(13) « Impugnación al artículo contra el fundador de la libertad del Perú, inserto en el núm. 5 de la *Abeja Republicana* », pág. 11. Este testimonio fué dado por los peruanos, cuando San Martín estaba caído.

(14) Carta del general Alvarado de 1.º de setiembre de 1863, pub. en facsímile en « Autógrafo Americano », sección 1.ª, por Lagomaggiore.

en Payta, llegó al campamento de Huaura el 25 de marzo (1821) donde fué recibido con todos los honores de embajador regio, y cordialmente obsequiado. En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín, y concibió por él una grande admiración. Trasladado á Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron á mal estas expansiones; pero obligado el virrey á cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con los insurrectos, hubo de suspender por el momento su resolución de evacuar Lima, y dió el primer paso, invitando confidencialmente á San Martín á fin de « nombrar » comisionados y tranzar las diferencias pendientes entre » los disidentes, y restituir á los países americanos su an- » tigua tranquilidad, ganando en felicidad » (abril 9). San Martín contestó lacónicamente que « transigir las diferencias » entre españoles y americanos, era un asunto de tanta gra- » vedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requi- » sito adolecería de nulidad la negociación que se entablase » (abril 15).

Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna á cargo de Míller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y á fin de salvar sus tropas de las fiebres que las devoraban, dispuso que otra fuerte columna al mando de Arenales, recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto, estrechó el asedio de Lima.

Seguiremos á San Martín en este nuevo avance, dejando para después ocuparnos de la expedición Míller y de la se-

gunda campaña de Arenales sobre la sierra, á fin de no interrumpir la unidad del relato, y continuar con las negociaciones que se abrieron en consecuencia de la llegada del comisario regio.

El ejército independiente levantó su campo de Huaura (abril 27). Tres batallones con 6 piezas de artillería embarcáronse en una caleta cerca de Huacho, con San Martín á la cabeza. Dos batallones con un regimiento de caballería se situaron á la defensiva á retaguardia de Huaura entre los ríos Supe y Barranca, con los hospitales, el parque y la maestranza, fuera del alcance del ejército de Lima, con orden de replegarse á la sierra del norte caso de ser atacados por fuerzas superiores. Un regimiento de caballería cubrió las avanzadas ganando terreno (15). El general se presentó frente á Lima con los transportes que conducían su división, y después de practicar reconocimientos á lo largo de la costa, fondeó en Ancón, amagando un desembarco, en actitud de llevar un ataque combinado por el sud, por la cordillera, por la costa y por el pie de la sierra, sin dejar entrever el punto por donde pudiese emprenderlo. Dando vuelo libre á su caballería, engrosada con las bien organizadas partidas volantes de las guerrillas del país, dueñas de todas las quebradas inmediatas al oeste de Lima (á 30 kilómetros de distancia), encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y la posición de Asnapuquio. Con motivo de este despliegue fantasmagórico, que hirió la imaginación de los realistas, y le dió desde luego el predominio moral, dice un testigo presencial: « El general » San Martín poseía los más originales recursos para producir

(15) Instrucciones que deberá observar el comandante general de Huaura, y plan de campaña á que deberá arreglarse, con clave y plan de señales, de 22 de abril de 1821. (Arch. San Martín, vol. LX). M. S.

» entre los enemigos cuantas ilusiones y cuidados quería, y » es difícil explicar hasta qué punto llegaba su extraordina- » ria habilidad en esta parte » (16).

Bajo estos auspicios se abrieron formalmente las negociaciones pacíficas iniciadas por el virrey, de acuerdo con el comisionado Abreu.

IV

El envío del comisionado regio al Perú, no es un hecho aislado: era la inauguración de una nueva política conciliatoria de la España para con sus colonias insurreccionadas, impuesta á la España por su nueva situación después del movimiento liberal de 1820. Desde entonces, los rebeldes ó insurgentes de ultramar, fueron calificados de meros disidentes y reconocidos como beligerantes, en nombre de un derecho solidario. Esta política fué inaugurada por la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos, dictada por los constitucionalistas triunfantes. « La triste experiencia de seis años, — » son las palabras del rey — y el clamor de sus demostra- » ciones enérgicas (la insurrección en América y la revolu-

(16) Arenales : « Mem. Hist. », pág. 61. — Un enemigo de San Martín, y que tenía profundos resentimientos personales con él, además de ser partidario de Bolívar, el coronel Hera (el que denunció la conspiración de los jefes de los Andes en Lima), hace á este respecto el siguiente retrato de él : « San Martín conocía perfectamente la guerra que hacía » y obraba en consecuencia; es sagaz con el pueblo, trata bien al soldado, » es ecónomo de las rentas, fecundo en arbitrios, y más fecundo todavía » para alucinar cuando le interesa. Á este don de la naturaleza, más que » á su saber, que es menos que común, debe los sucesos y la fama que » ha obtenido. Guarda una profunda reserva en sus providencias, digni- » dad en su comportamiento y es muy contraído al trabajo. » (V. « Memorias de O'Leary », t. II, pág. 169.)

» ción en la Península), había convencido á todos, que el » régimen incautamente reinstalado en 1814 (el absolutismo) » acumulando los males, obligaba á retroceder en el camino » tomado entonces.» El soberano, así convencido por la triste experiencia y las demostraciones enérgicas de ambos hemisferios, declaró que « los americanos-españoles, extra- » viados en la senda del bien, tenían al fin lo que buscaban » por medio de la guerra, que no había producido sino » desolación y lágrimas ». En consecuencia, los invitaba á tratar de la paz con sus hermanos libres de la metrópoli, *como iguales suyos.* Pero al considerar en tales términos el absolutismo á los americanos en su resistencia y darles la razón, el rey sólo les ofrecía el goce común de la constitución de 1812, rechazada por ellos aun antes de declarar su independencia, « para que renaciesen, decía, las relaciones » de tres siglos y las que reclamaban las luces del siglo ». Terminaba con la amenaza de la indignación nacional y el sometimiento por la fuerza en caso de ser desoído este paternal llamamiento á la concordia (17). Este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo á la guerra.

Los liberales españoles, que desde 1810 á 1814 tan desacertadamente manejaron las relaciones de derecho entre la metrópoli y sus colonias, al tratarlas como á rebeldes y declararles la guerra, cuando éstas aun no habían salido del terreno legal en que ellos mismos se colocaron, olvidaban, al inaugurar esta falsa política, las lecciones de la experiencia por ellos invocada y la filiación de los hechos de que eran autores, así como sus consecuencias fatales. En 1820, pretendían traer á los americanos á la obediencia bajo el imperio de

(17) Proclama-manifiesto del rey Fernando VII á los habitantes de ultramar, de abril de 1820, en Madrid.

la constitución española, cuando su mala aplicación y su abrogación antes, y su restablecimiento revolucionario después, al dar vuelo á su revolución, había colocado la cuestión en el terreno de la independencia ó de la continuación de la guerra. Al proceder tan ilógicamente respecto de los americanos, desconocían, que la revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto por ellos iniciada, había desarmado á la España respecto de sus colonias insurreccionadas, y que la separación entre ellas y la madre patria era por consecuencia un hecho á que habían concurrido. Así, esta nueva política, en apariencia pacífica, implicaba la continuación de la guerra en condiciones aun más desventajosas para la España, una vez destruido en 1820 el gran armamento de Cádiz destinado á subyugar de nuevo la América.

En virtud de esta política artificial sin plan y sin alcance, se iniciaron las negociaciones de Miraflores entre el virrey Pezuela y el general San Martín al tiempo de la expedición libertadora del Perú, de cuyo fracaso hemos dado cuenta. Perseverando en ella, sin atinar á colocarse en equilibrio en un terreno firme, el gobierno español agravó la situación y provocó la crisis que procuraba evitar ó retardar.

En su proclama-manifiesto, Fernando VII había anunciado á los americanos, la próxima reunión de las cortes constitucionales, que « iban á salvar el Estado y á fijar para siempre » los destinos de ambos mundos ». En ellas se dió una representación supletoria á las provincias americanas, menor aún que la que habían tenido en 1812, contra la cual reclamaron en vano los mismos designados para representar el papel de comparsa colonial. El primer acto de estas cortes así compuestas, fué una amnistía para la América rebelde ó disidente, seguida de la negativa de la libertad comercial en las colonias, como lo había hecho la regencia liberal de 1811. (Cap. I, § XIII). El envío de mensajeros de paz, para tratar de igual

á igual con los insurrectos, bajo la base de la unión constitucional de ambos mundos, fué el segundo acto de esta política incipiente, sin resolución y sin objetivos claros. Esta medida produjo los resultados más extraños y contradictorios. En unas partes, rompió las treguas pasajeras anteriormente ajustadas en virtud del llamamiento del rey, rehuyendo la cuestión que debían resolver ; en otras, desautorizó á las autoridades coloniales encargadas de mantener el predominio real, y llegó el caso de que, los comisionados, que tenían por misión convertir á los rebeldes á la obediencia, se convirtieron á la causa de la independencia. Así se reabrió la guerra y se afirmó la revolución por la independencia, con el concurso indirecto ó directo de los mismos pacificadores, como va á verse.

V

Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolívar firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Munido el general español de Costa Firme, de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo á la proclama-manifiesto del rey, se dirigió al Congreso independiente de Venezuela « proponiendo una suspensión de hostilidades á fin de realizar la paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la opresión » (12 de junio de 1820). El congreso resolvió (julio 13) que estaba dispuesto á oir proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia. Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo en nombre de « los go-

biernos de España y de Colombia », un armisticio por seis meses, prorrogable, con el objeto « de transigir las discor- » dias existentes entre ambos pueblos », bajo el compromiso recíproco de « enviar y recibir comisionados para ocuparse de » la negociación de la paz ». (Julio 25 de 1820). No se hizo declaración ni se formuló base previa para tratar, guardando ambas partes silencio así sobre independencia como sobre unión á la monarquía, aunque estas condiciones estuviesen en el fondo de lo pactado. Limitóse el convenio á determinar los respectivos territorios de los beligerantes en las posiciones militares que ocupaban (18). Ajustóse poco después un tratado para poner fin á « la guerra de exterminio », que por confesión propia se habían hecho ambos beligerantes, y regularizarla según las leyes de la civilización, en que se estipuló, desde la inviolabilidad de la vida de los prisioneros hasta el respeto debido á las opiniones de los vivos y á los cadáveres de los muertos en el campo de batalla, siendo obligación del vencedor tributar á éstos los honores de la sepultura.

Los dos generales, que por el espacio de seis años se habían hecho una guerra sin cuartel, se abrazaron como hermanos, en el pueblo de Santa Ana (27 de noviembre), entregándose á las más calurosas expansiones de mutuo afecto. Morillo propuso que se consagrara un monumento para conmemorar la regularización de la guerra. Bolívar adoptó con entusiasmo la idea. Ambos contendores condujeron al sitio del abrazo la piedra fundamental del monumento, renovando sus efusiones. En el banquete que se siguió, Bolívar brindó « por la » heroica firmeza de los combatientes de ambos ejércitos »,

---

(18) Véase el texto de este armisticio en « Docs. relativos á la vida pública del liberlador », t. II, pág. 89 (1.ª ed.), más completo que el que se registra en los « Docs. para la historia » del mismo, donde se omiten las ratificaciones de Bolívar y Morillo y su promulgación en Colombia.

votando al odio á los que desearan sangre ó la derramaran injustamente. El general español pidió el « castigo del cielo » contra los que no estuviesen animados de los mismos senti» mientos de paz y amistad ». En medio de estas escenas, que han sido objeto de ridículos encomios y de amargas burlas, los dos principales actores representaban un papel melodramático. Bolívar, que se entregaba á los transportes de su naturaleza impresionable, embriagándose con sus propias palabras, sabía que sólo celebraba una nueva tregua, contra la opinión de su pueblo y de sus principales jefes. Y tan era así, que después de augurar la paz en una proclama á su ejército, anunciaba « la independencia », punto excluido por tácito acuerdo en las negociaciones (19). Morillo, tenía la conciencia anticipada de la derrota, una vez abandonado á sus propias fuerzas después del desarme de la revolución liberal de España, y aprovechaba la ocasión para su renuncia y trasladarse á la Península, llevando oculto su odio contra Colombia y contra los colombianos que lo habían quebrado (20).

En el intervalo, habíanse designado los comisarios regios que debían proponer la paz á los disidentes de América. Abreu fué uno de los nombrados para el Perú. Á fines de 1820, los destinados á Colombia arribaron á Costa Firme, con instrucciones reservadas de no celebrar ningún tratado fuera de la base de la jura de la constitución española. No obstante, hicieron protestas generales de paz, sin insinuar el punto capital de la cuestión, instando para que Colombia enviase

(19) « El tratado de armisticio no obtuvo entre los colombianos la » misma aceptación que el de la regularización de la guerra : decían mu» chos, y entre ellos jefes distinguidos del ejército, ser equivalente á la » pérdida de una gran batalla ». (Restreppo : « Hist. de la Revol. de la Rep. de Colombia », t. III. pág. 78.)

(20) Vadillo : « Apuntes de los sucesos que han influído en el estado de la América del Sud », pág. 279.

sus diputados á la Península, á fin de tratar de ella. Bolívar accedió, y sus comisionados pasaron á España « para llevar al pie del trono, según sus palabras, los votos del pueblo de Colombia » ; pero con instrucciones á su vez de no ajustar nada fuera de la base de la independencia.

Mientras tanto, el armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. La opinión revolucionaria hacía progresos, dando la razón á la política de Bolívar, y enervaba á los sostenedores de la causa realista. La provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse á Colombia (28 de enero de 1821). El general español Miguel de la Torre, que había sucedido á Morillo, declaró que consideraría su ocupación como un acto hostil. Bolívar, á quien en aquel momento convenía romper las hostilidades, contestó en un tono que podría calificarse de sarcástico: que no estando prohibido por el armisticio, amparar á los que se acogiesen al gobierno de Colombia, y habiéndose eliminado en las negociaciones la entrega de desertores propuesta por Morillo, era lícito hacer lo que el tratado no prohibía, y que por lo tanto, desaprobando el acto de la ocupación, sostenía el derecho y mantenía el hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer, y las hostilidades se renovaron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática.

VI

En Méjico las mismas causas producían efectos opuestos, que tienen alguna analogía con el carácter que incidentalmente asumieron las negociaciones que iban á abrirse en

Lima. Tanto en el Perú como en Colombia y Méjico, la base genérica era la paz y la conciliación, pero sin fórmula definida. En el fondo, estaba el duplo dilema de la sumisión ó la guerra y de la independencia ó la guerra. Entre estos dos extremos oscilaban los destinos de la América, al menos en el papel.

Cuando estalló en España la revolución de 1820, la revolución de Méjico estaba vencida. Tan sólo el general Vicente Guerrero, con un puñado de hombres, mantenía alzada la bandera de la insurrección entre las escabrosidades del extremo sud del territorio. Los mismos criollos, que constituían el núcleo de su orden social, habían contribuido á este resultado directa ó indirectamente. El alzamiento de Méjico, en que intervino principalmente el elemento indígena puro, fué verdaderamente popular en su origen, pero asumió el carácter de un movimiento del proletarismo contra las clases acomodadas de la sociedad, que degeneró á veces en bandolerismo. De aquí la resistencia activa ó pasiva que encontró en el mismo país, por idiosincracia ó por un instinto egoísta de conservación. Por esta causa la revolución mejicana no tuvo nervio civil y nunca pudo regularizarse política ni militarmente, ni constituir un gobierno nacional, y al fin no pudo resistir el empuje de las tropas realistas, sostenidas por la opinión pasiva ó conservadora de los nativos. El poder español de la colonia reposaba en esta amalgama de elementos, y faltándole uno de sus dos puntos de apoyo, perdía su equilibrio instable, y era impotente para sostenerse (21). En medio de este estado complejo de fuerzas y opiniones discordes, combinadas, equilibradas ó neutralizadas, el sentimiento de la independencia estaba en la conciencia de los nativos, y

---

(21) Véase Alamán : « Hist. de Méjico, desde los movimientos que prepararon su independencia », etc., t. V, pág. 721 y sig.

sólo esperaba una oportunidad propicia para manifestarse. Esta fué, por una doble contradicción del destino, la misma derrota de la primera insurrección y la revolución liberal de España, que dió origen á una embrollada evolución pacífica, que sólo estos antecedentes del carácter de la revolución mejicana pueden explicar.

La proclamación del régimen liberal metropolitano en Méjico, produjo una descomposición entre los partidos que de común acuerdo sostenían la situación colonial. Los españoles, se dividieron entre absolutistas y constitucionalistas; los nativos, entre republicanos y monarquistas. Gobernaba á la sazón en Méjico, el virrey Apodaca, hombre apocado, pero absolutista por devoción, el cual, aun cuando en un principio siguió el movimiento de la península, se puso al fin al frente de una reacción, obedeciendo á sugestiones soberanas y á las instigaciones de sus partidarios, á la vez que á sus propias convicciones. Se ha dicho, — con visos de verdad, — que el mismo rey Fernando VII, le escribió una carta, comunicándole que se consideraba como preso bajo el dominio de los liberales, y que temiendo correr la suerte de Luis XVI, había resuelto trasladarse á Méjico, para usar libremente de la autoridad real que Dios había depositado en él, y que por lo tanto, le encargaba pusiese todo empeño en conservar á la Nueva España sustraída á la Constitución, para presentarse en este nuevo teatro investido de un poder absoluto cuando conviniese, dejando á su arbitrio los medios sigilosos que al efecto debían emplearse (22). Este plan reaccionario no podía

---

(22) Presas, en su libro « Juicio imparcial sobre las causas de la revolución de la América Española », pág. 83 y sig., trae el texto de la carta de Fernando VII á Apodaca, cuya autenticidad fué negada más tarde. Vadillo, en « Apuntes sobre los sucesos que han influído en el estado de la América del Sud », pág. 298, dice que el mismo Presas fué portador de ella. Alamán, en su « Hist. de Méjico », etc. cit., t. V, pág. 61-62, dice que Apodaca dió conocimiento de esta carta al marqués de Jaral,

realizarse sin el concurso de los nativos monarquistas, que constituían el nervio de la situación, únicos que podían propiciar la opinión del país convirtiendo á los republicanos, apoyar eficazmente á los absolutistas y neutralizar ó vencer á los constitucionalistas españoles. Fué entonces cuando apareció en la escena histórica el hombre destinado á dar el último golpe de muerte á la dominación española en ambas Américas, á la vez que á reaccionar contra el orden republicano que estaba en su genialidad.

Existía por entonces en Méjico un personaje de carácter equívoco, que aunque criollo, militaba en las filas realistas, en las que se distinguió por sus crueldades contra sus compatriotas insurrectos. Llamábase Agustín Itúrbide y contaba treinta y siete años de edad. Sin escrúpulos para enriquecerse por todo género de medios abusando de su posición; de costumbres disolutas ó ascético, según cuadraba á sus inclinaciones é intereses; de escasa instrucción, pero con talento natural; buen militar, feliz en sus empresas; arrogante y solapado á la vez y con maneras insinuantes, estaba poseído de una ambición secreta en que intervenía el patriotismo de raza. Los laureles de Bolívar y San Martín le quitaban el sueño, y sin las grandes cualidades de los dos libertadores de la América meridional, aspiraba á ser el libertador de la América septentrional, reaccionando simultáneamente contra las pretensiones avasalladoras de la metrópoli y las tenden-

---

personaje considerable en Méjico, haciéndole prevenciones para el caso que el rey llegase á Tampico, y agrega que habiendo interrogado sobre el particular al mismo marqués, se excusó de darle explicaciones, por su carácter irresoluto, pero que no negó el hecho. El mismo Alamán, trae en el apéndice del citado vol. el texto de la carta del rey que circuló manuscrita en aquella época en Méjico, como encontrada entre los papeles de Apodaca, conteste con el texto de Presas, que Alamán declara no haber podido consultar, lo que según él produjo grande efecto poniendo en incertidumbre el ánimo de los gobernantes.

cias republicanas de la revolución. Este fué el hombre que eligió Apodaca para apoyar su plan reaccionario con el concurso de los nativos, de acuerdo con su camarilla absolutista. Nombrado comandante general del sud y Acapulco, con el mando de una división de tropas del país para combatir los restos de la insurrección acaudillada por Guerrero, se entendió con éste, y quitándose la máscara, brindó á la madre patria con una nueva fórmula de conciliación envuelta en un guante de desafío.

El 24 de febrero de 1820, publicó Itúrbide en el pueblo de Iguala, á 208 kilómetros de Méjico, el famoso « Plan de Iguala » que ha hecho célebre su nombre; proclamó la independencia, y enarboló la bandera simbólica de la nueva revolución, compuesta de tres colores, que se llamaron *trigarantes* : el blanco, símbolo de pureza religiosa, el rojo de conciliación con la España, y el verde como esperanza de emancipación. El plan contenía tres disposiciones fundamentales, de donde viene la denominación de plan de « las tres garantías » que tomó el ejército que lo apoyó. Por la primera se establecía la conservación de la religión católica, sin tolerancia de ninguna otra; por la segunda, se declaraba la independencia, bajo la forma de gobierno monárquico templado por una constitución análoga al país; y por la tercera, la unión entre americanos y europeos. El rey Fernando VII, era reconocido emperador de Méjico, si se presentaba á jurar la constitución que el país se diese, y sucesivamente los infantes sus hermanos, nombrando el congreso nacional en su defecto un príncipe de las casas reinantes de Europa. La igualdad de todas las razas indígenas, africanas y europeas, sin más distinción que los méritos y las virtudes individuales, complementaba este plan, bien calculado para condensar todos los elementos heterogéneos de la sociabilidad mejicana. Todos los caudillos de la insurrección, empezando por Guerrero, se pusieron á sus órdenes, y adjuraron por el momento sus creencias re-

publicanas en nombre de la independencia. Los nativos que en su origen habían repudiado la revolución, la aceptaron bajo los auspicios conciliadores de la moderación y el orden. El clero, poderoso en la colonia, lo adoptó en odio á las reformas de los liberales españoles; los españoles absolutistas, en odio á la constitución, y los mismos constitucionalistas en homenaje á la concordia proclamada. Todo el país se pronunció por el Plan de Iguala. Los realistas, despojados hasta de su bandera y vencidos sin combatir, quedaron reducidos al recinto de la capital de Méjico, al puerto de Veracruz y al castillo de San Juan de Ulúa. Itúrbide fué aclamado libertador de la patria (julio de 1821).

De este modo se operó pacíficamente y casi sin lucha, esta transformación instantánea, que por medio de una solución conciliatoria suprimía el dilema de la sumisión ó la independencia y la guerra, desatando el nudo entre la madre patria y la colonia sin romperlo. Así lo entendió el sucesor de Apodaca, el general Juan O'Donojú, al suscribir el plan de Iguala, por medio de un tratado (agosto de 1821). Esto sucedía, cuando en el Brasil se preparaba una evolución semejante á la imaginada por Itúrbide; cuando en Colombia se rompía el armisticio celebrado en nombre de la paz y la concordia, y en el Perú se interrumpían las negociaciones de Punchauca, iniciadas con una fórmula análoga á la del plan de Iguala (23).

Lo que siguió después en Méjico, no entra en este cuadro.

---

(23) Se ha dicho por algunos historiadores, que al tiempo de abrirse las negociaciones de Punchauca (mayo de 1821), San Martín conocía el plan de Iguala. No es exacto. Las comunicaciones eran entonces lentas y tardías, y sólo á fines del año de 1821 llegaron al Perú las noticias del nuevo giro que habían tomado los acontecimientos de Méjico, cuando ya estaba roto el armisticio de Punchauca. San Martín procuró entonces reabrir las negociaciones, y con fecha 14 de diciembre de 1821 se dirigió al general Canterac haciéndole saber el acuerdo celebrado entre Itúrbide y O'Donojú. Canterac contestó con fecha 20 de diciembre del mismo año :

Nuestro objeto ha sido únicamente presentar las diversas fases que la iniciativa de pacificación por parte de la España en 1820 asumió en las colonias insurreccionadas y establecer su filiación. Es sabido, que no habiendo aprobado el gobierno español el tratado de O'Donojú, Méjico quedó por siempre perdido para la España, con su independencia asegurada, y con un trono vacante, que ocupó Itúrbide, coronado emperador, quien desterrado y puesto fuera de la ley poco después, murió más tarde fusilado por sus compatriotas, al pretender el recobro de su corona, reabriendo la nueva serie de los emperadores mejicanos muertos en el cadalso (24).

VII

El armisticio de Colombia, el Plan de Iguala y las negociaciones del Perú de que vamos á ocuparnos, marcan la última tentativa de acomodamiento de la España con sus

---

« Los acontecimientos que dice V. han sobrevenido en la Nueva España, » son enteramente nuevos para nosotros; mas sean cuales fueren, nunca » pueden influir para hacernos adoptar una resolución que no esté » conforme á la determinación de la nación española, y deseo que sea » tal que haga desaparecer para siempre la guerra que devasta estos » países, y renacer en ellos la dulce paz, á la que aseguro á V. con- » tribuiré en cuanto esté á mis alcances ». (Arch. San Martín, vol. XLI). M. S. aut.

(24) En 1824 Itúrbide y San Martín se hallaban en Inglaterra : el uno como desterrado y el otro en su ostracismo deliberado. En vísperas de emprender Itúrbide la aventura de reconquistar su trono desembarcando solo en las costas de Méjico como Murat en las de Sicilia, procuró tener con San Martín, á quien no conocía, una entrevista secreta, al parecer para comunicarle sus planes, la cual no tuvo lugar. Con tal motivo el ex-emperador, dirigió al ex-protector, la siguiente carta : « Señor General. » — Coffee Royal, Regent Street, 10 de mayo de 1824. — En Londres » esperé mucho tiempo lograr la satisfacción de hacer conocimiento per- » sonal con el apreciable libertador del Perú. Al llegar ayer á Southamp.

colonias insurreccionadas, dentro del dilema de la sumisión ó la independencia y la guerra. En los tres casos, se resolvió la cuestión pendiente por la independencia ó la guerra de parte de la América, y la sumisión ó la guerra de parte de España. Empero, en Méjico y el Perú, asumió esta tentativa formas más conciliatorias, que marcan á su vez el último conato de implantación de la monarquía en América, que, dando el mismo resultado por el momento, debía conducir más tarde á sus iniciadores, el uno al cadalso, y el otro al ostracismo.

Las negociaciones iniciadas confidencialmente en el Perú por el virrey de Lima, se abrieron formalmente por invitación oficial de éste. El virrey nombró como adjuntos al comisario Abréu, á los americanos Manuel de Llano y Nájera y Mariano Galdiano. San Martín nombró por su parte como diputados á Guido, García del Río y al antiguo teniente gobernador de San Juan, José Ignacio de la Rosa. Fijóse como punto de reunión la hacienda de Punchauca, á 25 kilómetros de Lima, que ha dado su nombre á estas negociaciones. En estos preliminares, ninguna de las partes se explicó sobre sus alcances, limitándose á expresar, que tenían por objeto una transacción de las diferencias pendientes entre americanos y europeos, haciendo votos ambos por la paz y la unión.

Las instrucciones que reglaban los procedimientos de la

» ton vi anunciada la entrada de V. allí. Ocurrí luego á *Star Inn*, y tuve
» el sentimiento de saber que pocas horas antes había V. marchado.
» Si hubiese tenido la menor idea de ello, habría caminado con
» gusto la noche anterior, así como he emprendido el viaje hasta este
» punto con el objeto indicado. Ruego á V. tenga la bondad de venir á
» él, sin dar la menor idea á persona alguna ni aun de haber recibido
» carta mía, pues deseo qne no sea absolutamente conocido este paso
» Creo que nuestro buen amigo García del Río, habrá dicho á V. algo
» sobre nuestra vista; por esta razón, y porque espero lograrla muy
» pronto, me limito ahora á asegurarle, que soy verdadero admirador
» de sus virtudes y mérito. — B. L. M. de V. su afmo. S. — *Agustín de*
» *Itúrbide* ». — (Arch. San Martín, vol. LXVIII). M. S. aut.

comisión española eran las mismas de que fueron munidos los comisarios regios en el resto de la América, y en suma se reducían á proponer la aceptación de la constitución española, con algunas concesiones de detalle, conforme al espíritu de la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, antes analizada. La instrucción de San Martín, tenía á la inversa por precepto « el rechazo de la constitución española como vínculo de unión », y « como objeto esencial de pacificación, el reconocimiento de la independencia de Chile, las provincias del Río de la Plata y el Perú », sin admitir armisticio preliminar que no se ajustase al espíritu de estas bases ; y caso de tratarse « del envío de comisionados á España para sujetar á su decisión la cuestión principal de la emancipación, exigía como condición previa la evacuación de Lima », excusándose de entrar en « tratados para la regularización de la guerra, » por cuanto ella se había hecho hasta entonces con arreglo » á la ley común de las naciones » (27 de abril de 1821).

Los comisionados españoles abrieron la discusión por medio de una nota, en que invocaban como precedente la última palabra de San Martín en las anteriores conferencias de Miraflores, de « que acaso no sería difícil de hallar un medio de avenimiento amistoso ». Como se recordará (véase cap. XXVI, § VII) esta abertura vaga, envolvía la idea de la independencia sobre la base de la monarquía con un soberano de la casa reinante de España, enunciada entonces secretamente. Respecto de lo primero, declaraban no tener poderes ; y respecto de lo segundo, esquivaban la cuestión, insinuando que « la » constitución española era el testimonio más hermoso de » los sentimientos liberales del gobierno español y de sus » sinceros deseos de reconciliación, incitando por último á » ajustar un armisticio y enviar á España comisionados por » una y otra parte, conforme se había practicado en Colom» bia por Bolívar » (4 de mayo de 1821). Los comisionados americanos contestaron : que « no se podía iniciar negociación

» alguna, que no fuese sobre la base de la independencia ; » pero que reconociendo la falta de poderes que para tal » efecto se confesaba, estaban dispuestos á convenir en una » suspensión de armas, siempre que se ampliase la proposi- » ción y se determinasen condiciones con garantías, por » cuanto el gobierno de Lima, en las circunstancias en que » se encontraba, todo lo esperaba de la celebración de un ar- » misticio dilatado, mientras que el general San Martín, nada » esperaba de él, en razón de que tenía todo dispuesto para » la realización de sus combinaciones ». Por último, declararon respecto de la constitución española, de antemano rechazada por San Martín en su proclama al tiempo de invadir el Perú, que « esperaban que en lo sucesivo no se volviese » sobre este tópico, por cuanto el solo nombre de tal código » era ominoso á la libertad del nuevo mundo » (5 de mayo de 1821).

El arrogante lenguaje de los diputados de San Martín no tuvo réplica. Los comisionados españoles, se limitaron á proponer por su cuenta y sin garantía, un proyecto de armisticio por diez y seis meses, que no fué tomado en consideración, hasta que manifestaron terminantemente estar autorizados para ofrecerlo. Entonces, los independientes formularon sus exigencias, declarando, que sólo admitirían como garantía la entrega del castillo del real Felipe y las demás fortificaciones del Callao en calidad de depósito, artillados y dotados en el pie de guerra en que se encontraban, los que debían ser guarnecidos por las tropas independientes durante el armisticio, obligándose á entregarlos en el estado en que los recibiesen si se renovaban las hostilidades, con determinación de las líneas de los beligerantes en la costa y en la sierra. Como consideración de mera forma, insinuaban al terminar su nota : « Si don José de San Martín está resuelto á conquistar con las » armas ó á negociar en el silencio de ellas la independencia » de América, no está menos deseoso de unir esta parte del

» nuevo mundo á su antigua metrópoli, por los lazos de la
» amistad y del comercio, que forman la prosperidad recí-
» proca » (mayo 17).

Con sorpresa de los mismos que tal exigencia hacían, el virrey accedió á ella con la sola condición de extraer de las fortalezas del Callao 12 piezas de artillería de 18 á 24, sin objetar los límites militares propuestos (mayo 19). Desde este momento, no fué difícil entenderse sobre las bases de un armisticio provisional, de común acuerdo ajustado por el término de veinte días, prorrogables si en este término no se llenasen los objetos que se buscaban. Las fuerzas conservarían las posiciones que ocupaban. Para allanar las dificultades que por una y otra parte pudieran presentarse para un armisticio definitivo, se estipulaba que el general La Serna y el general San Martín, acompañados de sus respectivas diputaciones pacificadoras, celebraran una entrevista (23 de mayo). Tal fué el armisticio de Punchauca, que tanta resonancia debía tener en la historia (25).

¿Hasta qué punto, los negociadores que tales bases preliminares acordaban para preparar un arreglo definitivo, procedían de buena fe y creían en su posibilidad ? Por su parte, La Serna, dos días antes de protestar á San Martín su anhelo por la paz (abril 7), escribía á sus generales que operaban en la sierra, que « iba á tratar sin creer en ningún avenimiento, y que por lo tanto era necesario prevenirse para sacar el me-

(25) Todo lo contenido en este parágrafo consta de un folleto publicado en Lima en 1821, bajo la dirección de don Tomás Guido, uno de los negociadores. Su título es : « Manifiesto y documentos de las negociaciones de Punchauca entre los generales don José de San Martín y don José de La Serna, á consecuencia de la llegada del capitán de fragata don Manuel Abréu, comisionado pacificador de la Corte de España ».— El general Guido publicó posteriormente en la « Rev. de Buenos Aires », t. VII, pág. 481, una noticia sobre estas negociaciones, que es un análisis del anterior manifiesto documentado, aunque adelanta algo sobre algunas partes, y que citaremos más adelante en su lugar.

jor partido, ocupando Tarma, Jauja y Pasco, á fin de ganar posiciones ventajosas al suspenderse las hostilidades » (26). Esto explica la facilidad con que se accedió á la condición de las fortalezas del Callao como depósito, en garantía del armisticio definitivo, que se consideraba una ulterioridad remota ó imposible. En cuanto á San Martín, sin esperar que la España reconociese buenamente la independencia de las colonias insurreccionadas, procedía seriamente al buscar un arreglo por medios conciliatorios, conforme con las ideas de política convencional de que estaba imbuido. Empero, buscaba ventajas como La Serna. « Han seguido las negociaciones, demorán» dolas por mi parte, —decía al tiempo de reabrirse por última » vez las hostilidades, — 1.° para que se repongan los hom» bres y caballos de la división de Arenales, que han sufrido » en el paso de la cordillera; 2.° Para reponer mis enfermos, » que no bajan de mil doscientos » (27). Era un doble juego con dos naipes, á cartas vistas y ocultas. — San Martín sabía bien que la España en su arrogancia, nunca admitiría la independencia como imposición, y por eso quería pactarla previamente con los jefes españoles para comprometerlos. — Los jefes españoles, por su parte, reatados más que por sus instrucciones, por el deber y el honor, no estaban dispuestos á seguir el ejemplo de O'Donojú, que aún no se conocía en el Perú.

---

(26) « Manifiesto de Punchauca », cit. en la nota anterior, pág. 103, en que se inserta un oficio interceptado á La Serna.

(27) Carta reservada de San Martín á O'Higgins, de 26 de junio de 1821, oficial de Vicuña Mackenna: « El general San Martín », pág. 34 y 35.

VIII

La entrevista pactada por el armisticio de Punchauca, es el paso político más trascendental en la vida de San Martín, pues aunque no produjera ningún hecho inmediato, determinó un rumbo en su carrera de libertador, que debía conducirle á un camino sin salida. Tan cierto es, que los fenómenos invisibles que se producen en el drama fantasmagórico de la conciencia, son los que deciden de los destinos de los hombres, más que los hechos tangibles, de que á veces ellos mismos son autores! Tal es el caso de San Martín. La América española estaba independizada de hecho y republicanizada de derecho. La independencia era cuestión de tiempo. La república estaba en el orden natural de las cosas. Las provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia se habían constituido en repúblicas, obedeciendo á su genialidad, y esto es lo que daba razón de ser á su revolución en pro de su independencia. La monarquía era un plan artificial ó violento de gobierno, que contrariaba la tendencia de los pueblos emancipados, y sólo podía ser posible en una distribución dinástica y un acuerdo doméstico entre la metrópoli y la colonia, como sucedió en el Brasil. Fué entonces, cuando San Martín, que había contribuido á consolidar la independencia de una república en el Río de la Plata, fundado otra en Chile y echado las bases de una nueva en el Perú, anunció públicamente su pensamiento secreto de monarquizar el Perú, indicado confidencialmente al tiempo de las negociaciones de Miraflores (véase cap. XXVI, § VII) en momentos que en Méjico se implantaba el mismo sistema por una combinación de circunstancias, pasadas las cuales, la ley revolucionaria recobraría su imperio. Antes de dar este campanazo, había hecho publicar por

Monteagudo en *El Pacificador* (periódico que se imprimía en su campamento á manera de boletín), un artículo, que se decía tomado de un periódico extranjero, en que se preconizaba la forma monárquica, á fin de sondar ó preparar la opinión. En él se decía : « Todo hombre, que » sepa leer y escribir, que conozca su país y que desee el » orden, es natural prefiera una monarquía á la conti- » nuación de una inquietud y confusión. Que los enemigos » de la paz del Estado sean enemigos de este proyecto, pa- » rece indisputable (28) ». Cierto es, que en la realización de este pensamiento, por nada entraba la ambición personal ; que era una fórmula teórica de acomodamiento con la madre patria, que no perdía de vista la guerra ; pero no por esto es menos grave la responsabilidad moral de San Martín ante la historia al reaccionar contra su propia obra, ni desconocerse la influencia que su plan monárquico de pacificación tuvo en su destino de libertador, aun cuando por el momento no pasase de palabras.

En tales circunstancias para la América, tuvo lugar el 2 de junio de 1821 la entrevista convenida entre San Martín y La Serna en Punchauca. Asistió á ella el general americano de uniforme de campaña, en compañía de su comisión pacificadora, su jefe de estado mayor el general Las Heras y otros jefes de su ejército. El virrey, con la banda carmesí distintivo de su autoridad debajo de su sobrecasaca, se presentó acompañado del comisario regio y sus dos colegas, los generales La Mar, Canterac y Valdez y varios jefes de su estado mayor. Al encontrarse ambos generales, se abrazaron. San Martín dijo : — Venga acá mi viejo general : están cumplidos mis deseos. Entre los dos podremos hacer la felicidad de este país. — La Serna correspondió en términos generales pero amis-

(28) *El Pacificador*, núm. 6, de 30 de mayo de 1821 (cuatro días antes de la conferencia de Punchauca).

tosos á esta franca abertura. Los dos entraron del brazo al salón, en que sus comitivas se confundieron, cambiándose recíprocas manifestaciones de estimación y respeto.

Reunidos los protagonistas de esta escena en conferencia secreta con asistencia de sus respectivos comisionados, y presentes los generales La Mar y Las Heras como segundos cabos de los ejércitos beligerantes, San Martín tomó la palabra, y con voz firme dijo al virrey: « General, considero este como » uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú » desde las márgenes del Plata, no á derramar sangre, sino » á fundar la libertad y los derechos de que la misma metró- » poli ha hecho alarde al proclamar la constitución del año 12, » que V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del » mundo, son hermanos en todas partes. Si en España se » adjuró una vez esa constitución, volviendo al régimen an- » tiguo, no es de suponerse que sus primeros cabos en Amé- » rica, que aceptaron el compromiso de sostenerla, abando- » nen nunca sus convicciones, renunciando á la noble aspi- » ración de preparar en este hemisferio un asilo seguro para » sus compañeros de creencias. Los comisarios de V. E., » entendiéndose lealmente con los míos, han arribado á con- » venir, en que la independencia del Perú, no es inconcilia- » ble con los intereses de España, y que al ceder á la opinión » declarada de los pueblos de América, harían un señalado » servicio, si evitan una guerra inútil y abren las puertas á » una reconciliación decorosa. Pasó el tiempo en que el sis- » tema colonial pudo ser sostenido por la España. Sus ejér- » citos se batirán con la bravura tradicional de su brillante » historia militar; pero aun cuando pudiera prolongarse la » contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de » hombres dispuestos á ser independientes, y que servirán » mejor á la humanidad y á su país, si en vez de ventajas efí- » meras, pueden ofrecer emporios de comercio, relaciones » fecundas y de concordia permanente entre los hombres de

» la misma raza, qne hablan la misma lengua y sienten » igualmente el generoso deseo de ser libres. Si V. E. se » presta á la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabe- » llones con los nuestros para proclamar la independencia » del Perú, los dos ejércitos se abrazarán sobre el campo ». En seguida, formuló netamente esta proposición : Que se nombrase una regencia que gobernara independientemente el Perú, de que debía ser presidente La Serna, designando cada una de las partes un co-regente, hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional, y ofrecióse él mismo á ir á solicitarlo si era necesario, para demostrar ante el trono el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de su casa reinante, en cuanto era conciliable con el voto fundamental de la América independiente (29).

Esta proposición, que dejó atónitos á los realistas, y que acogieron con visibles señales de contentamiento, tuvo el

---

(29) Esta proposición de San Martín: no consta textualmente de ningún documento escrito. Tan sólo en una carta inédita del virrey La Serna, escrita dos días después, — que extractamos más adelante, — se hace mención de ella, sin especificarla, pero manifestando los puntos de ejecución que convinieron por el momento y de que al fin desistieron. En su tiempo esta proposición fué conocida en Europa y América. García Camba, que formaba parte de la comitiva del virrey en la entrevista, y que intervino luego en las negociaciones, fué el primero que las reveló en términos concretos, tres años después, en un folleto bastante raro. que es el germen de sus « Memorias », y lleva por título: — « Apuntes para la Historia de la revolución del Perú, sacados de los trabajos del Estado Mayor del Ejército de operaciones. — Año 1824. — Imprenta del Ejército: tomada á los enemigos en Lima ». El mismo, en sus « Memo- » rias », etc., t. I, pág. 390, publicadas en 1846, reproduce lo escrito en 1824 con alguna más amplitud en los detalles. — El general Guido, uno de los negociadores que asistió á la conferencia secreta, ha aceptado la versión de Camba, ampliándola con el discurso de San Martín y otros detalles interesantes, en un artículo titulado « Negociaciones de Punchauca », publicado en la « Revista de Buenos Aires », t. VII, pág. 481

apoyo caluroso del comisario regio y de sus colegas, no obstante contrariar abiertamente las instrucciones que los gobernaban. El virrey, que había guardado silencio, pero que parecía inclinado á aceptarla, propuso consultar á las corporaciones del virreinato sobre asunto de tanta gravedad, prometiendo una contestación antes de dos días. « Transportes » de gozo, dice un testigo presencial, siguieron á esta escena. » Adelantándose la imaginación á los sucesos, se entró luego » á discurrir sobre el día y la forma en que las tropas de los » dos ejércitos reunidos en la plaza de Lima, deberían con- » currir á solemnizar el acto de la independencia peruana » (30). En el frugal banquete que se siguió y que presidieron los dos caudillos uno al lado del otro, el virrey brindó : « por el feliz éxito de la reunión en Punchauca », y San Martín : « por la prosperidad de la España y de la América » ; pronunciándose otros brindis por la unión y la fraternidad entre europeos y americanos.

Si en todo esto no hubiese habido sino habilidad diplomática, el golpe del general americano era de mano maestra; pero había además un error fundamental. Ponía por una parte

---

y sig. El general Las Heras, testigo presencial también en la entrevista, me ha confirmado la exactitud de ambas versiones. — En cuanto al « Manifiesto y documentos, etc., sobre las negociaciones de Punchauca », que en 1821 se publicó en Lima bajo la dirección de Guido, segun él mismo lo ha declarado, se pasó por alto la entrevista, pero se hace de paso mención de ella, al continuar los comisionados de paz su correspondencia, cruzándose proposiciones sobre la misma base subentendida de la proposición de San Martín, según se verá después, « Manifiesto, etc., de Punchauca », cit. pág. 31-35.

(30) Guido: « Negociaciones de Punchauca », art. de la « Rev. de Buenos Aires » cit. — Camba en sus « Memorias », t. I, pág. 390, dice, que en las conversaciones que se siguieron entre los jefes españoles, manifestaron: « que si las Cortes con el rey acordasen que un príncipe de » la casa real gobernara al Perú en calidad de monarca independiente, » no era otra la obligación del ejército que obedecer », lo que confirma, aunque con alguna reserva, la aserción de Guido.

de su lado la moderación, anteponiendo el bien á la gloria; presentaba una fórmula concreta de conciliación bajo las condiciones recíprocas de la independencia y del sistema de gobierno, desatando sin violencia el vínculo entre la madre patria y la colonia; se captaba el concurso del comisario regio y de sus colegas, llevándolos hasta violar las instrucciones de su corte; halagaba las tendencias de los jefes liberales, que disponían del ejército español; persuadía al virrey, irresoluto y casi convencido, á deferir la cuestión al voto de las corporaciones del virreinato; introducía la división política en el campo enemigo, apareciendo magnánimo, y mientras tanto, ganaba fuerza moral y material. Esto es en el supuesto de avanzar una proposición, que no podía ser aceptada por los realistas, reatados por sus instrucciones y resueltos á sostener la guerra á todo trance. En el caso de ser aceptado su plan, era una victoria *sine sanguine*, como la buscaba, aunque tuviese por símbolo una corona en vez de un gorro frigio. Obtenía desde luego el reconocimiento previo de la independencia del Perú; fundaba provisionalmente un gobierno mixto nacional; comprometía al ejército español en el sostén de ambos hechos pre-establecidos, y la cuestión se resolvía de este modo de hecho, cualquiera que fuese la resolución del gobierno español, como lo había sido en Méjico por la adhesión anticipada de O'Donojú al plan de Itúrbide. Era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles. Esto es lo que San Martín buscaba de buena fe como solución definitiva, sin perder de vista las contingencias de la guerra. Por un momento, creyó haberlo alcanzado. Él, tan frío y reservado habitualmente, al levantarse de la mesa del banquete, llamó aparte á Guido, y le dió un estrecho y silencioso abrazo lleno de calor. Era que, arrastrado por sus ideas políticas de convención, fomentadas por sus consejeros, al anteponer al credo de la revolución americana, — que era también su propia creencia, — la forma del

gobierno de la monarquía constitucional para la América, pensaba hacer obra buena, garantiéndole la estabilidad del orden á la par que la independencia y la libertad moderada. Se extraviaba, como político que no veía claro ni preveía los obstáculos; y como guerrero, destemplaba sus propias armas de combate. Como libertador, se desautorizaba ante las nuevas naciones emancipadas; y al reaccionar contra sus tendencias espontáneas, nativamente democráticas, desconocía el carácter de su revolución y el principio esencial que le daba su razón de ser y de que sacaba su fuerza. Como diplomático, comprometía ante el mundo libre y ante el mundo reaccionario la causa de las instituciones que estaba encargado de hacer triunfar en el terreno de la política así como de las armas. Esta claudicación de los principios de la revolución sud-americana, fué un triunfo para los monarquistas europeos de la Santa Alianza, que miraban de reojo la republicanización del nuevo mundo, y podía enajenarle, á la par de las simpatías de los Estados Unidos que hacía frente á los reyes absolutos, el apoyo de la Inglaterra que aceptaba el hecho como irresistible. Así, escribía Chateaubriand, al conocer la monarquización de Méjico y las bases de Punchauca: « El mismo resultado debieran esforzarse en obtener todas » las colonias hispano-americanas ». Este aplauso ante la Europa monárquica, es una condenación ante la América republicana, que marca un comienzo de decadencia. Por eso hemos dicho, que este paso fué el más trascendental en su vida política, pues determinó un rumbo en su carrera, que debía conducirle á un camino sin salida.

IX

Si la aceptación del plan de San Martín hubiese dependido por parte de los realistas, tan sólo del voto de las corporaciones del virreinato, de seguro que habría sido aceptado. La opinión estaba bien preparada, y los mismos historiadores españoles reconocen que contaba con numerosos partidarios en Lima. Pero La Serna comprendió, que esta opinión flotante, sin el apoyo de la fuerza, no tenía valor alguno, y que no podía proceder sin el acuerdo del ejército, con tanta más razón cuanto que la autoridad que investía, derivaba de una sublevación militar. Consultados sus jefes, declararon : que sin rechazar en su fondo la proposición, no podían aceptarla en su forma bajo la condición de hacerla desde luego efectiva en el hecho, por cuanto contravenía las reales órdenes, que si bien autorizaban ilimitadamente para poner coto á la efusión de sangre, prohibían expresamente tratar sobre la base de la independencia colonial. De su punto de vista tenían razón. Ellos comprendían, que al pactar en tales condiciones, se exponían á ser desaprobados por su gobierno, dando en el primer caso la victoria al enemigo, y en el segundo teniendo que optar entre declararse rebeldes á su rey y traidores á su patria ó servidores de la revolución que combatían, como españoles y como soldados.

En vista de este pensamiento, que fué unánime, el virrey, que bien apoyado habría pasado por todo, comunicó á San Martín dentro del plazo de los dos días : « Luego que llegué » á ésta (Lima) creí necesario, antes de anunciar la proposi- » ción de usted á los diputados de las corporaciones, saber » la voluntad del ejército ; y al paso que hallé á los jefes

» convencidos de que, lo que conviene á ambas partes es el » contenido de dicha proposición, asegurándomelo así, he » visto que de modo alguno se prestan á reconocer la inde- » pendencia sin dar antes el paso preliminar de anunciarlo al » gobierno nacional; por cuyo motivo he suspendido la convo- » catoria de la junta de corporaciones, en razón á que nada ade- » lantaríamos faltando el consentimiento del ejército » (31).

Al mismo tiempo que el virrey se excusaba de someter la cuestión al voto de las corporaciones y se cubría con la deliberación del ejército, diputaba dos de los principales jefes que más oposición habían hecho á la condición del reconocimiento previo de la independencia. « He creído convenien- » te, escribía á San Martín, pase á verse con V. el coronel » Valdez y el comandante García Camba, pues estos jefes » están al corriente del asunto, y manifestarán á V. todo lo » que nos es dable hacer, según mi sentir, para lograr ase- » gurar la mutua felicidad de ambos pueblos » (32). La pro-

---

(31) Carta del virrey La Serna á San Martín de 4 de junio de 1821. (M. S. aut.) Arch. San Martín, vol. LXI. — Esta carta tiene un gran valor histórico, por ser el único documento escrito en que se haga referencia, aunque en términos generales, á la proposición de San Martín en la conferencia de Punchauca. Además, revela un hecho nuevo, y es que el virrey La Serna, que parece haberla aceptado condicionalmente, había prometido consultar con la junta de corporaciones del virreinato, ó lo que es lo mismo, someterla al voto de una asamblea deliberante, cuyo voto no podía ser dudoso. Prueba además, que los jefes consultados, que representaban el ejército, no rechazaron la proposición en sí, y que por el contrario « la encontraron conveniente á ambas partes, y así se » lo aseguraron al virrey », en lo que éste recalca, difiriendo tan sólo en el reconocimiento previo de la independencia, á que no hacían oposición una vez que tuviera la aprobación de su gobierno. — Á la vez rectifica lo que asegura Camba en sus « Memorias », t. I, pág. 391, que, « vuelto el virrey á Lima, *no dudó* en desechar la propuesta », pues como se ve, él mismo declara que el voto de los jefes del ejército, fué lo que determinó su negativa en solo un punto, — estando en todo lo demás conforme, Las negociaciones que se siguieron pondrán más en claro este punto. hasta hoy envuelto en dudas y reticencias.

(32) Carta de La Serna á San Martín, cit. en la nota anterior, M. S. aut. Á esta carta acompañaba por vía de credencial, un pase con su bla-

posición del virrey sólo difería en un punto de la de San Martín: — Acordar una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de su Corte: mientras tanto, tirar una línea de oeste á este por el río Chancay, quedando bajo el gobierno de los independientes el país que ocupaban, y que el resto del Perú fuese regido por la constitución española, nombrándose al efecto una junta de gobierno: que el mismo virrey se embarcaría para Europa, á fin de instruir al rey de lo que pasaba, y que si San Martín quería llevar á cabo su proyecto de pedir personalmente un príncipe de la familia real de España podrían hacer el viaje juntos (33). El general americano recibió á los emisarios en la cámara de la goleta *Motezuma*, donde había anunciado esperaría la resolución del virrey, y uno de ellos ha relatado la escena que se siguió: « Esta proposición (la » del virrey) fué desechada por San Martín, no obstante las » probables ventajas que ofrecía á los independientes, má» xime si las Cortes con el rey accedían á remitir al Perú un » príncipe, como Valdez y Camba lo significaron. El caudillo » enemigo se mostraba decidido por el establecimiento de » una monarquía constitucional en los Andes con un prín» cipe de la familia real de España. Los delegados nada le » objetaban en contrario sino que la resolución pertenecía » exclusivamente al gobierno supremo de la nación. Los ene» migos engreídos con los sucesos que habían obtenido, mi» raban con indiferencia cuanto se les proponía. Así al des» echar San Martín la proposición del virrey, dijo con harta

---

són, firmado por el virrey, del tenor siguiente: « D. José de La Serna é » Inojosa, etc. Pasa á bordo de la goleta *Motezuma* comisionado por mí » á hablar al Excmo. Sr. D. José de San Martín, el coronel jefe de E. M. » G. del Exto. D. Gerónimo Valdez, acompañado del comandante de es» quadrón D. Andrés García Camba.— Lima, junio 5 de 1821.— *Serna.* » — (M. S. Arch. San Martín, vol. XLI).

(33) Camba: « Memorias », etc., t. I, pág. 391-392.

» ironía á los comisionados Valdez y Camba: *Siento tanta » obstinación, pues veo con pesar que dentro de poco » tiempo, no tendrán los españoles más recurso que tirarse » un pistoletazo* » (34). Era un ultimátum: — no quería tratar sino sobre la base de la aceptación previa de la independencia por parte de los jefes españoles, y de no, prefería la continuación de la guerra.

X

Después de este segundo fracaso, las conferencias pacíficas volvieron á reanudarse, reuniéndose los comisionados en el pueblo de Miraflores, en vez de Punchauca. La fórmula de San Martín flotaba inanimada en el aire: todas las combinaciones se referían á ella, y alrededor de ella giraban las proposiciones y contraproposiciones de los negociadores. Empero, ni unos ni otros esperaban arribar á ningún acuerdo serio. Prolongaban las negociaciones, porque así convenía á á ambos beligerantes, que á la sombra del armisticio preparaban el desarrollo de sus planes militares. Así, los diputados españoles, refiriéndose á la entrevista de Punchauca, renovaron oficialmente la proposición confidencial hecha por La Serna y rechazada por San Martín en la *Motezuma*, con la variante de nombrar de común acuerdo una junta provisional de gobierno que rigiese el Perú en nombre de la España durante la ausencia de los dos generales beligerantes, con la división del mando de dos ejércitos (junio 8). Los diputados independientes replicaron, que en la entrevista á que se hacía referencia « San Martín había propuesto un vasto y benéfico

---

(34) Camba: « Memorias », etc., t. I, p. 392.

» plan que conciliaba las miras é intereses de todos, el que
» había quedado frustrado por resoluciones ulteriores; pero
» que quedando vigentes hasta aquel momento los principios
» y medios sobre que había girado la negociación, no debía
» esperarse que ellos aceptasen un nuevo plan de pacifica-
» ción ingarantida », y terminaban prestándose á continuar y concluir la negociación pendiente sobre la base de la entrega en depósito de las fortalezas del Callao, como garantía de lo que se pactase (junio 11). Los españoles confirmaron su anterior aceptación á esta exigencia (junio 11). En consecuencia, el armisticio fué prorrogado por doce días más, y se estipuló que durante ese término el general independiente, por un sentimiento de humanidad, permitiría la introducción de víveres en la ciudad en las cantidades que se calculasen necesarias para su consumo diario (julio 12).

La concesión de San Martín para la introducción de víveres en la plaza sitiada, ha sido severamente criticada por unos y calificada por otros de « política militar enigmática ». Es sin embargo uno de los hechos más claros y que más honor hace no sólo á sus sentimientos, sino también á su habilidad política. Él sabía bien que el enemigo estaba decidido á abandonar la capital, por serle imposible mantenerse en ella (35). No era, pues, una falta militar ofrecer un cebo para incitar á los españoles á prolongar una situación en que agotaban sus últimas fuerzas, cuya aceptación importaba reconocer la condición de sitiados, y por tanto su impotencia para la ofensiva. En otro sentido, esto le proporcionó la ocasión de alcanzar un triunfo moral ante la opinión, sin comprometer ninguna ventaja real. Los españoles, humillados

---

(35) « Noticias y claves secretas de Lima » en Arch. San Martín. M. S. S. vol. LX. — Camba: « Memorias », t. I, pág. 397.

de que el pueblo debiese su alivio á la generosidad de los sitiadores, anunciaron por su prensa oficial, que la concesión era condición puesta por ellos para la prórroga del armisticio. Los diputados independientes protestaron contra esta interpretación y pidieron explicaciones, lo que permitió á San Martín manifestar por su parte, que « no era á los pueblos á » los que hacía la guerra, ni su intención que los habitantes » inermes de la capital sufriesen los efectos de un mal que no » habían causado ». Con esta política dominaba moralmente el adversario armado y se propiciaba la opinión pública, á la que convertía en agente activo de hostilidades de otro género.

El general independiente no obraba movido tan sólo por los sentimientos de humanidad de que hacía alarde. Astuto como siempre, explotaba la miseria de la ciudad sitiada, promoviendo un antagonismo entre el virrey y el pueblo, encabezado éste por la municipalidad. Los agentes secretos en Lima, de acuerdo con él, dirigieron anónimos al Cabildo, incitándolo á tomar una actitud en representación del pueblo invocando el bien general. El Cabildo, estimulado por el clamor general, dirigió al virrey una nota, que era una especie de grito de sedición en nombre de la paz : « En contorno » de veinte y cinco leguas, no reina sino la más espantosa » devastación. Los ganados, las sementeras, los frutos, todo » ha perecido por el furor del soldado. Provincias las más » ricas y opulentas han sucumbido á la fuerza preponderante » del enemigo : otras se hallan amenazadas de igual fracaso ; » y esta capital sufre un bloqueo el más horroroso por el ham» bre, el latronicio y la muerte. Entretanto, el soldado no » respeta aún el último resto de las propiedades rurales, y » acaba hasta con los bueyes que surcan la tierra y la ferti» lizan con su sudor en beneficio del hombre. Si continúa así » esta plaga ¿cuál será en breve nuestra suerte, cuál nuestra » miserable condición ? La paz es el voto general del pueblo.

» Los pueblos se reunen á porfía bajo el pabellón de San Mar-
» tín. Centenares de hombres desertan de nuestros muros para
» no perecer de necesidad. Un enjambre obstruye los canales
» de nuestra provincia, insulta y saquea nuestro hogar. El
» público increpa agriamente nuestro silencio, y ya son de
» temer males peores que la misma guerra. » El virrey contestó, esquivando la cuestión principal, y se contrajo al tópico de la paz, en términos triviales que revelaban quebranto: « Como filántropo amo y deseo la paz; pero como militar y
» hombre público no puedo prescindir de que sea honrosa y
» preferiría la guerra, aun suponiendo la preponderancia
» que se dé á las fuerzas del general San Martín. La guerra
» es un juego donde se aventura más ó menos, según la
» pasión de los jugadores, que tan pronto se gana, tan pronto
» se pierde; y cuando se gana mucho, sucede comunmente,
» que el que gana continúa jugando para aumentar su bien,
» ó que el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera
» volver á ganar lo que ha perdido, y al fin la fortuna se
» vuelve, y el que ganaba no sólo pierde lo que ha ganado,
» sino también lo que tenía ganado cuando se puso á jugar.
» Es cuanto por ahora puedo contestar » (36). Los jefes militares, ofendidos por los términos de esta representación, se quejaron amargamente al virrey en nombre del ejército, calificándola de criminal y exigieron una reparación, con la amenaza de que, de no hacerse justicia, no en vano se atacaría su honor.

De este modo se creaba un nuevo antagonismo entre

---

(36) El anónimo que incitó al cabildo de Lima á pasar la representación al virrey, se publicó en el campamento de San Martín el 20 de junio de 1821, en el « Pacificador de la Nación », núm. 8. — Tanto la representación del cabildo que lleva la fha. de 7 de junio como la del virrey que es de fha. 8, se publicaron en el « Suplemento al *Triunfo de la Nación* », núm. 34 de 9 de junio de 1821, periódico que se imprimía en Lima, y profesaba ideas monárquico constitucionales.

el pueblo, las autoridades y el ejército. Mientras tanto, el hambre apuraba en la ciudad. San Martín, asumiendo al parecer una actitud magnánima, exigía garantías y ponía condiciones, que eran otras tantas bombas explosivas, que reventaban en el campo enemigo aquejado por la miseria. « Estoy dispuesto, decía, á permitir la introducción de víveres para el consumo de Lima, siempre que el virrey me responda como presidente de su ayuntamiento, que serán distribuidos por esta corporación entre el pueblo, y de que éste no será defraudado por la autoridad militar, no haciendo dificultad en que el soldado ocurra al mercado como cualquier ciudadano, y mucho menos que se destinen las raciones necesarias de arroz y harina para los enfermos del ejército, porque al fin estos soldados en su estado dejan de ser mis enemigos » (37). La Serna dió la explicación pedida, declaró que la concesión había sido solicitada por sus diputados y que el reparto de víveres se haría en beneficio del pueblo. San Martín se dió por satisfecho, y aceptó la palabra de honor de su adversario como suficiente garantía.

San Martín no se apresuraba á conquistar la capital del Perú: quería que cayese en sus manos como una espiga madura, según sus palabras. Un distinguido marino inglés, que lo visitó en una ocasión en la *Motezuma*, al pintarlo al natural ha consignado en un libro las ideas de que estaba poseído. « Hacía poco que nos paseábamos por el puente de la » goleta, cuando los marineros empezaron á lavar el puente. » — ¡Qué fastidio! exclamó San Martín, que esta gente se » empeñe en lavar su puente de ese modo. — ¡Eh! Amigo,

(37) Ofi. de San Martín al virrey y de sus comisionados al mismo de 24 y 28 de junio de 1821, inscritos bajo los núms. 43 y 44 en el « Manif. etc. de Punchauca » cit.

» exclamó, dirigiéndose á uno de ellos, ¿por qué no echa el » agua del otro lado? — El marinero que no entendió ó » estaba acostumbrado á los modos del general, continuó » salpicándonos. — Me temo mucho, me dijo, que tengamos » que bajar á la cámara, que no es sino un miserable agu- » jero, pues parece que no es posible convencer á estos » diablos. — En el mismo día de mi visita (25 de junio de » 1821) algunas personas vinieron de Lima á hablarle de » negocios de Estado, y en el curso de la conversación dejó » penetrar sus intenciones y los sentimientos que lo anima- » ban. » « Se pregunta, fueron sus palabras, por qué no mar- » cho inmediatamente sobre Lima. No me detendría un mo- » mento si esto conviniese á mis miras. No aspiro á la fama » de conquistador del Perú. Mi única ambición es libertar » este país. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me » fuesen contrarios? ¿Qué ventaja sacaría la causa de la in- » dependencia en que ocupase militarmente á Lima, y aun » todo el país? Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los » hombres se conviertan á mis ideas, y no quiero dar un » paso más allá de donde vaya la opinión pública. Que la » capital esté madura para declarar sus sentimientos, y yo le » procuraré la ocasión de hacerlo con toda seguridad. Á la » espera de ese momento he suspendido hasta ahora avanzar. » Los que conocen el alcance de los medios que han sido » empleados, encuentran una explicación suficiente para mis » retardos. He ganado cada día nuevos aliados en el corazón » del pueblo. En cuanto á las fuerzas militares, he conse- » guido aumentarlas y mejorar el ejército patriota; mientras » el de los españoles se ha disminuído por la miseria y la de- » serción. Toca al país juzgar por sí mismo cuáles son sus » verdaderos intereses, y es justo que sus habitantes hagan » conocer lo que piensan. La opinión pública es un nuevo » resorte introducido en los asuntos de estos países: los » españoles, incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha

» llegado el día en que va á manifestar su fuerza y su impor-
» tancia » (38).

Condensando su juicio con motivo de esta conversación, dice el viajero observador : « Sería temerario asegurar que
» las declaraciones del general patriota fuesen sinceras, y
» bien que nada pueda hacerme dudar de su lealtad, es
» difícil pronunciarse sobre la prudencia de sus combinacio-
» nes, aun sustrayéndose á la influencia de lo que sucedió
» más tarde. Muchos las encontraban muy juiciosas, porque
» habían sido coronadas por el éxito. En cuanto á mí, debo
» confesar con sinceridad, que las medidas que tomó en las
» circunstancias de que fuí testigo, me parecieron indicar
» mucha habilidad, circunspección y previsión. En aquel
» día estaba vestido con un largo levitón y una gorra de pie-
» les. Á primera vista, no presentaba ningún rasgo notable
» que llamase la atención, pero cuando se ponía de pie y
» tomaba la palabra, reconocíase al hombre superior. Con
» mucha simplicidad en sus maneras, eran las de un hom-
» bre bien educado. Jamás noté en él la menor afectación :
» lleno siempre del sentimiento de lo actual : todo indicaba
» un carácter agradable, y debo decir, que no he conocido
» ninguno cuyo acceso fuera más cautivador. En la conver-
» sación, iba derecho á los puntos principales del asunto,
» prescindiendo de los menos interesantes. Escuchaba con
» atención y contestaba de una manera lúcida, en términos
» escogidos. En la controversia, desplegaba admirables re-
» cursos y una prodigiosa fecundidad de vistas, y sabía
» demostrar á sus oyentes que se había poseído de su pensa-

---

(38) Basil-Hall : « Extract from á Journal written on the coast of Chili, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822 ». — Edinburgh, 1826. — Hall era oficial de la marina inglesa, de reputación universal, que al mando del navío *conway* desempeñaba una misión científica por orden de su gobierno.

» miento. No había nada de brillante ni de rebuscado en sus » palabras: hablaba con calma y gravedad, dominando la » materia. Alguna vez le sucedía animarse insensiblemente: » entonces sus ojos brillaban; sus expresiones eran vivas y » enérgicas; llamaba la atención y convencía con sus argu- » mentos; esta metamorfosis se producía, sobre todo, tra- » tándose de política; y si hablaba con sangre fría, no era » menos admirable que cuando se expresaba con fuego. » Sabía ser igualmente chistoso y familiar, según lo exigían » las circunstancias. En definitiva, cualquiera que sea la » influencia que haya podido tener sobre él la posesión de » una gran autoridad política, estoy convencido que las » cualidades de su alma eran blandas y benévolas, y » lo considero como un hombre de un temple poco » común » (39).

Es curioso observar que en su larga carrera, nunca le faltó á San Martín un inglés observador por testigo, para comprobar el dicho, que allí donde sucede algo notable en el mundo, allí está presente un inglés: en España lord Madduffi; en San Lorenzo el viajero Robertson; en Mendoza Santiago y Maipu, Haigh, portador accidental del parte ensangrentado de la batalla; en Lima, el famoso marino Basil-Hall, que ha dejado este precioso medallón que lo representa bajo nuevo aspecto en un momento histórico, y Stevenson, secretario de Cochrane, que á la par de éste lo ha difamado.

XI

Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral á bordo de la fragata *Cleopatra*,

(39) B. Hall: « Extracts from Journal » etc. cit., cap. XIV y XV.

surta en el Callao. Á la sombra de la bandera blanca del armisticio los beligerantes se preparaban á resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martín estaba decidido por la guerra. «Los enemigos, decía, como base preliminar, debían » entregarme el castillo Real Felipe con las demás fortifica» ciones adyacentes; la fuerza marítima que viniese de la » península, debía regresar á España al mes de su llegada á » estas costas; toda la parte del norte desde Chancay (in» clusa la península de Maynas), quedaba en mi poder. Para » la independencia de América era ventajoso este partido, » pues de mí no se exigía más que un armisticio por diez » y seis meses, y que se enviasen diputados para tratar con » el gobierno español la independencia del Perú, de Chile y » Buenos Aires. Yo no ignoro que con el Callao y la opinión » del país, en diez y seis meses el Perú era libre; que con » los recursos del territorio que me quedaban, podía man» tener con economía el ejército. Pero ¿y la escuadra? » ¿Cómo se la remito á Chile cuando sé que no tiene un peso » con qué pagarla? Yo no podía sostenerla en este intervalo, » y de consiguiente su disolución era positiva, perdiendo » Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la América la » respetabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval. En » este caso, me he decidido por la continuación de la guerra » más feroz y destructora que han conocido los vivientes, » no por las balas ni trabajos, sino por la insalubridad de » estas infames costas, especialmente desde que llegó el » ejército, pues no hay memoria de tantas enfermedades » como en esta época. — Á más, me he decidido por la » guerra por la situación del enemigo. Él tiene igual ó mayor » número de enfermos que nuestro ejército, y aunque mejor » medicinados, peor alimentados; la opinión, no sólo de » la América, sino de la mayor parte de los europeos sensa» tos, está por nosotros; su ejército minado en favor de nues-

» tra causa, pasándose á nuestras banderas ; el hambre los » acosa, y no les queda otro recurso que retirarse al Cuzco » para prolongar la guerra, como tengo noticia de que se » proponen. Estas consideraciones me han hecho resolver á » prolongar por un poco de tiempo más los males, para que » luego gocen más tranquilamente los bienes » (40). Ahora es el general y no el político el que habla ; con un propósito deliberado, con su claridad de vistas y su perfecto conocimiento de los planes del enemigo, que pesa tranquilamente el pro y el contra con su juicio propio en el estilo conciso y preciso que le es peculiar ; es el libertador del sud llenando sus deberes militares para con la América ; empero no preveyese todas las contingencias, y de aquí que favoreciera en cierto modo los planes del enemigo.

En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio : su idea era trasladar el teatro de la guerra al interior del país. La llegada del comisionado regio Abréu, y las negociaciones que fueron su consecuencia, retardaron esta operación. Sin comunicaciones marítimas con la metrópoli, bloqueado en Lima por las armas y por el hambre, en disidencia el virrey y el ejército con el Cabildo y con el pueblo, invadida la sierra, amagados los puertos intermedios, obstruídos los caminos de las provincias del interior, del sud y del este ; en impotencia para tomar la ofensiva, la evacuación de Lima se imponía como una necesidad. « El estado de la capital del Perú, dice un historiador » español que habla como testigo, había llegado á tal extre- » mo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conser- » var por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy » pronto todo el país » (41). Era la resolución salvadora.

---

(40) Carta de San Martín á O'Higgins de 26 de junio de 1821, apud. Vicuña Mackenna « El Gral. San Martín », pág. 34-36.

(41) Camba : « Memorias » etc., t. I, pág. 398.

Los españoles abandonaban á los independientes el territorio mal sano de la costa del norte, dejando á éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; se trasladaban al clima salubre de la sierra, donde sus enfermos se repondrían; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú y dominaban las costas del sud. De este modo ú obligaban á los independientes á ir á buscarlos en sus posiciones, ó se ponían en aptitud de abrir hostilidades sobre la costa cuando les conviniese. Esta resolución, que hace alto honor á la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín, que no le dió por entonces la trascendencia que tenía, y pensó erradamente que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo.

En prevención de la próxima evacuación de Lima, el virrey dispuso que Canterac á la cabeza de la mayor y más saneada parte de su ejército (25 de junio) se dirigiese á Huancavelica por el camino de Lanahuaná, ascendiendo la cordillera por el valle de Cañete (42). De este modo preparaba lo operación meditada garantido por el armisticio, y al enprender al pare-

(42) Arenales en su « Mem. Hist. », pág. 88 dice, que el 9 de julio llegó á Jauja la noticia de haber salido Canterac de Lima con 4,000 hombres, y Paz Soldán « Hist. del P. I. » lo repite asertivamente. — Camba, « Memorias », t. I, pág. 398, indica simplemente « una división », sin designar número; pero por lo que dice más adelante en la pág. 400 y sig., vese que Canterac se movía con el grueso del ejército de Lima. — Torrente: « His. de la R. H. A. » t. III, pág. 165, dice que Canterac « salió con los soldados que se hallaban en mejor estado ». — El virrey La Serna en su proclama de evacuación de Lima (4 de julio) denomina la división de Canterac « cuerpo de tropas. » — La fuerza efectiva del ejército realista constaba á la sazón como de ocho á nueve mil hombres, pero descontando enfermos y la guarnición del Callao, sólo tenía poco

cer un movimiento de retroceso, detenía la internación de Arenales, á la vez que ocupaba posiciones más ventajosas para el tiempo en que se reabriesen las hostilidades. San Martín, había hecho otro tanto replegándose de Ancón á Huacho en ese intervalo. De manera que, el virrey, al quedarse en Lima con la menor parte de sus fuerzas, contaba con el tiempo y la distancia, y reposaba en la seguridad de que San Martín, debilitado también por la ausencia de sus mejores tropas en la sierra, no podía atacarlo, aun en el peor caso, con un ejército no mucho mayor, compuesto como el suyo de enfermos y convalecientes. Además, tenía por punto de apoyo inmediato, las fortificaciones inexpugnables del Callao con su fuerte guarnición.

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció públicamente por medio de una proclama (4 de julio), la resolución de abandonar á Lima. « Me veo precisado, decía, á usar de me» dios extraordinarios y de planes más vastos que los que » permite la mera defensa de una ciudad situada de un modo » muy contrario á las operaciones militares... quedándome » yo mismo sepultado entre sus ruinas y cadáveres ». Delegó el mando político y militar en el marqués de Montemira, anciano pacífico de la ciudad, con el encargo de conservar el orden y entregar la plaza á discreción del enemigo. Ofició al general San Martín, « implorando su filantropía (5 de » julio) en favor de más de 1,000 enfermos que dejaba en

---

más de cinco á seis mil hombres disponibles, que el virrey organizó en dos divisiones de evacuación. Suponiendo que estas divisiones fueran de igual fuerza, resultarían de 2,500 á 3,000 para cada una ; pero como la de Canterac era la mayor, lo menos que pueden asignársele son 3,000 á 3,500 hombres, y esto parece lo cierto. En cuanto á la fha. de la salida de Canterac de Lima, Torrente da la del 27 de junio, pero García Camba, testigo presencial y que escribió con mejores documentos, da la fha. del 25 de junio en sus « Apuntes para la hist. de la Rev. del Perú », pág. 18.

» los hospitales », á la vez que le aseguraba que « esto en » nada podía influir para que la negociación pendiente no » tuviese la feliz terminación que positivamente desea- » ba » (43). Dejó 2,000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba á 2,000 hombres, se puso en retirada el 6 á las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían á encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario amedrentado, temía que la población fuese saqueada ó por los invasores ó por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró á tranquilizar á todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y á la municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles, que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que al garantir el orden público, estaba dispuesto á correr un velo sobre el pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

XII

Fiel á la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró á posesionarse de Lima. Quería que la ciu-

---

(43) El virrey en su oficio sólo dice « unos cuantos enfermos »; pero Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. » declara positivamente: « 1,000 soldados enfermos, que quedaban en los hospitales »; y Camba, « Memorias », página 398, lo repite textualmente.

dad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil-Hall, que continuaba observándolo, cuenta, que habiendo reiterado su visita á bordo de la goleta *Motezuma*, curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir : — « He combatido durante diez años contra los españoles, y más bien » dicho, contra los enemigos de la causa de la emancipación » americana. Mi único deseo es que este país se gobierne » por sus propias leyes. En cuanto al sistema político que » adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al pue- » blo los medios de proclamar su independencia y establecer » el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré ter- » minada mi misión, y me retiraré » (44). Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron á pensar que era una burla del vencedor, que se disponía á entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia, el gobernador ordenó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que campaba á dos kilómetros de la ciudad, que se situase en un punto más lejano. La orden fué obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera (45). Esto bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación

(44) Basil-Hall; « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.
(45) Basil-Hall, « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.

entre las tropas y el pueblo no se estableció sino cuando el orden estuvo perfectamente asegurado, por medio de una policía civil bien organizada con el concurso de algunos pequeños destacamentos que penetraron modestamente al recinto de las murallas. El 9 al anochecer entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, á las siete y media de la noche, entró San Martín de incógnito á Lima, según su costumbre después de sus grandes triunfos, acompañado tan sólo de un ayudante y de allí se dirigió al palacio de los virreyes. Dos frailes descubrieron su presencia. Cada uno de ellos le dirigió un discurso comparándolo con Julio César y con Lúculo, que él oyó con su acostumbrada paciencia. Así que se hubieron retirado, exclamó: — « Santo Dios! que va á ser de nos- » otros! Esto no acabará nunca ». — El ayudante le dijo: — « ¡Oh, mi general! están esperando otros dos del mismo cali- » bre ». — « Sí! repuso San Martín, pues que ensillen los » caballos y en marcha! » — Pero la noticia de su entrada se había generalizado y todos querían conocer al libertador, y hombres, mujeres y niños acudieron en tropel á saludarlo. Á una mujer que se precipitó á sus pies, presentándole tres hijos para que sirviesen á la patria, la hizo levantar con bondad y la abrazó. Cinco damas se presentaron inmediatamente, y todas querían abrazar sus rodillas, hablando al mismo tiempo; y las cinco pesaron tanto sobre él que hubieron de hacerle perder su equilibrio en medio del bullicioso tumulto, logrando al fin aquietarlas con buenas palabras. Por fortuna descubrió entre la concurrencia á una niña de doce años, que le miraba tímidamente y no se atrevía á acercársele: la levantó en sus brazos en medio de grandes aplausos. Uno gritó: ¡ Viva nuestro general! — No, no, prorrumpió él; griten: Viva la independencia del Perú. — El cabildo, apresuradamente reunido, se presentó en seguida. Él con-

testó á sus felicitaciones gravemente, sin frialdad, sin muestras de suficiencia. Después de algunos discursos que le fueron dirigidos, y á que respondió con palabras apropiadas, otra dama se echó en sus brazos, lo tuvo estrechado por más de medio minuto, sollozando más que pronunciando las palabras: ¡ *Mi general!* ¡ *Mi general* ! Al querer retirarse, San Martín, impresionado por su entusiasmo y su belleza, la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: — « Debiera » ser permitido demostrar la gratitud con un beso » ; pero se abstuvo, y encargó á un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta. Á las diez y media de la noche, se retiró á Mirones, — punto equidistante entre el Callao y Lima, — donde había hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao (46). Así fué como el libertador del Perú entró á la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos, prohibiendo que se injuriase á los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme á las leyes preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción : *Lima independiente.*

Una proclama de San Martín, que por su tono jactancioso contrastaba con su actitud modesta de vencedor, llamó á las armas á los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en cuarenta días, si los pueblos lo acompañaban en sus sacrificios. No era imposible del todo tan gran resultado si la palabra hubiese sido acompañada por la acción ; pero lejos de esto, no sólo no dió nuevo impulso á la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores

(46) Todos estos detalles se encuentran en el diario de viaje del capitán Basil-Hall, cap. XVII.

militares, que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones, ó tan sólo un plan negativo. Había querido hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntádes sin batallas, y el éxito coronaba sus designios en cuanto al objetivo inmediato : la posesión de Lima, centro aparente del movimiento reaccionario. Exagerándose la importancia de este hecho, pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento ; que el país sublevado como elemento concurrente de las armas, — que intervendría á su tiempo, — prepararía sin arriesgar nada el triunfo definitivo. Era un plan filosófico, que llevado á sus consecuencias lógicas, todo lo reducía á la fuerza de presión como medio de poner en movimiento las fuerzas activas por el simple efecto de su gravedad. Este sistema lento y espectante de hacer la guerra, se fundaba en que las fuerzas populares no habían hecho causa común con los libertadores, como sucediera en Chile ; en que, mientras tanto lo ganado aseguraba la independencia, reducida á cuestión de tiempo.

Verdad es, que el país no había respondido aún al llamamiento de los libertadores ; que á excepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo ; que la insurrección de los indígenas, débil y desordenada en sí, que sólo brindaba derrotas, no le prestaba ningún concurso eficiente ; que la primera campaña de Arenales á la Sierra, demostraba la inercia de las masas, y cuando más, una adhesión pasiva. Todo esto le hacía considerarse como acampado y no como establecido, en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las del ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo, fuese para acelerar la victoria ó para afrontar una derrota pasajera, sin jugar á un albur el todo propio contra una parte

ajena. De estas bases de raciocinio más que de observación profunda, partía para pensar, que el solo hecho de la conservación de su ejército, como reserva militar y núcleo de opinión, garantía las posiciones conquistadas y era un triunfo positivo, pues mientras él se robustecía, el enemigo se debilitaba y consumía. No se hacía cargo del desgaste de su propia máquina de guerra en un clima mortífero, ni preveía la acción opuesta, que consideraba eliminada, cuando por el contrario se retemplaba en un clima sano y en medio de abundantes recursos de todo género. De aquí que reincidiese en los mismos errores que después de Chacabuco y Maipu, al no perseguir y dejar tiempo para repararse al enemigo quebrantado, que le brindaba la ocasión propicia para jugar la gran partida con probabilidades de éxito, aunque arriesgase algo, pues sólo así podía terminar en « cuarenta días », como él lo decía, la campaña en que estaba empeñado. Cierto es que como la mitad de sus mejores tropas estaba destacada en la sierra con Arenales, que su ejército no era mucho mayor que el del virrey ni se hallaba en mejores condiciones, ni estaba preparado para una campaña á la cordillera (47). De todos modos, su persecución pudo ser más eficaz y dar mayores resultados. Pero el más grave error en que incurrió fué abandonar al enemigo las provincias de la sierra, cuya posesión lo compensaba de la pérdida de Lima y equilibraba la guerra, cuando él se encerraba en un círculo vicioso.

Mientras tanto, los generales españoles, después de adop-

---

(47) Las fuerzas que había llevado Arenales eran como 2,200 hombres, según consta de un documento original que se citará á su tiempo. Las que San Martín tenía en Lima, al tiempo de su evacuación, ascendían á 3,000 hombres, á saber: batallones 8.° y 11 de los Andes, idem 2.°, 4.° y 5.° de Chile; regimiento de granaderos á caballo, escolta del general y artillería de Chile. El 11 de los Andes y el 2.° de Chile, estaban muy bajos y situados en Canta, según Arenales, que da este pormenor en su « Mem. Hist. », pág. 73, (*nota*).

tar la resolución salvadora de evacuar á Lima, encontraban las inspiraciones que debían prolongar la guerra y salvar el honor de sus armas, poniendo varonilmente en práctica la máxima formulada por La Serna en términos triviales: « el » que pierde no quiere dejar el juego, porque espera ganar » lo que ha perdido ». Canterac con el primer cuerpo de evacuación de Lima, trepaba penosamente la montaña experimentando grandes quebrantos al cruzar la cordillera; pero contenía el avance de Arenales por el frente á la vez que cubría las provincias del sud, su base natural de operaciones, y de este modo neutralizaba la expedición á puertos intermedios.

El virrey, á la cabeza del segundo cuerpo, después de cubrir con fuerzas inferiores el repliegue de Canterac, emprendió su retirada por el camino de la costa en dirección al valle de Cañete, sembrando su camino de desertores, muertos y moribundos, y penetró á la cordillera por la quebrada de Yauyos, al este de Lima, que lo conducía al paso de Yauly en la cumbre de la cordillera, rectamente á Jauja, de modo de concurrir al nuevo plan de campaña amagando el flanco ó la retaguardia de la columna de Arenales en la sierra. El trayecto que tenía que recorrer era difícil y peligroso, y los naturales insurreccionados lo esperaban en sus gargantas para cerrarle el paso. Luego se verá cómo, no pudiendo franquear este camino, tuvo que retroceder para buscar el itinerario seguido por Canterac. Durante su marcha por la costa, en un espacio de 100 kilómetros, sólo fué flojamente hostilizado á su retaguardia por un regimiento de caballería al mando de Necochea, que regresó á Lima así que le vió internarse en los primeros desfiladeros de la montaña, sin observar siquiera sus movimientos ulteriores, de manera que, en su contramarcha, encontró el terreno libre. Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión,

y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inacción (48).

El desarrollo de las operaciones de Arenales en su segunda campaña de la sierra, y de Cochrane y Miller á lo largo de las costas de los puertos intermedios, pondrá en evidencia el alcance de los errores apuntados, que si bien tienen su explicación racional según las vistas del general independiente y dada su situación, no por eso comprometen menos su responsabilidad ante la historia como director de la guerra, en presencia de los hechos que fueron su consecuencia inmediata ó ulterior.

---

(48) « No sería fácil explicar la inacción en que los adversarios se mantuvieron ». (Camba: « Memorias », t. I, pág. 401.)

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

Página.

CAPÍTULO XIV. — *Chacabuco*. — 1817 :

Situación del ejército argentino después del paso de los Andes. — Reconcentración de las columnas invasoras en el punto estratégico de Chacabuco. — Descripción de la cuesta de Chacabuco. — Plan de batalla de San Martín. — Errores de Marcó. — Los realistas se reconcentran en Chacabuco. — Marcha de avance del ejército argentino. — Movimiento del ala izquierda argentina. — Disposiciones defensivas de los realistas. — Primeras peripecias de la batalla. — Movimiento del ala derecha. — Batalla de Chacabuco. — Juicios acerca de ella. — Su importancia histórica y política. — Sus consecuencias inmediatas. — Tres almas intrépidas. — Establecimiento del gobierno nacional de Chile. — San Martín y Marcó. — Humoradas de vencedor. — La corona cívica del vencedor de Chacabuco. — Nuevos planes militares. — La Logia de Lautaro. — Origen de la biblioteca de Santiago de Chile. — Chacabuco primera etapa continental. 1

CAPÍTULO XV. — *Primera campaña del sud de Chile. — Batalla del Gavilán. — Asalto de Talcahuano*. — 1817 :

Errores de San Martín después de Chacabuco. — Aparición del general español Ordóñez. — Reacción realista en el sud de Chile. — Expedición patriota al sud. — Retardo de Las Heras. — Acusaciones á Las Heras y sus descargos. — Nueva expedición al sud. — Avance de Las Heras. — Combate de Curapaligüe. — Las Heras ocupa Concepción. — Situación apurada en que se encuentra. — Descripción de los alrededores de Concepción. — Batalla del Gavilán. — O'Higgins toma la dirección de la campaña del sud. — Ocupación de la línea de frontera de Arauco. — Combate de Carampangue. — Guerra Araucana. — Cerco de Talcahuano. —

Página

Reconocimiento sobre sus fortificaciones. — Guerrillas realistas. — Paralización de operaciones en el sud. — Continuación de la guerra de Arauco. — La plaza de Talcahuano. — Descripción de la península de Talcahuano y de sus fortificaciones. — El general Brayer. — El ingeniero D'Albe. — Se estrecha el sitio de Talcahuano. — Planes de asalto y examen de ellos. — Movimientos preliminares. — Asalto de Talcahuano y sus resultados. — Crítica del asalto. 35

CAPÍTULO XVI. — *La alianza argentino-chilena.* — 1817 :

Carácter de la alianza argentino-chilena. — Correspondencia de San Martín con O'Higgins y Pueyrredón. — Llegada de San Martín á Buenos Aires. — Luz y sombra. — Objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires. — Acuerdos secretos para la formación de una escuadra en el Pacífico. — Misión á Estados Unidos para procurarse un armamento naval. — Tercer encuentro de San Martín y Carrera. — Trabajos de Carrera en Estados Unidos para expedicionar á Chile. — La víctima propiciatoria de la alianza argentino-chilena. — Regreso de San Martín á Chile. — Entrada triunfal. — Misión de Álvarez Condarco á Inglaterra. — Una sombra histórica. — Cuentas de San Martín. — Liquidación de cuentas de la alianza argentino-chilena. — Organización del gobierno de Chile en el sentido de la alianza. — Su modificación según el espíritu nacional chileno. — Rivalidades y manifestaciones internacionales de gratitud. — La diplomacia de la alianza. — O'Higgins, Pueyrredón y Guido. — La situación de fuerza de Chile. — Conspiración abortada de los Carrera. — Modificación en el gobierno de Chile. — O'Higgins y los Carrera. — Creación del Ejército Unido y su constitución. — La diplomacia del generalísimo del Ejército Unido. — La alianza social. — Método de vida de San Martín en Chile. — Su estado moral. — Misión americana de la alianza argentino-chilena. 79

CAPÍTULO XVII. — *Cancharrayada.* — 1817 — 1818 :

Contraste de los años 1817 y 1818. — Prospecto histórico. — Situación política, económica y militar de Chile. — D. Luis de la Cruz, director. — Estado de la guerra continental. — — Pezuela reemplaza á Abascal en el virreinato del Perú. — El general La Serna toma el mando del ejército del Alto Perú. — Planes militares del virrey del Perú antes de Chacabuco. — El virrey del Perú prepara una nueva expedición contra Chile. — San Martín tiene noticia anticipada de este plan. — Misión ostensible y secreta del mayor Torres

Página.

al Perú. — Zarpa la expedición realista del Callao. — Plan de invasión de Pezuela. — Retirada del ejército del sud. — Declaratoria de la independencia chilena. — Plan de campaña de San Martín. — Forma un nuevo ejército al norte. — Reconcentración del Ejército Unido. — Maniobras preliminares de ambos ejércitos. — Crítica de ellas. — Se avistan los dos ejércitos en Talca. — Teatro de las operaciones. — Sorpresa de Cancharrayada. — Dispersión del Ejército Unido. — Famosa retirada de Las Heras. — Efectos de la derrota de Cancharrayada en la capital. — Dictadura de 48 horas de Rodríguez y su papel histórico. — O'Higgins reasume el mando. — San Martín reacciona contra la derrota. — Recepción triunfal de la columna de Las Heras. — Reorganización del Ejército Unido. — Espectativa . . . 132

CAPÍTULO XVIII. — *Maipu*. — 1818:

El ejército realista después de Cancharrayada. — Apertura de la campaña de Maipú. — Combate de vanguardia. — El ejército realista atraviesa el río de Maipo. — Su marcha estratégica. — Teatro de las operaciones. — Planes y maniobras de San Martín. — Batalla de Maipu. — Derrota del ejército realista y sus resultados. — Error de San Martín después de Maipu. — Importancia americana de la batalla de Maipu. — El virrey del Perú se pone á la defensiva. — Osorio se sostiene en el sud de Chile. — Se reabren las hostilidades al sud del Maule. — Combate del Parral y de Quirihue. — Ataque de Chillán. — El coronel Lantaño. — Desmantelamiento de Talcahuano. — Consecuencias inmediatas de la batalla de Maipu 185

CAPÍTULO XIX. — *San Martín después de Maipu*. — 1818:

Fatalidad histórica. — La tragedia de los Carrera en Mendoza. — Nuevas noticias sobre el proceso de los Carrera. — Perdón tardío. — San Martín y los Carrera. — Rasgo de magnanimidad de San Martín. — San Martín se dirige á Buenos Aires en prosecución de sus planes. — Zañartu enviado de Chile en Buenos Aires. — Agitaciones políticas en Chile. — Chile inicia una reforma constitucional. — Muerte trágica de Manuel Rodríguez. — Honores por la batalla de Maipú. — Arreglos en Buenos Aires para la expedición del Perú. — Se acuerda un empréstito de 500,000 pesos para la expedición. — Incidente entre O'Higgins y Guido. — Influencia internacional de la Logia de Lautaro. — Fracasa el empréstito de 500,000 pesos. — Momentos psicológicos de los grandes hombres de acción. — Renuncia terrible de

Página.

San Martín. — Se hace efectivo el empréstito. — Arbitrio de San Martín para proporcionarse dinero. — Bosquejo del plan de expedición al Perú trazado por San Martín. — Misterios diplomáticos. — Estado de la guerra americana en 1818. — San Martín repasa la cordillera al occidente. — Nuevo proyecto naval 228

CAPÍTULO XX. — *La escuadra chilena. — Primeras campañas navales del Pacífico.* — 1818 :

Las previsiones del genio. — Chile considerado como país marítimo. — Origen de la escuadra chilena. — « El Pueyrredón ». — « La Lautaro ». — La escuadra española en el Pacífico. — Primer combate naval. — El capitán O'Brien. — Se levanta el bloqueo de Valparaíso. — Prosecución de los armamentos navales de Chile. — Se refuerza con un navío de línea. — « El San Martín ». — Se anuncia una nueva expedición marítima de España. — Sublevación de « La Trinidad ». — La escuadra sale á la mar. — La bahía de Talcahuano. — Toma de la fragata « María Isabel ». — Apresamiento del convoy español. — Refuerzos que recibe la escuadra chilena. — Honores á los vencedores. — « La O'Higgins ». — La escuadra chilena domina el mar Pacífico. — Llegada de lord Cochrane á Chile. — Blanco Encalada y Cochrane 280

CAPÍTULO XXI. — *El repaso de los Andes.* — 1818 — 1819 :

Soluciones y complicaciones en 1818 y 1819. — Campaña final del sud de Chile. — Los realistas evacuan Concepción y Chillán. — Combate del Bío-Bío. — Los realistas se encierran en Valdivia. — La conjuración de Carrera llamada de los franceses. — Proceso y ejecución de los conspiradores. — Síntomas de reacción chilena con relación á la política americana de San Martín. — San Martín y O'Higgins prometen la libertad del Perú. — Pacto de alianza argentino-chilena para libertar al Perú. — La reacción chilena se acentúa. — Actitud que asume San Martín. — Invención del repaso de los Andes. — Carácter dramático de este episodio. — Narración documentada de la idea del repaso de los Andes. — Correspondencia secreta de San Martín con el gobierno argentino y el de Chile. — Concentración del ejército de los Andes en Curimón. — San Martín repasa los Andes. — Repaso de parte del ejército de los Andes. — — Los hilos ocultos de una trama histórica. — Coincidencia y peripecias. — Intervención de la Logia de Lautaro en el repaso de los Andes. — La doble retirada de los ejér-

Página.

citos del Norte y de los Andes. — Belgrano y San Martín en esta emergencia. — Órdenes y contra órdenes para el repaso de los Andes. — Conflictos del gobierno de Chile. — Notable carta de Guido. — La lógica del acaso. — El repaso de los Andes y la guerra civil. — Correspondencia de San Martín con los caudillos de la guerra civil. — Mediación de Chile en la guerra civil argentina. — Posición falsa de San Martín en la mediación chilena. — Nuevas complicaciones del repaso. — Notables cartas de Pueyrredón á San Martín. — Retiro de Pueyrredón del gobierno y juicio acerca de su administración. — La conjuración de los prisioneros españoles en San Luis. — El capitán Carretero. — Matanza de los prisioneros. — Las maniobras secretas de San Martín durante el repaso. — Chile se decide á llevar la guerra al Perú. — La Logia de Lautaro invita á San Martín á transponer otra vez los Andes. — Acuerdos para realizar la expedición al Perú. — Nuevo prospecto 304

CAPÍTULO XXII. — *Cochrane. — El Callao. — Valdivia.* 1819 — 1820:

El dominio del mar Pacífico. — Previsiones de San Martín. — Carácter de Cochrane. — Sus extraordinarias hazañas en Europa. — Su primera campaña naval en el Pacífico. — Descripción de la bahía del Callao. — La escuadra española se encierra en el Callao. — Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao. — Establece el bloqueo. — Se dirige á los puertos del norte. — El vice-almirante Blanco abandona el bloqueo del Callao. — Terminación de la primera campaña marítima. — Segunda campaña naval de Cochrane. — Reto á la escuadra española. — Ataca de nuevo por dos veces al Callao. — Desembarco y combate de Pisco. — Extiende su crucero hasta Guayaquil. — Apresa dos fragatas armadas. — Terminación de la campaña naval del norte. — Cochrane lleva su crucero al sud de Chile. — Descripción de la bahía y fortificaciones de Valdivia. — Toma de Valdivia. — Ataque malogrado sobre Chiloe. — El camino del mar franco para la expedición al Perú 366

CAPÍTULO XXIII. — *La desobediencia de San Martín.* — 1819 — 1820:

Momento psicológico. — Los tres grandes deberes de San Martín. — Coincidencias históricas. — Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata. — Agentes secretos del gobierno argentino en España. — Dificultades de la expedición. — Se desorganiza por sí misma.

Página.

—Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición. — Su plan para atacar la expedición en el mar. — Otro plan de resistencia terrestre. — Alternativas de la expedición española. — El fantasma de la guerra civil. — Actitud expectante de San Martín. — Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo. — Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la república en Buenos Aires y crítica de él. — Fines siniestros á que respondė. — Planes de monarquía. — Momento psicológico en la vida de San Martín. — Situación de las Provincias Unidas á fines de 1819. — Indecisiones de San Martín. — Se decide por la desobediencia. — Situación política perdida. — Impotencia del gobierno central. — Última renuncia de San Martín. — Regresa enfermo á Chile. — Juicio acerca de la desobediencia de San Martín. 394

CAPÍTULO XXIV. — *El acta de Rancagua.* — 1820 :

Carácter universal de la revolución sud-americana. — Acciones y reacciones continentales. — Estado de la revolución sud-americana en 1820. — El alzamiento liberal de España y su faz sud-americana. — Planes de San Martín sobre el Perú. — Sublevación del ejército del norte argentino. — Sublevación de una parte de la división de Mendoza. — Nuevos planes. — Caída del gobierno general de las Provincias Unidas. — San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes. — Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando. — El *Acta de Rancagua*. — Reflexiones sobre este acontecimiento. — San Martín urge por la realización de la expedición al Perú. — Queda ésta definitivamente arreglada. — Contra-proyecto de Cochrane. — Cochrane aspira á mandar la expedición al Perú. — Rivalidad entre Cochrane y San Martín. — San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú. — Razones políticas de la expedición. 439

CAPÍTULO XXV. — *El Perú.* — 1820 :

La conjunción revolucionaria. — Antecedentes históricos y políticos del Perú. — La Corte de Lima. — Climatología peruana. — El Perú en la lucha de la Independencia. — Sociabilidad peruana. — Reacción del Perú contra la revolución emancipadora. — Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista. — El virrey Abascal y su obra. — Los ejércitos peruanos. — Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas. — Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde. — Los prime-

Página.

ros conatos revolucionarios del Perú. — Riva Agüero. — Mateo Silva. — Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana. — El partido constitucionalista de Baquíjano. — Esfuerzos de los peruanos para promover su independencia. — Abascal, Pezuela y La Serna. — Primera insurrección de Tacna. — Levantamiento de Huánuco. — Segunda insurrección de Tacna. — La rebelión de Pumacahua. — El cura Muñecas. — El poeta Melgar. — La conjuración de Castro. — La expedición del general español Ramírez. — Últimos conatos revolucionarios de los peruanos. — Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú. — Agentes secretos de San Martín en el Perú. — Influencia del liberalismo español en el Perú. — Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820. 471

CAPÍTULO XXVI. — *La expedición libertadora del Perú.* — (*Pisco.* — *Negociaciones de Miraflores.*) — 1820 :

San Martín en marcha al Perú. — La lógica del destino y la prosecución de una idea. — Última despedida de San Martín de la patria. — Fuerza y composición del ejército chileno-argentino y de la escuadra chilena de la expedición libertadora. — O'Higgins y la expedición del Perú. — Objetos declarados de la expedición. — Instrucciones de San Martín y de Cochrane. — Plan de invasión de San Martín. — Desembarco en Pisco. — San Martín define militar y políticamente el carácter de la expedición. — Efecto que causa en Lima la invasión. — Medidas para contrarrestarla. — El virrey abre proposiciones de paz. — Motivos públicos y secretos que lo impulsan á esta abertura. — Negociaciones de Miraflores y su ruptura. — Iniciativa monarquista. — Correspondencia secreta sobre las conferencias de Miraflores. — Manifiesto de San Martín sobre las negociaciones. — Arenales penetra sigilosamente con una columna á la sierra. — Maniobras de San Martín para cubrir este movimiento. — Decreta la bandera y el escudo del Perú. — Se reembarca en Pisco y se dirige al norte. — Examen crítico sobre el desembarco y permanencia en Pisco. 528

CAPÍTULO XXVII. — *La expedición libertadora del Perú.* — (*Apertura de la campaña sobre Lima*). — 1820 — 1821 :

Doble campaña militar y política. — La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao. — Ostentación de fuerzas de San Martín. — Bloqueo de las costas del Perú. — Amago de desembarco en Ancón. — Combate de « Casa Blanca ». — Des-

Página.

embarco del ejército expedicionario en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Concierto entre San Martín y Bolivar. — Toma de la fragata *Esmeralda* por Cochrane. — San Martín ocupa la línea de Huaura. — Combate de Chancay. — Pringles. — El batallón « Numancia » se pasa á los independientes. — Apurada situación de los realistas. — El norte del Perú. — Pronunciamiento de Trujillo y Piura. — Avance de San Martín sobre Retes. — Plan de ataque de los españoles. — Repliegue de San Martín. — Organización de guerrillas patriotas. — La división de la Sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa. — Reglamento provisional de Huaura. — Tres meses de campaña 558

CAPÍTULO XXVIII. — *Expedición libertadora del Perú.* — (*Primera campaña de la Sierra*). — 1820 — 1821 :

Importancia de la primera campaña de la Sierra. — Regiones del Perú. — Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra. — El valle de Jauja, nudo de las operaciones. — Zonas militares. — Prospecto general de la campaña del Perú. — Objetivos de la campaña de la Sierra. — Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra. — Arenales general de la Sierra. — Ocupación de Ica. — Combate de Nasca. — Sorpresa de Acarí. — Planes de San Martín. — Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga. — Maniobras preliminares sobre el Río Grande. — Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma. — Marcha ofensiva sobre Pasco. — Batalla del cerro de Pasco. — Marcha de Ricafort sobre Huamanga. — Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica. — Insurrección de Huamanga. — Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo. — Crueldades de Ricafort. — Aldao mantiene la insurrección de la Sierra. — La división de la Sierra se retira á la costa. — Examen de la campaña de la Sierra. 598

CAPÍTULO XXIX. — *Armisticio de Punchauca.* — 1821 :

Estado político y militar en 1821. — Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú. — Coincidencias históricas. — Antagonismos políticos y militares entre los realistas. — Deposición del virrey Pezuela. — La Serna le sucede en el mando. — Triste situación de los realistas en Lima. — La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura. — Fortaleza de ánimo de San Martín. — Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz. — San Martín abre operaciones sobre la sierra y los puertos intermedios. — Estrecha el sitio de Lima. — Nueva política de los liberales

Página.

españoles respecto de América. — Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos. — Examen de esta política y sus resultados. — Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo. — Bolívar y Morillo fraternizan. — Colombia envía diputados á España para tratar de la paz. — Se rompe el armisticio de Colombia. — Carácter de la revolución de Méjico. — Aparición de Itúrbide. — El plan de Iguala. — Armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín con La Serna. — San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica. — Prorrogación y rompimiento del armisticio. — Ultimátum confidencial de San Martín. — La guerra bajo la bandera de parlamento. — San Martín se decide por la guerra. — Explicación de su conducta. — El ejército español evacua Lima. — Actitud de San Martín en esta ocasión. — Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto. — Inacción de San Martín. — Inspiraciones salvadoras de los realistas. — Errores militares de San Martín 622

FIN DEL TOMO SEGUNDO

PARIS. — IMPRENTA P. MOUILLOT, 13, QUAI VOLTAIRE.

